LA OCUPACIÓN

Israel y los territorios palestinos

Ahron Bregman

El conflicto entre Israel y los palestinos ha dado lugar a una extensa literatura. Lo que no había hasta hoy era un estudio serio, objetivo y bien informado acerca de la historia de los territorios ocupados por Israel desde 1967. Nadie podía escribirla con más autoridad que Ahron Bregman, que combatió en el ejército israelí hasta alcanzar el grado de capitán, y hubo de exiliarse tras haber criticado una política de ocupación que demostraba «que quienes han sufrido terribles tragedias pueden actuar del mismo modo cuando se hallan en el poder». Su libro se basa en una amplia documentación y en entrevistas a numerosos personajes, pero aporta además, en cuanto se refiere a las frustradas negociaciones de paz realizadas entre 1995 y 2007, una serie de documentos e informes secretos del mayor valor, incluyendo las transcripciones de las conversaciones telefónicas de Clinton con el presidente de Siria, Hafez al-Assad, interceptadas por los servicios secretos israelíes. Un libro que arroja nueva luz sobre un tema sistemáticamente silenciado.

Ahron Brehman

La ocupación

Israel y los territorios palestinos

ePub r1.0

XcUiDi 13.08.18

Título original: *Cursed Victory. A history of Israel and the occupied territories*

Ahron Brehman, 2014

Traducción: Luis Noriega

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

Ilustraciones

Tres paracaidistas israelíes miran el santuario más sagrado del judaísmo, el Muro de las Lamentaciones, que en junio de 1967 fue ocupado durante la guerra de los Seis Días. Esta fotografía se convertiría en un símbolo de un gran momento en la historia de Israel y de los judíos, pero lo que en un principio pareció un triunfo bendito pronto se reveló una victoria maldita. (David Rubinger/epa/Corbis)

Moshe Dayan, el ministro de Defensa de Israel de la época y la figura más influyente en el destino de los territorios ocupados, se reúne con los palestinos cerca de Jerusalén después de la guerra. (Micha Bar Am/Magnum Photos)

A medida que en los últimos dos días de la guerra de 1967 las tropas israelíes se adentran en los Altos del Golán, miles de refugiados sirios huyen de las montañas llevando todas las pertenencias que pueden cargar consigo. (Micha Bar Am/Magnum Photos)

A la pequeña comunidad drusa del Golán se le permite permanecer en los Altos incluso después de la guerra, pues Israel cree que será leal al estado judío. Separados de sus amigos y familiares en Siria, los drusos se mantienen en contacto con ellos trepando a una colina en el Golán ocupado para desde allí comunicarse a gritos, a menudo con la ayuda de megáfonos, con quienes se encuentran al otro lado.

(Micha Bar Am/Magnum Photos)

La libertad se reduce a medida que el ejército israelí levanta centenares de puestos de control en Cisjordania y la Franja de Gaza para controlar el movimiento de los palestinos en tiempos de agitación. (AFP/Getty Images)

Con las cabezas cubiertas con sacos para que sus compatriotas palestinos no puedan identificarlos, los

colaboracionistas (a los que los israelíes apodan «monos») ayudan al ejército señalando a los sospechosos. (Micha Bar Am/Magnum Photos)

A medida que aumenta el número de colonos judíos que usurpan las tierras de los palestinos, crecen las tensiones entre estos y la población local. (AFP/Getty Images)

Cada vez más frustrados con la ocupación, los palestinos intensifican sus ataques. Para impedirles entrar en Israel, el ejército construye una barrera a través de Cisjordania. (Larry Towel/Magnum Photos)

A pesar de las sonrisas, entre el primer ministro Menajem Beguin (derecha) y el presidente Anwar el-Sadat (izquierda) nunca se tejieron lazos de amistad. Pero ambos fueron lo bastante pragmáticos como para llegar a un acuerdo y firmar en 1979 el tratado de paz que puso fin a la ocupación del Sinaí. (Popperfoto/Getty Images)

Justo antes de devolver el Sinaí a Egipto en abril de 1982, los soldados israelíes entran en el bloque de asentamientos de Yamit para sacar por la fuerza a los colonos que se han atrincherado porque se niegan a marcharse. (Peter Marlow/Magnum Photos).

Desde 1987, la oposición a la ocupación se hace más beligerante a medida que la frustración de los palestinos llega al máximo. En Cisjordania y la Franja de Gaza los palestinos se enfrentan al poderoso

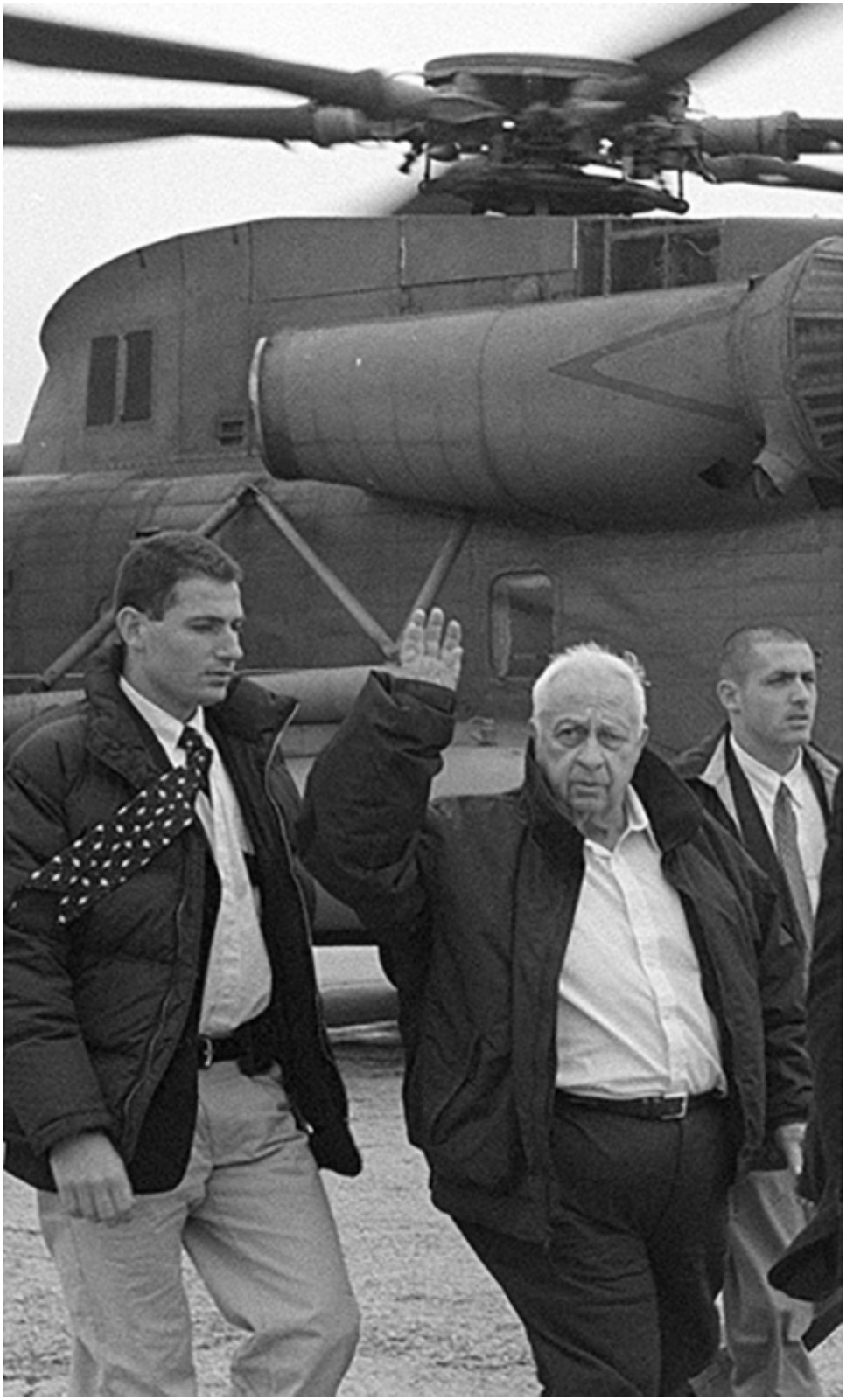
ejército israelí con piedras. (Reuters/Corbis)

Los palestinos fortalecen el enfrentamiento enviando terroristas suicidas a las ciudades y pueblos de Israel.
(Abed Omar Qusini/X01203/Reuters/Corbis).

En 1993, el primer ministro israelí Isaac Rabin (izquierda) y el líder palestino Yasir Arafat (derecha) firman los Acuerdos de Oslo. Pero no todos en Israel aceptan el tratado: un fanático de la derecha, Yigal Amir, contrario a la entrega de las tierras ocupadas a los palestinos, asesinó a Rabin. (Gary

Hershorn/Reuters/Corbis)

Las fotografías muestran la bala que mató al primer ministro y el texto de la «Canción de la paz», manchado con su sangre, que el ejecutor llevaba en el abrigo. (Time & Life Pictures/Getty Images).

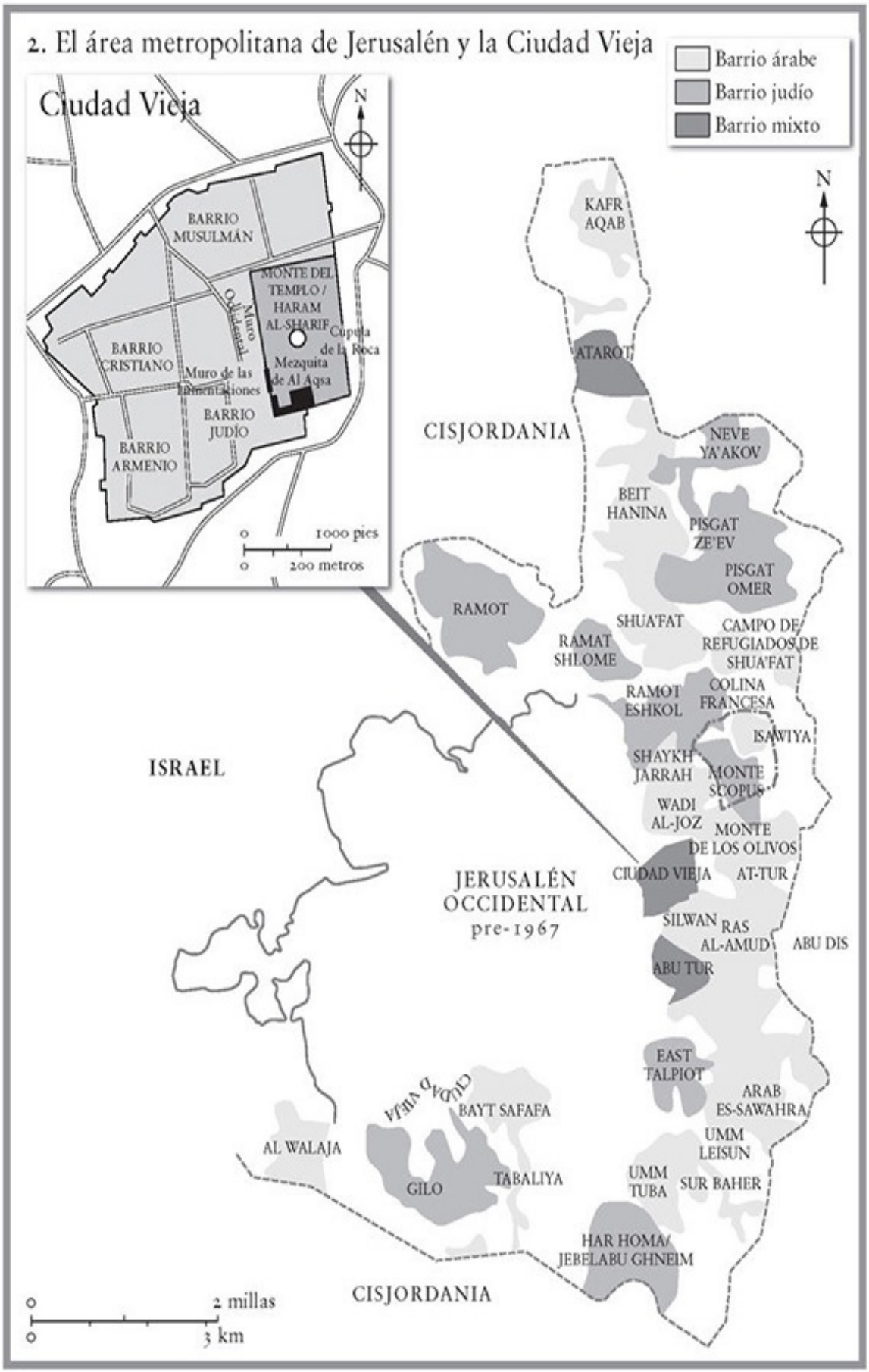


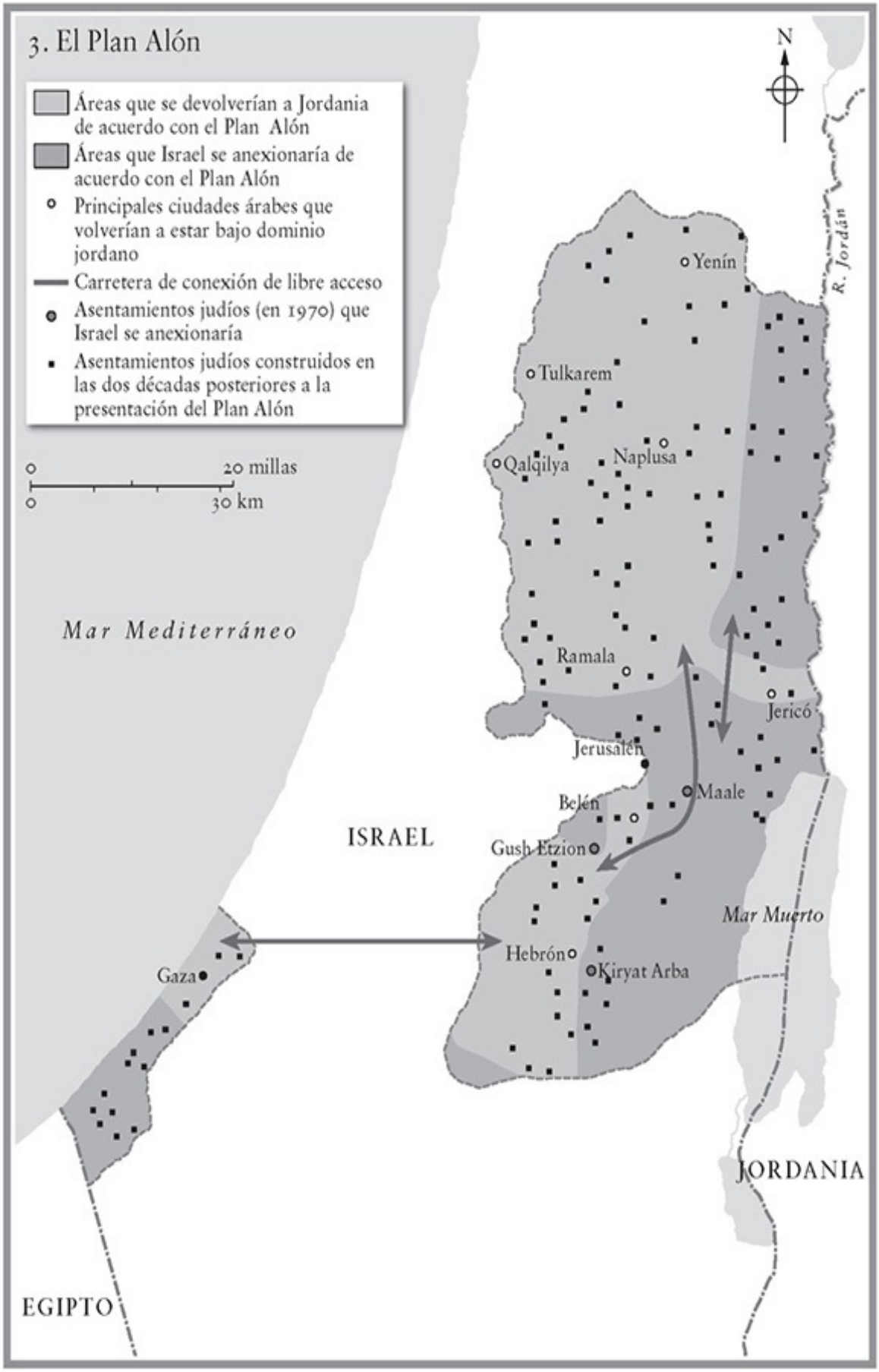
En respuesta a la sangrienta insurgencia palestina, los israelíes eligieron a un primer ministro radical, Ariel Sharon, que luchó con uñas y dientes contra Arafat, a quien culpaba de la violencia. (Getty Images)

Sharon alcanza una victoria simbólica sobre Arafat cuando este, gravemente enfermo, es evacuado en helicóptero de Cisjordania. El líder palestino moriría poco tiempo después en un hospital parisino de una enfermedad misteriosa. Los palestinos culpan a Sharon de haberle envenenado. (Ammar Abdullah/Reuters/Corbis)

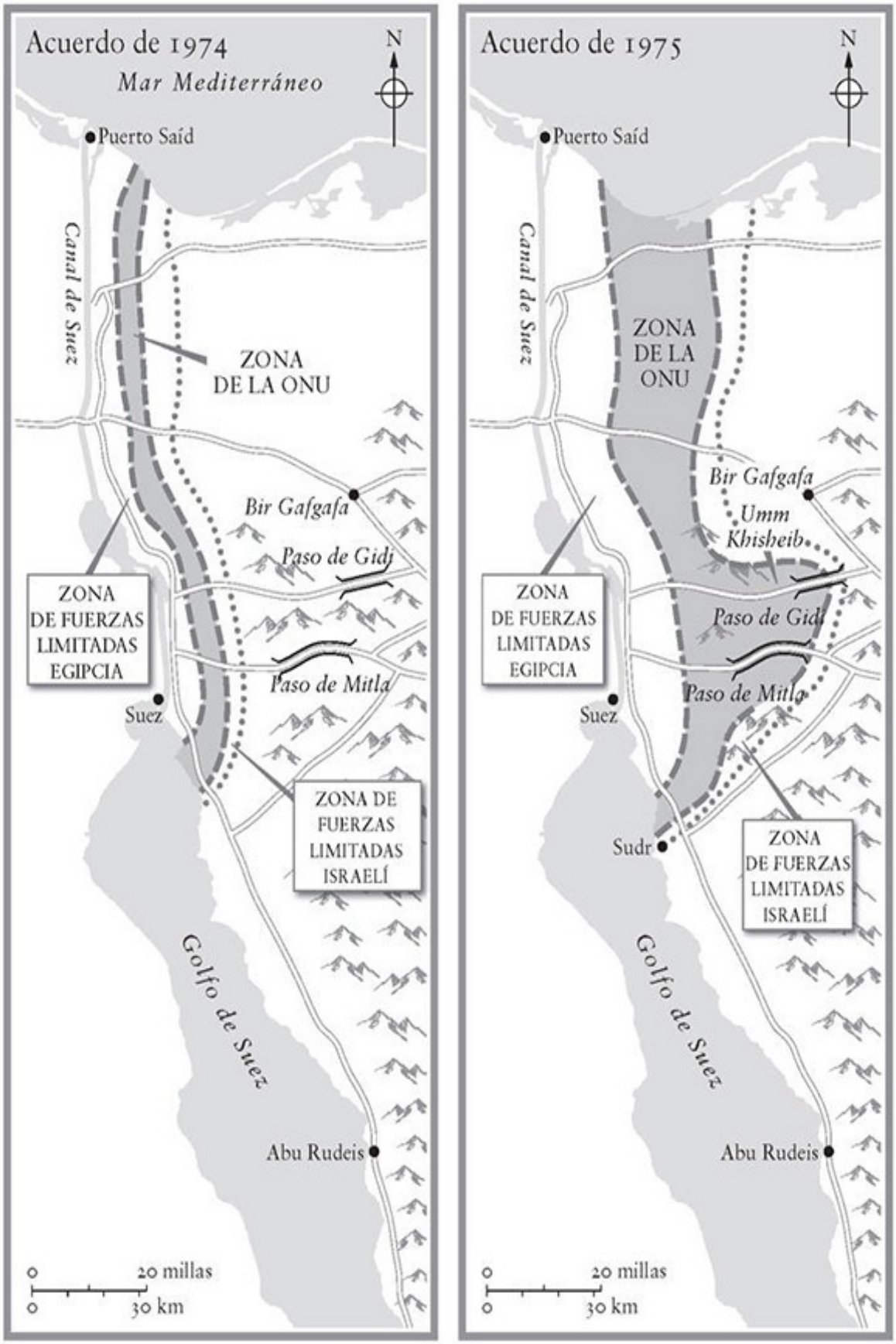
Mapas

1. Israel y los territorios ocupados
Territorio israelí hasta el 4 de junio de 1967
Territorios ocupados por Israel durante la guerra de junio de 1967
Israel se retiró completamente del Sinaí entre 1979 y 1982.
En 1994, tras la firma de los Acuerdos de Oslo, partes de Cisjordania y la Franja de Gaza pasaron a estar bajo control de la Autonomía Palestina.
Israel se retiró completamente de la Franja de Gaza en 2005.
LÍBANO
N
Kiryath Shemona
Quneitra
R. Jordán
Mar de Galilea
SIRIA
Haifa
Tiberíades
Ein Gev
Naplusa
Qalqilya
R. Jordán
Tel Aviv
CISJORDANIA
Amán
Ramala
Jerusalén
Mar Mediterráneo
Gaza
Paso de Erez
Hebrón
Mar Muerto
Puerto Saíd
Jan Yunis
Beerseba
El Arish
ISRAEL
Canal de Suez
JORDANIA
NÉGUEV
Suez
SINAÍ
Eilat
Aqaba
Golfo de Suez
Golfo de Eilat
EGIPTO
ARABIA SAUDITA
30 millas
50 km
Mar Rojo


2. El área metropolitana de Jerusalén y la Ciudad Vieja
Barrio árabe
Barrio judío
Barrio mixto
Ciudad Vieja
N
BARRIO MUSULMÁN
MONTE DEL TEMPLO / HARAM AL-SHARIF
Muro Occidental
Cúpula de la Roca
Mezquita de Al Aqsa
BARRIO CRISTIANO
Muro de las Lamentaciones
BARRIO JUDÍO
BARRIO ARMENIO
0 1000 pies
0 200 metros
KAFR AQAB
ATAROT
CISJORDANIA
NEVE YA'AKOV
BEIT HANINA
PISGAT ZE'EV
PISGAT OMER
RAMOT
SHUA'FAT
CAMPO DE REFUGIADOS DE SHUA'FAT
RAMAT SHLOMO
RAMOT ESHKOL
COLINA FRANCESA
ISAWIYA
ISRAEL
SHAYKH JARRAH
MONTE SCOPUS
WADI AL-JOZ
MONTE DE LOS OLIVOS
CIUDAD VIEJA
AT-TUR
JERUSALÉN OCCIDENTAL pre-1967
SILWAN
RAS AL-AMUD
ABU DIS
ABU TUR
EAST TALPIOT
ARAB ES-SAWAHRA
BAYT SAFAFA
UMM LEISUN
AL WALAJA
GILO
TABALIYA
UMM TUBA
SUR BAHER
HAR HOMA/ JEBELABU GHNEIM
CISJORDANIA
0 2 millas
0 3 km


3. El Plan Alón
Áreas que se devolverían a Jordania de acuerdo con el Plan Alón
Áreas que Israel se anexionaría de acuerdo con el Plan Alón
Principales ciudades árabes que volverían a estar bajo dominio jordano
Carretera de conexión de libre acceso
Asentamientos judíos (en 1970) que Israel se anexionaría
Asentamientos judíos construidos en las dos décadas posteriores a la presentación del Plan Alón
20 millas
30 km
N
R. Jordán
Yenín
Tulkarem
Qalqilya
Naplusa
Mar Mediterráneo
Ramala
Jericó
Jerusalén
Maale
Belén
ISRAEL
Gush Etzion
Mar Muerto
Hebrón
Kiryat Arba
Gaza
JORDANIA
EGIPTO

4. Acuerdos de separación del Sinaí, 1974 y 1975



5. Retirada israelí del Sinaí, 1979-1982
Área devuelta
Bases aéreas
Campos petrolíferos
LÍBANO
N
SIRIA
Altos del Golán
Haifa
Tel Aviv-Jaffa
Mar Mediterráneo
CISJORDANIA
Jerusalén
Mar Muerto
GAZA
Beerseba
ISRAEL
JORDANIA
Canal de Suez
Abril de 1982
Refidim
Enero de 1980
SINAÍ
Eilat
Golfo de Suez
Abu Rudeis
El Tor
EGIPTO
ARABIA SAUDITA
Estrecho de Tirán
Ofira
Sharm el-Sheij
30 millas
50 km
Mar Rojo

6. Acuerdo Gaza-Jericó, 4 de mayo de 1994
Bajo administración de la Autoridad Palestina
Campo de refugiados
Bajo ocupación israelí
Asentamiento israelí
N
Mar Mediterráneo
Puesto de control de Erez
Beit Lahia
Nisanit
Campo de Shati
Beit Hanun
Ciudad de Gaza
Campo de Jabaliya
Netzarim
Campo de Nuseirat
Puesto de control de Karni
Campo de al Bourej
Campo de Deir al-Balah
Campo de Ma'azi
Kfar Darom
Puesto de control de Kisufim
Gush Oatif
Campo de Jan Yunis
Jan Yunis
ISRAEL
Campo de Rafah
Rafah
Puesto de control de Sufa
Paso de Rafah
EGIPTO
10 millas
10 km

7. Repliegue israelí en Cisjordania: Oslo II, 28 de septiembre de 1995
N
Área A
Área B
Área C
Mar Mediterráneo
Yenín
Tulkarem
Qalqilya
Naplusa
R. Jordán
Tel Aviv-Jaffa
JORDANIA
Ramala
Jericó
Jerusalén
ISRAEL
Belén
Reserva natural
Mar Muerto
Hebrón
15 millas
15 km

Nota sobre las fuentes

Una parte del material que he utilizado en este libro, en particular en los capítulos 9-14, consiste en memorandos, cartas e informes «secretos» que nunca antes habían salido a la luz pública y cuya desclasificación en el futuro cercano es poco probable. El capítulo 10, en especial, contiene citas directas de transcripciones de conversaciones telefónicas entre los delegados sirios a las negociaciones de paz en Estados Unidos y sus jefes en Damasco, así como citas de conversaciones telefónicas entre el presidente de Estados Unidos y diferentes líderes mundiales, todas grabadas en secreto por los agentes israelíes mediante dispositivos electrónicos. Sin embargo, para proteger a mis fuentes, evito por lo general hacer referencias específicas a ellas en el texto. De igual forma, enmascaro la identidad de varias personas con el fin de protegerlas.

A lo largo del libro, he aprovechado las decenas de entrevistas personales que realicé a lo largo de las últimas dos décadas, en particular durante mi trabajo como productor asociado y asesor académico de dos importantes series para televisión de la BBC y la PBS: *The Fifty Years War: Israel and the Arabs*, de seis episodios, y su secuela, *Israel and the Arabs: Elusive Peace*, de tres episodios. Las transcripciones completas de esas entrevistas están hoy al alcance de la opinión pública en los archivos Liddell Hart del King’s College de Londres.

Una nota personal

Tenía nueve años cuando Israel ocupó la Franja de Gaza, los Altos del Golán, Cisjordania y Jerusalén Oriental, la Jerusalén árabe, en esos asombrosos seis días de junio de 1967, y aún puedo recordar con claridad el primer viaje que hicimos en familia a la recién ocupada Jerusalén Oriental: por tren hasta Jerusalén Occidental, la Jerusalén judía, desde nuestra casa en Tel Aviv, luego un corto trayecto en taxi hasta la Puerta de Jaffa y, desde allí, tras cambiar unas cuantas liras israelíes por dinares jordanos, a pie hasta la Ciudad Vieja.

¡Colores! Eso es lo que recuerdo de ese primer viaje a Jerusalén. Todo era colorido: los bazares llenos de comerciantes y vendedores ambulantes árabes ataviados con *kefiyas* a cuadros (era la primera vez que veía árabes «de verdad»); las tiendas de caramelos con las pesadas bandejas plateadas repletas de *kunafa*, un pastelito dulce hecho de fideos finísimos, relleno de queso blanco y bañado en almíbar; los carros de madera abarrotados de frutas y verduras frescas; el *cakh*, un rollo en forma de dónut aderezado con semillas de sésamo y una mezcla de especias llamada *za'atar* que vendían envuelto en una hoja de papel arrancada de un periódico árabe; la majestuosa Cúpula de la Roca, con su domo dorado centelleando sobre el Monte del Templo. Quitarnos los zapatos al entrar en el santuario —todavía recuerdo el frío y el silencio, las pesadas alfombras bajo los pies, los versos del Corán escritos en árabe sobre las paredes, aquí y allí los fieles recitando sus oraciones—, arrodillarnos, inclinarnos, levantarnos. Luego bajamos al *Kotel*, el Muro de las Lamentaciones, esa parte del muro occidental en la que los judíos han rezado durante generaciones y en una de cuyas grietas metí un deseo secreto escrito en un trozo de papel minúsculo. Arriba, en lo alto del Muro, fuera de nuestro alcance, las hierbas brotaban de entre las antiguas piedras y las palomas hacían sus nidos. De la mano de mi padre vagamos a través de los estrechos callejones adoquinados y las callejuelas cubiertas de la Ciudad Vieja, mirándolo todo con los ojos bien abiertos, trepando a los muros para asomarnos a lugares ocultos. Domos, cúpulas de piedra, techos de tejas rojas,

torres, torrecillas, minaretes, agujas, jazmines, caléndulas, geranios sembrados en viejas latas, campanas. Al atardecer, desde una terraza, vimos la ciudad tornarse dorada. Aunque las cicatrices dejadas por las balas eran visibles en los muros, no parecía en absoluto una ocupación. Era más bien como estar en el extranjero, como visitar un país extraño o vivir en un sueño.

No me enfrentaría cara a cara con la realidad de la ocupación hasta, aproximadamente, una década más tarde, cuando siendo un joven oficial del ejército israelí me enviaron a patrullar las calles de Gaza. Las cloacas abiertas, las calles polvorientas sin pavimentar, la podredumbre y el hedor, los perros quisquillosos ladrando en los callejones oscuros, las ratas (enormes) correteando entre la basura y, por encima de todo, la pura hostilidad de la población local me produjeron un profundo impacto. Fue entonces cuando comprendí por fin que *yo* era un ocupante, *ellos* los ocupados, y que la tierra que pisaba con mis botas militares era, me gustara o no, un territorio ocupado.

Unos diez años más tarde, siendo un civil, y un oficial en la reserva, me encontraba en Katmandú, Nepal, en una larga luna de miel, cuando me enteré de que se estaba librando una guerra en los territorios ocupados; la confrontación pronto adquiriría el nombre por el que hoy se la conoce, la *intifada*. Y cuando en una pequeña tienda, en una esquina de la más remota y romántica de las ciudades, me topé en la prensa con la fotografía de un soldado israelí golpeando a un manifestante palestino con la culata del fusil, los pelos se me pusieron de punta. La imagen estaba cargada de patetismo: el palestino mirando hacia arriba al israelí, el soldado mirando hacia abajo al tiempo que alzaba el arma. Desde Katmandú envié una carta al director del periódico *Haaretz* en la que criticaba a los israelíes (mi pueblo, mis amigos) y los acusaba de cometer contra los palestinos los mismos crímenes brutales que tantísimos otros pueblos cometieron antes contra los judíos. Mi suegro, que era profesor de la Universidad de Tel Aviv e ignoraba que yo hubiera enviado la carta, la vio publicada en el periódico y de inmediato llamó al director para protestar. Era absurdo pensar que su nuevo yerno, un veterano de la guerra de 1982 contra el Líbano, pudiera decir semejantes cosas, dijo, y exigió una disculpa. El director del periódico le respondió: «Profesor, tengo la carta ante mí y puedo asegurarle que la he publicado sin cambiar ni una coma».

En la carta decía que no regresaría a casa hasta que la matanza hubiera terminado. Al final, sin embargo, tuve que hacerlo: no tenía ningún otro lugar a donde ir. Un día, en la librería de la Universidad Hebrea de Jerusalén, me

tropecé con un amigo periodista que al verme levantó una ceja y me dijo: «Pero, bueno, ¿qué estás haciendo aquí?». Lo cierto es que ni yo mismo lo sabía. No obstante, le dije que si al ejército se le ocurría llamarme para prestar servicio en los territorios ocupados, me negaría tajantemente. Poco después mi amigo reprodujo esa charla en el suplemento de fin de semana del *Haaretz*. El titular fue: «Ronnie Bregman se niega por primera vez»[1]. En ese momento sentía, como Joseph, el héroe de *Still Here*, la novela de Linda Grant acerca de Vietnam, que la guerra era un error, una inmoralidad y una desgracia[2]. No quería ser parte de ello y, en consecuencia, como Joseph, se me ocurrió que necesitaba encontrar otro país en el que pudiera vivir hasta que la locura terminara. En mi caso, la emigración también me libraba de la desagradable perspectiva de terminar siendo enviado a prisión por negarme a servir en el ejército, un acto de desafío bastante inaudito en esos primeros días de la *intifada*. Fue así como, no mucho tiempo después, me hallé viviendo en Inglaterra, donde aún resido.

Ningún autor, no importa cuán estricto aspire a ser como historiador, está en condiciones de desligar por completo su obra de sus propias experiencias, intereses y gustos, y estoy seguro de que este libro tiene el sello de haber sido escrito por alguien que vivió de forma particular los acontecimientos descritos, ya fuera de primera mano, en Israel, o en la distancia, en Inglaterra. Como el lector no dejará de advertir, tengo una clara actitud hacia la ocupación y mis críticas son severas, lo que, supongo, algunos de mis paisanos en Israel considerarán poco patriótico. Escribir este libro me ha hecho repasar el período histórico en el que he vivido y cuestionarme cosas que a menudo daba por sentadas. Y, como cualquier otro escritor, he tenido que tomar decisiones acerca de qué incluir y qué dejar fuera; al hacerlo, he intentado, a pesar del deseo de ser objetivo, concentrarme en lo que, en mi opinión, son los momentos y episodios claves, esos que, según creo, la historia considerará significativos.

Son muchas las personas que me han ayudado a lo largo de este trabajo. Agradezco a Daniel Bregman y Tom Raw haber examinado el texto con ojo avizor, al doctor Nir Resisi la información sobre el Sinaí, a Aharon Nathan sus fascinantes ideas acerca de la administración israelí de Gaza en la posguerra de 1956, a las rabinas Sylvia Rothschild y Sybil Sheridan su revisión de las citas bíblicas y al profesor Iain Scobbie sus útiles comentarios a propósito de la legalidad de la ocupación israelí. Mi querida amiga Norma Percy me sugirió que Biran Lapping podía echarme una mano; cuando acudía

a él fue de gran ayuda, pues me sugirió el título definitivo de esta obra. Tuve la fortuna de contar con una investigadora consagrada en Daniela Richetova, que me proporcionó una ayuda invaluable recolectando testimonios personales, con lo que puso rostro humano a algunos de los acontecimientos descritos. Asimismo me gustaría agradecer a los estudiantes del King's College que tomaron en mi curso de posgrado «Ocupación» en el Departamento de Estudios Bélicos; aprendí tanto de vosotros como espero que hayáis aprendido de mí. En Penguin Reino Unido, quisiera agradecer a Stuart Proffitt que aceptara mi propuesta de escribir un libro sobre la ocupación israelí y supiera esperar con la paciencia de un santo el manuscrito final; a Laura Stickney, mi principal editora allí, los comentarios incisivos y perspicaces que realizó a los primeros borradores de esta obra, el resultado de sus ideas y propuestas es el texto actual, mucho mejor que esas primeras versiones; a Mark Handsley, la corrección que llevó a cabo; y al editor gerente Richard Duguid, que también supervisó la producción de mi anterior libro en Penguin. Dedico el libro a Miriam Eshkol, la esposa del ex primer ministro israelí Levi Eshkol y una querida amiga a lo largo de muchos años.

En este punto suele aparecer la frase «cualquier error factual o de interpretación corresponde exclusivamente al autor»; en un libro que se ocupa de un tema tan difícil como este he de hacer esa salvedad con inusual énfasis.

AHRON (RONNIE) BREGMAN

Londres, 2014

Introducción

Este es el relato de la ocupación de Cisjordania, Jerusalén, los Altos del Golán, la Franja de Gaza y la península del Sinaí por parte de Israel desde su arrasadora victoria sobre las fuerzas combinadas de sus vecinos, Egipto, Siria y Jordania, en la guerra de los Seis Días en 1967. Tras un exitoso acuerdo de paz, el Sinaí fue devuelto a Egipto de forma gradual entre 1979 y 1982, y en agosto de 2005 Israel retiró sus tropas y asentamientos de la Franja de Gaza; asimismo, desde 1993 se han producido retiradas parciales de Cisjordania en distintos momentos como consecuencia del tortuoso proceso de paz con los palestinos en el marco de los Acuerdos de Oslo. No obstante, en el momento en que escribo esto, Israel continúa ejerciendo un estricto control en gran parte de Cisjordania, Jerusalén Oriental y los Altos del Golán.

Las tierras capturadas por Israel en 1967 se conocen por muchos nombres diferentes, dependiendo en gran medida del color político de quien los usa: «Palestina» (propalestinos); «los territorios ocupados» (la izquierda en general); «los territorios liberados» o «Judea y Samaria» (derecha judía); «los territorios administrados», «los territorios más allá de la Línea Verde» o, en el caso de los auténticos indecisos y a menudo por mor de la brevedad, sencillamente «los territorios». Otras obras se han ocupado por extenso de la forma en que Israel se apoderó militarmente de estas tierras, y aquí no volveré sobre el tema[3]. No obstante, si quisiéramos identificar el momento decisivo en el que, al menos en la percepción popular de Occidente, los israelíes dejaron de ser las víctimas acosadas de las agresiones árabes para convertirse en ocupantes, situaríamos ese momento en los seis días que van del 5 al 11 de junio de 1967. Fue durante esos días impresionantes, en los que Israel demostró ser más un Goliat que un pequeño David, que la solidaridad del mundo comenzó a abandonar a los israelíes para dirigirse a los nuevos desvalidos, a saber, los pueblos que quedaron sometidos a la ocupación de Israel. Desde este punto de vista, y con la ventaja que nos proporciona el tiempo transcurrido, podemos decir sin temor a equivocarnos que el gran

triunfo militar de 1967, que al principio parecía un momento dichoso en la historia de Israel, y de hecho en la historia judía, resultó ser una victoria maldita.

Tras apoderarse de esas tierras, Israel impuso un gobierno militar en la mayoría de ellas y la vida cotidiana pasó a estar controlada directamente por oficiales del ejército, subrayando así que los territorios capturados eran un «depósito» que conservaría como moneda de cambio hasta que los árabes reconocieran el derecho de Israel a vivir en paz en Oriente Próximo y renunciaran públicamente al sueño de destruir a su vecino por la fuerza[4]. Entre tanto, los israelíes aseguraron al mundo que, poseyendo una experiencia única y atroz de lo que significa ser perseguido, el estado judío establecería una auténtica «ocupación ilustrada» (*Kibush Naor* en hebreo).

Sin embargo, como saben bien los historiadores de los imperios de todo el mundo, una ocupación ilustrada es un oxímoron, «como un triángulo cuadrilátero»[5]; y con el paso del tiempo la «ocupación ilustrada» de Israel se convirtió en amarga. Como muchos otros antes y después, los israelíes fueron incapaces de comprender el simple hecho de que, por definición e independientemente de cómo se la presente, ninguna ocupación es ilustrada. La relación entre los ocupantes y los ocupados siempre se fundará en el miedo y la violencia, la humillación y el dolor, el sufrimiento y la opresión: un sistema de amos y esclavos, la ocupación no puede ser otra cosa que una experiencia negativa para los ocupados, y en ocasiones también para los ocupantes particulares, algunos de los cuales se ven obligados a llevar a cabo políticas con las que no siempre están de acuerdo. El hecho de que Israel, una nación vibrante e intelectual y abrumadoramente consciente del dolor de la historia, optara por el camino de la ocupación militar es, en sí mismo, bastante sorprendente. Para finales de la década de 1960, cuando los antiguos imperios coloniales estaban dejando atrás la ocupación y el colonialismo, los israelíes parecían estar intentado marchar en la dirección opuesta.

Veinte años después de la guerra de 1967, cuando los palestinos emprendieron un levantamiento (una *intifada*) en la Franja de Gaza y Cisjordania, Israel afirmó estar asombrado por los acontecimientos. Sin embargo, un examen detenido de la historia de la presencia israelí en esos territorios evidencia que esa rebelión difícilmente fue algo inesperado. Todo lo contrario: fue la culminación de una resistencia continua a la ocupación que había empezado poco después de la llegada del ejército israelí. Desde el principio, los israelíes hubieron de hacer frente no solo a la ira de los

milicianos que los atacaban físicamente, sino también a la de hombres y mujeres normales y corrientes (estudiantes, maestros, abogados, ingenieros, tenderos: todos los sectores de la sociedad palestina, de hecho), que desde el primer momento recibieron a los recién llegados no con flores y arroz, como es tradicional entre los árabes, sino con franca hostilidad. Edward Hodgkin, exdirector de la sección internacional de *The Times*, visitó Cisjordania apenas dos años después de que fuera capturada y escribió acerca de «la intensidad con que todos los sectores de la población odian a los israelíes en todas partes»[6]. Entre 1968 y 1975, se registraron trescientos cincuenta incidentes de resistencia violenta al año en los territorios palestinos ocupados; de 1976 a 1982, el número de incidentes se duplicó, y de 1982 a 1986 ascendió hasta los tres mil. Durante los primeros seis meses de la *intifada*, los incidentes en los territorios palestinos ocupados se multiplicaron hasta alcanzar la asombrosa cifra de 42.355[7]. Estos actos cotidianos de resistencia llevaron a los israelíes a depender cada vez más de la coerción y la fuerza para mantener la ocupación, lo que a su vez se tradujo en un número de bajas cada vez mayor, en particular entre los palestinos. De junio de 1967 a diciembre de 1987, la media anual de palestinos muertos por resistirse a la ocupación fue de treinta y dos; de diciembre de 1987 a septiembre de 2000, subió a ciento seis; y de septiembre de 2000 a diciembre de 2006, llegó a seiscientos setenta y cuatro. El número total de palestinos muertos como consecuencia del conflicto desde 1967 hasta 2006 asciende a 6187, en comparación con los 2178 israelíes muertos en ataques palestinos, tanto en los territorios ocupados como en Israel propiamente dicho, a lo largo del mismo período[8].

En lo que respecta a los territorios no palestinos tomados por Israel en 1967, la historia es un poco diferente: la península del Sinaí, un territorio vasto pero en gran medida desierto, estaba poco poblada y permaneció relativamente calmada durante la ocupación israelí; y en los Altos del Golán, arrebatados a Siria durante las últimas treinta horas de la guerra de 1967, los israelíes consiguieron imponer su voluntad con relativa facilidad. Eso se debió en gran medida a que en el Golán la población era mucho menor y estaba menos concentrada que en Cisjordana o Gaza debido al terreno montañoso, así como al hecho de que, en su avance, el ejército israelí destruyó la mayor parte de las aldeas locales, lo que obligó a los habitantes a huir al interior de Siria. Además, los golaníes a los que Israel sí permitió permanecer en los Altos eran en su mayoría drusos, una minoría religiosa derivada de la tradición musulmana y, al menos al comienzo de la ocupación, relativamente dócil.

El relato que sigue trata de la política y la práctica de la ocupación israelí, una historia narrativa en la que a menudo me detengo para explicar y comentar. En este sentido, el libro pretende llenar un vacío asombroso en la literatura existente, que a menudo adopta un acercamiento temático en lugar de cronológico. Soy un ferviente defensor de la historia narrativa; el eminente historiador James Joll anotó en una ocasión que «es importante recordar al lector la secuencia de los acontecimientos… proporcionarle, por así decir, una carta de navegación que le permita adentrarse en esos mares tormentosos»[9].

Como veremos, la ocupación israelí se sostiene en tres pilares fundamentales. El primero es el uso de la fuerza militar para subyugar a los ocupados, lo que incluye la expedición de órdenes militares, los arrestos arbitrarios, las expulsiones, la tortura y el encarcelamiento prolongado. El segundo lo componen las leyes y regulaciones burocráticas a través de las cuales Israel controla el nombramiento de cargos públicos, el acceso al empleo, las restricciones para viajar, la emisión de toda clase de licencias y permisos, incluidos los necesarios para cuestiones de desarrollo y planificación urbana, etc. El tercer pilar es la creación de realidades físicas sobre el terreno; esto incluye la expropiación de tierras, la destrucción de pueblos árabes y la construcción de asentamientos judíos y bases militares, así como el establecimiento de zonas de seguridad y el control del agua y otros recursos naturales[10].

La ocupación, como trataré de mostrar, es un fenómeno mucho más complejo y multidimensional de lo que inicialmente podría parecer. Para entenderlo resulta mejor considerar la ocupación como compuesta de dos círculos: un círculo interno, a saber, esas áreas en las que ocupados y ocupantes se codean cotidianamente; y un círculo externo, en el que se discute sobre la ocupación desde cierta distancia respecto a lo que ocurre en el terreno (es aquí donde suelen operar los políticos, los diplomáticos, los enviados especiales y demás). Los círculos «interno» y «externo» no están desconectados, todo lo contrario: se tocan y alimentan mutuamente. Las acciones sobre el terreno de los soldados, los milicianos y los civiles en los territorios ocupados (el «círculo interno») tienen por supuesto un impacto en lo que sucede en las salas de reunión de la ONU, los hoteles de lujo y los estudios de televisión que constituyen el dominio del circulo externo, y viceversa. ¿Cuántas veces ha ocurrido que el disparo negligente de un fusil israelí o un atentado suicida palestino maliciosamente programado consiguen posponer durante meses delicadas negociaciones políticas? Y, como veremos,

no hay mejor ejemplo de la forma en que el círculo externo incide en el círculo interno que la cumbre de paz palestino-israelí celebrada en Camp David en el año 2000, cuyo fracaso enfadó tanto a los palestinos que bastó una chispa (el detonante resultó ser la provocadora visita del entonces líder de la oposición, Ariel Sharon, a la Explanada de las Mezquitas en Jerusalén) para empujarlos a un levantamiento a gran escala contra la ocupación (la segunda *intifada*) y recurrir al uso de armas letales y atentados suicidas. Si bien me ocupo tanto de los ocupados como de los ocupantes, me concentro necesariamente más en estos últimos, pues por la naturaleza misma de su posición el ocupante es con más frecuencia el que conduce los acontecimientos. Como suele suceder, aquí es el vencedor el que dicta la historia. Con todo, he intentado que el lector también oiga las voces y comprenda las experiencias (el sufrimiento, de hecho) de quienes viven bajo la ocupación y dotar así de rostro humano al relato.

A lo largo del libro sigo los zigzagueos de la política israelí en los territorios ocupados, una política que a lo largo de más de cuatro décadas ha oscilado entre dos impulsos opuestos y determinado la suerte de los millones de personas normales y corrientes que viven sometidas a la ocupación. En un extremo, la política israelí ha impuesto una anexión *de facto* de los territorios ocupados (aunque no de la gente que vive en ellos) mediante la construcción de grandes bloques de asentamientos judíos y la instalación de equipamientos militares. En el otro extremo, se encuentra el ocasional arrebato de voluntad política (con frecuencia resultado bien sea de la creciente presión internacional, bien sea de los ataques llevados a cabo por los ocupados) para desvincularse de los territorios o, al menos, de una buena porción de ellos. Dentro de la política y la sociedad israelíes existe una tensión entre estas dos fuerzas opuestas, lo que en ocasiones ha llevado incluso a perseguir *ambas* alternativas a la vez y realizar ofertas de paz y desvinculación al tiempo que prosigue la construcción de asentamientos. Como emerge con claridad del relato que sigue, la indecisión de Israel entre esos dos rumbos ha causado una enorme confusión acerca del destino de los territorios ocupados.

Otro hilo que recorre este relato es lo que constituye la auténtica tragedia del conflicto árabe-israelí: las oportunidades perdidas. A lo largo de las primeras cuatro décadas de ocupación israelí, todos los bandos han cometido muchos errores tácticos de importancia menor, errores que en el avance imparable de los acontecimientos fue posible enmendar, olvidar o sencillamente pasar por alto. Sin embargo, también se han cometido grandes errores estratégicos que llevaron el conflicto a un territorio indeseado e

imprevisto, lo que ha prolongado la ocupación y causado muertes y sufrimientos innecesarios en ambas partes. Quizá el mayor de esos errores fue el cometido por los gobiernos laboristas israelíes durante la primera década de la ocupación, cuando el país tuvo una oportunidad única para resolver, acaso de una vez y para siempre, el prolongado conflicto con los palestinos. Esta oportunidad surgió como resultado de la victoria de 1967, que, por primera vez, dio el control a Israel sobre la casi totalidad de la nación palestina; este fue un momento excepcional para afrentar sin ambages las raíces del conflicto y, probablemente, ofrecer a los palestinos ciertas concesiones que podrían haberles dado una vida más digna y la esperanza de un futuro mejor. Tal oportunidad fue evidente en su momento, no solo *a posteriori*; algunos observadores dijeron entonces: «es la hora de tomar decisiones sin perder tiempo» y «si no la aprovechamos, estaremos perdidos»[11]. Por desgracia, en esos primeros años de la ocupación, los críticos, poco se hizo al respecto: Levi Eshkol, el primer ministro de Israel hasta 1969, formó un comité tras otro para que le aconsejaran cuál era el mejor camino que podía seguir, pero cuando llegaba el momento de llevar a la práctica ese consejo, en un sentido u otro, se mostró reacio a actuar. Solo podemos especular acerca de los motivos: acaso por inseguridad y porque el instinto le decía que se aferrara a los territorios capturados en lugar de devolverlos; o quizá porque, como muchos otros miembros del gobierno israelí de la época, sencillamente estaba perplejo y no sabía qué hacer con el premio que de repente le había caído encima a Israel. Después de la guerra de 1967, Eshkol adoptó la costumbre de hacer la «V» de la victoria en los actos públicos a la manera de Churchill; cuestionado por Miriam, su esposa: «Eshkol, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?», el primer ministro respondió: «No, esto no es una "V" en inglés. ¡Es una "V" en *yiddish! Vi Krishen aroys?*», es decir: «¿Cómo salimos de esta?»[12].

Del mismo modo, los siguientes gobiernos prefirieron dejarse arrastrar por los acontecimientos en lugar de establecer un rumbo propio hacia la solución del conflicto y el fin de la ocupación. El diseño de políticas fue en gran medida una labor *ad hoc*, basada en reacciones instintivas a sucesos particulares o presiones específicas y sin un proceso de toma de decisiones ordenado. En este contexto, la opinión pública desempeñó un papel importantísimo: tras la gran victoria militar sobre los árabes en 1967, el pueblo israelí se sentía invencible y no veía ninguna razón para presionar al gobierno para que devolviera unas tierras que, mucho creían, podían reportar a Israel beneficios económicos y de otro tipo. Asimismo, existía una fuerte

oposición entre los israelíes, tanto religiosos como seculares, a la devolución de lugares como Jerusalén y Hebrón, considerados la cuna de la historia judía[13]. Debemos recordar además que en 1967 el primer ministro invitó a los partidos de la derecha a participar en el gabinete de guerra (era la primera vez que eso ocurría en la historia de Israel) y que después de la confrontación estos siguieron formando parte de la coalición de gobierno, donde se opusieron rotundamente a la devolución a los árabes de cualquiera de las tierras ocupadas, a las que su máximo líder, Menajem Beguin, se refería como territorios «liberados».

La ausencia de presiones decisivas por parte de Estados Unidos fue también un factor importante: senadores influyentes como Robert F. Kennedy y Jacob K. Javitz, entre otros, pidieron al gobierno que no se coaccionara a Israel para que se retirara de los territorios ocupados hasta que los mandatarios árabes no hubiera aceptado firmar un tratado de paz[14]. Richard M. Nixon, que al año siguiente sería candidato a la presidencia de Estados Unidos, visitó los territorios ocupados poco después de la guerra y respaldó públicamente la presencia israelí en ellos con el argumento de que haría más dóciles a los regímenes árabes y los obligaría a entablar negociaciones de paz «en un plazo de seis meses»[15].

De forma similar, a finales de la década de 1990, cuando surgió la oportunidad de poner fin a la ocupación de los Altos del Golán y llegar a un acuerdo de paz entre Israel y Siria que podría haber cambiado la faz de Oriente Próximo, los líderes israelíes se quedaron cortos a la hora de dar el paso decisivo. En el capítulo 10 utilizó documentos inéditos para mostrar que, mientras que Siria estaba realmente dispuesta a hacer las concesiones necesarias para recuperar las tierras ocupadas y firmar un tratado de paz, Israel optó por aferrarse al territorio ocupado y prefirió la tierra a la paz. De hecho, la fórmula que el legendario diplomático israelí Abba Eban usó en una ocasión para describir a los árabes, a saber, que nunca perdían la oportunidad de perder una oportunidad, se aplican igual de bien a los gobiernos israelíes.

He dividido el libro en tres partes. La primera abarca la primera década de la ocupación, desde 1967 hasta 1977, y se subdivide en las cuatro áreas geográficas afectadas: Cisjordania, incluida Jerusalén; la Franja de Gaza; el Sinaí; y los Altos del Golán. En muchos sentidos, hubiera preferido ocuparme de las cuatro áreas a la vez (a fin de cuentas, en la vida real los acontecimientos tuvieron lugar en las cuatro regiones simultáneamente, y a menudo lo que ocurría en una tenía impacto en las demás), pero la cantidad de

sucesos ocurridos a lo largo de esa primera década, en particular en la Cisjordania ocupada, es tan enorme que al optar por un enfoque global se corre el riesgo de sepultar al lector en una masa confusa de hechos y detalles. La segunda parte de la obra se ocupa de la segunda década de la ocupación, de 1977 a 1987, y termina con los primeros cartuchos de la *intifada* palestina, el levantamiento contra la ocupación en la Franja de Gaza y Cisjordania. La tercera parte abarca las dos décadas restantes, de 1987 a 2007, una etapa especialmente dramática en la que los círculos «interno» y «externo» de la ocupación se entretejieron, pues al tiempo que se libraban la primera y segunda *intifadas* hubo varias negociaciones vacilantes en busca de un acuerdo, un proceso que culminó en la retirada unilateral por parte de Israel de algunos territorios palestinos.

Considero *La ocupación* una «obra en curso», y espero ampliarla a medida que la historia de la ocupación israelí continúe desarrollándose y hasta que, confío, llegue a su fin en un futuro no demasiado lejano. Por el momento, termino el relato principal en 2007 —el último acontecimiento importante: la retirada de Israel de la Franja de Gaza y cuatro asentamientos de Cisjordania y los sucesos inmediatamente posteriores en la Franja— para ofrecer al lector cuatro décadas completas de ocupación israelí. Concluyo con algunas reflexiones sobre los años posteriores a 2007 y algunas ideas acerca de cómo podrían desarrollarse las cosas en el futuro.

El historiador W. L. Langer anotó en una ocasión que el peor error que puede cometer un historiador es construir un modelo pulcro y lógico cuando en la realidad todo fue confuso y contradictorio. Abrigo la esperanza de que este intento de dar cierto sentido y claridad a la historia de la ocupación israelí no tergiverse la confusión, las contradicciones y la arbitrariedad que la han caracterizado de forma tan marcada.

Nota sobre el concepto de ocupación

¿Deben considerarse «ocupados» los territorios capturados por Israel en 1967? ¿Es Israel un «ocupante»? Hallar respuestas definitivas a estas preguntas es más difícil de lo que uno podría suponer, pero son importantes pues si Israel es en verdad un ocupante, entonces, de acuerdo con el derecho internacional, tiene ciertas obligaciones para con la tierra y el pueblo ocupados.

El Convenio de La Haya (1907), breve y general, y el IV Convenio de Ginebra (1949), más extenso y detallado, de los que Israel forma parte, exigen al ocupante acatar numerosas normas en los territorios que ocupa[16]. Por ejemplo, se prohíbe la imposición de cambios demográficos dentro del territorio ocupado: el artículo 49 del IV Convenio de Ginebra declara que una potencia ocupante «no podrá efectuar la evacuación o el traslado de una parte de la propia población civil al territorio por ella ocupado» y que «los traslados en masa o individuales de índole forzosa, así como las deportaciones… del territorio ocupado… están prohibidos, sea cual fuere el motivo». Estas reglas tienen como objetivo impedir la colonización del territorio conquistado por parte de los ciudadanos del estado conquistador mediante, por ejemplo, la construcción de asentamientos en él y la explotación de sus recursos, el agua entre ellos. Además, el ocupante ha de proteger a la población ocupada y sus bienes: el artículo 53 del IV Convenio de Ginebra señala que «está prohibido que la potencia ocupante destruya bienes muebles o inmuebles»; y el artículo 46 del Convenio de la Haya de 1907 especifica que «la propiedad privada no puede ser confiscada» por el ocupante; por ejemplo, las tierras o edificios pertenecientes a los habitantes del territorio ocupado. Asimismo, de acuerdo con el artículo 55 del IV Convenio de Ginebra, la potencia ocupante «tiene el deber de abastecer a la población de víveres y productos médicos». Y el artículo 56 deja claro que «la potencia ocupante tiene el deber de asegurar y mantener… los establecimientos y los servicios médicos y hospitalarios, así como la sanidad y la higiene públicas en el territorio ocupado». De hecho, la

Sección III del IV Convenio de Ginebra («Territorios ocupados») contiene más de treinta artículos acerca de los deberes y obligaciones de la potencia ocupante.

Con todo, el concepto de ocupación está lejos de ser indiscutible: tras la victoria de 1967, los gobiernos israelíes han cuestionado continuamente que las regiones de Palestina que arrebató a Jordania sean territorios «ocupados». De hecho, como en una ocasión señaló un antiguo consejero jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, «desde que Israel capturó Cisjordania… este territorio ha sido básicamente una tierra *en disputa* reclamada por Israel, Jordania y los palestinos»[17]. En consecuencia, sostienen los israelíes, el IV Convenio de Ginebra, con todas las obligaciones y deberes que estipula para los ocupantes, no se aplica a Cisjordania y tampoco a la Franja de Gaza. Esta posición se fundamenta en la interpretación que Israel hace del artículo 1 del Convenio, que afirma que «las *Altas Partes Contratantes* se comprometen a respetar y a hacer respetar el presente Convenio en todas las circunstancias», y el artículo 2, en el que se dice, entre otras cosas, que «el presente Convenio se aplicará, en caso de guerra declarada o de cualquier otro conflicto armado que surja entre dos o varias de las *Altas Partes Contratantes*» (el subrayado es mío).

Israel interpreta el término «Altas Partes Contratantes» en el sentido de gobernantes soberanos de estados definidos y arguye que, en *ausencia* de una Alta Parte Contratante en el bando opuesto de un conflicto, el resto del «contrato», a saber, el Convenio de Ginebra en su totalidad, no debe aplicarse. Esto, sin duda, es más que una declaración política, pero además cuenta con el respaldo de destacados expertos en derecho. Por ejemplo, Meir Shamgar, expresidente del Tribunal Supremo israelí, sostiene que en términos formales el Convenio de Ginebra no puede aplicarse en Cisjordania y la Franja de Gaza porque este se basa, según él mismo explica, en el supuesto de que existe un soberano que ha sido depuesto y de que ese soberano era un soberano legítimo. Los israelíes insisten en que ni el Reino de Jordania, que controlaba Cisjordania antes de 1967, ni Egipto, que gobernaba la Franja de Gaza, pueden considerarse gobernantes soberanos de esos territorios y, por tanto, tampoco pueden considerarse «Altas Partes Contratantes». Tanto Jordania como Egipto, afirman los israelíes, invadieron Palestina de forma ilegal en 1948; Egipto nunca se anexionó formalmente la Franja de Gaza tras haberse hecho con ella, y la anexión de Cisjordania por parte de Jordania en 1950 (véase el capítulo 1) nunca fue reconocida plenamente por la comunidad internacional (las excepciones fueron Reino Unido y Pakistán). Este

argumento, conocido habitualmente como la tesis del «sucesor ausente», a saber, que ni Jordania ni Egipto poseían soberanía sobre Cisjordania y la Franja de Gaza y que, por tanto, Israel no tiene el estatus de potencia ocupante, es el que utiliza Israel para rechazar que el IV Convenio de Ginebra sea aplicable en esos territorios.

Más aún, los israelíes aseguran que las líneas de separación entre Israel y sus vecinos trazadas al final de la primera guerra árabe-israelí de 1948, la llamada «Línea Verde», no deberían considerarse «fronteras» propiamente dichas sino líneas de armisticio. Esto, prosiguen, significa que durante la guerra de 1967 las tropas israelíes no cruzaron ninguna frontera reconocida internacionalmente. Además, afirman, en 1967 Israel entró en guerra en defensa propia. En un texto escrito en 1970, Stephen Schwebel, exconsejero jurídico del Departamento de Estado estadounidense y, posteriormente, presiente del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, observó que, cuando el anterior poseedor de un territorio se había apoderado de él de manera ilegal (como, según los israelíes, hicieron Egipto y Jordania), el estado que toma luego ese territorio en un legítimo ejercicio de defensa propia (como, según los israelíes, hizo Israel en 1967) tiene, en relación con ese poseedor anterior, una «mejor titularidad». Esto implicaría que la reivindicación de Gaza y Cisjordania por parte de Israel es más sólida que la de Jordania o Egipto. Finalmente, los israelíes afirman que, al menos en el caso de Cisjordania, los judíos tienen más razón en sus reivindicaciones que los palestinos desde una perspectiva histórica, pues la Tierra de Israel ha desempeñado un papel más importante en la historia judía que en la historia palestina o árabe y que ha habido una presencia judía continua allí por lo menos durante tres milenios. Los árabes, por supuesto, cuestionan con vehemencia semejante argumento, entre otras razones porque desde hace muchas generaciones forman la población mayoritaria en esas tierras.

Es importante señalar que, si bien Israel insiste en que tanto el IV Convenio de Ginebra de 1949 como el Convenio de La Haya de 1907 no se aplican en Cisjordania y la Franja de Gaza, los israelíes se han comprometido a respetar las disposiciones humanitarias de ambos convenios en los territorios «en disputa». No obstante, esto también resulta cuestionable, pues la vaguedad y el carácter estrictamente voluntario del compromiso han permitido que los israelíes seleccionen en cada momento las disposiciones que deciden aplicar y las que no[18].

La gran mayoría de los expertos jurídicos rechazan el argumento principal de

la tesis israelí, a saber, que el IV Convenio de Ginebra y el Convenio de La Haya son inaplicables por el solo hecho de que existe la posibilidad de que el estatus previo de los territorios en cuestión fuera ligeramente diferente del que tenían en mente quienes negociaron los convenios. Y lo cierto es que, a puerta cerrada, los líderes israelíes reconocen que la idea de que las regiones palestinas que controlan desde 1967 no son territorios ocupados resulta poco convincente y difícilmente se sostiene. En 1967, en una carta dirigida al primer ministro clasificada como «secreto» y en un memorando «muy urgente», Theodor Meron, consejero jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores, señalaba que la comunidad internacional rechaza la tesis de Israel según la cual «Cisjordania no es un territorio ocupado "normal"» y proseguía diciendo que «ciertas medidas tomadas por Israel son incluso incoherentes con [su propia] alegación de que Cisjordania no es un territorio ocupado»[19].

Es posible afirmar sin temor a equivocarnos que el gobierno israelí y quienes lo defienden se encuentran relativamente solos en su negación de la naturaleza de la ocupación y, de hecho, que mientras Israel ha buscado ofuscar o redefinir la noción misma de ocupación, otros consideran que no hay margen para la interpretación. La Asamblea General de la ONU, por ejemplo, ha resuelto que la situación de las tierras tomadas por Israel en 1967 es de ocupación y ha instado al país a respetar en ellas los principios recogidos en el IV Convenio de Ginebra y demás acuerdos[20]. Y el Tribunal Internacional de Justicia de la ONU, un organismo por lo general sobrio, convencional y conservador, ha dejado en claro de forma inequívoca, tanto a través de jueces particulares como en su conjunto, que «de pocas proposiciones puede decirse que tengan una aceptación casi universal… como ocurre con la de que la presencia de Israel en el territorio palestino de Cisjordania, incluidas Jerusalén Oriental y Gaza, constituye una ocupación militar regida por el régimen internacional aplicables a las ocupaciones militares»[21].

La perspectiva que adopto en este libro es la compartida por la ONU y la mayoría de los observadores internacionales, es decir, que pese a los argumentos jurídicos que pueda esgrimir el gobierno israelí Cisjordania y la Franja de Gaza son territorios ocupados y, por tanto, que el Convenio de Ginebra de 1949 y demás acuerdos deberían ser aplicados allí. Y otro tanto puede decirse de los Altos del Golán y la península del Sinaí, sobre cuya condición de territorios ocupados no cabe duda, pues hasta la guerra de 1967 estas regiones estaban bajo la soberanía de Siria y Egipto, que son,

legalmente, las Altas Partes Contratantes en este contexto.

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA DÉCADA, 1967-1977

1

Cisjordania y Jerusalén

Cisjordania, una región en forma de riñón de aproximadamente ciento diez kilómetros de largo y cincuenta de ancho, es literalmente el territorio situado al oeste del río Jordán, razón por la cual también se la conoce como la Ribera Occidental. Esta tierra formaba el corazón de la antigua Palestina, que se extendía al norte, el oeste y el sur de la Cisjordania actual.

Desde un punto de vista geográfico, Cisjordania no es un territorio homogéneo: la parte meridional (la Judea bíblica) es una tierra árida y áspera, mientras que la parte septentrional (Samaria) es más acogedora y fértil. En términos demográficos y culturales, Cisjordania se divide en tres sectores diferentes. En el sur la vida gira alrededor de la ciudad de Hebrón (Al Khalil en árabe), hogar de una comunidad musulmana muy tradicionalista. En el segundo sector, el central, lo conforma el área metropolitana de Jerusalén (Al Quds en árabe) y es relativamente cosmopolita debido al estatus único y fama mundial de la ciudad, que recibe un flujo constante de visitantes extranjeros. Al norte hay un área dominada por Naplusa, la ciudad más grande de Cisjordania después de Jerusalén, en la que la población tiene una mayor conciencia política y es más nacionalista y donde existe una inteligencia cultivada y prósperas clases de comerciantes y terratenientes.

Durante cuatro siglos, desde 1517 hasta 1917, la región formó parte del imperio otomano, pero en el curso de la primera guerra mundial fue ocupada por los británicos al igual que el resto de Palestina. Treinta años más tarde, los británicos se retiraron y la comunidad judía, que entonces era menos de la mitad de la población no judía de Palestina, derrotó a esta última en una breve guerra civil y procedió a declarar la independencia de Israel, el 14 de mayo de 1948. De inmediato estalló la guerra entre el nuevo estado y sus vecinos árabes, que se oponían a la existencia de Israel y deseaban devolver Palestina a las poblaciones árabes que habían resultado derrotadas. Fue durante esta

guerra cuando las fuerzas de Transjordania cruzaron el río Jordán para tomar Cisjordania y el sector árabe de Jerusalén, incluidos algunos de los santuarios más importantes del islam. Posteriormente, en abril de 1950, el Parlamento del rey Abdalá aprobó la Ley de Unificación, que incorporó los territorios ocupados (la ribera occidental del río Jordán y Jerusalén Oriental) al Reino Hachemita de Jordania, fundado apenas cuatro años antes.

La comunidad internacional, incluida la Liga Árabe, desaprobó en gran medida esta anexión unilateral, pues en noviembre de 1947 la ONU había asignado la región a la población árabe de Palestina para formar parte del estado árabe que proponía crear junto al estado judío[22]. Los únicos países que reconocieron la anexión fueron el Reino Unido y Pakistán. En respuesta a las severas críticas, el rey Abdalá aclaró que la anexión de Cisjordania no era una medida inmutable ni irrevocable: mantendría el territorio como prenda hasta la «liberación de Palestina» de manos de los israelíes[23].

La población cisjordana en su conjunto veía con ambivalencia a su nuevo señor, aunque consideraba el régimen Hachemita como el menor de dos males en comparación con un eventual dominio de Israel. Sospechaba que el rey tenía una agenda oculta para socavar la identidad palestina; además, llevaban mucho tiempo considerándose más avanzados, sofisticados y educados que sus nuevos jefes, a los que a menudo se referían como «beduinos atrasados del desierto». No obstante, reunir las riberas oriental y occidental del río Jordán tenía mucho sentido, y eso era algo que no ignoraban los habitantes de la ribera occidental. Hasta entonces, los cisjordanos solían mirar hacia el oeste, es decir, hacia la costa mediterránea, para el comercio y el contacto con el mundo. Sin embargo, la fundación en 1948 del estado de Israel creó una barrera que cortó las rutas comerciales tradicionales de la región y forzó a la población a mirar al este, a Jordania y más allá, en búsqueda de nuevos contactos y socios comerciales. Desde este punto de vista, la unión con la ribera oriental y la incorporación a Jordania de los remanentes de la antigua Palestina tenía sentido, aunque seguramente poquísimos habitantes de la ribera occidental se consideraran a sí mismos jordanos.

De forma gradual, buena parte de la población de Cisjordania fue reconciliándose con el gobierno Hachemita, en particular durante la década de 1960, cuando Jordania gozó de un crecimiento económico anual del 23%, una prosperidad que inevitablemente alcanzó a la ribera occidental. El hecho de que el nieto del rey Abdalá, Husein bin Talal, que ascendió al trono en 1952 (Abdalá fue asesinado en Jerusalén el 20 de julio de 1951), prestara atención a

las necesidades de Cisjordania contribuyó enormemente a la integración de la región en el reino. Sin embargo, esta relativa armonía terminaría de forma abrupta en 1967, unos diecisiete años después de la anexión, cuando el ejército israelí ocupó Jerusalén Oriental y Cisjordania y voló los puentes sobre el río Jordán, separando así de nuevo las dos riberas tanto simbólica como físicamente.

Cuando los israelíes entraron en Cisjordania la región tenía una población de seiscientos setenta mil palestinos, incluidos los treinta y cinco mil que vivían en Jerusalén Oriental[24]. En esta tierra ancestral, la familia extensa y la comunidad desempeñaban un papel central y la vida tenía un ritmo lento: en 1967 no era inusual ver aún a las mujeres sacando agua de los pozos o a los campesinos labrando las tierras con arados de madera tirados por bueyes. No obstante, con la guerra esta tierra y su gente sufrieron rápidos cambios, dramáticos, incluso, pues los recién llegados demolieron aldeas enteras, como ocurrió por ejemplo en la zona de Latrun.

En la guerra de 1948, la saliente de Latrun, a medio camino entre Tel Aviv y Jerusalén, fue escenario de combates feroces. En repetidos intentos de capturar este punto estratégico, entonces en manos de la legión jordana, los israelíes enviaron una oleada tras otra de soldados, pero todos los ataques fueron infructuosos. Eso cambió en 1967, cuando los israelíes lograron finalmente su cometido: desalojaron a los jordanos y tomaron el control de Latrun y el área circundante, incluidas las aldeas palestinas cercanas de Imwas, Beit Nuba y Yalu.

Hasta 1967 la vida en estas poblaciones era sencilla y prosaica, como recuerda Aishe, un anciano de ochenta años oriundo de Yalu:

> La gente se llevaba bien. Solía sentarse para pasar el tiempo en común… Había una plaza central en la que la gente se reunía al regresar del trabajo. Allí tomaban café y azúcar y se divertían. Cuando un visitante llegaba a la plaza se le invitaba a comer y cenar. Quien ofrecía la comida sacrificaba una oveja y le daba de comer a todos los que estaban en la plaza[25].

Lo que ocurrió en 1967 en esas aldeas y sus alrededores lo conocemos gracias a Amos Kenan, entonces un soldado israelí y años después un destacado escritor. Kenan recuerda que «el oficial al mando del pelotón dijo que se había tomado la decisión de hacer volar esas aldeas… [con el fin]… de eliminar esas guaridas de asesinos y… evitar que en el futuro los infiltrados

dispusieran de una base»[26]. Él y sus compañeros recibieron órdenes de registrar las aldeas y hacer prisionero a todo hombre armado que encontraran; asimismo, «a todas las personas desarmadas debía dárseles tiempo para enfandar en un montón sus pertenencias y luego decirles que se fueran». Después de eso, los israelíes trajeron maquinaria pesada y convirtieron las aldeas en pilas de escombros; en Imwas se demolieron 375 casas, en Yalu 535 y en Beit Nuba 550; diez mil palestinos se convirtieron en refugiados y nunca se les permitió volver a su tierra, parte de la cual se distribuyó más tarde entre los israelíes y sobre el resto se construyó un parque nacional[27]. Lo ocurrido en Latrun no fue, sin embargo, una excepción; la demolición indiscriminada de las aldeas palestinas de Cisjordania fue una práctica generalizada durante y después de la guerra de 1967 en una clara violación del derecho internacional. Con todo, los cambios más espectaculares y significativos se producirían en Jerusalén.

Cambiar Jerusalén

Para los palestinos, Jerusalén Oriental no era solo un lugar sagrado sino también un importante centro comercial, administrativo y cultural, y era la conexión natural para el transporte entre las mitades septentrional y meridional de Cisjordania. Al igual que en la zona de Latrun y otros lugares, en Jerusalén los jefes militares locales tomaron sus propias decisiones y buscaron cambiar la situación sobre el terreno sin molestar las conciencias de sus superiores en el ejército o el gobierno. Así, Chaim Herzog, primer gobernador militar de Jerusalén tras la guerra y futuro presidente de Israel, ordenó, después de visitar por primera vez el Muro de las Lamentaciones, que se retirara un orinal que había en contacto con el Muro. Este cambio trivial e incluso benigno allanó el camino para cambios bastante más significativos y radicales. «Concluimos —recuerda Herzog— que debíamos aprovechar la oportunidad para limpiar toda el área frente al Muro. Era una oportunidad histórica.»[28] Exactamente en frente del Muro de las Lamentaciones se encontraban entonces las más de doscientas casas que formaban el viejo barrio magrebí (el Harat al-Magharibah o barrio marroquí); los musulmanes que lo habitaban eran los últimos beneficiarios de la antigua disposición islámica que lo había creado en el año 1193. Sin embargo, al estar tan cerca del Muro, el barrio magrebí dejaba poco espacio para los judíos que acudían a rezar allí; las postales de antes de 1967 muestran cuán estrecha era entonces el

área justo en frente del Muro de las Lamentaciones.

El 10 de junio, en su segunda visita a la zona, el general Herzog, en colaboración con el general Uzi Narkis, ordenó a sus hombres que demolieran todo el barrio magrebí con el fin de crear en frente del Muro una plaza capaz de acoger a varios centenares de personas al mismo tiempo. Herzog reconocería más tarde que carecía de permiso para llevar a cabo la demolición y que tampoco se había tomado la molestia de solicitarlo, y justificó su proceder señalando que le preocupaba perder la oportunidad si tenía que esperar demasiado la aprobación del gobierno. La explicación de Narkis es similar: «En ciertas situaciones, es innecesario involucrar a los grados más altos», escribió[29]. Preocupado por la legalidad del proyecto, el alcalde de Jerusalén Occidental, Teddy Kollek, que acompañó a los generales durante sus visitas a la ciudad, consultó al ministro de Justicia, quien le dijo: «No sé cuál sea la situación legal. Hacedlo rápido y que el Dios de Israel esté con vosotros»[30].

Posteriormente, los oficiales recorrieron el barrio magrebí casa por casa informando a los residentes que debían desalojar sus hogares en las próximas dos horas; ciento treinta y cinco familias árabes (unas seiscientas cincuenta personas) fueron obligadas a abandonar sus casas antes de que los buldóceres llegaran para derribar el vecindario. Algunos, sin embargo, se negaron a marcharse y fueron enterrados vivos bajo los escombros: en 1999, el comandante Eitan Ben-Moshe, el oficial israelí a cargo de la demolición, contó en una entrevista que «al terminar de demoler el barrio encontramos algunos cuerpos de residentes que se habían negado a dejar sus hogares»[31]. Aquellos que sí se marcharon tuvieron poco tiempo para llevarse sus cosas; Mahmoud Masloukhi, que creció en el barrio y que en 1967 tenía treinta y cuatro años y se había casado hacía poco, reunió a su familia y huyó «solo con lo puesto» y unas cuantas fotografías en blanco y negro[32]. Otro residente, Muhammed Abdel-Haq, relata que en los días siguientes a la demolición, mientras las máquinas continuaban despejando el terreno, su esposa y su hijo regresaban al lugar en el que había estado su casa y esperaban a que el *bulldozers* retirara los escombros para «poder recuperar ropas y otras pertenencias que no tuvimos tiempo de llevarnos»; la familia estuvo repitiendo este ritual cada día durante toda una semana[33]. Dado que el linaje de aproximadamente la mitad de los residentes del barrio se remontaba a Marruecos, muchos de ellos se trasladaron allí con la ayuda del rey Hasán II; otros se establecieron en el campo de refugiados de Shufat, en el

norte de Jerusalén.

En la recién ocupada Jerusalén Oriental, el sitio con mayor potencial para desencadenar un conflicto era sin duda el complejo del Monte del Templo o, para el islam, el Haram al-Sharif, también conocido como la Explanada de las Mezquitas. Este era el lugar en el que se alzaba originalmente el Templo construido por el rey Salomón en el siglo x a. C., reconstruido cuatrocientos años después y destruido finalmente por los romanos en el año 70 d. C. Unos siete siglos más tarde, los musulmanes levantaron en el mismo lugar la mezquita de Al Aqsa y la Cúpula de la Roca, construida alrededor de la elevación rocosa desde la que, de acuerdo con la tradición islámica, el profeta Mahoma ascendió al cielo; se la considera el tercer santuario más sagrado del islam. Sin embargo, en 1967, con el complejo en manos de los israelíes tras la derrota de las fuerzas jordanas, existía la preocupación creciente de que los fanáticos religiosos, de una u otra fe, decidieran reclamar el sitio como propio y desencadenaran una carnicería. Consciente de ese riesgo, el ministro de Defensa, Moshe Dayan, decidió intervenir.

A los cincuenta y dos años, Dayan era uno de los mayores héroes de guerra de Israel. En 1948, durante la guerra de independencia de Israel, demostró ser un oficial audaz sobre el terreno y ocho años después, con apenas cuarenta y un años y siendo ya el militar de más alto rango del ejército israelí, el jefe del Estado Mayor, dirigió a sus tropas en el frente en un exitoso ataque contra Egipto, coordinado con Francia y el Reino Unido. Con su característico parche negro (había perdido un ojo en el campo de batalla), Dayan tenía el aspecto de un pirata moderno y era una de las personalidades más peculiares y polémicas de Israel: un individuo valiente, carismático, egocéntrico, ambicioso, cínico, arrogante y hedonista. Su nombramiento como ministro de Defensa se produjo la víspera de la guerra de 1967 y fue bajo su dirección cuando las fuerzas armadas de Israel lograron su mayor victoria sobre los árabes.

Pocos días después de terminada la guerra, Dayan visitó Jerusalén Oriental para hablar con el Consejo Musulmán, el organismo a cargo de los santuarios del islam en el Monte del Templo. Dayan dejó claro que esperaba que el complejo estuviera abierto a creyentes de todas las religiones y explicó que, si bien la seguridad en general sería responsabilidad de las fuerzas israelíes, el estado de Israel no interferiría de ninguna otra forma: los musulmanes podían continuar gestionando sus santuarios como lo habían estado haciendo antes de la guerra. Además, consciente de que permitir a los

judíos rezar en el Haram al-Sharif podía ser interpretado como una provocación, el ministro aseguró a los líderes musulmanes que se les prohibiría rezar en el Monte en sí; a los judíos solo se les permitiría acceder al Muro de las Lamentaciones, situado a los pies del complejo. En sus memorias, Dayan anota que si bien los líderes musulmanes «no estaban encantados» con las nuevas reglas, poco podían hacer salvo aceptarlas[34]. El 23 de junio, cinco mil musulmanes, mil de ellos procedentes de Israel, participaron en las oraciones del viernes en el Haram.

El interés de Israel por Jerusalén, como pronto resultó evidente, respondía a motivos mucho más ambiciosos. Lo que Israel buscaba era una completa transformación geográfica y demográfica de la ciudad: ampliar los límites municipales, unir los sectores árabe (oriental) y judío (occidental) y convertir una Jerusalén hasta entonces dividida en una ciudad unida gobernada por Israel.

Es necesario recordar que en 1947 la comunidad internacional había propuesto que se otorgara a Jerusalén un estatus especial como *corpus separatum* y se la mantuviera unida. No obstante, como consecuencia de la guerra de 1948, la ciudad terminó repartida entre Israel y Jordania: Jerusalén Occidental, un área de treinta y ocho kilómetros cuadrados, quedó bajo control israelí; y Jerusalén Oriental, un área de seis kilómetros cuadrados, quedó bajo dominio jordano. Años más tarde, las partes levantaron una valla a lo largo de la línea que separaba los dos sectores de la ciudad y sembraron minas a lado y lado; esta formidable barrera solo contaba con dos aberturas, ambas bajo supervisión de la ONU, una en la llamada Puerta de Mandelbaum y la otra en el monte Sion, por las que solo se permitía el paso de diplomáticos y, en los días de precepto, también de peregrinos.

Sin embargo, eso estaba a punto de cambiar, pues el gobierno israelí había organizado un comité ministerial especial con la misión de examinar el modo de crear una Jerusalén unificada controlada por Israel. Algunas de las propuestas discutidas en el seno de ese comité llegaban al extremo de plantear la incorporación de hasta dos terceras partes del territorio cisjordano alrededor de Jerusalén para ampliar la ciudad[35]. En esas conversaciones, Dayan resultó ser una voz moderada. «¿Qué es esto? —comentó acerca de una propuesta—: ¿un plan para una ciudad o para un estado?»[36] En otra ocasión comentó: «Conozco el enorme apetito de los judíos… [pero] no soy partidario de [anexionar a Jerusalén]… pueblos con veinte mil habitantes [árabes]»[37].

El 26 de junio de 1967, el comité presentó al gobierno una propuesta definitiva para su aprobación. El plan conduciría a una anexión *de facto* de Jerusalén Oriental, pues esta quedaría sometida a las leyes israelíes y aumentaría el territorio combinado de la ciudad de los cuarenta y cuatro kilómetros cuadrados que tenía antes de la guerra a la asombrosa cantidad de 108,8 kilómetros cuadrados[38]. Los ministros aprobaron el plan y pasaron a debatir cuál era la mejor forma de anunciar al mundo la anexión. A diferencia de lo ocurrido en años posteriores, en la década de 1960 los israelíes todavía estaban bastante en sintonía con las sensibilidades y opiniones de la comunidad internacional y eran conscientes de que la expansión de Jerusalén suponía una violación del derecho internacional que no sería bien recibida en buena parte de los países extranjeros. Los ministros, por tanto, intentaron minimizar la importancia del proyecto presentándolo a la prensa israelí como poco más que una serie de decisiones administrativas con el propósito de que el cuadro completo «no suscite demasiada publicidad y comentarios»[39]. Tras discutir la cuestión con bastantes periodistas, el jefe del comité, el ministro de Justicia Ya'acov Shimshon Shapira informó a los demás miembros de que, en su opinión, todos los periodistas apoyaban el proyecto y estaban de acuerdo en minimizar su trascendencia, «salvo un director que piensa que es más importante que los lectores sepan qué está ocurriendo que guardar este secreto». Entre tanto, con el fin de asegurarse de que la prensa internacional tampoco diera relevancia a la noticia, el ministro propuso que «la censura no debe permitir que se publique o telegrafíe al extranjero nada acerca de la unificación de Jerusalén». Posteriormente, el ministro de Asuntos Exteriores dio instrucciones a sus representantes en el extranjero para que evitaran usar la palabra «anexión» y, en su lugar, describieran las acciones adoptadas por el gobierno como «medidas administrativas» encaminadas a facilitar la gestión del suministro de agua y energía eléctrica, el transporte público, la educación y los servicios sanitarios; en resumen, que las medidas eran más una «integración municipal» que una «anexión».

Muchos apodaron los nuevos límites de Jerusalén «la frontera del *arak* y el tabaco», pues se estableció de tal forma que dejaba fuera de los límites municipales las fábricas palestinas de alcohol y cigarrillos, productos considerados indeseables en el puritano Israel de la época; asimismo, esos nuevos límites se trazaron de modo que el territorio anexionado contuviera el menor número posible de palestinos, en un intento de mantener Jerusalén tan judía como fuese posible.

Una vez trazado el nuevo mapa de la ciudad, el 29 de junio de 1967 los israelíes emitieron una orden que disolvía el concejo municipal de Jerusalén Oriental, un órgano de elección popular formado por ocho miembros, y dictaminaba que todo el personal árabe de los diferentes departamentos de la administración municipal pasaba a ser a partir de ese momento «empleados temporales del Ayuntamiento de Jerusalén hasta que se decida nombrarlos a través del mismo ayuntamiento a partir de las solicitudes de empleo que habrán de presentarse por escrito». La orden concluía agradeciendo al «señor Ruhi al-Khatib [el alcalde de la Jerusalén árabe desde 1957] y los miembros del concejo municipal por los servicios prestados durante el período de transición desde la entrada de las FDI [Fuerzas de Defensa de Israel, en Jerusalén Oriental] hasta el día de hoy»[40]. Con eso, la ciudad ampliada quedó bajo la batuta de Teddy Kollek, el primer alcalde judío de la Jerusalén unida.

A los palestinos que vivían en las zonas anexionadas se les otorgó la residencia permanente, lo que les permitía vivir y trabajar en Israel, votar en las elecciones municipales, optar a los beneficios asistenciales proporcionados por el estado de Israel y moverse libremente por el país y los territorios ocupados; quienes desearan recibir la ciudadanía israelí plena podían hacerlo si accedían a jurar lealtad a Israel, renunciaban a cualquier otra ciudadanía (era frecuente que tuvieran la ciudadanía jordana) y demostraban cierto dominio de la lengua hebrea.

De forma simultánea, Dayan, en una decisión especialmente osada, ordenó quitar todas las barreras de hormigón, el alambre de espino y los campos minados que habían dividido los sectores árabe (oriental) y judío (occidental) de Jerusalén desde la década de 1950 y permitió el acceso de árabes e israelíes a una y otra zona. En un principio la policía y el alcalde Kollek se opusieron a la idea del ministro de Defensa, pues temían un baño de sangre, pero Dayan se negó a dar marcha atrás y, finalmente, se derribaron todas las barreras que separaban los dos sectores de Jerusalén, lo que tuvo como consecuencia inmediata una especie de migración cruzada. Esa noche el alcalde Kollek le envió un telegrama a Dayan: «Tenía razón —decía—. La ciudad es un enorme carnaval: todos los árabes están en la plaza Sion [de Jerusalén Occidental] y todos los judíos en los bazares [de Jerusalén Oriental]»[41]. No hubo baño de sangre.

A pesar de los esfuerzos del gobierno por simular sus intenciones, era imposible ocultar a los ojos del mundo entero los cambios realizados en

Jerusalén: el 4 de julio de 1967 la Asamblea General de la ONU aprobó la resolución 2253 (ES-V) en la que se pedía a Israel «que derogue todas las medidas ya tomadas y que desista en el acto de emprender cualquier iniciativa que pueda alterar la condición de Jerusalén». Los israelíes hicieron caso omiso de la resolución. Abba Eban, el ministro de Asuntos Exteriores de la época, envió una carta al por entonces secretario general de la ONU, U Thant, en la que repetía el mantra israelí de que «el término "anexión"… está fuera de lugar», y procedía a presentar la idea de que las medidas adoptadas estaban relacionadas con la integración de Jerusalén «en las esferas administrativa y municipal»[42].

Al principio los palestinos que vivían en Cisjordania y Jerusalén estaban sencillamente atónitos (de hecho, el período de junio y julio de 1967 terminaría conociéndose como los «meses de la conmoción»), pero una vez se recobraron salieron a protestar contra la anexión israelí mediante manifestaciones en Jerusalén y otros lugares. El 26 de agosto, ocho notables árabes, encabezados por el destituido alcalde de Jerusalén Oriental, Ruhi al-Khatib, publicaron un memorando que distribuyeron entre sus paisanos palestinos y enviaron a la ONU en el que protestaban por las medidas adoptadas por el ejército israelí en Jerusalén. El documento recoge algunos de los medios empleados por los israelíes para convertir la anexión de la ciudad en una nueva realidad sobre el terreno:

> Las autoridades de ocupación israelíes… han continuado adelante e implementado las medidas de anexión sin hacer caso de la opinión pública mundial y en contra de los deseos de la población árabe, lo que supone una violación de las leyes internacionales más fundamentales y elementales sobre los países ocupados… [Los israelíes]… han permitido el acceso a [las iglesias y las mezquitas] durante las horas de oración. Asimismo debemos protestar por la ausencia absoluta de decoro en el vestido y el comportamiento exhibido tanto por hombres como por mujeres [lo cual] ofende la sensibilidad religiosa de los fieles… El ayuntamiento judío ha demolido muchos edificios árabes… y continuamente está adoptando medidas similares con el propósito de borrar hasta la última huella las líneas de demarcación entre los dos sectores [de Jerusalén]… Todas las leyes jordanas que estaban en vigor en el sector árabe de la ciudad han sido derogadas y reemplazadas con medidas y leyes israelíes en una violación del derecho internacional, que estipula que deben respetarse las leyes en vigor en los territorios ocupados… El fracaso

> de las autoridades de ocupación a la hora de impedir la profanación de los lugares santos ha tenido como consecuencia el asalto de una de las mayores y más sagradas iglesias del mundo. En el mismísimo Calvario se robaron la corona tachonada en diamantes de la estatua de la Virgen, Nuestra Señora de los Dolores, una joya de valor incalculable… Las fuerzas de ocupación destruyeron una gran fábrica de plásticos ubicada dentro de los muros [de la ciudad] en la que trabajaban doscientos empleados entre obreros y oficinistas… los edificios fueron demolidos y la maquinaría fue saqueada.

La carta terminaba manifestando que

> los habitantes del sector árabe de Jerusalén y de Cisjordania proclaman con firmeza su oposición a todas las medidas adoptadas por las autoridades de ocupación israelíes… esta anexión, camuflada bajo el manto de las «medidas administrativas», se ha llevado a cabo contra nuestra voluntad y contra nuestros deseos. En ningún caso estamos dispuestos a someternos a ella o aceptarla[43].

Ante las crecientes protestas, Dayan aconsejó al ejército que desplegara «entre cuatro y seis tanques por lo menos» en lugares sensibles como Jerusalén, Naplusa, Hebrón y otros, con el fin de disuadir a potenciales alborotadores. «Debemos estar en condiciones de detenerlos en el acto», dijo[44]. Viniendo de Dayan semejante consejo resultaba inesperado pues, como veremos a continuación, iba en contra de su filosofía sobre la forma apropiada en que los israelíes debían gestionar la ocupación.

La ocupación invisible de Dayan

Moshe Dayan, acaso la figura más influyente en los destinos de las tierras capturadas por Israel en 1967, no era solo «el Sultán de los Territorios», como a menudo se le apodaba, sino también el único ministro del gobierno con experiencia previa en el manejo de las poblaciones árabes ocupadas. Había adquirido esa experiencia después de la guerra de 1956, cuando como jefe del Estado Mayor del ejército estuvo a cargo de la Franja de Gaza, que Israel acababa de arrebatar a Egipto y mantendría a lo largo de un año. Quizá la característica más importante del período de Dayan allí fue su renuencia a intervenir en la vida cotidiana de la población local. En una ocasión en que la

población local se embarcó en una huelga general para protestar contra la ocupación (lo que implicaba el cierre de las escuelas y las tiendas), Dayan hizo llamar al alcalde de la ciudad de Gaza y le dijo: «Si cerráis las tiendas, el único que sufrirá las consecuencia es vuestro pueblo. Si cerráis las escuelas, los perjudicados serán vuestros hijos. Nosotros no interferiremos»[45].

Dayan aprendería lecciones adicionales una década después, en 1966, cuando como periodista acompañó al ejército estadounidense en Vietnam; recogió sus experiencias en un libro titulado *Yoman Vietnam* («Diario de Vietnam»), que en general no recibió la atención que merecía. Allí, Dayan es muy crítico con la conducta de los estadounidenses y sus esfuerzos por, desde su punto de vista, imponer a los vietnamitas la cultura, valores y estilos de vida americanos; era incapaz de entender, escribió, por qué era tan importante para los estadounidenses que los niños vietnamitas jugaran a béisbol. En su opinión, las fuerzas estadounidenses habrían tenido mucho más éxito si en lugar de interferir en la vida diaria de los vietnamitas, se hubieran limitado sencillamente a dejar que los locales se las apañaran como pudieran.

Esta experiencia previa arroja luz sobre las instrucciones que Dayan dio al gobernador militar de Jerusalén, Chaim Herzog, inmediatamente después de la ocupación de la ciudad, instándole a abstenerse de intervenir en la vida cotidiana de los palestinos: «No trate de gobernar a los árabes —advirtió al general—. Deje que sean ellos los que se gobiernen… Quiero una política que permita que un árabe pueda nacer, vivir y morir sin haber visto nunca a un funcionario israelí»[46]. De forma similar, en la reunión que sostuvo con los mandos militares cinco días después de terminada la guerra, Dayan dijo:

> No tuteléis [a los árabes]. Dejadlos en paz. No [intentéis] educarlos y no [intentéis] enseñarles. Con relación a la seguridad… Adelante: con mano dura. [Pero luego] dejadlos en paz. Dejad que se muevan libremente, a pie y en coche. Dejad que vayan a sus campos, a sus negocios… Y además, ¿por qué hay tantísimos soldados en la ciudad [de Naplusa]? Salid de la ciudad. Desplegaos fuera de la ciudad. No deben veros. Debe parecer como si la ciudad no estuviera ocupada… Hacedles sentir que la guerra ha terminado y que nada ha cambiado[47].

Dayan ordenó también que se retirara la bandera israelí de los cuarteles y las bases militares de Cisjordania, pues, les dijo, esta era «un símbolo odiado por el bando árabe y no queremos empeorar la situación con una provocación innecesaria»[48].

Dayan, como él mismo solía explicar, sentía un gran aprecio por la cultura árabe; antes de la guerra, se reunía con cierta frecuencia con los jefes de las aldeas árabes de Israel para conversar, y visitaba a las tribus beduinas que recorrían con sus rebaños el desierto del Néguev, en el sur de Israel, entraba a sus tiendas, se sentaba en el suelo y comía y bebía con ellos. Por esta razón, muchos han sostenido que las medidas que adoptó durante los primeros días de la ocupación eran fruto de su magnanimidad. En mi opinión, sin embargo, con tales medidas Dayan no estaba siendo magnánimo sino maquiavélico: pensaba que una «ocupación invisible», sin tropas a la vista ni símbolos evidentes como la bandera israelí, fomentaría la apatía entre los palestinos y minaría sus deseos de cambio, lo que permitiría a Israel conservar los territorios ocupados indefinidamente. Aunque no era un hombre religioso, Dayan consideraba que Cisjordania (Judea y Samaria) era la cuna de la historia judía y quería que Israel se quedara con ella para siempre, pero al mismo tiempo sabía que una forma de ocupación más visible solo serviría para fomentar la resistencia. Y en caso de que hubiera resistencia a la ocupación, lo que Dayan deseaba era que los encargados de lidiar con ella fueran los padres palestinos, no el ejército israelí. En una ocasión, cuando algunos jóvenes de Cisjordania, y en particular chicas, emprendieron una serie de manifestaciones contra la ocupación, Dayan convocó a las autoridades palestinas locales y les dijo:

> Nosotros no vamos a pelear con estas chicas. Estas chicas… tienen un hogar y unos padres… Existen muchas diferencias entre nosotros, pero hay una cosa que tenemos en común: vosotros tenéis hijas y yo tengo una hija. Nunca se me hubiera ocurrido… que pudiéramos ser incapaces de controlar a nuestras hijas o que ellas pudieran negarse a obedecernos[49].

Otro aspecto de la ocupación invisible de Dayan fue la decisión de, hasta cierto punto, hacer la vista gorda a las intromisiones de Jordania en los asuntos de Cisjordania y permitir que el dinar jordano continuara usándose como moneda de curso legal en la región. El estado de Israel era reacio a invertir en los territorios ocupados y, hasta donde concernía a Dayan, si los fondos jordanos podían contribuir al sostenimiento de Cisjordania, mucho mejor. De hecho, el rey Husein continuó pagando los salarios de los funcionarios civiles (maestros, personal sanitario, jueces y burócratas) con la expectativa de que la canalización de fondos hacia la Cisjordania ocupada le permitiera continuar ejerciendo influencia en unas tierras que esperaba recuperar algún día; además, al garantizar cierta comodidad financiera a la

población ocupada le daba un incentivo para permanecer en Cisjordania, en lugar de cruzar el río Jordán para emigrar a una Jordania ya superpoblada de refugiados palestinos[50].

Puentes de sentido único

Aunque Dayan había sido quien durante la guerra de 1967 decidió volar los puentes sobre el río Jordán, una vez que los israelíes se hicieron con el control de Cisjordana, él mismo quiso revertir la situación y permitir de nuevo el libre movimiento de bienes y personas entre las dos riberas.

La que terminaría conociéndose como la política de los «puentes abiertos» de Dayan se considera a menudo una medida «liberal», pero en realidad constituía otro aspecto, uno más, de su idea de una «ocupación invisible» en pleno funcionamiento. El ministro pensaba, y con razón, que permitir a los palestinos cruzar libremente el Jordán y regresar a sus casas en los territorios ocupados contribuiría a reforzar la percepción de que la ocupación no afectaba su vida cotidiana; que la situación, hasta donde ellos alcanzaban a ver, era en gran medida igual que antes de la guerra y que, por tanto, no había necesidad de resistirse. Y además, en caso de que los palestinos sí sintieran la presión de la ocupación, la posibilidad de cruzar el río les proporcionaría una «válvula de escape» al ofrecerles un lugar al cual ir para desahogarse y relajarse. Quizá Dayan calculara que al permitir la libre circulación a través del río conseguiría reducir la población árabe de los territorios ocupados: a fin de cuentas, los israelíes preferían conservar los territorios sin la población nativa, y podía suceder, por ejemplo, que quienes se marchaban para estudiar en el extranjero decidieran no volver a casa, donde los empleos eran escasos, los salarios bajos y las oportunidades de hacer carrera limitadas. Por otro lado, el libre movimiento a través del río podía funcionar no solo como una zanahoria sino también como un palo: si los palestinos causaban problemas, los israelíes podían retirarles el privilegio de cruzar el río Jordán en cualquier momento, con lo que se les daba, como Dayan anotaba a menudo, «algo que perder».

Sin embargo, al igual que muchas «políticas» de Israel en los territorios ocupados, la de los «puentes abiertos» no fue una medida planeada ni discutida en el gobierno, ni en ningún otro ámbito. En Israel, el gobierno está formalmente por encima de las fuerzas armadas, pero careciendo de un

órgano asesor eficaz en materia de seguridad (como, por ejemplo, el Consejo Nacional de Seguridad estadounidense) en realidad depende muchísimo de los militares; esto fue lo que ocurrió con la política de los «puentes abiertos», que se desarrolló de abajo hacia arriba, del ejército al gobierno.

La política de los «puentes abiertos» fue producto del ingenio de un teniente coronel llamado Yisrael Eytan, el recién nombrado gobernador militar de Samaria, en el norte de Cisjordania, quien, al acabar la guerra tuvo que lidiar con un problema inesperado y de difícil solución: ¿qué hacer con el excedente de frutas y verduras (unas ochenta mil toneladas de sandías, melones, uvas, tomates, olivas y pepinos) que, privado de su mercado tradicional en Jordania, se pudría en los árboles y almacenes de Cisjordania? Aunque parte de la producción se vendió a los mercados israelíes y europeos, y el ejército aumentó la ración daría de frutas y verduras que recibían los soldados (Israel incluso consiguió destinar una parte al ejército de Estados Unidos), el excedente seguía siendo muy grande.

En esta coyuntura, un palestino llamado Abu Hashem, un granjero rico de Naplusa dueño de cinco kilómetros cuadrados de cultivos en el valle del Jordán, se acercó al teniente coronel para señalarle que, aunque los puentes sobre el río Jordán todavía estaban en ruinas, había varios puntos en los que durante el verano el río podía vadearse fácilmente en camión; si el ejército permitiera exportar la producción a Jordania, el problema del excedente quedaría resuelto en un santiamén. Y dado que la política gubernamental en esta materia (como en tantas otras) seguía sin formularse, el teniente coronel Eytan difundió entre los granjeros de Cisjordania la noticia de que el ejército haría la vista gorda a la «exportación» de la producción a la ribera oriental. Así, en la última semana de junio de 1967, mientras el ejército israelí miraba desde la distancia, dos camiones cargados de productos agrícolas procedentes de Yenín, en el norte de Cisjordania, se abrieron paso a través del río en una zona de aguas poco profundas cerca de Tel Abu Zuz para encontrarse con un pequeño convoy en la orilla opuesta, donde, en cuestión de minutos, la mercancía se descargó y volvió a cargarse en los camiones jordanos que la esperaban.

A partir de este humilde comienzo, floreció con rapidez un auténtico comercio y en la primera semana de julio diez camiones habían cruzaron el río, y otros diez lo hicieron en la segunda. El ejército no tardó en organizar el cruce, anotando el número de registro de los vehículos y señalando cuándo regresaban; durante el sabbat, cuando los judíos no pueden realizar ningún

tipo de trabajo, se entregaba a los conductores formularios preparados con antelación que debían entregar a su regreso y que se registraban, al día siguiente, en el «Libro de cruces». Al poco tiempo, centenares de camiones estaban cruzando el río Jordán cargados con verduras, frutas, aceite de oliva, contenedores de plástico fabricados en Belén, piedra para la construcción de las canteras de Ramala, muebles y artículos para el hogar.

El 2 de agosto Dayan llegó a Tel Abu Zuz, que se había convertido en «el mercado de las verduras», y en sus memorias ofrece un relato vívido de lo que allí vio: «Una escena extraordinaria, digna de una película del Salvaje Oeste salvo que en lugar de vaqueros, ganados y carretas tiradas por caballos vadeando el río, lo que había era una enorme grupo de vehículos cargados a rebosar, camiones, camionetas y carretas tiradas por tractores»[51].

De forma gradual, lo que en un comienzo había sido una solución provisional para el excedente agrícola se transformó, ya bajo la supervisión personal de Dayan, en la política de los «puentes abiertos», que permitía el paso a través del río Jordán no solo de bienes sino también de *personas* y en ambas direcciones. Y dado que al acercarse el invierno el nivel del agua subiría y el río volvería a ser imposible de vadear, Dayan envió un emisario, Hamdi Canaan, el alcalde de Naplusa, para que se entrevistara con el rey Husein de Jordania, al que conocía bien, y le consultara si estaba de acuerdo en erigir puentes permanentes sobre el río. El emisario regresó con la noticia de que el rey estaba dispuesto a cooperar. Después de ello, la legión jordana levantó dos puentes Bailey sobre el Jordán: uno justo al oriente de Jericó, para los habitantes de Jerusalén, Belén y Hebrón; el otro cerca del antiguo puente Damiya, para Naplusa, Yenín y las demás ciudades y pueblos del norte de Cisjordania.

Durante un tiempo, estas medidas contribuyeron a crear un clima de normalidad, lo que permitió al ejército mantenerse fuera de la vista de acuerdo con la filosofía de la ocupación invisible de Dayan. Sin embargo, el curso de otros acontecimientos en la Cisjordania ocupada pronto se reveló mucho menos alentador.

Operación Refugiado

La guerra en Cisjordania fue breve, pero el ejército se reveló muy eficaz a la

hora de animar a la población palestina local a emigrar a Jordania. Aquí, como en otras partes, Israel quería la tierra, pero no a la gente. La gran mayoría de quienes emigraron entonces eran refugiados de la primera guerra árabe-israelí, es decir, palestinos que en 1948 habían llegado a Cisjordania huyendo del recién creado estado de Israel y a los que la guerra de 1967 convirtió en refugiados por segunda vez. La experiencia de Hajji Fatima Da'en es un ejemplo representativo de las vivencias de muchos palestinos en este período. Tras llegar a Cisjordania en 1948, recuerda, «construimos nuevas casas y plantamos parras e higueras y manzanos y ciruelos y todo». Pero en 1967, «los judíos llegaron y nos sacaron a patadas. Cogieron lo que habíamos plantados y nos echaron»[52]. Algunos nativos siguieron el ejemplo de los refugiados, muchos de ellos temiendo la posibilidad de quedar separados de sus parientes o perder sus empleos al otro lado del río si optaban por permanecer en Cisjordania. De hecho, una consecuencia de la guerra fue que muchas familias palestinas fueron divididas por la fuerza, una parte en la ribera oriental y otra en la occidental. Ra'ida Shehadeh, una palestina del campo de refugiados de Kalandia, en Cisjordania, recuerda que «éramos dos hermanas y un chico… la guerra [de 1967] separó a mis padres… Mi madre se fue a Jordania y mi padre se quedó viviendo aquí»[53].

En Jerusalén, que era una parte integral de Cisjordania, el ejército fue particularmente proactivo y poco después de terminada la guerra proporcionó autobuses diarios a Jordania desde la Puerta de Damasco de la Ciudad Vieja. El general Narkis, del ejército israelí, contó que él dispuso varios autobuses en Jerusalén con el cartel: «Para Amán - Gratis». Estos traslados, organizados íntegramente por los jefes militares locales desafiando el derecho internacional, tampoco fueron cuestionados por el gobierno. Una vez en los puentes sobre el río Jordán, los palestinos firmaban un documento de salida en el que declaraban marcharse por su propia voluntad. No obstante eso rara vez era cierto, tal como relató luego uno de los soldados israelíes encargados de recoger las firmas en los puentes:

> Les obligábamos a firmar… un autobús llegaba [al puente] solo con hombres… entre los veinte y los setenta años, acompañados por soldados. Se nos dijo que eran saboteadores y que era mejor que estuvieran fuera del país… [Los palestinos] no querían marcharse, y los traían de los autobuses a rastras, pateándolos y dándoles culatazos. Cuando llegaban al puesto [en que se recogían las firmas] estaban completamente confundidos y ya no les importaba firmar… asustados,

> cruzaban corriendo al otro lado… Cuando alguien se negaba a enseñarme la mano [los soldados] le daban una paliza terrible. Entonces yo le cogía el pulgar por la fuerza, lo sumergía en la tinta y obtenía la huella[54].

Abba Eban, el ministro de Asuntos Exteriores de Israel, en privado instó al gobierno a suavizar cualquier traslado de palestinos que pudiera interpretarse como forzoso, e incluso propuso que se permitiera el regreso a Cisjordania de quienes ya se habían marchado, antes de la Asamblea General de la ONU de septiembre, en la que se discutiría sobre la crisis en Oriente Próximo. Preocupado por la posibilidad de que la crisis de los refugiados distrajera a la comunidad internacional del debate sobre la responsabilidad por el estallido de la guerra de 1967, que Eban no sin razón deseaba atribuir por completo a los árabes, el ministro consideraba sensato modificar la política de traslados.

En respuesta a ello, el 2 de julio el gobierno lanzó la Operación Refugiado, destinada a permitir el regreso a sus hogares de algunos de los palestinos que se habían marchado recientemente; el plazo para hacerlo era de apenas un mes. No obstante, la tramitación del regreso resultó ser un proceso prolongado, pues los deportados tenían primero que llenar un formulario (mientras seguían en Jordania) que luego habían de examinar las autoridades israelíes. Para empeorar las cosas, en la práctica todo el proceso se vio obstaculizado por la burocracia y las riñas entre funcionarios israelíes y jordanos por tecnicismos. Por ejemplo, mientras Amán quería que los refugiados usaran formularios de la Cruz Roja (el proceso en sí y la organización del regreso habían sido delegados al Comité Internacional de la Cruz Roja), los israelíes insistían en que los formularios llevaran la insignia del estado de Israel. Lo cierto es que si bien los israelíes comprendían que en ese preciso momento no era oportuno irritar a la comunidad internacional, seguían deseando que los refugiados se quedaran en Jordania e, incluso, animar a otros a marcharse. «Queremos emigración [desde Cisjordania]… queremos crear un nuevo mapa —se grabó diciendo a Dayan—, nuestra intención [es] fomentar la emigración… Si alguien tiene ideas o propuestas prácticas para fomentar la inmigración, que las exponga. Ninguna idea o propuesta debe descartarse de antemano.»[55] Entre tanto, los gobernadores militares animaron a sus subordinados a «no satisfacer todas las solicitudes que nos presentan [los palestinos de Cisjordania]», pues no querían hacerles la vida demasiado cómoda; por el contrario, debían buscar formas de

«aumentar la emigración árabe»[56].

Con Israel dedicando todos sus esfuerzos a fomentar la emigración y siendo el proceso para el retorno de los refugiados a Cisjordania lento y complicado, no es una sorpresa que de los palestinos que huyeron durante e inmediatamente después de la guerra, entre ciento setenta y cinco mil y doscientos cincuenta mil según se calcula, apenas se permitiera regresar a un número muy reducido, unos catorce mil en total.

La batalla de los libros

Mientras en el nivel estratégico el gobierno israelí se demoró en decidir qué hacer exactamente con los territorios ocupados, en el nivel táctico, es decir, en la práctica, sobre el terreno, se mostró activo en grado sumo. Así, por ejemplo, la burocracia israelí penetró con rapidez en todos los aspectos de la vida de los palestinos, a los que empezó a observar de cerca. Los israelíes contaron neveras, cabezas de ganado, tractores, tiendas, coches y otros bienes; registraron el correo entrante y saliente en las distintas regiones de Cisjordania; e incluso estudiaron la dieta de los palestinos y el valor nutricional de su cesta de la compra, antes de elaborar listas y estadísticas detalladas. Hubo un área, sin embargo, en la que los israelíes no solo buscaron observar y supervisar sino también *remodelar* activamente: el sistema educativo palestino.

Poco después de la guerra, un comité ministerial especial estableció un nuevo currículo educativo para las escuelas de los territorios ocupados, en particular en Jerusalén Oriental, que, como hemos visto, Israel se había anexionado y a la que ahora deseaba ensamblar con su propio sistema educativo. Asimismo, aprobó el escrutinio y, de ser necesario, la censura de los textos escolares que trataran con animosidad al estado de Israel y los judíos o contuvieran materiales que fomentaran la identidad nacional palestina. Esta decisión fue de la mano con la orden militar número 101, que especificaba que la censura militar debía aprobar todo material impreso (libros y periódicos) antes de su publicación en Cisjordania.

La tarea de inspeccionar los textos escolares palestinos recayó en el Ministerio de Educación israelí. Una vez examinado el material, los funcionarios del Ministerio llegaron a la conclusión de que sesenta de los

ciento veinte textos escolares palestinos destilaban en algún grado veneno antisemita o antiisraelí, y de que en cuarenta y nueve de ellos ese veneno era lo bastante nocivo como para justificar que se prohibiera su uso en todas las escuelas. En otros casos, los funcionarios reescribieron los pasajes considerados inapropiados; por ejemplo, en un libro de gramática se reemplazó la frase «Nuestra unidad asustará al enemigo» por la frase «Nuestro éxito complacerá a nuestros padres», y un poema titulado «Jaffa hermosa» se eliminó por el simple hecho de contener una referencia a una visita del profeta Mahoma a Jerusalén.

Furiosos con semejante intromisión en el sistema educativo, doscientos maestros de la ciudad de Yenín, en la parte norte de Cisjordania, firmaron un escrito de protesta en el que se criticaba a los israelíes por cambiar los textos escolares utilizados a lo largo de las dos décadas de dominio jordano. Esto desencadenó una oleada de nuevas peticiones, protestas y proclamas a lo largo y ancho de Cisjordania. Una octavilla distribuida en Jerusalén el 17 de agosto aseguraba que los libros utilizados en las escuelas de la minoría árabe de Israel, que eran lo que se pretendía introducir en Jerusalén Oriental, «ofendían a los árabes», una alusión al hecho de que esos manuales adoptaban una narración sionista, en particular en lo referente a la guerra de 1948, que los árabes conocen como la *Nakba*, la catástrofe. Tres días después, hubo una huelga del sector en Jerusalén Oriental, y se distribuyeron folletos en Tulkarem, Qalqilya y Naplusa en los que se invitaba a los estudiantes a hacer huelga y no asistir a las escuelas el 1 de septiembre, el primer día del nuevo año académico. Rashid Maree, el supervisor del departamento de educación en el área de Naplusa, en el norte de Cisjordania, informó a los militares de que las escuelas no abrirían debido a la prohibición de tantísimos libros y a que los profesores preferían el programa académico jordano; el ejército arrestó de inmediato a Maree y lo retuvo durante tres meses sin llevarlo juicio.

Durante estos disturbios, Moshe Dayan intentó mantener la calma y recomendó a los oficiales del ejército: «dejadlos que protesten si eso es lo que quieren». Con todo, también era consciente de que las manifestaciones tenían un efecto devastador en la imagen de Israel ante la opinión pública mundial, pues eran un indicio de que no todo marchaba bien en los territorios ocupados. Ante la disyuntiva entre seguir su instinto y limitarse a «encogerse de hombros» u optar por el enfoque opuesto, la confrontación y la mano dura, Dayan terminó eligiendo la segunda alternativa. «Nuestra posición declarada en relación a los árabes es que la reapertura de las escuelas y la reanudación

de las clases es asunto suyo. Nosotros no vamos a obligaros a estudiar», dijo a los jefes militares. «Aun así, debemos dejarles en claro que consideramos la huelga en sí un acto de desobediencia… poner fin a la huelga escolar es supremamente importante. Eso, sin duda, sería un logro y una victoria para nosotros.»[57]

A mediados de septiembre la huelga escolar seguía a toda marcha; sin embargo, mientras que en la mayor parte de Cisjordania las protestas se apagaron gradualmente, en Naplusa continuaron ante la mirada de muchos observadores, lo que convirtió a la ciudad en el portaestandarte del desafío contra la ocupación en toda Cisjordania.

Naplusa, o Siquem, como se la conocía en tiempos bíblicos, ha sido siempre un lugar especial tanto para los judíos como para los árabes. De acuerdo con la Biblia, fue allí donde hacia el año 1850 a. C. Abraham conoció a través de una revelación que la tierra en la que había entrado y elegido como nuevo hogar era la misma tierra que en los consejos divinos se había predeterminado otorgarle a él y sus descendientes (Génesis 12:6-7); allí compró Jacob una parcela (Génesis 33:18-19); allí reunió Josué a su pueblo para renovar la alianza (Josué 8:30-35, 24:1-29) y allí se enterró a José (Josué 24:32); junto con el Monte del Templo en Jerusalén y la Tumba de los Patriarcas en Hebrón, la Tumba de José en Siquem es uno de los tres lugares sagrados más importantes del judaísmo en la Tierra de Israel. Sin embargo, en 1967, cuando Israel capturó Naplusa, esta era en todo sentido una ciudad árabe: un centro comercial e industrial con diversas fábricas, siendo la más destacada la fábrica de jabón Al Bader («Luna llena») que ha operado allí a lo largo de más de doscientos cincuenta años.

Durante la época de dominio jordano, Naplusa y el distrito circundante se vieron favorecidos con una buena proporción de la escasa inversión que el reino otorgaba a Cisjordania. Al fomentar el desarrollo de Naplusa los jordanos esperaban contraponerla a Jerusalén Oriental e impedir que esta última adquiriera demasiado poder, no fuera a ser que cuestionara la autoridad de Amán. No obstante, para los ocupantes extranjeros, Naplusa siempre ha sido un quebradero de cabeza; bastión del nacionalismo árabe, era más hostil con los forasteros y más rebelde a su gobierno que cualquier otra ciudad de Cisjordania, como entonces empezaba a descubrir Israel. Con Naplusa liderando la oposición contra la injerencia israelí en el sistema educativo palestino, los militares decidieron tomar medidas punitivas y convertirla en un ejemplo del destino que aguardaba a las ciudades y pueblos que se resistieran

a la ocupación. Obligado a abandonar por completo su idea de la ocupación «invisible», el 21 de septiembre Dayan dio luz verde al ejército para poner orden en Naplusa.

Al día siguiente, el jefe militar del distrito, el coronel Zvi Ofer, convocó al alcalde Canaan para notificarle las sanciones y medidas de castigo que el ejército impondría a la ciudad. Sin embargo, el alcalde rechazó la invitación y no se presentó a la cita; más tarde explicaría que en su anterior encuentro con el coronel este le había desairado al negarse a estrecharle la mano. Pocas horas después, los todoterrenos del ejército recorrieron Naplusa anunciando por megáfono la instauración de un toque de queda desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana «hasta nuevo aviso»; los megáfonos de los minaretes de las mezquitas, utilizados habitualmente para llamar a los fieles a la oración, repetían ahora el horario del toque de queda. A continuación, ingenieros del ejército desconectaron el sistema telefónico de la ciudad, de modo que todas las familias quedaron aisladas dentro de los confines de sus casas. Y cuando cayó la noche, el ejército llevó a cabo registros en casas particulares e instituciones. Los soldados, ocupantes novatos, recibieron instrucciones precisas sobre el modo en que debían realizarse los registros:

> Durante el registro se debe observar constantemente las respuestas de la gente, lo que con frecuencia constituye una guía fiable para los encargados de realizar el registro… las paredes y los suelos son a menudo escondites. Por tanto, los soldados deben golpear en todas las paredes y suelos y prestar atención al sonido. Un eco apagado indica la posibilidad de un escondite[58].

Entre tanto, se suspendió el transporte público y el ejército escogió veinte tiendas, entre ellas una que era propiedad del alcalde Canaan, que habían participado en las huelgas y las selló «hasta nuevo aviso»; asimismo, se revocaron las licencias comerciales de algunos mayoristas. Los militares, además, acudieron acompañados de contables israelíes para que inspeccionaran los archivos financieros municipales en busca de irregularidades y pruebas de corrupción.

Con la operación militar a plena marcha, el estatus económico de Naplusa como capital de la actividad comercial en el norte de Cisjordania se vino abajo, pues el ejército instruyó a los mayoristas israelíes para que trataran en su lugar con la ciudad vecina de Yenín. El ejército cerró el puente Damiya, la principal ruta hacia Jordania desde Naplusa, lo que obligó a los residentes y comerciantes a tomar el puente Allenby, al sur, una ruta más larga y tortuosa.

En la primera noche de la operación militar, el alcalde Canaan convocó al concejo municipal para exigir que el ejército cancelara todas las sanciones. No obstante, cuando telefoneó para solicitar una audiencia urgente con el gobernador militar con el fin de presentarle la petición del concejo no consiguió localizarlo; el gobernador, se le dijo, estaba «ocupado». El 23 de septiembre, Canaan explicó al periódico israelí *Maariv* por qué Naplusa era, entre todas las ciudades de Cisjordania, la que había organizado las huelgas contra los israelíes. «Naplusa —dijo—, es más agitada. La población disfruta de un nivel educativo más alto y, por ende, afronta con mayor vitalidad los problemas políticos.»

Ese día, durante las primeras horas del toque de queda, un vehículo militar recibió disparos cerca de Naplusa. Los israelíes devolvieron el fuego y solicitaron la ayuda de dos tanques, los cuales bombardearon la casa de la que provenían los disparos antes de que los soldados la tomaran por asalto; en el incidente murió un palestino y otro fue detenido. Un helicóptero persiguió a algunos otros que huyeron del lugar, lo que condujo al ejército hasta una cueva en la que se escondían trece saboteadores y se descubrió una gran cantidad de armas y explosivos. Este incidente resultó perfecto para los fines de los militares: ahora el ministro de Defensa podía justificar la mano dura empleada en Naplusa con el argumento de que se trataba de una cuestión de seguridad. Con eso, el ejército intensificó la presión: sitió la ciudad, donde no permitía ingresar ni salir a nadie, e incrementó el número de registros y detenciones.

De forma gradual, las medidas draconianas del ejército empezaron a afectar profundamente a la ciudad: los precios de los alimentos se dispararon y el mercado, antes tan activo, parecía casi abandonado por completo. Entre tanto los funcionarios municipales veían con creciente preocupación cómo la vecina Yenín prosperaba a su costa, pues los mayoristas locales aprovecharon la suspensión del comercio mayorista de Naplusa para comenzar a abastecer de productos agrícolas a la parte norte de Cisjordania. Con la presión a la que estaba sometido acumulándose, el alcalde Canaan solicitó una audiencia especial con Dayan. El encuentro se celebró el 11 de octubre de 1967 en Jerusalén y fue difícil. El alcalde dijo a Dayan: «Hacía mucho tiempo que Naplusa no conocía medidas tan opresivas y drásticas como las impuestas recientemente. La mano dura acaba con toda la buena voluntad que la gente pueda abrigar hacia las fuerzas de ocupación»[59]. Dayan replicó que él no esperaba que los residentes de Naplusa *quisieran* a los israelíes sino que siguieran con sus rutinas cotidianas con normalidad. Y añadió: «Usted tiene

que elegir entre la vida disciplinada y la rebelión. Pero debe saber que si escoge la rebelión, no tendremos otra opción que ir a por usted»[60]. Canaan se rindió. Propuso que las quejas de los palestinos acerca de la injerencia de Israel en el sistema educativo podían resolverse organizando una reunión con los representantes del Ministerio de Educación israelí para discutir los principios en que se fundó la censura de los textos escolares y, una cuestión clave, se comprometió a que las escuelas volverían a abrir las puertas antes del 5 de noviembre de ese mismo año.

Dayan y el ejército habían ganado: rompieron la huelga, pusieron a Naplusa de rodillas y afirmaron su autoridad sobre la población nativa. Esa misma noche se levantó el toque de queda y las demás medidas; después de veinticinco duros días, la vida empezó a volver a la normalidad en la ciudad. En cuanto a los libros polémicos: al final, cincuenta y nueve de los setenta y ocho textos prohibidos se reimprimieron con algunas modificaciones y el sello «Este libro ha sido autorizado como texto escolar por el jefe militar». Tras la liberación de los maestros y estudiantes que habían sido detenidos, todas las escuelas volvieron a abrir. Sin embargo, este episodio sirvió como un recordatorio de los resentimientos que se cocinaban a fuego lento bajo la superficie de la vida cotidiana y la facilidad con la que estos podían estallar y convertirse en resistencia abierta. Asimismo, lo ocurrido dispuso el escenario para la intervención creciente de la censura israelí, la cual se convertiría en una de las principales características de la ocupación en los siguientes años. Como atestigua el poeta y crítico palestino Muhammed Albatrawi:

> Cada una de mis palabras pasa por el despacho del censor. Se me tiene prohibido escribir en mis poemas Yafa, el nombre árabe de la ciudad de Jaffa, y estoy obligado a usar el nombre hebreo, Yafo. No puedo escribir Askalan [Ascalón], debo escribir Ashkelon. En ocasiones escribo un sencillo poema de amor y el gran censor israelí decide que es un poema nacionalista palestino. Por esta razón intento escribir con gran claridad, intentando evitar que me atribuyan por error otras intenciones y me tachen con un lápiz rojo frases y versos enteros. Tengo que adivinar y tener en cuenta lo que pensará el censor israelí y procurar no enojarlo… Nunca sé de antemano cómo reaccionará el censor: en ocasiones escribo algo arriesgado y me lo aprueban sin comentario alguno; en ocasiones escribo algo por completo inocente y se prohíbe íntegramente. Es para volverse loco, porque no hay ninguna lógica en su forma de proceder[61].

Ali Alkhalili, un intelectual palestino, recuerda una experiencia similar:

> Si usted no quiere que le confisquen todos los ejemplares del libro inmediatamente después de haberlo publicado, tiene que enviar el manuscrito al censor… Lo que me ocurre a mí ahora… es que descubro con horror que he criado dentro de mí un pequeño censor israelí que me mantiene vigilado. De repente he caído en la cuenta de que, en cierto sentido, ya no soy un hombre libre… ante la duda [el censor] prefiere borrar. En ocasiones puedo sentir cuán enfadado está conmigo por la profundidad de los surcos que deja con el lápiz en el manuscrito… es como un verdugo. A fin de cuentas, las palabras están llenas de vida, de humanidad y su trabajo consiste en cortarles la cabeza[62].

La organización de la ocupación

El 13 de octubre de 1967, apenas un par de días después de que, en respuesta a la capitulación del alcalde Canaan, el ministro de Defensa Dayan levantara el sitio de Naplusa, el Consejo de Ministros aprobó los «Principios operativos para los territorios administrados»[63]. Escritas en el sucinto estilo de los militares, estas nuevas directrices incorporaron las lecciones aprendidas tras la huelga de Naplusa y nos ofrecen una fascinante ventana a la filosofía de la ocupación, en particular en Cisjordania.

El propósito de estas nuevas directrices, tal como se declaraba en el artículo 1, era garantizar «un control militar y administrativo eficaz de los territorios administrados». Un hilo que recorre todo el documento es el fomento de la emigración palestina en los territorios ocupados. Ejemplo de ello es el artículo 2, en el que se animaba a los militares a implementar «una política de libertad para viajar» y responder positivamente a las «solicitudes para viajar al extranjero por motivos de estudio o laborales» presentadas por los palestinos, al tiempo que se les indicaba que «a los árabes procedentes del exterior no se les debe otorgar permiso alguno para establecerse en los territorios administrados».

Como los impuestos en Israel eran elevados, se consideró que estos eran una herramienta eficaz que debía desempeñar «un papel significativo» en el fomento de la emigración palestina. Las directrices también invitaban a los

militares a fomentar entre los palestinos la creencia y el reconocimiento de que Israel pretendía administrar los territorios «por mucho tiempo»; es probable que quienes escribieron el documento pensaran que la rebelión surge de la incertidumbre y que si la población de Cisjordania creía que Israel había llegado para quedarse, entonces se irían o no crearían problemas. Resulta interesante señalar que, por esa misma época, se envió a Cisjordania a los hoteleros israelíes con el fin de conversar sobre posibles paquetes turísticos con los hoteleros de Jericó y otros lugares, una medida con la que muy probablemente se buscaba convencer a los palestinos de que en verdad los israelíes tenían la intención de quedarse para siempre.

El documento también indicaba que el ejército debía reforzar y profundizar la consciencia de la «gran derrota militar» sufrida por los árabes en la «guerra de los Seis Días» (con el fin, podemos suponer, de disuadir a los palestinos de desafiar su poderío) y mostrar «indiferencia» hacia las manifestaciones de desobediencia civil. Pese a lo cual, en una de las típicas contradicciones que abundan en las políticas de Israel en los territorios ocupados, las directrices también hacían hincapié en que los servicios de inteligencia del ejército debían usar todos los medios a su alcance para identificar a quienes incitaban a la rebelión y castigarlos, preferiblemente apartándolos de Cisjordania y deportándolos al otro lado del río Jordán.

Cualquier colaboración de los palestinos con las fuerzas armadas, como la que ofrecen los informantes a los servicios de inteligencia, dice el documento, deberá ser «recompensada»; las autoridades militares debían adoptar una política de «recompensa y protección» con aquellos miembros de la población local que estuvieran dispuestos a colaborar en la ocupación. Por otro lado, debía reprimirse cualquier apoyo que los palestinos normales y corrientes dieran a la resistencia contra la ocupación; y cualquier ciudad o pueblo que fomentara la resistencia o sirviera de base para el terrorismo no podía aspirar a subvenciones, préstamos u otros beneficios.

Los ataques contra el ejército, indicaba el texto, no debían tolerarse, y si se llegaba a la violencia, «(a) una respuesta rápida y severa es de suma importancia; (b) los sospechosos deben ser arrestados… (c) las casas utilizadas por los terroristas deben demolerse; y (d) debe permitirse la publicación de todo incidente violento en razón a la moral interna de Israel».

Las nuevas directrices también subrayaban que la carga de la economía cisjordana sobre el presupuesto de Israel debía ser «tan reducida como sea posible», y si bien había que «evitar condiciones de pobreza y hambre que

fomenten la subversión e inciten la presión política de la comunidad internacional sobre Israel», no debían promoverse la inversión en los territorios ocupados. Finalmente, dicen las nuevas directrices, «nuestra administración… debe siempre tener una fachada militar», y todo contacto, en particular con las mujeres, «debe evitarse». Esta última prohibición, según explica otro manual militar de la época, se debía al peligro de las enfermedades de transmisión sexual, «que son extremadamente comunes en los países enemigos»[64].

Junto a estos principios generales, de forma gradual surgió un complejo régimen de permisos que se convertiría en una característica clave de la ocupación y una fuente de grandes resentimientos. Los palestinos estaban obligados a obtener permisos y licencias para casi todo: participar en actividades financieras, construir casas, viajar al extranjero, estudiar, vivir fuera del pueblo o la ciudad en la que se estuviera registrado, pastorear en ciertas áreas e incluso cultivar ciertos tipos de frutas o verduras. Como escriben Nadia Abu-Zahra y Adah Kay en *Unfree in Palestine*, «un palestino no puede plantar un tomate… [ni] plantar berenjenas sin un permiso semejante. Usted no puede encalar su casa. No puede reparar un vidrio roto. No puede excavar un pozo. No puede vestir una camisa con los colores de la bandera palestina. No puede tener en casa casetes con canciones nacionales palestinas»[65]. La obtención de un permiso a menudo implicaba un proceso largo que incluía cumplimentar formularios, pagar tasas (lo que se convertiría en una importante fuente de ingresos para financiar la ocupación) y, con frecuencia, someterse a una larga entrevista.

El régimen de permisos y las demás actividades llevadas a cabo por la ocupación contaban con una fachada legal en la que el Tribunal Supremo de Israel era el árbitro último entre la población ocupada y las autoridades ocupadoras. Esta institución, acaso la más respetable de Israel, no solo revisó las políticas aplicadas en los territorios ocupados, sino que también oyó las decenas de casos presentados por los palestinos; estos casos eran muy variados, e iban desde la impugnación de las demoliciones de casas (una forma de castigo colectivo que el ejército utilizaba a menudo contra los palestinos), los toques de queda extensos o las deportaciones desde los territorios ocupados a Jordania y otros lugares, hasta las acusaciones de tortura. El sociólogo Baruch Kimmerling señala que, al oír estos casos, el tribunal no solo confirió a la ocupación un rostro ilustrado sino que cometió una «anexión judicial» de los territorios, con lo que produjo una imagen de

«legalidad»[66]. Y David Kretzmer, en *The Occupation of Justice*, subraya que en casi todas las sentencias relacionadas con los territorios ocupados el Tribunal Supremo ha fallado a favor de las autoridades, con frecuencia fundándose en «argumentos jurídicos dudosos»[67]. En última instancia, lo que el tribunal hacía era crear una apariencia de justicia, al tiempo que en realidad acentuaba la desigualdad entre los ocupantes y los ocupados.

El gobierno militar encargado de administrar a la población palestina estaba formado por reclutas y reservistas israelíes. La responsabilidad se repartía entre una rama de Seguridad y una rama Civil, y los oficiales de ambas ramas rendían cuentas al gobernador militar regional. La rama de Seguridad era la responsable de mantener la ley y el orden y de garantizar la seguridad de los colonos judíos, una población que en los siguientes años crecería de forma espectacular. Establecía bases militares, desplegaba soldados y, con cierta frecuencia, castigaba a los palestinos mediante la imposición de castigos colectivos. La rama Civil del gobierno militar supervisaba la industria, el comercio, la agricultura, el trabajo y las actividades financieras, la educación, los servicios asistenciales, la sanidad y el correo. Para ello el gobierno militar empleaba a miles de palestinos (rectores, profesores, trabajadores sociales, médicos, policías, funcionarios postales y otros burócratas), que eran quienes en realidad se ocupaban del funcionamiento cotidiano de las distintas instituciones públicas. Por tanto, cualquier palestino normal y corriente que entraba en contacto con la autoridad ocupadora, por ejemplo, para solicitar un permiso de algún tipo, tenía más probabilidades de toparse con otro palestino que con un israelí, lo que contribuyó a satisfacer el deseo de Moshe Dayan de implementar una ocupación tan invisible como fuera posible.

Aplastar a los guerrilleros

Para los militares, las huelgas y las protestas como las que tuvieron lugar en Naplusa eran sobre todo una cuestión de mantenimiento del orden público. No obstante, en Cisjordania el ejército también tuvo que hacer frente a la insurgencia armada. Una de las principales figuras palestinas de esta guerra, aunque en absoluto la única, era un tal Yasir Arafat.

Su nombre completo era Muhammad Abdul Raouf Arafat al-Qudwa al-Husseini y había nacido probablemente en El Cairo, Egipto, el 24 de agosto de 1929. Sexto de los siete hijos de un comerciante palestino. Su madre murió

cuando él tenía cuatro años, y la familia se trasladó a Jerusalén, donde se estableció en casa de un tío que vivía cerca del Muro de las Lamentaciones y la mezquita de Al Aqsa. El niño Arafat fue testigo de la creciente tensión entre judíos y árabes durante el Mandato británico de Palestina.

En 1937, su padre se casó por segunda vez y la familia regresó a El Cairo, donde creció. Desde niño Arafat dio muestras de poseer grandes dotes de liderazgo: reunía a otros niños del barrio y los ponía a marchar, e incluso golpeaba con un palo a los que no obedecían sus órdenes. En 1948, durante la primera guerra árabe-israelí, Arafat se unió a una unidad de soldados irregulares que combatía a los israelíes junto a las fuerzas regulares egipcias en el sur de Gaza. Allí el joven Arafat destacó con rapidez y se labró una reputación como luchador valiente.

Más tarde, siendo estudiante de ingeniería en El Cairo, participó activamente tanto en la Unión de Estudiantes Egipcios como en la Unión de Estudiantes Palestinos, de la que en 1952 fue elegido presidente. En esta función demostró las características por las que más tarde el mundo le conocería: un carácter dominante, infatigable, artero, y una afición por el espectáculo y los gestos teatrales. Fue por esta época cuando Arafat empezó a cubrirse con una kufiya, que además de ocultar su menguante pelo se convirtió en su emblema.

En 1958, armado con un diploma de ingeniería por la Universidad de El Cairo, Arafat viajó a Kuwait, donde encontró empleo como jefe de obra en el Departamento de Obras Públicas antes de fundar su propia compañía, lo que posteriormente le llevaría a afirmar que iba en camino de convertirse en un millonario.

En Kuwait, en 1959, con su amigo Abu Jihad, empezó a publicar una revista llamada *Nuestra Palestina* en la que criticaba a los regímenes árabes por no hacer suficiente por los palestinos y llamaba a emprender una «guerra popular de liberación» para rescatar Palestina. Arafat y Abu Jihad formaron el Movimiento Nacional de Liberación de Palestina, Al Fatah, que ya en enero de 1965 llevó a cabo su primera operación militar contra Israel, una acción propia de aficionados que fracasó.

Después de la derrota árabe en la guerra de 1967, Arafat, que durante el conflicto se encontraba en Damasco, viajó con un grupo de colegas a Jordania y desde allí al río Jordán con el propósito de cruzar a la Cisjordania ocupada. El primero en cruzar fue él, y como medía poco más de un metro sesenta y

dos centímetros, el agua le llegaba a los hombros, y además tenía que llevar la ropa y el fusil sobre la cabeza. Una vez llegó al otro lado, cayó de rodillas, besó el suelo y esperó a que el resto del grupo, veintiocho en total, se reunieran con él. Luego los condujo a través de las montañas hasta llegar al norte de Cisjordania, donde estableció una base[68]. En las siguientes semanas, recorrería la zona en un viejo Volkswagen predicando la causa palestina y reclutando jóvenes palestinos para formar células secretas con el fin de combatir a los ocupantes y desencadenar una guerra de liberación nacional; creía que la ocupación israelí, como los regímenes franceses en Vietnam y Argelia, se revelaría en última instancia vulnerable a las acciones insurgentes. Los reclutas de Arafat llevaron a cabo ataques de diversos tipos: lanzaron granadas a patrullas militares, organizaron emboscadas y asaltos relámpago, pusieron bombas en fábricas y vías de ferrocarril.

Careciendo de buena información de inteligencia, inicialmente el ejército tuvo dificultades para dirigir una campaña de contrainsurgencia eficaz contra Arafat y sus hombres, pero el Shabak (acrónimo hebreo de Servicio de Seguridad General de Israel, una organización equivalente al FBI en Estados Unidos o el MI5 en el Reino Unido), no tardó en desplegarse en los territorios ocupados y comenzar a recabar esa información. Para ello reclutó una red de colaboracionistas (jóvenes y viejos, pobres y ricos) que le permitió introducirse en todos los aspectos de la vida palestina; el Shabak penetró en ciudades y pueblos, aprovechó las rivalidades religiosas y se apoyó ampliamente en elementos del hampa. El régimen de permisos antes mencionado era una forma de reclutar colaboracionistas entre la población local, pues la solicitud de un permiso a menudo implicaba una entrevista, una oportunidad para que el Shabak identificara potenciales candidatos. La concesión de un permiso solía estar condicionada a la voluntad de colaboración del solicitante; asimismo, era frecuente que a cambio de su colaboración, se retiraran cargos a los delincuentes palestinos, se les redujera la sentencia o se les mejoraran las condiciones en la cárcel. Y, por supuesto, dada la miseria imperante en la región, en especial entre los refugiados que vivían en Cisjordania desde la guerra de 1948, el dinero fue siempre una importante herramienta en la campaña de reclutamiento del Shabak. Un colaboracionista palestino, A. T., explica:

> Desde 1967 no hay nadie en los territorios que haya solicitado algún tipo de servicio o permiso al gobierno militar que no recibiera una oferta del Shabak para servir como colaborador a cambio de la aprobación de la solicitud presentada. Esa es la naturaleza de la

ocupación. Todo el que quiera progresar un poco en la vida, todo el que tenga ambiciones, se topa con este dilema en algún momento[69].

El Shabak también utilizaba como colaboradoras a mujeres a las que reclutaba mediante el chantaje, aprovechándose de su condición vulnerable dentro de la sociedad tradicional palestina. El activista palestino Hussein ‘Awwad explica el método:

> Las autoridades reclutan a las mujeres fotografiándolas desnudas o participando en algún tipo de actividad inmoral. Las amenazan diciéndoles que, si no colaboran, mostrarán las imágenes a la familia y las publicarán en los periódicos. Las mujeres que ya han sido reclutadas como colaboradoras incitan a otras mujeres a tener relaciones sexuales con hombres [momento en que los israelíes las filman en secreto] y así eso continúa[70].

* * *

Para desarticular la resistencia palestina, el ejército, en estrecha colaboración con el Shabak y su red de informantes, se propuso dar caza a los líderes insurgentes. La captura de Yasir Arafat encabezaba la lista de prioridades. El Shabak difundió entre los soldados israelíes un volante de «Se busca» con una foto de Arafat ataviado con su tradicional kufiya. En él se lo describía, utilizando su nombre de guerra, Abu Amar.

> Abu Amar: Uno de los fundadores de Al Fatah, jefe militar y organizador. Presente en Cisjordania. Figura importantísima de la organización.
>
> Descripción: Unos cuarenta y cinco años. Bajo de estatura: 155-160 cm. Color de piel: pardo. Constitución: rolliza, calvo en el centro de la cabeza. Color del pelo en las sienes: gris. Se afeita el bigote. Labio inferior prominente. Habla con acento egipcio. Movimientos: nervioso. Ojos: se mueven constantemente.
>
> Vestido: Árabe tradicional, suele utilizar prendas europeas. Gafas: es posible que en la actualidad utilice gafas.
>
> Nombres y apodos:
>
> Abu Amar.
>
> Yasir Arafat.
>
> Dr. Mohamed Rauf.

Dr. Yusuf Amar.

Faiz Machmud Arafat.

Muy conocido por el apodo de: «El Doctor».

Parientes: En Gaza, Sami Arafat, primo, propietario de una tienda de fotografía.

Orígenes: Oriundo de Naplusa o Gaza.

Comentario: Su arresto debe comunicarse de inmediato al Servicio[71].

Mientras que Arafat siguió siendo escurridizo, sus hombres, en gran medida personas sin experiencia o meros aficionados, cayeron en manos de los israelíes. Operaban en grupos que eran demasiado grandes, sabían demasiado unos de otros y confiaban ciegamente en la población palestina, muchos de cuyos miembros habían sido sobornados o chantajeados para que colaboraran con la ocupación.

El ejército, además, era proactivo: siempre intentaba llevar la iniciativa. El 30 de octubre de 1967, por ejemplo, rodeó tres campos de refugiados en Naplusa, entre ellos Balata, bastante grande, y se sirvió de «monos» para la identificación de los sospechosos. Los «monos», como los llamaban los israelíes, eran miembros de la población local capturados en redadas anteriores en el norte de Cisjordania y a los que se les había convencido, de un modo u otro, para que ayudaran al ejército; con las cabezas cubiertas con un saco con agujeros para los ojos con el fin de que no pudieran ser identificados por sus coterráneos, los colaboradores señalaban con el dedo a los sospechosos.

Para disuadir a los locales de apoyar a los guerrilleros, el ejército también utilizó los castigos colectivos y tomaba medidas contra aldeas enteras cuando se encontraba en ellas a miembros de Al Fatah. En la segunda quincena de noviembre de 1967, por ejemplo, el ejército israelí voló decenas de casas en el pueblo de Jiftlig tras descubrir que algunos lugareños habían estado dando refugio a los guerrilleros.

Poco a poco, el ejército logró empujar a la mayoría de los insurgentes al otro lado del río Jordán y privó de armas a las células restantes incrementando la vigilancia y las inspecciones de los vehículos procedentes de Jordania. Si bien la política de «puentes abiertos» de Dayan continuó igual que antes, el ejército decidió que solo permitiría salir y regresar a una lista limitada de

vehículos conocidos, los cuales debían estar desprovistos de cualquier clase de panel removible, incluidos los tapizados, con el fin de facilitar la búsqueda de armamento por parte de los soldados que guardaban los puentes. Se prohibió por completo la importación de ciertas mercancías que hasta entonces habían estado autorizadas, como los troncos de olivo que utilizaba la industria del grabado en la zona de Belén, que podían usarse con facilidad para esconder armas; por esta misma razón, los cajones de madera empleados para transportar los cítricos de Cisjordania a Jordania no podían ya regresar. Se prohibieron los cosméticos, diversos tipos de tuberías, los bidones, los aerosoles e incluso los paquetes de cigarrillos; los palestinos debían someterse a cacheos y todo lo que pasaba por los puentes era sometido a un examen completo y minucioso del que no se salvaban ni siquiera las pertenencias de miles de visitantes y residentes.

Hasta entonces la política de los «puentes abiertos» de Dayan había sido una «válvula de escape» que ofrecía a los residentes de Cisjordania un lugar al que ir a desahogarse; sin embargo, obligar a los palestinos a hacer cola durante horas, soportando el calor del valle del Jordán, en particular en los meses de verano, para someterlos a un cacheo rigurosísimo antes de permitirles regresar a casa solo contribuyó a aumentar el resentimiento de los palestinos hacia los ocupantes. El escritor palestino Raja Shehade recuerda las quejas de un primo que había ido a Cisjordania para visitarle:

> Al llegar estuvo maldiciéndome durante dos días y me acusó de ser el responsable de todo lo que le había ocurrido en el puente Allenby cuando venía de Jordania. Los gritos de los niños cuando lo desnudaron para cachearlo; la visión de un cadáver, que alguien trasladaba para darle sepultura en Cisjordania y al que los soldados sacaron del ataúd para un registro de seguridad; el hedor de los pies de los viajeros después de horas esperando que les devolvieran los zapatos, que habían sido enviados para su examen con rayos X; el lamento desgarrador de una madre cuyo hijo de catorce años había sido llevado a un interrogatorio y seguía sin regresar. Todo esto, y las horas que cada persona debía esperar hasta que la llamaban[72].

Asentamientos

Durante la era otomana (1517-1917) y el Mandato británico de Palestina

(1917-1948), los judíos difícilmente se establecían en el área que hoy llamamos Cisjordania. En lugar de ello, la mayoría de los judíos religiosos que emigraban a la Tierra de Israel se abría paso hasta las cuatro ciudades santas (Jerusalén, Tiberíades, Safed y Hebrón), mientras que los pioneros sionistas seculares se asentaban sobre todo a lo largo de la llanura litoral del Mediterráneo y el valle de Jezreel, donde comprar tierras era más sencillo, el agua de lluvia era abundante y, por lo general, la población local era reducida. Las tierras de la Palestina oriental —menos fértiles y cuya propiedad se distribuía de manera más uniforme entre los granjeros individuales, los clanes y las aldeas, todos los cuales solían ser reacios a venderlas a los forasteros— resultaban menos atractivas para la colonización.

Sin embargo, después de la victoria de 1967, las tierras capturadas al oeste del río Jordán se convirtieron en un destino irresistible para los colonos israelíes principalmente por dos razones: en primer lugar, porque algunos sentían un vínculo religioso muy fuerte con la región, a la que consideraban la ancestral Tierra de Israel que Dios había prometido al pueblo judío; en segundo lugar, porque mientras en el estado de Israel propiamente dicho escaseaba la tierra disponible para la colonización, y la que estaba disponible se encontraba en zonas poco deseables como el desierto del Néguev, en la Cisjordania ocupada parecía haber grandes extensiones de tierra esperando el desarrollo.

En el gobierno, el principal promotor de la colonización de los territorios ocupados fue el viceprimer ministro Yigal Alón, que consignó sus ideas en el Plan Alón del 13 de julio de 1967.

El Plan Alón contra el Plan Dayan

La principal preocupación de Alón, un antiguo general del ejército que había tenido una participación destacada en la guerra de 1948, era la seguridad nacional. Alón creía que la construcción de asentamientos judíos en Cisjordania contribuiría a la protección de Israel y, por ende, propuso la anexión de una franja de tierra de entre diez y quince kilómetros de ancho a lo largo de toda la ribera occidental del río Jordán para crear allí un tupido cinturón de asentamientos. Estas poblaciones, sumadas a la barrera física que formaba el río, constituirían un tapón entre Israel y Jordania y, en general, atenuarían la amenaza de una invasión desde el este por parte de ejércitos

árabes como los de Siria o Irak[73]. El plan contemplaba también la construcción de barrios judíos en Jerusalén Oriental, y Alón tenía además algunas ideas acerca de la Franja de Gaza (véase el capítulo 2).

Alón pretendía redibujar las fronteras de Israel mediante la anexión de tierras, pero, al mismo tiempo, quería evitar que esas nuevas fronteras incluyeran una cantidad significativa de palestinos. Desde su punto de vista, Israel no podía permitirse absorber la población de los territorios ocupados, que ya era grande y crecía con rapidez, sin correr el riesgo de perder su carácter judío. Por tanto, el plan consistía en que Israel se anexionara la franja de tierra a lo largo del río Jordán, pero no el resto de Cisjordania; en lugar de ello, había que dejar que las áreas pobladas se gobernaran a sí mismas como una región autónoma, con capacidad para gestionar libremente los distintos aspectos de la vida cotidiana de los palestinos[74]. A fin de cuentas, durante los cuatrocientos años que gobernaron Oriente Próximo los otomanos habían otorgado a las minorías de la región (judíos, cristianos, etc.) una importante autonomía política, judicial y económica, y el sistema había funcionado bastante bien.

Poco después, sin embargo, Alón corrigió el plan y cambió la idea de ofrecer a los palestinos las tierras que Israel no pensaba anexionarse por la de entregarlas al rey Husein de Jordania. En esta nueva versión, Israel se anexionaría las franjas de tierra que necesitaba para reforzar su seguridad, principalmente a lo largo del río, y ofrecería al monarca jordano las zonas pobladas por los palestinos, que se conectarían con su reino a través de un corredor situado a la altura de Jericó (véase el mapa 3). Pueden plantearse varias explicaciones a por qué Alón decidió reemplazar la opción palestina por la opción jordana, pero lo más probable es que el cambio se debiera sobre todo a las presiones de Estados Unidos, que en esa época insistía en que cualquier acuerdo al que Israel quisiera llegar en relación a Cisjordania debía cerrarse con el rey Husein, un aliado de Washington y que además ocupaba esa región antes de la guerra. En uno de los muchos debates gubernamentales sobre la conveniencia de adoptar una u otra opción, el primer ministro fue bastante claro al respecto cuando sostuvo que era más partidario de llegar a un acuerdo con el rey porque «eso es lo que los estadounidenses prefieren»[75].

No obstante, la oferta de Alón tenía algunas condiciones. En primer lugar, el rey debía acceder a que la porción de Cisjordania que se le ofrecía fuera para siempre una zona desmilitarizada: no desplegaría allí fuerzas militares que pudieran suponer un riesgo para la seguridad de Israel. En segundo lugar,

el rey debía otorgar a Israel autorización para entrar en esas áreas y capturar a cualquier terrorista que las utilizara como un trampolín desde el cual lanzar ataques contra territorio israelí. En tercer lugar, el rey debía reconocer la soberanía de Israel sobre Jerusalén Oriental y las áreas a lo largo del río Jordán de las que planeaba apropiarse. Por último, dado que Israel también deseaba anexionarse parte del territorio de la Franja de Gaza, Husein tenía que comprometerse a absorber a los palestinos que, llegado el momento, habría que trasladar desde allí[76]. Para conseguir que el monarca aceptara semejante plan, Alón propuso que se le concediera una ruta terrestre entre su parte de Cisjordania y el norte de la Franja de Gaza, lo que proporcionaría a Jordania acceso al Mediterráneo, un beneficio decisivo que había perdido tras la creación del estado de Israel en 1948.

Dayan se opuso enérgicamente al plan de Alón, entre otras razones debido a la rivalidad enconada que los enfrentaba; ambos habían competido por el cargo de ministro de Defensa en la fase previa a la guerra de 1967 y el que finalmente Dayan se hiciera con la cartera solo sirvió para aumentar las tensiones entre ellos.

Con todo, la oposición de Dayan al plan de Alón era algo más que un capricho personal: estaba convencido de que hacinar a los palestinos en Cisjordania entre la línea de asentamientos que Alón pretendía construir a lo largo del río y el estado de Israel propiamente dicho era algo que nunca funcionaría. «No son tontos —insistió—. Si emparedamos a los árabes de Palestina… estaremos separando Cisjordania de Jordania.»[77] En lugar de eso, Dayan propuso su propio plan, que en muchos sentidos era una imagen especular del de Alón.

Dayan pensaba que el terreno estratégico que la seguridad de Israel reclamaba era la cadena montañosa que recorre el centro de Cisjordania, *no* las llanuras a lo largo del río Jordán. Por tanto, propuso construir «puños» de asentamientos más al oeste, en lo profundo de las montañas de Cisjordania. El ministro imaginaba una serie de cinco grandes bloques que se extendía desde Yenín, en el norte, pasaba por los alrededores de Naplusa y Ramala, y llegaba hasta el monte Hebrón, en el sur; cada «puño» (o bloque) iría acompañado de una base militar y todos estarían comunicados con Israel mediante un sistema de carreteras y contarían con conexiones de electricidad, agua y comunicaciones. Con los asentamientos judíos ubicados en las proximidades de los centros urbanos palestinos, Israel mantendría el control de toda Cisjordania (el plan, no obstante, estipulaba que los palestinos residentes en la

región continuarían siendo súbditos del Reino Hachemita de Jordania, como lo habían sido desde que en 1950 el rey Abdalá se anexionara la región). Y a diferencia de lo que ocurría si se aprobaba el plan de Alón, los palestinos no se sentirían «emparedados» entre los asentamientos judíos a lo largo del río y el territorio israelí propiamente dicho, y por tanto tendrían una percepción menor de las perturbaciones causadas por la guerra y la ocupación, ya que seguirían pudiendo viajar libremente a Jordania de acuerdo con la política de los «puentes abiertos» de Dayan.

Los planes de Alón y Dayan representaban dos filosofías muy diferentes de la ocupación, dos filosofías que continuarían compitiendo entre sí en los años venideros: el objetivo de Alón era anexionar el mínimo de tierra ocupada necesario para garantizar la seguridad de Israel y una separación total de los árabes palestinos y las tierras en las que vivían; el de Dayan, en cambio, pretendía mantener toda la Cisjordania ocupada porque, como solía decir, «se trata de Judea y Samaria… nuestra patria», y, a diferencia de Alón, no creía que Israel debiera separarse por completo de los palestinos. Pensaba que los judíos y los palestinos (estos últimos en tanto súbditos jordanos) podían vivir los unos junto a los otros, integrados. Con integración se refería a que, con el paso del tiempo, los palestinos terminarían *dependiendo* de Israel para su sustento y que a medida que se incorporaran a la economía israelí serían menos nacionalistas y dejarían de resistirse a la presencia de los israelíes. Dayan, que no ocultaba su modo de pensar, dijo en una ocasión a la poeta palestina Fadwa Tuqan: «Esto es análogo a la relación entre un hombre y la mujer a la que ha raptado, que no lo quiere y que no desea casarse con él. Una vez llegan los hijos, estos ven al hombre como padre y a la mujer como madre. El rapto no tiene ya relevancia para ellos. Vosotros también, como pueblo, no nos queréis hoy, pero nosotros estamos imponiéndonos a vosotros»[78]. En entrevistas filmadas, Dayan a menudo levantaba los dedos cruzados y declaraba que en los territorios ocupados le gustaría generar una situación tal que fuera tan difícil separar a Israel de los territorios «como separar mis dedos cruzados».

No obstante, el gobierno rechazó el programa propuesto por Dayan, cuyas ideas de «integración» no compartía. Simon Peres, colega y aliado de Dayan, anotaría luego: «La idea de Moshe [Dayan] de que si aprendíamos “a vivir con los árabes y no sobre ellos”, podríamos controlar de verdad los territorios —o, en otras palabras, la idea de que si cambiábamos de actitud hacia los árabes, no tendríamos que cambiar el mapa—, era en su totalidad un error

óptico e histórico»[79]. Es posible que otra de las razones del gobierno para rechazar el plan de Dayan fuera que este proponía que los israelíes se establecieran *lejos* del río Jordán, a saber, en las montañas situadas al oeste de él, algo que chocaba con el pensamiento estratégico de Israel, en el que la frontera no es una línea trazada en un mapa sino el lugar donde los judíos se encuentran establecidos realmente.

En lo que respecta al plan propuesto por Alón, el gobierno no llegó a adoptarlo ni rechazarlo formalmente, quizá porque fue incapaz de decidirse, tal vez porque consideró que mantener la ambigüedad acerca de sus aspiraciones territoriales le permitía hacer frente a las críticas de que sus políticas iban en contra del derecho internacional acerca de la ocupación, que prohibía realizar cambios sustanciales en los territorios ocupados. A fin de cuentas, incluso Estados Unidos, el aliado más cercano de Israel, había dejado en claro que no respaldaría la implementación del Plan Alón, pues solo aprobaría «cambios realmente menores por razones de seguridad», mientras que la propuesta de Alón parecía indicar que las necesidades de Israel en materia de seguridad estaban vinculadas a «adquisiciones territoriales sustanciales»[80]. Aun así, lo cierto es que el Plan Alón se convirtió en el programa no oficial de construcción de asentamientos de varios gobiernos laboristas posteriores.

Legalizar la tierra apresada

Dado que la construcción de asentamientos requería tierras libres de habitantes o propietarios, el gobierno israelí procedió a crear una estructura jurídica-burocrática que permitiera la adquisición «legal» de las tierras de los palestinos. La idea era establecer un sistema mediante el cual fuera posible convertir la tierra de propiedad *privada* en propiedad *estatal* para luego poder construir asentamientos y carreteras circunvalares y crear así una nueva realidad sobre el terreno.

El principal cimiento de este sistema jurídico lo proporcionaron la Ley de Emergencia Británica (1945) y la Ley de Áreas Cerradas (1949), que permitían al ejército clausurar cualquier área para maniobras militares por períodos de tiempo indefinidos. De forma similar, la Ley de Acción (1953) permitía al estado confiscar las tierras sin cultivar para que el ejército las utilizara con fines defensivos. Lo que ocurría era que, después de haberse

apoderado de la tierra, el ejército la entregaba a los colonos para que construyeran asentamientos.

Había otros métodos para apropiarse de las tierras y destinarlas a la construcción de asentamientos, como el de declararlas «propiedad de ausente»; la orden militar número 58 definió como propiedad de ausente «los bienes cuyo propietario legal, o quienquiera que tuviera su control de acuerdo con la ley, dejó la zona antes de [su ocupación por el ejército el] 7 de junio de 1967 o con posterioridad». Durante los primeros años de la ocupación, los israelíes registraron como «propiedad de ausente» alrededor de un 7,5% de Cisjordania; en la mayoría de los casos esas tierras pertenecían a palestinos que como consecuencia de la guerra se habían convertido en refugiados y habían huido, a Jordania principalmente, o que se encontraban fuera del país durante el conflicto y después no se les había permitido regresar. Otro método que usó el ejército para apoderarse de la tierra de los palestinos fue declararla propiedad de un estado hostil; la orden militar número 59, publicada el 31 de julio de 1967, declaraba que todas las tierras y bienes inmuebles propiedad de un estado hostil pasaban a ser propiedad del estado de Israel. De hecho, todas las tierras se consideraban propiedad del estado a menos que los palestinos que las reclamaban pudieran demostrar que eran sus propietarios, algo que a menudo resultaba muy difícil, porque en Cisjordania muchísimas transacciones se realizaban sin dejar registro alguno y a menudo la propiedad se fundaba en acuerdos informales o herencias que se remontaban varias generaciones en el tiempo.

Ahora bien, ¿cómo se apropiaban los colonos de las tierras confiscadas a los palestinos? Según vimos antes, el IV Convenio de Ginebra (1949) prohíbe el traslado de civiles de la potencia ocupante al territorio ocupado; sin embargo, sí autoriza la presencia en él de personal militar. Para sortear el convenio, el gobierno utilizó la Brigada Nahal, una unidad que combina el servicio militar activo con el servicio civil. Vestidos con uniformes militares, los miembros de esta unidad levantaban «campos militares» fantasma en las tierras confiscadas a los palestinos por «razones de seguridad»; luego, cuando estos campos eran una realidad establecida, se los transfería a manos civiles, con lo que se convertían en asentamientos propiamente dichos.

A pesar de las numerosas leyes que en teoría permitían confiscar tierras para la construcción de asentamientos en Palestina, en términos generales la política de Israel durante la primera década de la ocupación fue cautelosa, sobre todo en comparación con lo que ocurriría después. La regla básica era

que los asentamientos debían construirse lejos de los centros urbanos palestinos y la principal consideración a la hora de aprobar un proyecto era la seguridad nacional, es decir, en qué sentido establecer un asentamiento en esta o aquella ubicación contribuía a proteger a Israel de una potencial invasión árabe desde el otro lado del río Jordán. No obstante, hubo algunos «casos especiales»; uno de los más famosos, y no por buenas razones, tuvo lugar en Hebrón.

Punto muerto en Hebrón

Situada a unos treinta y dos kilómetros al sur de Jerusalén y construida sobre varias colinas y *wadis*, la ciudad de Hebrón ha sido siempre un enclave importante tanto para los musulmanes como para los judíos. Para estos últimos, la ciudad es el segundo lugar sagrado de la fe después de Jerusalén; «Hebrón» deriva de la palabra hebrea *haver*, «amigo», una referencia al patriarca Abraham, a quien la tradición considera amigo de Dios. El nombre árabe de Hebrón es Al-Jalil, que significa literalmente «el amigo», de nuevo una referencia a Abraham, al que también los musulmanes describen como amigo de Dios. Según la Biblia fue en Hebrón donde Dios hizo con Abraham la alianza por la que se convirtió en padre del «pueblo elegido» (Génesis 17), y fue allí donde, por cuatrocientos siclos de plata, Abraham compró a Efrón el hitita una cueva y el terreno adyacente para utilizarlos como tumba familiar (Génesis 23). La cueva de Makpelá es, de acuerdo con las Escrituras, el lugar en el que están sepultados Abraham, Isaac, Jacob, Rebeca y Lía[81]. Abraham, por supuesto, fue el padre de Ismael, el ancestro de los musulmanes, lo que hace que la Tumba de los Patriarcas sea también importante para ellos, de allí que construyeran la mezquita de Ibrahim que hoy se alza sobre la cueva.

Durante siglos una pequeña comunidad judía había vivido entre los árabes de Hebrón. Hacia finales del siglo XIX esa comunidad creció con la llegada a la ciudad de judíos procedentes de Europa oriental. No obstante, los judíos de Hebrón siempre han sido odiados por sus vecinos, que les consideran colonialistas arrogantes; en la oleada de violencia étnica que barrió Palestina en agosto de 1929, los árabes mataron a sesenta y siete judíos en la ciudad y destruyeron las sinagogas, lo que acabó con la comunidad local. Los supervivientes huyeron a Jerusalén, donde permanecieron hasta 1931, cuando treinta y una familias regresaron a Hebrón para refundar la comunidad judía

de la ciudad. El proyecto, sin embargo, no duró mucho, pues el 26 de abril de 1936 las autoridades del Mandato británico evacuaron a las familias judías por temor a que se repitiera la carnicería. En la guerra de 1948, la legión jordana capturó Hebrón, y en 1950 la ciudad, junto con el resto de Cisjordania, fue incorporada al Reino Hachemita de Jordania.

Diecisiete años más tarde, en el cuarto día de la guerra de 1967, las fuerzas israelíes capturaron Hebrón; y con los judíos deseosos de regresar y restablecer la comunidad local en lo que para entonces era una ciudad completamente árabe, tradicionalista y conservadora, el conflicto parecía inevitable.

Los problemas se hicieron realidad el 12 de abril de 1968, cuando unos cuarenta o cuarenta y cinco judíos religiosos llegaron a Hebrón para celebrar la Pascua. Los había convocado un modesto anuncio publicado en los periódicos unos pocos días antes en el que se invitaba a las familias judías y los judíos solteros que desearan establecerse en la antigua Hebrón a contactar con Moshe Levinger, un rabino de treinta y cinco años imbuido de fervor mesiánico que pretendía recuperar Hebrón para el pueblo judío. El jefe militar a cargo de esta área, el general Narkis, permitió que el grupo entrara en la ciudad con la condición de que todos sus miembros se marcharan sin demora al día siguiente. Dado que el grupo partió para Hebrón con abundante equipaje, incluidas neveras, lavadoras y otros electrodomésticos, el general tuvo que darse cuenta de sus verdaderas intenciones. En cuanto consiguió la autorización oficial, Levinger condujo al grupo a El-Haled, un pequeño hotel propiedad de una familia palestina, los Qawasmi.

Los visitantes estaban emocionados y, como recuerda Miriam, la esposa del rabino Levinger, «todos deliraban de felicidad, como si el Mesías estuviera justo a la vuelta de la esquina… como si Dios en persona los hubiera tocado»[82]. En cumplimiento de los preceptos de la ley judía, limpiaron y purificaron la cocina que se les asignó y celebraron la cena pascual; sin embargo, al día siguiente, en lugar de dejar Hebrón como habían prometido, lo que hicieron fue izar la bandera de Israel en el hotel y anunciar que se quedarían en la ciudad para siempre. Luego, cuando el grupo creó un seminario improvisado en la segunda planta, Fahed Qawasmi, el propietario del hotel, exigió a los huéspedes que se marcharan, pero ellos se negaron. El 21 de abril, el alcalde de Hebrón, Muhammad Ali al-Ja’abri, escribió al primer ministro, Levi Eshkol, y al ministro de Defensa para quejarse de la intrusión del grupo y manifestar su confianza, no exenta de sarcasmo, en que

llegaría el día en que los judíos de Hebrón podrían volver a la ciudad y los refugiados árabes, a los hogares que tenían en Palestina y que habían tenido que dejar en 1948.

La persona más indicada para lidiar con este problema, Moshe Dayan, se encontraba temporalmente incapacitado, recuperándose en el hospital tras un grave accidente. En su ausencia, la responsabilidad de resolver esta cuestión recayó en el primer ministro, sobre quien Yigal Alón, el rival de Dayan, tenía una gran influencia. Para consternación del ministro Defensa, Alón convenció a sus colegas de que se permitiera a los colonos quedarse en Hebrón[83]. En una entrevista concedida años después, Dayan señaló que «a Alón no le importaban [los colonos de Hebrón], sino Moshe Dayan, y el hecho de que yo estuviera en contra de este asentamiento loco fue suficiente para que él hiciera cuanto estaba en su poder para que esas personas pudieran quedarse»[84].

Cuando Dayan fue dado de alta en el hospital, el asunto de Hebrón era ya un *fait accompli*. Considerando que no tenía otra opción que llegar a un acuerdo con los colonos, Dayan pactó con ellos su traslado a un complejo militar en los límites de la ciudad. Es posible que tuviera la esperanza de que las incomodidades de la vida en una base militar desalentara a los miembros del grupo, pero si fue así, estaba subestimando gravemente la determinación de estos; los colonos soportaron las duras condiciones del campo, decididos a esperar cuanto fuera necesario. Finalmente, en 1970, sometido a la presión cada vez mayor de los ministros que simpatizaban con los colonos, Dayan aceptó que se les permitiera fundar un asentamiento justo al este del centro urbano de Hebrón. El resultado fue Kiryat Arba (el antiguo nombre de la ciudad según la Biblia: «El nombre primitivo de Hebrón era Kiryat Arbá», Josué 14:15), el asentamiento construido en un terreno de veinticinco hectáreas expropiado por orden del gobernador militar por «razones de seguridad». En un primer momento se estableció en el lugar una «base militar» y, luego, en 1971, una vez acabadas las doscientas cincuenta unidades residenciales, los primeros colonos empezaron a mudarse al asentamiento.

Cuando durante una conversación con los colonos, Dayan los instó a no criar a sus hijos en el odio de los árabes, estos respondieron del siguiente modo: «Los árabes han de saber que aquí hay un amo: el pueblo judío, que gobierna sobre Eretz Yisrael [la Tierra de Israel]… Los árabes son residentes temporales que casualmente viven en este país»[85]. El ministro era muy consciente de que llegar a un acuerdo con los colonos había sido un grave

error, uno que lamentaría el resto de su vida. «No cumplí plenamente con mi deber como ministro de Defensa —anotaría más tarde—, en el sentido de que no impedí el establecimiento de ese asentamiento pirata en Hebrón. Entendí lo que significaba, sabía que era una catástrofe y debí haber amenazado con renunciar, pues, según pienso, si lo hubiera hecho, el gobierno habría aprobado mi parecer. Pero no lo hice, y eso es algo que lamento de veras.»[86]

El movimiento colonizador se había anotado una victoria de gran visibilidad, una que, en palabras de Dayan, tenía «peligrosas implicaciones para el futuro», pues demostraba que un grupo de personas pequeño pero comprometido podía imponer su voluntad al gobierno[87]. De hecho, los colonos aprendieron que la simple obstinación podía resultar vencedora, y lo ocurrido en Hebrón sentó un precedente para las futuras ocupaciones ilegales llevadas a cabo por grupos de colonos en otras partes de Cisjordania.

Convencer a un rey

Entre tanto, lejos de los territorios ocupados, en las semanas y meses que siguieron a la guerra de 1967 y bien entrado el año 1968, altos cargos israelíes mantuvieron una serie de encuentros en Londres y París con el rey Husein de Jordania. Uno de esos encuentros tuvo lugar el 3 de mayo de 1968 y en él participaron el ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Abba Eban, el rey y apenas dos colaboradores. Eban intentó exponer las ideas de Israel acerca de un posible acuerdo de paz con Jordania siguiendo las líneas del Plan Alón, que, como hemos visto, proponía dividir la gestión de la Cisjordania ocupada entre Israel y Jordania, y buscó respuestas concretas a dos cuestiones: ¿Firmaría el rey un tratado de paz con Israel por separado incluso si otros países como Egipto y Siria se negaban a hacerlo? ¿Podía garantizar que terminarían las actividades terroristas contra Israel?[88] Tras escuchar al ministro israelí, el rey prometió que consideraría la propuesta de división y le comunicaría lo que pensaba. Eban, resulta claro, interpretó las maneras refinadas y la cortesía del monarca como una señal de que la reunión había sido un éxito; de hecho, antes incluso de obtener la respuesta formal de Husein, recomendó al Consejo de Ministros que la siguiente entrevista debía reunir a Husein y el primer ministro[89]. No obstante, Eshkol no tenía ninguna prisa y se opuso a la idea de Eban de reunirse con el rey en persona, algo que podía dar un impulso excesivo a las conversaciones y, posiblemente, obligaría

a Israel a hacer concesiones sobre los territorios.

En lugar de ello, quienes se reunieron con el rey el 27 de septiembre de 1968 fueron los ministros Eban y Alón. El propósito era que este último pudiera presentar al rey su plan como una idea «personal» sin carácter oficial, en lugar de como una propuesta formal del gobierno de Israel[90]. Alón fue osado: «El responsable de la guerra [de 1967] fue el rey —dijo a Husein—, usted perdió la guerra y usted debe atenerse a las consecuencias»[91]. Tras una discusión completa sobre las ideas de Alón, el rey, como era su costumbre, prometió considerar la cuestión con detenimiento antes de volver a reunirse con los israelíes. Su respuesta llegaría un poco más tarde en forma de un documento de seis puntos en el que se describía el Plan Alón como una propuesta «completamente inaceptable». Los emisarios del monarca explicaron que cualquier acuerdo de paz futuro tenía que ser uno que el rey «pueda explicar al mundo árabe… y… que el mundo árabe pueda aceptar»[92]. Nuevas reuniones entre el rey, Eban y Alón y unos pocos asesores para discutir las propuestas de Israel, en particular una celebrada el 19 de noviembre de 1968 a bordo de un buque israelí, no lograron que se llegara a un acuerdo.

Es posible que la euforia de la victoria animara a los israelíes a suponer, equivocadamente como luego resultó evidente, que habiendo sido derrotado el rey Husein aceptaría cualquier oferta que le presentaran o que, con el tiempo, obligado a tener que elegir entre perder la totalidad de Cisjordania o aceptar lo poco que Israel estaba dispuesto a ofrecerle, el monarca suavizaría su postura y aprobaría el Plan Alón. Con todo, es más probable que los israelíes optaran por ofrecer poquísimo, tanto en las negociaciones con los líderes palestinos locales como en las conversaciones posteriores con el rey Husein, porque sabían de antemano que sus ofertas serían rechazadas y entonces podrían aferrarse a los territorios. Lo mínimo que pedía el rey era recuperar Cisjordania, en la que solo aceptaba cambios territoriales menores y recíprocos, y era claro que no podía renunciar a su responsabilidad por las partes musulmana y cristiana de Jerusalén, partes que los israelíes estaban decididos a conservar bajo su control, al igual que el grueso de Cisjordania. No obstante, es probable también que Husein concluyera que era prudente mantener a los israelíes en las conversaciones, pues así evitaba que llegaran a un acuerdo con los líderes palestinos locales a sus espaldas o, peor aún, que les ofrecieran alguna forma de soberanía sobre las tierras que él todavía esperaba recuperar.

Colonización

Entre tanto, en Cisjordania, la ocupación estaba produciendo grandes cambios en la economía local: el turismo, antes un sector importante y una de las principales fuentes de divisas, sufrió un duro golpe. Antes de la guerra, Cisjordania atraía turistas del mundo entero, que acudían en masa a visitar los lugares sagrados, en particular en Jerusalén. Anwar al-Khatib al-Tamimi, el gobernador del distrito de Jerusalén hasta 1967, recuerda que

> hasta el ataque israelí [en 1967] Jerusalén había sido próspera… Los hoteles de la ciudad estaban llenos, los mercados repletos, las tiendas de recuerdos vivían atestadas de visitantes, los autobuses turísticos causaban atascos en las calles de Jerusalén y Cisjordania. En las carreteras entre una ciudad y otra era posible ver docenas de autoestopistas cargados con mochilas haciendo autostop[93].

Asimismo, los turistas árabes en particular visitaban con regularidad los complejos vacacionales de Jericó, en invierno, y Ramala, en verano. Conocida como la «Suiza de Jordania», Ramala era de hecho un destino popular entre los jordanos ricos que querían escapar del calor de Amán. Por desgracia, tras la guerra el turismo cesó casi por completo, pues los puentes sobre el río Jordán estaban en ruinas, las reglas israelíes en relación a los permisos turísticos no eran todavía claras y había una reticencia generalizada, sobre todo entre los turistas árabes, a ir de vacaciones a lo que ahora era una zona ocupada por el ejército israelí. Y si bien los turistas israelíes ayudaron a llenar el vacío —después de la guerra llegaban por docenas a Jerusalén y otros lugares de Cisjordania—, el visitante israelí típico apenas iba a pasar el día y, por tanto, contribuyó poco a impulsar la industria hotelera local y los servicios vinculados a ella.

La ocupación también transformó la agricultura de Cisjordana, que antes de la guerra era uno de los pilares fundamentales de la economía de la región y una importante fuente de exportaciones. El sector lo conformaban numerosos minifundios que vendían su producción tanto en los mercados locales como en Jordania. Tradicional y desfasada, la agricultura cisjordana desconocía los avances realizados en otras partes: los granjeros no utilizaban fertilizantes, equipos modernos ni métodos de irrigación sostenibles, y tampoco habían hecho ningún esfuerzo por adaptar los cultivos a los cambios estacionales, de modo que el 20% era la tierra baldía. Después de la guerra, y por un breve período, los israelíes resultaron de gran ayuda, pues llevaron

asesores y expertos para enseñar a los palestinos nuevas técnicas agrícolas, como la utilización de cubiertas de plástico para proteger las cosechas y el uso de aspersores y goteros en lugar de los métodos de irrigación primitivos. Asimismo se introdujeron nuevos equipos mecánicos, siempre con la orientación de los israelíes: mientras que antes de la guerra había menos de trescientos tractores en Cisjordania, en 1968 había ya cuatrocientos sesenta y diez años después el número ascendería hasta los 1673. Los israelíes también ayudaron a la vacunación de animales. Un informe militar de 1969 cuenta que

> en el curso de una operación veterinaria se marcaron todos los rebaños, unas treinta mil cabezas de ganado, y se les administró vacunas contra la fiebre aftosa. Se examinaron las reses para detectar casos de tuberculosis, y el gobierno militar compró las vacas enfermas para sacrificarlas sin pérdida para el granjero. La totalidad de las aves de corral, cerca de medio millón de cabezas, fue vacunada contra la enfermedad de Newcastle… La mortalidad de las aves de corral ha descendido de forma muy notable como consecuencia de estas inyecciones hasta situarse en un número muy pequeño este año, en comparación con pérdidas de hasta un 60% en el pasado. Miles de perros fueron sacrificados[94].

Todo esto no era necesariamente una muestra de magnanimidad, pues los israelíes tenían un interés creado en la salud del ganado palestino, pues los virus y las enfermedades nada saben de fronteras; asimismo, se pensaba que la dependencia de la ayuda israelí y una relativa prosperidad contribuían a contener el nacionalismo palestino. Sin embargo, la presión creciente de los granjeros israelíes, que veían el surgimiento de una agricultura modernizada en Cisjordania como una amenaza potencial para sus beneficios, hizo que el gobierno abandonara progresivamente la ayuda que ofrecía a los cultivadores palestinos. Además, aprobó medidas para proteger el sector agrícola nacional, como la de bloquear la importación a Israel de productos agrícolas cisjordanos: en un momento en que los granjeros israelíes tenían un acceso ilimitado a los mercados de Cisjordania, las exportaciones cisjordanas se dirigieron a la ribera oriental, a Jordania y más allá. Asimismo, el gobierno intentó garantizar que el sector agrícola palestino complementara el israelí, en lugar de competir con él, aprobando medidas para fomentar en Cisjordania cultivos poco rentables en los que los granjeros israelíes no estaban interesados.

Con todo, el mayor golpe sufrido por la agricultura cisjordana fue la

decisión, adoptada en agosto de 1967, de transferir el control del suministro de agua a las autoridades militares (como se haría en el Golán en marzo de 1968 y en la Franja de Gaza en diciembre de 1974). Esto se tradujo, por ejemplo, en restricciones severas a la excavación de nuevos pozos; una vez más, se utilizó el sistema de permisos y se creó un proceso burocrático largo y complicado en el que la mayor parte de solicitudes presentadas por los palestinos que necesitaban más agua con urgencia obtenía una respuesta negativa y las pocas que se aprobaban eran exclusivamente para uso doméstico. En 1975, Israel apretó todavía más las clavijas de los palestinos al establecer límites a la cantidad de agua que podía extraerse de los pozos existentes e instalar medidores para hacer cumplir las nuevas reglas, todo lo cual redujo el agua disponible a cantidades demasiado exiguas para mantener una agricultura vigorosa en la región.

Algo similar ocurrió en la industria: se animó a los cisjordanos a concentrarse en labores útiles a los intereses de la industria israelí, a la que de hecho complementaban. Así, por ejemplo, en la industria textil los fabricantes israelíes proporcionaban los materiales (las telas y los diseños), mientras que decenas de palestinos mal pagados, a menudo mujeres y niños, trabajaban en las máquinas de coser. Aquí, como en otros campos, se empleó el sistema de permisos para reestructurar la industria cisjordana de acuerdo con las necesidades de Israel y con el fin de evitar que compitiera con la industria nacional.

La ocupación también transformó, y de manera espectacular, el mercado laboral de la región. Cuando la guerra llegó a su fin, el desempleo era altísimo en Cisjordania: de los 85.700 palestinos en condiciones de trabajar, entre treinta mil y cincuenta mil no tenían empleo. Consciente de que el desempleo podía aumentar el resentimiento contra la ocupación, Israel intentó crear puestos de trabajo para los desempleados, sobre todo a través del Departamento de Obras Públicas; se acordó que los empleos se distribuyeran de tal forma que fuera posible ofrecer entre dos y tres días de trabajo semanales a tantos palestinos como fuera posible. Esto surtió efecto y para septiembre de 1967 el número de desempleados en Cisjordania había caído a veinticinco mil (una tasa de paro del 30%) y una año más tarde a once mil quinientos (un desempleo del 14%).

Aunque durante los siguientes años la Franja de Gaza se convertiría en la principal fuente de mano de obra barata para Israel, los primeros palestinos que encontraron empleo en Israel después de la guerra provenían de

Cisjordania. Entre 1968 y 1972, se establecieron en la región veintitrés agencias de empleo con el fin de regular el mercado laboral, en teoría para velar por los intereses de los trabajadores pero en realidad para satisfacer las necesidades de las empresas e industrias israelíes y, al mismo tiempo, para investigar a los candidatos desde el punto de vista de la seguridad: las agencias con frecuencia actuaban en nombre del Shabak, el servicio de seguridad interna de Israel, para el que reclutaban colaboradores dispuestos a facilitar información útil a las fuerzas de ocupación.

De forma gradual, la mano de obra palestina en Israel se concentró en la industria de la construcción, que terminó dependiendo casi por completo de los trabajadores palestinos; y no deja de ser tremendamente irónico que los nuevos asentamientos judíos establecidos en Cisjordania fueran construidos en gran medida por trabajadores palestinos. Incluso los kibutz, que por tradición utilizaban básicamente mano de obra judía, empezaron a contratar peones palestinos para trabajar tanto en la agricultura como en las plantas industriales. De forma paralela, los trabajadores israelíes fueron abandonando las ocupaciones no cualificadas o semicualificadas en la construcción, los servicios, la agricultura y las industrias de baja tecnología, para dedicarse a tareas gerenciales y burocráticas y, en general, labores que exigían una mayor cualificación, por ejemplo, en el sector de la alta tecnología. Los palestinos menores de diecisiete años, que legalmente no podían ser contratados en Israel, pasaron a la economía sumergida, al igual que aquellos que preferían no estar registrados para evitar pagar el 30% de sus salarios en impuestos, que era lo que pagaban los israelíes, mucho más de lo que los palestinos pagaban en Cisjordania. Los trabajadores palestinos se descubrieron atrapados entre la prohibición oficial que les impedía pasar la noche en Israel y el deseo de sus empleadores de que pasaran la semana entera allí y estuvieran disponibles para trabajar turnos más largos cada día. Esto terminó conduciendo al alojamiento ilegal de muchos trabajadores palestinos en condiciones vergonzosas, hacinados en anexos, cobertizos, almacenes, etc. Entre tanto, con tantísimos palestinos trabajando en Israel, muchas tierras de labranza de Cisjordania dejaron de cultivarse, lo que facilitó que el ejército confiscara las tierras abandonadas para destinarlas a la construcción de asentamientos judíos.

Ahora bien, dado que por regla general los palestinos que trabajaban en Israel ganaban entre un 10 y un 100% más de lo que ganarían por trabajar en Cisjordania, los nuevos empleos se tradujeron en un rápido crecimiento económico. Y habiendo más dinero disponible, el consumo privado creció de

forma espectacular: los cisjordanos empezaron a comprar más cocinas de gas, neveras, aparatos de televisión y otros electrodomésticos. Por otro lado, este nuevo mercado laboral también tuvo un impacto muy negativo sobre el tejido social de Cisjordania, pues los palestinos más educados y preparados empezaron a abandonar la región para buscar empleo en el extranjero. Maestros, médicos, ingenieros y demás profesionales, la élite de la sociedad cisjordana, de hecho, emigraron a Arabia Saudita, Kuwait, Jordania y otros países; atrás quedaba el proletariado sin educación para trabajar en Israel o hacer lo poco que podía hacerse en Cisjordania.

La OLP: tocada pero no hundida

Como hemos visto antes, tras la guerra de 1967 los insurgentes palestinos, liderados por figuras como Yasir Arafat, intentaron establecerse en Cisjordania para luchar contra la ocupación. Sin embargo, poco a poco, el ejército consiguió que se retiraran de la región y los obligó a huir al otro lado del río Jordán, a Jordania. Estos grupos guerrilleros pertenecían a facciones diferentes con fundamentos ideológicos también diferentes, desde el nacionalismo palestino (Al Fatah) al maoísmo (Frente Popular para la Liberación de Palestina o FPLP) o el marxismo más puro (Frente Democrático para la Liberación de Palestina o FDLP); pero después del conflicto de 1967, todos se situaron bajo el paraguas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), una coalición política y paramilitar que Arafat dirigía desde 1969.

Establecida en Jordania después de que el ejército la obligara a salir de Cisjordania, la OLP continuó movilizando a los palestinos contra la ocupación proporcionándoles instrucciones, dinero y armas. Al mismo tiempo, sin embargo, los insurgentes se volvieron contra el rey Husein e intentaron derrocarle con la esperanza de que si conseguían librarse del monarca, podrían convertir el Reino de Jordania en una base desde la cual organizar operaciones guerrilleras contra Israel y, en última instancia, liberar Palestina. Jordania, a fin de cuentas, era un lugar ideal para ello, pues tenía una frontera extensa con Israel y una población palestina que simpatizaba con la causa. La apuesta, no obstante, resultó un error fatídico, pues la OLP subestimó la determinación del rey Husein: en septiembre de 1970, harto de los alborotos que los guerrilleros palestinos causaban en su reino (que en

ciertas partes prácticamente gobernaban), el monarca se volvió contra ellos y, en lo que luego se conocería como el «septiembre negro», el ejército jordano expulsó a los insurgentes del país y los obligó a huir al Líbano.

La derrota de la OLP en Jordania tuvo un impacto tremendo en Cisjordania, pues la organización perdió gran parte de la influencia sobre la política local. En este contexto, en octubre de 1971 el Consejo de Ministros israelí concluyó que había llegado el momento oportuno para celebrar elecciones municipales en la región, las primeras desde 1963, pues, según consideraron los ministros, tras la derrota de la OLP en Jordania era menos probable que la población normal y corriente de Cisjordania votara por candidatos favorables a la insurgencia. Las elecciones, se esperaba, dejarían en el poder a candidatos relativamente moderados y menos nacionalistas. Bajo el Mandato británico, y también durante el período de control jordano, de 1948 a 1967, los ayuntamientos de Cisjordania tenían funciones importantes en materia de planificación urbanística, concesión de permisos de obra, uso del agua y la energía eléctrica, etc. Sin embargo, la ocupación israelí les arrebató la mayoría de esas funciones, que pasaron a manos del gobierno militar. Con todo, los ayuntamientos cisjordanos continuaron desempeñado un papel crucial, pues eran el vínculo entre la población y el gobierno militar: a través de ellos, por ejemplo, se tramitaban las solicitudes de permiso, con lo que se convirtieron en una herramienta para la gestión de la ocupación. He aquí por qué para los israelíes era tan importante contar en los ayuntamientos con concejales que no fueran afines a la OLP y por qué consideraron que era una buena idea celebrar las elecciones en un momento en que la organización era relativamente débil; además, unos comicios darían un barniz liberal a la ocupación.

El 19 de diciembre de 1971 el ejército publicó una orden en la que fijaba para el 28 de marzo de 1972 una primera serie de elecciones locales para todos los ayuntamientos de Samaria y Jericó; las demás elecciones se celebrarían más adelante, una vez los israelíes hubieran conseguido calibrar la situación y decidido la mejor forma de proceder.

No obstante, la OLP sospechó que había gato encerrado y respondió con rapidez a la estratagema pidiendo a la población de Cisjordania que no cooperara con la ocupación y se abstuviera de votar en las futuras elecciones municipales; el llamamiento fue bastante eficaz, en particular entre los residentes de Naplusa, en la Cisjordania septentrional, como hemos visto, una ciudad famosa por su nacionalismo. Sin embargo, temiendo que otras

ciudades pudieran seguir su ejemplo, el ejército citó a los decanos de los clanes Al Masri y Tuqan y los llevó en helicóptero al cuartel general del mando del área de Judea y Samaria, en Bet El, para una audiencia con el ministro de Defensa de Israel. Allí, Moshe Dayan los amenazó con tomar el control de sus fábricas y prohibirles exportar sus productos a Jordania a través de los puentes si no presentaban candidatos a las elecciones; enfrentados a una ruina potencial, los naplusíes obedecieron.

El día de los comicios hubo largas colas para votar: el 84% de los votantes acudió a las urnas, en comparación con el 76% que lo había hecho en las anteriores elecciones, cebradas en 1963; y como los israelíes habían predicho, los candidatos de la OLP no tuvieron mucho éxito y, en cambio, los candidatos moderados lograron mantener la mayoría de los escaños en la casi totalidad de los ayuntamientos. Complacidos con los resultados de estas elecciones, los israelíes siguieron adelante y, cinco semanas después, se celebraron comicios en el resto de Cisjordania. Una vez más, los candidatos de la OLP tuvieron malos resultados electorales y los palestinos moderados continuaron dominando los ayuntamientos de la región.

Israel continuó persiguiendo a la OLP y en abril de 1973 asesinó a tres líderes de la organización en Beirut. No obstante, el gobierno había subestimado el respaldo latente que la guerrilla palestina tenía aún en los territorios ocupados; los asesinatos desencadenaron una avalancha de protestas, que en Cisjordania se tradujeron en enormes manifestaciones en las que la bandera de la OLP pasó a ocupar el lugar de la insignia jordana, hasta entonces el símbolo habitual de las reivindicaciones de los palestinos. Al mismo tiempo, la organización empezó a adquirir un perfil más importante en el nivel internacional; el 14 de octubre, la Asamblea General de la ONU, donde había muchos representantes de países musulmanes que se compadecían de la penosa situación del pueblo palestino, invitó a la OLP a asistir a sus reuniones sobre la cuestión palestino-israelí y le otorgó el estatus de «observador». Dos semanas más tarde, una cumbre árabe celebrada en Rabat (Marruecos), declaró a la OLP, en lugar de Jordania, «el único representante legítimo del pueblo palestino»[95]. Finalmente, Arafat fue invitado a hablar ante la Asamblea General de la ONU en Nueva York, donde pronunció el que se conocería como el discurso del «fusil y la rama de olivo». «Vengo portando una rama de olivo y el fusil del combatiente de la libertad —dijo a la Asamblea—. No dejéis que la rama de olivo caiga de mi mano.» El discurso fue recibido con júbilo en los territorios ocupados de Palestina, donde miles de personas salieron a las calles para demostrar su apoyo a la OLP y

denunciar la ocupación israelí[96]. El ejército reaccionó con gran dureza: impuso toques de queda prolongados, realizó más de doscientas detenciones y condenó a ciento treinta y dos palestinos a pagar multas y cumplir condenas de hasta seis meses de cárcel[97].

Por tanto, a pesar de los reveses sufridos en Jordania en septiembre de 1970 y en las elecciones municipales de 1972, resulta claro que la OLP no cedió terreno en la Cisjordania ocupada, e incluso consiguió reavivar el espíritu de resistencia, en un momento en el que la influencia del rey Husein parecía menguar. Y el éxito de la OLP continuaría hasta alcanzar su apogeo en 1976, cuando el gobierno militar volvió a convocar elecciones municipales en Cisjordania.

Mientras que, como hemos visto, en 1972 la OLP boicoteó la votación y fue derrotada por los candidatos moderados, muchos de los cuales, en términos generales, tendían a cooperar con la ocupación, esta vez la organización aprendió de sus errores anteriores y se dedicó con ahínco a apoyar a sus propios candidatos, a los que organizó en el Bloque Nacional. Por su parte, el ejército israelí trató de impedir que el partido promoviera su programa, aunque sin ilegalizarlo de plano, interviniendo directamente en la campaña electoral, prohibiendo los carteles con la bandera palestina y disolviendo las manifestaciones de apoyo a los candidatos conocidos de la OLP.

En Hebrón, el gobierno militar veía con creciente preocupación la posibilidad de que el candidato de la OLP derrotara al entones alcalde, el moderado y antinacionalista Muhammad Ali al-Ja’bari, un estrecho colaborador de Israel y una pieza fundamental para el buen funcionamiento de la ocupación en la ciudad[98]. En las elecciones de 1972, Ja’bari había sido el único candidato y, no habiendo oposición alguna, su elección había sido automática; ahora, sin embargo, se enfrentaba al doctor Ahmad Hamzi Natshe, un simpatizante de la OLP. Simon Peres, por entonces ministro de Defensa, permitió que el ejército realizara lo que denominó una «intervención limitada» en Hebrón con el fin de ayudar a Muhammad Ali al-Ja’bari y, en consecuencia, el 27 de marzo de 1976 el ejército deportó al doctor Natshe, al que se sacó de la ciudad acusado de incitar y organizar huelgas[99]. Esta intervención flagrante en la campaña electoral resultaría ser contraproducente, pues generó tanto resentimiento entre los residentes de Hebrón que al-Ja’bari tuvo que retirarse por completo de la campaña.

El 12 de abril, el día de las elecciones, votaron sesenta y tres mil hombres y mujeres, un 72,3% de los votantes potenciales. La OLP obtuvo unos

resultados espectaculares a lo largo y ancho de Cisjordania, donde los aliados moderados de Israel, los remanentes del antiguo régimen jordano, sufrieron una derrota aplastante y perdieron el poder. De los 191 escaños en disputa, el Bloque Nacional de la OLP consiguió 148, una cifra asombrosa; el único éxito importante de los antinacionalistas tuvo lugar en la cristiana Belén, donde Elias Freij resultó elegido alcalde[100].

Tras estas elecciones, Cisjordania fue testigo del surgimiento de un nuevo tipo de líderes: jóvenes, por lo general, combativos y más radicales, abanderaban un nuevo estilo político y apoyaban a la OLP de forma franca y directa. De los nuevos alcaldes, ocho eran conocidos por sus posiciones nacionalistas, mientras que en las elecciones de 1972 los alcaldes nacionalistas eran apenas tres; dieciocho de los nuevos concejales habían estado involucrados en lo que el ejército etiquetaba como «actividades terroristas» en contra de la ocupación; y de ellos, nueve conocían las prisiones israelíes y uno incluso se encontraba encarcelado en el momento de su elección. Los cambios más radicales se produjeron en Naplusa y Hebrón. En la primera de estas ciudades, los candidatos favorables a la OLP se hicieron con todos los escaños del concejo salvo uno, y el nuevo alcalde, Bassam Shaka, era abiertamente hostil a Israel. En Hebrón, la era del moderado al-Ja’bari llegó a su fin y le sucedió Fahed Kawasmeh, un partidario de la OLP.

Las elecciones demostraron que la mayoría de la población de Cisjordania había desarrollado un fuerte sentimiento nacionalista bajo la ocupación, que apoyaba a la OLP, a la que consideraba su portavoz, y rechazaba las políticas de Jordania en relación con la región; de hecho, la influencia de Jordania estaba en caída libre. A diferencia de sus predecesores, que a menudo recelaban unos de otros, los líderes recién electos trabajan en estrecha colaboración, coordinaban sus movimientos contra la ocupación y, apenas unas semanas después de las elecciones, organizaron una serie de protestas contra la expropiación de tierras y la construcción de asentamientos judíos.

La victoria de la OLP dejó tan atónitos a los israelíes que durante la siguiente década evitarían celebrar nuevas elecciones municipales en Cisjordania, no fuera a ser que estas sirvieran para reafirmar el apoyo generalizado de los palestinos a las fuerzas nacionalistas.

El rostro de la ocupación

Al finalizar la primera década de la ocupación de Cisjordania por las fuerzas israelíes, resultaba claro que esa ocupación era cualquier cosa menos ilustrada, que era lo que los israelíes habían prometido que sería. Aunque Israel permitió la celebración de elecciones municipales, el ejército limitaba las libertades políticas, amordazaba a la prensa, recurría a la censura y, al mismo tiempo, facilitaba la construcción de asentamientos en el territorio ocupado, todo lo cual contravenía el derecho internacional. Si bien sucesivos gobiernos laboristas habían intentado propiciar que los asentamientos se construyeran hacia el valle del Jordán, lejos de las áreas habitadas por los palestinos, la creciente presión de los grupos religiosos judíos, entre ellos el denominado Gush Emunim, los había hecho ceder, lo que se tradujo en la construcción de asentamientos justo al lado de las zonas pobladas por los palestinos. En mayo de 1977 había en Cisjordania veinticuatro asentamientos judíos en los que vivían tres mil doscientos colonos (sin incluir Jerusalén).

Durante esta primera década de la ocupación, la región experimentó una relativa prosperidad, pero, en muchos sentidos, esta era consecuencia de una situación económica artificial: el resultado del dinero que llevaban a sus hogares los trabajadores palestinos que tenían empleo en Israel y los fondos aportados por el rey Husein, deseoso de mantener su menguante influencia en Cisjordania. Fue durante este primer decenio de la ocupación cuando Cisjordania se convirtió en una economía de tipo colonial; la región proveía de mano de obra barata a Israel, estaba obligada a comprar sus manufacturas y no podía competir con su agricultura subsidiada (a lo que habría que añadir el enorme perjuicio a la agricultura palestina derivado del hecho de que los israelíes controlaran el suministro de agua).

Desde un punto de vista político, pese a que se realizaron intentos vacilantes de solucionar el conflicto palestino-israelí mediante la implementación de ideas como el Plan Alón, por ejemplo, esos intentos cedieron gradualmente el paso a un control militar más institucionalizado de la tierra y la población.

2

La Franja de Gaza

La Franja de Gaza, enclavada entre Israel y el Mediterráneo y con una breve frontera con Egipto en el extremo sur, es una región relativamente pequeña y tiene una forma casi rectangular: con cuarenta kilómetros de largo y entre seis y medio y doce kilómetros de ancho, tiene un área total de trescientos sesenta kilómetros cuadrados. En términos históricos, políticos y religiosos, la Franja es mucho menos importante que Cisjordania, lo que explica que se la conozca como «la pariente pobre de Cisjordania».

La zona no se distinguía del resto de Palestina ni durante el período otomano (1517-1917), cuando formaba parte de la *sanjak* de Jerusalén, ni durante el período del Mandato británico (1917-1948), cuando formaba parte del distrito meridional del Mandato de Palestina. En noviembre de 1947, cuando la ONU propuso la partición de Palestina entre los árabes y los judíos, la organización otorgó a los primeros un área en forma de «L» alrededor de Gaza. Sin embargo, los intensos combates entre israelíes y egipcios durante la guerra de 1948 redujeron esa área; dos terceras partes de ella terminarían siendo incorporadas a Israel, y el territorio restante, formado básicamente por la ciudad de Gaza y algunas otras ciudades y localidades más pequeñas, caería en manos de los egipcios. Después de la firma del acuerdo de armisticio egipcio-israelí el 24 de febrero de 1949 que puso fin a la guerra, el área capturada por Egipto pasaría a conocerse como la «Franja de Gaza».

Ahora bien, aunque la Franja de Gaza como entidad política es una innovación relativamente reciente, su capital epónima (y no oficial) es una de las ciudades más antiguas de la tierra. Ubicada en la *Vía Maris*, el camino del mar, una antigua carretera que recorría la costa palestina desde Egipto hasta Fenicia, al norte del antiguo reino de Canaán, cuyo núcleo se encontraba en el territorio que hoy ocupan el Líbano y Siria pero que en su momento se extendía hasta el sur para abarcar la totalidad de la península del Sinaí, fue la

geografía lo que convirtió Gaza en un blanco irresistible para los invasores: desde los israelitas, pasando por los egipcios, asirios, escitas, babilonios, persas, romanos, musulmanes, cruzados y mamelucos, hasta los otomanos y los británicos. En la actualidad, Gaza es con diferencia la mayor ciudad de la Franja, y un centro comercial y de comunicaciones clave para toda la zona.

El nacimiento en 1948 de la Franja de Gaza como región política separada fue traumático para quienes vivían allí, pues la composición social y económica de la zona quedó alterada de forma irrevocable por dos sucesos críticos y, de hecho, desastrosos. El primero fue la pérdida total de las tierras productivas del interior (las zonas de pastoreo y las parcelas dedicadas a la agricultura), que cayeron en manos —y se convirtieron en parte— del nuevo estado de Israel. La caída de Palestina también cercenó los vínculos comerciales tradicionales entre la zona de Gaza y centros tan importantes como Beerseba y Jerusalén, y las oportunidades laborales, en particular en Haifa y Jaffa, desaparecieron casi de un día para otro, pues los trabajadores ya no podían desplazarse a unas ciudades que a partir de entonces quedaban dentro de Israel.

El segundo suceso que hizo tan traumático el nacimiento de la Franja de Gaza fue la afluencia repentina y masiva de refugiados, en particular procedentes de las ciudades costeras de Palestina, un hecho que transformó radicalmente la composición demográfica de la Franja. Hasta 1948, la población dominante en la zona de Gaza eran los oriundos de la región, unas ochenta mil personas en total, encabezadas por una élite reducida, pero acaudalada, de familias terratenientes, cuyos ingresos dependían en general de las exportaciones. No obstante, la llegada de doscientos mil refugiados que huían de la guerra en Palestina transformó esa realidad de forma repentina. Los recién llegados se establecieron en campamentos improvisados, a menudo en los huertos desperdigados alrededor de Gaza. Pueblos enteros fueron literalmente desarraigados de Palestina y trasplantados a la Franja de Gaza, donde la vida solía ser un reflejo de la sociedad y las jerarquías de los viejos pueblos de Palestina.

Los refugiados eran en su mayoría personas de clase baja en términos socioeconómicos; los más pobres, peor formados y menos privilegiados de todos los grupos que tuvieron que abandonar Palestina entre 1947 y 1948. La tragedia de esas personas fue que la región de Gaza, que carecía de recursos naturales y donde la mitad del territorio lo constituían dunas de arena improductivas, no tenía forma de darles sustento; dadas sus dimensiones, la

Franja de Gaza estaba lejos de poder ofrecer a los refugiados empleos o tierras que les permitieran reconstruir sus vidas. Fue así como miles de palestinos se encontraron de repente dependiendo de la caridad de la comunidad internacional, encabezada por la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA, por sus siglas en inglés), un organismo de la ONU creado en 1950 específicamente para auxiliar a los refugiados palestinos.

En 1952, la UNRWA contaba ya con ocho campos en la Franja y había asumido la total responsabilidad por los refugiados, a los que proporcionaba raciones de comida, asistencia sanitaria y educación, y a muchos de los cuales empleaba en la propia gestión de los campos. Aunque esto supuso una mejora, las nuevas condiciones estaban lejos de ser idílicas; de hecho, fue en esta época (comienzos de la década de 1950) cuando la Franja de Gaza se hundió gradualmente en la pobreza y la miseria. La relación entre la población oriunda de la Franja, que de repente había pasado a ser una minoría, y los refugiados recién llegados se tornaría tensa e incluso hostil, pero a largo plazo la hostilidad creciente contra el estado de Israel terminaría amalgamando a los dos grupos.

Después de la guerra de 1948, Egipto gobernó la Franja desde El Cairo mediante una administración especial, encabezada por un gobernador militar egipcio, con sede en la ciudad de Gaza. No se trataba de una gestión benevolente: el rey Faruk de Egipto recelaba de los palestinos y dio la orden de reprimir cualquier atisbo de insurgencia y mantener un control estricto sobre los refugiados. Todas las oficinas públicas, servicios sociales y actividades legales, jurídicas y comerciales quedaron bajo la tutela del gobernador militar, los egipcios ocupaban todos los cargos administrativos de alto nivel y, además, tenían el control sobre cualquier nombramiento importante en todas las esferas de la vida palestina. El resultado fue un estancamiento casi absoluto, tanto desde el punto de vista social como económico, en el que la única industria que prosperó fue quizá la del contrabando desde el Sinaí a la Franja de Gaza que llevaban a cabo los beduinos. Luego llegó junio de 1967: la Franja cayó en manos de los victoriosos israelíes y el ejército procedió a instalar un gobierno militar en el edificio al-Majlis al-Tashri de la ciudad de Gaza, donde la gobernación egipcia había tenido su sede hasta unas pocas semanas antes.

El gobierno militar y las deportaciones

El ministro de Defensa, Dayan, encomendó a la nueva administración israelí la tarea de garantizar la seguridad y restaurar los servicios públicos. Antes de la guerra, los proveedores de todos los servicios públicos eran los concejos municipales palestinos de lugares como Rafah, Deir al-Balah y Jan Yunis. La autoridad de estos concejos procedía de la Ordenanza de las Corporaciones Municipales promulgada en 1934, durante el Mandato británico, la cual les otorgaba la potestad de supervisar esos servicios: desde las cuestiones de planificación urbanística hasta el uso y distribución del agua, la electricidad, el tratamiento de aguas residuales, el transporte público, la gestión de fondos públicos, etc. Ahora, sin embargo, el gobierno militar promulgó las órdenes militares números 194 y 236 que invalidaban el estatus previo de los concejos y transferían la autoridad del gobierno local al ejército. Este cambio técnico en la ley tenía como fin debilitar a los líderes palestinos locales, que pasaban a depender de la benevolencia de la ocupación, y esa benevolencia, por supuesto, se otorgaba solo a cambio de una buena conducta.

El gobierno militar ofreció la ciudadanía israelí a los residentes oriundos de la Franja (la mayoría de los cuales la rechazó), pero no a los refugiados palestinos. La razón para semejante ofrecimiento se halla en el Plan Alón; como vimos en el capítulo anterior, ese proyecto proponía compartir la responsabilidad sobre Cisjordania con el rey Husein de Jordania, pero en él también se esbozaba el futuro de la Franja de Gaza. El viceprimer ministro, el cerebro del plan, lo explicaba así: «La Franja de Gaza, con su población nativa, [finalmente] se convertirá en parte integral de Israel». Sin embargo, continuaba Alón, eso solo ocurrirá cuando los refugiados «se hayan establecido fuera de ella»[101].

La idea que alentaba la propuesta de Alón para la Franja de Gaza era de carácter estratégico, a saber, que Israel se anexionara el grueso de la tierra en la sección meridional de la Franja (con sus abundantes huertos de naranjas y su escasa población nativa, dispersa en pequeños pueblos), que luego los judíos podrían colonizar con facilidad para crear una zona de seguridad con Egipto y el desierto del Sinaí (ya entonces se daba por hecho que Israel acabaría por devolver al Sinaí a los egipcios). De acuerdo con la estrategia de Alón, la parte norte de la Franja, que incluía la superpoblada ciudad de Gaza, debía cederse al rey Husein junto con ciertas partes de Cisjordania. Los israelíes confiaban en que el monarca se llevaría a los refugiados de la Franja

de Gaza, en particular los de las áreas meridionales que Israel pretendía anexionarse, y los estableciera en la ribera oriental del río Jordán o en las zonas de Cisjordania que finalmente se le entregaran. Una alternativa, pensaban los israelíes, era establecer a los refugiados evacuados en El Arish, una ciudad en el norte del Sinaí en la que contaban con las casas vacías que habían dejado los egipcios que huyeron cuando en 1967 Israel ocupó la Península.

Estos traslados masivos de personas por razones estratégicas de corte colonialista fue una característica destacada de la etapa que siguió a la guerra de 1967, y los israelíes nunca ocultaron en absoluto la molestia que les producía el hecho de que junto a las tierras recién capturadas cayera en sus manos la población que ya vivía en ellas. Poco después de terminada la guerra, el primer ministro declaró sin ambages que como consecuencia del conflicto «hemos recibido una dote [es decir, las nuevas tierras]. El problema es que la dote vino con una novia [la población árabe], y nosotros no queremos esa novia»[102]. Eshkol describió a menudo la Franja de Gaza como «una rosa con montones de espinas», en referencia a su nutrida población árabe, y el 12 de noviembre de 1967 dijo ante un auditorio que «debemos permitir que los árabes [de] Gaza se marchen»[103]. Aun así, el primer ministro era lo bastante realista como para comprender que los palestinos no se «marcharían» si no se les estimulaba a hacerlo, así que asignó a Ada Sereni la supervisión de un plan para ofrecer a los refugiados de la Franja unos cuantos cientos de dólares a cambio de que se marcharan de forma voluntaria. Eshkol dijo a Sereni que él era partidario de que todos los refugiados se fueran, «así sea a la luna», y con frecuencia la llamaba por teléfono para preguntarle: «¿A cuántos árabes sacaste hoy?»[104]. La orden era «hallar formas y vías que ayuden a los árabes [de la Franja] a emigrar», e incluso se llegó a proponer mandarlos a lugares como Suramérica y Australia, pues «es posible trasladar gente allí de modo que nadie en el mundo sepa siquiera de su existencia»[105]. Sin embargo, como Sereni informaría más tarde a Eshkol, si bien Brasil y Australia buscaban inmigrantes, «cuando se enteran de que son árabes, dejan de estar interesados»[106].

Para inducir a los palestinos a abandonar la Franja, Israel les ofreció empleos en Cisjordania, con la esperanza de que una estancia prolongada en una región más próspera los animaría a reubicarse allí de forma permanente. Como tras la guerra el desempleo en la Franja era abundante, muchos de los refugiados aceptaron la oferta y se trasladaron a Cisjordania, donde los

israelíes los emplearon en varios proyectos, entre ellos la construcción de una carretera de veinticinco kilómetros a lo largo de la costa del mar Muerto. En las cercanías de Jericó, un área que según el Plan Alón sería entregada a Jordania, se construyó un campo especial para los trabajadores. Sin embargo, para consternación de los israelíes, cuando la construcción terminó la mayoría de esos trabajadores decidió regresar a la Franja en lugar de quedarse en Cisjordania.

Dado que los refugiados parecían reacios a marcharse voluntariamente, el ejército empezó a recurrir a las deportaciones forzosas. Los primeros con los que hubo que lidiar eran las familias de entre veinticinco mil y cincuenta mil trabajadores que, al estallar la guerra, se encontraban fuera de Gaza ya fuera por cuestiones laborales o de algún otro motivo. Para impedir que esos trabajadores regresaran a sus hogares en la Franja, el ejército obligó a sus familias a abandonar la región si querían volver a reunirse algún día con ellos; una vez fuera, no se les permitiría regresar. No obstante, también se llevó a cabo una campaña de limpieza étnica más directa. Abu Hasán, que en 1967 residía en la Franja de Gaza, recuerda su propio exilio forzoso:

> Pocas semanas después de la ocupación de la Franja, los israelíes emprendieron un programa de deportaciones forzosas. En una ocasión, el ejército israelí reunió a todos los hombres del barrio y nos llevó a una escuela de Jaffa. Los israelíes tenían a dos *mukhtars* [ancianos de la aldea] que informaban al oficial al mando de la profesión de cada hombre: «este es un peón, aquel es maestro», etc. Los israelíes escogieron a los que querían, los subieron en camiones y los mandaron a Jordania[107].

Más tarde, en agosto de 1968, el gobierno israelí nombró un comité especial al que encomendó la tarea de planificar el traslado de entre ciento cincuenta mil y doscientos cincuenta mil refugiados de la Franja a Cisjordania[108]. Las estadísticas demuestran que entre junio de 1967 y diciembre de 1968 la Franja de Gaza perdió el 25% de la población que tenía antes de la guerra, una cifra abrumadora.

Entre tanto, el rey Husein de Jordania rogó a la ONU y Washington que ayudaran a detener la llegada a su reino de refugiados procedentes de los territorios ocupados, algo que estaba exacerbando el malestar social en el país, donde los palestinos eran ya la mayoría de la población. Pese a ello, los israelíes no hicieron nada para contener el flujo de refugiados y en octubre de 1969 lanzaron una política oficial para «alentar [a los refugiados de la Franja

de Gaza] a trasladarse a los campos de refugiados de Cisjordania, que se encontraban cerca de los empleos disponibles en Israel y la misma Cisjordania»[109]. Lo que los israelíes no mencionaron, sin embargo, fue que esos campos también estaban cerca de Jordania.

Por tanto, después de junio de 1967 los israelíes habían conseguido a través de distintos métodos reducir significativamente la población de la Franja de Gaza. No obstante, esos esfuerzos resultarían al final infructuosos; gracias a la elevada tasa de natalidad de la Franja, en diciembre de 1976 la población había vuelto a los niveles previos a la guerra[110].

Aplastar la insurgencia en Gaza

En la inmediata posguerra la Franja de Gaza conoció una terrible oleada de crueldad y deshumanización cuando los activistas palestinos se tomaron la justicia por su mano y atacaron a sus propios paisanos para disuadirlos de cooperar con la ocupación o aceptar empleos en Israel; los autobuses y taxis que transportaban a los residentes de la Franja a Israel eran blanco de frecuentes ataques. Los milicianos también arremetieron contra aquellos a quienes consideraban colaboracionistas de la ocupación, a los que torturaban de forma atroz y luego dejaban morir en las calles.

Mientras los milicianos se limitaron a atacar a otros palestinos, Dayan optó por hacer la vista gorda; sin embargo, eso cambió de inmediato cuando también los israelíes se convirtieron en blanco de la violencia. La gota que colmó el vaso llegó el 2 de enero de 1971 con el ataque contra una familia judía que visitaba Gaza, un incidente en el que murieron dos niños. Después de esto, Ariel Sharon, el general del ejército responsable de la Franja de Gaza, abordó al ministro de Defensa y le dijo: «Si no respondemos ahora, vamos a perder el control [de la Franja]». Según Sharon, la respuesta de Dayan fue: «Adelante»[111]. Los militares tuvieron así luz verde para emprender una brutal campaña contra los milicianos de Gaza cuyo terrible recuerdo aún permanece en la memoria de los palestinos.

Ariel Scheinerman (que más tarde cambiaría su apellido por Sharon) nació en 1928 en una aldea llamada Kfar Malal, en el Mandato británico de Palestina. No tuvo una infancia feliz, principalmente debido a la arrogancia con que sus padres trataban a sus vecinos judíos, lo que le hizo crecer aislado

en el minúsculo asentamiento. Cuando tenía seis años, su padre le armó con un gran palo para que se protegiera y desde entonces el chico lo llevó siempre consigo. Las experiencias de sus padres tuvieron una gran influencia en la actitud de Sharon hacia la población árabe de Palestina; un año antes de que él naciera, unos árabes amotinados atacaron Kfar Malal y causaron grandes daños, y durante la revuelta que sacudió Palestina de 1936 a 1939 la población de Kfar Malal vivía en una alerta constante.

En 1948 Sharon combatió en la guerra de independencia israelí, en la que resultó gravemente herido; más tarde, a comienzos de la década de 1950, creó un comando de élite llamado Unidad 101, que él mismo dirigió en ataques contra pueblos árabes. En muchas ocasiones fue más allá de lo que sus superiores habían ordenado, planeado y aceptado, pero siempre consiguió salir airoso atribuyendo esas decisiones a la «resistencia inesperada por parte del enemigo» y a la necesidad de salvar la vida de los soldados o para no dejar atrás a los heridos y los muertos. El ex primer ministro David Ben-Gurion, que simpatizaba mucho con Sharon, lo consideraba un mentiroso compulsivo: «Si Sharon lograra librarse de sus defectos, como el de no decir la verdad —anotó Ben-Gurion en su diario—, sería un líder militar ejemplar»[112]. En 1967 Sharon se destacó combatiendo contra los egipcios en el Sinaí y cuando terminó la guerra tenía asegurada una reputación de guerrero número uno de Israel.

Un día después del ataque a la familia judía en Gaza, Sharon envió a sus hombres a los campos de refugiados palestinos, donde el ejército impuso un toque de queda total para hacer registros domiciliarios casa por casa y llevar a cabo detenciones. Fue una operación despiadada, en la que se consignaron acciones criminales entre los soldados, incluido el robo; dos hombres a las órdenes de Sharon fueron apartados del servicio por uso injustificado de la fuerza durante el asalto. Los milicianos palestinos respondieron con una serie de ataques espectaculares, no tanto contra el ejército, un rival demasiado poderoso para ellos, como contra objetivos civiles en la ciudad de Gaza: por ejemplo, volaron la oficina principal de Correos, un atentado en el que resultaron heridos sesenta y un ciudadanos palestinos.

Sharon no solo buscaba tomar represalias por el ataque contra la familia judía, sino también erradicar los focos de resistencia y grupos guerrilleros en toda la Franja de Gaza. Con el plan tomando forma, llevó a la zona a soldados de infantería de élite y empezó a adiestrarlos en lo que denominó «guerra antiguerrillas terroristas».

Tras dividir la Franja de Gaza en pequeños sectores, manejables, en ocasiones de apenas kilómetro y medio por kilómetro y medio, dispuestos de tal forma que siguieran las fronteras naturales, Sharon asignó sectores específicos a pelotones individuales. Como diría a sus hombres: «Este cuadrado es vuestro único problema. Vuestra tarea es conocerlo por dentro y por fuera y encontrar y matar a cuantos terroristas hayan en él»[113].

De esta forma, Sharon invirtió por completo la filosofía original de Dayan acerca de la ocupación: mientras el ministro de Defensa era partidario de mantener las tropas fuera de las ciudades y pueblos palestinos, Sharon llevó al ejército directamente al corazón mismo de los centros urbanos y, en particular, a los campos de refugiados, donde los insurgentes contaban con pisos francos, espías, apoyo logístico y un semillero de reclutas. Sus procedimientos eran brutales: para minimizar cualquier riesgo para sus hombres, dio la orden de que antes de investigar un escondite sospechoso, ya se tratara de una casa, un búnker o una cueva en un naranjal, debía primero arrojarse dentro una granada; de igual forma, si cualquier sospechoso se negaba a responder a la orden de detenerse, debía disparársele tirando a matar. Asimismo creó comandos encubiertos mixtos, grupos de cuatro o cinco efectivos compuestos por soldados judíos y palestinos que tras ser capturados habían aceptado cooperar con los israelíes por dinero o alguna otra cosa. Esos grupos llegaban al centro de la ciudad o pueblo que se les hubiera asignado vestidos como los locales y, una vez allí, los que hablaban árabe conversaban con los lugareños buscando información, mientras el resto del equipo permanecía atento a cualquier acción que pudiera desarrollarse. Esta táctica a menudo condujo al secuestro de sospechosos de ser guerrilleros, a los que se interrogaba y, con frecuencia, se reclutaba para trabajar para los israelíes.

En sus caminatas por los naranjales de Gaza, Sharon se dio cuenta de que, a diferencia de los cultivadores israelíes, los árabes recurrían poco a la poda y el aclareo y, en general, intervenían menos en el crecimiento natural de los árboles. Como consecuencia de ello, escribió Sharon, «sus huertos son hermosos, pero extremadamente densos y frondosos, lo que hace que para un pelotón de soldados sea muy difícil penetrar en ellos y que, en cambio, para los terroristas sea demasiado fácil esconderse»[114]. Para mejorar el campo de visión de sus tropas y eliminar escondites potenciales, Sharon ordenó a los granjeros palestinos que cortaran las ramas más bajas de todos los árboles de la Franja de Gaza, donde había unas siete mil hectáreas de naranjales; y en ocasiones, llegó a ordenar que se arrancara de raíz un huerto entero o se

destruyera por completo un cultivo para impedir que los insurgentes pudieran esconderse en él.

También llevó a cabo la demolición a gran escala de casas y otros edificios. En la década de 1950 la UNRWA solía proporcionar a las familias refugiadas pequeñas parcelas dispuestas a lo largo de calles simétricas que formaban una cuadrícula; en cada parcela, la familia podía construir una casa de una sola planta, con dos habitaciones y una cocina, rodeada por un muro y una verja. No obstante, a lo largo de los años, la necesidad creciente de espacio hizo que los palestinos ampliaran sus casas hacia arriba y hacia afuera, con frecuencia a expensas de las calles, que se convirtieron en los callejones estrechos que hoy es posible ver en la Franja. Eso, sin embargo, hacía que hubiera calles en las que los vehículos militares no podían entrar, en las que los soldados tenían que aventurarse a pie y por tanto eran más vulnerables. Para resolver este problema, Sharon introdujo la política de «aclareo»: la demolición de hileras de casas para diseccionar los campos y crear una cuadricula de calles por la que las patrullas pudieran moverse a sus anchas.

La política de «aclareo» de Sharon tuvo un efecto tremendo en zonas enteras de la Franja de Gaza, entre ellas en el campo de refugiados de la Playa. Conocido localmente como «Shati» y situado en la costa mediterránea, en las afueras de la ciudad de Gaza, la Playa era, de los ocho campos de refugiados existentes en la Franja, uno de los más abarrotados, y acogía a quienes en 1948 habían huido de Lydda, Jaffa, Beerseba y otras zonas de Palestina. Hasta la llegada de las tropas de Sharon, la que hoy se conoce como calle Ruinas no era una calle sino un conjunto de callejones angostos y anónimos; fue la destrucción infligida por los soldados israelíes la que dio a la calle su nombre actual. Ibrahim Ghanim, que vivía allí en ese momento, recuerda que los soldados de Sharon

> llegaron de noche y empezaron a marcar con pintura roja las casas que querían demoler. Por la mañana volvieron y ordenaron a todo el mundo que se marchara. Recuerdo a todos los soldados gritándole a la gente: «¡Yalla, yalla, yalla, yalla!» [vamos, vamos, vamos]. Arrojaron las pertenencias de la gente a la calle. Luego Sharon trajo los *bulldozers* y empezó a allanar la calle[115].

Cuando las máquinas acabaron los trabajos, centenares de casas habían quedado reducidas a escombros, no solo en la calle Ruina sino a lo largo y ancho del campo de la Playa, y cientos de familias palestinas se habían

quedado sin hogar, pues se les impidió reconstruir sus casas y tuvieron que buscar refugio en escuelas y otros edificios públicos, o en casa de los parientes. Izzeldin Abuelaish, que tenía quince años en la época en que las tropas de Sharon destruyeron la casa de su familia, cuenta en su libro *No voy a odiar* que desde ese día y durante varias noches

> dormimos en una habitación en casa de mi tío. Mis padres y hermanos dormían en fila en el suelo, como los barrotes de una reja. Y yo me tumbaba a los pies de todos. Todas nuestras posesiones estaban apiladas en una caja que dejábamos afuera, pues no había espacio en la habitación para meterla dentro… Dormir a los pies de todos me parecía humillante[116].

A otros de los palestinos que perdieron sus casas en este período, activistas principalmente, se los trasladó por la fuerza en camiones y se los abandonó en el Sinaí, cerca de El Arish, que en esa época estaba controlada por los israelíes. Las estadísticas muestran que hasta 15.855 palestinos fueron desplazados como resultado de la política de «aclareo» de Sharon[117].

Bajo Sharon, se acordonó la Franja entera mediante un anillo de vallas de más de ochenta y cinco kilómetros de longitud, se instaló alumbrado eléctrico en las calles para permitir una mejor vigilancia, las cuevas y búnkeres se bloquearon o rellenaron en su totalidad para impedir que se usaran como escondites y se impusieron toques de queda periódicos en ciudades y campos de refugiados para permitir los registros[118].

La ferocidad de las patrullas del ejército israelí aterrorizaba a la población local; atrapados entre el terror de Sharon y los insurgentes, muchos palestinos optaron por cooperar con los militares. Poco a poco, Sharon fue cerrando el cerco sobre los insurgentes; empezó a circular una cita que se le atribuía: «El único terrorista bueno es el terrorista muerto». El futuro primer ministro recorría la Franja de Gaza con una lista de milicianos buscados en la mano e iba tachando los nombres a medida que eran eliminados. La operación llegó a su apogeo entre julio de 1971 y febrero de 1972, y a pesar de la creciente inquietud de la tropa, para la que resultaba claro que algunas de las tácticas de Sharon entraban en la categoría de crímenes de guerra, lo cierto es que consiguió reducir el número de incidentes violentos en la Franja de Gaza: en junio de 1971, el ejército registró treinta y cuatro incidentes terroristas en la Franja; en diciembre de ese mismo año solo hubo uno y a continuación casi ninguno.

Restaurada la calma, los ricos cultivadores de cítricos y la élite terrateniente de Gaza, que históricamente eran los que habían ostentado el liderazgo político de la región, comenzaron la reconstrucción. Uno de ellos, Rashad al-Shawa, un próspero comerciante de cítricos, se convirtió en alcalde de Gaza en septiembre de 1971 y, con el permiso del ejército, formó un concejo municipal compuesto por miembros de la clase alta de la ciudad[119]. En 1972 al-Shawa concentró su atención en la reactivación económica de la industria cítrica local, que había sufrido enormemente tanto durante los enfrentamientos como después, debido a una serie de medidas impuestas por el ejército que incluían restricciones comerciales e impuestos. Asimismo promovió el desarrollo de organizaciones culturales en Gaza, incluida la Media Luna Roja, una clínica comunitaria, una asociación de abogados y un centro de orientación para la mujer.

Sin embargo, de forma gradual, las actividades de al-Shawa lo convirtieron en blanco de las críticas tanto de los nacionalistas partidarios de la OLP como del ejército israelí: mientras los primeros lo consideraban una marioneta de la ocupación, un colaboracionista, incluso, los israelíes pensaban que era demasiado independiente. En octubre de 1972, el ejército le retiró del cargo y Gaza, una vez más, cayó bajo el dominio directo de un gobernador militar, a diferencia de Cisjordania, donde los ayuntamientos eran gestionados por líderes locales que, como hemos visto, habían sido elegidos por la población[120]. De hecho, una característica constante de la ocupación israelí era la vacilación del gobierno entre la idea de otorgar cierta autonomía a los palestinos y la de no darles demasiado margen de maniobra.

Colonialismo en Gaza

Cuando en 1967 los israelíes entraron en la Franja de Gaza, la economía de la región no era próspera pero seguía funcionando. Estaba dominada por el sector de los servicios, de donde procedía la mayor aportación al producto interior bruto, seguido de la agricultura, en gran medida dependiente de las exportaciones de cítricos a Europa oriental a través del pequeño puerto de Gaza. La industria de la construcción ocupaba el tercer puesto, y a renglón seguido venía el sector de la industria liviana de las artesanías y los alimentos procesados, así como la pesca y otras industrias marginales. Inevitablemente, la guerra supuso un golpe durísimo a la economía de la Franja, pues cercenó

por completo todos los vínculos económicos entre la región y Egipto desarrollados a lo largo de las dos décadas anteriores y condujo a la pérdida de empleos administrativos y a la interrupción de los programas de obras públicas creados por las autoridades egipcias. La retirada del ejército egipcio tras la derrota y la partida de las fuerzas de la ONU la víspera de la guerra acabaron también con una fuente clave de divisas. Todo esto hizo que en la inmediata posguerra el índice de desempleo se disparara.

La apertura a los mercados israelíes mejoró gradualmente la situación de la Franja, pues Israel, que antes de la guerra estaba en recesión y en algunos sectores sufría de escasez de personal, necesitaba mano de obra barata y quienes la proporcionaron fueron los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza. Para finales de 1968, y de forma bastante similar a lo ocurrido en Cisjordania, se crearon en Gaza cinco centros de empleo para organizar el envío de trabajadores a Israel. Israel abrió además seis centros de formación profesional en los que se ofrecían cursos para trabajadores no cualificados y donde los palestinos aprendían costura, zapatería, carpintería, construcción, mecánica automotriz, soldadura, andamiaje y siderurgia.

La apertura del mercado laboral israelí a la población de la Franja de Gaza incidió espectacularmente en los patrones de empleo de la región, donde el número de trabajadores que cruzaban a Israel aumentó de forma significativa, de unos ochocientos en 1968 a cinco mil novecientos en 1970. Dayan estaba encantado con estos resultados, pues era un partidario de la integración económica con los territorios ocupados ya que pensaba que esta era una forma eficaz de mantener contenta a la población palestina y en calma los territorios. Según él mismo escribió:

> En los campos de refugiados de la Franja de Gaza hubo una auténtica revolución económica. Refugiados que durante años habían estado sentados ante sus chozas jugando al *backgammon* y hablando de política, y que rara vez se quitaban el pijama, iban al trabajo… gracias a los altos salarios que se pagaban en Israel ahora estaban en capacidad de mejorar no solo su nivel de vida sino también su estilo de vida. Por primera vez podían adquirir ropa nueva, muebles y aparatos de cocina[121].

La tendencia a emplearse en Israel cobró un nuevo impulso en 1972, cuando el gobierno eliminó las restricciones a la libertad de movimiento entre la Franja de Gaza y el estado de Israel propiamente dicho. Asimismo, entre 1968 y 1973, doce empresas israelíes y extranjeras se establecieron en la zona

industrial de Erez, un área de unas cuarenta hectáreas y media situada inmediatamente al norte de la Franja de Gaza, en territorio israelí. Este proyecto impulsado por el gobierno creó seis mil nuevos empleos para la población de Gaza y tenía entre sus objetivos animar a los empresarios palestinos locales a crear una pequeña industria que sirviera de complemento a los mercados israelíes; con este fin se ofrecieron préstamos e incluso se autorizó el regreso del exilio de expatriados ricos que quisieran invertir en la zona.

Las empresas de Erez y los empleos en Israel, así como el surgimiento de pequeñas industrias en la Franja de Gaza después de la guerra, se tradujeron en una tasa de crecimiento anual impresionante de casi el 30% entre 1967 y 1973, lo que alentó la economía de toda la región. En 1973, el empleo en la Franja llegaba al 98%, una cifra sin precedentes. Sin embargo, esto también significó, y aquí estaba el aspecto negativo, que los habitantes de la Franja pasaron a depender casi por completo de Israel para tener empleo[122].

Por su parte, el sector agrícola necesitó mucho tiempo para recuperarse. Como ocurrió en Cisjordania, inicialmente los israelíes ayudaron a introducir nuevas técnicas como el riego por goteo, así como nuevos cultivos y fertilizantes, y además construyeron dos plantas empaquetadoras mecanizadas con el fin de hacer más eficiente la exportación de cítricos. No obstante, la magnanimidad fue efímera, pues, al igual que en Cisjordania, una vez que los israelíes se dieron cuenta de que al ayudar a la población de la Franja lo que estaban haciendo era crear competidores para sus propios productos, empezaron a poner obstáculos. Así, mientras que antes de 1967, Gaza por lo general vendía su producción directamente en ciertos mercados de Europa oriental y occidental y Singapur, entre 1967 y 1974 los israelíes solo permitieron las exportaciones realizadas a través de la Junta de Mercadeo de Cítricos de Israel, lo que en última instancia hizo que los productos de Gaza se vendieran a precios poco competitivos y en condiciones cada vez menos ventajosas. Más tarde, entre 1974 y 1979, cuando la producción de cítricos de Gaza estaba en máximos, los israelíes, con el fin de impedir la competencia con su propia producción, prohibieron a los cultivadores de la Franja vender a Europa y los obligaron a buscar mercados alternativos en el mundo árabe, en los que Israel no podía entrar. Forzados a abandonar el comercio con Europa, los cultivadores de cítricos de la Franja consiguieron desarrollar un comercio con Irán que resultaría bastante lucrativo, pero por lo demás el sector se volvió dependiente de los cambios de ánimo de los israelíes, que alteraban las reglas del juego cada vez que los dominaba el temor de que la producción de

Gaza compitiera con la suya.

La Franja pasó a depender todavía más de la buena voluntad de Israel cuando el gobierno conectó la región con la red eléctrica nacional, un proceso que empezó con la ciudad de Gaza en diciembre de 1969 y continuó con las demás ciudades y pueblos en los siguientes meses. Aunque los palestinos protestaron señalando que la interconexión eléctrica suponía de hecho la anexión de Gaza a Israel y solicitaron la desconexión inmediata, el ministro de Defensa, Moshe Dayan, rechazó la petición con el argumento de que la medida era necesaria por «razones de seguridad». No cabe duda de que la conexión con la red israelí, más eficiente, permitió que más hogares de la Franja gozaran de suministro eléctrico (veinticuatro mil solo en la ciudad de Gaza, en comparación con los cinco mil que disfrutaban de este servicio antes de la guerra)[123]. Sin embargo, la conexión también supuso que los israelíes se hicieran con el control de un recurso que podría haber sido una fuente de ingresos importante para los palestinos y, además, proporcionó a Israel una herramienta clave para controlar a la población local, pues le permitía apagar las luces en caso de que los palestinos se revelaran contra la ocupación (y en los años siguientes lo haría muchas veces).

De forma similar, Israel integró el suministro de agua potable de la Franja de Gaza en su propia red nacional, según lo estipulado en la Ley de Agua israelí de 1959, una medida que convirtió toda el agua de la Franja en un recurso del estado de Israel. Esto se complementó mediante la orden militar número 158, que, como era de esperar, exigía la obtención de un permiso para la excavación de nuevos pozos. Para la población de la Franja esto suponía un problema de enormes dimensiones, pues no contando la región con ríos, cavar pozos era la práctica habitual para conseguir agua. El control de los recursos hídricos por parte de Israel también incidió en la producción de cítricos, que empleaba por lo menos el 80% de toda el agua consumida en la región.

Convertido en el mayor proveedor de empleo para la población de la Franja y habiendo tomado el control del agua, la electricidad y demás recursos, el estado de Israel se había transformado de hecho en un colonialista a la vieja usanza y controlaba por completo las vidas de los palestinos.

3

Los Altos del Golán

El origen de la palabra «Golán», como tantas otras cuestiones, es motivo de disputa entre los árabes y los israelíes. Una interpretación siria sostiene que «Golán» deriva de la palabra árabe «Jwal», que significa «tierra repleta de polvo»; y ciertamente los Altos del Golán a menudo son azotados por tormentas de arena. Por su parte, la interpretación israelí afirma que la palabra se remonta a los tiempos de la Biblia, donde se alude a la ciudad de Golán como «Ir Miklat», un lugar de refugio al que pueden huir los homicidas. En cualquier caso, ni la ciudad ni la región fueron nunca parte de la Tierra de Israel bíblica, sino de lo que en las Escrituras se conoce como «Ever Ha'Yarden», es decir, «el otro lado del Jordán».

El Golán es una meseta montañosa en el suroeste de Siria de sesenta y cinco kilómetros de largo de norte a sur y veinticinco kilómetros en su punto más ancho en la parte meridional. La región se compone de dos partes distintas: el Golán alto al norte, cubierto de montañas de origen volcánico, resultado de los antiguos ríos de lava que cubrieron el lecho de piedra caliza de los Altos; y el Golán bajo al sur, más plano. La zona en su conjunto limita al norte con el Líbano, al sur con Jordania y al oeste con Israel.

La ciudad más importante del Golán ha sido siempre Quneitra, palabra que en árabe significa «arco» o «puente pequeño» y alude al puente de pequeños arcos alrededor del cual se construyó la ciudad. Quneitra, en los mapas antiguos «Jan-Quneitra», nació como un caravasar (*jan*) para los viajeros y a mediados del siglo XIX seguía siendo poco más que un caravasar. A finales de siglo tenía alrededor de mil ochocientos habitantes, en su mayoría circasianos, una minoría musulmana oriunda del Cáucaso. En la década de 1940, Quneitra tenía cerca de cinco mil habitantes, todavía circasianos en su mayoría; hacia 1953 la población había aumentado a ocho mil cien, pero entonces la ciudad había ido perdiendo progresivamente su carácter circasiano y los mercaderes

árabes que comerciaban con Damasco empezaban a ser el nuevo grupo dominante.

A comienzos de la década de 1960, Quneitra fue proclamada oficialmente como la capital del distrito y centro comercial del Golán y no tardó en convertirse también en la base del ejército sirio en la zona con la instalación de cuarteles y campos alrededor de la ciudad, incluido el cuartel general del Mando del Frente Israelí. En la víspera de la guerra de 1967, Quneitra tenía ya diecisiete mil habitantes; se había convertido en la «gran ciudad» a la que los golaníes acudían con frecuencia para buscar empleo, aunque por lo general seguían conservando sus hogares, tierras y huertos de manzanos en las aldeas de la región.

Por lo demás, y hasta la llegada de los israelíes, la del Golán era en su mayoría una sociedad agrícola, en la que los hombres trabajaban en pequeñas parcelas y las mujeres y los niños ayudaban en las labores del campo. Siendo la región un rincón relativamente aislado del resto del país, la agricultura, pese a ser el sector dominante, estaba atrasada y subdesarrollada; antes de 1967 era difícil encontrar en el Golán tractores, cosechadoras y demás maquinaria agrícola moderna. Según las estadísticas sirias, entre 1960 y 1966 el Golán producía anualmente una media de 116.000 toneladas de cereales, 13.000 toneladas de verduras, 13.400 toneladas de leche, 67 toneladas de lana, 16 toneladas de miel, 2000 toneladas de carne y dieciocho millones de huevos[124].

El aislamiento de la región conllevaba autosuficiencia, pues la población dependía principalmente de su tierra para obtener el sustento cotidiano. Muhammad Jum’a Isa, de la aldea de Butayah, recuerda que antes de la invasión israelí «teníamos una vida sencilla, sin dificultades. No nos faltaba nada y los artículos de primera necesidad eran baratos. Todo lo que un campesino necesita es azúcar, té y tabaco… [era] un buen país para los pobres»[125]. Y Fatima al-Ali, de la aldea de al-Asbah, recuerda que la vida era apacible y la comunidad, estaba muy unida: «Nuestra aldea era pequeña… una aldea sencilla… todo en el Golán es abundante… el agua, la tierra y sus dones. Solíamos obtener el agua potable del molino… en los viejos tiempos, a pesar de las dificultades, la vida era mejor… las personas se preocupaban mucho las unas de las otras»[126]. Esa idea de la comunidad unida que antes de la guerra existía en el Golán aparece también en el testimonio de Amina al-Khatib, miembro de la comunidad drusa de los Altos, quien recuerda que «teníamos excelentes relaciones con las aldeas vecinas. Cristianos suníes y

drusos vivíamos juntos como hermanos. La única diferencia era que ellos rezaban en lugares distintos. Cuando se trataba de otros asuntos, todos éramos iguales. Nosotros también celebrábamos las fiestas cristianas»[127]. Y Omar al-Hajj Khalil, que había nacido en la aldea de Ayn Aysha, recuerda que en el Golán se vivía en estrecha relación con la naturaleza: «Vivíamos en las viñas y los bosques, persiguiendo animales y pastoreando, trabajando la tierra y cuidando las cosechas»[128].

Antes de 1967 el Golán tenía ciento cuarenta y dos escuelas primarias y quince institutos, pero estos centros apenas tenían alumnos, pues, como explica Fatima al-Ali, «la escuela quedaba muy lejos y como cada hogar tenía alrededor de veinte cabezas de ganado, había muchísimo trabajo. Las chicas tenían que ordeñar a los animales y hacer las tareas domésticas. Unos pocos chicos iban a la escuela, pero el resto eran analfabetos. Todos trabajaban la tierra»[129].

Por desgracia, esta vida sencilla se hizo añicos en las últimas treinta horas de la guerra de 1967, cuando Israel inició una batalla contra Siria en el curso de la cual sus fuerzas capturaron los Altos del Golán. Para los golaníes y su tierra, esto supuso una transformación rápida, drástica y particularmente traumática.

La limpieza étnica y el ascenso de los drusos

En vísperas de la guerra, el Golán tenía una población total de ciento treinta y ocho mil sirios, que vivían repartidos en dos ciudades, ciento treinta y nueve pueblos y sesenta y una granjas, grandes dominios agrícolas muchos de los cuales habían sido fundados en tiempos de los otomanos[130]. Sin embargo, durante e inmediatamente después de la guerra, más del 95% de la población local abandonó los Altos, cosa que hizo que la región se vaciara casi por completo. ¿Qué causó un éxodo de tales proporciones en tan poco tiempo? ¿Se marchó la población de forma voluntaria o se la echó por la fuerza?

En un artículo publicado en la revista *Life* poco después de la guerra, Moshe Dayan explicó que, en medio de los bombardeos y temiendo por sus vidas, los sirios del Golán habían huido hacia el oriente junto con el ejército sirio, que había iniciado la retirada. Esta es la visión dominante en Israel hasta la actualidad[131]. Así, por ejemplo, en el primer aniversario de la captura del

Golán, la periodista Ruth Bondy escribió en la revista *Davar* que

> los pueblos árabes a lo largo de las carreteras [del Golán] se encuentran abandonados… Todos huyeron, hasta el último hombre, antes de la llegada de las Fuerzas de Defensa de Israel, por miedo al conquistador salvaje. El sentimiento que produce contemplar las poblaciones abandonadas va del desdén ante las chozas miserables que el «avanzado» régimen [sirio] proporcionaba a sus granjeros a la pena que inspiran las casas, relativamente cuidadas y bonitas, del pueblo circasiano.

Y llegada a este punto, la periodista se pregunta: «Tontos, ¿por qué tenían que huir?»[132]. Los testimonios de los refugiados sirios confirman que algunos de ellos abandonaron el Golán voluntariamente, temerosos de lo que pudiera ocurrir. La refugiada Fatima al-Ali relata en una entrevista que

> los ancianos de la aldea dijeron que quienes tenían hijas debían llevárselas, que la gente debía llevarse [también] a sus esposas. Dijeron: «Dejadlo todo, incluso vuestras reses, y aprovechad para escapar con vuestras familias». Así que todo el mundo intentaba salvar a sus mujeres y sacarlas de la zona para ponerlas a salvo… Unas pocas personas se llevaron también sus reses y sus ovejas[133].

No hay pruebas de que los israelíes convirtieran a las mujeres en blanco de la violencia, pero el temor de que eso ocurriera parece haber sido una razón dominante para que muchos partieran como se aprecia en otros testimonios, como el de Izzat al-Ayoub, un druso oriundo de Majdal Shams: «Las personas que se marcharon lo hicieron por miedo —confirma—. Pensaban que los israelíes agredirían a las mujeres»[134].

Una cierta cantidad de civiles del Golán decidió abandonar temporalmente la región, como la gente hace a menudo en tiempos de guerra, con la esperanza de regresar a sus casas cuando los cañones se silenciaran; pero como sabemos por diversos testimonios, tanto sirios como israelíes, mucho otros fueron expulsados mediante acciones directas del ejército, pues Israel prefería hacerse con la tierra sin la población nativa. Uno de los métodos empleados por los israelíes para lograr que los golaníes se marcharan fue intimidarlos. Fatima al-Ali recuerda que «los aviones israelíes caían en picado sobre nuestras cabezas para amedrentarnos y hacer que nos fuéramos… los israelíes… disparaban en la noche para sembrar el caos. Fue entonces cuando nosotros huimos… La gente de nuestro aldea se dispersó… Cada familia

corrió en una dirección diferente porque todos estaban aterrorizados»[135]. En un informe fechado el 2 de octubre de 1967, el representante especial de la ONU, Nils Goran Gussing, que visitó el Golán tan pronto terminaron los combates, anotó que «parece claro… que ciertas acciones autorizadas… por los jefes militares locales [israelíes] fueron una causa importante de la huida [de los sirios]»[136].

Existen también testimonios israelíes que indican que se llevaron a cabo expulsiones directas; Emanuel Shaked, un oficial del ejército israelí que combatió en el Golán, recuerda que

> «reuníamos [a la población] en un grupo. Les dejábamos tomar las pertenencias que pudieran llevar en talegos y en ocasiones también les ayudábamos con camiones. La mayoría se marchaba a pie y algunos en carretas tiradas por caballos… Hubo algunos que protestaron o gritaron, pero nadie se resistió o intentó atacarnos»[137].

A menudo los israelíes desalojaron aldeas enteras, como ocurrió en Jubata, en el norte del Golán, que antes de la guerra tenía una población de entre mil quinientas y dos mil personas. Un residente, Hammoud Maray, recuerda que

> aproximadamente la mitad de la población de Jubata abandonó la aldea y fue a esconderse en Majdal Shams… se habían marchado de Jubata porque tenían miedo de la guerra. [Luego] el ejército israelí ocupó la aldea de Jubata y empezó a trasladar por la fuerza a la gente que quedaba; a la gente que se había marchado antes [y buscado refugio en Majdal Shams] y que intentó volver… también se la trasladó. El ejército israelí empezó a disparar al aire y en dirección a la gente, todo el tiempo, para asustarla… después del traslado, Jubata se convirtió en una zona militar cerrada; nadie pudo regresar[138].

Otro testimonio confirma también que el ejército reunió a quienes se encontraban en Jubata y les ordenó que se pusieran en marcha en dirección al Líbano, después de lo cual los soldados dispararon por encima de las cabezas de la gente para asustarla[139]. Al igual que en Cisjordania, el ejército obligó a los golaníes a firmar un documento en el que declaraban que se marchaban por voluntad propia; un soldado israelí que combatió en los Altos en 1967 cuenta: «Vimos a un grupo grande de civiles sirios, unos cuantos cientos de personas, reunidos delante de escritorios detrás de los cuales se sentaban unos soldados. Nos detuvimos y preguntamos a uno de los soldados qué estaban

haciendo. Respondió que estaban cumplimentando el registro preexpulsión [a saber, hacer firmar a los sirios que se marchaban por su propia voluntad]»[140]. Algunos de los evacuados acamparon en las inmediaciones en lugar de marcharse por completo, esperando el momento oportuno de regresar a sus hogares. Un soldado israelí recuerda que «vimos centenares de personas en los campos y fuera de las aldeas. Nos miraban desde la distancia a la espera de qué les deparaba el día»[141]. Y Fatima al-Ali explica que la gente de su aldea quería quedarse cerca «debido a la cosecha… quería regresar [para recogerla]»[142].

Sin embargo, el ejército no permitió que los golaníes regresaran a sus aldeas. En lugar de ello, pocos días después de terminada la guerra, el 18 de junio, el coronel Shmuel Admon, el oficial israelí a cargo de la región, difundió una orden militar en la que se declaraba la totalidad del Golán como «zona militar cerrada» a la que no se permitiría regresar a nadie que se hubiera marchado; para todos aquellos que violaran la prohibición, la orden establecía penas de hasta cinco años de cárcel. No obstante, muchos golaníes intentaron regresar, principalmente para recoger sus pertenencias. La familia de Mamduh al-Hajj Ahmad había abandonado la aldea de Ayn Ziwan a toda prisa: «No podíamos estar más tiempo allí, pues los israelíes habían matado al marido de mi tía paterna… de modo que cerramos las puertas y nos fuimos a pie después de diez días bajo ocupación israelí». Sin embargo, Mamduh regresó a su casa para recoger sus libros y documentos. Cuando llegó, cuenta:

> La aldea estaba completamente vacía. Los israelíes habían estado en nuestra casa. Habían puesto patas arriba todas las camas y rasgado todos los colchones. Habían matado a tiros a nuestro perro… Pasé una noche allí, y en la madrugada, antes del alba, tomé mis libros y documentos y escapé sigilosamente, tal y como había llegado[143].

Los documentos del ejército israelí dan cuenta de que docenas de lugareños, que efectivamente intentaron regresar a sus hogares, fueron recibidos con disparos o detenidos. En un informe militar de septiembre de 1967 se consigna que «nuestras fuerzas abrieron fuego veintidós veces para ahuyentar a los pastores e infiltrados que se acercaban a los puestos avanzados»[144]. Ese mismo informe añade luego que «en relación a las semanas anteriores, la cantidad de infiltraciones desde el territorio sirio ha descendido debido a la vigilancia de nuestras fuerzas, que abren fuego contra [aquellos] que se acercan». Otro informe militar, este del 27 de septiembre, cuenta que una unidad militar «divisó a quince personas… y disparó en su

dirección… [después de lo cual] huyeron». Y a comienzo de octubre otro informe menciona más de veinte incidentes en los que los soldados israelíes abrieron fuego para mantener a raya a quienes pretendían entrar desde Siria. El 3 de octubre, por ejemplo, se informó que los soldados «abrieron fuego contra una mujer árabe y su pequeño hijo, quienes intentaron cruzar [a los Altos del Golán ocupados]. Después de dispararles, los soldados procuraron capturarlos, pero habían desaparecido». En ese momento, la censura prohibió la publicación de todos los sucesos recogidos en los informes; en cambio, los incidentes en los que las fuerzas israelíes se toparon con civiles o combatientes armados dentro el Golán recibieron una amplia cobertura en los medios de comunicación.

No obstante, los golaníes que sí consiguieron volver a hurtadillas y llegar hasta sus antiguos hogares a menudo descubrieron que no tenían en realidad adónde regresar, pues durante su ausencia el ejército israelí había estado muy ocupado demoliendo poblaciones enteras. El general Elad Peled, el oficial al mando de la 36.ª División del ejército durante la guerra de 1967, cuenta que «unos pocos días después de terminados los combates… empezamos a demoler las aldeas… Con algunas de las casas ni siquiera fue necesario usar maquinaria pesada. Bastaba con un azadón». Peled calcula que unos veinte mil civiles que aún permanecían en el Golán en esos primeros días tras el final de la guerra «fueron evacuados o se marcharon cuando vieron que empezábamos a destruir las aldeas… y que no tenían adónde regresar».

Al igual que en Cisjordania, buena parte de la destrucción fue acometida por los jefes militares locales sin contar con la autorización explícita del gobierno; así, por ejemplo, en el pueblo de Banyas se demolió el 80% de las casas antes de que el gobierno tuviera noticia de lo que ocurría, y cuando se reunió el Consejo de Ministros, el 25 de junio de 1967, uno de los ministros, Menajem Beguin, se preguntó: «¿Acaso algo así puede suceder por decisión de un jefe militar local?»[145]. Aun así, a falta de una orden definitiva del gobierno que lo prohibiera, el ejército continuó demoliendo poblados sirios hasta bien entrado el año 1968.

Seis aldeas agrupadas en el sector noroccidental de los Altos del Golán se libraron de la destrucción, y sus seis mil habitantes, en su mayoría miembros de la secta drusa, pudieron quedarse[146]. ¿Por qué los drusos no corrieron la misma suerte que el resto de la población del Golán y sus aldeas permanecieran intactas? Porque los israelíes dieron por hecho que, como sus correligionarios en Galilea, los drusos del Golán serían leales al estado de

Israel. Vale la pena señalar aquí que desde la guerra de 1948 la comunidad drusa había estado conviviendo pacíficamente con los israelíes, y la mayoría incluso servía en el ejército, pues, a diferencia de lo que ocurre con los árabes israelíes, el servicio militar es obligatorio para los varones drusos. En 1967 fueron precisamente los drusos israelíes los que intervinieron para convencer a los ministros de que se permitiera a la comunidad drusa del Golán permanecer en sus casas. Asimismo, los líderes drusos del Golán, en particular los de mayor edad, instaron a su pueblo a no huir, recordando la lección aprendida de acontecimientos similares en los años 1925-1927, durante la gran revuelta siria contra los franceses que entonces controlaban la zona. En ese período, los drusos abandonaron sus aldeas, y cuando regresaron encontraron sus hogares en ruinas.

Y así, mientras que antes de la guerra de 1967 la comunidad drusa era una pequeña minoría en el Golán, ahora que el resto de la población local había sido expulsada u obligada a huir los drusos pasaron a ser la población mayoritaria en los Altos.

¿Y cuál fue el destino de quienes se marcharon? Muchos vagaron de un lugar a otro antes de establecerse definitivamente. Mamduh al-Hajj Ahmad, un refugiado del Golán, cuenta que «a las personas mayores les costó trabajo adaptarse a la nueva vida. Muchas de ellas murieron de tristeza durante el primer año. Fue muy duro»[147]. Más de dos tercios de los refugiados del Golán se instalaron en campos y zonas residenciales sobre todo alrededor de Damasco, la capital siria; otros se dispersaron por el resto del país y algunos permanecieron en aldeas y pueblos cercanos al Golán como Sa’sa y Qatana. Expulsados de su tierra por la fuerza, sin posibilidad de regresar en un futuro cercano y sabiendo que si algún día lograban volver no lo harían exactamente a casa, pues las aldeas en las que vivían habían sido demolidas, el sentimiento de separación y la añoranza se convirtieron poco a poco en las principales características de la vida de los golaníes en el exilio. Décadas después de haber sido expulsado del Golán, Izzat al-Ayoub explicaba:

> La ocupación [israelí] me separó de mi pueblo natal y mi región. Ahora soy un hombre viejo y aunque he olvidado muchas cosas en la vida, no he olvidado esos lugares pese a no haberlos visto en treinta y tres años, los huertos en los que trabajaba, donde pastaban el ganado y las ovejas, la comida de invierno: melaza mezclada con nieve y grano cocido. Si me da lápiz y papel, puedo dibujarle [mi] viejo [pueblo] casa por casa, calle por calle, sendero por sendero. El pueblo vive en

> mi memoria como si yo estuviera ahora mismo en nuestra casa de piedra con su techo de barro en el que en el invierno solíamos palear y jugar con la nieve[148].

Y Amina al-Khatib, una refugiada oriunda de la aldea de Ayn Qunyih que después de 1967 se estableció en Damasco, lejos de su familia, que permaneció en el Golán ocupado, cuenta que

> he estado separada de mi familia desde entonces. Mi madre murió, cuatro de mis tíos murieron, mi padre murió, todos sin que yo pudiera verlos. Quienes eran niños cuando me fui ahora están casados. Mi añoranza del Golán, su tierra, sus aguas, sus árboles y su gente, es indescriptible[149].

Transformación

Entre tanto, los israelíes suspendieron la ley siria en el Golán e instalaron un gobierno militar encabezado por un oficial que empezó a administrar la región mediante la promulgación de órdenes militares. El objetivo era eliminar todo vestigio de la presencia siria en el Golán, apoderarse de la tierra y alterar la conformación política, económica y social de la población remanente, borrar su identidad árabe siria y convertirlos a todos en ciudadanos israelíes.

Tras asumir el control total de los tribunales y la administración locales, el ejército destituyó a los alcaldes electos de los pueblos que quedaban y nombró en su lugar a nuevos alcaldes, asimismo creó concejos municipales a través de los cuales esperaba imponer las nuevas reglas y convertir las órdenes militares en políticas sobre el terreno. Hasta 1967 los habitantes del Golán habían elegido «comités colectivos» para que representaran los intereses de su localidad ante Damasco y era a través de ese sistema como se transmitía a las autoridades sirias las necesidades de los granjeros y se canalizaba la ayuda a la población local. Eso cambió con la ocupación. El ejército israelí disolvió los comités y en su lugar nombró a un puñado de individuos en posiciones de poder para que se convirtieran en los peones de la ocupación, los encargados de otorgar las licencias y permisos de los que los golaníes ahora requerían para realizar muchas actividades. Se encomendó también a esos representantes la distribución de fertilizantes y otros productos básicos entre los granjeros, con lo que la población local pasó a depender de

estos individuos e, indirectamente, de la ocupación.

Los israelíes procedieron a reemplazar la moneda siria por la lira israelí, crear matrículas especiales para los coches y confiscar los carnés de identidad sirios y sustituirlos por identificaciones emitidas por el ejército israelí. Y aquí también, al igual que en Cisjordania y la Franja de Gaza, los israelíes comenzaron a intervenir en todos los niveles del sistema educativo mediante el nombramiento de un oficial militar para dirigir el sistemas escolar del Golán y reemplazar el currículo sirio con uno que hacía hincapié en la idea de un identidad drusa separada, distinta de la siria. Esto formaba parte de la estrategia israelí para convertir a los drusos que habían permanecido en la región en una minoría privilegiada, con la esperanza de que volvieran la espalda al régimen sirio y abrazaran la ocupación israelí. Como muchos maestros habían huido durante la guerra y el ejército había despedido a los maestros cualificados que se mostraron leales al anterior régimen, había cierta escasez de docentes y los militares procedieron a nombrar profesores a los estudiantes de secundaria.

Los golaníes observaron todos estos cambios sabiendo que poco podían hacer para oponerse a ellos, pues su número era muy reducido y en muchos sentidos debían el hecho de continuar en los Altos a que los israelíes les habían permitido quedarse. No obstante, la transformación impuesta por los ocupantes generó mucha amargura, como recuerda Midhat Salih al-Salih, un druso nacido en Majdal Shams que creció en el Golán bajo la ocupación israelí: «A medida que crecía empecé a entender qué significaba la ocupación y, en contraste con ella, qué significaba la libertad. Abrí los ojos de niño solo para ver soldados israelíes en el Golán… la represión»[150].

Lo que más preocupaba a los sirios que habían permanecido en el Golán era, por encima de todo, que los israelíes pudieran confiscarles las tierras. El sistema tradicional de tenencia de la tierra en la región se había fundado siempre en la propiedad particular de la mitad de la tierra y la propiedad colectiva del resto, que se usaba principalmente para el pastoreo. No obstante, poco después de terminada la guerra los golaníes empezaron a temer que el ejército se apoderara de las tierras que no eran propiedad individual y decidieron dividir las tierras colectivas y plantar en ellas huertos de manzanos. Esto hizo que el área cultivada creciera de manera espectacular, lo que sumado a la destrucción a gran escala de poblaciones completas y la partida de la mayoría de la población causó una transformación considerable del paisaje del Golán.

Los israelíes siguieron delante de todos modos, y para convertir la expropiación de las tierras de los Altos del Golán en un ejercicio «legal», el gobierno militar expidió una batería de leyes. De acuerdo con esas leyes, por ejemplo, cualquier porción de tierra conquistada por, o entregada a, las fuerzas armadas, incluidas las tierras que habían quedado deshabitadas tras la guerra, podía declararse tierra abandonada y convertirse en «tierra estatal». Como hicieron en Cisjordania, los israelíes también aprovecharon aquí las Regulaciones (de Emergencia) de Defensa, que permitían a los jefes militares decretar el cierre de cualquier área, para legalizar la expropiación de tierras. Fue el uso de estas leyes militares, en combinación con tácticas como el sembrado de minas en ciertas áreas para mantener alejados a los locales de las tierras que Israel deseaba expropiar, lo que permitió que hasta un 94% de la tierra de los Altos terminara en poder de los israelíes; y con tantísima tierra a su disposición, los israelíes procedieron a construir nuevos asentamientos.

> El 3 de julio de 1967, el viceprimer ministro Yigal Alón propuso al gobierno un proyecto (diez días antes de la presentación de su plan para Cisjordania y Gaza, de naturaleza bastante distinta) que denominó «Campos de trabajo en los Altos del Golán». Lo que proponía Alón era, básicamente, construir campos de trabajo en la región ya que para su explotación agrícola, que él confiaba que el gobierno no tardaría en aprobar, era necesario contar con lugares en los que albergar a los peones y almacenes para las herramientas, las semillas y los fertilizantes. Aunque no es del todo claro si Alón pretendía que esos «campos de trabajo» fueran estructuras temporales o si, por el contrario, preveía que poco a poco se convirtieran en asentamientos permanentes, es probable que entendiera que, a su debido tiempo, Israel tendría que devolver los Altos del Golán a Siria (a diferencia de lo que ocurría con Cisjordania, por ejemplo, que según los israelíes nunca había pertenecido a Jordania, el hecho de que el Golán pertenecía a Siria no se cuestionaba). Sin embargo, dado que tampoco era claro *cuándo* se devolvería la región a Siria, es probable que Alón pensara que los «campos de trabajo» servirían para presionar a Damasco y obligar a los sirios a aceptar la paz en los términos propuestos por Israel. De la misma opinión era Isaac Rabin, desde 1968 embajador de Israel en Washington, que, en respuesta a las críticas de los estadounidenses de que la construcción de asentamientos confirmaba la sospecha de los árabes de que Israel no tenían intención de retirarse de los territorios ocupados en 1967, anotó

que «los árabes estarán más dispuestos a negociar cuanto más perciban el peligro de no recuperar sus territorios»[151].

Cualquiera que fuera su razonamiento, la cuestión es que los ministros aprobaron la propuesta de Alón y, en consecuencia, el 19 de julio un grupo de trabajadores llegó a un bosque cerca de Aleika, una aldea siria abandonada, y empezó a preparar la tierra. El 27 de agosto, el gobierno aprobó la construcción de más asentamientos en los Altos, al tiempo que hacía más confuso lo que pretendía con esta medida al declarar que «nosotros no construimos asentamientos permanentes»[152]. Esta última decisión llevó a la fundación de Snier, el 24 de septiembre, y luego, el 12 de octubre de 1967, los colonos se instalaron en las casas abandonas de Quneitra con el fin de construir el kibutz Golan, más tarde rebautizado como Merom Golan («Altos del Golán»), que sería trasladado a su ubicación definitiva, permanente, el 31 de marzo de 1972. Esta osada iniciativa de colonización en el verano y otoño de 1967 se llevó a cabo en un contexto de declaraciones cada vez más beligerantes por parte de Siria y otros países árabes, lo que, irónicamente, favorecía los intereses israelíes, pues permitía al gobierno declarar que los árabes no deseaban la paz y, por tanto, la política de construcción de asentamientos como forma de autodefensa estaba justificada. Al mismo tiempo que permitía la construcción de asentamientos judíos en el Golán, el gobierno restringió y puso obstáculos a la construcción en el sector árabe, como explica Mufeed al-Wili, un druso de la aldea de Buqata: «La mayoría de los proyectos israelíes están subsidiados [por el gobierno]… Les dan la tierra gratis [a los colonos]… Si nosotros [los drusos] queremos más tierras, tenemos que comprarlas o pedirlas en arriendo a las autoridades israelíes… [pero] nosotros no podemos comprar o arrendar tierras a los israelíes porque nosotros no creemos que ellos sean los propietarios de la tierra… ¿Cómo podemos arrendar la tierra o comprarla a quienes no son sus propietarios?»[153]. Y así, mientras que los drusos no podían construir ni ampliar sus aldeas, a finales de marzo de 1969 los israelíes tenían ya diez nuevos asentamientos judíos en el Golán.

Resistencia y guerra

Entre tanto, la ocupación en el Golán también generó resistencia y, en muchos sentidos, esta resultó todavía más violenta que en los territorios palestinos

ocupados de Palestina, pues poco a poco arrastró al ejército sirio y sus cañones. Los sirios identificaron con acierto los asentamientos estáticos como el punto débil de Israel en el Golán y dirigieron su artillería contra ellos, lo que dejó atónitos a los colonos israelíes, que no estaban preparados ni física ni psicológicamente para ataques tan cercanos.

Los intercambios de disparos ocasionales dieron paso a la guerra sin cuartel el 6 de octubre de 1973, cuando los sirios, hartos de que Israel continuara ocupando su territorio, lanzaron una invasión a gran escala en estrecha coordinación con Egipto, que atacó simultáneamente a Israel desde el sur. Para todos aquellos, en especial en Israel, que pensaban que los árabes terminarían acostumbrándose a la ocupación y renunciarían a sus tierras, la que luego se conocería como la guerra de octubre de 1973, o guerra de Yom Kipur, fue una advertencia de que eso nunca iba a ocurrir. Tomando al ejército israelí casi totalmente por sorpresa, los tanques y la infantería sirios, con el apoyo de la fuerza aérea, penetraron en el Golán e invadieron grandes zonas de los Altos con el objetivo de liberar la región de los ocupantes israelíes. No obstante, el triunfo inicial de los sirios fue efímero, pues los israelíes pronto consiguieron obligarlos a retroceder, recuperaron Quneitra y todo el terreno perdido (de hecho, terminaron adquiriendo más territorio del que tenían antes de la guerra).

El 31 de mayo de 1974, con la mediación de Estados Unidos, Israel y Siria firmaron el Acuerdo de Separación con el que formalmente se puso fin a la guerra de 1973 y en el que ambas partes se comprometieron a respetar «escrupulosamente» el alto el fuego en tierra, mar y aire, y abstenerse de emprender cualquier tipo de acción militar contra la otra. Aunque se acordó que los israelíes continuarían controlando la mayor parte del área del Golán ocupada en 1967, Quneitra y un saliente adicional capturado durante la guerra serían devueltos a Siria. Asimismo se creó una misión especial de la ONU, la Fuerza de las Naciones Unidas de Observación de la Separación (FNUOS), que se estacionó en la zona de separación entre los ejércitos israelí y sirio.

Por desgracia, el éxito que supuso alcanzar estos acuerdos quedó empañado por el escándalo de Quneitra. Quneitra, como hemos explicado, había sido siempre la ciudad más importante del Golán, pero durante la guerra sufrió enormemente, pues en el contraataque israelí el ejército demolió una gran cantidad de edificaciones. No obstante, en el breve lapso de tiempo que hubo entre la firma de los acuerdos que pusieron fin a la guerra y la fecha en que Quneitra debía devolverse a Siria, los colonos israelíes decidieron

tomarse la justicia por su mano: llevaron al lugar maquinaria pesada y, con el ejército haciendo la vista gorda a sus acciones, se dedicaron a destruir todo lo que pudieron. El corresponsal en Siria del diario *Le Monde*, escribiendo para *The Times*, ofreció una descripción detallada de la destrucción causada por los israelíes:

> Quneitra es irreconocible. Los techos de las casas, a ras de suelo, parecen lápidas. En muchas partes los escombros están cubiertos con la tierra fresca arrastrada por las orugas de los *bulldozers*. Por todas partes hay trozos de muebles, utensilios de cocina, periódicos hebreos… aquí un colchón desgarrado, allí los muelles de un viejo sofá. En las pocas secciones de muro que aún siguen en pie, inscripciones en hebreo proclaman: «Queríais Quneitra, la tendréis en ruinas»[154].

Negándose a aceptar su responsabilidad por los daños causados, Israel declaró que la mayor parte de estos habían sido consecuencia del intercambio de disparos entre los ejércitos, pero el mundo no aceptó esa patraña. El 29 de noviembre de 1974, la ONU adoptó una resolución (3240/A) en la que deploraba las violaciones de los derechos humanos cometidas por Israel en el Golán y la destrucción deliberada de Quneitra[155].

Una de las lecciones que Israel aprendió de la guerra de 1973 fue que los dieciséis asentamientos del Golán, en lugar de proporcionar algún tipo de seguridad, suponían en realidad una carga considerable para el ejército tanto antes como durante la guerra, pues fue necesario evacuar a todos los ciudadanos israelíes que residían en ellos. No obstante, acaso en un intento de demostrar que el conflicto no había debilitado la resolución del estado, el gobierno decidió construir todavía más asentamientos y llevar más gente al Golán para reforzar su presencia en la región, donde apenas vivían seiscientos colonos; el 16 de julio de 1974 los ministros ordenaron construir en el Golán un centro urbano al que llamaron Katzrin, con capacidad para cinco mil familias y dotado con una escuela y otras instalaciones públicas. Asimismo, acordaron ampliar la construcción de asentamientos a las zonas central y septentrional del Golán, donde para contrarrestar el problema que suponía la poca fertilidad de los suelos intentaría desarrollar la industria en lugar de la agricultura.

Con el fin de reforzar todavía más su control de la región, en 1975 Israel construyó una valla reforzada que incluía campos minados y separaba por completo el Golán del resto de Siria. Por tanto, mientras que al comienzo de

la ocupación los habitantes del Golán pudieron durante algún tiempo entrar por tierra a Siria para visitar a sus parientes y amigos, ahora las familias quedaron separadas por el nuevo obstáculo. Dado que el 90% de la población que había permanecido en el Golán tenía parientes en Siria, la construcción de la valla fue un duro golpe. Este drástico cambio llevó a las familias de ambos lados a reunirse en las «colinas de los gritos», dos colinas, justo a las afueras del pueblo de Majdal Shams y separadas por la línea de alto el fuego, desde donde se comunicaban con la ayuda de megáfonos noticias de nacimientos, fallecimientos y matrimonios. La frustración que causaba esta práctica se pone de manifiesto en el testimonio de Amina al-Khatib, que había nacido en la aldea de Ayn Qunyih, en el Golán, pero vivía en el lado sirio de la línea de alto el fuego como consecuencia de la guerra de 1967:

> Allí [en la colina de los gritos] me siento muy frustrada. Ahí, delante de mis ojos, está la aldea, pero no puedo llegar ahí. Cuando voy [a la colina de los gritos]… ellos me informan a través del megáfono que tal y tal murieron, que tal y tal están moribundos, y siento una rabia enorme. Quisiera despedazar el alambre de espino y las minas sin importar qué pase[156].

El esfuerzo de los habitantes del Golán por mantenerse en contacto con sus parientes y amigos al otro lado de la frontera contrastaba radicalmente con las frías relaciones entre las comunidades drusas del Golán e Israel. Mientras que en el período inmediatamente posterior a la guerra del 1967 los drusos israelíes de los pueblos de Galilea habían corrido a los Altos del Golán para restablecer contacto con sus parientes, contacto perdido desde la creación en 1948 del estado de Israel, poco a poco surgieron tensiones entre ambas comunidades debido a las diferencias políticas, pues los drusos del Golán veían con recelo la estrecha relación entre sus correligionarios y el estado Israelí.

Al completarse la primera década de ocupación israelí, había en el Golán veinticuatro asentamientos judíos, incluida la nueva ciudad de Katzrin, a la que empezaron a llegar los colonos durante el verano de 1977. No obstante, la colonización judía del Golán nunca alcanzó la masa crítica necesaria y continúa siendo, hasta el día de hoy, bastante modesta. A diferencia de los colonos de Cisjordania, que en muchos casos se desplazaban diariamente a Israel por razones laborales o en búsqueda de servicios, en el Golán los colonos tendían a trabajar allí donde se establecían. En el Golán meridional, obtenían su sustento exclusivamente de la agricultura, y la producción de

manzanas y carne, tanto de pavo como de res, eran dos factores importantes de la economía. En el Golán central y septentrional se desarrolló alguna industria en el campo de la electrónica, la producción de toba volcánica (un material básico para la construcción de carreteras) y la fabricación de equipos contra incendios, zapatos, sandalias e incluso vino. Otros asentamientos, en particular Neve Ativ, ofrecían instalaciones turísticas, teniendo como principal atracción la práctica del esquí en el monte Hermón.

Cuando en 1967 los israelíes capturaron el Golán, esta era una región subdesarrollada; había poquísimas carreteras propiamente dichas y las aldeas carecían de conexión a la red eléctrica y el suministro de agua potable. Desde este punto de vista, la colonización judía del Golán tuvo como consecuencia un muy necesario desarrollo de infraestructuras. Pero en lo que respecta a la población local, hay que decir que, si bien muchos encontraron empleos en Israel, en términos generales los golaníes continuaron demostrando lealtad a Siria, considerándose sirios y oponiéndose a la ocupación.

4

El Sinaí

A menudo se olvida que la península del Sinaí, que Israel capturó a Egipto en 1967, formaba parte de los territorios ocupados. Esto se debe en parte a que Israel solo gobernó la Península por un período relativamente breve, de junio de 1967 a abril de 1982, y a que los cambios que introdujo en la zona fueron más bien pequeños. Asimismo, las grandes extensiones desérticas que conforman la península del Sinaí estaban muy poco pobladas y, por tanto, la fricción entre ocupantes y ocupados fue reducida. No obstante, la península del Sinaí fue un territorio ocupado durante quince años, y vale la pena examinar las características principales de esa ocupación, pues comparte ciertas similitudes con las demás áreas bajo control de los israelíes, que la consideraban una tierra importante en el sentido de que reforzaba la sensación de seguridad de Israel y le proporcionaba valiosos recursos naturales, como petróleo.

Situada entre el mar Mediterráneo, al norte, el mar Rojo, al sur y el este, y el canal de Suez, al oeste, el Sinaí, un área desértica de unos sesenta mil kilómetros cuadrados, es una península con forma de triángulo invertido; la capital administrativa de la zona es El Arish, en el Sinaí septentrional. Egipto, incluido el Sinaí, fue jurídicamente otomano hasta 1918 y el Sinaí se gobernaba desde El Cairo a través del representante imperial, pese a lo cual la región era más o menos autónoma, ya que los otomanos ejercían un control efectivo principalmente sobre las grandes ciudades, no tanto en zonas desérticas y poco pobladas como el Sinaí. Gradualmente Egipto y el Sinaí entraron en la esfera de influencia británica, hasta 1922, cuando Egipto obtuvo la independencia y empezó a administrar directamente el Sinaí. Desde entonces la Península ha sido reconocida como territorio egipcio.

Aunque en la víspera de la guerra de 1967 la enorme mayoría de la población egipcia vivía al oeste del canal de Suez, el Sinaí no era en absoluto

un territorio despoblado. Cuando Israel capturó la Península, esta tenía una población de aproximadamente ciento treinta mil habitantes, de los cuales alrededor de cien mil vivían en la parte septentrional, donde cae la mayoría de los entre cien y doscientos milímetros de agua de lluvia que la región recibe anualmente. Los beduinos del norte del Sinaí eran once o doce mil, y si bien a menudo estaban desplazándose en búsqueda de pastos para sus rebaños, también tenían dos pueblos permanentes en el extremo noroccidental de la Península, cerca de la frontera con la Franja de Gaza: Abu Twila y Sheik Zuid. El primero era el principal mercado para todos los beduinos de la región y la población local obtenía su sustento del comercio y la agricultura. Los beduinos de Sheik Zuid se ganaban la vida con la agricultura y, estando cerca del mar, la extracción de sal; de todos modos, el contrabando de mercancías desde el Sinaí a la Franja de Gaza y otros lugares siempre ha sido una fuente adicional de ingresos.

Colonizar el Sinaí

A diferencia de lo ocurrido en otras áreas ocupadas en 1967, en un principio en el Sinaí los israelíes se abstuvieron de fomentar la construcción de asentamientos a gran escala. Esta reticencia a colonizar la Península reflejaba el hecho de que Israel era consciente de que, llegado el momento, tendría que devolver el Sinaí a su propietario legal, Egipto; en este sentido la situación era distinta a la de la Franja de Gaza, que nunca perteneció a Egipto, y a la de Cisjordania, que, al menos desde el punto de vista israelí, nunca perteneció a Jordania. Sin embargo, no deja de ser interesante el hecho de que, inmediatamente después de la guerra, algunos israelíes, entre quienes destaca David Horowitz, el presidente del Banco de Israel, propusieran que el estado comprara la Península a Egipto y construyera nuevos asentamientos allí; Horowitz llegó incluso a mantener conversaciones sobre esta cuestión con funcionarios del gobierno estadounidense, pero el proyecto no prosperó. No obstante, tiempo después, en 1969, el gobierno autorizó un proyecto de asentamiento limitado en la llanura de Rafiah (*Pitchat Rafiach* en hebreo), sobre la costa Mediterránea del Sinaí, junto a la Franja de Gaza. La lógica detrás de esta iniciativa era que un bloque de asentamientos en la parte noroccidental de la Península serviría como zona de separación, una cuña entre la Franja de Gaza y el Sinaí, de modo que cuando se devolviera la Península a Egipto, el bloque se convertiría en una barrera física que

impediría el contrabando de armas entre Egipto y la Franja de Gaza.

Sin embargo, en vista de que las tribus beduinas utilizaban gran parte de la tierra asignada a este proyecto de colonización, a comienzos de 1972 el ejército, bajo la dirección del general Sharon, se embarcó en una operación para despejar la zona; los militares expropiaron a los beduinos vastas extensiones de tierras cultivadas, que vallaron por «razones de seguridad». Luego, Sharon envió a sus hombres a la zona vallada para que se encargaran de sacar a las 1540 familias beduinas que vivían allí[157]. El desalojo fue cruel: los israelíes arrasaron las casas hasta reducirlas a escombros, arrancaron los árboles y sellaron los pozos excavados por los beduinos para obtener agua para sus campos y rebaños. La mayoría de los evacuados se estableció en tiendas en los alrededores del área acordonada y, durante un tiempo, pudieron atravesar la valla para continuar cuidando de sus parcelas. Entre tanto, elevaron una petición al Tribunal Supremo de Israel, donde los militares defendieron con vehemencia la decisión de evacuarlos y la necesidad de convertir sus tierras en una zona de seguridad que separara la península del Sinaí de la Franja de Gaza. Los jueces alcanzaron una decisión en mayo de 1973; sus conclusiones no fueron sorprendentes: «No tenemos ninguna razón para poner en duda que las justificaciones militares para la creación de una zona de seguridad en la llanura de Rafiah nos han sido explicadas con total buena fe», dictaminaron antes de anotar que, «en tales cuestiones, es indudable que debe de privilegiarse la opinión de los hombres del ejército frente a la del abogado de los demandantes»[158]. La petición, por tanto, fue rechazada y no se permitió a los beduinos regresar a sus tierras, en las que, como estaba previsto, se erigieron los nuevos asentamientos judíos.

Dado que la península del Sinaí, al igual que los Altos del Golán, no se consideraba parte de la Eretz Yisrael bíblica, la influencia de los colonos religiosos, tan prominente en Cisjordania, fue marginal y solo se construyó un asentamiento de este tipo en la región, Atzmona o Bnei Atzmon. En lugar de ello, la mayoría de los colonos del norte del Sinaí (a mediados de la década de 1970 había allí trece pueblos) eran granjeros cualificados, descendientes de antiguos asentamientos colectivos y cooperativos, ya consolidados en el territorio israelí, que buscaban nuevas tierras para cultivar.

En esos nuevos asentamientos del Sinaí septentrional, el principal sector de la economía era la agricultura intensiva, orientada a la exportación, principalmente de flores y verduras, cuyo cultivo resultaba favorable debido a las condiciones climáticas y la disponibilidad de mano de obra barata que

ofrecía la cercanía con la Franja de Gaza. Aunque el gobierno esperaba que los asentamientos del Sinaí pudieran convertirse en granjas punteras en la exportación de cultivos de invierno, lo cierto es que solo contribuyeron con un 15% de las exportaciones de verduras y flores en los meses de enero a marzo, un período que apenas constituía el 30% de las exportaciones anuales.

En 1973, el gobierno aprobó la construcción de un centro urbano en el Sinaí: Yamit. La ciudad se alzaría en la costa mediterránea y se convertiría en la más meridional de las ciudades con playa israelíes en esa costa, desde Haifa al norte, pasando por Tel Aviv y Asdod en el sur. Los ministros preveían que la nueva ciudad tendría un puerto de aguas profundas y un aeródromo, y que sus habitantes podrían trabajar en el sector turístico y prestando otros servicios a los asentamientos cercanos. Los primeros habitantes se trasladaron a las casas recién construidas de Yamit en 1975, y el lugar no tardó en atraer a más colonos, tanto seculares como religiosos, deseosos de vivir aventuras y retos en el desierto. El hecho de que el gobierno de Israel haya seguido adelante con esta idea e invertido en la construcción de la ciudad sabiendo que, al final, tendría que devolver la Península a Egipto es bastante sorprendente, pero es posible que los ministros pensaran que, a su debido tiempo, conseguirían convencer a los egipcios de que les permitieran conservar la ciudad y los asentamientos de los alrededores; o quizá consideraban el proyecto tan solo como una palanca, una forma de presionar a Egipto para que firmara la paz en los términos que Israel deseaba.

En el otro extremo del Sinaí, en lo que terminaría conociéndose como el distrito Shlomo, entre 1969 y 1975 el gobierno aprobó la construcción de una serie de asentamientos con la seguridad de que, de algún modo, estos podrían garantizar que los buques israelíes tuvieran libertad de navegación en el golfo de Áqaba (donde Egipto tenía un buen historial de intervenciones). Esto llevó a la construcción, en 1971, de dos asentamientos: Neviot y Di-Zahav. Neviot, ubicado a apenas sesenta y ocho kilómetros al sur de Eilat, tenía un hotel, un restaurante y una escuela de buceo, además de zonas de cultivo; Di-Zahav se construyó ochenta kilómetros más al sur, cerca de la aldea beduina de Dahav, y los colonos que se establecieron allí se dedicaron principalmente al sector turístico.

Un año más tarde, en 1972, el gobierno aprobó la construcción de una ciudad en la punta sur de la Península, cerca de Sharm el-Sheij. La nueva localidad se llamaría Ofira y pronto pudo presumir de contar con una central eléctrica, una planta desalinizadora y dos pequeñas fábricas, en las que se

esperaba ofrecer empleo a los colonos, además de dos hoteles. Sin embargo, la zona estaba demasiado aislada y nunca logró atraer al israelí medio; en su apogeo Ofira llegó a tener un millar de residentes, y al igual que otros asentamientos en el Sinaí suroriental, no se consideró una empresa exitosa. El fracaso de los intentos por desarrollar las partes más aisladas del Sinaí también se debió al hecho de que, a diferencia de los asentamientos en el Sinaí septentrional, que recibieron un apoyo ingente del gobierno, los asentamientos en el suroriente de la Península tuvieron en gran medida que arreglárselas por sí solos.

Otros proyectos israelíes en el Sinaí ocupado incluyeron el desarrollo del área que rodeaba el monasterio de Santa Catalina, uno de los monasterios más antiguos del mundo —según la tradición, se levantaba en el lugar en el que Moisés vio la zarza ardiendo—, mediante la construcción en 1976 de un aeropuerto moderno que conectara la zona con el mundo exterior.

Los israelíes también estaban interesados en los recursos naturales del Sinaí: haciendo caso omiso de las leyes internacionales sobre la ocupación, buscaron petróleo en la Península; el resultado fue el yacimiento de Alma, que en su momento de máxima producción llegó a aportar una cuarta parte del consumo anual del país. Finalmente, como las vastas extensiones del desierto eran ideales para el adiestramiento militar, el ejército se apresuró a instalar un buen número de gigantescas bases militares y la fuerza aérea convirtió el desierto en su principal campo de entrenamiento.

Guerra y pactos en el Sinaí

Al recorrer las vastas extensiones de la península del Sinaí en los años posteriores a la guerra de 1967, cualquiera hubiera podido tener la impresión de que todo era tranquilidad en ese frente. Semejante conclusión, sin embargo, hubiera estado lejos de la verdad, pues en la zona del canal de Suez, en el límite occidental del desierto, se estaba gestando una batalla sangrienta entre Israel y Egipto.

Ya en octubre de 1967 aparecieron señales de que la tensión era creciente, cuando los egipcios hundieron el destructor israelí *Eilat* con cuatro misiles disparados desde las cercanías de Puerto Saíd, en el extremo norte del Canal de Suez. En represalia, Israel disparó su artillería contra las refinerías de

petróleo de la ciudad de Suez, en el extremo sur del canal, con lo que consiguió incendiarlas y causar un daño inmenso. Este intercambio de ataques se transformó gradualmente en una auténtica guerra de desgaste a lo largo del Canal y, en junio de 1969, el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, prometió llevar el conflicto hasta la liberación del Sinaí de toda ocupación israelí. En consecuencia, a los pocos meses ambos bandos empezaron a lanzar ataques utilizando aviones de combate, tanques, artillería pesada e incluso enviaron tropas a realizar operaciones en el lado del Canal controlado por el oponente. Para proteger a sus tropas del fuego enemigo, los israelíes transformaron la ribera oriental del canal de Suez construyendo a lo largo de la costa una serie de fortificaciones y búnkeres, a la que llamaron la Línea Bar Lev, por el jefe del Estado Mayor, Chaim Bar-Lev.

Mientras los proyectiles volaban de un lado a otro, el Canal permaneció cerrado a la navegación, como lo había estado desde el comienzo de la guerra de 1967. Si bien Nasser no consiguió recuperar el Sinaí mediante su guerra de desgaste, sí logró agotar a los israelíes, y el sangriento enfrentamiento terminó, por decirlo de algún modo, en empate a cero, sin ningún cambio discernible al *statu quo* posterior a 1967, con la firma de un acuerdo de alto el fuego que entró en vigor el 7 de agosto de 1970, después de tres años de conflicto en los que habían perdido la vida 367 soldados israelíes y más de diez mil soldados y civiles egipcios. El Sinaí continuó bajo ocupación israelí.

Dayan era muy consciente de que el alto el fuego con Egipto solo era un respiro temporal y que si Israel insistía en seguir ocupando el Sinaí, los combates sin duda se reanudarían. Por tanto, poco después de que el alto el fuego entrara en vigor, propuso al gobierno retirar al ejército del canal de Suez y desplegarlo en los pasos de Gidi y Mitla, a unos treinta y cinco kilómetros al este del Canal. Este final parcial de la ocupación del Sinaí, sostuvo, reduciría la probabilidad de incidentes fronterizos, pues daría al presidente egipcio Gamal Abdel Nasser un incentivo para reabrir el canal de Suez a la navegación internacional. Una vez que el Canal volviera a operar, afirmaba Dayan, la reanudación de las hostilidades contra Israel resultaría poco rentable para Egipto, pues ello causaría de nuevo el cierre del Canal y el país perdería una importante fuente de ingresos. Sin embargo, los rivales políticos de Dayan, en particular el viceprimer ministro Yigal Alón, se opusieron a la propuesta y obtuvieron el respaldo de la primera ministra Golda Meir: era incapaz de entender, dijo, cómo al ministro de Defensa podía ocurrírsele proponer que renunciaran a una parte del Sinaí «por nada»; los jefes militares también se opusieron a la retirada y la idea terminó

descartándose. No obstante, Egipto no aceptaba que Israel siguiera ocupando un territorio que era suyo, y el sucesor del presidente Nasser desde septiembre de 1970, Anwar el-Sadat, estaba resuelto a recuperarlo.

Anwar el-Sadat nació en 1918 en la ciudad de Mit Abul Kom, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de El Cairo, en una familia de trece hermanos. Cuando tenía dieciocho años se matriculó en la academia militar, donde obtuvo buenos resultados pero nunca destacó de forma especial. Tras graduarse, se le envió a un puesto distante en el que conoció a Gamal Abdel Nasser, con quien, junto con otros oficiales, formaría el grupo de los Oficiales Libres que en julio de 1952 derrocó a la monarquía egipcia. A partir de entonces, el-Sadat y Nasser, que tras el golpe se convertiría en presidente del país, trabajaron muy bien juntos, si bien solo sería a la muerte de Nasser cuando el-Sadat, que hasta entonces era poco conocido y no había demostrado su valía, emergió realmente de la sombra de su predecesor. En un principio, a el-Sadat no se lo tomó en serio: no lo hicieron sus máximos enemigos, Israel, ni las superpotencias de la época, Estados Unidos y la Unión Soviética, ni siquiera su propio pueblo. Pero con el tiempo demostraría ser un líder audaz y resolutivo.

Una de las primeras cosas que hizo el-Sadat fue acercarse a la Casa Blanca y buscar apoyo del gobierno estadounidense para convencer a Israel de que se retirara del Sinaí o, al menos, para empezar, de algunas partes de él. La respuesta de Estados Unidos, aunque no oficial, provino del secretario de Estado Henry Kissinger, quien, según las fuentes egipcias, dio a entender a el-Sadat que solo algún tipo de crisis haría intervenir a Estados Unidos de forma decidida y proponer un proceso diplomático encaminado a poner fin a la ocupación del Sinaí[159]. Con el consejo de Kissinger resonando en las orejas, el presidente reunió un ejército de doscientos mil hombres en la zona del canal de Suez y en la tarde del 6 de octubre de 1973, cuando en Israel se celebraba la fiesta de Yom Kipur, mandó ciento treinta mil al otro lado del Canal para enfrentarse a los cuatrocientos cincuenta soldados israelíes que protegían las defensas de la línea Bar Lev; como hemos visto en el capítulo anterior, la que se conocería como guerra de Yom Kipur se lanzó en coordinación con Siria.

Aunque las fuerzas de el-Sadat consiguieron cruzar el Canal y penetrar diez kilómetros en el desierto, los israelíes lograron recuperar el terreno perdido con rapidez: controlaron a los invasores, lanzaron un contraataque, cruzaron ellos mismos el Canal y penetraron más de veinte kilómetros en

territorio egipcio. Tres semanas después, la guerra había terminado y las fuerzas israelíes y egipcias estaban bastante enredadas: había israelíes estacionados en la costa oeste del canal de Suez y egipcios al lado opuesto. Con la fase de combates concluida, llegó el turno de la diplomacia.

El comienzo del fin de la ocupación del Sinaí

La activa diplomacia estadounidense, encabezada por Henry Kissinger, condujo a la firma, el 11 de noviembre de 1973, de un acuerdo de alto el fuego de seis puntos entre Israel y Egipto que puso fin a la guerra y, *a posteriori*, es posible interpretar como el comienzo del fin de la ocupación del Sinaí por parte de Israel. El segundo punto del acuerdo estipulaba que las partes debían iniciar de inmediato las conversaciones destinadas a conseguir la separación de las tropas[160]. Después de semanas de negociaciones, el 18 de enero de 1974, los jefes del Estado Mayor de los dos países se reunieron en el desierto para firmar el acuerdo de separación militar que se conocería como el «Acuerdo de separación de fuerzas del Sinaí» o Sinaí I[161].

En ese acuerdo ambos países se comprometían a «respetar escrupulosamente el alto el fuego… [y] abstenerse de emprender acciones militares o paramilitares contra el adversario». Israel acordó retirar sus fuerzas de la costa oeste del canal de Suez y volverlas a desplegar en el Sinaí tras una línea situada a unos veinticinco kilómetros de la orilla, en posiciones justo al oeste de los pasos de Gidi y Mitla, las barreras más fáciles de defender del Sinaí (véase el mapa 4). No deja de ser interesante que eso fuera, más o menos, lo que había propuesto Dayan un par de años antes; si la primera ministra Golda Meir hubiera aceptado la idea del repliegue de tropas en ese momento, quizá la guerra de Yom Kipur podría haberse evitado; otra oportunidad perdida que tuvo como consecuencia un conflicto innecesario.

La retirada de las tropas israelíes y su despliegue lejos del canal de Suez fueron un acontecimiento histórico, pues era la primera vez que Israel abandonaba cualquier parte de los territorios que había ocupado en 1967. Egipto, por su parte, acordó establecer nuevas posiciones en una zona al este del Canal, en el Sinaí, a lo largo de una franja de casi diez kilómetros en la que el armamento y las fuerzas estarían limitados. Israel correspondió aceptando límites similares en el área de la Península que seguía ocupando. Entre los dos ejércitos, en el desierto, se estableció una zona controlada por la

ONU que ocuparía la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (FENU), cuya tarea consistía en inspeccionar el cumplimiento de las limitaciones que Israel y Egipto se habían impuesto a sí mismos. Los israelíes tenían muchos deseos de que el-Sadat reabriera el canal de Suez, pues creían que una vez la navegación por el Canal se restableciera la probabilidad de otra confrontación se reducía considerablemente, pero por el momento el-Sadat no se comprometió a ello.

El acuerdo Sinaí I se consideró, en especial en Egipto, no solo un acuerdo de alto el fuego sino «un primer paso hacia una paz definitiva, justa y duradera»[162]. Egipto, por tanto, deseaba que Israel siguiera retirándose del Sinaí ocupado y para conseguirlo el presidente el-Sadat solicitó de nuevo la ayuda de Estados Unidos.

«Replanteamiento»

El 13 de agosto de 1974, el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Ismail Fahmi, acompañado por el doctor Ashraf Marwan, yerno del expresidente Nasser y entonces secretario para contactos exteriores de el-Sadat, se reunieron con el secretario de Estado en la sede del Departamento de Estado en Washington. Su objetivo era asegurarse de que Israel continuara retirándose del Sinaí. En ese encuentro, Kissinger explicó las dificultades que enfrentaba Washington en su intento de presionar a Israel para que se retirara aún más del Sinaí ocupado: por un lado, el presidente de Estados Unidos, Gerald Ford, apenas llevaba en el cargo una semana; por otro, la aparente debilidad del gobierno israelí.

Estados Unidos, explicó Kissinger, no podía indisponerse con Israel «pues el nuevo presidente todavía no se siente seguro en la materia… No tiene sentido empujarlo a una confrontación [con Israel] antes de que se sienta seguro en la materia»[163]. Por otro lado, el gobierno israelí, presidido desde 1974 por Isaac Rabin, era, en palabras de Kissinger, «un gobierno muy débil en manos de gente muy inmadura. Estoy decepcionado con Rabin… Es posible que cierta gente tenga un límite que es incapaz de sobrepasar… no tiene carisma… Rabin encarnado en un general intelectual, eso es lo peor. Necesita meses para aprender algo»[164]. No obstante, los enviados egipcios continuaron insistiendo en la necesidad de que Israel realizara nuevas retiradas en el Sinaí. «Eso va a ser complicado —dijo Kissinger—. Los

israelíes no tienen intenciones de dar un nuevo paso [más allá de la retirada acordada en Sinaí I].»[165] El secretario de Estado preguntó entonces: «¿Qué quid pro quo estáis en condiciones de ofrecer [a los israelíes, en caso de que se retiraran]?». Fahmi respondió: «La paz». Esa, evidentemente, era una palabra potente. A fin de cuentas, al igual que su predecesor, el presidente Nasser, el-Sadat exigía la retirada de Israel a las fronteras de 1967, pero nunca había ofrecido un acuerdo de paz bilateral completo sino condicionado a que Israel resolviera el conflicto con los palestinos. «¿Ofreceréis la paz?», preguntó Kissinger para presionar al diplomático egipcio, y esto hizo que Fahmi se apresurara a retractarse. El secretario de Estado resumió la cuestión en los siguientes términos: «Primero tenemos que dejar que el presidente [Ford] se afiance. Luego diseñaremos una estrategia común… El presidente tiene ya todo el poder, pero no es realmente presidente hasta que hace algo que perdure»[166].

El presidente Ford fue ganando gradualmente experiencia y en cuanto se afianzó empezó a presionar a Israel para que continuara retirándose del Sinaí. Incluso llegó al punto de amenazar con «replantear» las relaciones entre Estados Unidos e Israel, una insinuación de que podía retener parte del enorme paquete de ayuda financiera y militar que Estados Unidos destinaba a Israel. En términos políticos, eso era un paso muy osado, que obligó a Israel a movilizar a sus amigos en Estados Unidos: el 9 de diciembre de 1974, setenta y un senadores enviaron una carta de protesta al presidente Ford en la que le comunicaba que «deseamos reafirmar nuestro compromiso con la supervivencia e integridad del estado de Israel, que para ambos partidos ha sido la base de la política estadounidense a lo largo de veintiséis años y cinco gobiernos diferentes… le instamos a que reitere el compromiso inveterado de nuestra nación con la seguridad de Israel mediante una política de continuado apoyo militar, diplomático y económico»[167]. El presidente dio marcha atrás, pero no por mucho tiempo.

Tres meses después, en marzo de 1975, dio luz verde al secretario de Estado Henry Kissinger para realizar un nuevo esfuerzo encaminado a lograr un segundo pacto de separación entre Egipto e Israel, utilizando como guía el acuerdo Sinaí I. La idea era presionar a Israel para que se retirara todavía más de la Península, pero el gobierno israelí se negó a ceder y la misión de Kissinger fue infructuosa por completo.

El presidente Ford utilizó esta oportunidad para culpar públicamente a Israel por el callejón sin salida en que se encontraba el proceso y, ahora sí,

siguió adelante con su amenaza de «replantear» las relaciones de Estados Unidos con Israel. Washington postergó la consideración de toda futura ayuda económica a Israel, paralizó el trámite de la solicitud de aviones F-15 presentada por los israelíes, retrasó la entrega de los misiles Lance ya prometidos y descartó asumir nuevos compromisos en materia de armamento con Israel mientras el replanteamiento se llevaba a cabo. Como habían hecho antes, los israelíes movilizaron a sus partidarios en Estados Unidos y el 23 de mayo de 1975 setenta y cinco senadores enviaron una carta conjunta al presidente Ford para exigirle que continuara ofreciendo a Israel una sólida ayuda económica, política y militar. Sin embargo, por el momento, el presidente Ford se mantuvo firme.

Sinaí II

Con el fin de respaldar los esfuerzos de Ford, el 5 de junio de 1975 el presidente egipcio, Anwar el-Sadat, abrió el canal de Suez a la navegación internacional. Esta decisión inesperada fue una forma muy eficaz de presionar a Israel para que correspondiera con nuevas retiradas de tropas, y eso, añadido a las continuas exigencias de Estados Unidos para que transigiera, facilitó que las negociaciones indirectas entre Israel y Egipto alcanzaran el punto culminante el 4 de septiembre de ese mismo año, cuando las partes firmaron el «Acuerdo interino sobre el Sinaí» o Sinaí II, como es más conocido (véase el mapa 4).

Según los términos del acuerdo, Israel aceptaba poner fin a la ocupación de otro sector del Sinaí ocupado retirando sus fuerzas entre treinta y sesenta kilómetros al este del canal de Suez para desplegarlas al *este* de los pasos de Gidi y Mitla. Asimismo, Israel se comprometió a abandonar los yacimientos petrolíferos de Abu Rudeis, que se encontraban en el límite occidental del desierto, y de los que habían estado extrayendo petróleo desde que terminara la guerra de 1967.

Siguiendo el modelo de Sinaí I, ambos bandos acordaron establecer una zona de separación desmilitarizada, además de zonas con armamento limitado entre los dos ejércitos. El-Sadat se comprometió a no usar la fuerza para resolver las diferencias pendientes con Israel, permitir el paso a través del canal de Suez de los cargueros no militares con destino a Israel e intentar relajar el boicot que sufrían la compañías israelíes, que desde la guerra de

1973 se había intensificado. Por su parte, Estados Unidos se comprometió a establecer y financiar estaciones para proteger a ambos bandos de potenciales violaciones del acuerdo; dotadas con doscientos efectivos, esas estaciones reemplazaron de hecho a las fuerzas de paz de la ONU en el Sinaí, a las que Israel se oponía desde la firma de Sinaí I por considerar que estaban prejuiciadas en su contra.

Con todo, desde el punto de vista de Israel el aspecto más importante del trato eran los compromisos de ayuda asumidos en secreto por Estados Unidos, compromisos que algunos funcionarios estadounidenses calificaron de «alucinantes». De hecho, aunque lo que se les ofreció a los israelíes a cambio de retirarse del Sinaí no fue exactamente un cheque en blanco, en realidad estaba bastante cerca de serlo: Estados Unidos se comprometió a realizar todos los esfuerzos posibles para atender plenamente las necesidades de equipos militares y para defensa de Israel «con regularidad y a largo plazo», si obtenía cada año la aprobación del Congreso[168]. Esto implicaba un apoyo militar y financiero a gran escala y permanente, un plan de contingencia para satisfacer las necesidades militares de Israel en cualquier emergencia y la promesa de preservar y consolidar la superioridad militar del estado de Israel dotándolo del armamento más avanzado y complejo que Estados Unidos estaba en condiciones de ofrecer, por ejemplo, los cazas F-15[169]. En una carta secreta, Washington se comprometió también a no reconocer ni negociar con la OLP mientras esa organización rechazara las resoluciones 242 y 338 de la ONU (las cuales, entre otras cosas, reconocían el derecho a existir del estado de Israel), y se negara a renunciar al uso de la violencia contra Israel; esta última condición es realmente extraordinaria: se exigía a los palestinos dejar de resistirse a la ocupación ilegal de su territorio como requisito previo para que se les permitiera negociar el final de esa ocupación. Y dado que Israel estaba renunciando a parte del petróleo del Sinaí, el secretario de Estado Kissinger prometió, en nombre de su país, que Israel podría obtener de Estados Unidos todo el petróleo que necesitara para satisfacer el consumo interno durante los próximos cinco años y que Estados Unidos construiría en Israel instalaciones de almacenamiento con capacidad para guardar el suministro de petróleo de un año. Todo ello a pesar del hecho de que, de acuerdo con el derecho internacional, la extracción del petróleo egipcio en el Sinaí ocupado era ilegal. También en respuesta a una solicitud de Israel, Washington se comprometió a no presentar ninguna propuesta de paz sin antes realizar «todos los esfuerzos posibles para coordinar con Israel su propuesta con el fin de abstenerse de presentar propuestas que Israel

considere insatisfactorias»[170]. Esta, por supuesto, era una concesión muy significativa, pues daba a Israel participación directa (derecho de veto incluso) en la formulación de las políticas de Estados Unidos para Oriente Próximo.

Es posible que no exista ningún otro caso en la historia en el que una nación haya prometido a otra una cantidad tan enorme de riqueza y asumido una colección de compromisos tan grandes como Estados Unidos a cambio de que Israel firmara el acuerdo Sinaí II. De hecho, el ministro de Defensa israelí de la época, Simon Peres, resumió los beneficios obtenidos por el Estado de Israel al decir que «dimos poco y obtuvimos muchísimo»[171].

El 22 de febrero de 1976, la implementación de Sinaí II, que incluía una retirada de tropas israelíes en la Península y el redespliegue de las fuerzas israelíes y egipcias en nuevas ubicaciones, se había completado. En términos generales, Sinaí II (y en realidad lo mismo puede decirse de Sinaí I) fue un paso gigantesco hacia el final de la ocupación de la Península. El gobierno israelí rompió uno de sus propios tabúes y demostró que estaba dispuesto a devolver las tierras ocupadas en 1967 (aunque cabe señalar aquí que, en comparación con Cisjordania, por ejemplo, el Sinaí tenía muy poco valor para los israelíes y por ello renunciar a él era relativamente fácil). Por su parte, el presidente el-Sadat demostró que era posible obtener concesiones de los israelíes, aunque ello tuviera un precio elevado e implicara una negociación prolongada. Un hecho no menos importante es que la serie de acuerdos alcanzados entre Israel y Egipto tras el final de la guerra de 1973 también demostró que la contribución de Washington era decisiva tanto para poner fin a la ocupación israelí como para forjar acuerdos de paz con sus vecinos árabes. Aunque es evidente que la responsabilidad recae principalmente sobre las partes mismas, en la posguerra de 1973 Estados Unidos demostró que su intervención podía ser crucial para la negociación de los acuerdos al aprovechar su influencia diplomática y financiera para empujar a ambas partes en el camino de la reconciliación.

SEGUNDA PARTE

La segunda década, 1977-1987

5

Los años del Likud

Algunos años se distinguen porque adquieren una fama extraordinaria. Para los israelíes y los árabes, 1977 es claramente uno de esos años y las dos personas que lo convirtieron en un año tan especial fueron el presidente el-Sadat de Egipto, que para entonces cumplía siete años en el cargo, y Menajem Beguin.

Nacido en Brest-Litovsk, Rusia, en 1913, Beguin era un ardiente sionista desde temprana edad, y tras graduarse en derecho en la Universidad de Varsovia se convirtió en abogado. Sus padres y otros parientes murieron víctimas de los nazis en el Holocausto, una experiencia que sería determinante en su vida política y en su visión del mundo. En 1942 Beguin emigró al Mandato británico de Palestina, donde reaccionó con furor ante la política británica que restringía la inmigración judía y se convirtió en un actor principal en la lucha contra el Mandato, al encabezar un grupo terrorista clandestino conocido como el Irgún y llevar a cabo atroces actos de violencia tanto contra los británicos como contra los árabes. En 1946, el Irgún mató a noventa y una personas cuando voló un ala del hotel Rey David de Jerusalén, donde estaba el cuartel general de las autoridades británicas; y en 1948, sus milicianos intervinieron en la masacre de árabes en la aldea de Deir Yassin, cerca de Jerusalén, un incidente tristemente célebre que aceleró el éxodo árabe de Palestina en las semanas previas a la fundación del estado de Israel.

En las elecciones de 1977, Beguin, que había pasado la mayor parte de su carrera política dirigiendo la oposición al gobierno laborista en la Kneset, se presentó a la cabeza del bloque nacionalista de derecha conocido como el Likud y causó un enorme revuelo al convertirse en primer ministro, el primero perteneciente a la derecha en Israel, y poner fin a casi tres décadas de hegemonía laborista.

Beguin era un creyente fanático en el derecho histórico de los judíos a la

Eretz Yisrael bíblica, el corazón de la cual era Cisjordania, una región a la que él solo se refería usando la denominación bíblica «Judea y Samaria». Este nombre había sido adoptado oficialmente en diciembre de 1967, cuando el gobierno militar publicó una orden en la que declaraba que «la región de Judea y Samaria» tenía el mismo significado que la expresión «la región de la Ribera Occidental» (Cisjordania), una denominación que, según se creía, vinculaba el área con la «Ribera Oriental» (Transjordania) y, por tanto, sugería implícitamente la soberanía jordana. Aunque este cambio terminológico apenas se utilizó en su momento, al referirse públicamente a «Judea y Samaria» ahora, el nuevo primer ministro intentaba entreverar el pasado con el futuro e insinuar que la región era una parte indisoluble de Israel, una parte que era necesario, tal como señalaba el programa del Likud, colonizar mediante «asentamientos urbanos y rurales»[172].

Con todo, antes de ello Beguin tenía que formar un gobierno de coalición y dos nombramientos en particular resultarían especialmente significativos para el destino de los territorios ocupados. Uno fue el de Moshe Dayan, otrora un estandarte del movimiento laborista y hasta 1973 la figura más influyente en todo lo relativo a los territorios ocupados, a quien Beguin invitó a ser ministro de Asuntos Exteriores. Dayan, que había sido relegado a una suerte de limbo político tras haber sido incapaz de prever el ataque de Egipto y Siria en 1973, vio en el ofrecimiento una oportunidad de restituir su maltrecha reputación[173]. El otro nombramiento significativo fue el del antiguo general del ejército Ariel Sharon, a quien Beguin convirtió en ministro de Agricultura y, más importante todavía, en jefe del comité ministerial responsable de los asentamientos en los territorios ocupados. Con la aprobación parlamentaria del gobierno de Beguin se abrió un nuevo capítulo en la historia de Israel y su relación con los territorios ocupados.

Un encuentro crucial en Rabat

Al igual que los primeros ministros que le antecedieron, Beguin prefería resolver la disputa con los palestinos en el marco de un acuerdo más amplio entre Israel y Jordania; la idea de un estado palestino independiente en Judea y Samaria incrustado entre Jordania e Israel era para Beguin, como para muchos otros en la década de 1970, inconcebible. Para confirmar si era posible llegar a un acuerdo con los jordanos, el primer ministro envió al

nuevo ministro de Asuntos Exteriores a reunirse en secreto con el rey Husein. El encuentro tuvo lugar el 22 de agosto de 1977 en Londres, pero Dayan encontró al monarca inflexible: solo firmaría un acuerdo con Israel si se le ofrecía una concesión tangible, a saber, una retirada sustancial de Cisjordania, incluida Jerusalén Oriental; para Beguin eso no era ningún punto de partida[174].

Lo cierto, sin embargo, era que ni Jordania ni los palestinos eran la principal prioridad de Beguin. Su prioridad era Egipto, «Egipto primero»: un acuerdo de paz con Egipto pondría realmente fin al peligro de la destrucción de Israel, pues sacaría del círculo bélico al país árabe con el ejército más poderoso y, probablemente, también allanaría el camino para que los demás siguieran su ejemplo. El primer ministro acudió al rey Hasán II de Marruecos para saber si él estaba en condiciones de organizar una reunión discreta de alto nivel entre Egipto e Israel en la que ambos países pudieran debatir sus diferencias. El rey Hasán estaba bien posicionado para actuar como mediador, pues Marruecos, hogar de la mayor comunidad judía del mundo árabe, era bastante más cercano a Israel que ningún otro país árabe y el monarca estaba en buenos términos con el presidente Anwar el-Sadat. En cuestión de días, Hasán tenía la respuesta del mandatario egipcio: estaba de acuerdo con que su viceprimer ministro, Muhamed Hassen el-Tohami, se reuniera con el ministro de Exteriores israelí en Marruecos.

Este encuentro se celebró el 16 de septiembre de 1977. Un extracto de un informe interno del Mosad (el servicio de inteligencia israelí) describe la escena:

> El ministro de Asuntos Exteriores [Dayan] llegó a Rabat en un vuelo especial a las 19.15… acompañado de su guardaespaldas… A su llegada los visitantes fueron conducidos a la casa de invitados del rey… El grupo fue recibido por el ministro de la corte, tras lo cual Dayan se quitó el disfraz. Los invitados se sentaron formando un semicírculo en un lugar en el que había varias mesas de té… La reunión duró cuatro horas sin interrupción, y continuó incluso cuando el rey tuvo que ausentarse para ver a su madre, que había llegado de visita[175].

De ese informe secreto se desprende que Dayan y el-Tohami hablaron sobre todo de cómo Israel y Egipto podían llegar a un acuerdo mediante el cual Egipto ofreciera una paz plena e Israel, a cambio, pusiera fin a la ocupación del Sinaí. Los enviados conversaron también acerca de la cuestión

palestina, pues si Egipto no hacía algo al respecto, el mundo árabe le acusaría de estar traicionando la causa del pueblo palestino. Si bien se discutieron diferentes propuestas, hubo una cuestión en la que parecían estar de acuerdo, a saber, que la OLP y su cabeza, Arafat, eran absolutamente perjudiciales y suponían «un peligro para el futuro de Israel y un riesgo para el rey de Jordania». La razón de ello era, por un lado, que la OLP no solo reclamaba para los palestinos Cisjordania y la Franja de Gaza sino también el territorio del estado de Israel y, por otro, la hostilidad que la organización profesaba hacia ciertos regímenes árabes, en particular la monarquía jordana, país en el que tenía un considerable apoyo, porque la mayoría de los jordanos eran palestinos. Para garantizar que la OLP no perturbara cualquier esfuerzo por alcanzar la paz, intentara, como hiciera a comienzos de la década de 1970, derrocar al rey Husein, el-Tohami propuso que otros países árabes que tenían cierta influencia sobre Arafat debido al apoyo político y financiero que ofrecían a la OLP (en alusión a Arabia Saudita y Egipto), «pueden controlar conjuntamente a los radicales [es decir, la OLP] y mantener al rey de Jordania en el trono».

Dayan voló directamente de Rabat a Israel para informar al primer ministro en persona, antes de viajar a Estados Unidos para una reunión con el presidente Carter concertada de antemano. Incluso si el mandatario estadounidense sabía del encuentro secreto entre Dayan y el-Tohami en Marruecos gracias a sus propios servicios de espionaje, todo parece indicar que no lo consideró un acontecimiento significativo. En su reunión con Dayan, el presidente estadounidense fue cortante y advirtió al visitante de que Israel estaba adoptando «una posición intransigente y el bando árabe parece ser más flexible». Carter, además, estaba furioso por la decisión de Israel de proseguir con la política de construcción de asentamientos, que el Likud, el partido de Beguin, estaba resuelto a acelerar[176]. Dayan quedó desconcertado: los dirigentes israelíes no estaban acostumbrados a que se les tratara de forma tan tajante en la Casa Blanca. Aun así, el cambio de estilo no debería haberle sorprendido, pues el presidente Carter, un sureño que se movía en un ambiente social relativamente libre de la influencia judía, era menos receptivo que sus predecesores al *lobby* judío en Estados Unidos, que solía tomar partido por Israel de forma casi automática.

El accidentado camino hacia el final de la ocupación

del Sinaí

Entre tanto, en Egipto, el presidente el-Sadat estaba desarrollando un plan por su cuenta. El-Tohami le había ofrecido un informe muy positivo acerca de la reunión secreta que había tenido con el ministro de Exteriores israelí en Rabat y el posible acuerdo de paz que habían esbozado entre ambos. Mohamed Heikal, un destacado periodista egipcio, ha señalado que si bien se desconoce como el-Tohami presentó la conversación con Dayan al presidente, el hecho es que «el-Sadat *entendió* que el mensaje era que Israel estaba preparado para retirarse del territorio egipcio»[177]. No mucho después, el 21 de octubre de 1977, y quizá por pura coincidencia, el presidente Carter envió al mandatario egipcio una carta manuscrita con una «solicitud personal de apoyo»[178]. En ella Carter le recordaba a el-Sadat que en la reunión que habían tenido en la Casa Blanca él le había prometido que «en el momento crucial… cuando surjan obstáculos a nuestra búsqueda común de la paz en Oriente Próximo», el presidente podría contar con su apoyo. Ahora, continuaba la carta, «hemos alcanzado ese momento y necesito su ayuda… ha llegado la hora de avanzar [en el proceso de paz]».

El-Sadat tenía cierta inclinación por los gestos audaces, y es claro que las posibilidades planteadas en la reunión de el-Tohami con Dayan habían encendido su imaginación. Además de eso, y de la sentida carta del presidente Carter, hubo un tercer factor crucial: la promesa que advertía en el recién elegido primer ministro israelí, Beguin, a quien consideraba un líder fuerte en el que era posible confiar para tomar decisiones difíciles. El mandatario egipcio llegó a esta conclusión en parte tras una reunión con un amigo mutuo de él y Beguin, el presidente rumano Nicolae Ceausescu. En la visita que en septiembre de 1977 realizó a Rumanía, el-Sadat preguntó al líder rumano: «Ya has visto a Beguin… dime: en primer lugar, según tú opinión, ¿quiere la paz? Y, en segundo lugar, ¿es fuerte [lo suficiente para cumplir]?»[179]. Ceausescu le confirmó que efectivamente Beguin estaba interesado en la paz y era un líder fuerte. Esa era la confirmación que el-Sadat necesitaba, y animado por ello decidió hacer un movimiento osado: ofrecerse públicamente a entablar un diálogo de paz directo y franco con Israel.

Lo hizo el 9 de noviembre de 1977, durante un discurso ante la Asamblea Nacional egipcia, cuando dejó atónito a su auditorio al declarar que estaba preparado «para ir a los confines de la tierra si con ello evitara que un soldado, un oficial, entre mis hijos, resulte herido, no muerto, solo

herido»[180]. Y añadió: «Israel se sorprenderá… estoy listo para ir a su propia casa, a la Kneset misma, para hablar con ellos». Esta declaración espectacular inauguró una nueva fase diplomática en la que el-Sadat se convirtió en impulsor del proceso, forzó al primer ministro Beguin a responder a sus iniciativas, relegó a Estados Unidos a la condición de mero espectador, al menos por el momento, y dejó a la Unión Soviética, a la que el-Sadat despreciaba, totalmente al margen.

Obligado a reaccionar al desafío planteado por el-Sadat, Beguin le invitó a visitar Jerusalén, aunque tanto las declaraciones públicas del primer ministro como su invitación formal por escrito carecieron de la audacia demostrada por el mandatario egipcio. Eso quizá no resultara una sorpresa, pues en muchos sentidos los dos hombres eran polos opuestos y en términos de personalidad y estilo tenían muy poco en común: el-Sadat era afable y extrovertido, mientras que Beguin era solemne, formal, pedante y extremadamente legalista. Ahora, sin embargo, ambos iban a marchar juntos.

Una sorpresa desagradable en Jerusalén

El 19 de noviembre Anwar el-Sadat, aterrizó en el aeropuerto Ben-Gurion, cerca de Tel Aviv, donde se encontró con el primer ministro Beguin y muchos de los líderes pasados y presentes de Israel. A continuación, el grupo se desplazó a Jerusalén, donde las conversaciones pronto se torcieron y el mandatario egipcio se dio cuenta de que algo andaba muy mal. Del informe que el-Tohami le hiciera de su reunión de septiembre con Dayan en Rabat, el-Sadat había interpretado que el ministro de Exteriores israelí había prometido que Israel se retiraría del Sinaí y abandonaría los asentamientos construidos allí. Sin embargo, en la reunión de Jerusalén Beguin le dijo a el-Sadat que eso no era así. Dayan, que también estaba presente, añadió que en su reunión secreta con el-Tohami no había prometido nada semejante. El mandatario egipcio insistió: «El-Tohami dijo que ustedes estaban preparados para retirarse»; a lo que Dayan replicó: «Señor presidente, yo no dije eso» y, un poco después, «si el-Tohami dijo que estábamos preparados para retirarnos, miente».

La transcripción de la reunión de Rabat respalda la afirmación de Dayan; en ella se le cita diciendo a el-Tohami que él no se considera más que «un enviado de Beguin y, por tanto, tiene que plantearle todas las cuestiones a

Beguin y no puede [prometer nada] antes de haber oído a Beguin»[181]. En lo que respecta a los asentamientos judíos en el Sinaí, de la transcripción de las conversaciones se deduce que la intención de Dayan era que Israel los conservara incluso después de haberse retirado del resto del desierto y utilizara patrullas militares para garantizar su seguridad (de los asentamientos a Dayan le interesaba en particular el bloque de Yamit, que serviría como zona de separación entre el Sinaí y la Franja de Gaza). Dayan le preguntó a el-Tohami: «¿Qué pasaría con los asentamientos… si nos retiramos? ¿Permitirían ustedes que permanecieran bajo nuestra soberanía?»[182].

La transcripción, por supuesto, no da cuenta del tono de Dayan: ¿era conciliador y sugería de algún modo que si Egipto presionaba, Israel se retiraría incluso de los asentamientos, o, por el contrario, era severo e inflexible? El documento está redactado en tercera persona en hebreo y es más un resumen de lo que el ministro de Exteriores dijo a el-Tohami; quienes conocieron a Dayan darían fe de que uno nunca podía estar seguro del verdadero significado de sus palabras y que su modo de expresarse a menudo parecía deliberadamente oscuro, como ocurría también con su tono. No obstante, sin importar cómo se explique la confusión, el hecho es que el-Sadat, aunque evidentemente molesto por este inesperado giro de los acontecimientos, ya estaba en Jerusalén y su iniciativa de paz avanzaba a toda marcha.

El punto culminante de la visita se produjo el día siguiente en la Kneset, donde, ante un auditorio abarrotado, el-Sadat reveló su programa de paz. El núcleo del mensaje lo constituía la promesa de que «nosotros real y sinceramente os damos la bienvenida para que viváis entre nosotros con paz y seguridad»[183]. Pero, a cambio, Israel tenía que desempeñar su papel en el trato: retirarse *completamente* del Sinaí y el resto de territorios árabes ocupados, incluida Jerusalén Oriental, y afrentar sin rodeos la cuestión palestina que, como dijo el-Sadat, era «el meollo del problema», lo que suponía, entre otras cosas, aceptar la creación de un estado palestino y reconocer el derecho de los refugiados palestinos a regresar al territorio de Israel propiamente dicho. Con todo, el-Sadat se abstuvo de mencionar a la OLP, consciente de que ello suscitaría una respuesta enérgica y sería contraproducente.

Las demandas de el-Sadat dejaron tan estupefactos a los israelíes que el ministro de Defensa, Ezer Weizman, garabateó una nota y se la pasó a Beguin: «Tenemos que preparamos para la guerra», decía[184]. Hoy nos

resulta difícil entender por qué las ideas de el-Sadat acerca de la creación de un estado palestino, la retirada completa de los territorios ocupados, en particular de Jerusalén Oriental, la Jerusalén árabe, y el derecho al retorno de los palestinos (cuestiones todas ellas que en la actualidad se discuten en las conversaciones de paz) fueron entonces consideradas violentas por sus oyentes, pero debemos recordar que en 1977 todas esas cuestiones seguían siendo básicamente temas tabú.

Cuarenta y tres horas después de haber aterrizado en Israel, el-Sadat regresó a El Cairo. En retrospectiva es posible entender que el logro más importante de ese viaje fue, de lejos, que con un único gesto grandioso el mandatario egipcio había conseguido romper la barrera psicología de sospecha, desconfianza, miedo, odio e incomprensión mutuas que durante tanto tiempo había existido entre Israel y Egipto. El-Sadat, sabemos hoy, se negó enérgicamente a emprender el viaje a Israel con un orden de prioridades: la visita misma, como dejó en claro a sus consejeros, *era* la prioridad. Ahora los israelíes y los egipcios podían por fin ponerse manos a la obra y abordar la sustancia de su disputa, el meollo de la cual lo formaba la cuestión de la retirada de los territorios ocupados a cambio de la aceptación del estado judío por los países árabes. El camino, sin embargo, no iba a ser sencillo.

Convencer a los estadounidenses

El 17 de diciembre el primer ministro Beguin visitó Washington, donde expuso al presidente Carter la respuesta oficial de Israel a la iniciativa de paz de el-Sadat. Fue Dayan, siempre astuto, quien instó al primer ministro a presentar la respuesta de Israel a Washington antes que directamente a el-Sadat, «para mantener la coordinación con los estadounidenses y asegurarnos de que están de nuestra parte»[185]. Además, según pensaba Dayan y Beguin coincidió con él, Egipto se mostraría más flexible ante una propuesta si esta la planteaba Estados Unidos en lugar de los israelíes (y lo mismo podría decirse de los países árabes en general).

En Washington se puso de manifiesto que lo que el primer ministro buscaba era un tratado separado con Egipto, cosa que era evidente que el-Sadat no deseaba, pues necesitaba también una solución al problema palestino para evitar que se le culpara de estar abandonando la causa palestina. En el encuentro con el presidente Carter, Beguin presentó una propuesta sobre el

Sinaí que si bien no era precisamente generosa, al menos evidenciaba una relativa apertura. Beguin dijo que Israel pondría fin a la ocupación del Sinaí, pero insistiría en conservar los trece asentamientos que tenía allí, que para entonces albergaban a unos cuatro mil colonos; esta sería, propuso, una zona especial administrada por Naciones Unidas y patrullada por un contingente de las fuerzas de seguridad israelíes[186]. La mayor parte de la península del Sinaí, continuó explicando el primer ministro, quedaría desmilitarizada (cerca de la frontera con Israel solo se permitiría, si acaso, la presencia de unos cuantos soldados egipcios) e Israel insistiría en la necesidad de establecer puestos de alerta temprana en posiciones clave de la zona para estar sobre aviso de cualquier ataque inminente por parte de Egipto. El estrecho de Tirán, una fuente de tensiones entre Israel y Egipto, sería declarado aguas internacionales y nunca volvería a bloquearse el paso a los buques israelíes.

Consciente de que tendría que ofrecer a el-Sadat algo en el frente palestino, el primer ministro presentó a Carter un programa de autonomía palestina de veintidós puntos. La idea que formaba el núcleo de ese programa era que si bien Israel otorgaría autonomía *personal* al *pueblo* palestino residente en Cisjordania y la Franja de Gaza, lo que permitiría a los palestinos gestionar sus vidas sin intervención alguna por parte de Israel, por otro lado los palestinos no tendrían ningún tipo de control sobre el territorio, pues los territorios seguirían en manos de Israel y no habría en ellos otra soberanía que la israelí[187]. El programa de autonomía de Beguin preveía un consejo administrativo formado por once palestinos, elegidos mediante una votación general, directa, personal, igualitaria y secreta. El consejo crearía departamentos para los distintos ámbitos de actividad civil, hasta entonces controlados por el ejército israelí, como la educación, el comercio, el turismo, la agricultura, la sanidad, etc., mientras que la seguridad y las relaciones internacionales, los atributos más importantes de la soberanía, continuarían siendo responsabilidad de Israel. Beguin proponía que este consejo palestino tuviera su sede en la apacible ciudad de Belén (obviamente no en Jerusalén, que Israel consideraba su capital), se renovara cada cuatro años y nombrara «a uno de sus miembros para representarlo ante el gobierno de Israel para la discusión de los asuntos de interés mutuo»[188].

Los detalles del plan que Beguin expuso en Washington se negociarían entre Israel, Egipto, Jordania y líderes palestinos locales, residentes en las tierras bajo control israelí (la OLP quedaría excluida) y al final del período de negociación, los residentes de Cisjordania y la Franja de Gaza «tendrán la

libertad de elegir entre la ciudadanía israelí o la jordana» y, de acuerdo con su elección, se les autorizará a votar para las instituciones del estado.

Aunque la propuesta de autonomía de Beguin no suscitó ningún entusiasmo en el presidente Carter y su equipo, que vieron en ella un intento de absorber para siempre los territorios ocupados de Palestina con su oferta de autonomía en lugar de soberanía, los estadounidenses declararon que el programa era una «base razonable» para posteriores conversaciones y un «punto de partida realista para las negociaciones»[189]. Sin embargo, cuando conoció los informes sobre el plan Beguin, el presidente egipcio se sintió sumamente decepcionado. El enfoque del primer ministro, consideró el-Sadat, no era de ninguna ayuda: Beguin no había sabido corresponder a su generoso gesto. A fin de cuentas, desde el punto de vista de el-Sadat, con su visita a Jerusalén había dado a Israel la legitimidad que tanto buscaba en el mundo árabe. El mandatario había abrigado la esperanza de que su gesto impresionara tanto a los israelíes que los hiciera ser más generosos y darle lo que él en verdad necesitaba para alcanzar un acuerdo de paz: una mano amiga para hacer frente a la oposición tanto en el mismo Egipto como en el resto del mundo árabe, que en ese momento abanderaba el Frente de la Resistencia y la Confrontación formado por Siria, Irak, Argelia, Libia y Yemen del Sur. Por desgracia, todo lo que Beguin le ofrecía era un dedo, no una mano, y la fe de el-Sadat en el primer ministro israelí disminuyó muchísimo.

Colisión en ismailía

El 25 de diciembre los dos líderes celebraron una cumbre en Ismailía, Egipto, en la costa occidental del canal de Suez; el-Sadat descartó la posibilidad de invitar a Beguin a El Cairo porque no estaba seguro de qué clase de recibimiento le depararía el pueblo de la capital al primer ministro israelí. La magia y el dramatismo de la visita de el-Sadat a Jerusalén eran para entonces un recuerdo borroso; en esta ocasión no hubo bandas ni banderas de Israel ni bienvenida a la delegación israelí, y las reuniones mismas estuvieron lejos de salir bien.

El primer ministro Beguin se opuso categóricamente a vincular el final de la ocupación del Sinaí con la retirada de Israel de los demás territorios capturados en 1967, algo en lo que el-Sadat no dejaba de insistir. La solicitud del mandatario egipcio de que Israel aceptara el principio de «la

inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra» también se topó con un rechazo tajante. Beguin, el abogado puntilloso, era consciente, por supuesto, de que reconocer este principio lo obligaría a renunciar a todos los territorios ocupados: si era inadmisible ganar territorios a través de la guerra, entonces Israel no solo tendría que renunciar al Sinaí sino también a los Altos del Golán, Cisjordania, Jerusalén Oriental y la Franja de Gaza, territorios que había adquirido en la guerra de 1967. El primer ministro insistió en que el principio de «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra» no debía aplicarse a lo ocurrido en 1967 porque entonces, según dijo, Israel había librado una «guerra defensiva» y el derecho internacional, de acuerdo con su interpretación, sí reconocían la adquisición de territorio por el bando que está siendo atacado. De lo contrario, argumentó y continuaría insistiendo en ello a lo largo de las semanas y meses siguientes, un agresor potencial siempre estaría en una situación beneficiosa: si la agresión consigue su objetivo, gana; y si fracasa, recuperará lo perdido en el conflicto con base en el principio de «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra».

A este importante desacuerdo se sumó la constante insistencia del primer ministro en que debía permitirse a Israel conservar los asentamientos judíos del Sinaí, no tanto los asentamientos aislados en general como el bloque de Yamit, que tenía un gran valor estratégico, pues siendo una cuña entre el Sinaí egipcio y la Franja de Gaza impediría el potencial contrabando de armas hacia la Franja por parte de los beduinos del desierto. El-Sadat, furioso, rechazó semejante posibilidad sin pensarlo dos veces: «Si le digo a mi pueblo que Beguin quiere quedarse con sus asentamientos en el Sinaí —le dijo al primer ministro—, me lapidan»[190].

La declaración conjunta sobre las conversaciones leída al final de la cumbre por el anfitrión reflejó la brecha que seguía existiendo entre las partes en muchas cuestiones, en particular en lo referente al futuro de los palestinos. «El punto de vista de Egipto —leyó el-Sadat— es que debe establecerse un estado palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza. El punto de vista de Israel es que los palestinos árabes que viven en Judea, Samaria y la Franja de Gaza deben tener un autogobierno.»[191] La cumbre, por tanto, terminó en un punto muerto y contribuyó a deteriorar el ambiente entre ambos países, que apenas un mes antes parecía tan prometedor. Y la situación estaba a punto de empeorar aún más.

Pasos atrás

Poco después de reunirse con el-Sadat en Ismailía, Beguin puso nuevos obstáculos al proceso cuando el gobierno, atendiendo a una propuesta del ministro de Agricultura, Ariel Sharon, decidió construir veinte asentamientos nuevos en el Sinaí ocupado. No hay duda de que con ello Israel pretendía crear más hechos consumados que pudiera utilizar como moneda de cambio en las conversaciones con Egipto (por ejemplo, ofreciéndose a renunciar a los nuevos asentamientos del Sinaí a cambio de que se le permitiera conservar los ya existentes, en particular, como hemos apuntado, el bloque de Yamit). «Tenemos que intentar [esta táctica]», dijo Dayan, que respaldó la propuesta de Sharon[192]. La maquinaria pesada no tardó en empezar las obras en el Sinaí y los periódicos lo anunciaron en los titulares: «Sharon construye nuevos asentamientos en el Sinaí». El momento elegido, probablemente de forma deliberada, fue desastroso, pues coincidió con la visita del presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, a El Cairo. El proyecto enfureció por igual al mandatario estadounidense y al presidente egipcio, que sospecharon que el primer ministro Beguin estaba viciando el proceso de paz a propósito[193]. Ambos advirtieron la táctica negociadora que reflejaban los nuevos asentamientos, y si hubo un resultado fue el endurecimiento de la postura de Egipto: en una entrevista con la revista egipcia *Octubre*, el-Sadat prometió abiertamente que no permitiría que quedara en territorio egipcio ni un solo asentamiento israelí; si el primer ministro Beguin quería roturar la tierra antes de abandonar el Sinaí, dijo, tenía libertad para hacerlo.

Eso, sin embargo, no consiguió impresionar a los israelíes, que siguieron construyendo más asentamientos en el Sinaí, donde solo en 1978 se establecieron en la ciudad de Yamit entre ciento cincuenta y doscientas nuevas familias, para disgusto no solo de el-Sadat sino también de Washington. Allí, el secretario de Estado, Cyrus Vance, hizo una enérgica declaración el 10 de febrero en la que sostuvo que la construcción de asentamientos judíos en las tierras ocupadas era contraria al derecho internacional. En respuesta a ello, el gobierno de Beguin replicó que el programa de asentamientos del estado de Israel «estaba en total armonía con la ley internacional y siempre ha sido legal, legítimo y esencial», y que, por tanto, Israel invitaba a Estados Unidos a «reconsiderar su posición»[194].

Entre el 21 y el 22 de marzo hubo en Washington una serie de reuniones entre el presidente Carter y Beguin en las que el presidente estadounidense se

mostró indignado y combativo. «Las perspectivas para el futuro me parecen desalentadoras —le dijo al primer ministro—. Tendré que presentar un informe a los miembros del Congreso… y les diré… que ustedes no están dispuestos a poner fin a la expansión o creación de nuevos asentamientos, que no están dispuestos a renunciar a los asentamientos en el Sinaí.»[195]

Fase final en Camp David

No fue una gran sorpresa que para el verano de 1978 la iniciativa de paz de el-Sadat, que el año anterior había tenido un comienzo tan esperanzador en Jerusalén, hubiera perdido fuerza. Para el presidente el-Sadat, todavía ofendido por los desaires de Beguin, la última gota llegó el 23 de julio, cuando el primer ministro rechazó la solicitud del mandatario egipcio de hacer un modesto gesto de buena voluntad en apoyo del proceso de paz mediante una retirada simbólica en el Sinaí. «Ni siquiera un grano de arena del desierto» —le replicó Beguin—. «Nadie da algo a cambio de nada.»[196] Tras ello, el presidente Carter decidió arriesgarse y realizar una última jugada.

El 3 de agosto redactó una carta manuscrita al presidente el-Sadat en la que expresaba su creciente frustración por el «escaso progreso» alcanzado en el proceso de paz y añadía que, «tan pronto como sea posible, quisiera reunirme en persona con usted y el primer ministro Beguin… en Camp David [la residencia de descanso del presidente en Maryland, Estados Unidos]… Albergo la esperanza de que los tres, en compañía de nuestros principales consejeros, trabajemos juntos en un aislamiento relativo»[197]. Luego escribió una carta similar a Beguin. La estrategia de Carter era en extremo arriesgada, pues las cuestiones en juego eran difíciles de resolver: por un lado, la insistencia de el-Sadat en el fin de la ocupación israelí en todo el Sinaí, una solución del problema palestino que incluyera abordar dos asuntos tan delicados como el futuro de Jerusalén y el derecho de retorno de los refugiados al territorio de la antigua Palestina; por otro, el intento de Beguin de minimizar el precio que tendría que pagar para poder firmar la paz con Egipto. Y el peligro era que si una cumbre de tan alto nivel fracasaba, la esperanza de alcanzar cualquier tipo de solución se desvanecería por completo.

Resultó ser una invitación que ni el-Sadat ni Beguin podían rechazar, así que ambos, acompañados por sus delegados, llegaron a Camp David el 5 de

septiembre de 1978. Ese primer día no se celebraron reuniones de importancia, pero incluso durante los breves encuentros preliminares que tuvo con cada uno de los dos líderes, Carter encontró a el-Sadat afable, entusiasta y abierto, mientras que, en comparación, el primer ministro le pareció tan rígido como de costumbre: falto de imaginación, preocupado por tecnicismos y, en términos generales, poco colaborador[198].

Al día siguiente, el presidente Carter organizó una reunión cara a cara entre el-Sadat y Beguin sin asesores; fue un encuentro arduo y desagradable[199]. Como parte del acuerdo de paz con Egipto, explicó el-Sadat leyendo un documento preparado para la ocasión, Israel tendría que retirarse del Sinaí, incluidos los aeródromos y asentamientos que había construido desde 1967, y de Jerusalén Oriental (esto último, en particular, resultaba bastante provocador, y el-Sadat tenía que saberlo porque era algo que la mayor parte de la opinión pública israelí rechazaba como inadmisible). Israel, prosiguió leyendo el-Sadat, también debía permitir la autodeterminación del pueblo palestino (otra línea roja para la mayoría de los israelíes, pues en esa época eso se consideraba una amenaza directa para la seguridad de Israel), reconocer el derecho de los refugiados palestinos a regresar a Israel (algo que la mayoría de los israelíes, de izquierda o de derecha, no aceptaba entonces y tampoco hoy) y pagar una compensación completa por el daño causado por sus fuerzas armadas y la explotación de los recursos naturales de los territorios ocupados (por ejemplo, la extracción de petróleo de los yacimientos del Sinaí). El-Sadat también insistió en que *antes* de firmar cualquier acuerdo entre Israel y Egipto sobre el Sinaí, era necesario firmar sobre los palestinos con el fin de que, en lo que respecta a ellos, «la gente no diga que los traicioné»[200]. Beguin comentaría más tarde que necesitó «muchísimo autocontrol para no estallar» mientras escuchaba a el-Sadat leer lo que con sarcasmo llamó «el *tzetalé*» (el trozo de papel, en *yiddish*)[201].

En la siguiente reunión, el primer ministro respondió a la propuesta de el-Sadat repasando punto por punto el documento presentado por este, que de entrada le parecía inadmisible. No aceptaba el plan de el-Sadat para los palestinos porque, según explicó, conduciría a la creación de un estado palestino, algo a lo que Beguin se oponía. Tampoco evacuaría a los colonos judíos del Sinaí porque «existe un consenso nacional [en Israel] acerca de los asentamientos… no aceptaremos desmantelar los asentamientos». El-Sadat, furioso, lo interrumpió: «Lo que no puedo entender es qué hacen sus asentamientos en mi territorio»[202]. Los ánimos acabaron de caldearse

cuando, a propósito de la idea de el-Sadat de que Israel debía pagar compensaciones, el primer ministro dijo que parecía propio «de un estado victorioso que dicta los términos de la paz al derrotado». Pensando por error que Beguin estaba refiriéndose a Egipto como nación derrotada, el-Sadat contraatacó: «¿Una nación derrotada? Lo fuimos, pero después de [la guerra de] octubre de 1973 [en la que Egipto logró cruzar el canal de Suez] dejamos de ser los derrotados»[203]. Y añadió: «Primer ministro Beguin, seguridad [para Israel], sí. Territorio: ¡no!». Más tarde, el presidente Carter confiaría a su diario: «Pensé que el-Sadat iba a explotar»[204].

El ministro de Defensa, Ezer Weizman, que acompañó al primer ministro a la cumbre, resumiría más tarde el núcleo del problema que separaba a Beguin y el-Sadat:

> Cualquiera que observara a los dos hombres no podía pasar por alto la profunda divergencia de sus actitudes. Ambos deseaban la paz. Pero mientras el-Sadat quería tomarla por asalto, capitalizando el impulso derivado de su visita a Jerusalén para alcanzar el objetivo final, Beguin prefería arrastrarse hacia ella centímetro a centímetro. Cogió el sueño de la paz y lo trituró hasta convertirlo en el polvo fino y seco de los detalles, las cláusulas legales y las citas de las leyes internacionales[205].

Habiendo concluido tras ese encuentro que los dos mandatarios no podían interactuar de forma constructiva a nivel personal, el presidente Carter decidió que a partir de ese momento mantendría separados a Beguin y el-Sadat. Los dos líderes nunca volvieron a verse las caras durante la cumbre, y Carter asumió la tarea de servir de intermediario entre ambos y ser quien transmitiera las propuestas de una parte a la otra.

La cumbre cumplía cinco días, con escasos progresos, cuando Carter entregó a las partes un borrador de diecisiete páginas elaborado por el equipo estadounidense en el que se presentaban los principios del acuerdo de paz; primero mostró el documento a los israelíes (como solían hacer los estadounidenses) y luego lo discutió con el primer ministro, quien en tono grave y sombrío calificó la propuesta de Carter como «inaceptable». Beguin se oponía en particular a la idea, sobre la que seguían insistiendo el-Sadat, de que el documento incluyera la frase «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra», como de hecho lo hacía. Como hemos señalado, la aceptación del principio por parte de Israel podía aumentar todavía más las presiones para que se retirara de los demás territorios

ocupados adquiridos mediante la guerra en 1967. Y si bien en el borrador Carter también procuraba abordar la cuestión palestina para que el mundo árabe no fuera a acusar a el-Sadat de haber abandonado ese frente, el primer ministro seguía resistiéndose a cualquier intento de dar a los palestinos algo más que una forma de autogobierno muy limitada, similar a la que él había presentado en Washington en diciembre del año anterior. Cuando Beguin pasó a esbozar todos los controles, derechos de veto y privilegios que Israel tendría sobre los asuntos palestinos, Carter, frustrado, estalló: «¡Lo que usted quiere es convertir Cisjordania en una parte de Israel!»[206]. El destino de los asentamientos judíos del Sinaí que Israel quería conservar también continuó lastrando los esfuerzos de Camp David: el viernes 15 de septiembre el ministro de Asunto Exteriores de Israel, Moshe Dayan, dejó en claro a el-Sadat que Israel no tenía ninguna intención de evacuar los asentamientos en el Sinaí, tras lo cual el mandatario egipcio, desengañado, replicó: «Sí, sí, lo sé muy bien, Moshe. Vosotros queréis mi tierra… Pero yo no puedo aceptar eso»[207].

Tras diez días de conversaciones, Carter, decepcionado por la falta de resultados, enfrentó a los dos líderes. Habiendo concluido que Beguin probablemente nunca aceptaría que la frase «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra» figurara en el acuerdo, el presidente, en una invocación apasionada, pidió a el-Sadat que dejara pasar esa frase y aceptara en su lugar la declaración de que «todos aceptamos» la resolución 242 de la ONU. La resolución 242 solicita a Israel que se retire de los territorios ocupados en la guerra de 1967, menciona explícitamente la «inadmisibilidad de la adquisición de territorios mediante la guerra» y, además, Israel la había aceptado formalmente en 1970. El-Sadat estuvo de acuerdo y también lo hizo Beguin; más tarde el primer ministro explicaría que si bien la frase crítica aparece en el preámbulo a la resolución 242, esta, según su interpretación, no constituía una parte operativa del acuerdo.

De forma similar, Carter dedujo que era en extremo improbable que el-Sadat aceptara alguna vez la presencia de asentamientos judíos en territorio egipcio y mucho menos otro tipo instalaciones controladas por Israel, como los aeropuertos del Sinaí. Por tanto, en una dura conversación de cuatro horas y media de duración, Carter exigió al primer ministro que Israel renunciara a todos los sentamientos en el Sinaí, en especial ahora que el-Sadat había aceptado renunciar a su condición de que la frase acerca de la «inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra» figurara

en el tratado que debía salir de la cumbre. Además, Carter advirtió a Beguin de que el fracaso de la cumbre bien podía conducir a una ruptura en las relaciones entre Estados Unidos e Israel. La presión dio por fin resultado; como recuerda Zbigniew Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional de Carter: «Tras una discusión larga y acalorada, en la que Beguin gritó "ultimátum", "exigencias excesivas" y "suicidio político", el primer ministro acordó finalmente que delegaría en el Parlamento israelí, la Kneset, la decisión definitiva sobre el destino de los asentamientos judíos»[208]. Dejar la cuestión en manos de la Kneset ahorraba a Beguin el tener que tomar una decisión tremendamente impopular sobre una cuestión tan cercana a su corazón; se daba por sentado que en la Kneset la oposición, el Partido Laborista, contrario por lo general a la construcción de asentamientos, votaría a favor de abandonar el Sinaí, mientras que el partido de Beguin apoyaría mayoritariamente al primer ministro. Carter exigió esta promesa por escrito y Beguin redactó una carta en la que decía que

> dos semanas después de regresar a mi país, presentaré al Parlamento de Israel una moción para decidir la siguiente cuestión: si durante las negociaciones con el fin de concluir un tratado de paz entre Israel y Egipto se llega a acuerdos sobre todas las cuestiones pendientes, "¿está usted a favor del traslado de los colonos israelíes del Sinaí… o está usted a favor de mantener a los colonos antes mencionados en esas zonas?". El voto, señor presidente, sobre esta cuestión estará liberado por completo de la disciplina de partido usual en el Parlamento[209].

Dado que Carter aceptó que Estados Unidos financiara la construcción de aeródromos de reemplazo, Beguin también accedió a abandonar los que Israel había construido en el Sinaí.

Quedaba un único escollo de importancia, uno que habría de volver de forma recurrente en posteriores negociaciones: el futuro de Jerusalén. Mientras que el-Sadat no había dejado de insistir en vincular cualquier tratado de paz egipcio-israelí con un acuerdo más amplio, Beguin era partidario de un tratado bilateral más reducido directamente entre Israel y Egipto. Ahora esta diferencia de perspectivas se concentró en la disputa por el futuro de Jerusalén. Por un lado, los israelíes querían mantener la ciudad entera —la Jerusalén Occidental, judía, y la Oriental, árabe, que se habían anexionado ilegalmente en 1967— bajo su soberanía exclusiva; por otro, los egipcios consideraban que la Jerusalén Oriental debía regresar a manos árabes. Sin

embargo, ante la imposibilidad de alcanzar un acuerdo al respecto, el presidente Carter buscó una fórmula diplomática que permitiera a ambas partes cerrar un pacto en Camp David y, a la vez, esquivar la espinosa cuestión de Jerusalén. Al final, se decidió acordar que no estaban de acuerdo: el-Sadat y Beguin redactarían cartas exponiendo su posición sobre Jerusalén al presidente Carter, que las conservaría como documentos complementarios al pacto surgido de Camp David y para futuras conversaciones. Los mandatarios redactaron las cartas y las entregaron, pero, como era de esperarse, no había en su contenido nada que prometiera un acuerdo: mientras que Beguin declaró que Jerusalén era «indivisible» y «la capital de Israel», el-Sadat reiteró la idea de que Jerusalén Oriental era parte «indivisible» de Cisjordania y debía volver a la «soberanía árabe». Las cartas fueron una hoja de parra bastante endeble para ocultar el fracaso de las negociaciones acerca de esa cuestión, pero cumplieron su cometido: el domingo 17 de septiembre, ante las cámaras de la televisión mundial, el-Sadat y Beguin firmaron los Acuerdos de Camp David en la Casa Blanca.

Los Acuerdos de Camp David no fueron exactamente un acuerdo, y mucho menos uno definitivo, sino un marco y un conjunto de principios que debían servir de guía en las conversaciones posteriores que, se esperaba, conducirían dentro de un plazo específico a un tratado de paz permanente entre Egipto e Israel. Ese futuro tratado pondría fin a la ocupación del Sinaí y se tenía la esperanza de que condujera también, con base en los «principios adicionales» expuestos en los acuerdos, tanto al fin de la ocupación israelí de otras áreas como a tratados de paz entre Israel, Siria, El Líbano, Jordania y la totalidad del mundo árabe.

Los acuerdos también fijaron los principios para las negociaciones sobre el futuro de Cisjordania y la Franja de Gaza durante un período transicional que no debía superar los cinco años. Este período transicional, según el texto de los acuerdos, empezaría con la elección de un «autoridad autónoma» por parte de los palestinos, momento en el cual el gobierno militar israelí «se retirará». Después, «tan pronto como sea posible, pero a más tardar el tercer año después del comienzo del período transicional», se iniciarían las conversaciones entre israelíes, egipcios, jordanos y palestinos de los territorios ocupados (aunque no los miembros de la OLP) «para determinar el estatus definitivo de Cisjordania y Gaza».

Si bien es cierto que, según el texto de los Acuerdos de Camp David, la meta de esas negociaciones era la consecución de una «autonomía palestina

completa», en lugar de un *estado* palestino, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la dinámica de esas negociaciones sobre el estatus final probablemente habría conducido a la creación de un estado palestino hecho y derecho. El profesor israelí Yair Hirschfeld anota que

> quienquiera que lea con atención los Acuerdos de Camp David entiende que la lógica de lo que se había acordado allí necesariamente conducía a una solución de dos estados. La idea de que una autoridad autónoma palestina, debidamente elegida por los palestinos de Cisjordania y Gaza, buscaría en la negociación… cualquier cosa distinta de un estado palestino era ridícula[210].

Parece ser que Beguin (el cerebro del plan de la autonomía palestina) sí reconocía el peligro de que las negociaciones previstas en los Acuerdos de Camp David pudieran conducir a la creación de un estado palestino, algo a lo que se oponía con vehemencia, en lugar de a una mera autonomía. De hecho, en más de una ocasión admitió que cualquier autogobierno o autonomía palestinos conduciría inevitablemente a un estado pues «esa es la lógica inquebrantable de las cosas»[211]. Por tanto, su consentimiento a las negociaciones destinadas a crear una autonomía palestina, a sabiendas de que eso desembocaría en la creación de un estado palestino, ha de considerarse táctico: sabía que el presidente egipcio tenía que hacer algo respecto al problema porque de lo contrario se le acusaría de haber abandonado al pueblo palestino, de modo que estaba dispuesto a darle la cobertura que necesitaba. Sin embargo, en lo referente a las conversaciones sobre la autonomía palestina, es casi seguro que no tenía intención alguna de cumplir el acuerdo. De hecho, como veremos más adelante, tan pronto estuvo convencido de que la paz con Egipto estaba bien asegurada, se dedicó con ahínco a demoler la idea de la autonomía palestina y liquidar las conversaciones destinadas a alcanzarla.

Entre tanto, en los territorios ocupados de Palestina la oposición a los Acuerdos de Camp David crecía. Activistas partidarios de la OLP, en particular los alcaldes de ciudades como Ramala (Karim Khalaf), Naplusa (Bassam Shaka) y Tulkarem (Hilmi Hanoun), todos los cuales habían sido elegidos en los comicios municipales de 1976, se organizaron y encabezaron mítines y manifestaciones en contra de los acuerdos. Se sentían agraviados por el hecho de que se hubiera descartado como interlocutor a la OLP, a la que consideraban portavoz legítima del pueblo palestino, y veían en el plan de autonomía propuesto un proyecto impuesto desde afuera, con el que se

pretendía reemplazar el sueño de un estado palestino independiente. El sentimiento general entre los palestinos era de traición. Nasser Laham, un activista palestino del campo de refugiados de Dheishe, cerca de Belén, que participó en las manifestaciones contra los Acuerdos de Camp David en Cisjordania, explica que «muchos palestinos se sentían engañados y timados por el acuerdo de paz entre Egipto e Israel. Se sentían abandonados, olvidados… Estábamos desconcertados»[212]. Sin embargo, la oposición a los acuerdos no estuvo limitada a Cisjordania; el 23 de septiembre en Nueva York y otras ciudades alrededor del mundo centenares de palestinos y simpatizantes marcharon portando banderas palestinas y pancartas coloridas con lemas como «No al pacto de Camp David, sí a los derechos nacionales palestinos» y «Carter, nosotros no somos tontos: el-Sadat y Beguin son herramientas tuyas»[213].

Enfrentados a la oposición local e internacional y preocupados por la posibilidad de que la OLP pudiera aprovecharla para sabotear los Acuerdos de Camp David, los israelíes intentaron debilitar a los elementos partidarios de la OLP en los territorios ocupados; para ello diseñaron un ingenioso plan para crear una dirigencia palestina alternativa que respaldara los acuerdos. La idea era aprovechar las tensiones sociales que existían entre los distintos sectores de la sociedad palestina, principalmente dando voz al conservador campesinado rural, que constituía cerca del 70% de la población de Cisjordania y miraba con resentimiento al 30% que vivía en las ciudades y era el que dominaba la política cisjordana, un población más radical y mayoritariamente favorable a la OLP.

Con este fin, el ejército organizó «Ligas de aldeas», empezando por el sur de Cisjordania, en la zona de Hebrón, donde nombró a un líder local llamado Mustafa Dudin como jefe de una liga de setenta y cuatro aldeas. Dudin, un palestino oriundo de Cisjordania, había pasado muchos años en la ribera oriental del río Jordán, donde forjó estrechos lazos con el régimen jordano, en el que llegó a ser ministro. Tras regresar en 1975 a Cisjordania, se convirtió en un fuerte opositor de la OLP, que respaldaba el que se marginara a la organización y prefería ver resueltos los problemas de los palestinos entre los israelíes y los jordanos. El ejército intentó fortalecer la posición de Dudin en las zonas rurales convirtiéndolo en el proveedor de licencias y permisos, algo esencial para los palestinos, que, como hemos señalado, necesitaban permisos escritos para casi cualquier actividad que quisieran realizar. El ejército también autorizó a Dudin a nombrar en las aldeas *mukhtars* (jefes locales) y

funcionarios, a reducir las condenas a los prisioneros y vender a los campesinos fertilizantes y otros productos a precios bajos. Para los palestinos que apoyaban a la OLP Dudin era un traidor que colaboraba con la ocupación, pero había recibido tanto poder de los militares israelíes que los palestinos normales y corrientes se vieron obligados a distanciarse de la organización y trabajar con él si querían tener acceso a los recursos que este tenía a su disposición y que ellos tanto necesitaban. Los israelíes procedieron luego a copiar el modelo de la liga de aldeas de Hebrón en otros lugares de Cisjordania, como Belén, donde nombraron jefe a Bishara Qumsiya, y Ramala, donde el elegido fue Yusuf al-Khatib, quien más tarde sería asesinado por activistas de la OLP.

Sellar el pacto de Camp David e implementarlo

Trasformar el marco y los principios acordados en Camp David en un tratado de paz detallado, en el que debía usarse un lenguaje preciso para describir la nueva relación entre Israel y Egipto y la naturaleza exacta de los nuevos planes para Cisjordana y la Franja de Gaza, no fue una tarea sencilla. Pero la intervención personal del presidente Carter, lo que supuso, entre otras cosas, viajes a Jerusalén y El Cairo para sellar el pacto, finalmente tuvo éxito y el 29 de marzo de 1979, en una ceremonia en la Casa Blanca, Carter, el-Sadat y Beguin estamparon su firma en el tratado de paz que ponía fin a treinta años de guerra entre Israel y Egipto.

El acuerdo que las partes firmaron estipulaba que Israel pondría fin a la ocupación del Sinaí, trasladaría los asentamientos e instalaciones en un plazo máximo de tres años, lo que permitiría a Egipto ejercer plenamente su soberanía sobre la Península hasta la frontera entre ambos países reconocida internacionalmente y desplegar un número limitado de tropas en la región, en particular en la zona del canal de Suez.

El 27 de mayo de 1979, el ejército israelí se retiró de El Arish, donde los egipcios se apresuraron a destrozar o pintar de nuevo todas las señales en hebreo que los ocupantes habían dejado. El presidente el-Sadat llegó poco después de que los israelíes se hubieran marchado y cuando salió de una mezquita local se sacrificaron tres búfalos y varios jóvenes se empaparon las manos con la sangre de las bestias y las alzaron gritando: «El-Sadat, el-Sadat»[214]. Entre julio y septiembre de ese mismo año se transfirieron a

manos egipcias los yacimientos de petróleo del Sinaí, antes de que las partes procedieran a implementar el resto de los acuerdos.

De hecho, en lo que respecta al Sinaí, Beguin implementó el tratado con gran dinamismo; sin embargo, reacio a poner en práctica la parte palestina del trato, optó por adoptar un punto de vista minimalista en lo relativo a la autonomía propuesta y casi inmediatamente después de firmar el tratado con el-Sadat en Washington empezó a reinterpretar los componentes palestinos del acuerdo de forma tan restrictiva que perdían todo sentido. El primer ministro pudo proceder de semejante manera porque, en última instancia, el-Sadat, pese a todos sus esfuerzos, no había conseguido ligar con suficiente firmeza los dos componentes del acuerdo, el palestino y el egipcio; en el texto del tratado, la paz con Egipto no estaba estrictamente condicionada al progreso de la cuestión palestina. Y ahora que el tratado con Egipto estaba firmado y sellado, Beguin tenía pocos incentivos para cumplir sus promesas en relación a los palestinos y decidió apostar que incumplirlas no afectaría a la paz entre Israel y Egipto. Beguin hizo evidente el nuevo enfoque cuando nombró al veterano y artero líder del Partido Religioso Nacional, Yosef Burg, entonces ministro del Interior, como jefe del equipo israelí en las conversaciones sobre la autonomía palestina que iban a tener lugar en El Cairo. Asimismo, para discutir cualquier idea planteada en El Cairo, fue creando un comité tras otro, en los que incluía siempre a representantes de las posiciones más intransigentes, hasta armar toda una estructura burocrática que lastró por completo el progreso de las conversaciones sobre la autonomía.

Sin embargo, al menos en el Sinaí Israel sí continuaba desmantelando la ocupación, un proceso que alcanzó el punto álgido el 23 de abril de 1982, cuando el ejército, bajo la supervisión del entonces ministro de Defensa Ariel Sharon, procedió a trasladar a los colonos de la ciudad de Yamit que se habían atrincherado en sus casas. Una vez la ciudad estuvo completamente vacía, Sharon llevó maquinaria pesada y redujo a escombros la mayor parte de los edificios, y lo mismo hizo en los demás asentamientos de la región. Sharon y el primer ministro Beguin habían rechazado la propuesta del ministro de Finanzas de venderlos a Egipto por unos setenta u ochenta millones de dólares, pues ambos eran reacios a entregar unos asentamientos construidos tan cerca de la frontera; en cambio, en el Sinaí meridional, tanto la ciudad de Ofira como los aeródromos se transfirieron intactos a Egipto. El enclave de Taba, a unos diez kilómetros al sur de Eilat, también se transfirió a Egipto, aunque no antes de que un tribunal de arbitraje internacional, utilizando mapas antiguos, dictaminara, en contra de la posición israelí, que este

pertenecía a esta nación.

Y con ello la ocupación del Sinaí llegó a su fin.

El levantamiento de la primavera

Entre tanto, en los territorios ocupados, en particular en Cisjordania, la agitación era cada vez mayor entre los palestinos normales y corrientes. Muchos se sentían frustrados por el plan de autonomía propuesto, de acuerdo con el cual se les otorgaría la posibilidad de gestionar sus vidas cotidianas encargándose de servicios como la sanidad y la educación, pero no se les permitiría tener su propio estado, y con la sensación de que los Acuerdos de Camp David tenían como meta marginar a la OLP, que no había participado en las negociaciones. Otra fuente de descontento era el nuevo órgano introducido por Ariel Sharon en 1981, la denominada «administración civil».

La idea era que, con excepción de las cuestiones estrictamente relacionadas con la seguridad (que seguirían siendo competencia exclusiva del gobierno militar), la administración civil supervisara todos los ámbitos de la vida palestina, lo que incluía la sanidad, la educación y las prestaciones sociales, y contribuyera a fomentar la versión israelí del autogobierno palestino delineada en los Acuerdos de Camp David e independientemente del desarrollo de las conversaciones formales en El Cairo. Israel pretendió presentar la nueva administración civil como la retirada del gobierno militar, un símbolo del final de la ocupación y del retorno a la normalidad en los territorios palestinos ocupados.

Como es evidente, no era nada de eso: la nueva administración tenía como única finalidad proporcionar una fachada civil a la ocupación, un hecho que los palestinos no dejaron de advertir. Un examen atento revela con claridad que, en todas las cuestiones prácticas, la administración civil estaba subordinada a los militares y, al menos en el nivel gerencial, estaba formaba mayoritariamente por israelíes. Además, el Shabak, el servicio de seguridad interna de Israel, que entre bastidores era el que realmente tomaba las decisiones prácticas, cotidianas, que afectaban la vida de los palestinos, estaba profundamente involucrado en el funcionamiento del nuevo órgano. Los recelos que despertó la nueva administración civil entre los palestinos fueron tan intensos que su introducción causó una oleada de protestas a lo largo y

ancho de los territorios ocupados desde el invierno de 1981 hasta bien entrado el año 1982. En respuesta a ello, Sharon ordenó a los militares tratar con mano de hierro a los revoltosos: en consecuencia, el ejército cerró los periódicos de Cisjordania, clausuró la Universidad de Birzeit (uno de los focos de las protestas contra la administración civil) y demolió las casas de los parientes de los manifestantes convictos.

El 12 de marzo de 1982, el alcalde de la ciudad cisjordana de el Bireh, Ibrahim Tawil, fue destituido por negarse a reunirse con el jefe de la administración civil, después de lo cual se disolvió el concejo municipal y se nombró a un oficial del ejército israelí para dirigir el municipio. Una semana después, tras una serie de protestas generalizadas en otras ciudades y pueblos de Cisjordania, el alcalde de Naplusa, Bassam Shaka, fue destituido y arrestado y un tribunal militar ordenó que se le deportara. Hablando desde su celda, en la que emprendió una huelga de hambre, Shaka dijo: «Israel no tiene derecho ni legitimidad [para expulsarme]… Naplusa es mi tierra. Yo tengo que quedarme. Son los ocupantes israelíes lo que tienen que irse»[215].

A pesar de la presión del ejército israelí, los palestinos se negaron a rendirse: el 1 de mayo, veinticinco alcaldes de Cisjordania difundieron una declaración conjunta en la que amenazaban con suspender todos los servicios municipales si no se abolía la administración civil, amenaza que cumplieron ocho días después. A mediados de 1982 la mayoría de las principales ciudades de los territorios ocupados estaban ya gobernadas por oficiales del ejército israelí y el ejército había intensificado el control sobre los palestinos. En la Franja de Gaza la evolución de los acontecimientos fue similar, el ejército sofocó las protestas y puso entre rejas a los organizadores.

Los choques y la desmedida respuesta del ejército terminarían conociéndose como «el levantamiento de la primavera». Durante este período hubo más bajas que las que había habido en los quince años anteriores de ocupación israelí. Solo en 1982, el ejército mató a treinta y un palestinos e hirió a trescientos sesenta y cinco. Tan brutal fue la gestión que Sharon hizo de la revuelta que su proceder generó una fuerte oposición incluso dentro de las mismas filas del ejército, donde varios destacados oficiales de la reserva que habían estado entre los encargados de aplicar las políticas del Sharon se pronunciaron en contra de ellas y señalaron que conducían a la «brutalidad… y el castigo colectivo indiscriminado»[216].

Problemas en el Golán

Por la misma época surgieron también problemas en los Altos del Golán, una región habitualmente en calma. Debemos recordar que después de la guerra de 1967 los israelíes habían distribuido carnés de identidad a la población siria del Golán, pero esos documentos no significaban que el portador tuviera la ciudadanía israelí. Eso cambiaría en noviembre de 1980, cuando la Kneset cambió la Ley de Nacionalidad para que fuera posible conceder la ciudadanía israelí a los habitantes del Golán. La lógica por la que se regía esa nueva iniciativa era que convertir a la población de los Altos en ciudadanos israelíes no tendría un impacto negativo significativo en la demografía judía de Israel, ya que la del Golán era una población muy pequeña, pero en cambio facilitaría la anexión de los Altos con el argumento de que la mayoría de sus habitantes eran «israelíes» y rechazaban la idea de que el Golán estuviera ocupado.

Sin embargo, los golaníes se opusieron a la nueva política pues, por un lado, la mayoría de ellos continuaban sintiéndose sirios y, por otro, aceptar la ciudadanía israelí podía tener graves consecuencias para sus parientes en Siria; según la ley siria, adquirir una nacionalidad extranjera implicaba automáticamente perder la nacionalidad siria y, además, cualquier propiedad familiar que se tuviera en el país.

Para convencer a la población de que abrazara la nacionalidad israelí, el gobierno ofreció privilegios especiales a todos los que aceptaran: impuesto más bajos, mayores cuotas de agua y respuestas más rápidas a los permisos de construcción. Aun así, la gran mayoría de la población siguió rechazando la oferta. De hecho, la iniciativa de convertir a la población local en ciudadanos israelíes hizo que en realidad aumentara el nacionalismo sirio en la región. A comienzos de marzo de 1981, los líderes de la comunidad drusa, a la que pertenecía la abrumadora mayoría de los golaníes, convocaron una reunión general en la *khaluwe*, la casa de oración drusa en Majdal Shams, a la que asistieron seis mil personas, más de la mitad de la población total del Golán en esa época. Allí, redactaron un «documento nacional» en el que declaraban que el Golán ocupado era «una parte integral del territorio árabe sirio» y que «la nacionalidad árabe siria es una característica inherente e inseparable que se transmitirá de padres a hijos»[217]. El documento rechazaba asimismo el intento de los ocupantes de «mezclarnos en la entidad israelí» y de «privarnos de nuestra personalidad árabe siria». Cualquier habitante del Golán que

buscara reemplazar la nacionalidad siria por la nacionalidad israelí, declaraba el texto, «humilla nuestra dignidad, mancilla nuestro honor nacional, repudia nuestra religión, quebranta nuestras tradiciones y será considerado un traidor a nuestro país». Y eso conllevaba un castigo: quienquiera que abrazara la nacionalidad israelí «será un apóstata y un renegado de nuestra religión e integridad social. Cualquier tipo de comercio, el compartir penas y alegrías y el matrimonio con él estarán prohibidos hasta que reconozca su pecado, se arrepienta, pida perdón a la sociedad y recupere su nacionalidad real para reincorporarse a nosotros». La declaración estuvo acompañada de una violenta campaña contra los poquísimos golaníes que sí solicitaron la ciudadanía israelí; mientras que el ejército, entre tanto, buscó desquitarse imponiendo sanciones a la comunidad drusa, entre ellas impuestos desorbitados y restricciones para viajar y vender la producción agrícola en Israel; los activistas que lideraban las protestas contra la iniciativa de la nacionalidad israelí fueron puestos bajo arresto domiciliario[218].

Las tensiones disminuyeron de algún modo durante el verano de 1981, pero volvieron a encenderse el 14 de diciembre de ese mismo año cuando el gobierno aprobó otra ley, la Ley del Golán, que sometía los Altos del Golán a la ley, jurisdicción y administración del estado de Israel. Esto, de hecho, implicaba la anexión sin ambages de la región y el fin del gobierno militar allí, pues el Golán pasaba a ser parte del estado de Israel propiamente dicho.

El gobierno adoptó esta medida radical, una evidente violación del derecho internacional, en respuesta a la inquietud creciente de algunos sectores de la opinión pública israelí que pensaban que, dado que el gobierno había devuelto el Sinaí a Egipto, no tardaría en devolver el Golán a Siria. Lo que aumentó la preocupación de los israelíes y, en consecuencia, la presión sobre el gobierno fue, entre otras cosas, una declaración de Moshe Dayan, mientras aún era ministro de Asuntos Exteriores y apenas tres semanas después de haber firmado el tratado de paz con Egipto, sobre la devolución del Golán a Siria: «Es necesario distinguir entre los Altos del Golán, que siempre han sido territorio sirio y por tanto habrán de ser devueltos a su debido tiempo —dijo— y Judea y Samaria», que Dayan siempre había querido mantener en manos de Israel[219].

La respuesta de los habitantes no judíos del Golán a la anexión israelí fue desafiante: denunciaron la política expansionista de Israel, los maestros y los estudiantes dejaron de asistir a las escuelas, e incluso llegaron a producirse ataques contra vehículos militares. Convocado a instancias de Siria,

comprensiblemente horrorizada por la decisión israelí de anexionarse los Altos, el 17 de diciembre de 1981 el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución 497, en la que declaraba que la decisión tomada por el estado de Israel era «nula y sin valor» y no tenía ningún efecto legal de ámbito internacional y exigía a Israel que «revoque su decisión de inmediato».

El 14 de febrero de 1982, cuando resultó claro que Israel no iba a rescindir la anexión, miles de golaníes se reunieron en Majdal Shams y se declararon en huelga indefinida para protestar contra la medida. Como dijo un residente druso en ese momento: «Nosotros somos sirios y queremos volver a nuestro país… Yo soy sirio… Yo no soy israelí»[220]. La respuesta de Israel fue severa. El ministro de Defensa, Sharon, envió a centenares de soldados para imponer un bloqueo total sobre el Golán: suspendió el transporte hacia y desde la región, impidió el ingreso de alimentos y cortó el suministro tanto de agua como de electricidad. El efecto de estas medidas sobre el Golán y la población no judía fue devastador, como recuerda Midhat Salih al-Salih, un druso de Majdal Shams: «Las enfermedades se propagaron, los niños tenían hambre y no había leche en las casas».

Con todo, la nueva realidad tuvo al mismo tiempo algunos efectos positivos, pues propició el surgimiento de un nuevo espíritu colectivo de independencia, derivado del esfuerzo por satisfacer las necesidades de la comunidad local. Según Midhat Salih al-Salih, «quienes tenían cabras y vacas empezaron a distribuir leche a las personas que tenían bebés… la gente dedicaba todo su tiempo a la lucha. Dejaron sus empleos y su única preocupación era expresar su ira y resistirse a las medidas israelíes»[221]. Y Nazi Khattir, un granjero de Majdal Shams, recuerda que, con el bloqueo impuesto por el ejército haciendo mella en la población, los golaníes «empezamos a organizarnos… A todos se les asignó una tarea… Cada aldea era su propia unidad, separada pero unida en espíritu»[222]. El espíritu de desafío e independencia ante los israelíes también es patente en el testimonio de Jameel Awad, de Majdal Shams, quien recuerda que

> era invierno y debido a la falta de un sistema de alcantarillado [debido a la suspensión de los servicios israelíes en el Golán] el pueblo estaba muy sucio, así que creamos un comité para discutir la cuestión y decidimos construir un sistema de alcantarillado en el pueblo… cada casa tenía que pagar doscientos dólares y contribuir con cuatro días de trabajo al proyecto… Antes de que terminara la huelga habíamos completado las obras[223].

El ejército continuó con su programa de anexión e insistió en que los golaníes tenían que aceptar los carnés de identidad israelíes. En respuesta a ello, muchos habitantes del Golán se reunieron de nuevo en Majdal Shams, donde decidieron rechazar las identificaciones israelíes y «excomulgar» a los golaníes que las aceptaran cortando cualquier lazo con ellos, incluso para las bodas y los funerales, un castigo muy severo en la pequeña y unida comunidad drusa local. El ministro de Defensa, terco como siempre, envió a los soldados a Majdal Shams con la orden de distribuir las identificaciones entre los lugareños. Tras imponer el toque de queda, los soldados fueron casa por casa entregando los carnés, lo que no fue fácil. Midhat Salih al-Salih recuerda que

> cuando los israelíes llegaron a nuestra casa para entregar las ciudadanías y retirar las viejas identificaciones militares de mi padre, mi madre y mi hermano, mi padre les tiró los carnés y ellos se los devolvieron, así que mi padre arrojó las identificaciones fuera de la casa y cerró la puerta. Los soldados las recogieron y las dejaron en el umbral[224].

Seis días después, cuando las tropas se retiraron, cuenta Midhat Salih al-Salih: «La gente salió de las casas, recogió las identificaciones y quemaron algunas. El resto las pusieron en una bolsa y las enviaron al cuartel general del puesto israelí y dijeron: “Aquí están sus tarjetas de ciudadanía, se las devolvemos”»[225].

Aunque los israelíes no cancelaron la anexión, sí transigieron en la cuestión de la nacionalidad y al final aceptaron que los golaníes mantuvieran la ciudadanía siria. El espacio reservado para la «nacionalidad» en sus carnés de identidad israelíes se dejó en blanco; como lugar de nacimiento se dejó los Altos del Golán, en lugar de Israel o Siria; y en los documentos de viaje la nacionalidad pasó a ser «indefinida».

La huelga, que se prolongaría más de cinco meses, fue un acontecimiento trascendental en la historia del Golán ocupado, pues conllevó grandes cambios sociales: la protesta empoderó a las mujeres de la región, que tuvieron una participación activa en ella y estuvieron a la cabeza durante las confrontaciones con el ejército y la policía, lo que después de 1982 se tradujo en un aumento espectacular en el número de mujeres locales que terminaban la escuela secundaria; y mientras que antes de la huelga solo una mujer había ido a la universidad, en los siguientes años las golaníes matriculadas en universidades de Israel y el extranjero se contaban por docenas. Una

consecuencia curiosa fue que la huelga también redundó en un aumento temporal del prestigio e influencia de los líderes religiosos tradicionales, que se mantuvieron firmes en su apoyo a la protesta; posteriormente, sin embargo, un liderazgo secular, más combativo, vendría a desafiar su predominio.

Si bien fue la tenacidad de los golaníes la que obligó a Israel a dar marcha atrás en la cuestión de la nacionalidad, otros hechos también reclamaron por entonces la atención del país, que se trasladó al frente libanés.

El Líbano y la muerte de las Ligas de aldeas

En junio de 1982, el ministro de Defensa envió al ejército al Líbano para combatir a la OLP. Sharon creía que si Israel conseguía derrotar la guerrilla de Arafat en el Líbano y acabar con la infraestructura que la organización tenía allí, los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza se verían obligados a aceptar vivir permanentemente subyugados y renunciar a su lucha por la independencia. Tras una campaña breve y sangrienta, las fuerzas israelíes resultaron vencedoras, pero no lograron aniquilar a la cúpula de la OLP; Arafat y otros líderes de la organización se exiliaron a Túnez y otros lugares.

Sharon, el arquitecto de la guerra, también esperaba que la derrota de la OLP en el Líbano fuera una inyección de moral para las Ligas de aldeas; estas, debemos recordar, eran un sistema de consejos locales formados por palestinos escrupulosamente seleccionados por Israel para llevar la administración de pueblos y aldeas, con la idea de que fueran un contrapeso, una alternativa, de hecho, a los líderes partidarios de la OLP en los territorios ocupados de Palestina. En 1982, las Ligas abarcaban ya seis distritos regionales y tenían su propio presupuesto, milicias armadas, uniformes y un periódico quincenal, *al-Mira* («El Espejo»). Ahora, con Arafat derrotado y lamiéndose las heridas en el exilio en Túnez, Sharon convocó a los jefes de las Ligas de aldeas y les aconsejó «organizarse para ser la administración naciente de la autoridad autónoma» y estar en condiciones de trabajar con Israel en la implementación de los acuerdos de Camp David para el establecimiento de la autonomía palestina[226]. Sin embargo, aunque las siete secciones federadas de las Ligas de aldeas efectivamente tenían cierto grado de unidad en su oposición a la OLP, no lograron convertirse en un sustituto eficaz de esta organización (entre otras razones porque buena parte de la sociedad palestina consideraba a sus miembros unos traidores) y, en última

instancia, tampoco en el socio alternativo que Israel necesitaba para implementar su idea de una autonomía limitada en los territorios ocupados. Después de que en 1983 Sharon renunciara al cargo como ministro de Defensa (tras una investigación sobre su culpabilidad en la masacre de palestinos inocentes en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en Beirut), el nuevo ministro de Defensa, Moshe Arens, abandonó por completo la idea de que las Ligas de aldeas pudieran ser un reemplazo fiable de la OLP y el núcleo de una futura administración autónoma, lo que puso fin a los fútiles intentos de Israel de aplicar una estrategia de divide y vencerás en los territorios ocupados.

En las elecciones generales de julio de 1984 en Israel, ni el Likud ni el Partido Laborista obtuvieron suficientes escaños para formar gobierno y ninguno consiguió improvisar una coalición mayoritaria en la Kneset, de modo que ambos partidos formaron un gobierno de unidad nacional. El acuerdo de coalición estipulaba la rotación entre Simon Peres, del Partido Laborista, e Isaac Shamir, del Likud, en los cargos de primer ministro y ministro de Exteriores, que cada uno ocuparía durante dos años. Peres sería el primero de los dos en ser primer ministro e Isaac Rabin, también del Partido Laborista, sería el ministro de Defensa durante los cuatro años.

Este acuerdo político marcó el comienzo de un período de relativa calma en los territorios ocupados pues, en especial durante los dos primeros años de la rotación, el ejército adoptó una política más indulgente que en tiempos de Sharon. Durante estos años hubo un desarrollo significativo de infraestructuras industriales en los territorios palestinos: se abrieron bancos locales (estaban cerrados desde 1967); se construyeron nuevos hospitales y se remodelaron y modernizaron las clínicas ya existentes; y se instalaron líneas telefónicas que permitían establecer conexión directa.

La aparente calma, sin embargo, resultó ser solo una ilusión, como demostraron los numerosos choques entre el ejército y los manifestantes en los territorios ocupados. Esto resultó evidente en marzo de 1986, en el décimo aniversario del Día de la Tierra, un día en el que los palestinos conmemoran la huelga general y los graves enfrentamientos con los israelíes que se saldaron con la muerte de seis árabes en 1976; en septiembre, en el cuarto aniversario de la masacre de Sabra y Chatila en el Líbano; y de nuevo a comienzos de diciembre, en el aniversario del plan de partición original de la Asamblea General de la ONU del 29 de noviembre de 1947. Con todo, estas manifestaciones y disturbios eran apenas un pálido anuncio de lo que estaba

por venir: al año siguiente comenzaría una de las fases más cruciales y desoladoras en la historia de la ocupación con la erupción de un levantamiento palestino a gran escala en la Franja de Gaza y Cisjordania.

6

Diciembre negro, 1987

El 8 de diciembre de 1987, un vehículo en el que viajaban obreros palestinos que regresaban a casa después de trabajar todo el día en Israel chocó con un transporte de tanques del ejército; cuatro palestinos murieron en el acto y siete más resultaron heridos. Las víctimas provenían del campo de refugiados de Jabaliya, justo al norte de la ciudad de Gaza, cerca del pueblo del mismo nombre. Con un área de 1,4 kilómetros cuadrados, el campo había sido creado después de la guerra de 1948 para acoger a treinta y cinco mil refugiados que huyeron de sus hogares en la Palestina meridional y se establecieron en la Franja. Treinta y nueve años después, la población de Jabaliya había crecido hasta los sesenta mil habitantes y se había convertido en el más grande y pobre de los ocho campos de refugiados de Gaza, un semillero de descontento social y, tras este desgraciado accidente de tráfico, el epicentro de una auténtica rebelión contra la ocupación.

El funeral por las víctimas del accidente fue multitudinario, los dolientes que asistieron a presentar sus últimos respetos a los fallecidos se contaban por miles. Sin embargo, para ellos no era un funeral ordinario: entre la población de la Franja se había difundido el rumor de que el conductor del camión israelí había golpeado el vehículo palestino de forma deliberada, como venganza por la muerte de un pariente suyo que dos días antes había sido apuñalado en el mercado de Gaza. Los testimonios de los supervivientes del accidente exacerbaron esos rumores; uno de ellos relató que el conductor israelí «dirigió el camión hacia nuestro coche y vimos que lo hacía con toda la intención»[227]. Otro superviviente, Kamal Qadoura Hamoudeh, que se encontraba aún en el hospital, reconoció que estaba dormido cuando se produjo el accidente, pese a lo cual agregó que creía que el camión había aplastado el coche a propósito.

Aunque la veracidad de esos rumores nunca se demostró, su propagación

generó un ambiente peligroso en Jabaliya, donde no tardaron en empezar las protestas, y la presencia de soldados israelíes en las cercanías exacerbó la situación. Incitados desde los minaretes de las mezquitas («Oh, vosotros los jóvenes, id a por ellos, no retrocedáis»), los disturbios se prolongaron hasta la noche e incluyeron choques directos con las tropas israelíes[228].

Los disturbios y los enfrentamientos continuaron a la mañana siguiente cuando Hatem Abu Sisi, un joven de diecisiete años que había salido de su casa camino de la escuela, se unió con entusiasmo a los amigos que lanzaban piedras a los soldados. Los israelíes abrieron fuego y dos balas alcanzaron a Hatem en el pecho. De inmediato sus compañeros lo llevaron al hospital y llamaron a su hermano mayor, Gazi. «Llegué con rapidez al hospital Al-Shifa —recordaba cinco años después del incidente—, y lo encontré tendido en la cama. Tenía la cara cubierta y supe que era un mártir. Le habían matado. Le miré a la cara y dije: "Que Dios te bendiga".»[229] Hatem Abu Sisi se convirtió en el primer chico muerto en los enfrentamientos y su madre, en una entrevista posterior, recordaría que poco después de haber dado a luz había tenido la visión de que su hijo crecería para morir a manos de los soldados israelíes y «en la muerte ayudar a liberar a su pueblo»[230]. De hecho, la muerte de Hatem marcó el comienzo del fenómeno de la *shuhada*, por el que a los jóvenes muertos durante el levantamiento se los consideraba *shahids*, «mártires».

Hoy sabemos que los acontecimientos de diciembre de 1987 en la Franja de Gaza eran el comienzo del levantamiento palestino que luego se conocería como la *intifada*, «sacudida». La revuelta se prolongaría durante seis años y se cobraría la vida de centenares de personas, en su mayoría palestinos.

¿Hubiera podido el ejército israelí detener el levantamiento antes de que creciera? Es posible, pero solo si los soldados hubieran recurrido con rapidez a una demostración de fuerza exagerada contra los alzados con el fin de infligirles un golpe devastador e inolvidable del que no pudieran recuperarse. Sin embargo, la respuesta inicial del ejército fue vacilante, quizá porque se dio por sentado que se trataba solo de uno de esos arrebatos de violencia ocasionales que de cuando en cuando se producían en los territorios ocupados y que por lo general se agotaban con rapidez, no del comienzo de un levantamiento a gran escala. De hecho, en un principio los disturbios no parecían ser nada fuera de lo habitual, y mucho menos una ruptura con el pasado. Como hemos visto, la agitación había caracterizado a la población palestina desde el comienzo mismo de la ocupación y los choques con el

ejército eran frecuentes.

Con todo, es evidente que hubo un grave fallo de inteligencia en los servicios de seguridad israelíes, que fueron incapaces de prever los problemas que se avecinaban e ignoraron los indicios patentes de que la situación estaba cambiando. Esto no fue algo que resultara evidente solo *a posteriori*, sino un fenómeno del que se informó en su momento. A mediados de 1987, por ejemplo, Emile Nakhleh, un exfuncionario de la CIA, escribió que «Gaza parece una olla a presión lista para estallar. Cada día que pasa, la población palestina se torna más resentida y rebelde. A lo que la ocupación militar responde tornándose más insegura»[231].

Sin embargo, no eran solo las fuerzas de seguridad israelíes las que habían perdido contacto con la realidad, sino también los políticos, como se reflejó en las respuestas a los acontecimientos del primer ministro, Isaac Shamir, y el ministro de Defensa, Isaac Rabin, que inmediatamente después del comienzo de los disturbios en los territorios ocupados acusaron a Irán, Siria y la OLP de ser los instigadores de las protestas. En realidad, ni Irán ni Siria estaban involucrados, y en lo que respecta al líder de la OLP, Yasir Arafat, exiliado en Túnez desde 1982, estaba tan sorprendido como los israelíes y al igual que ellos pensó que los disturbios eran apenas un nuevo estallido del descontento latente que, desde hacía ya mucho tiempo, caracterizaba la vida en los territorios ocupados. De hecho, los sucesos tomaron un curso totalmente diferente del que él esperaba: durante más de veinte años Arafat había predicado que el fin de la ocupación israelí llegaría a través del «cañón de la pistola», como a menudo decía, y por eso llamaba a la «lucha armada»; una resistencia popular desarmada no tenía lugar en su estrategia.

Los manifestantes

Lo cierto era que detrás de los disturbios no había ningún grupo o individuo en particular, sino personas normales y corrientes de Gaza que no soportaban más la ocupación, personas que habían llegado al convencimiento de que la ocupación, en palabras de una palestina, «siempre tomaba y tomaba y tomaba»[232]. Es verdad que en 1987 sus condiciones de vida eran mucho mejores de lo que habían sido veinte años antes, cuando Israel se hizo con el control de la Franja, pues con empleos en Israel los palestinos tenían más dinero en el bolsillo. Aun así, el trabajo en Israel también permitió a los

habitantes de la Franja, en particular los de la generación más joven, conocer el abismo que existía entre su nivel de vida y el de los israelíes. «Usted puede ver con sus propios ojos por qué hacemos esto —explicaba un joven manifestante poco después del estallido de la *intifada*—. Vea nuestras casas, la forma en que vivimos aquí. Aquí no podemos vivir como seres humanos… Eso es lo que estamos diciendo.»[233]

Los desplazamientos cotidianos para buscar empleo en Israel solo aumentaban la frustración de los palestinos: pasar a Israel era una experiencia degradante y una pesadilla burocrática, pues, como era habitual bajo la ocupación, se necesitaban permisos especiales, y las colas en la frontera duraban horas y a menudo el trato de los guardias israelíes resultaba humillante. En su libro *No voy a odiar*, Izzeldin Abuelaish, uno de los pocos médicos palestinos a los que se permitía trabajar en un hospital israelí, describe la experiencia de entrar a Israel desde la Franja de Gaza:

> Para una persona civilizada es difícil creer lo que ocurre [en la frontera]: la humillación, el miedo, la dificultad física, la opresión de saber que, sin motivo alguno, pueden detenerte o hacerte regresar, que quizá pierdas una reunión clave o tu familia se asuste pensando que tal vez, como miles de otros, has sido arrestado… cruzar nunca es un asunto rutinario y, en cambio, con frecuencia es un proceso impredecible, espantoso y agotador[234].

Además, como tenían prohibido pasar la noche en Israel, los obreros palestinos debían volver diariamente a Gaza y repetir el proceso a la mañana siguiente; aquellos que desafiaban la ley y dormían en Israel tenían que esconderse de las autoridades, a menudo en condiciones inhumanas. Los empleadores israelíes solo ofrecían a los palestinos trabajos desagradables y muy mal remunerados que los mismos israelíes evitaban y, por lo general, se negaban a proporcionales siquiera un mínimo básico de seguridad social.

No cabe duda de que el sistema y las políticas económicas aplicados por Israel en los territorios ocupados (la explotación de la mano de obra palestina, los impuestos elevados y otras medidas de corte similar) fueron el verdadero motor de la radicalización de la población palestina, y una de las principales causas de la *intifada*[235]. Rashad al-Shawa, exalcalde de la ciudad de Gaza, expresó bien este sentimiento cuando observó que la población de la Franja «tiene una sensación de injusticia y discriminación… ellos trabajan para [Israel] como recogedores de basura y lavaplatos, y se sienten esclavos»[236]. De hecho, para nadie debería haber sido una sorpresa que una amplísima

mayoría de quienes protestaban en esos primeros días del levantamiento fueran trabajadores que cotidianamente se desplazaban entre Israel y la Franja de Gaza.

Los estudiantes fueron otro de los grupos que tuvo una participación importante en los disturbios de diciembre. Aunque en los años posteriores a 1967 el número de universidades en los territorios ocupados aumentó, las oportunidades de trabajo para quienes se graduaban eran muy escasas, en particular en la Franja de Gaza. Muchos jóvenes con estudios universitarios estaban demasiado cualificados para la clase de empleos que se ofertaban en los territorios ocupados o en Israel; y buscar trabajo en el exterior a menudo no era una opción viable, pues no había ninguna garantía de que el ejército permitiera luego regresar a casa a quien se marchaba. Un palestino de veintiún años llamado Judat que había estudiado economía en la Universidad de Irbid, en Jordania, recuerda que tuvo que aceptar trabajos manuales en Israel:

> Durante un tiempo trabajé en un bar en Tel Aviv y allí hablaba con estudiantes israelíes. Estudiaban exactamente las mismas materias que había estudiado yo. Después de eso, trabajé lavando platos en un restaurante hasta que no pude aguantar más (me pagaban poquísimo y me trataban como un esclavo) y regresé al pueblo. ¿Le sorprende? Aquí tenemos a un ingeniero formado en Oxford que trabaja recogiendo naranjas y reparando coches. Tenemos algunos barrenderos con título universitario… un lavaplatos que tiene un posgrado en economía. ¿Es capaz de imaginarse cómo se siente alguien así? [Nosotros] fuimos a la universidad. Teníamos grandes aspiraciones y se nos olvidó de dónde veníamos. Nuestros padres gastaron en nosotros los ahorros de toda una vida, vendieron sus rebaños para pagar nuestros estudios, pero cuando regresamos al pueblo, este ya no era realmente nuestro lugar. Y, sin embargo, no nos aceptan en ninguna otra parte. Me paso todo el día leyendo la prensa, pasando el rato con los amigos, envejeciendo[237].

Hastiados, desempleados y frustrados, pero educados y políticamente conscientes, muchos jóvenes como Judat se alzaron contra la ocupación.

Y a continuación estaban los islamistas. Los grupos islámicos eran más fuertes en la Franja de Gaza que en Cisjordania, en particular porque la población de Gaza, en especial la que vivía hacinada en los campos de refugiados, era de origen más tradicional y conservador que los palestinos de

Cisjordania, lo que la hacía más receptiva al mensaje de los grupos islámicos. En la década de 1980, había por lo menos ocho facciones islamistas en Gaza, todas ellas derivadas de los Hermanos Musulmanes, el movimiento islámico fundado en 1924 en Egipto, que tenía una importante presencia en los territorios ocupados, donde ofrecía asistencia sanitaria y educación, entre otras obras benéficas. El más grande de esos grupos era Hamás, o Movimiento de Resistencia Islámico, fundado en diciembre de 1987 por un grupo de islamistas palestinos con el objetivo de crear un estado islámico en el área que hoy ocupan Israel, Cisjordania y la Franja de Gaza.

La figura más influyente de Hamás era, con diferencia, el jeque Ahmed Yasín, postrado en una silla de ruedas debido a un accidente sufrido a temprana edad. Nacido en 1936, en una pequeña aldea del sur de Palestina, entonces bajo el Mandato británico, Yasín había huido con su familia de su tierra natal en 1948, durante la primera guerra árabe-israelí. Refugiado en la Franja de Gaza, el joven Ahmed se educó en la escuela primaria Al Carmel, no muy lejos del campo de Shati, donde vivía su familia, y a la edad de trece años empezó a trabajar en un restaurante para contribuir a la economía familiar. A los dieciséis años sufrió el accidente deportivo que lo dejó parapléjico, pese a lo cual continuó yendo todos los días a la escuela, que quedaba a tres kilómetros de su casa, impulsándose él mismo en un carro de madera con ruedas metálicas. Cuando Yasín terminó la secundaria se convirtió en profesor y, aunque no se había ordenado como jeque, empezó a ser conocido como tal por quienes le admiraban como maestro y autodidacta. Más tarde, fue a la universidad en El Cairo, donde se unió a los Hermanos Musulmanes. Cautivado por los ideales del movimiento, comenzó a fundar las células de jóvenes activistas que se convertirían en el núcleo de los Hermanos Musulmanes de Palestina. Sin embargo, cuando las autoridades egipcias se enteraron de la existencia de las células, lo enviaron a la cárcel junto con algunos de sus colegas. Tras ser liberado, regresó al campo de refugiados de Shati, donde fundó un centro islámico en el que estuvo enseñando hasta junio de 1984, cuando el ejército israelí le arrestó después de haber encontrado armas en su casa. Pese a haber sido condenado a trece años de cárcel, Yasín recuperó la libertad en mayo de 1985 en un intercambio de prisioneros con los israelíes.

Hamás se sumó al levantamiento desde el comienzo: su primer comunicado se emite en la Franja de Gaza el 11 de diciembre y en Cisjordania el 14. En él, Hamás declaró que «la *intifada* de nuestro impertérrito pueblo en la tierra ocupada constituye un rechazo de la ocupación y la opresión», y que

«nuestro pueblo conoce el camino correcto, el camino del sacrifico y el martirio, y hará saber al mundo que los judíos cometen contra nuestro pueblo crímenes propios de los nazis y que beberán de la misma copa»[238]. Aunque la Carta fundacional del movimiento, en la que, entre otras cosas, pronosticaba la destrucción de Israel, no se difundiría hasta el año siguiente, ya entonces, en diciembre de 1987, sus objetivos eran bien conocidos por su audiencia, a saber, resistirse a la ocupación y establecer en la totalidad de Palestina una nación musulmana en la que la vida se rigiera por la *Sharia*, la ley islámica. Aunque inicialmente surgiera como una ramificación de los Hermanos Musulmanes, Hamás se diferenciaba ideológicamente de su organización matriz en una cuestión fundamental: la centralidad de Palestina.

Por sorprendente y miope que pueda parecernos hoy, el ejército israelí, en los años previos a la *intifada*, contribuyó de forma activa al fortalecimiento de los grupos islamistas, a los que consideraba un contrapeso ideal al nacionalismo secular de la OLP, en la que veía una amenaza mayor para Israel (en esto los israelíes procedieron de forma similar a los estadounidenses, que por esta misma época apoyaban a los muyahidines en su lucha contra los soviéticos en Afganistán). En consecuencia, el ejército a menudo trataba a los líderes musulmanes con menos severidad que a los activistas afiliados a la OLP, y durante cierto tiempo los islamistas avanzaron hasta alcanzar posiciones de poder, en particular en la Franja de Gaza, pero también en Cisjordania, con el consentimiento tácito de los israelíes. De esta forma, Israel, como Estados Unidos en Afganistán, creó sin darse cuenta un caballo de Troya que luego sería su tormento.

No es de extrañar que los interrogatorios llevados a cabo durante la fase inicial del levantamiento por el Shabak, el servicio se seguridad general de Israel, evidenciaran con claridad que los islamistas estaban participando activamente en las protestas callejeras. Y aunque había unos cuantos cárteles de Arafat rondando por ahí y de vez en cuando alguien agitaba la bandera palestina, lo cierto es que los eslóganes que gritaban los manifestantes tenían un inconfundible aire religioso.

Algo que espoleaba aún más a quienes en diciembre de 1987 se sumaron a las protestas contra la ocupación era el hecho de que, desde 1967, los israelíes habían intentado apropiarse de lo poquísimo que los palestinos tenían en términos de tierra y otros recursos, en especial agua. La manifestación más obvia de esto era la construcción de asentamientos judíos, la mayoría de ellos en tierras confiscadas, como hemos explicado, para «fines militares», lo que

alimentaba entre los palestinos el miedo de que el objetivo último de la ocupación fuera desplazarlos definitivamente. En vísperas de la *intifada* había ciento veinticinco asentamientos en Cisjordania, en los que vivían sesenta y tres mil judíos, y dieciocho en la Franja de Gaza, donde vivían dos mil quinientos colonos; el número de colonos que se instalaban en los territorios ocupados había crecido cada año, desde una media anual de 770 entre 1967 y 1977, a una media anual de 5960 entre 1978 y 1987[239].

Otro factor que animaba a los palestinos a tomar las calles era la profunda frustración que sentían con sus propios líderes y las naciones árabes hermanas. En los años posteriores a 1967, muchos palestinos creían que quienes resolverían sus problemas y pondrían fin a la ocupación eran fuerzas que se encontraban fuera de los territorios ocupados, la OLP principalmente, pero también los vecinos árabes de Israel[240]. Sin embargo, en 1982, cuando Sharon derrotó a Arafat en el Líbano y lo obligó a refugiarse en Túnez junto con el resto de cabecillas de la organización, los palestinos de los territorios ocupados perdieron la esperanza; de hecho, durante el decenio posterior a la expulsión de la OLP del Líbano hubo una ausencia de progreso notable en la conquista de las metas palestinas. Fueran ciertos o no, los rumores acerca de la corrupción entre los dirigentes de la OLP y la buena vida que se daban en Túnez contribuyeron a aumentar todavía más la frustración de los palestinos que vivían bajo el yugo de la ocupación.

En cuanto a los gobiernos árabes, aunque con frecuencia habían hablado largo y tendido sobre la necesidad de poner fin a la ocupación, en la década de 1980 hicieron pocos esfuerzos reales por aliviar el padecimiento de quienes vivían sometidos a ella. Así, por ejemplo, la cuestión más importante en el orden del día de la cumbre de la Liga Árabe celebrada en Amán en noviembre de 1987, apenas un mes antes de que estallara el levantamiento, era Irán, no los palestinos. Los palestinos también habían visto a Egipto, la principal potencia árabe, hacer la paz y normalizar las relaciones con Israel, sin que ello se tradujera en mejora alguna para sus vidas. Rashad al-Shawa, exalcalde de Gaza, anotaba en diciembre de 1987 que los palestinos «han perdido toda esperanza… Sienten que los países árabes son incapaces de lograr algo… que la OLP, a la que consideraban su representante, ha sido incapaz de lograr algo»[241]. Otro líder palestino resumía la situación del siguiente modo: «los palestinos residentes [en los territorios ocupados] no esperan nada de nadie… ahora la cuestión principal es cómo quienes están fuera [de los territorios ocupados] pueden redefinir su función. Quienes se encuentran fuera han de

convertirse en el “eco” de quienes están dentro»[242].

Los palestinos de los territorios ocupados también habían visto lo ocurrido en el sur del Líbano, donde Israel había ocupado una amplia franja de tierra a lo largo de su frontera septentrional. Aunque esa franja debía servir como zona de seguridad y dificultar que los enemigos de Israel se infiltraran en el país, desde mediados de la década de 1980, Hezbolá, un movimiento chiita surgido en el Líbano tras la invasión de 1982, había conseguido desafiar con cierto éxito la ocupación israelí del sur del Líbano. Para 1987 Hezbolá había demostrado que era posible oponerse al poderío del ejército israelí sin contar con armamento de alta tecnología o una gran potencia de fuego, y por tanto ofrecía un modelo que los palestinos podían aplicar a su propia lucha.

Además, no solo en el Líbano sino también en los territorios ocupados, en particular en el campo de refugiados de Balata, hubo ciertos acontecimientos que confirmaron que el ejército había perdido buena parte de su capacidad disuasoria.

Como el campo de Jabaliya en la Franja de Gaza, el campo de refugiados de Balata, ubicado en el norte de Cisjordania, había sido siempre un caldo de cultivo para el nacionalismo y la resistencia palestinos, y a menudo suscitaba la intervención del ejército. Eso era lo que había ocurrido el 31 de mayo de 1987, cuando los soldados entraron en el campo para enfrentarse a Shabibah, un movimiento juvenil cuyos miembros habían estado acosando a los residentes sospechosos de colaborar con la ocupación. Los soldados llevaron a cabo algunos arrestos arbitrarios y encerraron a los detenidos en una escuela local, pero las mujeres del lugar intervinieron y empezaron a marchar hacia la escuela arrojando piedras contra los soldados. Esto no era inusual, pues como explica Amal, un veterano organizador de manifestaciones contra la ocupación: «Cuando hay una manifestación, las mujeres alzan la voz y confunden a los soldados; aporrean cacerolas y sartenes, soplan silbatos. Ya no hay miedo en el corazón de las mujeres»[243]. Y en Balata las mujeres consiguieron que el ejército se retirara desconcertado, lo que los palestinos interpretaron como una victoria, razón por la cual el incidente se conocería más tarde como la «mini*intifada*», un ensayo para los sucesos de diciembre. Otro incidente que pareció confirmar que el ejército estaba perdiendo el control que tenía sobre la población se produjo el 25 de noviembre, cuando un audaz insurgente palestino que actuaba en solitario cruzó la frontera con el Líbano volando en un ala delta ultraligera, aterrizó en un campo de cultivo, cerca de un campamento del ejército israelí, mató a seis solados e hirió a trece

más antes de causar baja.

En diciembre, alentados por esos triunfos contra el ejército y el modelo de Hezbolá, los palestinos se sentían finalmente capaces de organizar una resistencia seria contra la ocupación. Y así, desde Jabaliya, donde todo empezó, las protestas se propagaron con rapidez a otros campos de refugiados de Gaza —Jan Yunis, al Bourej, Nuseirat y Ma'azi y Rafah, cerca de la frontera con el Sinaí— antes de inundar Cisjordania.

El diciembre negro de Israel

Cuando los militares israelíes empezaron por fin a asimilar la nueva realidad y concluyeron que había que reaccionar, se dieron cuenta de que no contaban con las herramientas ni la experiencia necesarios para enfrentarse a lo que se les venía encima: un levantamiento a gran escala de civiles desarmados, en el que las mujeres y los niños encabezaban las manifestaciones.

Mientras que en otros países suele ser la policía la que se encarga de sofocar los disturbios de este tipo, en los territorios ocupados (con excepción de Jerusalén) esa tarea siempre había correspondido al ejército. No obstante, como me reconoció con franqueza el entonces vicejefe del Estado Mayor, Ehud Barak: «Técnicamente no estábamos preparados para ocuparnos de una revuelta popular violenta de esas dimensiones»[244]. El ejército tardó en enviar refuerzos y fue demasiado selectivo a la hora de recurrir al toque de queda (una técnica cruel pero estándar y por lo general bastante eficaz para restaurar el orden es situaciones similares, pues suele ofrecer a todos los involucrados un tiempo para apaciguarse). Esto hizo que las manifestaciones continuaran sin descanso, alimentándose entre sí. De hecho, durante la mayor parte de diciembre los soldados recibieron instrucciones de no enfrentarse a los manifestantes a menos que estos intentaran bloquear las rutas principales o atacaran al ejército. Por su parte, los palestinos, al ver que las tropas israelíes no realizaban ningún avance, interpretaron la indecisión de los ocupantes como un indicio de que podían atrincherarse dentro de los pueblos y campos y procedieron a convertirlos en «zonas liberadas».

Desde el comienzo mismo del levantamiento, los palestinos intentaron neutralizar la enorme superioridad militar de Israel mediante armas primitivas, principalmente piedras; de hecho, por esta época la imagen del

palestino portando un fusil fue reemplazada por la de los niños con piedras. Para esos jóvenes, como explica Daoud Kuttab, arrojar piedras era «ser “uno de los chicos”. Golpear un coche israelí era convertirse en héroe; y ser arrestado y no confesar nada era ser un hombre»[245]. También las chicas palestinas se sumaron a la protesta: Reem Zaghout, una colegiala en ese entonces, recordaría más tarde que «los chicos estaban tirando piedras a los soldados que pasaban por allí… [y las chicas también] se unieron a los chicos para tirar piedras, bloquear las calles, escribir en las paredes, participar»[246]. En este contexto, lo que los soldados necesitaban eran equipos básico antidisturbios, escudos, cascos, porras y gases lacrimógenos, pero todo eso escaseaba.

Las primeras semanas de la *intifada*, del 9 al 31 de diciembre de 1987, fueron caóticas y violentas; murieron veintidós palestinos, cinco de ellos con edades entre trece y dieciséis años, y unos trescientos veinte resultaron heridos, dos terceras partes de los cuales tenían entre diecisiete y veintiún años de edad. El elevado número de víctimas entre la juventud palestina refleja su activa participación en la revuelta: arrojar piedras ya era una tradición entre los escolares antes del estallido de la *intifada*, pero ahora los jóvenes también erigían barricadas improvisadas y disparaban piedras a los soldados utilizando tirachinas caseros. En esos primeros días del levantamiento, los soldados israelíes utilizaban munición real contra los manifestantes y, con el fin de herirlos en lugar de matarlos, recibieron órdenes de disparar a las piernas; sin embargo, tratándose de niños esas heridas a menudo resultaron fatales. Aun a pesar de las bajas, un nuevo espíritu mantenía unidos a los palestinos, como recuerda uno de los participantes en las protestas: «todos contribuían de algún modo… ¡Todos! Los hombres, las mujeres, los niños, todos estaban en las calles protestando. Había una unión armónica de todos»[247].

El 22 de diciembre, el Consejo de Seguridad de la ONU condenó enérgicamente a Israel por violar los derechos humanos en los territorios ocupados y lamentó las muertes y heridas causadas por el ejército entre los civiles indefensos. La Asamblea General también exigió a Israel que cumpliera el IV Convenio de Ginebra relativo a la protección debida a las personas civiles en tiempos de guerra, y deploró la detención de cientos de palestinos a manos del ejército. Tanto en la ONU como en otros lugares, a menudo los únicos que votaron en contra de estas resoluciones fueron Estados Unidos e Israel. Pero era tal la escalada de violencia y tan claro el desequilibrio entre las dos partes que hubo ocasiones en las que ni siquiera

Estados Unidos pudo condonar las acciones de Israel, y el país se encontró solo en su oposición. Para Israel, de hecho, este fue un diciembre negro.

TERCERA PARTE

Guerra y diplomacia, 1987-2007

7

Intifada

La *intifada* empezó en diciembre de 1987 como un levantamiento popular y espontáneo, pero en las primeras semanas de enero de 1988 se había convertido ya en una rebelión en toda regla, organizada y planificada. Quienes dirigían las protestas eran líderes locales, en su mayoría procedentes de las filas de los distintos comités y organizaciones desarrollados bajo la ocupación y, en muchos sentidos, eran una muestra representativa de la sociedad palestina; algunos de ellos eran seglares y estaban afiliados a la OLP, mientras que otros tenían vínculos con los grupos islamistas[248]. Una de las ironías de la ocupación es que antes de la *intifada*, el gobierno militar permitió que estos organismos prosperaran porque se ocupaban de cubrir algunas de las necesidades de la población y de prestar los servicios que el ejército israelí no estaba dispuesto a asumir. Sin embargo, esa red de apoyo pasó a desempeñar una función clave como fuente de líderes locales para el levantamiento.

El MNUI

Los diferentes líderes locales se organizaron bajo el paraguas del Mando Nacional Unificado de la Intifada, o MNUI, y asumieron la responsabilidad de dirigir la rebelión. En las fases iniciales del levantamiento, su actividad principal fue emitir comunicados en los que se les decía a los palestinos qué hacer, dónde y cuándo. El primer comunicado del MNUI, difundido el 10 de enero de 1988, llamaba a los palestinos a «sacudir el régimen de opresión hasta sus cimientos»[249]. El comunicado instaba a los insurgentes a bloquear las carreteras para impedir que el ejército se moviera libremente, recomendaba que «las piedras deben caer sobre las cabezas de los soldados

ocupantes» y pedía que los activistas hicieran «arder la tierra bajo los pies de los ocupantes».

Un aspecto interesante, y una característica importantísima del desarrollo del levantamiento, fue que el MNUI ordenó a los insurgentes que se abstuvieran de usar armas de fuego; de hecho, un examen atento de las octavillas distribuidas en los primeros dieciocho meses de la *intifada* evidencia que el 90% de ellos abogaba por la no violencia y apenas un 4,9% defendía tácticas más agresivas, como el lanzamiento de cócteles Molotov a las tropas[250]. La lógica que guiaba esa estrategia consistía en evitar que el ejército tuviera ningún pretexto para dar rienda suelta a su fuerza; se calcula que a lo largo del levantamiento no más del 5% de las actividades llevadas a cabo por los palestinos incluyeron el uso de armas de fuego o explosivos.

Debemos recordar que la *intifada* palestina se produjo en una época en la que no había Internet ni redes sociales y, por tanto, los comunicados se copiaban y distribuían manualmente, a menudo gracias a activistas que ponían los textos en las entradas de las mezquitas y otros lugares públicos o los pegaban en los postes telefónicos. Más tarde, con el ejército cada vez más cerca de descubrir a los miembros del MNUI, se empezaría a transmitir las instrucciones por teléfono, fax o radio.

Sin embargo, en Túnez, Yasir Arafat y los demás cabecillas de la OLP habían empezado a ver cada vez con más inquietud el hecho de que el levantamiento estuviera dirigido por activistas locales sobre los que ellos tenían escaso control, y temían el surgimiento de un nuevo grupo de líderes que volviera irrelevante a la organización. Al mismo tiempo, era evidente que esta rebelión de las bases estaba demostrando ser mucho más eficaz que los ataques armados contra Israel; la enorme inversión realizada por Arafat para crear una fuerza regular, dotada de tanques y artillería, estacionada muy lejos, en Irak, Sudán y Yemen, parecía una tontería absoluta a la luz de los resultados alcanzados por unos niños armados con tirachinas y piedras. Por tanto, para evitar quedar marginados, Arafat se impuso a los líderes locales: a diferencia de los documentos precedentes, el tercer comunicado del MNUI, publicado el 18 de enero de 1988, así como todos los que le siguieron, aparecía firmado con las palabras «Organización para la Liberación de Palestina-Mando Nacional Unificado de la Intifada Palestina en los territorios ocupados», con lo que se ponía de manifiesto que el MNUI actuaba en nombre de la OLP de Arafat.

* * *

La guerra que el MNUI estaba llevando a cabo en la Franja de Gaza y Cisjordania no estaba dirigida solo contra el ejército sino también contra su propio pueblo, es decir, contra aquellos palestinos a los que se les consideraba colaboradores de la ocupación. Como ya hemos visto, el colaboracionismo era una de las principales características de la ocupación israelí (en realidad, el colaboracionismo es una característica de cualquier ocupación), y en las décadas previas a la *intifada* los israelíes crearon una red de informantes palestinos. Algunos colaboraban por dinero, o a cambio de permisos de reunificación familiar, licencias de conducción, permisos para excavar pozos o para ampliar sus casas; otros, en cambio, se veían forzados a colaborar porque la inteligencia israelí poseía información comprometedora acerca de ellos y la utilizaba para chantajearlos. Los colaboradores siempre habían sido temidos y odiados en la sociedad palestina. Khalid Amayreh, un periodista palestino de la ciudad de Dura, explica que «los colaboracionistas han sido un cáncer en la consciencia colectiva del pueblo palestino. Son el peor y más diabólico producto de la ocupación israelí y es imposible exagerar el odio colectivo que suscitan»[251]. La razón de ello es que la presencia de colaboradores, debido al miedo que inspiran, fomenta las sospechas y las divisiones en la sociedad palestina. Como cuenta un palestino:

> Sabía de la existencia de los informantes desde que era muy joven. Todo el mundo hablaba de ello, y a la gente también le asustaba hablar entre sí acerca de ciertas cosas. Existía la sensación de que había informantes por doquier… que si decías algo, llegaría a oídos de los israelíes y te castigarían por ello, te arrestarían[252].

El MNUI decretó que colaborar con la ocupación se consideraría un acto de traición contra el pueblo palestino y que los culpables serían castigados con severidad. Las cifras muestran que desde comienzos de 1988 hasta mediados de 1989 más de cuarenta colaboradores palestinos fueron asesinados, algunos por la turba, otros por sicarios especiales. Muchos murieron por error o por motivos personales, en lugar de políticos. Como explica Hussein ‘Awwad, un activista palestino de la zona de Jan Yunis, en la Franja de Gaza: «No todos los palestinos que murieron a manos de palestinos desde el comienzo de la *intifada* eran colaboracionistas. Algunos fueron eliminados por motivos personales. Y en ciertos casos, se cometieron errores en las eliminaciones»[253].

El ejército contraataca

Tras su letargo inicial, el ejército recuperó gradualmente el control de la situación y en enero empezó a implementar diversas medidas para sofocar el levantamiento. La innovación era esencial, en particular para idear nuevas armas, pues era evidente que los militares no podrían usar el sofisticado arsenal con el que contaban contra civiles, y menos cuando la principal fuerza de las protestas la formaban las mujeres y los niños. Por tanto, el reto para el ejército pasó a ser encontrar un equilibrio entre la necesidad de emplear armamento más básico y la de mantenerse unos cuantos pasos por delante de los insurgentes palestinos. Esto tendría como consecuencia el desarrollo de «armas» como una máquina que lanzaba piedras para responder a los ataques de los jóvenes, y vehículos equipados para disparar pelotas de goma y pequeñas cargas explosivas contra la multitud[254]. Como los funerales de los palestinos abatidos siempre se convertían en focos para las manifestaciones, el ejército solía retener los cadáveres y no los entregaba hasta altas horas de la noche para que fueran sepultados. Con todo, en la batalla entre el gato y el ratón en que se había convertido la lucha entre el ejército y los palestinos, estos últimos, como explica uno de los líderes de la *intifada*, «robaban el cadáver del hospital y lo enterraban y convertían eso en una… manifestación»[255].

Como hicieran los franceses en Argel en la década de 1950 (algo de lo que da cuenta Gillo Pontecorvo en su célebre película de 1965, *La batalla de Argel*), el ejército trató de debilitar a los líderes de la insurgencia en los territorios ocupados. Difundieron comunicados falsos, que imitaban los del MNUI, con el fin de sembrar confusión entre la gente, al tiempo que daban caza a los jefes del levantamiento. Los distintos comités populares y grupos de apoyo de los que habían salidos los cuadros de nivel medio e inferior y servían como centros de mando locales para la organización de las protestas fueron totalmente prohibidos, y el hecho de pertenecer a ellos se convirtió en un delito.

Gracias a su enfoque metódico y sus superiores recursos, el ejército y los servicios de seguridad israelíes, con la ayuda de los informantes palestinos, fueron poco a poco estrechando el cerco sobre los líderes del MNUI hasta que, al final, se logró localizar a la mayoría de ellos, ya fuera para encarcelarlos o para expulsarlos de los territorios ocupados. Este último método, la deportación de líderes palestinos, había sido empleado por el

ejército desde los primeros días de la ocupación: en el período inmediatamente posterior a la guerra de 1967, a los deportados a menudo se los enviaba a Israel propiamente dicho, mientras que luego se optó por mandar a quienes se resistían a la ocupación a Jordania. Sin embargo, el ejército llevaba a los líderes de la *intifada* que detenía al sur del Líbano, todavía bajo ocupación israelí, y los abandonaba allí a su suerte; las cifras muestran que solo en 1988 el ejército deportó a más de cincuenta activistas palestinos. No obstante, estos métodos draconianos tuvieron poco efecto sobre el terreno, pues no tardaban en surgir nuevos líderes que reemplazaban a los que habían sido deportados o encarcelados.

Uno de los métodos más eficaces empleados por los militares para sofocar el levantamiento fueron los toques de queda. En el derecho internacional los toque de queda se consideran una forma de castigo colectivo y por ello están prohibidos; el artículo 33 del IV Convenio de Ginebra es muy claro al declarar que «ninguna persona protegida puede ser castigada por una falta que él o ella no haya cometido personalmente. Los castigos colectivos y toda medida de intimidación similar… están prohibidos». Eso, sin embargo, nunca había impedido que el ejército israelí recurriera a ellos. Las cifras muestran que en 1988 se ordenaron no menos de mil seiscientos toques de queda en los territorios ocupados, ciento dieciocho de ellos de cinco días o más; en varias ocasiones se decretó el toque de queda para toda la población palestina de Cisjordania y la Franja de Gaza. Durante el toque de queda, los palestinos permanecían confinados en sus casas, e incluso tenían orden de mantenerse alejados de las ventanas y los balcones; y a menudo se disparaba contra quienes desobedecían la medida. Con los palestinos encerrados en sus casas, el ejército podía moverse libremente, detener a los sospechosos, a los que solía mandar a prisión, y en general demostrar a los palestinos cuál era el precio de oponerse a la ocupación. Para los palestinos que padecían la medida, en particular las familias con hijos pequeños, los períodos de toque de queda eran siempre una pesadilla. Ghazi Bani Odeh, un periodista palestino, relata que durante el toque de queda «nuestra vida… se convierte en un infierno. No tenemos contacto con los vecinos. No vemos ni oímos ni hablamos con nadie»[256]. Y otro refugiado palestino de Jan Yunis, en la Franja de Gaza, recuerda: «Los soldados llegaban haciendo un estruendo con los tanques… y la casa entera temblaba como una hoja. Anunciaban el toque de queda en las primeras horas de la mañana, siempre con el lenguaje más grosero posible: “Vosotros, hijos de…” y “Vuestra madre…”»[257].

Para que a los palestinos les resultara más difícil organizar las manifestaciones, el ejército también cerraba las escuelas; esto, sin embargo, tuvo como consecuencia el surgimiento de «escuelas populares», en las que la comunidad organizaba sesiones de enseñanza. Recordando sus días de escuela en Ramala durante la *intifada*, Diana Wahbe explica:

> Solíamos ir a la casa de un maestro vecino y pasábamos el día estudiando historia, árabe, geografía, matemáticas y literatura con los estudiantes de la zona. Éramos una extraña mezcla de chicos de escuelas públicas y privadas, usábamos libros viejos, teníamos niveles de lectura diferentes, resolvíamos los problemas de formas distintas y disfrutábamos mucho con nuestros nuevos maestros y compañeros de clase. En ocasiones, el maestro era arrestado por tener una escuela en casa, así que teníamos que buscar otro profesor o un padre dispuesto a ayudarnos con las lecciones[258].

Entre tanto, los israelíes aprovecharon todas las posibilidades del sistema legal que habían desarrollado para mantener la ocupación con el fin de sofocar la *intifada*. De acuerdo con las Regulaciones (de Emergencia) de Defensa, un tribunal militar podía ordenar la detención de un sospechoso palestino y mantenerlo encerrado hasta seis meses sin llevarlo a juicio en lo que se denominaba «detención administrativa», «detención preventiva» o «internamiento». Aunque este procedimiento se había utilizado de forma esporádica entre 1967 y 1980, su uso fue disminuyendo de forma gradual a lo largo de ese período. No obstante, en 1985, una época de agitación en los territorios ocupados, volvió a emplearse; se calcula que entre 1985 y diciembre de 1987 trescientos dieciséis palestinos estuvieron en detención administrativa; y con la *intifada*, la detención administrativa pasó a usarse de forma generalizada. Se calcula que a lo largo de 1988 hubo en todo momento entre tres mil y cuatro mil palestinos en detención administrativa; entre los detenidos figuraban mujeres e incluso niños de catorce o quince años[259].

La detención de tantísimos individuos saturó las instalaciones carcelarias existentes, de modo que el ejército tuvo que abrir nuevas prisiones. Entre los centro de detención de peor reputación estaban Ansar II, en Gaza, y el Centro de Detención Militar Ketsiyot (Prisión 7), también conocido con Ansar III, en el desierto del Néguev. Estas cárceles pronto se convirtieron en escuelas políticas para los palestinos y en ellas se formó una nueva generación de líderes con fuertes vínculos entre sí. Un prisionero que pasó diez años en cárceles israelíes contaba cómo la experiencia transformó su identidad

palestina: «Antes de ir a la cárcel —recuerda—, ni siquiera sabía que yo era palestino. Allí me enseñaron quién era. Ahora tengo opiniones propias»[260]. Fuera de las cárceles, en los territorios ocupados de Palestina, los prisioneros contaban con un firme apoyo y los líderes de la insurrección no escatimaban esfuerzos para elogiar su valentía: «La gloria es vuestra… Gloria a los mártires del levantamiento que se encuentran tras las rejas»[261].

En prisión, los detenidos eran sometidos a interrogatorio, y la tortura se utilizaba de forma rutinaria tanto para obtener información como para castigar; la tortura, por supuesto, va en contra de los derechos humanos y está prohibida por el derecho internacional[262]. Se calcula que entre 1987 y 1994, el Shabak interrogó a más de veintitrés mil palestinos y recurrió a la tortura con regularidad. Un estudio de B'Tselem (Centro de Información Israelí para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados) concluyó que los palestinos detenidos en las cárceles israelíes recibían «bofetadas, puñetazos, patadas, tirones de pelo, palizas con porras o varas de hierro, golpes contra las paredes o los suelos»[263]. El informe continúa describiendo así los métodos empleados contra los detenidos palestinos en las prisiones:

> Se golpea al detenido mientras se le suspende con un saco cerrado cubriéndole la cabeza y atado a la altura de las rodillas; se ata al detenido en una posición retorcida a una tubería exterior con las manos detrás de la espalda durante horas y, en ocasiones, mientras llueve, de noche o en las horas más calurosas del día; se confina al detenido, en ocasiones durante unos cuantos días, en la «jaula» (una celda oscura, hedionda y asfixiante de apenas metro y medio por metro y medio); se pone al detenido, en ocasiones a lo largo de muchas horas, en el «armario» (una celda estrecha de la altura de una persona en la que es posible permanecer de pie, pero no moverse); y echar al detenido atado durante muchas horas en la «tumba» (una especie de caja) cerrada mediante una puerta en la parte superior, en la que solo es posible estar agachado y sin retrete.

N. S., un estudiante palestino de Ramala acusado de pertenecer a Hamás, fue arrestado a los diecinueve años e interrogado durante treinta días en noviembre y diciembre de 1993; los abusos que describe son semejantes a los relatados por detenidos en períodos anteriores:

> El *shabeh* [permanecer sentado o de pie por la fuerza, vendado y esposado] consistía la mayor parte de las veces en estar de pie en el patio desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche.

> Algunos días estaba todo el tiempo sin comer ni poder ir al lavabo… En ocasiones me metían en un «armario» [un recinto del tamaño de un armario] húmedo y con filtraciones durante ocho o diez horas. En el armario estás sentado todo el tiempo… no puedes moverte… a menudo la gente hace sus necesidades en el armario porque no se les permite ir al lavabo y no hay un cubo allí… los armarios apestan terriblemente mal. De noche te echas en la celda como un animal. Los colchones y las mantas están sucios y apestan. No hay sol ni aire fresco. La celda está repleta de agua debido a las filtraciones… Las mantas están empapadas, el colchón también… En la sala de interrogatorios me abofetearon y me patearon en la entrepierna[264].

Estas experiencias, por supuesto, causaban efectos profundos y de larga duración en los detenidos; Aysha Odeh, que pasó algún tiempo en las cárceles israelíes, explica que después de salir de prisión «descubres que no puedes sacarte la prisión de ti. La llevas dentro. Te enfrenta con cada detalle. Tu vida en prisión es la que dicta cómo te comportas con el mundo exterior… no has dejado la prisión; en realidad la llevas contigo»[265].

Para apaciguar un punto candente en particular, el ejército solía declarar «zona cerrada» ciudades o pueblos enteros, lo que de hecho significaba que el lugar quedaba sitiado y aislado del mundo exterior. Este procedimiento difería del toque de queda en que dentro de la denominada «zona cerrada» los palestinos podían moverse libremente, pero no se les permitía salir de la ciudad (para impedírselo se establecían puestos de control militares en todas las entradas y salidas). Este método de castigo colectivo se hizo tristemente célebre en 1988, cuando se utilizó en Kabatiyeh, un pueblo de Cisjordania, cerca de Yenín, en represalia por la muerte a manos de sus habitantes de un lugareño sospechoso de colaborar con la ocupación. Desde el 24 de febrero hasta el 3 de abril de 1988, el ejército aisló el pueblo hasta conseguir doblegarlo: no se permitía la entrada de alimentos, se cortaron las líneas telefónicas y se prohibió la exportación a Jordania de la piedra procedente de las canteras locales, lo que dejó sin trabajo a la mayor parte de la población. En total, fueron detenidos cuatrocientos de los siete mil habitantes del pueblo, y el ejército además demolió las casas de los residentes sospechosos de haber estado directamente involucrados en el linchamiento del supuesto informante[266]. Debido a las inclemencias del sitio, los habitantes tuvieron que recurrir a soluciones primitivas, en lugar de queroseno cocinaban con ramas que arrancaban de los árboles y para suplir la escasez de alimentos

plantaron verduras en pequeñas parcelas.

El método más cruel empleado por el ejército para castigar a los palestinos que consideraba instigadores del levantamiento quizá fue la demolición de casas. Antes del estallido de la *intifada* el ejército ya utilizaba la demolición de casas mediante *bulldozers*; sin embargo, se consideraba un castigo particularmente severo y, hasta 1987, solo se utilizaba contra quienes cometían delitos muy graves. Además, requería de la aprobación especial del ministro de Defensa y los inquilinos tenían la oportunidad de apelar al Tribunal Supremo. Y aunque los tribunales israelíes no solían interferir en cuestiones de seguridad militar, exigían que se respetara el principio de proporcionalidad, es decir, que el castigo, la demolición, fuera proporcional a la gravedad del delito[267]. Sin embargo, con el levantamiento en plena efervescencia, la demolición de casas se convirtió en un procedimiento corriente que no requería ya la autorización especial del ministro y, por tanto, se dejaba a discreción de los jefes militares de cada zona. Las cifras indican que, en comparación con 1987, cuando se demolieron 103 casas, en 1988 el número de viviendas demolidas ascendió a 423, una cantidad asombrosa. El testimonio de Jalal Abu Luz nos permite entrever el efecto devastador que la demolición de casas tenía sobre las familias palestinas:

> La destrucción y la devastación me horrorizaron… Estaba histérico y empecé a llorar y gritar. Corría por todas partes… Regresé a las ruinas de mi casa y me senté en una pila de escombros y empecé a llorar… La gente se acercó a consolarme… Mi esposa y mis hijos llegaron y vieron que la casa se había convertido en un montón de piedras. Mi esposa se desmayó… los niños empezaron a llorar. Mis hijos… vinieron y se sentaron… en el montón de piedras y todos estuvimos llorando hasta la una de la tarde… Durante dos días los niños no fueron a la escuela porque todos sus libros y cuadernos estaban sepultados bajo las ruinas… la Cruz Roja empezó a distribuir tiendas y mantas… A nosotros nos dieron una tienda y diez mantas. Pusimos la tienda sobre el montón de piedras… Mis hijos volvieron a la escuela después, pero su comportamiento cambió… mojaban la cama en la casa del familiar en la que se quedaban a dormir y de noche gritaban debido a las pesadillas[268].

Raja Shehade, un abogado palestino, describe lo que se siente al ver al ejército demoliendo una casa:

> Vi a los soldados medir el grosor de las paredes para decidir dónde

> poner los explosivos. Lo hicieron con tal naturalidad… era horrible. Era como ver a alguien midiendo a otra persona para el ataúd. Miré a los soldados. ¡Eran tan jóvenes! Me cuesta trabajo entender cómo pueden hacer lo que hacen… Ellos sencillamente no ven a la familia que vive en la casa como sus congéneres, como seres humanos[269].

El odio hacia los israelíes derivado de la política de demolición de casas es manifiesto en el testimonio de Mohammed al-Kal'ilah, un palestino de Cisjordania al que demolieron su casa por ocultar en ella a un hijo al que el ejército había puesto la etiqueta de «Se busca»: «Podría matar un millón de veces al hombre que ordenó destruir mi casa» —reconoce al-Kal'ilah—. «¿Hice algo así alguna vez? ¿Pensé así alguna vez antes de eso? Yo solo quería vivir. Ahora ellos han hecho que quiera matar también. Me han convertido en un homicida»[270].

El asesinato de Abu Yihad

Las medidas utilizadas por Israel para sofocar la *intifada* (los toques de queda, las detenciones masivas, las demoliciones de casas, etc.) se dirigían exclusivamente contra los palestinos dentro de los territorios ocupados. Sin embargo, desde enero de 1988 la OLP empezó a participar desde Túnez en la gestión cotidiana de la revuelta, una tarea que recayó en el jefe de Estado Mayor de la organización, Khalil al-Wazir, también conocido como Abu Yihad («Padre de la lucha»).

Abu Yihad nació en octubre de 1935 en Ramala, en la Palestina por entonces bajo el Mandato británico. A los trece años, cuando durante la primera guerra árabe-israelí los soldados israelíes capturaron la ciudad, la familia fue expulsada de su hogar y se refugió en la Franja de Gaza. Allí creció Khalil, que asistió a una escuela secundaria gestionada por la UNRWA y tuvo varios empleos para ayudar al sustento de la familia. En 1957 las autoridades egipcias que controlaban la Franja de Gaza le expulsaron por estar involucrado en actividades políticas prohibidas, después de lo cual se estableció en Arabia Saudita, donde trabajó como maestro de escuela. En la década de 1960, junto con Arafat y unos cuantos activistas, Abu Yihad tuvo un papel fundamental en la fundación de la organización Al Fatah, cuya meta era combatir a Israel y liberar la totalidad Palestina; nacido como un movimiento secular, Al Fatah abrazó la ideología nacionalista palestina y, en

particular después de la guerra de 1967, apostó por la denominada «lucha armada» como la forma de alcanzar sus objetivos.

En 1969, cuando Arafat se convirtió en el jefe de la OLP, una organización en la que Al Fatah era la facción mayor pero que incluía también a otros grupos palestinos, Abu Yihad pasó a ser su principal colaborador y destacó en la organización de las operaciones de lucha armada contra Israel. Abu Yihad era un organizador discreto pero eficaz, y continuó desempeñado una importante función militar en 1970-1971, cuando en Jordania los guerrilleros palestinos se enfrentaron con las fuerzas del rey Husein en lo que se conocería como el «Septiembre Negro». Tras la derrota de la OLP a manos de las fuerzas jordanas, Abu Yihad, junto a Arafat y otros líderes y jefes militares palestinos, se trasladó al Líbano, desde donde continuó dirigiendo la lucha armada contra Israel y fue el planificador de numerosos ataques. Durante la invasión del Líbano llevada a cabo por Israel en 1982, en un esfuerzo por ralentizar el avance de las fuerzas israelíes Abu Yihad organizó el contraataque, y luego, una vez Israel se impuso, se marchó al exilio a Túnez, al igual que otros líderes palestinos como Arafat.

Pero incluso desde allí Abu Yihad continuó liderando la lucha armada contra la ocupación, en particular mediante la creación de comités juveniles en los territorios ocupados de Palestina para combatir al ejército. Como a muchos otros, el estallido de la *intifada* le tomó por sorpresa, pero enseguida se recobró e impuso su liderazgo a los dirigentes locales del levantamiento, que pronto empezaron a seguir las instrucciones que les daba desde Túnez. Conocedores del importante papel que Abu Yihad desempeñaba como dirigente de la insurrección palestina, los israelíes decidieron eliminarle.

El 15 de abril de 1988, un comando de élite israelí llegó a la costa de Túnez y asaltó la casa de Abu Yihad, donde según cuenta un tal Nahum Lev: «Le disparé una larga ráfaga»[271]. La esposa de Abu Yihad, Jihan, que al oír el alboroto salió a las escaleras para ver qué sucedía, recuerda que

> lo primero que vi fue a tres hombres enmascarados con ametralladoras… el primero de los hombres disparó a Abu Yihad. Estaba herido en el brazo y el corazón. Dio media vuelta y cayó al suelo. Luego cuatro de ellos, a medida que iban bajando las escaleras para salir de la casa, le dispararon por turnos. Al oír los gritos, Hanan, mi hija, se despertó. Uno de los hombres la hizo a un lado y le dijo: «Ve con tu madre». Había unas setenta y cinco balas en el cuerpo de Abu Yihad, ocho de ellas en el corazón[272].

La ira que este asesinato provocó en los territorios ocupados desató una oleada de protestas masivas, en particular en la Franja de Gaza, donde se había criado Abu Yihad. En los disturbios inmediatos el ejército mató a catorce palestinos e hirió a más de setenta. En Jerusalén, los palestinos guardaron tres días de luto y huelga general, durante los cuales las banderas negras ondearon por toda la ciudad. Cuando Abu Yihad fue sepultado en Damasco, se celebraron funerales simbólicos en las ciudades y pueblos de los territorios ocupados, y el MNUI emitió la orden de que el sábado siguiente a la muerte de Abu Yihad sería un «día de la ira» en el que las protestas y manifestaciones debían ser más intensas. En última instancia, el asesinato no alteró el curso del levantamiento, que continuó raudo, pero permitió al ejército arrestar a decenas de activistas palestinos, pues durante la operación en Túnez los israelíes obtuvieron documentos con listas de activistas en los territorios ocupados.

La intensificación de los disturbios que siguió al asesinato de Abu Yihad tuvo una importante repercusión: fortaleció la determinación del rey Husein de Jordania de seguir adelante con la que resultaría ser una de las decisiones más dramáticas y trascendentales de su reinado, y que tendría un impacto tremendo en el futuro de los territorios ocupados.

Un divorcio político

El rey Husein había continuado canalizando fondos hacia Cisjordania incluso después de que en 1967 Israel le arrebatara ese territorio: pagaba los salarios y pensiones de los funcionarios públicos, gestionaba los habices y financiaba escuelas, clínicas y otras instituciones. El monarca quería mantener su influencia en una región que todavía confiaba en recuperar. Los israelíes hicieron la vista gorda a estas intromisiones porque esperaban que llegaría un día en que podrían compartir con Jordania el control de la zona, algo preferible a la creación de un estado independiente. De hecho, la «opción jordana» era un elemento clave en los planes de los gobiernos israelíes, en particular los de izquierda, pues Cisjordania está demasiado cerca de los centros urbanos israelíes y existía el temor de que el surgimiento allí de un estado palestino hostil pudiera perturbar con facilidad la vida cotidiana de estos. Husein continuó apoyando a los habitantes de los territorios ocupados de Palestina incluso después de que en octubre de 1974, en la conferencia de

la Liga Árabe en Rabat, los demás jefes de estado árabes no le reconocieran autoridad para negociar en nombre de los palestinos y sí en cambio a la OLP; desde 1974 hasta 1988, el rey siguió intentando sortear la fórmula de Rabat y convencer a los palestinos, al mundo árabe y a la comunidad internacional de que él era la persona indicada para representar a los palestinos en las conversaciones sobre el futuro de los territorios ocupados de Palestina. La *intifada*, sin embargo, cambió todo eso. Aunque los disturbios se dirigían sobre todo contra la ocupación israelí, los sentimientos antijordanos latentes entre los palestinos alcanzaron también nueva cotas.

El 11 de marzo de 1988, por ejemplo, el MNUI, la dirección del levantamiento en los territorios ocupados, difundió su décimo comunicado, en el que llamaba a los palestinos a, entre otras cosas, intensificar la presión no solo contra el ejército ocupante sino también «contra el personal del régimen jordano», a saber, los palestinos que se sentían más cercanos a la monarquía jordana que a la OLP[273]. Además, instaba a los representantes de Cisjordania en el Parlamento jordano a renunciar a sus escaños, pues «de otro modo, no habrá espacio para ellos en nuestra tierra». Estas palabras hirieron muchísimo al rey, que comprendió con claridad que la mayoría de los habitantes de Cisjordania preferían abiertamente a la OLP que a Jordania, una postura que había ido ganando fuerza desde las elecciones municipales de 1976. Existía asimismo, y eso es algo que el rey no pasaba por alto, un gran riesgo en términos de seguridad: siendo la mayoría de sus súbditos de origen palestino, la *intifada* podía fácilmente desbordar las fronteras de los territorios ocupados y llegar a su reino e, incluso, poner en peligro su propia posición. Cada vez más cansado de los desaires con que a lo largo de los años los palestinos habían respondido a sus intentos de acercamiento, y profundamente preocupado por el futuro de su reino, el monarca resolvió tomar una decisión radical: desvincularse por completo de Cisjordania y trasladar toda la responsabilidad a la OLP.

El 28 de julio de 1988, el rey abandonó un plan de desarrollo para Cisjordania con el que se pretendía costear proyectos de vivienda, sanitarios, educativos, culturales y religiosos por valor de mil trescientos millones de dólares, con el argumento de que esta decisión permitiría a la OLP responsabilizarse más de la región. Dos días después disolvió la Cámara Baja del Parlamento jordano, donde la mitad de los sesenta delegados eran palestinos procedentes de Cisjordania. El golpe de gracia llegó el 31 de julio cuando, en un discurso televisado de intenso dramatismo, el rey anunció que renunciaba a toda pretensión sobre el territorio perdido en 1967 y declaró que

Jordania cortaría todos sus lazos administrativos y jurídicos con Cisjordania. Según explicó, dada la «convicción general» de que el desmantelamiento de los vínculos legales y administrativos entre las dos riberas del Jordán beneficiaría la lucha por liberar las tierras palestinas de la ocupación israelí, «nosotros [los jordanos] tenemos que cumplir con nuestro deber y hacer lo que se nos pide»[274]. El rey proclamó la creación de un futuro estado palestino independiente en «los territorios ocupados de Palestina» y subrayó que estaba dando ese paso «solo en respuesta al deseo de la Organización para la Liberación de Palestina, el único representante legítimo del pueblo palestino»[275]. No obstante, el monarca insistió en que esa desvinculación no implicaba renunciar a la tutela hachemita de los santos lugares de Jerusalén, que él consideraba una obligación personal y espiritual, así como una necesidad política, pues no había garantía alguna de que Israel fuera a otorgar a los palestinos soberanía sobre los santuarios.

Y así, con un «que la paz y la bendición de Dios estén con vosotros», el rey cortó los lazos de Jordania con la tierra que originalmente había capturado en 1948, anexionado formalmente en 1950, perdido a manos de Israel en 1967 y, hasta ese momento, esperado recuperar algún día. Con esta decisión, el monarca también desistía formalmente de representar a los palestinos. La medida, además, supuso un golpe mortal para la «opción jordana» de Israel, pues convertía a la OLP en el único socio potencial para cualquier negociación relacionada con los territorios ocupados de Palestina.

La decisión de Husein dio impulso a la nueva realidad que estaba conformándose en los territorios ocupados y puso en marcha una serie de acontecimientos que, como veremos a continuación, convertirían esa desvinculación en un acto irrevocable.

Independencia

Con el rey Husein lavándose las manos en la cuestión de los territorios ocupados y los líderes locales pidiendo a la OLP que les ayudara a convertir el éxito de la insurrección en un programa claro que guiara la lucha del pueblo palestino hacia la independencia, la presión fue acumulándose sobre Arafat, que seguía en Túnez: había llegado el momento de actuar. El líder palestino cogió el toro por los cuernos: el 15 de noviembre de 1988, el día en que el ejército israelí impuso un toque de queda total sobre los territorios

ocupados y Jerusalén Oriental, Arafat, en una reunión especial del Consejo Nacional Palestino (CNP), el órgano legislativo de la Organización para la Liberación de Palestina que se celebró en Argel, proclamó «la creación del estado de Palestina en nuestra nación palestina con la ciudad santa de Jerusalén como capital»[276]. A continuación leyó la Declaración de Independencia de Palestina, que había sido redactada por el poeta palestino Mahmud Darwish:

> Palestina, la tierra de las tres religiones monoteístas, es la tierra en la que el pueblo árabe palestino nació, creció, se desarrolló y brilló. Así, los árabes palestinos forjaron una unión eterna entre el pueblo, la tierra y la historia. Firme a través de esa historia, el pueblo árabe palestino construyó su identidad nacional[277].

El estado que imaginaba Arafat en la declaración de independencia incluía Cisjordania y la Franja de Gaza, aproximadamente un 22% de la Palestina histórica, así como el sector árabe de Jerusalén, que Israel consideraba propio tras habérselo anexionado de hecho en junio de 1967. Dado que esos territorios seguían entonces bajo ocupación militar, el anuncio de Arafat era solo una declaración política de esperanzas e intenciones sin contenido práctico inmediato.

El CNP aprobó la declaración de Arafat y, por primera vez, aceptó oficialmente la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU. Esto era significativo, pues aunque en 1970 Israel había aceptado a regañadientes la resolución, que le exigía retirarse de los territorios ocupados en 1967, y otro tanto habían hecho estados árabes como Egipto y Jordania, que con ello aceptaban también el principio de que Israel tenía derecho a una existencia pacífica en Oriente Próximo, hasta ese momento la OLP se había negado a hacerlo. Para la organización, aceptar el derecho a la existencia de Israel implícito en la resolución 242 significaba renunciar al 78% del territorio de la Palestina histórica. Al negarse a aprobar la resolución, los líderes de la OLP habían facilitado que durante muchos años los israelíes los descartaran como interlocutores y los presentaran como «terroristas» empeñados en la destrucción de su estado. Eso, sin embargo, había cambiado: con una única decisión audaz, Arafat transformó la OLP y planteó a Israel el reto de iniciar conversaciones con él.

Arafat probablemente era lo bastante realista para saber que su aceptación del derecho a existir del estado de Israel no se traduciría de inmediato en conversaciones directas con el gobierno, pues ello implicaría hablar acerca del

futuro estado palestino, algo a lo que se oponía tanto el Likud, el partido de Shamir como, de hecho, una mayoría muy amplia de los israelíes. Al mismo tiempo, Arafat esperaba que al menos Estados Unidos, el aliado más importante de Israel, reaccionara positivamente y levantara la prohibición de negociar con la OLP impuesta catorce años atrás por el secretario de Estado de la época, Henry Kissinger. Como parte del paquete de promesas que en 1975 había hecho para inducir a Israel a retirarse parcialmente del Sinaí, Kissinger había asegurado a los israelíes que Estados Unidos no negociaría con la OLP mientras esta no aceptara la resolución 242 de la ONU, reconociera explícitamente el derecho a existir de Israel y renunciara al terrorismo. Consecuente con esa promesa, George Shultz, el secretario de Estado de Estados Unidos en 1988, recordó que antes de que su país pudiera entablar conversaciones directas con la OLP, Arafat tenía que cumplir con *todos* los requisitos antes mencionados, es decir, reconocer explícitamente el estado de Israel y renunciar al terrorismo. Arafat consideró que eso era lo que debía hacer, así que el 7 de diciembre de 1988 envió un mensaje a Shultz en el que declaraba que «el comité ejecutivo de la OLP… condena el terrorismo individual, grupal y estatal en todas sus formas y no recurrirá a él»[278]. Y luego, el 14 de diciembre, convocó una rueda de prensa en la que declaró que la OLP reconocía el derecho de todas las partes involucradas en el conflicto de Oriente Próximo a existir en paz y seguridad «incluido… Israel» y volvió a repetir, «para que conste», que «la OLP renuncia al terrorismo»[279].

En lo que respecta a los estadounidenses, Arafat había satisfecho las exigencias del gobierno, y si bien los israelíes seguían rechazando cualquier negociación con la OLP, Estados Unidos actuó con rapidez, puso fin al boicot y se preparó para el diálogo: el embajador estadounidense en Túnez, Robert Pelletreau, estableció contacto con el cuartel general de la OLP en el país y el 16 de diciembre comenzaron en la capital tunecina las conversaciones para establecer la relación futura entre la OLP y el gobierno de Estados Unidos. Esas conversaciones, sin embargo, no llegaron muy lejos, pues en mayo de 1989 una facción disidente, dirigida por un tal Muhammad Abbas, del Frente para la Liberación de Palestina (FLP), llevó a cabo un ataque desde el mar en una playa cerca de Tel Aviv; Arafat se negó a condenar el ataque y, en consecuencia, Estados Unidos rompió el diálogo con la OLP.

De hecho, a lo largo de los siguientes años los intentos de Arafat de continuar la lucha armada contra Israel y al mismo tiempo buscar una solución política y negociada al conflicto erosionarían poco a poco su

credibilidad, lo que aplazó la perspectiva de un estado palestino. Por el momento, otro esfuerzo histórico por resolver el conflicto palestino-israelí había fracasado.

La política «rompehuesos» y el plan de paz de Shamir

Todas estas maniobras diplomáticas parecían tener escaso efecto en la situación real de los territorios ocupados, donde el ejército israelí y los manifestantes palestinos continuaban intercambiando golpes. En 1989, el ejército introdujo en su arsenal para enfrentarse a los revoltosos las balas de goma: proyectiles recubiertos de goma para amortiguar el impacto y producir menos bajas. Sin embargo, esta munición «blanda» siguió causando heridas fatales y dejando mutilados a muchos manifestantes, pero no conseguía detener la rebelión.

Para entonces, las Fuerzas de Defensa de Israel se habían convertido en blanco de críticas severas por parte de la comunidad internacional debido a la brutalidad con la que trataba a quienes participaban en las protestas, lo que no dejó a los israelíes otra opción que cambiar las armas de fuego por porras y bastones. El ejército actuaba siguiendo las instrucciones del ministro de Defensa, Isaac Rabin, que en una ocasión dijo a sus hombres: «Caballeros, empezad a usar las manos, o las porras, y limitaos a dar una paliza a los manifestantes para restaurar el orden»[280]. Esto se conocería como la política «rompehuesos» de Rabin, y la frustración hizo que los soldados llevaran demasiado lejos el consejo del ministro: los golpes que infligieron a los palestinos dejaron a muchos de ellos lisiados de por vida. La política «rompehuesos» también resolvía otro de los problemas del ejército, a saber, permitía a los soldados dejar fuera de combate a los manifestantes sin tener que enviarlos a un campo de detención; el coronel Yehuda Meir ordenó a sus hombres que les rompieran «los brazos y las piernas» a los palestinos «porque los campos de detención están repletos»[281].

Con la brutal realidad que se vivía en los territorios ocupados de Palestina expuesta en las pantallas de televisión de todo el planeta, la presión internacional sobre Israel creció de forma espectacular: los países europeos, la ONU, la Unión Soviética e incluso el gobierno de Estados Unidos, todos

comenzaron a ver con inquietud las medidas de fuerza adoptadas por los israelíes, a los que se pedía que tomaran alguna iniciativa política, en particular después de que Arafat reconociera explícitamente el estado de Israel y renunciara al terrorismo.

Sometido a una presión internacional cada vez mayor, el 14 de mayo de 1989 el primer ministro Isaac Shamir presentó al Consejo de Ministros un «plan de cuatro puntos»[282]. El plan proponía un proceso de paz en dos fases que implicaba un período transicional, fundado en un acuerdo provisional entre palestinos e israelíes y que comenzaría con la celebración de elecciones locales en Gaza y Cisjordania (con el objetivo de marginar a la OLP), y, luego, una solución permanente negociada entre Israel, Egipto y Jordania (ello, de nuevo, con el objetivo de arrinconar a los dirigentes de la OLP). En el núcleo de este programa estaba la idea de un «autogobierno [para los palestinos] que les permita gestionar por sí mismos los aspectos de la vida cotidiana». De acuerdo con el plan de Shamir, Israel seguiría encargándose de la seguridad, las relaciones internacionales y todas las cuestiones concernientes a los colonos judíos en Cisjordania y la Franja de Gaza.

Los palestinos reconocieron el plan de Shamir como lo que realmente era: una táctica israelí para acabar con la idea de un estado palestino y marginar a la OLP. De hecho, hoy sabemos que el único propósito de la oferta del primer ministro era aliviar la presión internacional a la que entonces estaba sometido el país, algo que él mismo reconocería después: «No le daremos a los árabes ni un centímetro de nuestra tierra [en referencia a Cisjordania] aunque tengamos que negociar durante diez años»[283]. En otra ocasión, Shamir se refirió a su plan en estos términos: «habría mantenido las conversaciones sobre la autonomía durante diez años y, entre tanto, habríamos alcanzado el medio millón de colonos en Judea y Samaria»[284]. Era evidente que lo que Shamir pretendía era ganar tiempo, pues estaba convencido de que cuanto más tiempo pasara sin un cambio en el *statu quo*, más se consolidaría la posesión de Israel de los territorios bajo su control. La idea del primer ministro reflejaba su creencia de que la disgregación de la Unión Soviética, el ascenso de Estados Unidos como única superpotencia y la llegada a Israel de una enorme cantidad de inmigrantes altamente cualificados procedentes de la antigua Unión Soviética fortalecerían el país tanto desde el punto de vista demográfico como económico, y de que estas tendencias subyacentes, con el tiempo, jugarían en favor de Israel. Shamir contó aquí con el respaldo del ministro de Defensa, Rabin, quien advirtió a los palestinos de que su mejor

opción era acogerse al plan del primer ministro, pues el gobierno «no tendría escrúpulos a la hora de aumentar de forma significativa la presión militar si los palestinos se niegan a considerar el plan de Israel, el único que Israel tiene intención de ofrecerles»[285]. Ni siquiera esa advertencia consiguió amilanar a los palestinos, que rechazaron el plan de Shamir sin pensárselo dos veces y continuaron el levantamiento.

Aunque el ejército no había sido capaz de sofocar por completo la *intifada*, en 1990 era evidente que estaba derrotando a los palestinos y que la unidad eufórica que estos habían sentido cuando se lanzaron las primeras piedras había empezado a desmoronarse. Es posible que en 1987 la economía hubiera sido el motor de la insurrección, pero hacia el final de la década, por el contrario, la economía contribuyó a su agotamiento. Esto fue consecuencia tanto de las medidas del ejército como de las frecuentes huelgas convocadas por el MNUI, que habían hecho que la situación económica en los territorios ocupados fuera tan desesperada que todo lo que querían los palestinos normales y corrientes era poder volver a trabajar en Israel y poner un poco de pan en la mesa. Las cifras muestran que la insurrección redujo considerablemente el número de trabajadores de la Franja de Gaza que tenían empleo en Israel: de unos setenta u ochenta mil en el período previo a la *intifada* se pasó a unos cincuenta y seis mil en 1989, lo que dos años después del comienzo del levantamiento se había traducido en un descenso del 13% en la renta per cápita. La fatiga era perceptible y el levantamiento había perdido buena parte de su vitalidad; los trabajadores empezaron a volver a sus empleos en Israel, desafiando los esfuerzos de los activistas por prolongar la rebelión. Sari Nusseibeh, uno de los líderes de la *intifada*, escribió sobre su «ignominiosa muerte»: «la causa murió de agotamiento. Un quejido la resume mejor que un *bang*»[286]. No obstante, los sueños políticos de los palestinos no desaparecerían por completo. La salvación, una salvación que aprovecharía los cimientos echados por el levantamiento para llevar a cabo un cambio político espectacular en los territorios ocupados, llegaría pronto y lo haría procedente de un lugar inesperado: Irak.

8

El Golfo, Madrid, Oslo, 1991-1995

Es una ironía de la historia que, de todas las personas posibles a comienzos de la década de 1990, fuera el dictador iraquí Sadam Husein el llamado a desempeñar un papel crucial como desencadenante del proceso de paz en Oriente Próximo.

A finales de la década de 1980, con su país en bancarrota tras ocho años de infructuosa guerra con Irán y los precios del petróleo en mínimos históricos, cosa que había reducido gravemente los ingresos derivados de su exportación, Husein estaba buscando fondos para reconstruir la economía y financiar un ejército sobredimensionado. En su desesperación, el 2 de agosto de 1990 el dictador mandó a sus tropas a invadir y ocupar Kuwait, un vecino diminuto pero con ricos yacimientos petrolíferos, calculando que al apoderarse de sus recursos conseguiría inflar el precio del petróleo y revitalizar la economía iraquí. Husein, sin embargo, no tuvo suficientemente en cuenta la coyuntura internacional. El mismo día en que su ejército entró en Kuwait, la ONU adoptó medidas para detener el asalto: la resolución 660 del Consejo de Seguridad condenó de inmediato la invasión y exigió la retirada incondicional de las tropas iraquíes. Y en los días siguientes se aprobarían nuevas resoluciones para imponer sanciones económicas al país.

Husein reaccionó a la creciente presión con una idea muy original, aunque cínica: propuso una solución completa a «todos los problemas de ocupación… en la totalidad de la región» y pidió la retirada inmediata e incondicional de Israel de los territorios ocupados, a la que seguiría «la formulación de disposiciones relativas a la situación de Kuwait»[287]. Como es evidente, daba por hecho que Israel se negaría a retirarse y esperaba que la cuestión dividiera a la opinión árabe, lo que reduciría las presiones para que abandonara Kuwait. A nadie sorprendió que en los territorios ocupados los palestinos vitorearan al líder iraquí. Como explica Moghi Assad, un

estudiante palestino de veinte años que entonces vivía con los once miembros de su familia en una pequeña casa en el campo de refugiados de Azia, en Cisjordania: «Sadam Husein… nos da esperanzas. Es un héroe… Sadam va a ayudar a los palestinos… Tiene poder para decirle a Israel que se marche»[288].

La oposición internacional a la invasión de Kuwait la encabezó el presidente de Estados Unidos, George H. W. Bush, que estaba decidido a impedir que Husein enturbiara las aguas vinculando la retirada iraquí de Kuwait a la salida de Israel de los territorios ocupados. No obstante, sus esfuerzos por convencer a los países árabes de que se sumaran a la coalición contra Irak liderada por Estados Unidos topó con serias dificultades pese a contar con el aval de la ONU: por ejemplo, Siria, país al que muchos veían como el guardián de la llama del nacionalismo árabe, se negaba a participar mientras Washington ignorara la relación establecida por Husein entre su ocupación y la ocupación israelí. El ministro de Asuntos Exteriores sirio, Faruk al-Shara, recordaría más tarde en una entrevista lo que el presidente el Asad había dicho en esa ocasión a los estadounidenses: «no debe haber un doble rasero; si todos apoyamos la implementación de las resolución del Consejo de Seguridad de la ONU relativas al Golfo, entonces deben implementarse también las resoluciones relativas al conflicto árabe-israelí»[289].

Ansioso por conseguir que Siria se sumara a la coalición, el presidente Bush se vio obligado a acercarse a un reconocimiento, aunque indirecto, del vínculo entre el caso israelí y el iraquí; el 2 de octubre de 1990, en un discurso ante la Asamblea General de la ONU, declaró que la retirada iraquí de Kuwait allanaría el camino «para que todos los estados y pueblos de la región resuelvan el conflicto que separa a los árabes de Israel»[290]. Luego, el 23 de noviembre de 1990, en Ginebra, en un encuentro cara a cara con el presidente de Siria, Hafez el Asad, el presidente Bush prometió que «tan pronto acabemos de lidiar con Sadam, tan pronto hayamos liberado Kuwait, Estados Unidos se ocupará del proceso de paz [árabe-israelí]»[291]. La promesa de Bush convenció a el Asad, que junto con otros mandatarios árabes aceptó unirse a la coalición contra Husein liderada por Estados Unidos e incluso contribuyó a ellas con tropas.

El 16 de enero de 1991, la coalición de la ONU atacó a las fuerzas de Husein desde el aire y el 24 de febrero dio comienzo la ofensiva por tierra. Después de una batalla de un centenar de horas, las fuerzas iraquíes estaban derrotadas y Husein había aceptado retirarse de Kuwait.

El día que empezó la guerra del Golfo, el ejército israelí aprovechó que muchos de los corresponsales de prensa extranjeros que cubrían la situación en los territorios ocupados habían dejado el país para informar sobre lo que ocurría en Irak para tomar medidas drásticas contra los palestinos e impuso un toque de queda completo. Durante ese tiempo, el ejército realizó centenares de arrestos en un intento de obtener información que le permitiera dar el golpe definitivo a la *intifada*. Los métodos empleados por los israelíes para obtener información fueron en muchos casos brutales. Una fuente que tenía acceso al centro de detención de Hebrón reveló que lo que ocurría allí era

> un puro horror: rompen las porras en el cuerpo de los prisioneros, les pegan en los genitales, atan a un prisionero en el suelo frío y juegan a fútbol con él, pasándoselo a patadas literalmente. Luego le dan choques eléctricos utilizando el generador o un teléfono de campaña, y luego lo sacan fuera y lo dejan durante horas en el frío y la lluvia… Machacan a los prisioneros… hasta convertirlos en trozos de carne[292].

Los toques de queda impuestos por el ejército, que duraron siete semanas, tuvieron un efecto desastroso sobre la economía de los territorios ocupados. La medida afectó en particular a la Franja de Gaza, donde las pérdidas ascendieron por lo menos a ochenta y cuatro millones de dólares; de las ciento cuarenta mil toneladas de cítricos producidas en febrero de 1991 (el año anterior se habían producido ciento setenta y cinco mil), solo se exportaron quince mil. Y dado que el ejército no permitía la entrada de trabajadores palestinos a Israel para buscar trabajo, miles de familias quedaron al borde la de ruina. A finales de febrero de 1991 la venta de carne roja se había reducido en un 80% y la de frutas y verduras en un 70%. Pero lo peor estaba por llegar. Debido a que los palestinos de Gaza y Cisjordania apoyaban abiertamente a Sadam Husein y a que su líder Yasir Arafat, siempre reacio a ir en contra del ánimo popular, utilizaba una retórica pro Sadam desde Túnez, Arabia Saudita y Kuwait decidieron tomar represalias y expulsar a los trabajadores palestinos de sus territorios. Debemos recordar que, como consecuencia de la escasez de empleo en los territorios ocupados, los palestinos, en particular los de Cisjordania, solían emigrar a Arabia Saudita y Kuwait en busca de trabajo. Desde allí, los trabajadores enviaban dinero a sus familias en Palestina y esas divisas siempre habían sido uno de los puntales de la economía de los territorios ocupados. Sin embargo, decepcionados por el apoyo del que gozaba el dictador iraquí entre los palestinos, Arabia Saudita y Kuwait echaron a los obreros palestinos, la mayoría de los cuales no tenía otra opción

que regresar a los territorios ocupados y engrosar las cifras de desempleo. El impacto de esto sobre la economía de Cisjordania y la Franja de Gaza fue devastador.

La conferencia de paz de Madrid

Entre tanto, tras haber llevado a la victoria a la coalición internacional y regional contra Irak, el presidente Bush se encontraba en una posición sólida para cumplir la promesa de ocuparse del conflicto árabe-israelí. El prestigio del mandatario estaba en su punto más alto y era una oportunidad única para abordar la cuestión, de modo que, poco después de terminada la guerra, envió al secretario de Estado, James Baker, a Oriente Próximo con el propósito de organizar una conferencia de paz internacional en la que los participantes directos serían Israel, Siria, Líbano, Jordania y los palestinos, estos últimos representados por líderes locales de los territorios ocupados, no por la OLP, con la que Israel se negaba a negociar. Baker necesitó ocho agotadores meses para convencer a las partes de asistir a una conferencia de paz en España en la que pudieran discutir sus diferencias.

La conferencia de paz celebrada en Madrid del 30 de octubre al 1 de noviembre de 1991 fue el avance más significativo de los esfuerzos por resolver el conflicto árabe-israelí desde la histórica visita del presidente Anwar el-Sadat a Israel en 1977, que terminaría conduciendo al final de la ocupación del Sinaí y a la firma del primer tratado de paz entre Israel y una nación árabe. En Madrid, israelíes y árabes iban por fin a sentarse alrededor de la misma mesa para negociar, bajo el auspicio de Estados Unidos y la Unión Soviética (esta última más como elemento decorativo que otra cosa, pues para entonces era ya una superpotencia en declive), con la Unión Europea y Egipto como participantes plenos, y la ONU (que tanta desconfianza despertaba en Israel) como observador.

En su discurso ante la conferencia, Shamir declaró: «Rezamos para que esta reunión marque el comienzo de un nuevo capítulo en la historia de Oriente Próximo», pero a continuación matizó esas palabras:

> Sabemos que nuestros socios en las negociaciones harán demandas territoriales a Israel, pero como un examen de la larga historia del conflicto deja claro, este no es de naturaleza territorial. El conflicto

existía mucho antes de que Israel adquiriera Judea, Samaria, Gaza y el Golán en una guerra de defensa. Antes de la guerra de 1967, cuando los territorios en cuestión no estaban controlados por Israel, no había señal alguna de que se reconociera a Israel[293].

A diferencia de la delegación israelí, encabezada por el primer ministro, que estaba allí para proteger los territorios ocupados, no para comprometerlos, la delegación siria estaba dirigida por el ministro de Exteriores Faruk al-Shara (alguien tan corto de miras como Shamir), que reiteró la demanda básica de Siria, es decir, la retirada completa de Israel de la totalidad de los Altos del Golán y de todos los demás territorios bajo ocupación israelí.

Al frente de la delegación palestina, que nominalmente formaba parte de la jordana, se encontraba Haidar Abdel-Shafi, de la Franja de Gaza, que pidió el fin de la ocupación israelí y luego señaló las cuestiones más importantes para los palestinos, a saber, la creación de un estado palestino con Jerusalén Oriental como capital y que se permitiera a los refugiados que habían huido de sus hogares en lo que ahora era Israel a regresar a sus tierras. Aunque no se había permitido a Arafat participar en la conferencia, estaba allí en espíritu, y se aseguró de demostrar, al menos a los representantes palestinos, que aún tenía el control. Ghasan Jatib, uno de los miembros de la delegación, recuerda que en Madrid los recogió un coche para llevarlos a un destino no revelado y que al llegar se vieron ante un avión. «Solo cuando estábamos a bordo de la aeronave —recuerda—, se nos informó que nos dirigíamos a Túnez… y allí nos esperaba Arafat.»[294] El líder de la organización ponía así de manifiesto quién estaba al mando.

Durante los dos días que duró, a menudo el encuentro en Madrid pareció más un campo de batalla que una conferencia de paz y en determinado momento la guerra verbal entre las partes a punto estuvo de desbaratar todos los esfuerzos; el secretario de Estado Baker tuvo que rogar a los participantes que actuaran de forma más responsable: «Si no aprovecháis esta oportunidad histórica —les dijo—, nadie más lo hará»[295].

Con todo, a pesar del clima enrarecido, la conferencia de Madrid estuvo lejos de ser un fracaso, pues consiguió crear un mecanismo de dos vías para futuras negociaciones, con lo que la cumbre, en lugar de un encuentro excepcional, resultaría ser la primera fase de un proceso de paz más largo.

La primera vía era multilateral: en ese contexto Israel, los estados árabes

de la región y otras naciones no pertenecientes a ella podían discutir de forma conjunta sobre cinco cuestiones clave para Oriente Próximo: agua, medio ambiente, control armamentístico, refugiados y desarrollo económico; estas conversaciones multilaterales comenzarían en Moscú en enero de 1992. La segunda vía de negociaciones, la más importante, era bilateral y sus reuniones tendrían lugar en Washington, donde Israel negociaría de forma separada con cada uno de sus vecinos árabes: Siria, el Líbano, Jordania y los palestinos, cuya delegación debía continuar estando formada estrictamente por personas ajenas a la OLP. Los israelíes confiaban en que los líderes palestinos locales fueran ganando importancia gradualmente, hicieran a un lado a los «intrusos» (la OLP de Túnez) y cerraran un acuerdo de paz con Israel.

Conversaciones en Washington

Sin embargo, una vez empezaron las conversaciones en Washington resultó evidente que eso era hacerse ilusiones, pues los representantes palestinos seguían siendo tan dependientes de las directrices e instrucciones de la OLP como lo habían sido desde el comienzo de este proceso en Madrid. Además, si Israel esperaba que estos *insiders* fueran más flexibles, también se equivocaba: en las conversaciones, los negociadores palestinos procedentes de los territorios ocupados insistieron en abordar las cuestiones más delicadas, precisamente las que los israelíes preferían dejar fuera, y en particular el estatus futuro de Jerusalén.

En la sala en que tenían lugar las conversaciones sirio-israelíes en Washington, la negociación se estancó de forma similar: los representantes de Shamir, poco magnánimos, demostraron no tener ninguna voluntad de entregar el Golán, mientras que los sirios repitieron su exigencia habitual de que, como requisito previo para cualquier negociación sobre cualquier otra materia relativa a las futuras relaciones sirio-israelíes, lo primero que Israel tenía que hacer era aceptar retirarse completamente del Golán hasta lo que ellos denominaban la línea de 4 de junio de 1967, es decir, las líneas que se encontraban bajo su control la víspera de la guerra de 1967.

No obstante, el callejón sin salida de las negociaciones de paz en Washington era que Jordania, que tenía muy pocas cuestiones que resolver con Israel, deseaba ver algún progreso en el frente palestino-israelí antes de proceder a firmar cualquier acuerdo, de modo que no pudiera acusársele de

estar abandonando a los palestinos. De forma similar, la delegación del Líbano, un país que apenas tenía pendientes de solución unas pocas cuestiones territoriales de menor importancia, estaba siendo controlada por los sirios y no podía hacer ningún avance antes de que lo hicieran ellos. Por tanto, lo que realmente se necesitaba en las conversaciones de Washington era un avance real en los frentes sirio y palestino, pero, por desgracia, ambos estaban en un atolladero.

En junio de 1992 se produjo un cambio en el gobierno israelí: el Likud, el partido derechista de Isaac Shamir, fue derrotado por el Partido Laborista de centroizquierda de Isaac Rabin. Para Rabin este era su segundo período como primer ministro y para entonces era un político más maduro y experimentado. Antes de las elecciones generales, prometió que si llegaba al gobierno lucharía por alcanzar un acuerdo con los palestinos en un plazo de entre seis y nueve meses después de tomar posesión del cargo. Se trataba, no cabe duda, de un compromiso ambicioso y, de hecho, una vez posesionado el nuevo primer ministro descubrió cuán más fácil era decirlo que hacerlo: las conversaciones de paz en Washington se encontraban en punto muerto y el 13 de diciembre un incidente las interrumpió por completo. Ese día, un soldado israelí fue secuestrado; el cuerpo mutilado sería hallado más tarde; los asesinos eran milicianos de Hamás. La respuesta de Israel al asesinato fue brutal y absolutamente desproporcionada: el ejército reunió a cuatrocientos quince activistas de Hamás en los territorios ocupados de Palestina, los metió en varios autocares y los llevó al sur del Líbano, entonces todavía bajo ocupación israelí, y los abandonó allí, en las colinas desiertas. En respuesta a ello, la delegación palestina se retiró de las conversaciones de paz en Washington, obligada por las presiones procedentes de los territorios ocupados, desde donde se les pedía no negociar hasta que Israel permitiera el regreso de los cuatrocientos quince activistas expulsados.

Se para Washington, se inicia Oslo

Unas dos semanas antes de la expulsión de los activistas de Hamás, dos personas, un palestino y un israelí, que coincidieron por casualidad en Londres, tuvieron un encuentro que se convertiría en un hito de las relaciones palestino-israelíes. El palestino, Ahmed Qurei, también conocido como Abu Ala’a, era un miembro de la OLP y un estrecho colaborador de Arafat en

Túnez. El israelí, Yair Hirschfeld, era un profesor de ciencias políticas, abanderado de la paz y amigo de Yossi Beilin, el segundo del ministro de Asuntos Exteriores, Simon Peres. Los presentó la activista palestina Hanan Ashrawi, miembro del equipo negociador en Washington, que los conocía a ambos y que al darse cuenta de que coincidirían en Londres les propuso que se conocieran. Siguiendo su consejo, Hirschfeld y Abu Ala'a se reunieron en el hotel Cavendish, cerca de Piccadilly Circus. Hirschfeld llegó temprano para verse con Terje Rød-Larsen, un socialista y diplomático noruego con un interés apasionado por las relaciones palestino-israelíes que también conocía a Abu Ala'a. Larsen, que se había enterado por el mismo Hirschfeld del encuentro que iba a tener con el hombre de la OLP, le propuso que, tras reunirse con Abu Ala'a, y en caso de que ambos quisieran continuar el contacto, él podía hacer las gestiones necesarias para que conversaran en secreto en Noruega, donde él estaba bien relacionado, y dicho esto se marchó.

Hirschfeld y Abu Ala'a pronto se sumergieron en una larga conversación y, habiéndose preguntado cómo podían ayudar a encontrar una salida al punto muerto en el que estaban las negociaciones en Washington, acordaron que era importante reunirse lejos de la atención de los medios de comunicación, en algún lugar en el que no hubiera tentación de hablar para la galería. En consecuencia, decidieron aprovechar la oferta de Larsen y reunirse de nuevo en Noruega. Este encuentro inicial en Londres fue el comienzo de lo que más tarde se conocería como el «canal de Oslo» palestino-israelí.

Al regresar a Túnez, Abu Ala'a informó a Arafat de las reuniones que había tenido en Londres. El líder palestino abrigaba sospechas, pero estando las conversaciones en Washington en punto muerto aprobó que se continuara con las conversaciones informales y, de hecho, decidió que otros dos altos cargos de la OLP acompañaran a Abu Ala'a en Noruega. Más o menos al mismo tiempo, en Israel, el profesor Yair Hirschfeld se preparaba para viajar a Oslo junto con Ron Pundak, un exalumno. De modo que mientras en Washington los palestinos se retiraban de la mesa de negociaciones como repuesta a la expulsión de los activistas de Hamás, en Túnez e Israel un grupo de palestinos e israelíes se preparaba para reunirse en secreto en Noruega. El encuentro tuvo lugar en Oslo, el 22 de enero de 1993, y se decidió concentrarse inicialmente en Gaza[296]. La idea de empezar con Gaza, es decir, terminar la ocupación allí y entregarla a los palestinos para que se encargaran del gobierno, había estado en el aire desde hacía algún tiempo. Gaza era un territorio pequeño, relativamente independiente y, a diferencia de Cisjordania, renunciar a ella no planteaba grandes problemas de seguridad para Israel, todo

lo cual contribuía a hacerla un experimento ideal para el autogobierno palestino.

La idea ya había sido propuesta antes, pero los palestinos siempre habían sospechado que los israelíes pretendían entregarles Gaza, que estaba repleta de problemas, para contentarlos y quedarse con Cisjordania eternamente. Por el momento la cuestión siguió sin resolverse, pero, en términos generales, esa primera reunión en Noruega marchó bien, una demostración de que las conversaciones secretas aventajaban a las negociaciones de conocimiento público (como las de Washington, que por el momento seguían suspendidas); después de dos días más de encuentros, los delegados partieron de Oslo y regresaron a sus hogares. Mientras en Túnez Abu Ala'a informaba a Arafat de que los israelíes eran serios, en Israel Hirschfeld daba cuenta de las conversaciones al viceministro Beilin, quien le animó a redactar una «declaración de principios». Ese texto, una lista de los principios en los que había de basarse un acuerdo futuro entre israelíes y palestinos, era una tarea en la que podían concentrarse los negociadores en Oslo.

Reunidos de nuevo en Oslo, Hirschfeld mostró la «Declaración de principios» a los palestinos. La idea central del texto, que ese mismo día los negociadores convirtieron en su principal documento de trabajo, era intentar poner fin a la ocupación israelí y alcanzar la paz a partir de acuerdos provisionales: un proceso gradual, lo que suponía concentrarse primero en aquellas áreas en las que de entrada existía mayor acuerdo entre las partes (como el futuro de la Franja de Gaza) y dejar las cuestiones más complicadas para el final. La lógica que animaba la propuesta era que un proceso gradual, en el que los israelíes se retiraban y los palestinos se encargaban de mantener la ley y el orden en las zonas evacuadas, podía aumentar la confianza y seguridad de las partes y conducir a una situación en la que, al cabo de cinco años, ambas estuvieran en condiciones de abordar las cuestiones más difíciles del conflicto, como el futuro de Jerusalén Oriental.

Poco tiempo después, en Israel, el viceministro Beilin decidió por fin hablar con su jefe, el ministro de Asuntos Exteriores, Simon Peres, de las reuniones con «los palestinos de Túnez» (es decir, la proscrita OLP). Con las conversaciones en Washington aún en punto muerto y la fecha límite que Rabin se había impuesto durante la campaña electoral para llegar a un acuerdo con los palestinos acercándose con rapidez, Peres fue a ver al primer ministro y le dijo: «Las conversaciones en Washington no tienen posibilidades. Están muertas. Washington se ha convertido en un lugar para

intercambiar declaraciones, no para negociar»[297]. Después de lo cual le informó de los dos *meshugoim* («chiflados») que estaban reuniéndose con representantes de la OLP en Oslo. Aunque poco impresionado, Rabin decidió no interrumpir las conversaciones en Oslo.

El cierre de marzo de 1993

Entre tanto, en los territorios ocupados, las tensiones entre los palestinos y el ejército no habían dejado de crecer. El clímax llegó en marzo de 1993 cuando los activistas palestinos mataron a quince israelíes. El ejército reaccionó con contundencia y dividió los territorios ocupados de Palestina en cuatro áreas: Cisjordania septentrional y meridional; Jerusalén Oriental; y Franja de Gaza. Luego acordonó las cuatro áreas de modo que no pudieran tener contacto directo entre sí ni con el territorio de Israel propiamente dicho. El cierre impuesto por el ejército se prolongó durante semanas y fue un golpe devastador para todos los aspectos de la vida palestina. Los servicios médicos, por ejemplo, se vieron gravemente afectados en lugares como el hospital Al Maqassed de Jerusalén Oriental.

Al Maqassed, un hospital general que atendía a la población de Cisjordania y la Franja de Gaza y que ofrecía servicios especiales que no se encontraban disponibles en otros centros de los territorios ocupados, se quedó no solo sin muchos de sus pacientes sino que también perdió personal: médicos, enfermeros y técnicos que no podían desplazarse libremente, en particular desde la Franja de Gaza, de la que no se permitía la salida de ningún vehículo de motor. El cierre causó un pronunciado descenso del número de visitas de pacientes ambulatorios, de los ingresos hospitalarios y de las operaciones quirúrgicas realizadas. Durante las primeras tres semanas del cierre, solo un 44% del número usual de pacientes utilizó las instalaciones de consulta externa y el número de personas ingresadas se redujo en un 20%. Hubo también un descenso del 50% en el número de cisjordanas que dieron a luz en el hospital Al Maqassed, pues muchas mujeres se vieron obligadas a parir en casa[298].

El cierre también afectó al sistema educativo en todas partes en los territorios ocupados de Palestina, donde maestros y alumnos no podían desplazarse y tenían dificultades para llegar a las escuelas. Aref Abdallah al-Khatib, del pueblo de Hizmeh, una localidad de cuatro mil habitantes en el

centro de Cisjordania, describe los problemas causados por el cierre:

> Las chicas que van a la secundaria estudian en Beit Hanina, en Jerusalén Oriental, a unos ocho kilómetros del pueblo. El 19 de abril de 1993, el ejército puso una barricada a la entrada del pueblo e impidió que las chicas fueran a la escuela a pie. Además, treinta estudiantes de secundaria que viven en el pueblo y estudian en centros de Jerusalén Oriental y Ramala no pueden ir a la escuela. En el pueblo hay unos setenta niños de tres y cuatro años que van a la guardería en Beit Hanina. Desde que pusieron la barricada, esos niños tampoco pueden acudir a la escuela. Hay maestros del colegio de chicos que viven en Ramala. A esos maestros los retienen cada mañana en el control de la carretera Jerusalén-Ramala, de modo que las clases empiezan tarde todos los días[299].

El cierre causó igualmente daños gravísimos a la economía palestina. En los primeros dos meses, los salarios mensuales de la UNRWA, el brazo de la ONU en los territorios ocupados que emplea a muchos palestinos, y los sueldos de los empleados públicos se convirtieron en la principal fuente de ingresos en la Franja de Gaza. Estos salarios ascendían a cinco millones de dólares mensuales, una suma pequeña en comparación con la pérdida de los diecinueve millones que llegaban cada mes gracias a los ciento treinta mil obreros palestinos que trabajaban en Israel y que ahora no podían hacerlo. Un hecho que contribuyó a empeorar todavía más la situación fue que los pequeños contratistas que trabajaban para la industria textil israelí se vieron obligados a detener la producción, pues el cierre les impedía comprar materias primas en Israel. Tan desesperada era la situación en los territorios ocupados como consecuencia de las medidas adoptadas por los israelíes que, salvo para los productos más esenciales, las ventas de alimentos en general se redujeron entre el 50 y el 70%; las ventas de artículos de lujo como la ropa se desplomaron casi un 90%.

Hubo también otras calamidades económicas: a finales de mayo el sector de los cítricos, que después de los salarios obtenidos en Israel era la fuente más importante de ingresos de la Franja de Gaza, sufrió un duro golpe debido a los retrasos en el transporte derivados del cierre. Y si bien el ejército expidió permisos para las exportaciones destinadas a Jordania, estos solo tenían una semana de validez y, dado que los controles de seguridad en el puente Allenby, el paso fronterizo entre Cisjordania y Jordania, eran particularmente largos, a menudo los permisos caducaban. Los camiones que transportaban

las frutas y verduras cultivadas en Gaza quedaban atrapados en Cisjordania, sin poder cruzar a Jordania, con la carga pudriéndose y los vehículos mismo detenidos por los militares; hacia finales de mayo, el ejército detuvo un centenar de camiones, el 25% del parque palestino, y como resultado de ello no pudieron recogerse entre veinticinco mil y treinta mil toneladas de naranjas Valencia, que acabaron pudriéndose en los árboles de la Franja.

Los israelíes se mantuvieron inflexibles en su decisión de no permitir que los palestinos regresaran a sus trabajos en Israel, y en lugar de ello intentaron crear empleos en la Franja de Gaza, pues eran conscientes de que el desempleo engendra resentimiento y este se dirige contra la ocupación. Por tanto, el gobierno militar empezó a emplear palestinos para limpiar las calles y las playas, pintar señales, encalar muros y cavar zanjas; en julio de 1993, ocho mil setecientos palestinos en Gaza y siete mil quinientos en Cisjordania trabajaban como barrenderos y pintores, labor por la cual recibían nueve dólares diarios, la mitad de lo que hubieran podido ganar en Israel, y en que, por lo general, no se les contrataba por más de quince días cada vez.

Entre tanto, el ejército aprovechó el cierre para aumentar sus esfuerzos por localizar a las personas que tenía en su lista de buscados, un proceso en el que cometió atrocidades terribles contra los palestinos. He aquí el testimonio de Bashir Ibrahim Abdallah Rantisi, un palestino de treinta y cinco años cuyo hermano, Nabil, era buscado por las fuerzas de seguridad israelíes:

> El 6 de abril de 1993, a las tres y media de la madrugada, los soldados golpearon en la puerta de la casa. Yo me levanté y abrí la verja. Los soldados entraron y me preguntaron por Nabil. Les dije que no estaba en casa. Me preguntaron cuál era su habitación y se la mostré. La puerta del dormitorio no estaba cerrada con llave, pero ellos la rompieron con sus fusiles… Los soldados se dispersaron por todas las habitaciones y empezaron a volcar los armarios y mezclar los alimentos. A mi hermano ‘Abd al-Halim lo golpearon durante el registro. Los soldados le dieron una cuchara sopera y le ordenaron cavar una trinchera de metro y medio en el suelo. Los soldados derramaron tres bolsas de azúcar por el suelo y uno de ellos recogió el azúcar con las manos y la esparció sobre la máquina de coser. Uno de los soldados subió al techo de la casa, donde tenemos un pequeño corral con unas pocas gallinas. Recogió los huevos que había, fue a la habitación de Nabil y empezó a lanzarlos contra las paredes. Luego cascó un huevo y lo echó en una taza, lo mezcló con bulgur que cogió

de la cocina, abrió la tapa de la máquina de coser y vertió la mezcla dentro. Después de unas tres horas los soldados se marcharon. Confiscaron dos hachas pequeñas que usábamos para picar carne y se llevaron con ellos a mi hermano ‘Abd al-Halim[300].

Para los palestinos, el llamado «cierre de marzo» resultó ser uno de los períodos más traumáticos de la ocupación.

De regreso a la mesa de negociaciones

El 27 de abril de 1993, se reanudó la novena ronda de conversaciones de Washington. Era la primera vez que ambas delegaciones volvían a la mesa desde la crisis desencadenada por la expulsión de los activistas de Hamás en diciembre del año anterior. Y tres días después, israelíes y palestinos volvieron a encontrarse en Oslo, pero entonces el equipo de la OLP exigió que los israelíes situaran las conversaciones en un nivel más alto. La razón era que, más de tres meses después de que comenzaran los encuentros en Noruega, Abu Ala’a y sus jefes en Túnez seguían sin estar seguros de si el profesor Hirschfeld y su colega Pundak representaban de forma oficial a Israel o si solo eran dos fanfarrones que iban por libre.

En Israel, el ministro de Exteriores, Peres, discutió la petición de la OLP con el primer ministro y ambos acordaron enviar a Noruega a un funcionario de alto nivel, Uri Savir, el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que implicaba que el canal de Oslo había dejado de ser un ejercicio académico para convertirse en un compromiso oficial, aunque secreto, entre el gobierno del estado de Israel y la OLP (que seguía sin haber sido reconocida oficialmente como representante de los palestinos por el gobierno de Israel). El primer ministro no tardó en ampliar el equipo israelí con un abogado llamado Joel Singer, y él mismo se involucró personalmente en la coordinación de las conversaciones, para lo cual se reunía con el equipo de delegados todos los viernes por la tarde. El Mosad, el servicio de inteligencia israelí, también entró en juego y proporcionó al primer ministro información de suma importancia obtenida en el corazón del cuartel general de la OLP en Túnez. Utilizando a uno de sus agentes, un palestino llamado Adnan Yassin, el Mosad logró introducir un sofá y una lámpara de escritorio, en los que se habían ocultado micrófonos, en el despacho de Abu Mazen, el segundo de Arafat, con quien el líder palestino supervisaba las conversaciones

de Oslo. Con esa información decisiva en las manos, Rabin guio a los negociadores israelíes en Oslo y los mantuvo al corriente de lo que podían esperar del equipo palestino[301].

A comienzos de agosto, ya había un borrador de acuerdo aceptado tanto por Rabin como por Arafat, pero quedaban algunos escollos cuya solución dependía de los máximos responsables en Jerusalén y Túnez. El siguiente momento crucial llegaría a mediados de mes.

Cerrar el trato

Simon Peres, que tenía programado con antelación un viaje a Escandinavia, pidió al abogado del equipo negociador, Joel Singer, que se reuniera con él en Suecia para trabajar en la fase final del acuerdo. Desde Estocolmo, Peres telefoneó a Terje Rød-Larsen, el auspiciador noruego, para solicitarle que viajara a la capital sueca con el ministro de Exteriores noruego, Johan Holst, quien también estaba muy involucrado en las negociaciones secretas. Dado que Peres no quería hablar directamente con Arafat con el fin de no comprometer a Israel en caso de que el acuerdo fracasara, le pidió a Holst que fuera su portavoz. Con Arafat y su equipo al teléfono desde Túnez, y Peres, un asesor y Singer en Estocolmo, todos estaban listos para empezar a negociar los puntos pendientes que impedían la firma del acuerdo palestino-israelí. Esos puntos eran cuestiones delicadas como el futuro de Jerusalén, los refugiados, las fronteras, los asentamientos, etc., que los israelíes no querían ni siquiera mencionar en el documento, todo lo contrario de los palestinos, que insistían precisamente en abordar estas cuestiones y ponerlas por escrito.

Las negociaciones empezaron tarde esa misma noche con una ronda telefónica. Holst transmitía la postura israelí a Túnez, después de lo cual en Estocolmo esperaban a que los palestinos devolvieran la llamada tras deliberar con Arafat y su equipo. El clímax del canal secreto de Oslo fue un compendio de concesiones dolorosas. Los israelíes finalmente aceptaron mencionar en el texto las delicadas cuestiones de Jerusalén, los refugiados y los asentamientos, siempre y cuando Arafat aceptara que su discusión quedaba aplazada para futuras negociaciones con el fin de no hundir todo el proceso. La idea era que, con el tiempo, a medida que las condiciones de vida de la mayoría de los palestinos fueran mejorando, sería posible fortalecer las relaciones y vencer los recelos, lo que haría más fácil encontrar una solución

para las cuestiones más complicadas (sin embargo, hoy sabemos que no resultó así). Otro obstáculo que abordaron los negociadores fue el control de los pasos fronterizos por los que se cruzaba de Egipto a la Franja de Gaza y de Jordania a Jericó; Israel quería tener pleno control sobre estos pasos para asegurarse de que no entraban armas o personas indeseables a los territorios bajo jurisdicción palestina. Sin embargo, el control de las fronteras es un símbolo de soberanía y eso era algo en lo que los palestinos no podían ceder. Al final, se pactó la fórmula ambigua de que el acuerdo definitivo incluiría disposiciones para la coordinación entre ambas partes en lo relativo a estos pasos; las demás cuestiones pendientes se resolvieron con el mismo pragmatismo.

Cabe preguntarse por qué los israelíes y los palestinos lograron sacar adelante un acuerdo en Oslo mientras que en Washington fracasaron. Una razón fue el temor de Arafat a que los líderes de los territorios ocupados que negociaban en Washington pudieran alcanzar un acuerdo con Israel que cuestionara su posición como principal líder palestino. Otra razón fue que las partes negociaron en secreto en lugar de hacerlo para la galería; de hecho, el diplomático francés Jules Cambon estaba en lo cierto cuando observó que el día que se aboliera el secreto, cualquier tipo de negociación resultaría imposible.

Todo lo que se necesitaba ahora era el reconocimiento oficial mutuo entre la OLP y el estado de Israel, pues los israelíes seguían considerando a la OLP una organización terrorista con la que hasta ese momento no tenía relaciones oficiales. Ese reconocimiento se produjo finalmente el 9 de septiembre, cuando Arafat envió una carta a Rabin en la que le confirmaba que la OLP reconocía al estado de Israel, estaba comprometida con el proceso de paz y renunciaba al uso del terrorismo y otros actos de violencia. Asimismo, afirmaba que los artículos de la Carta palestina que negaban el derecho de Israel a existir dejaban de ser válidos. En respuesta, el primer ministro envió una carta en la que decía: «Señor presidente, le escribo para confirmarle que, a la luz de los compromisos de la OLP esbozados en su carta, el gobierno de Israel ha decidido reconocer a la OLP como el representante del pueblo palestino y comenzará a negociar con ella dentro del proceso de paz para Oriente Próximo»[302]. Tras eso, el gobierno israelí y la OLP estaban en condiciones de firmar ante la opinión pública el Acuerdo de Oslo. Sin embargo, esa firma tendría lugar no en la pequeña Noruega sino en Washington, de modo que fuera la superpotencia la que diera el espaldarazo definitivo al acontecimiento.

Un apretón de manos

El 13 de septiembre, el día de la ceremonia de la firma en Washington, las dos partes se reunieron en el Salón Azul de la Casa Blanca. Warren Christopher, el entonces secretario de Estado de Estados Unidos, recordaba así el encuentro en una entrevista con el autor:

> Miré a las partes… parecía que Arafat y Rabin se dedicaban a dar vueltas por el recinto para evitarse el uno al otro, estaban muy tensos… Yo temía que durante la ceremonia no hubiera apretón de manos y eso mismo preocupaba al presidente. Finalmente reuní el coraje necesario y fui hasta donde estaba el primer ministro Rabin y le dije: «Usted sabe, primer ministro, que cuando salgamos al jardín se espera que usted le salude». A lo que él me respondió: «Haré lo indicado cuando me toque»… muy hosco[303].

En los jardines de la Casa Blanca el público esperaba bajo un sol abrasador. Tras bambalinas, Arafat y Rabin seguían manteniéndose a distancia el uno del otro. No obstante, cuando llegó el momento de la ceremonia, se acercaron y, junto con el presidente Bill Clinton, caminaron por el jardín para la histórica firma. El ministro de Exteriores Peres y Abu Mazen, en representación de la OLP, firmaron el acuerdo y luego, estando Rabin a la derecha y Arafat a la izquierda del presidente Clinton, el líder palestino dio el primer paso y tendió la mano al primer ministro. El presidente estadounidense, con la mano en la espalda de Rabin, lo animó ligeramente a acercarse y estrechar la mano de Arafat. Años después, en una entrevista con el autor, Simon Peres recordaba así las emociones de Rabin:

> Rabin no quería estrecharle la mano a Arafat. Era terrible. El mundo entero lo estaba viendo y era posible leer, en el lenguaje corporal de Rabin, que no quería mirar a Arafat. No obstante, al final Rabin le estrechó la mano y Arafat, que es un experto en esas cosas, se la agarró. Cuando terminó de estrecharle la mano a Rabin, Arafat se volvió hacia mí y Rabin me susurró al oído: «Tú turno». Había sido un infierno para él; y ahora me tocaba a mí[304].

* * *

Es imposible subestimar la importancia del texto firmado en Washington, la

«Declaración de principios», pues supuso la introducción de un nuevo enfoque para la solución del conflicto palestino-israelí: había desaparecido la opción jordana, en la que se daba por sentado que Jordania asumiría la responsabilidad de los asuntos palestinos; había desaparecido también la idea de autonomía propuesta por el ex primer ministro Menajem Beguin en las negociaciones con Egipto de 1977-1979, y que él mismo abandonó después. Lo que ahora se introducía era algo que los palestinos habían buscado durante muchísimo tiempo y que los israelíes siempre habían rechazado: una solución de dos estados. Es cierto que en el texto que se firmó en Washington no figuran las palabras «estado palestino», algo que posteriormente alimentaría las sospechas de los escépticos, tanto palestinos como no palestinos, de que Israel quería *reorganizar* la ocupación, no ponerle fin, de que buscaba arrojar a los palestinos unas migajas en forma de una autonomía limitada en lugar de proporcionarles una independencia completa. De hecho, si algo exacerbó los recelos fue que en las negociaciones posteriores, cuya meta era convertir el texto firmado en la capital estadounidense en un plan de acción, los israelíes se empeñarían en impedir que los palestinos introdujeran cualquier símbolo de independencia: a Arafat no se le llamaba «presidente» sino *rais* («jefe»), el ejecutivo palestino era la «Autoridad Palestina» (AP) en lugar de la «Autoridad *Nacional* Palestina» y las zonas bajo control palestino no tendrían un prefijo telefónico propio. Sin embargo, como señala con acierto Yoram Meital, «la mayoría de los observadores coincidían en que las partes habían respaldado en realidad un proyecto para la solución biestatal… no ya para una mera autonomía»[305]. Dicho esto, es imposible pasar por alto la desigualdad que existía entre las partes: un Israel muy poderoso, tanto en términos militares como en otros sentidos, y una organización palestina relativamente débil; y este desequilibrio de poder, que había situado a Israel en una mejor posición para negociar en Oslo, quedó inscrito en la «Declaración de principios» a través de una *programación* de concesiones muy desigual. Mientras que los palestinos tenían que dar el primer paso y proporcionar a Israel lo que quería, sus anhelos más preciados (la independencia, el final de la ocupación, una solución justa al problema de los refugiados, etc.), solo se materializarían en una etapa muy posterior del proceso y requerirían negociaciones adicionales.

Para Israel, quizá el beneficio más visible de la firma del acuerdo en Washington fue que detuvo la *intifada* palestina, ya que una de las cláusulas del documento llamaba a los palestinos, si bien de forma indirecta, a dar por concluido la insurrección. Para los palestinos, la *intifada* fue una empresa

larga y sangrienta que, si bien ya en 1991 había perdido buena parte de su energía, continuó latente a lo largo de 1992 e incluso hasta 1993. Las estadísticas muestran que en el período que va del 9 de diciembre de 1987, cuando salieron volando las primeras piedras del levantamiento, hasta la firma del 13 de septiembre de 1993, que marca el final de la revuelta, el ejército israelí mató a más de un millar de palestinos. Miles más resultaron heridos y 1473 casas fueron demolidas. La insurrección había sido una herramienta enormemente eficaz para presionar a los israelíes y conseguir que transigieran, pero ahora tenía que acabar, y con ello los palestinos perdían un recurso importante en un momento en que los israelíes mantenían en sus manos todas las grandes promesas hechas y aún por cumplir.

Oslo II: el plan de acción

La ceremonia de la firma en Washington había terminado, pero los esfuerzos invertidos en sacar adelante el acuerdo solo habían conseguido un marco de trabajo, la «Declaración de principios». El documento establecía los conceptos nucleares sobre los cuales había de construirse el acuerdo de paz, pero no era en sí mismo un acuerdo de paz sino apenas una guía para posteriores negociaciones: primero Yasir Arafat tomaría el control de la Franja de Gaza y la zona de Jericó; luego, se concluiría un acuerdo provisional para extender su dominio a otras áreas de Palestina; a continuación se necesitaban dos acuerdos más para conseguir que el ejército israelí realizara nuevos repliegues; y finalmente tendrían lugar las negociaciones para una solución permanente del conflicto que resolviera las fronteras definitivas, la disposición de los asentamientos, el problema de los refugiados, el futuro de los santuarios en Jerusalén.

Lo primero que se negoció fue la retirada del ejército israelí de la Franja de Gaza y la zona de Jericó y la transferencia de ambas a control palestino. El 4 de mayo de 1994, Israel y la OLP firmaron el Acuerdo Gaza-Jericó (véase el mapa 6), que supuso la retirada del ejército de buena parte de la Franja de Gaza (aunque no de los asentamiento y bases militares que allí había) y de la ciudad de Jericó, en Cisjordania, y abrió las puertas de Palestina a Yasir Arafat. Vestido con su habitual uniforme de campaña y la kufiya en la cabeza, Arafat regresó a Gaza el 1 de julio tras décadas en el exilio para tomar el control de los asuntos palestinos y ponerse al frente de la Autoridad

Palestina (PA), una organización semiestatal. «Hoy regreso a la primera tierra libre de Palestina —declaró—. Tenéis que imaginaros cómo se agita mi corazón, qué siento.»

En agosto la Autoridad Palestina había asumido ya la responsabilidad del sistema educativo, las instituciones sanitarias y las entidades de bienestar social. Asimismo empezó a regular, autorizar, supervisar y desarrollar la industria turística y a recaudar el impuesto sobre la renta. La Autoridad Palestina pagaba ahora los salarios de todos los funcionarios públicos, lo que redujo de forma muy notable los contactos directos entre los israelíes y los palestinos.

A pesar de estos logros, una creciente decepción invadió a muchos palestinos, pues sentían que si bien el ejército se había retirado de algunas áreas, la ocupación en realidad continuaba. No estaban muy equivocados: en educación, por ejemplo, Israel continuaba teniendo voz y voto en lo referente al currículo palestino y podía vetar la inclusión de ciertos temas, en particular en disciplinas como la historia y la geografía. El sistema jurídico también tenía limitaciones severas, pues la Autoridad Palestina solo podía ratificar leyes secundarias y, de hecho, el ámbito judicial palestino estaba subordinado a Israel. En la esfera económica, la Autoridad Palestina tenía incluso menos autonomía: aunque el Protocolo de París sobre relaciones económicas firmado por Israel y la OLP en abril de 1994, presentaba las relaciones económicas entre Israel y la Autoridad Palestina como si se tratara de relaciones entre partes iguales, en la práctica reflejaba más las desiguales relaciones que habían existido durante la ocupación. Por tanto, aunque 1994 se considera un momento crítico en la historia palestina, el año en que los palestinos tuvieron por fin su propio gobierno, en realidad ese gobierno era muy limitado, se reducía a un área geográfica muy pequeña (parte de la Franja de Gaza y el área de Jericó) y se encontraba aún bajo la sombra de la ocupación israelí.

A comienzos de 1995, empezaron las negociaciones para que Israel se retirara de otras zonas ocupadas de Cisjordania en lo que se conocería como las conversaciones de Oslo II. La tarea era esta vez mucho más complicada, pues, a diferencia de la Franja de Gaza, donde apenas había alrededor de una docena de asentamientos judíos, en Cisjordania había más de un centenar de asentamientos que Israel no iba a abandonar en esta fase. Una complicación adicional era que Cisjordania incluía Hebrón, la segunda ciudad más sagrada del judaísmo después de Jerusalén, y al mismo tiempo un lugar santo para los musulmanes; en Hebrón vivían unos cuatrocientos judíos (los colonos más

acérrimos de todos, muchos de ellos auténticos extremistas) en medio de una abrumadora mayoría árabe.

Por el momento, los negociadores israelíes y palestinos decidieron dividir Cisjordania en tres áreas (véase el mapa 7). La primera, a la que llamaron «Área A», comprendía un 3% de la región e incluía ciudades completamente palestinas, y las zonas circundantes a estas, pero no asentamientos israelíes. Esta área, se decidió, estaría totalmente bajo el control de la Autoridad Palestina, a la que se permitiría gestionar todos los ámbitos de la vida cotidiana. La segunda, a la que denominaron «Área B», comprendía alrededor del 25% de Cisjordania e incluía muchas ciudades y pueblos palestinos, pero no asentamientos; en esta área la Autoridad Palestina de Arafat sería la responsable de los asuntos civiles (educación, sanidad, etc.), y habría controles de seguridad conjuntos palestino-israelíes. Por último, el 72% restante de Cisjordania, el «Área C», donde se encontraban todos los asentamientos construidos y apenas había población palestina, continuaría siendo controlada por los israelíes. La idea era que, con el tiempo, los palestinos asumieran el control de más y más partes de las áreas «B» y «C» hasta conformar el estado palestino.

El 28 de septiembre se firmó en Washington el Acuerdo Oslo II, un documento de trescientas catorce páginas, y durante los siguientes meses las tropas israelíes se retiraron de seis grandes ciudades y centenares de pueblos y aldeas de Cisjordania, cuyo control se transfirió a los palestinos.

Sin embargo, una vez que el ejército se marchó y la Autoridad Palestina de Arafat asumió el control de las zonas evacuadas, no tardó en resultar evidente que el líder palestino y los ministros que ahora gestionaban la AP, en su mayoría miembros del movimiento Al Fatah, la facción política más numerosa dentro de la OLP, no estaban preparados para gobernar y no contaban con instituciones sólidas que se ocuparan del bienestar de los palestinos que ahora se encontraban bajo su responsabilidad. En su libro *The Iron Cage*, el estudioso palestino Rashid Khalidi señala que «no es por completo sorprendente que esto sucediera: la mayoría de los dirigentes de la OLP, de Arafat para abajo, habían pasado toda su carrera en el ambiente de un movimiento de liberación clandestino, subterráneo, y demostraron estar muy poco preparados para la tarea de construir un estado, gobernar con transparencia o crear una estructura de gobierno estable fundada en la ley»[306].

Algo que distrajo aún más a Arafat y los dirigentes palestinos de la tarea

que tenían por delante fue la sospecha creciente de que habían caído en una trampa y de que Israel no tenía intención de completar la retirada del resto de territorios ocupados, principalmente las áreas «B» y «C». Tenían buenos motivos para pensar eso, pues si bien los israelíes retiraron sus fuerzas de algunas áreas, acto seguido procedieron a construir carreteras circunvalares que permitieran a los colonos judíos viajar de un asentamiento a otro sin tener que pasar por las zonas que habían quedado bajo control de la Autoridad Palestina. Irónicamente, esto incrementó de forma espectacular el número de colonos, pues al no tener que cruzar las áreas pobladas por los palestinos, se sentían más seguros que antes y, en consecuencia, muchos más colonos se unieron a los asentamientos, que experimentaron una tremenda expansión durante este período. Y dado que se necesitaban más tierras para construir tanto los nuevos asentamientos para los recién llegados como la red de carreteras circunvalares (que se diseñó exclusivamente para el uso de los colonos judíos y a la que los palestinos tenían prohibido el acceso), lo que se hizo fue expropiarlas a los palestinos. Así, rodeada por un denso sistema de nuevas carreteras y más asentamientos y colonos que antes, la población palestina, en particular la residente en Cisjordania, empezó a sentir que vivía en pequeños cantones aislados unos de otros y que la ocupación, en lugar de terminar, se había endurecido.

La canción de la paz

La noche del 4 de noviembre, Rabin asistió a un mitin en apoyo del proceso de paz en Tel Aviv. Uno de los que asistieron a la concentración fue Yigal Amir, un judío fanático de extrema derecha que se oponía con denuedo a las concesiones hechas por el primer ministro a los palestinos y las retiradas efectuadas por el ejército israelí. Amir iba armado con una pistola, algo que en Israel no es inusual. El siguiente es el testimonio sobre lo ocurrido esa dramática noche proporcionado por Simon Peres al autor en una entrevista para la serie de la BBC, *The Fifty Years War*:

> Cuando llegamos al mitin Isaac [Rabin] no podía creer lo que veía. Era una concentración inmensa, había decenas de miles de personas. Y él estaba encantado. Nunca en mi vida lo había visto tan contento. Nos conocíamos desde hacía más de cincuenta años y él nunca, nunca, me había abrazado. Y en el mitin, por primera vez en su vida, me abrazó.

Tampoco lo había oído cantar nunca antes. Pero en el mitin se puso de pie y cantó… Le dieron un papel que llevaba escrito «Canción de la paz». Y después de que hubo cantado lo dobló y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta… Cuando terminó el mitin… nos despedimos. Yo empezaba a bajar por la escalera. Tenía el coche estacionado un poco por delante del de Isaac… Me subí al coche, cerré la puerta y entonces, de repente, oí tres disparos. «Pare», le dije a mi chófer. Quería bajarme del coche. Pero mis guardaespaldas me dijeron: «De ninguna manera». Y entonces se oyeron sirenas y salimos de allí a toda prisa. Aún no sabíamos lo que había pasado. Solo sabíamos que a Isaac lo habían llevado al hospital. Exigí que me llevaran allí de inmediato. El director del hospital vino y me comunicó que Isaac había muerto.

Afligido por la pena, Peres entró a la sala donde, según describe,

Isaac estaba tendido en la cama. El cuerpo cubierto hasta los hombros con una sábana. En su rostro había una expresión de paz, y una especie de sonrisa irónica, una sonrisa especial. Lo besé en la frente y dije: «Adiós»[307].

* * *

El asesinato del primer ministro no mató el proceso de paz, pero lo ralentizó de forma significativa y le arrebató buena parte de su vitalidad e impulso. Rabin, como hemos visto, no fue el cerebro original detrás del proceso de Oslo, ya que quienes lo iniciaron lo hicieron sin su conocimiento, por no hablar de su aprobación. No obstante, llegado el momento Rabin supo advertir el potencial del proceso (en comparación con las conversaciones de Washington, que se encontraban en un callejón sin salida) y asumió el reto de dirigirlo personalmente. Por encima de todo, era el líder en el que la mayoría de los israelíes confiaba para combinar la paz y la seguridad; y su muerte sin duda creaba un vacío que resultaría difícil llenar.

9

Oportunidades perdidas, 1995-1999

Durante un breve tiempo, a Rabin le sucedió su colega del Partido Laborista Simon Peres, quien, ansioso de tener un mandato popular directo en lugar de que se le considerara solo como el mero sucesor de Rabin decidió convocar elecciones. Era una opción muy arriesgada, en particular para Peres, que en aquel momento ya había sido derrotado en varias elecciones generales. Y así fue: a pesar del torrente de simpatía desencadenado por la muerte de Rabin, el laborismo perdió las elecciones (Peres, de hecho, no ganaría una sola elección nacional en toda su vida). El vencedor de esos comicios fue el Likud, el partido de la derecha, liderado por Benjamín Netanyahu.

A la edad de cuarenta y seis años, Netanyahu, apodado con afecto «Bibi», era un político elocuente con don de palabra. Era la primera vez en la historia del país que se convertía en primer ministro alguien que había nacido en Israel después de la fundación del estado, si bien había pasado muchos años en Estados Unidos, donde su padre, Ben Zion Netanyahu, era profesor universitario. Durante mucho tiempo, Netanyahu vivió a la sombra de su hermano mayor, Yonatan, que murió en 1976 mientras estaba al mando de la Sayeret Matkal, la unidad de élite del ejército israelí, durante la Operación Entebbe, una misión en la que se rescató a los más de cien rehenes de un avión secuestrado por palestinos y llevado a Uganda. Aunque Benjamín Netanyahu no llegó a ser un héroe de guerra, sí participó en los conflicto de 1967 y 1973 y, como miembro de un comando, llevó a cabo operaciones tras las líneas enemigas. Donde sí destacó fue en la diplomacia; ocupó varios cargos diplomáticos y adquirió prestigio como el elocuente embajador israelí ante las Naciones Unidas desde 1984 hasta 1988.

Convertido en primer ministro, Netanyahu se rodeó de copartidarios duros, como Ariel Sharon y Benjamin Beguin, hijo del difunto primer ministro Menajem Beguin. Si bien reconocía la necesidad de seguir adelante

con el proceso de paz de Oslo y respetar los acuerdos firmados por sus predecesores, lo hizo a regañadientes. No solo heredaba un proceso de paz que mientras estaba en la oposición había combatido con hostilidad, sino que incluso le costaba trabajo ocultar el extremo desprecio que le inspiraba Arafat. Tras su victoria electoral, Netanyahu tomó el teléfono para hablar con el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, el rey Husein de Jordania y otros líderes mundiales, pero fue incapaz de llamar a Arafat.

Terje Rød-Larsen, el enviado de la ONU que había desempeñado un papel esencial como facilitador de los Acuerdos de Oslo, empezó a trabajar entre bastidores para lograr acercar a Netanyahu y Arafat. El 16 de agosto de 1996 se entrevistó con el primer ministro para informarle de que Arafat «tiene muchas ganas de reunirse con usted»[308]. Y aunque Netanyahu seguía siendo reacio a un encuentro con el líder palestino, comprendió que no tenía otra salida; a fin de cuentas, Israel había reconocido oficialmente a la OLP como representante legítimo del pueblo palestino y Arafat estaba ahora al frente de la Autoridad Palestina en las áreas evacuadas por el ejército israelí.

Finalmente, los dos líderes se vieron el 4 de septiembre de 1996 en Erez, en la frontera entre Israel y la Franja de Gaza. El encuentro fue un acto de cortesía, más la oportunidad de hacerse una foto que una conversación seria sobre asuntos de importancia, pero en su momento pareció que había salido bastante bien.

Los disturbios del túnel

Poco después, sin embargo, se desató el infierno. El 24 de septiembre, Netanyahu aprobó las excavaciones para abrir un antiguo túnel de tiempos de Herodes situado en un lugar particularmente delicado bajo la Ciudad Vieja de Jerusalén, pues pasaba por la plaza del Muro Occidental, muy cerca de las mezquitas del Haram al-Sharif. Durante años Israel había mantenido cerrada la entrada septentrional del túnel, cerca de la Vía Dolorosa, para evitar provocar a los palestinos, que veían con recelo cualquier intento israelí de cambiar el *statu quo* en Jerusalén y que habrían interpretado una excavación bajo el Haram al-Sharif con un intento de causar el derrumbe de sus mezquitas y santuarios. No obstante, como el túnel solo tenía un punto de acceso, quienes lo visitaban estaban obligados a regresar hasta el sitio por el que habían entrado, dificultando el paso de los que llegaban en la dirección

contraria; abrir la salida septentrional en Vía Dolorosa aliviaría la congestión y permitiría a los visitantes ingresar por la entrada sur, recorrer toda la extensión del túnel y salir al otro lado sin tener que volver sobre sus pasos. Aun así, no era ningún secreto que al autorizar la apertura de la entrada en Vía Dolorosa, en el barrio musulmán de la Ciudad Vieja, el primer ministro también buscaba hacer una declaración política en relación a la reivindicación israelí de Jerusalén y expresar, según sus propias palabras, «nuestra soberanía sobre Jerusalén»[309].

Los palestinos captaron el mensaje con claridad. Arafat llamó a manifestarse en masa contra tal decisión, convocó una huelga general y afirmó que la apertura de esa entrada era «un gran crimen contra nuestros religiosos y santos lugares»[310]. Cuando se abrió la entrada estalló una batalla campal entre los milicianos palestinos y la policía israelí en la que el número de bajas fue terrible: setenta y nueve palestinos y quince israelíes resultaron muertos y cientos más yacían heridos en los hospitales, la peor matanza de este tipo en Jerusalén Oriental desde el comienzo de la ocupación en 1967. El primer ministro, que se encontraba en ese momento de visita en Europa, suspendió el viaje y se apresuró a regresar al país para ponerse al frente de la crisis. Desde el aeropuerto, como contó en una entrevista con el autor, telefoneó a Arafat para advertirle de que si no era capaz de calmar la situación en las calles y detener los disturbios, entonces Israel «sacaría los tanques» para combatir a los revoltosos[311]. Lo que Netanyahu pretendía era que el líder palestino sofocara los disturbios que él mismo había provocado, así que no es de extrañar que Arafat se mostrara reacio a cooperar.

Entre tanto, en Washington, el presidente Bill Clinton se encontraba profundamente afligido por el descarrilamiento del proceso de paz. El mandatario instó al primer ministro a reconsiderar la decisión de inmiscuirse en la cuestión del túnel, y luego organizó un encuentro entre él y Arafat en la Casa Blanca para buscar el modo de resolver la crisis. En un encuentro previo con el secretario de Estado Warren Christopher, Netanyahu insistió en que no pensaba cerrar el túnel, pues de lo contrario, dijo, «Arafat concluirá que vale la pena recurrir a la violencia cada vez que le disguste alguna disposición de Israel»[312]. Más tarde, en la Sala de Mapas de la Casa Blanca, Clinton reunión a los dos líderes y, tras un acalorado debate, se logró un cierto acuerdo: aunque Netanyahu no daría marcha atrás en Jerusalén, compensaría a Arafat, de forma indirecta, comprometiéndose a dar un nuevo impulso a las negociaciones sobre la ciudad de Hebrón, una obligación heredada del

anterior gobierno.

Dividir Hebrón

Como hemos visto, la antigua Hebrón era la tumba tradicional del patriarca bíblico Abraham y un lugar sagrado tanto para los judíos como para los musulmanes. Entre 1929 y 1967 la población judía de la ciudad era muy reducida, pero tras su captura por Israel en 1967 los colonos judíos fueron penetrando gradualmente en su centro y en la década de 1990 vivía allí una comunidad de unos cuatrocientos cincuenta miembros junto a ciento cincuenta mil palestinos. Armados con fusiles proporcionados por el ejército, los colonos judíos de Hebrón han sido siempre una de las comunidades más extremistas, violentas y abusivas de todo el movimiento colonizador. Estos colonos han maltratado de forma rutinaria a los palestinos residentes en la ciudad, golpeándolos, arrojándoles desperdicios, destruyendo sus tiendas, derribando sus olivos, contaminando sus pozos de agua, asaltando sus casas e incluso matándolos. Y han podido hacer todo eso no solo porque iban armados sino porque el ejército estaba de su parte y cuando sus provocaciones subían de tono, los militares solían intentar calmar la situación encerrando a los árabes en sus casas e imponiéndoles el toque de queda.

Esta abierta hostilidad hacia los palestinos alcanzó un clímax sangriento en febrero de 1994, cuando el doctor Baruch Goldstein, un colono judío que actuaba en solitario, entró un viernes en la mezquita de Ibrahim durante la oración del alba vestido con uniforme militar y armado con un fusil y granadas. Juwayyed Hasan el Jabari, un palestino de treinta y un años que estaba allí ese día, recuerda: «Unos pocos segundos después de que empezáramos a rezar, oí el ruido de una gran explosión [de una granada] al que siguieron ráfagas de disparos»[313]. Goldstein había abierto fuego. Mató a veintinueve musulmanes e hirió a ciento veinticinco. Nidal Maraca, que entonces tenía quince años y estaba en la mezquita con su padre y sus hermanos, recuerda: «Cuando oí los disparos, me asusté y caí al suelo. Miré a mi alrededor y vi a mi hermano Kifah [once años] sangrando. Tenía múltiples heridas en la cabeza y a su lado… mi padre [estaba] sangrando también debido a la heridas… cerca de los estantes donde la gente pone los zapatos, vi a mi compañero de clase, Jabr Abu Hadeed… agarrándose la cintura… estaba derrumbado en el suelo… más tarde me di cuenta de que mi hermanos estaba

muerto… Al siguiente día me enteré de que Jabr también había muerto»[314]. Finalmente, los palestinos que en ese momento estaban en la mezquita consiguieron reducir a Goldstein cuando intentó recargar el fusil y lo mataron a golpes usando varas de metal y un extintor de incendios. Este episodio, que terminaría conociéndose como «la masacre de Hebrón», tuvo un efecto profundamente negativo en la ya tensa relación entre los colonos y los palestinos en la ciudad.

El Acuerdo Oslo II, firmado un año después de la masacre, incluía disposiciones específicas para el caso de Hebrón: el repliegue militar israelí en Cisjordania y la Franja de Gaza debía incluir una retirada de Hebrón, como se explicaba con detalle en el artículo VII, «Directrices para Hebrón». Además, el parágrafo 1b del artículo establecía con claridad un plazo para el repliegue, que debía completarse en los seis meses siguientes a la firma del acuerdo. Sin embargo, como ocurría a menudo con los acuerdos palestino-israelíes, la retirada no se produjo en el tiempo estipulado; mientras que Rabin no quería ocuparse de semejante patata caliente, su sucesor, Peres, buscó el modo de postergar la cuestión hasta después de las elecciones generales. De hecho, Peres le había pasado la pelota a Arafat al declarar que para que Israel entregara Hebrón, la Autoridad Palestina debía antes cancelar las cláusulas antiisraelíes de la Carta palestina, tal y como había prometido hacer en el pasado[315]. Por tanto, cuando Netanyahu llegó al poder la cuestión de Hebrón seguía sin resolverse y la apertura del túnel en Jerusalén y la carnicería subsiguiente que causó dieron a Arafat la oportunidad de volver a poner sobre la mesa ese asunto pendiente.

Las duras negociaciones que vinieron a continuación tuvieron como resultado, el 17 de enero de 1997, el «Protocolo de Hebrón» o «Protocolo sobre el repliegue en Hebrón». Este documento presentaba los acuerdos alcanzados para que el ejército se retirara del 80% de la ciudad y declaraba que la retirada debía llevarse a cabo en un plazo de diez días desde la firma del protocolo. En el acuerdo original, Oslo II, el parágrafo 12 del artículo VII establecía que Hebrón continuaría siendo una ciudad indivisa, pero el nuevo protocolo anuló esa decisión y desgajó la ciudad en dos zonas: el Área H-1, donde los palestinos formaban la enorme mayoría de la población y la policía local estaría encargada de la seguridad interna y el orden público; y el Área H-2, un distrito más pequeño en el que Israel seguiría estando a cargo de la seguridad y que abarcaba varios enclaves judíos en el centro de la ciudad, el asentamiento de Kiryat Arba, justo a las afueras de Hebrón, y el área

circundante que se consideró necesaria para la libre circulación de los colonos y el ejército; dentro de esta segunda zona había también veinte mil palestinos. El protocolo también definía el modo en que operarían las patrullas móviles palestino-israelíes en las zonas particularmente sensibles, por ejemplo los cuatro santuarios del judaísmo ubicados dentro del Área H-1, y establecía la cantidad de policías palestinos y el tipo de armas que portarían.

En las negociaciones Arafat insistió en la necesidad de que una fuerza internacional vigilara la implementación del protocolo, y tenía buenos motivos para hacerlo. No solo porque, como hemos mencionado, los colonos de Hebrón eran tristemente célebres por su conducta hostil, sino porque la masacre llevada a cabo por Goldstein en 1994 dejó un legado de desconfianza enorme y Arafat quería asegurarse de que fuera un organismo independiente el que vigilara a los colonos violentos en lugar del ejército israelí, que nunca había protegido a los civiles palestinos.

Presionado por Estados Unidos, Netanyahu no tenía otra opción que aceptar la presencia de observadores extranjeros, de modo que el 21 de enero de 1997 se firmó el Acuerdo sobre la Presencia Internacional Temporal en Hebrón (TIPH, por sus siglas en inglés), que autorizaba la llegada a la ciudad de una fuerza internacional de ciento ochenta efectivos procedentes de Noruega, Italia, Dinamarca, Suecia, Suiza y Turquía, para observar e informar sobre los esfuerzos para que la vida cotidiana prosiguiera con normalidad en la zona.

El Protocolo de Hebrón fue significativo porque evidencia que, pese a oponerse a los acuerdos palestino-israelíes desde 1993, una vez en el poder el Likud estaba dispuesto a implementarlos y respaldar de forma efectiva la noción laborista de «tierra por paz», aunque fuera a regañadientes. El acuerdo sobre Hebrón fue, de hecho, la primera ocasión en la que el Likud hacía una concesión territorial en la Cisjordania ocupada, lo que suponía dejar atrás las polémicas del pasado y constituía un reconocimiento de la efectividad del proceso de Oslo.

Aun así, fue triste ver que en una época en la que otras ciudades del mundo, de Berlín a Nicosia, se esforzaban por suprimir particiones y derribar líneas de separación, en Hebrón se establecía una nueva división que convertía a la ciudad en un microcosmos del conflicto palestino-israelí.

Har Homa

Cualquier esperanza de que Netanyahu pudiera aprovechar el impulso ganado tras el acuerdo sobre Hebrón para continuar el proceso de poner fin a la ocupación y cerrar acuerdos de paz con los palestinos no tardaron en desvanecerse. Como en cierta ocasión dijo un diplomático, el primer ministro a menudo parecía un borracho dando tumbos de una farola a otra, y en este caso la siguiente farola resultó ser Har Homa, un emplazamiento en el límite suroeste de Jerusalén Oriental en el que, el 28 de febrero de 1997, el primer ministro aprobó la construcción de seis mil quinientas viviendas judías sobre tierras expropiadas a los palestinos[316]. El objetivo era crear un anillo de grandes asentamientos judíos alrededor de Jerusalén Oriental que la separara de forma eficaz de Cisjordania (pues Har Homa bloquearía las rutas hacia Belén y Beit Sahour, en el sur).

Como era predecible, esos nuevos asentamientos causaron un clamor entre los palestinos y estallaron las protestas. Un mes después, cuando Arafat visitó la Casa Blanca, Har Homa era la principal de sus prioridades e instó al presidente Clinton a que, por lo menos, exigiera al primer ministro postergar la implementación del polémico proyecto, pero no sirvió de nada. Netanyahu siguió adelante de todas formas y todo lo que Washington hizo fue pedirle al embajador estadounidense en Israel, Martin Indyk, que informara al primer ministro de que Estados Unidos consideraba la construcción del nuevo barrio como «un paso que socava todo lo que estamos intentando hacer»[317].

El rey Husein de Jordania estaba furioso con el enfoque del primer ministro, la construcción continuada de asentamientos, la violencia generalizada y la falta de respeto hacia los palestinos. Recuérdese que en octubre de 1994 Jordania había firmado un tratado de paz con Israel, el comienzo de una nueva era de relaciones pacíficas, por lo menos en parte, con la expectativa de que el proceso palestino iniciado con los Acuerdos de Oslo se desarrollara a buen ritmo. En ese momento, en un gesto simbólico de buena voluntad, Rabin autorizó a Husein, que era un piloto aficionado, a volar en su propio avión a Israel en lo que se denominó el «primer vuelo de la paz»; Rabin incluso mandó que reactores de la fuerza aérea israelí escoltaran al monarca cuando entró en el espacio aéreo de Israel. Ahora, sin embargo, con las relaciones entre israelíes y palestinos en uno de sus puntos más bajos, el rey escribió una carta a Netanyahu «para la posteridad… ante lo desconocido»[318]. He aquí, íntegro, ese documento extraordinario:

Amán, 9 de marzo de 1997

Primer ministro:

Siento una auténtica y profunda aflicción por la acumulación de acciones trágicas que usted ha iniciado desde la jefatura del gobierno de Israel, alcanzar la paz, el objetivo más noble de mi vida, parece cada vez más y más un espejismo distante y elusivo. Me mantendría al margen si las vidas mismas de todos los árabes e israelíes y su futuro no estuvieran deslizándose con rapidez hacia un abismo de muerte y destrucción producto del miedo y la desesperanza. Francamente, no puedo aceptar sus repetidas excusas de que tiene que actuar como lo hace porque está coaccionado y sometido a grandes presiones. Soy incapaz de creer que el pueblo de Israel busque la muerte y la destrucción y se oponga a la paz. Y tampoco puedo creer que el primer ministro más poderoso de la historia de Israel desde un punto de vista constitucional actúe de un modo distinto a como le dicte su convicción. La tristísima realidad de la que me he dado cuenta es que no se encuentra usted a mi lado en el esfuerzo de cumplir la voluntad de Dios para la reconciliación final de todos los descendientes de los hijos de Abraham. A juzgar por el curso de sus actos, parece empeñado en destruir todo aquello en lo que creo o me he esforzado por conseguir con la familia hachemita desde Faisal I y Abdalá hasta la actualidad. Usted no puede ofrecerme garantías de que no aprobará la construcción de más asentamientos y decirme que ha decidido construir dos carreteras para ayudar a todos los involucrados, israelíes y palestinos por igual, y después renegar de su compromiso…

Señor primer ministro, si su intención es empujar a nuestros hermanos palestinos a una inevitable resistencia violenta, entonces mande sus *bulldozers* a la ubicación del asentamiento propuesto [Har Homa] sin hacer lo mucho que se necesita en reconocimiento de la sensibilidad, rabia y desesperación de los palestinos y los árabes… [u] ordene a los jóvenes miembros de sus poderosas fuerzas armadas que rodean las ciudades palestinas que cometan asesinatos gratuitos y siembren el caos, lo que posiblemente tenga como resultado la creación de un nuevo éxodo de palestinos desventurados desde su patria, y la de sus ancestros, y entierre el proceso de paz para siempre… ¿Qué sentido tiene la humillación deliberada, patente y continuada de sus supuestos socios palestinos? ¿Puede una relación

digna prosperar en ausencia de respeto y confianza mutuos? ¿Por qué siguen los palestinos constatando que su producción agrícola se pudre esperando poder entrar en Israel y ser exportada? ¿Por qué la tardanza cuando se sabe que, a menos que se autorice el comienzo de los trabajos en el puerto de Gaza antes de que termine este mes, el proyecto entero sufrirá un retraso de un año? Por último, el aeropuerto de Gaza, todos nosotros hemos abordado el tema numerosas veces con vistas a que se satisfaga una necesidad legítima de los palestinos y dar a sus líderes y gentes un acceso al mundo libre y propio en lugar de su actual confinamiento y la necesidad de salir y regresar a través de otros territorios soberanos. Yo había solicitado permiso y tenía la intención de volar yo mismo para ver al presidente Arafat, en el Tristar oficial del estado de Jordania, hasta el aeropuerto palestino de Gaza como había solicitado anteriormente… tomar un avión y si acepté su negativa fue solo porque había cuestiones más importantes que tratar.

Esta vez preveía una respuesta positiva de su parte. Creía que eso habría ayudado a mejorar el clima de forma considerable, pero, ay, no fue así. Ahora, suponga que yo hubiera despegado rumbo a Gaza de todas formas, con el pleno derecho de un amigo, ¿habría usted ordenado entonces a mis colegas pilotos de la fuerza aérea israelí, esos que me escoltaron en la misma aeronave sobre Israel en lo que se conoció como el primer vuelo de la paz —parece algo tan lejano—, que me impidieran aterrizar por la fuerza o algo peor? Usted nunca sabrá cuán cerca estuvo de tener que tomar una decisión al respecto si yo, en esta ocasión, no hubiera decidido llevar a mis invitados de regreso a casa. ¿Cómo puedo trabajar con usted como socio y auténtico amigo en este clima de confusión, cuando advierto un intento de destruir todo lo que me he esforzado por construir entre nuestros pueblos y estados? La terquedad ante cuestiones reales es una cosa, ¿pero de qué sirve la terquedad por la terquedad? En cualquier caso, he descubierto que tiene usted su propio criterio y que no necesita el consejo de un amigo.

Lamento profundamente tener que escribir este mensaje personal, pero es mi sentido de la responsabilidad y mi preocupación lo que me anima a hacerlo por la posteridad y ante lo desconocido.

Un cordial saludo,

[Firmado: el rey Husein]

Esta sentida carta demuestra cuán decepcionado estaba el monarca con Netanyahu. Y es posible que el rey también estuviera mirando al futuro, con la esperanza de que los historiadores publicaran algún día la carta, como algunos ya han hecho, para demostrar que el rey de Jordania hizo todo cuanto estuvo en su mano para ayudar a la causa palestina.

Escalada

Para julio de 1997, el presidente de Estados Unidos Bill Clinton había concluido que si no conseguía refrenar la construcción de asentamientos por parte Netanyahu y la propensión de Arafat a eludir sus compromisos previos de poner fin a los ataques y las provocaciones contra Israel, todo el proceso de Oslo podía terminar por desbaratarse. Por tanto, mandó a Israel a Dennis Ross, su emisario para Oriente Próximo, con una carta personal, comprensiva, en la que pedía al primer ministro que le ayudara a retomar las negociaciones rotas. Clinton explicaba que quería que la visita de Ross a Israel fuera discreta y hacía hincapié en que consideraba que se trataba de una coyuntura particularmente peligrosa.

La carta era cortés, pero también implicaba una nueva iniciativa de Estados Unidos, que Ross procedió a presentar al primer ministro. El núcleo de esta lo conformaba la idea de que Israel debía paralizar la construcción de nuevos asentamientos, tanto en Har Homa como en otros lugares, algo que constituía una provocación tremenda para los palestinos, y limitarse exclusivamente a expandir los asentamientos existentes; asimismo, Israel debía reconstruir la cooperación con los palestinos en materia de seguridad y realizar nuevas retiradas de tropas de Cisjordania como estaba previsto en el Acuerdo Oslo II. Los palestinos, a cambio, tendrían que mejorar el desempeño de sus cuerpos de seguridad y poner fin a los ataques contra Israel tanto como dejar de incitarlos.

Netanyahu se opuso al programa de Clinton, pues pensaba que se le estaba pidiendo hacer más concesiones que a Arafat, así que envió a Ross de regreso a Washington con un mensaje para el presidente: que Israel no podía aceptar la nueva iniciativa estadounidense tal cual, pero «si usted quiere, estamos de acuerdo en seguir dialogando»[319]. Después de eso envió a Washington a su

secretario de gobierno, Dan Nave, para que continuara debatiendo la iniciativa con Dennis Ross. Sin embargo, para entonces eso era hacer demasiado poco y demasiado tarde: profundamente resentidos con las tácticas israelíes, en particular la expropiación continuada de tierras y la construcción de asentamientos, los palestinos recurrieron a la violencia. El 30 de junio de 1997, dos terroristas suicidas con explosivos atados al cuerpo, miembros del movimiento islamista Hamás, se inmolaron en el corazón de Jerusalén causando dieciséis víctimas mortales y doscientos heridos. El ataque, el primero en un año, fue devastador y acabó también con la nueva iniciativa de Clinton.

En respuesta al atentado en Jerusalén, Netanyahu, con el apoyo del Consejo de Ministros, decidió extender la guerra contra los milicianos palestinos más allá de los territorios ocupados. El blanco elegido fue Jaled Mashal, el jefe del Departamento Político de Hamás en Jordania, cuyo asesinato se confió al Mosad. Aunque prácticamente desconocido para el resto mundo, la información recabada por los servicios de inteligencia mostraba que Mashal desempeñaba un papel esencial en la dirección de las actividades de Hamás en los territorios ocupados y por ello, a ojos de Israel, era un objetivo legítimo.

El director del Mosad, Danny Yatom, encomendó la planificación de la operación a Haim Ha'Keini, el director de la división Cesarea, que era de la que dependía la unidad Kidon, el cuerpo encargado de llevar a cabo las operaciones de asesinato[320].

No obstante, operar en Amán conllevaba el riesgo, si las cosas salían mal, de afectar a las ya delicadas relaciones entre Israel y Jordania. Por esta razón, Haim Ha'Keini optó por una operación «silenciosa», lo que hizo que para matar a Mashal, en lugar de usar armas de fuego o explosivos, los asesinos utilizaran «Almog», nombre en clave de una sustancia tan letal que basta que unas cuantas gotas entren en contacto con la piel del objetivo para matarle. La idea de Ha'Keini era que, si el asesinato se ejecutaba con éxito, el veneno utilizado no dejaría huellas que incriminaran a Israel de forma directa, pues la toxina no tenía efectos inmediatamente evidentes sobre la víctima.

El 25 de septiembre, los dos sicarios de Ha'Keini esperaban a Mashal cerca de su despacho en Amán y, cuando este apareció, se le acercaron por la espalda e intentaron rociarle con el veneno. Los hombres del Mosad consiguieron su cometido, pero el ataque no pasó desapercibido y ambos fueron detenidos; el resto del equipo involucrado en la operación tuvo que

refugiarse en la embajada de Israel[321].

El rey Husein se enfureció porque se sentía traicionado por los israelíes[322]. Algo que contribuyó a aumentar su ira era que recientemente había transmitido a Israel, a través del representante del Mosad en Amán, una propuesta de las milicias palestinas, incluida Hamás, para firmar con Israel una tregua de treinta años, lo que en árabe se conoce como una *hudna*, y poner fin así a todos los actos de violencia en los territorios ocupados. El monarca seguía sin recibir respuesta alguna a esa oferta, cuando la fallida operación del Mosad en su propia capital hizo tambalear su confianza[323]. De inmediato, el rey exigió que se proporcionara a los jordanos información sobre el veneno empleado contra Mashal y un antídoto para salvar su vida, a lo que los israelíes, preocupados por la posibilidad de que la crisis deteriorara todavía más las relaciones con Jordania, accedieron sin dilación[324]. Husein también insistió en que Israel pusiera en libertad a cierta cantidad de prisioneros palestinos, entre ellos al fundador de Hamás, el jeque Ahmed Yasín, el cual debía ser entregado a Jordania; aunque lo más probable era que después Yasín regresara a su residencia en la Franja de Gaza, el rey era consciente de que poder decir que *él* había conseguido la liberación del jeque le permitiría anotarse un triunfo. Netanyahu no tenía otra opción que aceptar y, tras algunas negociaciones adicionales, doce días después de la desastrosa operación, varios helicópteros partieron de Israel a Jordania: en el vuelo de ida iban el jeque Yasín y los otros veinte prisioneros recién liberados por Israel, en el de regreso, los agentes del Mosad capturados en la operación.

El incidente Mashal tuvo un efecto directo en los territorios ocupados, pues el jeque Yasín, que como se preveía terminó regresando a Gaza, se convirtió en un componente esencial de la campaña de Hamás contra Israel durante muchos años. En cuanto a Mashal, tras sobrevivir al atentado volvió a sus labores en la dirección de Hamás y hasta el día de hoy sigue siendo una de las principales figuras de la organización[325].

Un golpe palestino-israelí

Desde la firma del primer Acuerdo de Oslo en septiembre de 1993, el ejército se había retirado del 27% de los territorios ocupados en Cisjordania y la Franja de Gaza y transferido su control a la Autoridad Palestina de Arafat. En las áreas evacuadas, principalmente ciudades y pueblos repartidos por ambas

regiones, ya no había soldados israelíes patrullando las calles; la Autoridad Palestina supervisaba el orden público y gestionaba servicios como la educación, la atención sanitaria y la recaudación de impuestos. Arafat esperaba que en 1998 el ejército se habría retirado de un 13% más como parte de lo que se denominó el primer y segundo «repliegues adicionales». Eso pondría fin a la ocupación en el 40% de los territorios antes de pasar al tercer repliegue adicional, durante el cual el ejército cedería otra porción de los territorios ocupados. Sin embargo, Netanyahu era reacio a proseguir con los repliegues e insistía en que Arafat aún tenía que cumplir con lo que se le pedía en los acuerdos previos.

Entre tanto, algunos miembros destacados de la oposición israelí, como Yossi Beilin, uno de los arquitectos del Acuerdo de Oslo original, consideraban que el culpable del punto muerto en que se encontraba el proceso era más el primer ministro que Arafat, así que unieron fuerzas con palestinos como Saeb Erekat, Abu Mazen, Hasan Asfour y Mohamed Dahlan, personas cercanas a Arafat, muchos de ellos jóvenes con funciones en la nueva Autoridad Palestina, para intentar forzar a Netanyahu a cumplir con los repliegues esperados. La situación era realmente extraordinaria: importantes políticos israelíes, a espaldas de su propio líder, se confabularon con palestinos de renombre para hacer ceder al primer ministro. Las reuniones tuvieron lugar en la residencia del embajador de Egipto en Israel, Mohamed Bassiouni (de lo que derivó el nombre del grupo: «El foro Bassiouni»), y en ellas se incubó un plan para convencer a Netanyahu de que cumpliera los acuerdos previos.

Según Beilin: «Por lo general llegábamos a la casa del embajador de noche… allí cenábamos… luego hablábamos»[326]. El palestino Erekat ha descrito esos encuentros como «una confabulación con miembros de la oposición israelí… un contubernio mío y de mis simpatizantes israelíes» en el que, según explica, «desarrollamos ciertas ideas acerca de cómo hacer frente a Netanyahu y contactamos con los estadounidenses y se las expusimos»[327]. Dennis Ross, el enviado especial de Estados Unidos para Oriente Próximo, recuerda Beilin, «telefoneaba a menudo durante las reuniones… En ocasiones el embajador [de Estados Unidos] se sumaba a esas conversaciones». Cuando el paquete estuvo listo se le entregó a los estadounidenses y, prosigue Beilin, fueron ellos quienes lo presentaron a Netanyahu y Arafat como «una idea estadounidense». La propuesta se convirtió en la base para las negociaciones que tendrían lugar en una cumbre convocada por el presidente Bill Clinton en

el Instituto Aspen, en la plantación Wye River, en Maryland[328].

La cumbre de Wye River se inició el 15 de octubre de 1998, y el día 23, tras una sucesión aparentemente interminable de estancamientos y crisis, produjo el Memorando de Wye River, que firmaron tanto Netanyahu como Arafat. Su objetivo era facilitar la implementación de los acuerdos previos y, por consiguiente, los repliegues adicionales del ejército israelí y una mayor cooperación palestina en materia de seguridad, así que el Memorando de Wye River pedía a Israel, entre otras cosas, ceder a los palestinos un 13% del territorio de Cisjordania[329]. Asimismo, Netanyahu aceptó liberar a setecientos cincuenta prisioneros palestinos, autorizar a los palestinos a gestionar el aeropuerto y el puerto marítimo de Gaza y crear un paso seguro entre Cisjordania y la Franja de Gaza, de modo que los palestinos pudieran viajar libremente entre las dos regiones. Por su parte, Arafat se comprometió a tomar medidas concretas para prevenir los ataques contra Israel, que si bien con menor intensidad habían continuado después de la firma de los Acuerdos de Oslo, recoger el armamento ilegal y reducir la policía palestina en seis mil efectivos hasta los treinta mil, pues con el tiempo había superado los límites pactados originalmente. El líder palestino también prometió, como había hecho antes sin que hasta entonces hubiera cumplido, anular todos los artículos de la Carta palestina que contravenían el compromiso de la OLP de reconocer y convivir en paz con el estado de Israel[330].

Netanyahu aborrecía el acuerdo resultante de la cumbre, pues, en su opinión, se le estaba pidiendo hacer concesiones tangibles (tierra y demás) a cambio de las palabras vacías de Arafat. Sin embargo, el primer ministro no estaba en condiciones de desafiar el deseo de Estados Unidos de seguir adelante, así que en Wye River intentó provocar a los palestinos para que adoptaran una posición intransigente, lo que, a su vez, le permitiría no acceder a sus demandas y echarles la culpa del fracaso de la cumbre. Erekat, el principal negociador palestino en Wye River, recuerda que «Netanyahu estuvo buscando el modo de hacernos decir “no” a la propuesta»[331]. Pero gracias a los consejos que le habían dado los miembros de la oposición israelí cuando desarrollaron las ideas que ahora se debatían en Wye River, Erekat sabía que aceptando todo lo que se proponía en el documento los palestinos saldrían ganando. Pues «si [Netanyahu] implementa [las retiradas] estamos bien encaminados… y si no lo hace, entonces queda fuera [ya que volverá en su contra tanto a los estadounidenses como a muchos israelíes]. Así que estábamos en una situación en la que todos ganábamos».

La conjura tramada en la residencia del embajador Bassiouni funcionó y Netanyahu quedó atrapado: no tenía otra opción que firmar el Memorando de Wye River. Cuando regresó a Israel, tenía en su contra al ala derechista de su propio partido, que interpretó como una traición el que hubiera aceptado ceder las tierras de Eretz Yisrael. Y cuando intentó calmar a sus correligionarios dando marcha atrás, la izquierda israelí le acusó de querer dar largas a la implementación del acuerdo. De esta forma el primer ministro consiguió indignar tanto a su propio partido, por haber aceptado el Memorando de Wye River en primer lugar, y a la izquierda, por tratar de retrasar el proceso; en consecuencia, de repente se halló en un gran embrollo político.

El golpe de gracia llegó el 4 de enero de 1999, cuando izquierda y derecha unieron fuerzas en la Kneset para lograr una mayoría abrumadora de ochenta y un parlamentarios partidarios de disolver la Cámara y forzar al gobierno a convocar elecciones generales. Y así, irónicamente, el mayor logro de la cumbre de Wye River fue poner fin al gobierno de Benjamín Netanyahu, que había demostrado ser uno de los mayores obstáculos para la búsqueda de la paz desde el asesinato de Rabin.

10

Primero el Golán, 1999-2000

Las elecciones generales se celebraron el 17 de mayo de 1999 y en ellas Ehud Barak, el candidato del Partido Laborista, de centroizquierda, derrotó a Netanyahu, del Likud. Barak era un político brillante que había sido jefe del Estado Mayor del ejército, pero tenía también una vena maquiavélica y podía ser arrogante, desagradable y displicente. Su período como primer ministro fue breve (estuvo en el cargo apenas veinte meses), pero, en retrospectiva, resultaría ser una fase importantísima para el avance de la causa de la paz y el fin de la ocupación. Durante ese tiempo, la brecha entre los israelíes y los árabes se redujeron de forma significativa y se resquebrajaron las convenciones que impedían abordar ciertos temas tabú.

Barak se propuso hacer de la paz la principal plataforma de su política exterior, pero para ello necesitaba el respaldo del presidente Clinton, no solo para que le ayudara a mediar entre Israel y sus enemigos, sino también para obtener de él influencia diplomática y financiera, pues solo Estados Unidos tenía el prestigio necesario para ayudarle a impulsar un proceso de negociaciones audaz y obtener los fondos para comprar la transigencia de las distintas partes.

El tiempo, sin embargo, apremiaba: a Clinton le quedaban apenas dieciocho meses de su último mandato y dejaría la Casa Blanca en enero de 2001. En Washington, al mismo tiempo, la elección de Barak despertó muchas expectativas e infundió una nueva sensación de apremio al gobierno demócrata, como resulta evidente en el informe que ofrecieron al presidente sus veteranos asesores la víspera de la primera visita oficial de Barak a la Casa Blanca como primer ministro. «No hay tiempo para una sesión “conocerse” en la primera cumbre Clinton-Barak», anota el informe, y prosigue:

> Debe ser una sesión para establecer la estrategia real y las

> prioridades y definir reglas fundamentales. Lo que no se consiga en el primer año de esta colaboración Clinton-Barak a lo largo del verano del año 2000, ya no se conseguirá. Lo que se logre en el primer año… será histórico para ambos líderes… Por tanto, es necesario resistir la tentación de ir con calma y poco a poco con un nuevo primer ministro israelí, en especial uno amistoso tras una victoria aplastante sobre uno hostil [en alusión a Netanyahu]. Celebrar, sí, pero luego manos a la obra, con claridad y determinación… Debe animarse a Barak a compartir con el presidente adónde quiere llegar, cuándo quiere hacerlo. Barak necesita saber con claridad qué variables debe tener en cuenta o de lo contrario las ignorará hasta que surjan problemas. El presidente Clinton fijará la lista de variables para Barak[332].

Alguien en Washington filtró este informe a un tal Nimrod Novik, un exdiplomático israelí que trabajaba para Barak como espía itinerante, para que el primer ministro supiera qué podía esperar de la reunión con el presidente.

El encuentro tuvo lugar el 15 de julio de 1999 y en él Barak presentó su estrategia de paz a Clinton, es decir, congelar los diálogos de paz con los palestinos para favorecer las negociaciones con Siria (en términos de política interior, ningún primer ministro israelí estaba en condiciones de pagar el precio de intentar alcanzar la paz en estos dos frentes de forma simultánea).

Como sus predecesores (Rabin, Peres y Netanyahu), Barak creía que terminar la ocupación del Golán y alcanzar un acuerdo de paz con Siria tenía que ser prioritario porque, desde su punto de vista, la disputa con Siria, básicamente un conflicto por el territorio de los Altos del Golán, era más fácil de resolver que el complejo y arraigado conflicto palestino-israelí. Asimismo, Siria suponía una amenaza mayor para Israel, pues, a diferencia de los palestinos, tenía un ejército regular y misiles de largo alcance. La edad y el estado de salud del presidente sirio, Hafez el Asad, eran otro factor que debía tener en cuenta; en el momento en que Barak se convirtió en primer ministro, ya era sabido que el Asad se encontraba gravemente enfermo y no tardaría en morir y ser reemplazado por un nuevo líder, al que durante cierto tiempo le resultaría difícil embarcarse en un proceso de paz. Por tanto, era lógico intentar primero llegar a un acuerdo de paz con el Asad, que poseía la autoridad y la experiencia para tomar decisiones cruciales, como lo era una de tanta trascendencia como firmar la paz con Israel. Barak le dijo a Clinton que, en su opinión, la estrategia «primero Siria» podía incidir en la dinámica de toda la región, lo que no ocurriría si se daba prioridad a los palestinos.

En términos generales, Clinton estuvo de acuerdo con el análisis de Barak y la idea de dar prioridad a Siria para negociar la devolución del Golán a cambio de paz y seguridad para Israel, a la vez que se congelaban temporalmente las negociaciones con los palestinos. Sin embargo, instó al primer ministro a que, mientras tanto, ofreciera a estos últimos «algunos caramelos», de modo que Yasir Arafat no pudiera cuestionar el *statu quo* cuando se diera cuenta de que por el momento Barak no estaba interesado en hablar de paz con él; de hecho, aunque la estrategia «primero Siria» era lógica, era también un enfoque que sin duda enojaría a los palestinos.

Después de tres años del «hostil» Netanyahu (así era como le veían en Washington), el presidente Clinton decidió que solo por mostrarse dispuesto a impulsar de nuevo los diálogos de paz Barak merecía una recompensa y le hizo una promesa en forma de carta. En esa carta secreta Clinton escribió:

> En un momento en el que Israel se prepara para renovar sus esfuerzos por alcanzar una paz completa en Oriente Próximo y reconociendo los riesgos que Israel afronta y asume al avanzar en esa dirección, deseo asegurarle:
>
> El compromiso inquebrantable de Estados Unidos con la seguridad de Israel y el mantenimiento de la ventaja cualitativa [de su armamento]… La determinación de Estados Unidos de minimizar los riesgos y los costos que asume Israel al buscar la paz y de proporcionar a Israel un respaldo diplomático, económico, militar y tecnológico a largo plazo para facilitar la búsqueda de la paz… El compromiso de Estados Unidos… de trabajar estrechamente con Israel para reducir la proliferación de armas de destrucción masiva y misiles balísticos que suponen una amenaza para Israel y… consultar con Israel las cuestiones de control armamentístico con el fin de garantizar que las iniciativas y políticas de control de armas de Estados Unidos y otros países no socaven la capacidad de disuasión y la seguridad de Israel[333].

La última frase, por supuesto, era una forma indirecta de decir que Estados Unidos no interferiría con la capacidad nuclear de Israel y tampoco permitiría que otros lo hicieran.

Revivir las conversaciones con Siria

De regreso a Israel, el primer ministro empezó a mover todos los hilos a su alcance para revivir las conversaciones de paz con Siria. Solicitó al rey Abdalá de Jordania que le sirviera de intermediario y tratara de organizar un encuentro con el Asad, para el que le dio un mensaje personal: «Estoy dispuesto a ir hasta el final para llegar a la paz»[334]. El joven monarca jordano, que había llegado al trono en 1999 tras la muerte de su padre, el rey Husein, estaba encantado de colaborar, pues la paz entre Israel y Siria contribuiría a fortalecer la paz entre Jordania e Israel firmada en 1994.

El 27 de julio, Abdalá ya tenía una respuesta: si bien el Asad reconocía que Barak estaba comprometido con el proceso de paz, no se reuniría con él en una fase tan temprana; esto no era una gran sorpresa, ya que los gestos dramáticos nunca habían formado parte del estilo de el Asad. A través del monarca jordano, el Asad también dejó bien establecido que, si bien era posible cerrar un acuerdo de paz «en cuatro meses», en cualquier negociación futura Siria insistiría en su exigencia fundamental: recuperar la totalidad de los Altos del Golán hasta la línea de 4 de junio de 1967.

Vale la pena mencionar que para el Assad el aspecto más importante de cualquier acuerdo de paz con Israel era la *profundidad* de la retirada del Golán. El mandatario insistía en una retirada *completa* de *todas* las tierras que estaban bajo control sirio antes de que en 1967 las invadieran los israelíes, esto es, de las montañas del Golán hasta lo que él denominaba «la línea del 4 de junio de 1967», que se prolongaba y de hecho tocaba el sector nororiental del mar de Galilea (o «el lago», como lo llamaba el Asad). Los israelíes siempre han sido reacios a que Siria recupere el acceso a las aguas del lago que tenía antes de la guerra de 1967, pues el mar de Galilea proporciona entre el 35 y el 40% del agua que consume Israel. No obstante, hubo un primer ministro israelí, Isaac Rabin, que dio a entender a el Asad que, después de todo, Siria podía recuperar todo el Golán hasta llegar al agua si se satisfacían las necesidades de Israel, que en su mayoría estaban relacionadas con cuestiones de seguridad. En julio de 1994, tras una reunión con Rabin en Jerusalén, el secretario de Estado estadounidense Warren Christopher había viajado a Damasco para transmitir un importante mensaje al mandatario sirio: «Acabo de regresar de Israel y puedo decirle a modo de conclusión que… Estados Unidos entiende que… la retirada completa [del Golán]… sería hasta la línea del 4 de junio de 1967»[335]. Esta promesa israelí, que terminaría conociéndose como el «depósito» porque se le dio al Asad solo de forma indirecta (Rabin la había «depositado» en los estadounidenses), fue tan

sorprendente que el Asad se apresuró a preguntar a Christopher: «¿Quiere decir Rabin que la retirada incluirá todas las tierras bajo soberanía siria el 4 de junio de 1967?»; a lo que Christopher respondió: «Sí».

En su momento, esto se consideró un avance extraordinario en las relaciones sirio-israelíes y los esfuerzos por poner fin a la ocupación del Golán y alcanzar la paz, pues daba a los sirios lo que realmente querían. No obstante, si bien esto condujo entonces a algunas negociaciones de bajo nivel, no se logró ningún progreso importante ni durante el resto del mandato de Rabin ni durante los gobiernos de sus sucesores, Peres y Netanyahu. La principal razón para que no hubiera habido progresos fue que en las conversaciones reales con los sirios, los israelíes fueron menos explícitos sobre su intención de retirarse por completo del Golán que en la promesa transmitida por Christopher a el Asad en julio de 1994[336].

Cinco años después de la promesa hecha por Rabin a el Asad a través de los estadounidenses, Barak buscó de nuevo la ayuda de estos para reanudar las conversaciones de paz con el mandatario sirio. El primer ministro acudió a Clinton, a quien pidió que contactara con el Asad e intentara organizar una mesa de negociaciones secreta entre representantes de ambos países, presidida por el enviado especial de Estados Unidos para Oriente Próximo, Dennis Ross. Asimismo, Barak solicitó a Clinton que le asegurara a el Asad que él, Barak, le respetaba y que el «depósito» de Rabin (la promesa de una retirada completa de las montañas del Golán hasta la línea de 4 de junio de 1967) seguía vigente y que él no tenía ninguna intención de retirarla, si bien no lo repetiría explícitamente. Siempre deseoso de ayudar, el presidente telefoneó a el Asad para instarlo a reanudar las conversaciones de paz con Israel. He aquí lo que Clinton le dijo al mandatario sirio en una conversación telefónica que agentes israelíes grabaron en secreto:

> Vuestras diferencias no son significativas… sí, lo que tengo claro es que él [Barak] conoce [los detalles de] lo que Rabin ofreció [es decir, el «depósito»: la promesa de que Israel se retiraría completamente del Golán] y no está pidiendo recuperarlo… Él cree que usted es un hombre de honor… él está mucho más interesado en proseguir la vía siria y hacerlo antes de realizar movimientos territoriales con los palestinos… Tengo la certeza de que no está jugando, porque él cree de veras que desde un punto de vista estratégico es importante hacerlo [la opción «primero Siria»][337].

El Asad aceptó el consejo de Clinton y acordó enviar a Riad Daoudi, un

abogado que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores sirio, para entrevistarse con el hombre de Barak, Uri Saguie, un antiguo general del ejército israelí, en Suiza el 27 de agosto y reanudar las negociaciones de paz. Sin embargo, poco se consiguió en esas conversaciones pues el representante sirio, siguiendo las instrucciones de su jefe directo en Damasco, el ministro de Exteriores, al-Shara, insistió en que Saguie debía confirmar explícitamente la promesa de Rabin de una retirada completa hasta las aguas del mar de Galilea, algo que el israelí no estaba dispuesto a hacer. Daoudi telefoneó a Damasco para informar de la situación a al-Shara. Su conversación, grabada en secreto por agentes israelíes, se desarrolló del siguiente modo:

> Daoudi: Señor, la situación ahora… es un poco tensa. Él ha expuesto su punto de vista en relación a sus necesidades. Advertí que dijo que su jefe [Barak] es consciente de la existencia del depósito [de Rabin, la promesa de retirarse hasta la línea del 4 de junio de 1967]. No está pidiendo que se retire… [dijo] que no puede de ningún modo declarar nada más [es decir, ser explícito acerca de la promesa israelí de retirarse del Golán hasta el mar de Galilea].
>
> Al-Shara: Continúe insistiendo…
>
> Daoudi: Estoy insistiendo, de verdad…
>
> Al-Shara: Sí, continúe haciéndolo…
>
> Daoudi: Me dijo que yo no había pronunciado una sola palabra desde la mañana… Dije que había venido a escucharle para ver cuál es su postura y que ya veremos.
>
> Al-Shara: Sí, bien. Hablemos mañana.
>
> Daoudi: *Inshallah*.

* * *

La falta de progreso, sin embargo, no desalentó a Barak, que rogó a Clinton que siguiera presionando a el Asad y lo convenciera de que subiera el nivel de las conversaciones para que el primer ministro en persona (no confiaba en que ningún delegado fuera a hacerlo tan bien como él) pudiera negociar con un representante de alto nivel del gobierno sirio. En respuesta a esa solicitud, Clinton envió a Damasco a la secretaria de Estado, Madeleine Albright, para entrevistarse personalmente con el Asad. El 2 de septiembre, justo antes de la llegada de Albright a la capital siria, Clinton telefoneó a el Asad para reforzar su misión. Las siguientes citas provienen de la transcripción de esa

conversación, grabada en secreto por agentes israelíes (si bien al mandatario sirio no se le oye), y muestran que para el Asad la cuestión más importante seguía siendo una promesa explicita, de hecho una reconfirmación de la promesa de Rabin (el «depósito»), de que Israel se retiraría por completo del Golán hasta la línea del 4 de junio de 1967:

> Clinton: La secretaria Albright se reunirá con usted el sábado. Le he pedido que acuerde con usted cierta redacción, de modo que podamos avanzar [en las conversaciones de paz].
>
> El Asad: [Parece mencionar la línea del 4 de junio de 1967.]
>
> Clinton: Quiero explicarle por qué a Barak no le interesa mencionar explícitamente la línea del 4 de junio [que llega hasta las aguas]… ¿Recuerda que él había prometido someter a referéndum en Israel cualquier acuerdo [firmado con Siria]? Él teme…
>
> El Asad: […]
>
> Clinton: Señor presidente, déjeme terminar… él teme que si menciona explícitamente la línea del 4 de junio el asunto se filtre, y eso no sería culpa suya, señor presidente, sino que es lo que suele pasar con todo en Israel, que se filtra… él teme que a lo largo de cierto período de tiempo la opinión pública israelí, antes de votar [en el referéndum], oiga solo hablar acerca del 4 de junio sin saber si hubo una respuesta a sus demandas en materia de seguridad… o cualquier otra cuestión…[338]

Doce días después, Dennis Ross, que acompañó a la secretaria de Estado a Damasco, informó al primer ministro Barak sobre la visita, incluido el estado de salud de el Asad, que era un motivo de preocupación para todos, ya que era importante concluir el acuerdo con Siria antes de que muriera. Ross le contó que, físicamente, el presidente sirio «no tiene mal aspecto… aprieta la mano con firmeza», pero que «mentalmente [no está tan] perspicaz como solía ser… en ciertos momentos de la conversación parecía distante y no podía recordar nombres»[339]. «No creo que tengamos mucho tiempo [antes de que muera]», añadió. La buena noticia era que el Asad había aceptado reanudar las conversaciones de paz discretas entre Israel y Siria en Bethesda, Maryland, desde el 24 de septiembre, después de lo cual tendrían lugar las conversaciones de alto nivel entre el ministro de Exteriores sirio y el primer ministro israelí en Estados Unidos.

El 15 de diciembre, cuando Barak y al-Shara finalmente se reunieron en Washington, resultó evidente que el primer ministro, que tanto había presionado para hacer realidad ese encuentro, estaba reculando e intentando ralentizar el proceso. Barak era un lector obsesivo de los sondeos de opinión, acaso más que cualquier otro primer ministro israelí antes de él, y lo que esos sondeos indicaban era que los israelíes veían con muy poco entusiasmo cualquier retirada de los Altos del Golán, por no hablar de permitir que Siria recuperara el acceso a las aguas del mar de Galilea. La opinión de muchos israelíes era que no había razón para que Israel se precipitara en el frente sirio. ¿Por qué debía Israel plantearse la devolución del Golán cuando en apariencia la situación con Siria había estado tranquila durante tantos años? ¿Por qué no limitarse a esperar hasta que Siria (y, de hecho, el mundo) asumiera la idea de que el Golán pertenecía a Israel?

Por desgracia, el primer ministro, que sí entendía los amplios beneficios estratégicos que un tratado de paz con Siria reportaría a Israel, sentía ahora que debía dar a los israelíes la impresión de que estaba peleando duro y no iba a ceder tan fácilmente el Golán. Por tanto, desde el momento en que aterrizó para asistir a las conversaciones de Washington buscó oportunidades de mostrar a los israelíes que estaba luchando por defender sus intereses; y el ministro de Exteriores sirio pronto le ofreció en bandeja de plata la oportunidad de hacer encallar la cumbre, y demostrar así que las negociaciones eran complicadas.

El primer día de la cumbre, al-Shara pronunció un discurso enérgico en el que criticó a Israel, con cierto detalle, por la ocupación del Golán y otras infracciones: sus palabras contravenían la petición que les había hecho el presidente Clinton en privado de que los discursos fueran «breves y positivos». Aprovechando la oportunidad de evadirse, Barak dijo a Clinton, inmediatamente después del discurso de al-Shara, que en vista de las críticas de Siria el presidente no podía esperar de él avances rápidos o concesiones públicas. Clinton, que estaba bastante enfadado con el ministro sirio («al-Shara nos ha jodido», dijo), estuvo de acuerdo y se mostró comprensivo con el punto de vista de Barak. E incluso le dijo algo bastante asombroso en alguien de quien cabía esperar que se comportara como un mediador objetivo: «Creo que lo más importante para usted es el mar de Galilea. Si estuviera en su lugar me preocuparía que alguien [en referencia a Siria] pudiera intentar envenenar el agua del mar de Galilea»[340]. Como demuestra la transcripción de esta conversación con el primer ministro, Clinton se mostró condescendiente hacia los sirios y alardeó ante Barak: «Vea cómo [al-Shara]

vino a las conversaciones… Ni siquiera tuve que [presionar mucho a el Asad]».

En términos generales, con Barak empeñado en recular y ralentizar el proceso, estas primeras conversaciones de alto nivel sirio-israelíes no se tradujeron en ningún avance significativo. No obstante, fue el primer ministro quien presionó a Clinton para reanudar las conversaciones con los sirios «tan pronto como sea posible para no perder el impulso». Clinton accedió y se acordó que la siguiente ronda de conversaciones empezaría el 3 enero de 2000 en una ubicación aún por decidir.

El gesto de el Asad

Barak también instó al presidente Clinton a convencer a el Asad de hacer un gesto de buena voluntad con el fin de demostrar a la opinión pública israelí que los sirios no eran los demonios que pintaba la prensa nacional. Más específicamente, el Asad debía permitir a Israel recuperar los cadáveres de tres soldados desaparecidos en combate en el Líbano durante la guerra de 1982 para darles una sepultura apropiada.

A pesar de la insistencia de las familias en que los soldados desaparecidos seguían con vida, el primer ministro sabía que no era así gracias a los informes de los servicios de inteligencia. Esa conclusión se fundaba, entre otras cosas, en los datos obtenidos por el servicio secreto italiano a través de uno de sus informantes más fiables, el alcalde palestino de una ciudad de Cisjordania, información que luego compartieron con los servicios de seguridad israelíes. El alcalde contó a los italianos, y esto se corroboró también con otras fuentes, que los tres cadáveres habían sido trasladados del Líbano a Siria en algún momento entre 1984 y 1987 y enterrados allí. Esa información condujo a los agentes israelíes a tres tumbas en un cementerio de Damasco, en cuya fila número diez y adyacente a una carretera había cuatro tumbas sin nombre, tres de las cuales se creía que correspondían a las de los soldados desaparecidos; los agentes de Israel en Siria mantenían vigiladas las tumbas y cada mes un satélite de Estados Unidos tomaba una fotografía del lugar que entregaba a Israel. Conociendo esta información, Barak creía que el Asad no podía mantener por más tiempo la excusa de que no sabía dónde habían sido sepultados los soldados israelíes.

El presidente Clinton telefoneó al mandatario sirio para debatir la cuestión, algo que ayudaría a Barak ante la opinión pública de su país, y el Asad aceptó que un equipo estadounidense, en el que se incluiría un rabino, se trasladara a Damasco para retirar los cuerpos de los tres soldados fallecidos. Tras cavar durante siete horas y media, se recuperaron tres cuerpos, pero el primer ministro se llevó una enorme decepción cuando se reveló que las edades, estaturas y ADN no correspondían a las de los soldados desaparecidos en combate: la información de los servicios de inteligencia, como ocurre a menudo, era errónea.

Un desenlace desastroso

Barak y el ministro de Exteriores sirio volvieron a reunirse, en esta ocasión en Shepherdstown, Virginia occidental, donde Clinton no tardó en descubrir que, una vez más, el primer ministro, la principal fuerza motriz de la reanudación de las conversaciones con Siria, no quería cooperar y en lugar de ello buscaba a propósito frenar el avance de las conversaciones. La razón era de nuevo la falta de apoyo de la opinión pública israelí a un arreglo con Siria y el deseo de Barak de dar la impresión a sus votantes de que las negociaciones eran difíciles y él estaba luchando con tesón para defender los intereses de Israel. Sin embargo, con este juego evasivo Barak no solo ofendió a los sirios sino también a los anfitriones. Robert Malley, uno de los miembros del equipo estadounidense, recuerda que

> Clinton reunió [al equipo estadounidense] alrededor de una mesa y, con la cabeza un poco inclinada, dijo: «Chicos, tenemos un problema… Barak me ha dicho que no puede avanzar aquí… porque tiene problemas en Israel y si llega a un trato demasiado rápido, los israelíes van a pensar que cedió muy pronto y no presentó batalla. Necesita que parezca una pelea, necesita que esto se alargue más, necesita ir muy, muy, lento»[341].

Frustrada, la secretaria de Estado Albright fustigó así a Barak:

> Para ser muy franca… en todas nuestra historia no hemos tenido tantísimas conversaciones telefónicas, la enorme mayoría de las cuales se realizaron por iniciativa suya, y en esas conversaciones usted dijo que era importantísimo avanzar en la opción siria… y nosotros nos lo

> tomamos muy en serio… Pero usted nos ha sorprendido… porque tomó la decisión de no avanzar deprisa… de su parte nada ha salido… que ustedes no tienen un mejor amigo que Estados Unidos y usted no tiene un mejor amigo que Clinton y usted ha jugado con su credibilidad… ellos [los sirios] han sido flexibles… y nosotros estamos preocupados[342].

* * *

Pese al fracaso de las conversaciones de Shepherdstown y a la decepcionante táctica empleada por Barak, Clinton accedió a la solicitud del primer ministro de intentar organizar una cumbre final con el presidente sirio en persona. Dado que el Asad no iba a aceptar entrevistarse con él, Barak propuso que Clinton lo invitara a bordo de un buque de la marina estadounidense en el Mediterráneo para presentarle la propuesta de paz definitiva de Israel y completar la fase final de las negociaciones. Barak llegó incluso a plantear que él podía llegar en paracaídas para unirse a esa fase final cuando Clinton lo considerara oportuno.

Descartada la opción del buque, y a petición de Barak, se acordó que, en vista de que la exactitud era primordial, el presidente Clinton *leyera* una presentación preparada con antelación de las propuestas israelíes. No obstante, incluso en una fase tan avanzada, el primer ministro seguía sin revelar sus posiciones fundamentales aduciendo que le inquietaba que pudieran filtrarse antes de la cumbre. Barak prometió a Clinton que le llamaría el mismo día de la cumbre, justo antes de que el presidente entrara a la reunión con el Asad, para revelarle el límite más allá del cual Israel no negociaría.

El 2 de marzo, mientras los asesores israelíes y estadounidenses continuaban trabajando en el texto que Clinton leería a el Asad en la cumbre, Barak telefoneó a Clinton para decirle que el presidente «en persona» debía presentar la oferta de Israel a el Asad, lo que aumentaría las probabilidades de obtener una respuesta positiva, ya que «este es el único modo de salir del punto muerto»[343]. Sin embargo, deseoso de tantear el terreno con el Asad antes de saltar al ruedo, Clinton había pedido ya (sin consultar con el primer ministro) al embajador de Arabia Saudí en Washington, el príncipe Bandar, un estrecho aliado de los presidentes estadounidenses antes y después de Clinton, que de manera informal transmitiera las ideas de Barak al mandatario sirio. No obstante, los espías israelíes, muy activos en Washington y de hecho también en Damasco, habían descubierto el canal saudí utilizado por Clinton,

a quien el primer ministro tomó por sorpresa: «Me he enterado por los servicios de inteligencia de que usted pretende informar a Siria de las necesidades israelíes a través de los saudíes… eso es un error». Pillado in fraganti, un atónico Clinton replicó enérgico: «No le dije a Bandar nada importante… no le dé más vueltas». Al mismo tiempo, el presidente estadounidense estaba preocupado por el frente palestino, pues Arafat empezaba a dar señales de impaciencia, así que instó a Barak a dar al líder palestino algo que lo aplacara. Clinton le dijo al primer ministro: «Es muy importante que usted y Arafat estén de acuerdo acerca de hacia dónde nos dirigimos… y antes de que me reúna con el Asad, si no eso será una fuente de problemas para usted. Me sorprendió hasta qué punto inquieta y preocupa a los palestinos que usted y yo estemos desatendiéndolos por ir tras el Asad… por tanto, si es posible… consiga que Arafat diga que las cosas marchan bien». A regañadientes, Barak prometió hacer lo que se le pedía, pero no sin antes comentar que «Arafat es como un cocodrilo… come y come y sigue queriendo más». Lo cierto era que él, como sus predecesores, no confiaba en el líder palestino, al que consideraba una persona taimada que siempre estaba intentando extraer más y más concesiones a Israel sin dar gran cosa a cambio. Aun así, y puesto que necesitaba la ayuda de Clinton para arrastrar a el Asad a la cumbre, Barak procedió a negociar con Arafat la transferencia escalonada del control de tres pueblos palestinos cerca de Jerusalén, algo muy importante para el jefe de la Autoridad Palestina porque extendía su dominio hasta las puertas de la Ciudad Santa. Los dos líderes acordaron que el 23 de abril Arafat recibiría dos de los tres pueblos y el 23 de mayo, el tercero. En cuanto Arafat tuvo esa promesa en el bolsillo, y como Barak ya había predicho, pidió más. Así que el 7 de marzo el presidente Clinton volvió a telefonear a Barak para darle las gracias, pero también para pedirle que liberara a unos palestinos presos en cárceles israelíes[344]. Irritado, el primer ministro replicó: «Haré lo que pueda, pero me gustaría proponer que acordemos que eso no debe ser un requisito previo para sus conversaciones con el Asad». Comprendiendo que había presionado a Barak hasta el límite al que por el momento estaba dispuesto a llegar en el frente palestino, Clinton se apresuró a añadir: «Llamaré a el Asad tan pronto como sea posible y volveré a ponerme en contacto con usted una vez tenga una respuesta».

El 10 de marzo de 2000, el texto que Clinton leería al presidente el Asad en su próxima cita estaba listo. Ese documento tiene una gran importancia pues es, hasta la fecha, la última y más completa oferta que los israelíes han hecho a los sirios. He aquí cómo Clinton se disponía a iniciar el encuentro:

Señor presidente, lo he invitado a esta reunión porque creo que ha llegado el momento de la verdad en el esfuerzo por alcanzar una paz completa entre Israel, Siria y el Líbano. Usted sabe que esto es algo en lo que he estado trabajando desde que llegué por primera vez a la presidencia, hace siete años… Estoy ahora en el último año de mi presidencia. Hay muchas cosas que quisiera ver terminadas en ese lapso. Una de ellas es la paz entre Siria e Israel. Una paz de los valientes que cuando se implemente ponga fin al conflicto árabe-israelí y proporcione un futuro mejor a árabes e israelíes por igual. Una paz que inaugure una nueva era en las relaciones entre Estados Unidos y Siria, cosa que beneficiará enormemente a ambas partes. Una paz que contribuya a garantizar un contexto estable para Siria en el que su orgulloso legado se transmita a las generaciones futuras… Pero no tengo tiempo que perder. O bien somos capaces de superar las diferencias ahora y lograr un acuerdo, o tendremos que dejar ese objetivo para otro presidente y otro momento. Usted nos ha dicho en más de una ocasión que desea llegar al meollo del asunto, poner todas las cartas sobre la mesa y concluir las negociaciones. El primer ministro Barak tiene exactamente el mismo deseo. Pero para hacer eso, ustedes dos necesitan saber si sus respectivos requerimientos quedarán satisfechos. He hecho hincapié a Barak, y él ha estado de acuerdo, en que la paz ha de ser una paz honorable, una paz que respete plenamente la dignidad de cada una de las partes y garantice los intereses vitales de Siria al igual que los intereses vitales de Israel. Con todas estas consideraciones en mente, desde la última vez que hablamos he estado trabajando con ahínco junto a Barak. Le he pedido que me detalle qué puede él hacer para satisfacer las necesidades de Siria y qué considera que debe hacerse para satisfacer las suyas… A instancias mías, ha limitado sus exigencias a sus necesidades vitales. Ha ido tan lejos como cree posible para satisfacer sus necesidades y ha hecho lo mejor que ha podido para tener en cuenta sus sensibilidades. Creo que las diferencias son muy pocas. Los historiadores que pasado el tiempo examinen esta situación no serán capaces de explicar por qué esas diferencias no fueron resueltas, salvo por falta de coraje y habilidad política. Por tanto, lo que quisiera hacer hoy es plantearle mis impresiones acerca de lo que Barak puede hacer para responder a las necesidades fundamentales de Siria y sobre lo que él necesita que usted haga para responder a las necesidades fundamentales de Israel…

> Si usted no está en condiciones de responder a sus necesidades fundamentales, yo respetaré su posición pero usted habrá de entender que yo llevaré esto tan lejos como pueda[345].

Tras esta introducción general, Clinton pasaría a abordar, siguiendo el guión que le habían preparado, la cuestión más importante para el Asad, a saber, el trazado de la futura frontera entre Israel y Siria, que él deseaba que fuera la línea del 4 de junio de 1967, que llegaba hasta las aguas del mar de Galilea en la sección nororiental del lago y daba a los sirios acceso directo a ellas:

> 1. La frontera: Mi primera impresión es que Barak está preparado para una retirada completa a una frontera establecida de común acuerdo a partir de la línea del 4 de junio de 1967… Barak considera que la soberanía de Israel sobre el lago… [es un] aspecto esencial de cualquier acuerdo de paz con Siria. En ese sentido, necesita contar con una franja de unos quinientos metros alrededor de la zona nororiental del lago[346].

El 17 de marzo el presidente Clinton telefoneó a Barak para informarle de que la cumbre con el Asad sería el 26 de marzo en Ginebra. Los dos mandatarios decidieron volver a hablar el día de la cumbre, de modo que Barak pudiera comunicar a Clinton cuáles eran sus líneas rojas definitivas justo antes de su entrevista con el Asad. Clinton esperaba, en particular, que la franja de quinientos metros alrededor de la parte nororiental del lago que Barak deseaba conservar se redujera de modo notable para llegar a la cita con el Asad con posibilidades reales de éxito.

El escenario estaba dispuesto para una cumbre histórica cuyo éxito dependía de que Barak hiciera una oferta realista. El día de la cumbre, a las 13.10 h, el primer ministro telefoneó a Clinton al hotel Intercontinental de Ginebra y habló con él a través de una línea segura para transmitirle su oferta definitiva y asegurarse de que el presidente enfocaba la reunión con el Asad de forma correcta. La transcripción de la conversación telefónica entre ambos evidencia que el primer ministro estaba nervioso y Clinton, impaciente[347]. Barak recomendó a Clinton que la reunión con el Asad fuera estrictamente privada, solo los dos mandatarios y quizá un intérprete para el Asad, pues, según señaló, «en presencia de extraños, un líder como el Asad no estaría en condiciones de escuchar [la oferta] y eso reducirá enormemente su voluntad [de transigir]». Clinton dijo: «Haré todo lo posible… He repasado el guión». El primer ministro añadió que el Asad «debe saber las consecuencias si

semejante pacto no se materializa. Debe entender que él quedará por su cuenta… el Golán en nuestras manos por otros treinta años… él debe ver esa alternativa». Clinton replicó: «Haré un buen trabajo».

Sin embargo, Clinton quería llegar al meollo de la cuestión y saber qué dimensiones iba a tener la franja de tierra que el primer ministro insistía en mantener alrededor de la parte nororiental del mar de Galilea. La respuesta de Barak no auguraba nada bueno. Le explicó a Clinton que su encuestador decía que seguía habiendo escaso apoyo a un trato con Siria en Israel, en particular si otorgara a los sirios acceso a las aguas del mar de Galilea, «y por tanto [la franja]… podría reducirse de quinientos a cuatrocientos metros… Eso decidirá el éxito o el fracaso… si no acepta los quinientos metros o un mínimo de cuatrocientos».

Eso fue un golpe terrible para Clinton. Una vez más, Barak había sido incapaz de estar a la altura de sus palabras y cumplir con lo prometido. Entendió que tenía escasas posibilidades de convencer a el Asad, quien todavía esperaba que la futura frontera fuera la línea del 4 de junio de 1967, cuando los sirios estaban *físicamente* en el lago, no a cuatrocientos o quinientos metros de la orilla. Sandy Berger, el asesor de Seguridad Nacional, recuerda: «El presidente estaba muy disgustado pues habíamos conseguido llevar a el Asad a esa reunión con la impresión de que íbamos a plantearles una nueva oferta seria»[348]. Desolado, Clinton le rogó a Barak: «En el pasado hablamos de unos trescientos metros[349]. ¿No cree que pase en las encuestas?». Barak replicó: «Lo he comprobado y por debajo de cuatrocientos [metros] hay problemas».

La cumbre empezó bastante bien. La intérprete de el Asad recuerda: «Al comienzo de la reunión el presidente Clinton le hizo un obsequio al presidente el Asad, una corbata con un león, en árabe “asad” significa “león”, y eso le pareció a el Asad muy divertido. Como la secretaria Madeleine [Albright] lucía un broche con un león y el presidente Clinton traía una corbata con un león, el presidente el Asad estaba de buen humor y aceptó el regalo agradecido»[350].

No obstante, pese al buen clima, la cumbre estaba condenada al fracaso. De hecho, en el momento en que el Asad oyó que la retirada «completa» de Barak *no* sería a la línea del 4 de junio de 1967 como él esperaba, y como Rabin le había prometido en 1994, sino que la frontera sería «establecida de común acuerdo a partir de» la línea del 4 de junio de 1967 (lo que para entonces se había convertido en la fórmula israelí para decir «lejos de la

orilla»), quedó atónito. Su intérprete, Bouthania Shaaban, recuerda lo que ocurrió a continuación: «El presidente el Asad me dijo: "Pregúntele qué es esa 'frontera establecida de común acuerdo'… ¿Qué es esa frase? ¡Pídale que la repita!"». Cuando el presidente Clinton repitió la frase, el Asad se volvió hacia Shaaban: «Dígale que no me interesa»[351].

Fue un fracaso diplomático catastrófico.

Después de la reunión Clinton llamó a Barak. «He hecho lo mejor que he podido», dijo. Y añadió: «Él no está dispuesto a ceder en la cuestión del agua. Quiere volver al lago. Le he explicado las consecuencias… Para mí es claro que no está dispuesto a transigir en la cuestión del agua… Él no podría explicar a los sirios por qué no logró devolverles [toda] la tierra»[352]. El primer ministro replicó afirmando lo obvio: «Si él no está dispuesto a ser flexible en la cuestión de la franja, entonces es imposible llegar a un acuerdo».

En retrospectiva, el fracaso de Israel y Siria en su intento de alcanzar un acuerdo de paz durante este período sobre la base de una retirada completa del Golán ocupado fue una oportunidad perdida, y es evidente que el culpable de ello fue Barak. Temiendo que la opinión pública israelí no le respaldara, vaciló y desperdició la oportunidad que se le presentaba. Su oferta a el Asad, comunicada a través de Clinton en Ginebra en marzo de 2000, fue hacer demasiado poco y demasiado tarde. Demasiado poco porque le estaba ofreciendo al mandatario sirio menos de lo que el difunto primer ministro Isaac Rabin le había propuesto antes, es decir, la retirada completa de los Altos del Golán y la restauración de la situación previa a la guerra de 1967, cuando Siria tenía acceso al mar de Galilea. Y demasiado tarde porque, al parecer, para cuando Clinton se reunió en Ginebra con el presidente sirio para presentarle la oferta israelí, este se encontraba ya muy enfermo y estaba más preocupado por transferir el poder a su hijo que por recuperar el territorio perdido; el Asad moriría menos de tres meses después.

11

Camp David II, 2000

Tras el fracaso de la cumbre de Ginebra entre los presidentes Clinton y el Asad, que enterraba para siempre su programa «primero Siria», Barak centró su atención en la vía palestina con la intención de reanudar las negociaciones con Arafat, pero cambiando de forma drástica toda la estrategia que Israel había empleado hasta ese momento con los palestinos.

Desde sus comienzos en 1993, Barak se había opuesto enérgicamente al proceso de paz de Oslo, que preveía una transferencia gradual de las tierras en manos de Israel a los palestinos, al tiempo que aplazaba las negociaciones sobre las denominadas «cuestiones medulares» del conflicto (las más complicadas, como el destino de Jerusalén) para la última fase del proceso. De hecho, los arquitectos del proceso de Oslo estaban orgullosos de ese gradualismo, que debía permitir a israelíes y palestinos ganar seguridad y crear confianza antes de abordar los asuntos más complejos y de mayor envergadura del conflicto. Barak, sin embargo, no compartía esta opinión. Consideraba que postergar la discusión de los problemas más polémicos para el final de las negociaciones dejaba todo el proceso de paz a merced de los extremistas de ambos bandos, que precisamente intentarían cambiar la realidad sobre el terreno a su favor antes de llegar a la fase final. Asimismo, pensaba que la estrategia de transferir los territorios a los palestinos por etapas iba en contra de los intereses de Israel, pues cuando llegara el momento de alcanzar un acuerdo definitivo sobre las cuestiones más espinosas, el país tendría pocos recursos para negociar y obligar a los palestinos a transigir. Por otro lado, Barak era de la opinión de que la transferencia gradual de tierras ponía en peligro los asentamientos judíos existentes (cuyo destino definitivo, según los Acuerdos de Oslo originales, se discutiría en la fase final de las negociaciones), que pasaban a ser islas rodeadas de palestinos desperdigadas por Cisjordania.

Por tanto, en lugar de aplazar las cuestiones medulares y proseguir con las transferencias graduales, el primer ministro quería pasar de inmediato al final del proceso, resolver las cuestiones más complicadas mientras Israel todavía tenía en su poder la mayor parte de la tierra, lograr que Arafat declarara sin ambages que el conflicto con Israel había terminado y que no tenía más reclamaciones y, conseguido eso, transferirle los territorios ocupados de una tacada para que pudiera establecer en ellos su estado palestino.

Eso, sin embargo, no era en absoluto una tarea sencilla, pues Arafat, haciendo exactamente el mismo razonamiento que Barak, obviamente, preferiría atenerse al proceso acordado en Oslo. Además, la nueva estrategia implicaba renegociar los acuerdos previos entre israelíes y palestinos, lo que incluía también el Memorando de Wye River, que Arafat firmó con el predecesor de Barak, Netanyahu, en 1998, y en el que Israel se comprometía a continuar con las transferencias de tierras a los palestinos, tierras que Arafat quería obtener sin más demora.

El camino hacia la cumbre

El 27 de julio, poco después de su victoria en las elecciones de 1999, Barak se entrevistó con Arafat para intentar convencerlo de que aceptara su nueva estrategia. Antes de ello, el ya mencionado Nimrod Novik, que recorría el mundo realizando misiones especiales para el primer ministro, se reunió en secreto en Washington con el principal negociador de Arafat, Saeb Erekat. El objetivo del encuentro, que duró cinco horas, era sonsacarle información sobre el mejor modo de manejar a Arafat, y una vez concluido Novik envió un fax a Barak en el que le indicaba que

> para poner a Arafat en el estado de ánimo indicado, la propuesta [de Erekat] es que incluya algunos de los siguientes elementos en sus palabras: «usted es mi socio; gracias a usted el proceso ha sobrevivido»; «su pueblo ha sufrido muchísimo y solo ahora empieza a recuperarse»; «quiero que trabajemos juntos, codo a codo, en pos de la meta estratégica común… Que no quede duda: mi intención es implementar… los compromisos [previos]»[353].

Cuando finalmente Barak y Arafat se vieron en Erez, el principal paso fronterizo entre Israel y la Franja de Gaza, comenzaron hablando

informalmente acerca del rey Hasán de Marruecos, que había fallecido recientemente. Dijo Arafat: «Hasán solía llamarme "mi primo" y yo le llamaba "mi primo"»[354]. Barak, en un intento de conducir la conversación hacia otro terreno, aprovechó el papel desempeñado por el monarca como mediador del tratado de paz egipcio-israelí a finales de la década de 1970 y señaló: «Es muy emocionante ver que líderes como Hasán y otros que se han dedicado a la paz se convierten en grandes líderes mundiales».

A continuación Barak explicó a Arafat que deseaba hacer «ciertas modificaciones» en el acuerdo de Wye River y aplazar su implementación, es decir, la transferencia de las tierras prometidas por su predecesor, hasta que ambos hubieran resulto todas las cuestiones pendientes del conflicto palestino-israelí. Arafat, sin embargo, no iba a aceptar eso: «Nosotros esperamos terminar esta fase del [acuerdo de] Wye», replicó, con lo que quería dejar claro que Barak debía empezar por transferir las tierras prometidas, «y solo *después* de eso hablaremos acerca de una solución permanente [del conflicto]». Barak insistió: «Entiendo su respuesta —dijo—, y vuelvo a pedirle que reconsidere [su posición]… si implementamos primero [el acuerdo de] Wye… crearemos un problema que afectará negativamente las oportunidades de lograr un acuerdo permanente». A regañadientes, Arafat cedió. Sabía que si seguía insistiendo en la implementación del acuerdo de Wye River, entonces el primer ministro pondría obstáculos en una etapa posterior pidiendo la implementación de los acuerdos intermedios de Oslo según la interpretación más beneficiosa para Israel. Vale la pena señalar aquí que esos acuerdos intermedios, anteriores al de Wye River, a menudo mencionan la necesidad de que Israel se retire de las tierras, «con excepción de las bases específicamente militares y aquellas áreas cuyo estados se decidirá en el acuerdo permanente», y Arafat era consciente de que esa frase podía interpretarse de muchas maneras; a fin de cuentas, ¿cuál es el tamaño de una «base militar» y qué dimensiones tiene un «área»?

Habiendo dado su brazo a torcer, Arafat intentó, al menos, mejorar el clima entre ambos. «Empezamos con el difunto Rabin y continuamos con Barak», dijo. El primer ministro, encantado tras haber conseguido que Arafat aceptara su nueva estrategia, replicó haciendo referencia a los anteriores pacificadores de Oriente Próximo: «Siento que [el difunto] Isaac Rabin, [el difunto rey] Hasán [de Marruecos] y [el difunto rey] Husein [de Jordania] nos están mirando desde el cielo… y esperan de nosotros que hallemos el modo de poner fin al conflicto».

A continuación, las partes emprendieron las negociaciones para modificar el Memorando de Wye River y el 4 de septiembre de 1999 Arafat y Barak volvieron a verse para firmar el nuevo pacto en Sharm el-Sheij, Egipto. El Memorando de Sharm el-Sheij postergaba la nueva retirada israelí de Cisjordania, que de haberse producido como Arafat quería y se le había prometido, habría supuesto la salida del ejército israelí de la mayor parte de Cisjordania, que habría quedado casi por completo en manos de los palestinos. Los dos líderes fijaron un nuevo calendario de trabajo y una fecha límite: el acuerdo final se firmaría el 13 de septiembre de 2000.

Enjaular a Arafat

Sin embargo, las conversaciones que en septiembre de 1999 iniciaron Barak y Arafat en Sharm el-Sheij no fructificaron: las fechas límite acordadas llegaron y pasaron mientras que, como vimos en el capítulo anterior, Barak estaba ocupado intentando cerrar un trato con «la otra mujer», que era como los palestinos se referían a Siria. Y entre tanto, sobre el terreno, en Cisjordania y la Franja de Gaza, incluso con Arafat controlando la mayor parte de la población de las ciudades, campos de refugiados y pueblos palestinos, la ocupación continuaba, pues la mayoría de las carreteras entre los centros urbanos palestinos seguían estando vigiladas por el ejército y los puestos de control, los colonos armados y los cierres todavía restringían la libertad del pueblo palestino y le infligían humillaciones a diario.

No obstante, tras la fallida cumbre entre Clinton y el Asad, el objetivo de Barak era «encerrar» a Arafat, es decir, llevarlo a una conferencia en la que se jugarían el todo por el todo y buscar un acuerdo completo y definitivo de una vez por todas. El único modo de conseguir que el líder palestino, una persona escurridiza y difícil de concretar según pensaba Barak, tomara decisiones resolutivas era celebrar una cumbre con él. Si Arafat se mostraba dispuesto a transigir en las grandes cuestiones, entonces habría un trato palestino-israelí que pondría fin a la ocupación de Cisjordania y la Franja de Gaza y permitiría a Arafat establecer allí el estado palestino. No obstante, si Arafat se negaba a cooperar y transigir, entonces Barak, según dijo, «desenmascararía» su perfidia y lo dejaría al descubierto a ojos del mundo entero como alguien que no estaba interesado en la paz. Era el típico enfoque todo o nada de Barak.

El primer ministro, por supuesto, no podía «encerrar» a Arafat en una

cumbre de paz por sí solo, para ello necesitaba el poder y la influencia de Estados Unidos. Clinton, siempre dispuesto a colaborar, prometió a Barak que en su próxima reunión con Arafat en la Casa Blanca, programada para el 15 de junio, le plantearía la idea de la cumbre para ver qué opinaba él.

Unos días más tarde, antes del encuentro con Arafat, Clinton telefoneó al primer ministro para instarle a liberar a algunos de los palestinos encarcelados en Israel, un gesto de buena voluntad que, pensaba, podría ayudarle a calibrar hasta qué punto el líder palestino estaba dispuesto a asistir a una cumbre. La cuestión de los prisioneros palestinos encerrados en las cárceles israelíes es una cuestión delicada en la sociedad palestina, que siempre ha considerado su liberación una prioridad. En respuesta a esa solicitud, Barak solo liberó a tres de los 1860 palestinos encerrados en Israel, algo prácticamente peor que no haber liberado a ninguno y un insulto y una humillación para Arafat. No es de extrañar entonces que la reunión entre Clinton y el líder palestino saliera mal: después el presidente informaría a Barak de que había encontrado a Arafat muy receloso; se había quejado de que lo que el primer ministro buscaba era tenderle una trampa y llevarlo a una cumbre, al final de la cual Clinton lo culparía del inevitable fracaso. Clinton le dijo a Barak que había prometido a Arafat que si llegaba a convocar una cumbre y esta fracasaba, bajo ninguna circunstancia lo culparía del resultado y que, entre tanto, respaldaría la exigencia palestina de que Israel realizara nuevas retiradas de los territorios ocupados según lo acordado en pactos anteriores.

El mismo día que el presidente estadounidense se entrevistaba con Arafat en Washington, el primer ministro mantuvo una reunión con sus asesores en su despacho en Tel Aviv, en la que la opinión mayoritaria entre los participantes fue que Arafat no cedería en una cumbre y que un fracaso en un encuentro de tan alto perfil podría, a su vez, desencadenar una carnicería en los territorios ocupados: una segunda *intifada*.

El general Amos Malka, el director de la inteligencia militar, dijo, como demuestra la transcripción secreta de la reunión, que después de una cumbre fallida «lo que [Arafat] buscará es… un suceso que pueda aunar las emociones… semejante [suceso] podría causar un estallido»[355]. El único modo de evitar ese estallido de violencia en los territorios ocupados, sostuvo el general Malka, sería aceptar plenamente las exigencias de los palestinos. Esto, continuó el militar, implicaría «una capitulación total de Israel en lo que respecta a Jerusalén, los refugiados y las fronteras». El argumento de Malka era que, dado que Israel *no* podía ofrecer a Arafat semejantes concesiones,

quizá lo más prudente era *no* convocar ninguna cumbre.

Sin embargo, a pesar de las pruebas crecientes y la opinión de los expertos de que una cumbre fallida podría conducir a una confrontación abierta con los palestinos, el primer ministro se mantuvo firme y siguió adelante. Y a quienes dudaban de su estrategia, les dijo: «Es importante agotar las oportunidades de alcanzar un acuerdo… sin ceder en los intereses vitales del estado de Israel. Al mismo tiempo, debemos prepararnos para otras alternativas, para una situación en la que no logremos alcanzar un acuerdo [y nos encontremos teniendo que hacer frente] a la violencia y, en determinado momento, al terrorismo en gran escala». Barak, por tanto, era muy consciente del altísimo riesgo que comportaba la estrategia elegida.

Entre tanto, en Washington el presidente Clinton y sus asesores estaban divididos en torno a si debían o no inclinarse ante la persistencia infatigable de Barak y convocar una cumbre con Arafat. El fracaso de la cumbre Clinton-el Asad en Ginebra en el mes de marzo todavía estaba fresco en la memoria de todos los presentes y los asesores de Clinton no quería exponerlo a un nuevo desastre diplomático que podía resultar humillante. Además, el fracaso de la cumbre de Ginebra hacía que llegar a un acuerdo con los palestinos fuera todavía más difícil para Israel: si se hubiera logrado un pacto sirio-israelí, el siguiente paso hubiera sido un acuerdo entre Israel y el Líbano, pues Siria, que tenía una gran influencia allí, habría favorecido su firma. En tales circunstancias Arafat habría estado sometido a una intensa presión para ceder y aceptar lo que pudiera conseguir de Israel. No obstante, tras el fracaso de las conversaciones entre Siria e Israel, era evidente que Arafat elevaría el precio de un acuerdo de paz con Israel, pues ahora se veía como la única alternativa disponible y sabía cuán importante era para Clinton y Barak poder mostrar algún éxito en la búsqueda de la paz. Aunque todavía indeciso, Clinton mandó a sus colaboradores que examinaran la propuesta de una cumbre entre Barak y Arafat y empezaran a preparar lo necesario para esa posibilidad.

Al mismo tiempo, Barak decidió mover todos los hilos a su alcance para presionar a Arafat y llevarlo a la cumbre. Llamó al embajador de Egipto en Israel, Mohamed Bassiouni, y le pidió que transmitiera un mensaje al presidente Hosni Mubarak en el que le solicitaba que usara toda su influencia sobre Arafat para convencerlo de asistir a una cumbre con el primer ministro israelí. A su regreso a Israel, el 23 de junio, Bassiouni informó a Barak de que a Mubarak le había gustado la idea de la cumbre y había comentado que «la combinación Clinton-Barak es una oportunidad magnífica que no debe

desaprovecharse» y que «es el momento de la verdad»[356]. El diplomático también contó que Mubarak, que tenía más influencia sobre Arafat que cualquier otro líder árabe, había cogido el teléfono de inmediato y le había «ordenado a Arafat» viajar a Egipto para debatir la idea de una cumbre.

Mientras tanto, el primer ministro recibió un informe secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores. El texto, titulado «Posturas de Arafat», resumía lo que un «funcionario extranjero» había comunicado con discreción a los israelíes tras entrevistarse con Arafat en Naplusa el 25 de junio. Este documento secreto es significativo porque arroja alguna luz sobre qué pensaba Arafat entonces y qué opinaba realmente de la idea de la cumbre con Barak. Según ese informe:

> Arafat dice que la cumbre que se está planeando es una trampa de Israel y Estados Unidos, que quieren aprovecharse del hecho de que su inglés es malo, se encuentra cansado y físicamente debilitado, para sonsacarle, en un encuentro privado, más concesiones… Arafat dijo que Barak intenta ponerlo en «la jaula del final del conflicto palestino-israelí», pero que él no entrará en esa jaula antes de que Israel satisfaga sus exigencias[357].

El 27 de junio la secretaria de Estado Albright visitó a Arafat en Ramala y luego se desplazó a Jerusalén para ver al primer ministro. Albright preguntó si Barak aceptaría la solicitud de Arafat de celebrar antes de la cumbre dos semanas de conversaciones preparatorias, discretas, entre los negociadores israelíes y palestinos para atenuar las diferencias existentes. Pero Barak se negó aduciendo que él conocía bien la pauta de tales conversaciones: Israel presentaba las ideas y luego los palestinos las «rechazan y nos piden que demos más»[358]. Albright regresó a Ramala para continuar presionando a Arafat y, al día siguiente, informó al primer ministro de que, si bien en principio Arafat había accedido a asistir a la cumbre, seguía insistiendo en las dos semanas de conversaciones previas antes de la cumbre propiamente dicha.

Es importante señalar que en ese momento, junio de 2000, Arafat controlaba solo el 42% de los territorios ocupados: el 14% bajo su control directo y total y el 28% compartiendo el control con los israelíes, que eran los responsables en materia de seguridad. En esas áreas Arafat gestionaba los asuntos palestinos y era el encargado de proporcionar todos los servicios a la población: desde la salud y la educación hasta el transporte, la planificación urbanística, las comunicaciones, la recaudación de impuestos, etc. Su interpretación de los Acuerdos de Oslo (que los israelíes rechazaban) siempre

había sido que *antes* de entablar las conversaciones finales (como las que ahora proponía Barak) más del 90% de los territorios ocupados debía estar plenamente bajo su control. Esta es la razón por la que Arafat insistía en las negociaciones previas a la cumbre: para ver si conseguía arrancar a los israelíes esa tierra *antes* de la cumbre con Barak. Sin embargo, el primer ministro no accedería a celebrar ningún tipo de negociaciones antes de la cumbre, pues su estrategia seguía siendo mantener todas sus cartas en la mano hasta el momento de la verdad: aferrarse a tanta tierra como pudiera hasta que todas las demás cuestiones estuvieran resueltas.

Palabras de guerra

Por la misma época, los informes de los servicios de inteligencia sobre los territorios ocupados no presagiaban nada bueno, pues indicaban que los palestinos esperaban que las conversaciones de paz se fueran a pique en cualquier momento y se estaban preparando para la guerra total contra Israel, una situación que Arafat conocía perfectamente y que incluso fomentaba. Según esos informes, basados sobre todo en dispositivos de escucha, Haj Ismail, un destacado jefe palestino, se había reunido el 29 de junio con sus oficiales para advertirles del probable fracaso de las conversaciones de paz, después de lo cual «las fuerzas palestinas se enfrentaran a las FDI y los asentamientos»[359]. Ismail ordenó a sus hombres «comenzar el adiestramiento intensivo de las fuerzas para [prepararlas para] la confrontación». Cuando Ismail terminó su exposición, señalaba el informe de inteligencia, los participantes se encontraron con Arafat en persona, quien le dijo: «La Autoridad Palestina se enfrenta a un Israel fuerte y peligroso encabezado por un primer ministro al que en realidad no le interesa la paz. Por tanto… a pesar de las muchas conversaciones, no habrá acuerdo de paz entre la Autoridad Palestina e Israel». El líder palestino pidió a su auditorio que siguieran las instrucciones de Ismail y se preparara para la batalla contra Israel.

Posteriormente los israelíes utilizarían estas grabaciones para sostener que los palestinos siempre habían estado decididos a ir a la guerra en lugar de firmar la paz. Pero ello también pone en cuestión los motivos de Barak para proseguir con los preparativos de la cumbre a pesar de los claros indicios de que su fracaso conduciría a la violencia. El que lo hiciera resulta

extraordinario y demuestra que era un apostador temerario; y el hecho de que el presidente Bill Clinton siguiera estando dispuesto a acompañarlo incluso después de lo ocurrido en la conferencia de Shepherdstown y la debacle en Ginebra, donde el primer ministro le había fallado de tan mala manera, sugiere que también a él también le gustaba el riesgo.

El 4 de julio, Clinton llamó a Barak para preguntarle qué «caramelos» estaría dispuesto a ofrecer a Arafat para que, cuando el presidente lo llamara para invitarlo formalmente a la cumbre, la conversación resultara más fluida. Barak intentó colaborar y dijo a Clinton que podía hacerle saber a Arafat que, como recompensa por asistir a la cumbre, liberaría a treinta y dos prisioneros palestinos (un número minúsculo dado que entonces había 1860 palestinos encerrados en las cárceles israelíes) una vez comenzara la cumbre y que durante su desarrollo consideraría la posibilidad de hacer concesiones limitadas para el control palestino de ciertos barrios de Jerusalén Oriental. Poco después, el presidente volvió a llamar al primer ministro para comunicarle que su conversación con Arafat había salido bastante bien y que había aceptado participar en la cumbre, lo que no era una gran sorpresa en vista de que el líder palestino tampoco quería que se le culpara de no cooperar con los esfuerzos de paz. Se decidió que la cumbre se celebrara en Camp David y que estaría precedida por dos días de conversaciones de bajo perfil entre los negociadores israelíes y palestinos para intentar reducir las diferencias, una pequeña concesión de Barak.

El 9 de julio, el primer ministro reunió al gobierno para informar de que «el presidente de Estados Unidos ha decidido convocar una cumbre y ayer, después de medianoche, hablé con él por teléfono y le expresé nuestro agradecimiento por esa decisión»[360]. Barak añadió: «Si, Dios no lo permita, no logramos alcanzar un acuerdo, nos toparemos con una nueva realidad que será mucho más difícil de lo que podamos imaginar… pero si logramos cerrar un pacto, vamos a cambiar el mapa de Oriente Próximo». Una vez más, resulta extraordinario que Barak fuera plenamente consciente de las terribles consecuencias que tendría el fracaso de la cumbre y que, no obstante, estuviera dispuesto a adentrarse por una ruta tan peligrosa. Para animar a los ministros a aprobar su misión, Barak se comprometió a que si lograba llegar a un acuerdo en la cumbre, entonces «a través de un referendo [se pedirá a] la nación que lo apruebe y confío en que si logramos un pacto [los israelíes lo aprobarán] por una mayoría aplastante». A continuación explicó que la idea era llegar a un acuerdo que trajera la paz mediante la separación de palestinos e israelíes, en el que, según sus propias palabras, «nosotros estamos aquí y

ellos allá», una solución de dos estados. Los ministros aprobaron la misión.

Cuando la reunión hubo terminado y la mayoría de los participantes se estaban dispersando, Amos Malka, el director de la inteligencia militar, se acercó al primer ministro. Visto en retrospectiva, lo que el general Malka le dijo a Barak fue profético:

> Usted va a ir [a Camp David] y volverá con las manos vacías. Porque según la mejor información de inteligencia con la que contamos, Arafat va a la cumbre [solo] porque usted y Clinton lo han presionado. Él no tenía intención de acudir a la cumbre. Él solo quiere ir a una cumbre después de haber cerrado la brecha territorial [con el 90% de los territorios en la mano según entendía que se le había prometido en el pasado]… asimismo quiere ir a una cumbre después de una liberación de presos [de las cárceles israelíes] importante[361].
>
> El primer ministro no hizo caso a esa advertencia.

Fiasco

Los negociadores israelíes, palestinos y estadounidenses llegaron a Camp David (un lugar cargado de simbolismo desde que en 1978 se negociara allí el tratado de paz entre Egipto e Israel) el 10 de julio, pero en realidad las conversaciones no empezaron hasta el día siguiente. Tras una primera reunión con Arafat, Clinton informó a Barak de que «Arafat cree que usted y yo vamos a engañarlo… Le aseguré que "no le culparé aunque la cumbre fracase"»[362]. Barak no confiaba en Arafat más de lo que Arafat confiaba en él, de modo que advirtió a Clinton de que el líder palestino debía entender que «nada está acordado hasta que *todo* esté acordado». Si las partes no conseguían llegar a un acuerdo, subrayó, todas las ideas planteadas en la cumbre serían «nulas y vacuas». Barak (que, como solía hacer, dominaba la conversación, olvidando que él era el socio menor y Bill Clinton el mayor en la relación) aconsejó al presidente que ofreciera a Arafat una recompensa potencial por su cooperación, a saber, un apoyo financiero del orden de los diez mil o veinte mil millones de dólares para la reubicación de los refugiados palestinos, el mejoramiento de infraestructuras en los territorios ocupados y la reactivación de la debilitada economía local. «Arafat —dijo Barak— debe entender que podría desaprovechar una oportunidad única.» Fue un poco

después de eso, a la entrada de la cabaña Aspen, donde Clinton había reunido a todos los asistentes para lanzar de forma oficial la cumbre, cuando Arafat y Barak discutieron amistosamente sobre quién debía cruzar el umbral primero. Lo hizo Arafat, ayudado por un empujón de Barak, ante la mirada de un sonriente Clinton. La foto de ese momento fue, quizá, la más famosa de toda la cumbre, un símbolo, por así decirlo, de lo que iba a ocurrir.

Eliminar la estrategia estadounidense

Terminados los iniciales cumplidos de rigor, el presidente se sentó con Barak y le dijo: «He hecho un gran esfuerzo para encontrar un modo de empezar las negociaciones», y pasó a presentarle su estrategia para la conferencia[363].

Clinton proponía que en lugar de empezar de cero y volver sobre los desacuerdos más básicos entre las partes, lo que debía hacerse era dar por sentados ciertos cimientos; esos cimientos estaban ya resumidos en un texto que Clinton llevó consigo a la reunión. Ese enfoque, explicó, podría «dar impulso a las conversaciones». Así, por ejemplo, propuso que la discusión sobre las fronteras futuras del estado palestino tomara como punto de partida las líneas de 1967, es decir, las fronteras que separaban a Israel de la Franja de Gaza y Cisjordania antes de la guerra, como pedían los palestinos. No obstante, con el fin de satisfacer las necesidades de Israel de que quedaran excluidos los grandes bloques de asentamientos adyacentes a su territorio en los que residía la mayoría de los colonos judíos, la frontera occidental del futuro estado palestino se modificaría lo suficiente para permitir la anexión de esos bloques por parte de Israel; por esas modificaciones Israel compensaría a los palestinos entregándoles tierras en otras partes («intercambios de tierras» fue el nombre que se dio al procedimiento). A lo largo del río Jordán, en la frontera oriental del futuro estado palestino, continuó Clinton, los palestinos obtendrían la soberanía que reclamaban, pero para atender las preocupaciones de Israel en materia de seguridad, habría acuerdos sobre el terreno para evitar el peligro de un ataque combinado procedente del otro lado del río. En cuanto a los refugiados palestinos, prosiguió el presidente, el problema se resolvería permitiendo el retorno de un número muy limitado de refugiados a Israel propiamente dicho, de modo que la exigencia palestina de un «derecho de retorno» quedara satisfecha al menos simbólicamente. Habría además un mecanismo internacional para atender al resto de refugiados y ayudarles a

reubicarse, ya fuera en el futuro estado palestino o en un tercer país; al respecto, Clinton mencionó una conversación que había tenido con Arafat en la que este último estuvo de acuerdo en que los refugiados palestinos residentes en el Líbano se establecieran en Canadá en lugar de hacerlo en Israel[364]. Sobre Jerusalén el texto de Clinton era vago, pues la ciudad seguía siendo la cuestión más delicada de todas y lo mejor era dejarla para una fase más avanzada de la cumbre, no fuera a ser que plantearla demasiado pronto provocara una ruptura prematura de las conversaciones.

La estrategia estadounidense no sorprendió al primer ministro, pues justo antes de partir hacia Camp David había recibido informes de sus espías en Washington, lo que le dio tiempo suficiente para decidirse acerca del enfoque propuesto por Clinton: estaba en contra. Barak explicó a Clinton que empezar la cumbre con un texto que establecía parámetros, como el presidente proponía, limitaría su capacidad para tener los intercambios informales que él necesitaba para determinar si Arafat realmente deseaba negociar o solo había acudido a Camp David para obtener nuevas concesiones de Israel. En otras palabras, el primer ministro quería conseguir lo que Clinton ya había puesto en el texto a través de un proceso de negociaciones con los palestinos. Asimismo, es posible que, al igual que en las conversaciones previas con los sirios, Barak estuviera actuando para la opinión pública israelí con el fin de dar la impresión de que las negociaciones eran difíciles y él no hacía concesiones con facilidad; como luego escribiría Clinton en sus memorias, quería «demorar las cosas un par de días»[365]. Aun así, como tampoco deseaba que pareciera que rechazaba por completo las ideas del presiente, Barak le dijo que aceptaría utilizar como punto de partida un texto mejorado, en el que las posturas de israelíes y palestinos aparecieran la una junto a la otra, etiquetadas como «I» y «P» respectivamente.

En una pauta que se repetiría a lo largo de toda la cumbre, Clinton dio marcha atrás y prometió poner sobre la mesa un texto revisado en un plazo de dos días. Barak también insistió en que el presidente debía presentarle el nuevo borrador *antes* de mostrárselo a Arafat, algo a lo que Clinton también accedió, pues casi con certeza conocía la carta secreta que su secretaria de Estado había mandado al predecesor de Barak en 1998, cuyo contenido seguía vigente; y en la que Albright se comprometía a consultar *primero* con Israel. He aquí la carta:

> Secretaría de Estado, Washington,
>
> 24 de noviembre de 1998,

Secreto

Querido primer ministro:

Reconociendo la conveniencia de evitar plantear propuestas que Israel consideraría insatisfactorias, Estados Unidos llevará a cabo por adelantado un meticuloso proceso de consultas con Israel en relación con cualquier idea que Estados Unidos desee plantear a las partes para su consideración. Esto será particularmente válido en relación con aquellas cuestiones que afectan la seguridad o los aspectos territoriales relacionados con la seguridad…

Atentamente,

Madeleine K. Albright[366]

Esta promesa otorgaba a Israel carta blanca para vetar cualquier propuesta de paz estadounidense y probablemente se entregó con la convicción de que, como anotara en una ocasión el experimentado diplomático estadounidense Aaron David Miller, «si no consigues ganarte la confianza de Israel, tienes cero posibilidades de construir cualquier clase de proceso de paz»[367]. Algo cierto, quizá, pero que no contribuía en absoluto a reducir la sospecha de los palestinos de que los estadounidenses, tanto en Camp David como en otros escenarios, no actuaban como mediadores imparciales y eran los israelíes quienes dictaban la posición de Estados Unidos.

Cuando finalmente los israelíes recibieron el texto corregido, se sorprendieron al descubrir que en el documento la cuestión de Jerusalén no aparecía como un corchete «I» o «P», lo que implicaba que las partes ya habían acordado que habría dos capitales en el actual término municipal de Jerusalén y que los israelíes compartirían la ciudad con los palestinos. El primer ministro envió a su jefe de gabinete, Danny Yatom, a que protestara; cuando Yatom regresó, informó que los estadounidenses le habían asegurado que se trataba de un «error inocente» y que habían cambiado el texto en el acto añadiendo la palabra «expandida» a «Jerusalén». Eso implicaba que cualquier división de Jerusalén solo se produciría *después* de la expansión de los límites municipales de la ciudad para incluir más áreas de Cisjordania, lo que permitiría a los israelíes ofrecer a Arafat un trozo de la nueva ciudad ampliada, el pueblo de Abu Dis, por ejemplo, para que lo convirtiera en su capital.

Los palestinos tampoco quedaron satisfechos con ese documento. El jefe

del equipo negociador palestino, Saeb Erekat, recuerda: «Cuando le traduje [a Arafat] lo que decía acerca de Jerusalén… se disgustó muchísimo… Arafat me quitó el papel de la mano, lo lanzó al aire y dijo: "Esto no sirve para nada"»[368]. Lo que irritó tanto a los palestinos fue que detectaron las huellas de Israel en el borrador; y era obvio que podían detectarlas, pues la palabra «expandida» se había añadido a mano, de forma chapucera, y los palestinos adivinaron con razón que se trataba de una idea israelí.

Más tarde, sentado con el presidente Clinton en la terraza de la cabaña Aspen, el primer ministro sacó a colación el problema de Jerusalén en el texto preparado por el equipo estadounidense y sugirió que lo sucedido no había sido un error inocente: «Estoy muy decepcionado con el contenido [del borrador] y también con nosotros como seres humanos y como líderes —empezó—[369]. Hemos hablado muchísimas veces y el pacto básico entre nosotros era que ustedes no [nos] sorprenderían. Y debo decirle que me siento sorprendido… Quiero pedirle que esto no vuelva a ocurrir». Era una recriminación severa, y el hecho de que el presidente Clinton procediera a disculparse demuestra hasta qué punto el primer ministro era quien realmente controlaba el desarrollo de la conferencia. «Lo que pasó ayer —dijo Clinton — fue error mío… ellos [el equipo estadounidense] se precipitaron porque el tiempo apremiaba.» Aprovechándose del bochorno del presidente y ansioso por eliminar el texto estadounidense como base de las negociaciones, pues no quería nada por escrito ante de determinar si podía alcanzar la paz con Arafat, Barak propuso: «Quizá sea mejor que empecemos sin ningún documento… Ustedes, los estadounidenses, deberían decir que retiran el borrador y que empecemos las conversaciones sin borrador». Todavía tambaleándose tras el asalto del primer ministro, Clinton cedió una vez más a sus exigencias: «De acuerdo —dijo—, el documento ya no existe».

Este fue quizá el mayor error de Clinton en esta cumbre. Su afán por complacer y su incapacidad para mantenerse firme, en particular con Barak, se revelaron un lastre tremendo en una cumbre en la que el único modo de obtener un resultado fructífero era haber presionado con insistencia a los palestinos y a los israelíes. Lo que se necesitaba del presidente estadounidense no era empatía, sino liderazgo y una resolución desprovista de sentimentalismos, algo de lo que, por desgracia, Clinton careció en este caso. Más tarde, en sus memorias Clinton describiría a Barak como un «hombre brillante, renacentista»: quizá la admiración que sentía por el primer ministro explique que fuese tan flexible con él[370].

Una vez retirado el texto estadounidense, se informó a las partes de que a partir de ese momento todos los debates serían puramente orales. Las negociaciones, se decidió, se desarrollarían en cuatro grupos en los que se abordarían las cuestiones medulares del conflicto, a saber: fronteras y asentamientos; refugiados; seguridad; y, la más importante, Jerusalén. Sin embargo, sin un texto que guiara las conversaciones, la conferencia se convirtió en un completo caos y los estadounidenses perdieron cualquier control que pudieran tener sobre ella.

Una olla a presión

Al cuarto día de la cumbre, el presidente convocó una reunión a tres bandas con Arafat y Barak en la cabaña Aspen. Las siguientes citas provienen de la transcripción de esa conversación:

> Clinton: Queda muchísimo por hacer… y si no nos damos prisa… no terminaremos… tenemos un problema de tiempo… ustedes dos son inteligentes y valientes.
>
> Arafat: Sus palabras son un gran estímulo para nosotros… Le prometo en nombre de Barak y en el mío que seguiremos sus instrucciones al pie de la letra.
>
> Barak: Siento el espíritu del [difunto] Rabin [pidiéndonos] seguir adelante… poner fin a la guerra.
>
> Clinton: Como si nos sonriera.
>
> Barak: Junto con [los difuntos] el-Sadat y Beguin.
>
> Clinton: Todos ellos nos están diciendo «manos a la obra, camaradas»[371].

Al día siguiente, el sábado 15 de julio, Dennis Ross, que formaba parte del equipo estadounidense, fue a ver al primer ministro para decirle que los cuatro grupos de discusión no habían hecho progreso alguno y que «si las cosas no cambian hoy, entonces es inútil… Necesitamos algo sobre el papel… escrito y acordado… *No entiendo por qué rechazó nuestro primer documento*… Necesito conocer sus líneas rojas»[372]. Barak replicó:

> Los palestinos no se han movido y usted me pide ahora mis líneas

> rojas… que haga todavía más concesiones mientras que ellos siguen inamovibles. Si ellos no ceden, no habrá acuerdo. Si [a Arafat] no se le hace entender que si se niega a tomar decisiones [nunca será] el presidente del estado palestino [sino que] se le rechazará… no se moverá… mi impresión es que usted no ha sido capaz de crear en Arafat la sensación de que perderá muchísimo si no cede.

* * *

Para intentar poner las cosas en marcha, el presidente Clinton probó una nueva ruta organizando un conjunto de conversaciones alternas en las que dos miembros de cada equipo negociaban sin límites a lo que se podía discutir. A puerta cerrada, intentarían fraguar los contornos de un acuerdo, pero, y esta era la clave, cualquier propuesta podría retirarse por completo en caso de que Arafat o Barak consideraran que sus representantes habían ido demasiado lejos. Al final, los negociadores informarían directamente al presidente Clinton y a sus respectivos líderes.

Barak envió como representantes al ministro Shlomo Ben-Ami y al asesor Gilead Sher, mientras que Arafat llamó a sus delegados, Saeb Erekat y Mohamed Dahlan, que se encontraban en la sala de cine de Camp David, y les dijo: «Usad el cerebro». Erekat recuerda lo que Arafat le dijo esa noche antes de salir para las negociaciones: «Me agarró y me dijo: “Saeb, lo más importante para mí es Jerusalén, el Haram”»[373].

Las negociaciones de esa noche fueron difíciles; los delegados abordaron un amplio abanico de cuestiones, desde las fronteras del futuro estado palestino, pasando por el destino de los asentamientos en los territorios ocupados, hasta Jerusalén, y las emociones estaban a flor de piel. En determinado momento, cuando se discutía la compensación para los refugiados palestinos, los negociadores israelíes insistieron en que los refugiados judíos que abandonaron los países árabes en 1948 también deberían ser compensados. Para Erekat eso ya fue demasiado. «No, señor», gritó a Sher. Y continuó:

> Ustedes no van a recibir ninguna compensación por sus años de ocupación. Si van a seguir por esa línea, entonces nosotros exigiremos una compensación por cada día de la ocupación. ¿Alguien me ocupa durante treinta y cinco años y luego viene y me pide compensación? Ustedes me robaron mi infancia. Yo tenía doce años cuando la ocupación llegó a mi pueblo natal, Jericó. Nunca volví a ser la misma

> persona. Ustedes me negaron el derecho a una vida normal. Y ahora quieren que se les compense por ello. Voy a calcular todas las horas y voy a hallar todas las formas legales de hacerlas pagar por cada maldita hora que han pasado matando, demoliendo casas, confiscando tierras, cerrando escuelas, deportando, hiriendo, matando[374].

Al día siguiente, después de una larga noche de conversaciones, los israelíes informaron al primer ministro. Resultó que habían propuesto a los palestinos retirarse del 89,5 de Cisjordania y de la totalidad de la Franja de Gaza, una tercera parte de la cual todavía estaba bajo ocupación israelí, para que pudieran establecer allí su propio estado. Asimismo, los israelíes ofrecieron a los palestinos, entre otras concesiones, soberanía sobre varios barrios de las afueras de Jerusalén Oriental y una conexión («paso seguro») entre la Franja de Gaza y Cisjordania, de manera que las personas y las mercancías pudieran circular libremente entre las dos partes de Palestina. Por su parte, los palestinos accedieron a conceder a Israel la soberanía de todos los asentamientos judíos que se habían construido sobre territorio ocupado al este de Jerusalén desde 1967 y reconocieron también la soberanía de Israel sobre el Muro de las Lamentaciones, uno de los sitios más sagrados del judaísmo.

Al oír las ofertas de los negociadores, el primer ministro no se desmayó, pero sí les pidió que, al informar al presidente Clinton sobre las conversaciones, debían decirle que para él semejante propuesta era inaceptable[375]. No estaba sorprendido, o al menos esa era la impresión que pretendía dar, con las concesiones hechas por los palestinos. De hecho, tan pronto los delegados salieron para la reunión con Clinton, Barak se sentó a escribir una carta al presidente estadounidense: «El informe de Shlomo Ben-Ami y Gilead Sher sobre la discusión de anoche me ha dejado una impresión muy negativa —escribió—. Esto no es negociación. Esto es un intento manipulador de empujarnos a una posición que nunca estaremos en condiciones de aceptar sin que los palestinos se muevan un solo centímetro… No pienso permitir que el estado Israelí se desmorone física o moralmente… No permitiré que eso ocurra»[376]. Luego procedió a explicar la que, en su opinión, era la mejor forma de proceder, a saber: «Lo único que dará al proceso una oportunidad es que el presidente dé una fuerte sacudida a Arafat… Arafat solo se moverá si consigue entender que ha llegado el momento de la verdad. Tiene que ver que tiene la oportunidad de conseguir un estado palestino independiente… o, la alternativa, una tragedia». En

palabras de Martin Indyk, que era uno de los miembros del equipo estadounidense y tuvo acceso a la carta de Barak, lo que el primer ministro quería era convertir la cumbre en una olla de presión y esperaba que el presidente Clinton arrojara a Arafat dentro y encendiera el fuego[377].

El domingo 16 de julio (sexto día de la cumbre), el presidente Clinton fue a la cabaña en que se alojaba Barak para darle cuenta de la conversación crucial que había tenido con Arafat. Al parecer, había acogido la recomendación del primer ministro de presionar al líder palestino: «Tuve la reunión más difícil que nunca había tenido con Arafat», informó el presidente, antes de pasar a relatar lo que le había dicho:

> Usted tiene que decidir… usted no deja de contarme historias… Usted no puede esperar más concesiones por parte de Barak… si usted no propone nada, entonces dejémoslo ya… Los israelíes han sido lógicos y ustedes no… ustedes se quedarán sin estado… Espero que venga y me presente sus ofertas… usted no está negociando de buena fe… Israel vino aquí de buena fe y usted no… usted va a perder lo que tiene al alcance de la mano[378].

Arafat, según contó Clinton, «estaba temblando y se disculpó… no tenía a nadie con quien consultar. Me dijo: "Usted en realidad es mi psicólogo…". Fui muy duro con él… [le dije a Arafat]: "Hasta el momento no he oído más que chorradas… chorradas… esto es una locura"». El primer ministro replicó, sin duda exagerando un poco: «A lo largo de mi vida he conocido batallas y peligros, pero esta mañana ha sido quizá el día más arduo de mi vida». Y luego, siendo algo parco con la verdad, añadió: «Shlomo [Ben-Ami] y Gilead [Sher] fueron anoche más allá de lo que yo puedo aceptar… si habiendo hecho esa oferta Arafat no puede ceder, entonces tenemos que prepararnos para la guerra… Y le ruego que no me llame si él sale con una propuesta graciosa… Usted prometió no culparle [en caso de que la cumbre fracasara, pero solo] presuponiendo que él negociaba de buena fe».

Es evidente que aquí el primer ministro empezaba a preparar el terreno para culpar a Arafat por el fracaso de la cumbre; no obstante, es importante señalar que los documentos muestran con claridad que lo que Clinton le había prometido a Arafat antes de la cumbre era no culparle en caso de que la cumbre fracasara, *sin vincular eso en ningún sentido*, como hacía ahora Barak, a la cuestión de si negociaba o no de buena fe. El presidente anotó que le había pedido a Arafat que respondiera a las ofertas planteadas por la gente de Barak durante las conversaciones oficiosas de la noche, y añadió: «De

acuerdo, voy a cenar con [mi hija] Chelsea… Si me viene con algo ridículo… Le echaré a patadas».

Más tarde, el presidente volvió a reunirse con Barak para informarle de la respuesta de Arafat: «Está muy cerca de satisfacer vuestras necesidades territoriales —dijo Clinton—, por lo que entiendo que estará entre un 8 y un 10% [de Cisjordania, que Israel podría anexionarse para acomodar a los grandes bloques de asentamientos]»[379]. La afirmación de Clinton es cuestionable: ese «entre un 8 y un 10%» de Cisjordania al que, parece ser, Arafat aceptaba renunciar era muchísimo más de lo que los palestinos habían aceptado ceder en cualquiera de las negociaciones anteriores (lo que, de ser cierto, habría sido un avance importantísimo); pero cabe preguntare si esta era solo la *interpretación* que Clinton hacía de las palabras de Arafat, a las que intentaba dar un sesgo positivo para conseguir que Barak siguiera negociando. El presidente añadió que Arafat «quería un intercambio» para compensar la tierra que Israel se anexionaría, «pero solo simbólico».

Habiendo logrado lo que parecía un avance significativo en las cuestiones territoriales, resultó evidente que había llegado el momento de que las partes abordaran la cuestión más polémica de todas.

Jerusalén

En el séptimo día de la cumbre, el 17 de julio, la ciudad que israelíes y palestinos deseaban como capital pasó a ser el centro de atención. Aunque fueran reacias a expresarlo públicamente, las dos partes consideraban que era posible transigir y llegar a ciertos compromisos sobre Jerusalén, pero había un punto en el que ambas estaban absolutamente convencidas de que ceder era imposible: el corazón de la Ciudad Vieja, el Monte del Templo judío y el Haram al-Sharif musulmán. Este último complejo está situado justo en la cima del Monte del Templo, y tanto los israelíes como los palestinos querían no solo tener el control del lugar sino también que se reconociera legalmente su soberanía sobre él.

En Camp David, el presidente Clinton, poniéndose de parte de los israelíes, dijo al primer ministro: «Yo acepto su soberanía sobre el Monte del Templo», con lo que se refería a todo el lugar, incluida la Explanada de las Mezquitas. Pero luego explicó que «la mejor forma de mover a Arafat es que

yo esté en condiciones de pintarle un cuadro que parezca bueno [en lo referente a Jerusalén] sin afectar su soberanía»[380]. Lo que Clinton quería saber era si a Barak se le ocurría alguna oferta sobre Jerusalén capaz de contentar al líder palestino y, de ese modo, culminar la conferencia con un éxito. Ya de madrugada, en una nueva reunión cara a cara con Clinton, Barak le dio permiso para que siguiera adelante e intentara encontrar una solución con la que, según sus propias palabras, «yo pueda vivir». La propuesta sería *estadounidense*, no israelí; y Clinton se la presentaría a Arafat advirtiéndole de que procuraría conseguir que Barak la aprobara. Terminada la reunión, el primer ministro volvió a su cabaña e informó de la oferta a su jefe de gabinete, Danny Yatom, que tomó notas para dejar constancia. Esas notas revelan que a cambio de permitir que Clinton ofreciera a Arafat una solución sobre Jerusalén con la que él «pudiera vivir», el primer ministro pidió muchísimo en términos de ayuda militar estadounidense: «[He pedido] el suministro de [aviones de combate] F-22 —dictó Barak—, [misiles] Tomahawk… un pacto de defensa [entre Israel y Estados Unidos] que cubra ataques con misiles no convencionales y un ataque convencional total… [es decir, un ataque con armas no convencionales contra Israel tendría una respuesta equivalente por parte de Estados Unidos]». Por último, Barak dictó a Yatom: «Le dije que no debían tocar nuestra capacidad no convencional»[381]. Eso, por supuesto, era una referencia a la capacidad nuclear de Israel.

Sin embargo, pronto fue evidente que Clinton no había conseguido realizar ningún progreso con Arafat. El líder palestino dijo que solo aceptaría un acuerdo que diera a los palestinos soberanía plena sobre la totalidad de Jerusalén Oriental, incluido el Haram al-Sharif (y, por tanto, el Monte del Templo), algo que Clinton sabía que para el primer ministro era inaceptable. Cada vez más desesperado, el presidente le dijo a Barak que lo único que podían hacer era dar por terminada la cumbre. Barak, no obstante, le pidió un poco de tiempo para considerar su siguiente paso.

¿Atrapar a Arafat?

Cuando los dos mandatarios se encontraron de nuevo en la cabaña de Barak, lo primero que hicieron fue librarse de los encargados de tomar notas para que no quedara registro de la conversación. A continuación el primer ministro

anunció a Clinton que iba a darle un mensaje trascendental, una oferta que el presidente debería llevar a Arafat, aunque no como una oferta directa de Israel sino como un compromiso que Clinton pensaba que estaba en condiciones de extraer a Barak, si contaba con el beneplácito de Arafat. La nueva propuesta del primer ministro era, a grandes rasgos, la siguiente: Israel pondría fin a la ocupación de la Franja de Gaza y Cisjordania, pero retendría el 9% de esta última para acomodar los asentamientos judíos, algo que compensaría otorgando a Arafat un 1% de tierra israelí cerca de la Franja de Gaza. Israel también daría a Arafat soberanía sobre el 85% de la frontera con Jordania. En Jerusalén, siete de los nueve barrios de las afueras quedarían bajo soberanía palestina; en los barrios ubicados dentro de la ciudad, los palestinos estarían a cargo de las cuestiones de planificación y urbanismo; y en la Ciudad Vieja tendrían soberanía sobre los barrios musulmán y cristiano. En el Monte del Templo, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobaría una resolución para otorgar la custodia compartida de la Explanada de las Mezquitas a Palestina, Marruecos y la presidencia del Comité de Jerusalén (la comisión superior islámica de Jerusalén), pero, significativamente, Israel mantendría la soberanía del lugar y del monte sobre el que se alza. En materia de seguridad, los palestinos tenían que satisfacer las necesidades de Israel, lo que incluía el control israelí del valle del Jordán durante doce años desde la firma del acuerdo, de modo que Israel pudiera defenderse de un potencial ataque desde el este de países como Irak e impedir el contrabando de armas desde el otro lado del río hacia las áreas controladas por los palestinos. En cuanto a los refugiados, habría, en palabras del primer ministro, «una solución satisfactoria». Barak añadió entonces que, si Arafat rechazaba este paquete, entonces trataría a Arafat como lo que *realmente* era; en palabras del primer ministro: «si parece un fanático, camina como un fanático y grazna como un fanático, entonces lo más probable es que sea un fanático».

No cabe duda de que en este plan Barak ofreció a Arafat muchísimo en términos de territorio y otras concesiones, en particular en lo referente a Jerusalén. Tras la anexión de la parte oriental de la ciudad en 1967, la Jerusalén unida se había convertido, en un componente esencial de la identidad del estado judío, y dividir su corazón, la Ciudad Vieja, para ofrecerle la mitad a Arafat era, como observó con acierto Martin Indyk, «un acto de coraje y estatura política extraordinarios o bien una absoluta locura»[382]. Dicho esto, también es importante subrayar que Barak se abstuvo de ofrecer lo que para Arafat era lo más importante de todo: la soberanía sobre el Haram al-Sharif.

¿Era esta otra trampa maquiavélica tendida por Barak para hacer caer a Arafat? ¿Supuso que Arafat rechazaría *cualquier* oferta que no incluyera la soberanía palestina sobre el Haram al-Sharif, sin importar cuán generosas fueran las demás disposiciones, y que eso le permitía mostrarse dispuesto a hacer grandes concesiones a sabiendas de que en realidad nunca tendría que implementarlas y, aún más, de que podría abandonar Camp David presentando a Arafat como alguien que no estaba interesado en la paz? Es probable que nunca lo sepamos, pero, no obstante, este fue el momento más dramático de la cumbre de Camp David. Sandy Berger, el consejero de Seguridad Nacional de Clinton, recuerda que «lo que Barak presentó al presidente era extraordinariamente radical… y cuando el presidente regresó a la cabaña Aspen pidió una reunión en la que solo estuviéramos presentes Madeleine [Albright], Dennis [Ross] y yo, se sentó y dijo: "Creo que tenemos algo con lo que podemos trabajar"»[383].

Clinton solicitó un encuentro cara a cara con Arafat, en el que solo estaría presente como intérprete Gamal Helal, un traductor del Departamento de Estado; todos los demás miembros del equipo estadounidense se retiraron a la cocina. Berger recuerda que «todos nos amontonamos detrás de la puerta, y cada cierto tiempo alguno iba y abría la puerta apenas unos centímetros o se asomaba mínimamente por la ventana para ver qué estaba pasado»[384]. En el salón principal, Clinton expuso a Arafat la oferta de Barak. Según prosigue el relato:

> Clinton estaba usando todo su arsenal con Arafat, el piano entero, cada tecla, cada nota. Lisonjeaba, persuadía, en ciertos casos intimidaba. En determinado momento, se inclinó sobre Arafat. Y Arafat la mayor parte del tiempo solo escuchaba. Pensé que parecía abrumado por esa presencia amenazadora, un metro noventa de estatura, que ahora se inclinaba hacia él, cada vez más y más cerca de su rostro, mientras le decía que estaban ante un momento histórico.

Arafat dijo que quería un poco de tiempo para meditar y que volvería con una respuesta. Finalmente, en las primeras horas del miércoles 19 de julio, Arafat hizo llegar al presidente la siguiente carta:

> Estimado presidente Clinton:
>
> A la luz de la importancia de la discusión y las cuestiones que estamos abordando, en particular la cuestión de Jerusalén… somos de la opinión de que es necesario consultar con los dirigentes

palestinos… Queremos señalar nuestra voluntad de continuar con las negociaciones en el lugar que usted decida[385].

Clinton sospechó que había gato encerrado. Vio en la carta de Arafat un intento de «embolsarse» las propuestas de Barak y luego usarlas como punto de partida en una nueva cumbre en la que reclamaría concesiones adicionales. Asimismo, se dio cuenta de que si permitía que el líder palestino se saliera con la suya y se marchara de Camp David, perdería todas las ventajas de la olla de presión que había creado con Barak. Por tanto, exigió a Arafat que le diera una respuesta directa, ahí mismo y sin dilación. Sin embargo, esa respuesta, cuando llegó, fue un clarísimo «no». Al conocer la noticia, el primer ministro escribió su propia carta a Clinton:

> Estimado señor presidente:
>
> Le escribo esta carta con inmensa gratitud y profunda preocupación… Por desgracia, hoy temprano me he enterado de que la cumbre acaso haya llegado a un callejón sin salida. Tenemos la impresión de que el bando palestino no ha negociado de buena fe ni ha dado ningún paso serio para acoger nuestras inquietudes… Todo parece indicar que, en este punto, los líderes palestinos han abandonado su compromiso explícito con el final del conflicto… las consecuencias de la actual situación bien pueden causar un grave deterioro en la región. Tenemos que hacer lo mejor que podamos para evitarlo[386].

Barak terminaba la carta prometiendo continuar con el proceso de paz de Oslo («Reafirmo nuestro compromiso con la consecución de soluciones negociadas»).

En una reunión posterior con el primer ministro, Clinton, afligido, agradeció a Barak la carta, le dijo que estaba de acuerdo con lo que decía en ella y añadió: «Le respaldaré y protegeré, soy su hombre… esto es muy triste… todos los árabes son iguales… [todos intentan] exprimirte». El presidente contó entonces a Barak que cuando criticó a Arafat por negarse a cooperar, el líder palestino se embarcó en su «discursito», diciéndole: «Yo le quiero y se lo agradezco», para desviar la atención de lo importante: su falta de cooperación para intentar hallar una solución al conflicto[387].

Un estafador político

Hasta ese momento Barak se había negado a reunirse cara a cara con Arafat a lo largo de la cumbre, pero ahora Clinton le propuso que lo hiciera. Al aceptar ese encuentro, añadió, daría una buena impresión, pues nadie podría acusarle de no haber intentado cuanto estaba en su mano por alcanzar la paz. Barak, sin embargo, seguía mostrándose reacio. «Hemos sido lo bastante cuidadosos como para no darle un documento [escrito] estadounidense o israelí de modo que [no pueda] irse con una constancia», dijo. Y añadió: «Él necesita una reunión [cara a cara conmigo] para tener una constancia… No puedo reunirme con él». Clinton volvió a insistir, pero Barak se mantuvo inamovible.

Más tarde, Clinton informó a Barak de que había hablado con el presidente de Egipto, Hosni Mubarak y otros dignatarios para pedirles que le echaran una mano y le ayudaran a convencer a Arafat de que aceptara la oferta que se le había hecho[388]. En retrospectiva, haber dejado al margen a los líderes árabes (los saudíes, los jordanos y, en particular, los egipcios, que eran los patrocinadores extraoficiales de los palestinos) y no haber buscado su apoyo antes y a lo largo de la cumbre fue un error grave; pedirles que intervinieran ahora, cuando las negociaciones estaban estancadas y sin que ellos estuvieran al tanto de los detalles y los matices, era inútil. De hecho, el presidente egipcio recuerda que «recibí una llamada del presidente de Estados Unidos, que me dijo que tenía que llamar a Arafat y presionarle para que cediera en lo referente a Jerusalén. Yo le pregunté: "¿Cuáles son los términos?"; y el presidente me dijo: "No puedo decírselo porque he prometido no revelar los detalles". [De modo que le dije:] "Gracias, señor presidente. No hay nada que pueda hacer por usted".»[389] Y de hecho, en lugar de presionar a Arafat para que cediera, los líderes árabes lo animaron a mantenerse firme, en especial en lo referente a Jerusalén.

Clinton también contó a Barak que los palestinos estaban «muertos del susto», según dijo, ante la posibilidad de que se les culpara del fracaso de la cumbre y que, por tanto, deseaban quedarse y continuar con las conversaciones. Barak replicó: «Somos adultos… no niños… lo que hicieron fue una chorrada… Nos han manipulado a ambos». Clinton describió al primer ministro cómo era la situación en el lado palestino: «El problema es que las decisiones las toma un comité… se enzarzan en discusiones interminables». El presidente repitió su propuesta de que Barak se sentara con Arafat para intentar resolver las cosas de forma directa, pero el primer ministro volvió a negarse: «No voy a meterme en una habitación con un

estafador… él es un estafador político». Esa respuesta condujo al siguiente diálogo:

> Clinton: Pero usted no entabló ninguna negociación con él.
>
> Barak: *Él* no entabló negociaciones.
>
> Clinton: ¿Cree que lo correcto es no mirarlo a los ojos?
>
> Barak: No quiero verlo.
>
> Clinton: ¿Quiere marcharse y acabar con todo?
>
> Barak: Voy a anunciar que no tenemos un interlocutor, sino un manipulador[390].

El fracaso

Clinton tenía que ausentarse para asistir a una cumbre del Grupo de los Ocho en Okinawa, Japón, pero presionó a Barak y Arafat para que permanecieran en Camp David y continuaran las negociaciones. Dado que ninguno de los dos quería ser visto como el culpable del fracaso de la conferencia, ambos aceptaron quedarse y seguir con las negociaciones bajo la supervisión de la secretaria de Estado, Madeleine Albright, pero, con Clinton en Japón, israelíes y palestinos se retiraron a sus cabañas y dejaron de negociar.

Albright procuró, al menos, mejorar el mal ambiente que reinaba en Camp David. Se autorizó al primer ministro a visitar el escenario de la batalla de Gettysburg. Y dado que a Arafat también había que permitirle salir, Albright le invitó a su granja, que quedaba a unos veinticinco minutos de viaje. La secretaria de Estado recuerda que

> cuando llegamos, mi nieto, que tenía dos años, acababa de despertarse de la siesta y al ver a Arafat se puso a llorar, y yo pensé que aquí se acabó esto. Luego nos sentamos junto a la piscina y Arafat contó historias… que le gustaban los dibujos animados de *Tom y Jerry*, y aplaudió a mi otro nieto cuando se lanzó del trampolín y besó a mi nieta, y luego tenemos esa foto absolutamente loca de Arafat con su uniforme en medio de todas esas personas en traje de baño, como si fuera una figura recortada que hubiéramos puesto ahí entre nosotros[391].

De vuelta a Camp David, los delegados estuvieron jugando en la bolera de la residencia presidencial. En la sala de cine se proyectó la película *Gladiator*. Todos estaban de vacaciones, a la espera de que el presidente volviera.

Cuando el 23 de julio Clinton regresó de Japón y se reunió con el primer ministro, Barak hizo hincapié en que, pese a lo mucho que deseaba alcanzar un acuerdo y poner fin al conflicto palestino-israelí, no estaba dispuesto a hacerlo «a cualquier precio». Propuso que Clinton se entrevistase de nuevo con Arafat y le pidiera una respuesta a las propuestas que le había presentado antes de viajar a Japón. Y añadió:

> No puedo ir más lejos… eso es lo máximo que conseguiré aprobar [en un referendo en Israel]… no es una táctica sino la realidad… es un trato justo [para] los palestinos… Arafat debe entender que es ahora o nunca y que en cuestión de semanas o meses obtendrá un estado lógico sobre el 90% de los territorios, fronteras viables, pasos a los distintos estados… obtendrá una parte de Jerusalén Oriental… Es una oportunidad enorme para él… Ha llegado el momento de que decida si quiere ser jefe de estado o jefe de una banda[392].

Barak intentó convencer al presidente de que el mundo árabe respaldaría a Arafat en cualquier caso, pero Clinton estaba de acuerdo: «Los saudíes harán pedazos a Arafat si renuncia a la soberanía sobre las mezquitas [de Jerusalén]». De hecho, según Akram Hanieh, uno de los miembros del equipo palestino, eso reflejaba bien lo que Arafat le había dicho a Clinton y a sus asesores:

> Jerusalén no es solo una ciudad palestina, es una ciudad árabe, islámica y cristiana. Si debo tomar una decisión sobre Jerusalén, entonces tengo que consultar con los suníes y con los chiitas y con todos los países árabes. Tengo que consultar con muchos países empezando por Irán y Pakistán, pasando por Indonesia y Bangladés y terminando con Nigeria. ¿Cree usted que alguien va a estar de acuerdo en que renuncie a Jerusalén y la mezquita de Al Aqsa?[393]

Aun así, Clinton dijo que si Arafat se negaba a cooperar y dar una respuesta franca y directa a las propuestas de Barak, entonces «le culparé… diré que usted hizo lo que podía y que él no respondió de forma apropiada… usted ha sido valiente. Ellos no respondieron de forma apropiada». Esto era, a todas luces, lo contrario de lo que antes de la cumbre Clinton le había prometido a Arafat, a saber, que incluso si esta fracasaba, él no le culparía.

Para entonces, el primer ministro había dejado de negociar y empezado a prepararse para la confrontación con los palestinos. Llamó al jefe del Shabak en Israel, Avi Dichter, para advertirle de que la cumbre «probablemente va a fracasar… prepárese para una confrontación»; y envió un mensaje similar al jefe del Estado Mayor del ejército.

Entre tanto, Clinton se entrevistó con Arafat para intentar averiguar por qué seguía negándose a responder positivamente a la oferta que le había planteado antes de partir hacia Japón. La respuesta del líder palestino fue: «¿Quiere ir a mi funeral? Prefiero morir que aceptar la soberanía de Israel sobre el Haram. No voy a entrar en la historia de los árabes y los musulmanes como un traidor… nosotros liberaremos Jerusalén; quizá no ahora, sino en un centenar de años»[394]. Clinton le espetó entonces: «Barak hizo concesiones y usted no… estamos hablando de naciones, no de religión. ¿Soñó alguna vez con la soberanía de los barrios cristiano y musulmán [ofrecidos en esta ocasión por Barak]… y con un estado palestino?». Arafat, sin embargo, no dio su brazo a torcer.

Esa misma noche del 24 de julio, en un último esfuerzo desesperado, Clinton se reunió con los negociadores de ambas partes. Esta vez el presidente ofreció a los palestinos la soberanía sobre los distritos de las afueras de Jerusalén; una soberanía limitada en los barrios del interior la ciudad; la soberanía sobre los barrios cristiano y musulmán de la Ciudad Vieja; y algo con lo que pensaba que conseguiría tentar a Arafat y que denominó «soberanía de custodia» (un término inédito en el derecho internacional) sobre el Haram. Luego mandó al representante palestino que había asistido a la reunión que fuera a ver a Arafat y le presentara la nueva oferta. Los palestinos discutieron la propuesta, pero sin la soberanía plena sobre el Haram al-Sharif consideraron que no podían responder positivamente. A las tres de la madrugada Arafat envío a sus delegados Mohamed Dahlan y Saeb Erekat a entregarle a Clinton la carta en la que rechazaba la oferta. Como recuerda Dahlan:

> Estaba lloviendo, y caminamos hasta la cabaña del presidente Clinton… [que] en el momento en que entramos se dio cuenta de que le traíamos una negativa… por la forma en la que mirábamos… la forma en que entramos, nuestro comportamiento, era obvio, pero fue un momento cargado de patetismo[395].

A las 03.15, Clinton telefoneó al primer ministro para decirle que Arafat había rechazado la oferta. Unas horas después, Barak reunió a los miembros

de su delegación en la cabaña Dogwood para comunicarles el fracaso de la cumbre y decirles que parecía que «no tenemos interlocutor»[396]. Luego añadió: «La batalla real está ahora en casa… Por el momento Arafat no está realmente dispuesto a terminar el conflicto, pero quizá tenga otra estrategia… que puede obtener [lo que quiere] en una confrontación limitada [con Israel]».

Clinton y Albright acudieron a la cabaña del primer ministro para discutir la declaración que el presidente haría pública para finalizar la conferencia. Clinton dijo: «Diré que usted ha demostrado valentía y determinación y que Arafat estuvo mudo… y que usted estuvo brillante»[397]. Repasando lo ocurrido en las dos últimas semanas en Camp David, Clinton dijo que los palestinos «vinieron con una estrategia pésima… Arafat tiene setenta y dos años, lo único que ha sido es un líder revolucionario, la gente que lo rodea es vieja… Arafat está desconectado del mundo real… no vive en el mismo mundo en que vivimos nosotros. Nosotros todo el tiempo estamos decidiendo y considerando alternativas [pero él no]».

Tras revisar la declaración, Barak le dijo a Clinton que la aceptaba, y añadió que, en vista de la negativa de Arafat a transigir, «no voy a darle [más retiradas de los territorios ocupados]». Clinton le aseguró que le respaldaría en esa decisión. Esto era, de nuevo, dar marcha atrás, pues antes de la cumbre Clinton no solo había prometido a Arafat que no le culparía del fracaso, sino también que se continuaría con la transferencia de territorios pactada en los acuerdos previos. Después de la conferencia Barak sostendría que «al demostrar que Arafat no estaba dispuesto a transigir conseguí detener de golpe la transferencia de tierras»[398].

En términos prácticos la conferencia había terminado y el dedo acusador apuntaba con firmeza a Arafat como el responsable de su fracaso.

El gran diplomático estadounidense Henry Kissinger señaló en una ocasión que una negociación solo puede llegar a buen puerto si es posible hacer coincidir las condiciones mínimas de cada una de las partes[399]. En Camp David, las condiciones mínimas de Arafat no se cumplieron y las ofertas que se le presentaron estaban por debajo de sus exigencias. Es cierto que las ofertas de Barak fueron generosas y amplias y que fue más lejos que cualquiera de sus predecesores en todo, desde las concesiones territoriales hasta el destino de Jerusalén. Pero esas ofertas estaban lejos de lo que Arafat necesitaba, pues para él la cuestión principal era Jerusalén y los santos lugares del islam, un asunto en el que, a su modo de ver, no estaba en posición de ceder un centímetro porque afectaba no solo a los palestinos sino a la

comunidad musulmana en general. La tierra le importaba mucho menos que los valores emocionales e islámicos, y es claro que sin el apoyo de los países árabes, en particular de Arabia Saudita, Egipto y Jordania, en modo alguno hubiera podido firmar ningún pacto acerca de Jerusalén que no incluyera la plena soberanía sobre el Haram. En el momento crítico, sin embargo, ese apoyo, que Estados Unidos debería haber buscado con antelación, no se consiguió.

¿Es posible que el encuentro cara a cara entre Arafat y el primer ministro al que Barak se opuso de forma categórica hubiera ayudado a alcanzar un acuerdo? Incluso hoy no es en absoluto claro que, de haberse celebrado, esa reunión hubiera logrado modificar la posición de Arafat y salvar la cumbre, pues el principal problema era que las diferencias acerca de las cuestiones más importantes (no solo Jerusalén sino también, por ejemplo, el destino de los refugiados) eran demasiado grandes para que fuera posible salvarlas. No obstante, el hecho de que Barak se mostrara incapaz de comunicarse con Arafat no fue de ninguna ayuda.

Con todo, a pesar del fracaso de la cumbre de Camp David, no cabe duda de que los historiadores del futuro considerarán lo ocurrido allí en el verano de 2000 como una fase crítica en la solución del conflicto palestino-israelí y el fin de la ocupación, pues puso de manifiesto cuáles eran las cuestiones fundamentales, lo que permitiría a las partes procesar los asuntos que habrían de abordar en negociaciones posteriores.

Amenaza de tormenta

Una vez terminada la cumbre, la preocupación más inmediata, tanto de Barak como de Arafat, fue culpar al otro de su fracaso, algo esencial para recabar apoyos tanto en casa como en la comunidad internacional. Como estaba previsto que el 29 de julio Arafat se entrevistara en París con el presidente Jacques Chirac para explicarle por qué no había aceptado las ofertas de Camp David, el primer ministro telefoneó al mandatario francés el día anterior para exponerle primero su versión de los hechos y pedirle que instara a Arafat «a tomar decisiones que nos permitan llegar a un acuerdo»[400].

Entre tanto, una tensa calma imperaba sobre el terreno, pero se mantenían abiertas las líneas de comunicación entre los diplomáticos israelíes, palestinos

y estadounidenses para garantizar que la gran confrontación que se esperaba no llegara a materializarse. El 30 de agosto, el primer ministro se reunió con Dennis Ross, el enviado especial del presidente Clinton, el embajador Indyk, el consejero especial Rob Malley y el diplomático Gamal Helal, que habían viajado a Israel para encontrar el modo, si existía, de que las partes reanudaran los diálogos de paz. «¿Tenemos un interlocutor [en Arafat]?», preguntó Barak a los visitantes. «¿O estamos tratando con alguien que en realidad no quiere llegar a un acuerdo?»[401] Gamal Helal, un funcionario del Departamento de Estado de origen egipcio que trabajaba para Clinton como intérprete en sus encuentros con los líderes árabes y que conocía bastante bien a Arafat, respondió: «Realmente no lo sé… Arafat regresó de Camp David como un héroe y así es como se siente… [él piensa que es] el defensor de Jerusalén. ¿Sigue presa de la euforia o volvió ya a la realidad? Ignoro la respuesta».

El 6 de septiembre Barak habló por teléfono con el presidente Clinton y le dijo: «He decidido darle otra oportunidad a la paz con Arafat»[402]. A Clinton le gustó oír eso. Después de Camp David, dijo: «Arafat visitó treinta países… quizá prefiere recorrer el mundo como un Moisés»; y se preguntó: «¿cómo conseguirá un buen acuerdo si usted y yo estamos a punto de dejar [nuestros cargos]?». El presidente y el primer ministro empezaron a pensar en formas de reanudar las conversaciones de paz palestino-israelíes, tal vez en Washington, y el plan que desarrollaron a lo largo de una serie de prolongadas conversaciones telefónicas fue utilizar los cimientos de Camp David para intentar superar las diferencias restantes. Barak incluso propuso sentarse con Arafat, algo que hasta entonces se había negado a hacer, con el fin de mejorar su relación y lanzar la nueva iniciativa; Clinton recibió la propuesta con entusiasmo: «No creo que un encuentro semejante con Arafat sea perjudicial», dijo.

El 25 de septiembre, exactamente dos meses después del final de la cumbre de Camp David, el primer ministro envió un helicóptero Black Hawk a Ramala para recoger a Arafat y a algunos de sus colaboradores y llevarles a cenar a la residencia de Barak en Kochav Yair e intentar mejorar las relaciones. Los dos líderes habían acordado con antelación que, inmediatamente después de la reunión, enviarían a su gente a Washington para tres días de diálogos de paz. En esa reunión Barak dijo a Arafat: «Es el momento de la verdad… no tenemos mucho tiempo»[403]. Arafat habló poco, como era habitual que hiciera en encuentros de ese tipo, respondiendo con los

balbuceos evasivos típicos: «Sí, sí… muy poco tiempo… pueden pasar cosas». Sin embargo, expresó su profunda preocupación por el hecho de que Ariel Sharon, el líder del Likud, el partido derechista de la oposición, visitara el Monte del Templo en Jerusalén, como recientemente había declarado que haría, pues eso podía desencadenar una confrontación sangrienta. Semejante visita sin duda enfurecería a los musulmanes, porque el Templo judío está sepultado y para «visitarlo» debía caminar por el Haram al-Sharif, la Explanada de las Mezquitas, una de las cuales es la sagrada mezquita de Al Aqsa. Después de la cumbre de Camp David, el lugar se convirtió en un polvorín; a fin de cuentas, la cumbre misma había fracasado debido al desacuerdo acerca de quién debía controlarla.

12

La *intifada* de Al Aqsa, 2000-2001

La visita de Ariel Sharon al Monte del Templo/el Haram al-Sharif el 28 de septiembre de 2000 resultaría ser un acontecimiento decisivo en la historia de los territorios ocupados de Palestina. El líder del Likud llegó temprano, acompañado de una fuerte escolta policial para protegerlo de un posible ataque de los palestinos, y recorrió el complejo durante media hora. Haj Kamil, un vigilante palestino de la mezquita de Al Aqsa, recuerda que Sharon estuvo caminando por los patios de la mezquita «de forma muy provocadora, humillando al pueblo palestino y los santos lugares musulmanes… empezamos a gritarle para que se marchara: "Fuera de la mezquita, la santa mezquita, la mezquita de Al Aqsa"… [sus guardaespaldas] me pegaron con un palo»[404]. Si bien a lo largo de la visita apenas se produjeron altercados de importancia, durante el resto del día hubo en los alrededores esporádicos enfrentamientos entre la policía y manifestantes palestinos que lanzaban piedras. Hoy sabemos que esos incidentes fueron los cartuchos iniciales de la segunda *intifada* palestina o, como también se la conoce, la *intifada* de Al Aqsa, un nombre cargado de connotaciones religiosas.

Como primer ministro, Barak pudo haber impedido que Sharon realizara la visita. No es del todo claro por qué decidió no hacerlo, en particular después de que en su encuentro del 25 de septiembre Arafat le hubiera advertido de las consecuencias funestas que podría tener un acto tan provocador. En una entrevista con el autor, Barak respondió que impedir que alguien, incluido el líder de la oposición, visitara el lugar era algo que sencillamente no estaba en sus manos, a no ser, por supuesto, que supusiera una amenaza para la seguridad nacional. Sin embargo, la visita fue precisamente eso, como demostraron los acontecimientos posteriores. En cuanto a Sharon, su objetivo al visitar el Monte del Templo era conseguir más apoyos, en particular dentro de su propio partido, el Likud, donde Benjamín

Netanyahu, un rival más joven y elocuente, gozaba de una creciente popularidad. La visita, además, era una forma de demostrar que él no estaba dispuesto a negociar con Jerusalén, a diferencia del primer ministro, que había puesto la ciudad en la mesa de negociaciones de Camp David.

Como ocurriera con la primera *intifada*, que tuvo como desencadenante un incidente de poca importancia (un accidente de tráfico), lo que prendió la mecha de la segunda *intifada* fue un suceso en apariencia menor, la visita de un político al Monte del Tempo en Jerusalén. Con todo, pese a su carácter polémico, la visita de Sharon fue apenas el catalizador del nuevo levantamiento palestino, no su causa subyacente. ¿Cuál fue la causa profunda de la nueva guerra?

Ted Gurr, uno de los mayores expertos mundiales en materia de conflictos, señala que la confrontación civil a menudo es el resultado de la diferencia entre aquello a lo que los individuos creen tener derecho y lo que realmente reciben. Esta privación relativa, explica, se traduce con frecuencia en «descontento e ira, y esa ira es un estado motivador en el que la agresión es una respuesta inherentemente satisfactoria»[405]. En buena medida, esto explica cuál fue la causa de la segunda *intifada*, que fue consecuencia no de la conducta individual de personas como Sharon, Barak, Arafat, etc., sino más bien de la disparidad entre lo que los palestinos habían estado esperando del proceso de paz y lo que realmente obtuvieron, máxime cuando lo que obtuvieron no lograba satisfacer ni siquiera sus necesidades más básicas.

De hecho, un examen minucioso evidencia que el proceso de paz había supuesto muy pocas ganancias para los palestinos, y lo cierto era que había empeorado las condiciones en las cuales vivían. Cuando en 1993 se inició el proceso de Oslo, había tres mil colonos israelíes en la Franja de Gaza y ciento diecisiete mil en Cisjordania; en cambio, la víspera de la visita de Ariel Sharon a Jerusalén, en 2000, había ya seis mil setecientos colonos en Gaza y doscientos mil en Cisjordania. El considerable aumento del número de colonos judíos era un fenómeno terriblemente perturbador para los palestinos; a fin de cuentas, si el proceso de Oslo consistía sobre todo en que Israel renunciaba a la tierra a cambio de la paz, entonces era de esperar que impidiera la llegada de más colonos y suspendiera la construcción de nuevos asentamientos en esa tierra. Además, la construcción de nuevos asentamientos implicaba mayores inconvenientes para la vida cotidiana de los palestinos debido a las medidas de seguridad impuestas por Israel para la protección de los colonos y la explotación de los recursos, en particular el agua, por parte de

estos[406]. Las frustraciones de los palestinos se acumularon hasta crear un polvorín que solo esperaba una chispa para estallar, una chispa como la visita de Sharon al Monte del Templo; y es muy probable que si Sharon no hubiera realizado esa visita, tarde o temprano algún otro suceso hubiera encendido la mecha.

Y se desató el infierno

Aunque se felicitaban por el hecho de que el día de la visita de Sharon se produjeran pocos incidentes violentos, los israelíes temían aún la posibilidad de que al día siguiente, después de la oración del viernes (siempre un momento delicado, pues los muftíes suelen usar la ocasión para incitar el fervor de la multitud), los palestinos se amotinaran. El primer ministro se puso en contacto con el Departamento de Estado estadounidense para pedir que se transmitiera a Arafat el mensaje de que cualquier protesta resultaría desastrosa, en especial en vista del progreso conseguido por los negociadores israelíes y palestinos en las conversaciones de paz de Washington, que Arafat y Barak habían iniciado apenas tres días antes.

Arafat, sin embargo, apenas tenía un control limitado sobre las protestas y las manifestaciones; en primer lugar, porque la mayoría de Cisjordania y la Franja de Gaza seguía estado bajo control del ejército israelí, y en segundo lugar, porque no todos los palestinos, y en particular los islamistas, le prestaban atención. Esto era obvio entonces, pero la costumbre de Israel siempre ha sido identificar una única fuente de autoridad, en este caso Arafat, y considerarla la responsable exclusiva de cualquier acto de violencia o protesta. La secretaria de Estado, Madeleine Albright, habló personalmente con Arafat para instarlo a calmar la situación en las calles, y aunque no sabemos si él tomó o no medidas de algún tipo, lo cierto es que el viernes 29 de septiembre, cuando terminó la oración en el Haram al-Sharif, se desató el infierno en Jerusalén.

Desde el Haram, los palestinos empezaron a lanzar piedras contra los judíos que estaban delante del Muro de las Lamentaciones, que se encuentra a los pies de la Explanada de las Mezquitas, y dado que era la víspera del Año Nuevo judío, la plaza estaba abarrotada de fieles a los que fue necesario evacuar. Luego hubo graves enfrentamientos en el Haram mismo entre la policía, que había irrumpido en el complejo, y los palestinos, con un saldo de

siete palestinos muertos y más de doscientos heridos. Haj Kamil, un vigilante del Haram, recuerda: «hubo disparos… la gente se asustó… estaban aterrorizados… las mujeres se orinaban encima… los niños lloraban y había sangre por todas las alfombras… todos estaban echados en el suelo o se ocultaban detrás del muro o detrás de los árboles»[407]. Los disturbios continuaron al día siguiente y el ejército respondió con contundencia, disparando contra los manifestantes con munición real; el resultado: ocho palestinos muertos y centenares de heridos.

En una pauta que se repetiría a lo largo de la segunda *intifada*, el número de bajas palestinas sería muchísimo mayor que el número de bajas israelíes. A diferencia de lo ocurrido en la primera *intifada*, en la que inicialmente el ejército vaciló, lo que le hizo perder buena parte de su capacidad de disuasión, en esta ocasión reaccionó con rapidez y contundencia desde el principio. Aunque en la actualidad se tiende a diferenciar la segunda *intifada* de la primera como aquella en la que los palestinos recurrieron a las armas, eso no fue en absoluto lo que ocurrió al comienzo del conflicto, cuando, al igual que la primera *intifada*, se trataba de un levantamiento de civiles desarmados. Aun así, tras haber tardado en responder a la primera *intifada* con un nivel apropiado de fuerza, el ejército sabía que solo podía aprovechar la superioridad tecnológica que tenía sobre los palestinos si el levantamiento se convertía en una lucha armada y, en ese sentido, *quería* que la insurgencia fuera más violenta. Para propiciar esa transformación, el ejército reaccionó a los disturbios de forma tremendamente desproporcionada, a tal punto que, en su intento de avivar las llamas, durante el primer mes de la *intifada* disparó la asombrosa cantidad de 1,3 millones de balas. Aunque hubo bajas palestinas, el objetivo directo de esos disparos no era matar sino crear un clima de guerra e incitar a los palestinos a devolver el fuego[408]. Al reaccionar con tanta violencia, el ejército logró trasformar gradualmente el levantamiento civil en una insurgencia armada en la que, en el lado palestino, las armas de fuego reemplazaron a las piedras y, en el lado israelí, se abandonaron las porras con las que se había sofocado la resistencia en el pasado para recurrir, en su lugar, a medios estrictamente militares.

No obstante, ni siquiera la munición real consiguió detener los disturbios, que se propagaron de Jerusalén a los territorios ocupados. El 30 de septiembre, en medio de los disturbios en la Franja de Gaza, un niño palestino de doce años, Mohamed al-Dura, que había quedado atrapado junto con su padre, Jamal, en el fuego cruzado entre francotiradores palestinos y soldados

israelíes, fue alcanzado por los disparos y murió. Lo ocurrido podría haber sido solo otra muerte trágica de un niño palestino, algo por desgracia nada inusual en la primera y segunda *intifadas*, pero esta vez la escena quedó registrada en vídeo por un cámara de France 2 televisión y las imágenes de Mohamed y su padre acurrucados detrás de un bidón lleno de cemento, en un esfuerzo inútil por esquivar las balas, se emitió una y otra vez por la televisión palestina, lo que alimentó la veloz escalada del conflicto. Mohamed al-Dura se convirtió en un mártir y en un símbolo de la lucha palestina contra la ocupación; posteriormente, en todo el mundo árabe se imprimieron sellos postales con la imagen del padre y el hijo y se bautizaron calles en honor de este último.

Diplomacia de emergencia

El mismo día que murió al-Dura, Tarje Rød-Larsen, el emisario de la ONU para la región, visitó al primer ministro para informarle de la reciente entrevista que había tenido con Arafat, en la que había instado al líder palestino a detener los disturbios. Como Larsen dijo a Barak: «Lo conozco desde hace diez años y cada vez que debe [tomar decisiones críticas] opta en cambio por la violencia y el derramamiento de sangre»[409]. El diplomático sugirió que el primer ministro debía permitir la intervención de la ONU para calmar la situación y reanudar el proceso de paz, una solicitud que le había hecho el mismo Arafat. Larsen explicó las razones que hacían preferible una intervención de la ONU a una intervención de Estados Unidos: «cualquier propuesta estadounidense se considera una propuesta israelí. Arafat me dijo incluso que Martin Indyk [el embajador de Estados Unidos en Israel] es un espía israelí, así que el secretario general podría ser de ayuda». Barak, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir una intervención de la ONU, pues así como los palestinos desconfiaban de los estadounidenses, los israelíes desconfiaban de la ONU, debido a que desde la década de 1960 el bloque árabe tenía una mayoría automática en muchos de sus órganos, lo que le permitía conseguir la aprobación de resoluciones antiisraelíes. La tarea de abordar la crisis, por tanto, recayó en la Casa Blanca.

Horrorizado por la violencia, en un esfuerzo por poner fin a la carnicería el presidente Clinton organizó una reunión de emergencia con Barak y Arafat en París. Se acordó que el encuentro se celebrara en la residencia del

embajador de Estados Unidos y que fuera supervisado por la secretaria de Estado, y que si bien en París se negociaría un pacto para detener la violencia en los territorios ocupados que ambos líderes firmarían con sus iniciales, las partes se desplazarían después a Sharm el-Sheij, Egipto, para formalizar la firma con el fin de involucrar en su implementación al presidente egipcio, Hosni Mubarak, que tenía mucha influencia sobre Arafat.

No obstante, resultó que Arafat y Barak llegaron a la capital francesa con intenciones muy diferentes: mientras que Arafat quería una investigación internacional sobre las causas del estallido de la violencia, que él deseaba atribuir a Israel en vista de la polémica visita de Sharon al Haram al-Sharif, el primer ministro se oponía con vehemencia a cualquier investigación internacional y exigía, en cambio, que los palestinos pusieran fin de inmediato a las protestas.

El encuentro tuvo lugar el 4 de octubre, en medio de un clima de gran tensión. Madeleine Albright presionó con insistencia a ambos líderes, pero en particular a Barak, a quien pidió que controlara al ejército. «Debemos restaurar la calma y ponernos en el camino de la paz», le dijo. Barak respondió insistiendo en que Arafat debía detener las protestas en el acto y en que «no se le debe permitir ganar nada [a través de la violencia]»[410]. Después de eso añadió que tenía «pruebas inequívocas», a saber, grabaciones realizadas en secreto de conversaciones entre los dirigentes palestinos, que demostraban que quienes estaban al frente de los disturbios, principalmente el Tanzim (una facción armada de Al Fatah, el movimiento de Arafat), pensaban que el líder palestino quería que los disturbios fueran en aumento. «El Tanzim está fuera de control —dijo Barak—. Arafat es el jefe de una banda.» Poco convencida por estos argumentos, Albright le advirtió: «La opinión pública está en su contra… Nosotros [Estados Unidos] estamos apoyándoles por nuestra cuenta… el clima está contra ustedes». El presidente Jacques Chirac, con el que el primer ministro también se entrevistó ese día, intensificó la presión al respaldar la exigencia planteada por Arafat de una investigación internacional sobre los acontecimientos que condujeron al estallido de la violencia. Chirac le dijo a Barak que la versión de los hechos defendida por Israel «no se corresponde con la impresión de ningún país del mundo», y pasó luego a criticar la dureza con que el ejército estaba gestionando la insurrección: «Esta mañana hay sesenta y cuatro palestinos muertos… dos mil quinientos heridos… usted no puede, señor primer ministro, explicar semejantes cifras… Es imposible hacer creer a alguien que los palestinos son

los agresores»[411].

En la residencia del embajador estadounidense, israelíes y palestinos aceptaron una reunión trilateral en la que Arafat y Barak encabezarían personalmente a sus respectivos equipos y Albright, la delegación estadounidense. Los intercambios iniciales estuvieron cargados de tensión, pero pese a ello finalmente se logró elaborar un borrador de dos páginas con un plan de alto el fuego que establecía un calendario para la retirada del ejército de las áreas palestinas a las que en los primeros días de enfrentamientos había vuelto a entrar, así como las medidas específicas que Arafat debía adoptar para detener las protestas. Sometido a una presión intensa por parte de los estadounidenses y los israelíes, Arafat renunció a su exigencia de una investigación internacional y aceptó en su lugar la idea de un comité, dirigido por Estados Unidos, que buscaría determinar cómo había estallado la violencia, por qué se intensificó y qué lecciones podía extraer cada parte para evitar que lo ocurrido se repitiera en el futuro. Después de esto, sin embargo, sucedió algo que desbarató buena parte de lo que se había logrado acordar tras muchas horas de negociaciones.

El presidente Chirac insistió en que, siendo Francia el país anfitrión, las partes debían acudir al Elíseo e informarle antes de que los dos líderes firmaran el borrador del acuerdo con sus iniciales. Los israelíes y los estadounidenses esperaban una visita breve y puramente protocolaria y quedaron estupefactos al descubrir que Chirac había organizado su propia conferencia a gran escala invitando al secretario general de la ONU, Kofi Annan, y al emisario para Oriente Próximo de la organización, Terje Rød-Larsen, así como al alto representante de política exterior de la Unión Europea, Javier Solana. Arafat vio entonces una nueva oportunidad de plantear su idea de una investigación internacional y escabullirse del pacto que debido a las presiones de Estados Unidos e Israel acababa de aceptar. El presidente Chirac, que ignoraba que ya se había alcanzado un acuerdo, dijo que estaba convencido de que la Unión Europea respaldaría una investigación como la que proponía el líder palestino y añadió que sería deseable que fuera el secretario general de la ONU el que la definiera y organizara. Viendo que los franceses estaban de su parte en lo referente a la investigación internacional, una vez terminada la reunión Arafat regresó a su hotel y se negó a volver a la residencia del embajador estadunidense para la firma del documento. La cumbre de emergencia se vino abajo y los enfrentamientos en los territorios ocupados continuaron.

El 6 de octubre fue un día particularmente violento. Al final de la oración del viernes, los palestinos izaron las banderas de la OLP y Hamás en el Haram al-Sharif y lanzaron piedras sobre la plaza del Muro de las Lamentaciones, donde los judíos se reunían para rezar. De allí, los disturbios se extendieron al barrio musulmán de la Ciudad Vieja y se prendió fuego a la comisaría de policía de la Puerta de los Leones. El primer ministro dio un ultimátum a Arafat: si los palestinos no se controlaban, entonces ordenaría al ejército «utilizar *todos los medios* para detener la violencia»[412]. El líder palestino intentó retar a Barak respondiéndole públicamente: «Esta es otra declaración de Barak y después habrá otra declaración y otra más».

No obstante, llegados a este punto, con o sin el ultimátum del primer ministro, el ejército estaba ya sometiendo a los palestinos a una presión enorme: bloqueando pueblos y ciudades para aislarlos por completo, imponiendo toques de queda de veinticuatro horas, cerrando las carreteras y realizando arrestos. Quizá la medida más devastadora que el ejército empleó contra los palestinos en este período fue el despliegue de centenares de puestos de control y barricadas en las carreteras de Cisjordania y la Franja de Gaza que podía tardar semanas o meses en retirar. En estos puestos de control los soldados israelíes no hacían excepciones, ni siquiera con los enfermos o los heridos. Un estudio realizado por la Organización Mundial de la Salud concluyó que entre septiembre de 2000 y diciembre de 2004 sesenta y una mujeres palestinas dieron a luz en puestos de control del ejército; treinta y seis de los recién nacidos murieron poco después del parto debido a complicaciones que era imposible atender en medio del barro y la suciedad de las cunetas. Hubo también enfermos y heridos que murieron haciendo cola en los controles militares para poder ir al hospital. El testimonio de un soldado israelí nos ofrece una imagen del comportamiento de la tropa y las decisiones arbitrarias que se tomaban en los puestos de control a lo largo de este período:

> En una mañana típica, cuando las cosas marchan con rapidez, la gente tiene que esperar cuatro o cinco horas en la fila. En otros lugares es frecuente esperar desde las 4.00 hasta las 14.00. El oficial al mando del puesto de control puede decidir arbitrariamente que no permite pasar a alguien… la cuestión del paso de mercancías también es arbitraria: en ocasiones se permite pasar las mercancías… y en ocasiones el oficial decide no dejarlas pasar[413].

Diez días de octubre

Durante la primera *intifada*, la mayoría de los ciudadanos árabes del estado de Israel participaron solo de forma indirecta en la insurgencia: donaron sangre, alimentos y dinero a los palestinos de los territorios ocupados, pero se abstuvieron de realizar acciones directas contra Israel. Esta vez, sin embargo, los ciudadanos árabes de Israel, que en ese momento conformaban el 17% de la población total de la nación, reaccionaron de forma diferente. Uno de ellos, Mohaned Irbari, de la ciudad de Umm el Fahm, explica que él y sus amigos estaban horrorizados ante la muerte de tantos hermanos palestinos en los enfrentamientos con la policía en Jerusalén, lo que hizo que «muchos de nosotros saliéramos [a las calles]… para tirar piedras contra los soldados y la policía… con la policía tuvimos avances y retrocesos, como el gato y el ratón»[414]. La policía reaccionó con brutalidad y, por primera vez en la historia del país, abrió fuego contra sus propios ciudadanos. Cuando uno de esos árabes israelíes murió, recuerda Mohaned Irbari, «todos quedamos conmocionados. Pero había también rabia, y empezamos a avanzar de nuevo contra la policía… estábamos realmente furiosos y empezamos a gritar: "¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!". La cabeza me daba vueltas». Finalmente, los diez días de disturbios se saldaron con trece israelíes árabes muertos, cerca de setecientos heridos y centenares más arrestados.

Estos terribles sucesos envenenaron las relaciones entre árabes y judíos en Israel y exacerbaron aún más la división entre las dos comunidades; mientras los israelíes árabes estaban molestos por la brutalidad con que la policía había gestionado la situación, los israelíes judíos consideraban que la participación activa de los israelíes árabes en la *intifada* de Al Aqsa era un traición. En los sondeos de opinión, el 55% de los israelíes judíos contestó que su opinión de los israelíes árabes se había deteriorado debido a la participación de estos en el levantamiento palestino. Asimismo volvieron a oírse peticiones de que se expulsara a los israelíes árabes del país, una idea que durante los años precedentes había ganado fuerza; en una encuesta de opinión realizada en marzo de 2002, el 31% de los israelíes judíos se manifestó a favor de sacar del país por la fuerza a los israelíes árabes (un aumento significativo respecto de 1991, cuando quienes respondían así constituían el 24%) y el 60% dijo ser partidario de alentar a los árabes a emigrar de forma voluntaria[415].

Con todo, vale la pena señalar que, al igual que las protestas indirectas durante la primera *intifada*, las protestas de los israelíes árabes no eran solo

una muestra de solidaridad con sus hermanos bajo ocupación militar, sino también una expresión de su frustración con los prejuicios históricos de los que son víctimas dentro de la sociedad israelí. «Nuestros árabes», como los israelíes judíos suelen referirse a los árabes que viven en el estado de Israel propiamente dicho, siempre han sido tratados como ciudadanos de segunda clase, se les discrimina a diario y tienen una renta media menor que la de cualquier otro grupo étnico del país. Como explica Mohaned Irbari, lo que le llevó a manifestarse y enfrentarse a la policía «no fue solo que Sharon fuera a la mezquita de Al Aqsa», sino también la discriminación que sufría en Israel y el hecho de que «estaba harto de comer mierda todos estos años»[416].

En retrospectiva, los sucesos de octubre de 2000 marcaron una nueva fase en las relaciones entre judíos y árabes dentro de Israel, las cuales, en el momento en que esto escribo, se caracterizan por una tensión en aumento entre ambas comunidades; es muy probable que esa tensión siga creciendo en los próximos años y puede ocurrir incluso que desencadene una *intifada* entre los israelíes judíos y los israelíes árabes dentro de Israel[417].

Linchamiento en Ramala

Entre tanto, en los territorios ocupados de Palestina la violencia continuaba, y el 12 de octubre dos reservistas israelíes fueron asesinados en Cisjordania. Por su brutalidad, la respuesta de Israel y el ciclo de escalada de violencia que puso en marcha, este suceso resultaría ser un nuevo hito en la espantosa historia de la segunda *intifada*.

Los dos reservistas tomaron una desviación equivocada de camino a su base y terminaron entrando en Ramala, la más grande, moderna y secular de las ciudades palestinas. En medio del clima de tensión, la policía local detuvo a los militares y los llevó a una comisaría cercana, donde permanecieron retenidos durante algún tiempo. Sin embargo, la turba asaltó la comisaría y apuñaló a los israelíes, todo ello mientras un equipo de la televisión italiana, que estaba en la zona por casualidad, filmaba el drama. En un momento, uno de los atacantes apareció en la ventana para enseñar las manos manchadas de sangre a la multitud enardecida. Luego, los asaltantes arrojaron desde la planta alta el cuerpo sin vida de uno de los reservistas, que la turba arrastró después por las calles de la ciudad, una exhibición de odio puro que resultaba extremadamente desgarradora. El crimen, que recogieron las televisiones del

mundo entero, incluida, por supuesto, la israelí, fue en cierto sentido una imagen especular de la muerte televisada del niño Mohamed al-Dura en Gaza: si esta había generado un endurecimiento de la actitud de los palestinos, la muerte de los dos reservistas galvanizó las mentes de los israelíes, que empezaron a exigir venganza.

En el Ministerio de Defensa en Tel Aviv, el primer ministro presidió una reunión de emergencia especial en la que se acordó de forma unánime que era necesario tomar represalias a gran escala contra la Autoridad Palestina de Arafat, a la que los israelíes consideraban responsable del linchamiento. La decisión fue usar helicópteros de combate para contraatacar: era la primera vez en la *intifada* que se recurría a semejante armamento, lo que suponía una enorme escalada de violencia. Antes de pasar a la acción, Barak habló con el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, para advertirle del inminente ataque; mantener al tanto a Mubarak era vital, pues Egipto estaba en paz con Israel y Mubarak era una figura destacada en el mundo árabe y el patrocinador más importante de los palestinos. «Hay imágenes que no se pueden tolerar», dijo el primer ministro. Y añadió: «Uno de los cuerpos fue arrastrado por las calles… como un perro»[418].

Los helicópteros entraron en acción atacando la comisaría de policía de Ramala en la que había tenido lugar el linchamiento, donde destruyeron varios vehículos policiales; asimismo, bombardearon la estación de radio la Voz de Palestina, tres radiotransmisores y varios objetivos en Gaza. Tras el ataque, el primer ministro telefoneó al presidente Clinton para instarle a aislar a Arafat. «La posición de Estados Unidos debe ser clara —dijo Barak—. Los palestinos no pueden continuar disfrutando de la ayuda financiera o de otro tipo [de Estados Unidos]… Estados Unidos debe considerar con seriedad culpar públicamente a Arafat por haber causado un daño irreparable al proceso de paz e instigar a la violencia.»[419] Barak también esperaba que el presidente respaldara a Israel «de forma clara y visible» y le ayudara, diplomáticamente, «transmitiendo nuestras preocupaciones… a los países europeos en un esfuerzo de formar una política tan unificada como sea posible [contra Arafat]». La conversación incluyó también una advertencia del primer ministro: «Sería una distorsión de la historia que el compromiso del presidente Clinton con el proceso de paz durante siete años quedara reducido al legado de un proceso fallido debido a los engaños incesantes de Arafat». Después de la llamada, Barak se sentó a redactar una carta formal al mandatario estadounidense: «Hay serias dudas —escribió— de que el

presidente Arafat siga siendo un interlocutor válido para la paz. Los acontecimientos de la última semana y el linchamiento que ha tenido lugar hoy han hecho que seamos muchísimos los que en Israel lo ponemos en duda»[420]. Desde la fallida cumbre de Camp David el mantra del primer ministro había sido que Israel no tenía un interlocutor para la paz en el bando palestino, una idea que alcanzaría su clímax con el siguiente gobierno israelí.

Entre tanto, había una presión creciente para que tanto Arafat como Barak celebraran una cumbre en Sharm el-Sheij, Egipto, para negociar una tregua y poner fin a la violencia en los territorios ocupados. El presidente Mubarak telefoneó al primer ministro para convencerlo de que asistiera: «Usted es el fuerte aquí —le dijo—; sea tan paciente como le sea posible… [El linchamiento] nos conmocionó a todos». Y cuando el presidente Clinton insistió en la necesidad de que participara en la cumbre, Barak le espetó: «Hace siete años [Arafat] era un terrorista… Era intocable… *usted* lo ha convertido en una personalidad bienvenida»[421]. Con todo, al final aceptó viajar a Egipto para reunirse con Arafat y el resto de participantes[422].

Intento de conciliación en Sharm el-Sheij

La cumbre, el esfuerzo más intenso de la comunidad internacional por poner fin a la violencia, se celebró el 16 de octubre en Sharm el-Sheij y contó con la presencia de Barak y Arafat, los presidentes Clinton y Mubarak, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, el rey Abdalá II de Jordania y Javier Solana en representación de la Unión Europea.

El progreso en las reuniones fue lento y, en cierto sentido, penoso; el ambiente era tenso y desagradable. Decidido a que la cumbre fuera un éxito, el anfitrión, el presidente Mubarak, estuvo particularmente activo; y refiriéndose a la visita de Ariel Sharon al Monte del Templo, se quejó: «Sharon es la razón de todo este desbarajuste»[423].

Las conversaciones pronto se empantanaron, pues Arafat continuaba insistiendo, como había hecho unos días antes en París, en la necesidad de una investigación internacional sobre el origen de la *intifada*. Barak se entrevistó con el secretario general de la ONU, a quien mostró fotografías horripilantes de los soldados linchados, y le dijo: «No aceptaremos ninguna investigación internacional a menos que la autoridad emane de Estados Unidos», dijo[424].

El primer ministro aseguró a Annan que Israel podía dejarle «inspeccionar el informe antes de que se haga público… pero no podemos recompensar [a Arafat aceptando] una investigación internacional». Barak se reunió después con el rey Abdalá II de Jordania, al que también enseñó las fotografías de los soldados linchados. El monarca le dijo: «Queremos salir de aquí con una declaración positiva… En las calles de los países árabes los ánimos están muy exaltados»[425]. Finalmente el presidente Clinton logró cerrar un acuerdo, pero justo antes de que las partes lo firmaran, Arafat, como ya había hecho en París, se escabulló del recinto antes de rubricarlo. Desesperado y sin alternativas, el dignatario estadounidense tuvo que contentarse con leer antes los medios de comunicación del mundo entero el documento de alto al fuego acordado, pero no firmado, por las partes:

> El primer ministro Barak y el presidente Arafat han acordado… Primero, emitir declaraciones públicas pidiendo de forma inequívoca el fin de la violencia… Segundo, Estados Unidos creará… un comité para determinar lo sucedido en las últimas semanas… Se presentará un informe final para su publicación bajo los auspicios del presidente de Estados Unidos. Tercero… Estados Unidos consultará con las partes… el modo de seguir avanzando [en el proceso de paz][426].

Sin embargo, sobre el terreno la insurgencia palestina seguía en su apogeo y para sofocarla el ejército israelí recurrió a métodos cada vez más severos; y aunque Barak había prometido en Sharm el-Sheij retirar los tanques de las nuevas áreas invadidas tras el comienzo del levantamiento, los militares mantuvieron sus posiciones. De hecho, en una reunión con los altos mandos el primer ministro ordenó a los generales apretarles aún más las tuercas a los palestinos, y algunas de sus instrucciones desafiaban las leyes internacionales: «sabotear la capacidad de los palestinos para hacer transmisiones de televisión y radio… Cortes de electricidad de seis horas… Impedir la llegada de gasolina [a las zonas controladas por los palestinos]… Suspender la compra de sus productos agrícolas»[427]. A los ministros, Barak les dijo: «[debemos proceder] con los ojos abiertos, conscientes de que no vivimos en Europa occidental o en Norteamérica… [Oriente Próximo] es un vecindario muy difícil»[428].

Barak telefoneaba a Clinton diariamente para pedirle que sacudiera y presionara a Arafat con el fin de que «detenga de inmediato la violencia y las provocaciones»[429]. Después de una de sus conversaciones con Arafat, Clinton llamó a Barak para comunicarle lo que le había dicho al líder

palestino: «Usted lo sabe, no hemos puesto fin a la violencia y usted no ha hecho algunas de las cosas que prometió hacer [en Sharm el-Sheij]». A continuación, dijo, repasó los pactos alcanzados por las partes en Egipto con los que el líder palestino seguía sin cumplir. Pero entonces, prosiguió Clinton, Arafat «la emprendió con que Barak estaba empleando una fuerza excesiva y que mirara cuántas bajas palestinas había… y que no podían conseguir comida ni ir a trabajar y todo eso». Según refirió al primer ministro, Clinton le dijo entonces a Arafat: «Bueno, es posible que todo eso sea cierto, pero, no obstante, usted tiene que cumplir su parte del trato; a menos que termine la violencia, va a tener más problemas de ese tipo».

Aun así, la insurrección continuó, y el primer ministro volvió a instar a los generales a que aumentaran todavía más la presión sobre los palestinos: «interrumpir las trasferencias de dinero… gasolina… cemento… electricidad [y]… aumentar los controles de seguridad [en los puestos de control]»[430]. Sin embargo, no todos los ministros israelíes pensaban que la fuerza fuera la forma de poner fin a la guerra con los palestinos: Simon Peres, el artífice de los Acuerdos de Oslo, solicitó a Barak que le permitiera entrevistarse con Arafat en Gaza para intentar llegar a un pacto que pusiera fin a los enfrentamientos. El primer ministro, que hasta ese momento se había mostrado escéptico, aprobó el encuentro y, en consecuencia, Peres se desplazó a Gaza, donde el 1 de noviembre se reunió con Arafat. Arafat estaba de un humor de perros y culpó al primer ministro de la acciones del ejército:

> Hay intensos bombardeos por todas partes [en] Jericó, Ramala, Naplusa, Belén… mañana [se había informado en la radio israelí] se usará a la fuerza aérea… Se emplearán nuevas armas para herir a los dirigentes palestinos… [Barak] no retiró los tanques [como en Sharm el-Sheij habían acordado hacer]. Ustedes impiden el transporte de comida… tienen sitiadas las ciudades [palestinas]… hay más de doscientos muertos y mil heridos… estamos haciendo cuanto podemos para calmar la situación [pero] ustedes están usando tanques, helicópteros[431].

Uno de los colegas de Arafat presente en la reunión espetó a Peres: «Saquen los tanques de una vez». Y añadió: «Están matando a la gente como si fueran vacas… Retiren los tanques»[432].

A su regreso a Israel, Peres informó a Barak de que Arafat tenía muchas quejas (en particular, la ira que sentían los palestinos por la opresión del ejército y el uso de tanques), pero también pudo dar cuenta de cierto avance:

él y el líder palestino habían llegado a un entendimiento, concretado en un texto que Barak y Arafat debían leer por radio de forma simultánea para restaurar la calma. He aquí el texto del anuncio propuesto:

> Los bandos israelí y palestino acordaron anoche difundir un llamamiento conjunto para que cese la violencia. Por tanto, pido a todas las fuerzas y grupos que se abstengan de recurrir a la violencia, las provocaciones y el uso de la fuerza con el fin de restaurar la paz y la tranquilidad… Ambas partes tienen la esperanza de un futuro de estabilidad, prosperidad y paz, cuando dos entidades políticas separadas coexistan la una junto a la otra en una relación de buena vecindad. Las partes se comprometen a realizar todo esfuerzo necesario para cumplir este sueño de la paz de los valientes con dignidad, justicia y respeto mutuo[433].

Esa tarde, hacia las 12.45, el primer ministro se encontraba en la sede de una cadena de radio en Tel Aviv, listo para leer el anuncio pactado a las 14.00, cuando se enteró de que quien iba a leer la declaración para los palestinos no era Arafat sino uno de sus colaboradores. Eso, estaba claro, era una ruptura del acuerdo alcanzado con Peres y, obviamente, reducía las probabilidades de que los milicianos palestinos se tomaran el llamamiento en serio. Y como si se tratara de una confirmación del desaire de Arafat, poco después, alrededor de las 15:00, una explosión en Jerusalén mataba a dos israelíes. El trato entre Arafat y Peres había quedado en nada.

Asesinatos

Después del ataque, el presidente francés Jacques Chirac telefoneó a Barak para expresarle sus condolencias: «El ataque de hoy en Jerusalén me ha conmocionado… Lo condeno. He hablado con Arafat esta mañana y le he dicho con firmeza que tiene que volver a la mesa de negociaciones»[434]. Estados Unidos también intervino para intentar calmar la situación. El 4 de noviembre, el embajador de Estados Unidos en Israel, Martin Indyk, se entrevistó con el primer ministro para transmitirle un mensaje del presidente Clinton, quien consideraba que la reunión entre Arafat y Peres debía servir como punto de partida para la renovación de las conversaciones de paz y que las partes debían dar una nueva oportunidad al proceso. El diplomático informó a Barak de que Clinton había enviado un mensaje a Arafat en el

mismo sentido, instándole a arrestar a los terroristas, dejar de atacar a Israel y detener todas las protestas y disturbios. Indyk rogó a Barak que intentara minimizar las bajas entre los palestinos, pues el elevado número de víctimas mortales y heridos entre ellos solo estaba contribuyendo a generar más y más violencia. De hecho, Barak era muy consciente de que la enorme cantidad de bajas palestinas dañaba la imagen de Israel en el exterior, y eso fue una consideración importante en su decisión de autorizar una nueva política para combatir la insurgencia: el asesinato.

Los israelíes se refirieron a esta nueva política con términos engañosos como «eliminación», «asesinato selectivo», «identificación precisa de atacantes» o «neutralización de los organizadores de los ataques». El primer blanco conocido de esta política, desde el comienzo de la *intifada* de Al Aqsa, fue el activista palestino Husein Abayat, asesinado el 9 de noviembre de 2000 en Beit Sahour, cerca de Belén, mediante misiles disparados contra su coche desde helicópteros de combate[435]. Imad amil Fares, residente en la localidad, fue testigo presencial del asesinato:

> De repente oí una explosión. Las ventanas de mi casa se rompieron y los postigos quedaron dañados. Cuando me asomé fuera vi un Mitsubishi gris en llamas y el cuerpo calcinado del conductor [Abayat]. Cerca del coche había dos mujeres tendidas en el suelo que parecían tener heridas graves. Tenían la cara negra, completamente quemada y todavía sangraban[436].

A este asesinato pronto le siguieron otros, pero ni siquiera eso detuvo a la insurgencia.

Barak insistió en culpar a Arafat de la escalada de violencia, y volvió a decir al mundo, y en particular a Washington, que en la búsqueda de la paz Israel no tenía interlocutor. Este argumento resultó fortalecido tras el informe de un grupo de senadores estadounidenses encabezado por Danny Abram, un estrecho aliado del presidente Clinton y del mismo Barak, que visitó a Arafat en Ramala y luego regresó a Israel para informar oralmente y por escrito al jefe de gabinete del primer ministro, quien lo resumió de la siguiente forma:

> Informe de Danny Abram (25 de noviembre)
>
> 1. El lunes 22 de noviembre de 2000 Danny Abram, Wayn Evans, el senador Torichli y el miembro del senado Hintzi se reunieron con Arafat. 2. Los visitantes encontraron a Arafat convertido en alguien sin autocontrol. Abram relató que Arafat se comportaba de forma

> extraña e incluso asustó a sus visitantes, cuyas vidas amenazó. 3. Como consecuencia de esa reunión, Abrams concluyó que Arafat no es ya un interlocutor [para la paz][437].

Con todo, el 11 de diciembre, el primer ministro habló por teléfono con Clinton y, tras darle cuenta de la situación de seguridad («un mal día después de dos días relativamente buenos»), le dijo que deseaba darle otra oportunidad a la paz y quizá el presidente consiguiera convencer a Arafat de hacer «un último esfuerzo… para renovar las negociaciones»[438]. Clinton, siempre dispuesto a apoyar las ideas de Barak, replicó: «Me quedan cuarenta días [en el cargo] y haré cuanto pueda para ayudar a la consecución de la paz»[439].

El enfoque de Barak era extraño y bastante confuso: desde la fallida cumbre de Camp David había insistido en que Arafat no era un interlocutor para la paz, pero, al mismo tiempo, pedía a Washington que intentara reanudar las conversaciones precisamente con quien según él no era un interlocutor válido. Es posible, por supuesto, que Barak sintiera la necesidad de mostrarse de vez en cuando como alguien dispuesto a darle una oportunidad a las negociaciones con el fin de aplacar tanto a la opinión internacional como a algunos israelíes dentro del propio Partido Laborista, de centroizquierda. Fuera cual fuese el motivo, el hecho es que el presidente Clinton organizó un encuentro de los negociadores de ambas partes el 19 de diciembre en la Base Bolling de la fuerza aérea, a las afueras de Washington. Luego, a partir de las conversaciones y justo antes de la Navidad de 2000, el presidente invitó a los equipos a la Casa Blanca para presentarles sus propias ideas para el proceso de paz, su último esfuerzo antes de dejar la presidencia en enero.

El último esfuerzo desesperado de Clinton

Lo que Clinton presentó ese día en la Casa Blanca no eran los términos de un acuerdo definitivo, sino unas directrices para unas negociaciones aceleradas que tenía la esperanza de que podrían concluirse en cuestión de semanas. A la aceptación de las directrices, que terminarían conociéndose como los «Parámetros de Clinton», le seguiría una breve fase de negociaciones entre las partes en un esfuerzo por cerrar el acuerdo de paz el 10 de enero de 2001, justo antes de que Clinton abandonara la Casa Blanca. Como Barak estaba obsesionado por el temor de que Arafat se embolsara cualquier propuesta para

usarla luego como punto de partida y obtener todavía más concesiones de Israel, él y Clinton acordaron que el presidente leyera a las partes sus ideas, pero no les entregara ningún documento oficial. Es probable que, dado el entendimiento entre Israel y Washington, Clinton hubiera mostrado sus parámetros con antelación al primer ministro, pero no a Arafat. La mañana del sábado 23 de diciembre Clinton leyó en voz alta sus ideas a los negociadores israelíes y palestinos mientras estos tomaban nota. Luego dio a las partes cinco días para responder con un «sí» o un «no» a la propuesta.

Lo que Clinton propuso en la Casa Blanca para terminar con la ocupación israelí y resolver definitivamente el conflicto palestino-israelí fue lo siguiente. En cuanto al territorio que Israel debía transferir a los palestinos para que ellos pudieran establecer un estado independiente, Clinton propuso que la cifra debía estar entre un 94 y un 96% del territorio de Cisjordania[440]. Por el 4 o 6% de territorio cisjordano que Israel se anexionaría con el fin de incorporar los grandes bloques de asentamientos donde vivía el 80% de los colonos (todos los asentamientos aislados serían desmantelados), Clinton propuso que Israel compensara a los palestinos mediante un intercambio de tierras en otro lugar. Sobre Jerusalén, el principal obstáculo en las conversaciones previas, Clinton propuso que «el principio general es que [dentro de los límites de la Jerusalén actual] las zonas árabes son palestinas y las judías, israelíes». Respecto al núcleo de la cuestión, es decir, el Monte del Templo/el Haram al-Sharif, el presidente propuso que las partes compartieran la soberanía del lugar: los palestinos tendría la soberanía *sobre* el Haram y los israelí *bajo* él, donde están sepultadas las ruinas del Templo judío. En relación a los refugiados y la reclamación palestina de su «derecho de retorno» a los hogares de sus antepasados en Israel, Clinton propuso que el principio rector debía ser que el estado palestino fuera el destino fundamental de los palestinos que eligieran regresar a la región, pero sin descartar que Israel aceptara a algunos de esos refugiados.

Una lectura atenta de la propuesta de Clinton evidencia que lo que pretendía era utilizar los dos principales obstáculos para un acuerdo palestino-israelí, a saber, la soberanía sobre el Monte del Templo/el Haram al-Sharif, y el derecho de retorno de los refugiados palestinos a Israel propiamente dicho, de modo que se contrarrestaran entre sí. Se ofrecía a los palestinos la soberanía sobre el Haram, lo que era una concesión por parte de Israel, y a cambio se les pedía que renunciaran a la exigencia de tener el derecho de regresar a territorio israelí. Por último, Clinton dijo que el acuerdo debía marcar con claridad el fin del conflicto y que su implementación pondría fin a

todas las reclamaciones de los palestinos, un punto que Israel consideraba decisivo y sobre el cual había insistido una y otra vez.

Al mismo tiempo que se esforzaba por convencer a sus ministros de que aceptaran el programa de Clinton, Barak intentó acumular presión sobre Arafat para que hiciera lo mismo. Habló con el presidente de Egipto, Mubarak, al que propuso que viera a Arafat y tratara de arrancarle una respuesta positiva y, además, que lo instara a reducir el nivel de violencia en los territorios ocupados, algo que podría «ayudarme a convencer a la opinión pública israelí de que acepte [las ideas de Clinton]»[441]. Las concesiones que el plan exigía a Israel, dijo el primer ministro a Mubarak, «son muy dolorosas», pero si Arafat decía claramente «sí» a las ideas de Clinton sin reservas de ningún tipo, entonces «yo haré lo mismo». Barak terminó la conversación con el mandatario egipcio diciendo: «Estoy sentado aquí, en la misma silla en la que [el asesinado primer ministro] Rabin solía sentarse, y él acostumbraba contactar con usted siempre que había una crisis y estoy seguro de que podría ayudarnos muchísimo si convence a Arafat de seguir adelante».

La aceptación oficial de los Parámetros de Clinton por parte de Israel quedó reflejada en una carta a la Casa Blanca que incluía también un documento de veinte páginas con sus reservas y comentarios[442].

Mientras Washington esperaba la respuesta de Arafat, en los territorios ocupados el ejército continuaba su intercambio de golpes con los insurgentes palestinos. El nombramiento, en diciembre de 2000, del general Doron Almog como jefe del Mando Meridional de las FDI tuvo como consecuencia una respuesta militar a gran escala contra la insurgencia palestina en la Franja de Gaza. Bajo su mando, se despejaron extensiones enteras de tierra: se arrancaron árboles, se demolieron casas y grandes áreas de la región se convirtieron en «zonas de seguridad especiales», auténticas zonas de la muerte. A medida que luchar directamente contra los militares en los territorios ocupados fue resultándoles más y más difícil, los insurgentes optaron por llevar la guerra a las ciudades israelíes: el 28 de diciembre, cerca de Tel Aviv, una bomba en un autobús dejó un saldo de trece civiles heridos.

Para finales de diciembre de 2000, cuando la *intifada* de Al Aqsa cumplía tres meses, las víctimas mortales de la contienda eran muy numerosas, en particular entre los palestinos: 272, en comparación con los 41 israelíes muertos en el mismo período.

Una oportunidad perdida

Un día antes de que Clinton recibiera a Arafat en Washington para conocer la respuesta palestina al programa de paz que había propuesto, el presidente llamó a Barak para informarle de una conversación telefónica que había tenido con el líder palestino y en la que «Arafat tenía toda clase de comentarios», al punto de hacerle cuestionarse si, al final, iba a responder positivamente a los parámetros[443]. Barak era escéptico: «Cuando miro su comportamiento y los informes de los servicios de inteligencia, advierto un intento de remolonear», dijo antes de añadir:

> Él alimenta la violencia… Intenta sacarnos el máximo a usted y a mí… Usted, señor presidente, debe ayudar a presentar las cosas como son, qué parte estaba dispuesto a seguir adelante, qué parte fomentaba el terrorismo… Arafat no puede seguir engañándolos a ustedes y a nosotros.

El 3 de enero Clinton telefoneó a Barak para informarle de su reunión con Arafat y comunicarle que el líder palestino había rechazado la propuesta. Clinton estaba profundamente decepcionado. Según le contó a Barak, le había dicho a Arafat: «¿Sabe? Siempre me han dicho que usted es alguien que esperará hasta que falten cinco minutos para las doce, pero me temo que su reloj se ha estropeado, señor presidente»[444].

De hecho, es muy probable que el veredicto de la historia sea que en diciembre de 2000 Arafat perdió la oportunidad de tener una Palestina independiente con Jerusalén Oriental como capital, incluido algo que se le escapó en Camp David y ahora se le ofrecía, a saber, la soberanía sobre el Haram al-Sharif. ¿Por qué rechazó esa oferta? Quizá porque pensaba que el presidente entrante, George W. Bush, sería más generoso que la administración Clinton, a quien los palestinos consideraban demasiado cercano a los israelíes. O quizá porque no quería tener que presentarse ante su pueblo y decirle que había conseguido la soberanía sobre parte de Jerusalén, pero que, al mismo tiempo, no había logrado obtener el derecho de retorno de los refugiados a la antigua Palestina. Durante años él, como tantos otros, había prometido a los refugiados palestinos que un día podrían volver a sus antiguos hogares en lo que hoy es Israel. El negociador palestino Abu Ala’a, un estrecho aliado de Arafat, explicó en una ocasión que

> ni un solo palestino ha renunciado jamás al sueño del retorno. Ese

> sueño… ha sido la fuerza motriz detrás de nuestras vidas, ha sido, de hecho, lo que nos ha mantenido con vida… En el exilio los palestinos han terminado por expresarlo en varias frases entre ellos. Se dan la bienvenida unos a otros con la expresión «a nuestro retorno»; hablan constantemente de «nuestra patria»; y los días de fiesta dicen «nuestro banquete llegará con el retorno»[445].

Es evidente que a Arafat la idea de renunciar a este aspecto central de la identidad y la vida palestinas le resultaba inaceptable; así que, en lugar de ello, decidió esperar a que llegara una oferta mejor, prefirió mantener el *statu quo* a tener que tomar decisiones difíciles. Más tarde, Mohamed Rashid, uno de sus consejeros más cercanos, reconocería que «cometimos un error estratégico al no aceptar las propuestas de Clinton»[446]. En el momento en que escribo esto, los Parámetros de Clinton siguen siendo la mejor oferta oficial que los palestinos hayan recibido.

Entre tanto, la principal preocupación del primer ministro era mantener a raya a la insurgencia palestina en vísperas de las elecciones generales, previstas para febrero de 2001. Por tanto, aceptó que sus negociadores celebraran una ronda de conversaciones de bajo perfil en Taba, Egipto, porque mantener el diálogo no era perjudicial y, en cambio, podía contribuir a reducir el nivel de violencia.

Al mismo tiempo, sin embargo, Barak ordenó al ejército israelí sofocar la revuelta con mano de hierro, imponiendo toques de queda, desplegando todavía más puestos de control en las carreteras, controlando el movimiento de los palestinos y acelerando el asesinato de activistas destacados. El 13 de febrero, Maso'oud Ayyad, de cincuenta años, un importante miembro de la guardia presidencial de Arafat conocida como Fuerza 17 (*quwa sab'a'asher*), fue asesinado mientras conducía su coche cerca del campo de refugiados de Jabaliya, en el norte de la Franja de Gaza; el vehículo había sido alcanzado por tres misiles disparados desde helicópteros israelíes. Cuatro transeúntes, incluido un niño, resultaron heridos en el ataque y dos personas quedaron en estado de choque. El primer ministro dijo que el asesinato era «un mensaje claro de que cualquiera que pretenda hacer daño a los israelíes no tendrá escapatoria y el largo brazo de las Fuerzas de Defensa de Israel dará con él para ajustar cuentas»[447]. De cara a las elecciones era una buena declaración, pero lo cierto es que nunca ha quedado establecido con claridad que la política de asesinatos durante la *intifada* fuese, en términos de reducción de la violencia palestina, un éxito. Si bien el Tribunal Supremo de Israel dictaminó

que los asesinatos eran legales siempre que los blancos estuvieran involucrados activamente en la lucha, o trabajaran como milicianos de tiempo completo, en la opinión pública israelí esas acciones produjeron cierto desasosiego. El 19 de febrero de 2001, Dan Meridor, presidente del Comité de Asuntos Exteriores y Defensa de la Kneset, envió una carta al primer ministro en la que le aconsejaba reconsiderar la polémica política. He aquí la carta:

> Secreto
>
> Señor primer ministro:
>
> Quiero llamar su atención sobre un desarrollo peligroso derivado de lo que en el mundo se considera… como «una política de asesinatos». La Comunidad Europea se dirigió a nosotros para solicitar el cese de esta actividad argumentando que se trata de «una política que va en contra de las leyes internacionales». Estados Unidos ha manifestado su oposición a una política de «operaciones selectivas», e incluso declaró que retrasará el suministro de miras telescópicas a Israel… los cambios que en los últimos tiempos ha experimentado el mundo y que permiten la acusación por crímenes de guerra deberían tenerse en cuenta a la hora de decidir nuestras políticas[448].

Sin embargo, la decisión de continuar o no con el asesinato de activistas palestinos y, de hecho, con todas las demás políticas para reprimir la insurgencia en los territorios ocupados iba a quedar en manos de un nuevo primer ministro, precisamente el hombre que había encendido la mecha de la insurrección con su visita al Monte del Templo: Ariel Sharon.

13

Sharon y Arafat, 2001-2004

Es una curiosa ironía que, no mucho después de su polémica visita a la Explanada de las Mezquitas, Sharon derrotara a Barak con una victoria aplastante en las elecciones y en marzo de 2001 se convirtiera en primer ministro de Israel. A diferencia de su predecesor, que había buscado acuerdos de paz de gran alcance para poner fin al conflicto árabe-israelí y la ocupación, las metas de Sharon eran más modestas: acabar con la insurgencia palestina, recobrar la estabilidad, volver a la normalidad y, siempre que la calma perdurara, negociar un acuerdo limitado, provisional, con los palestinos. Sharon no tenía ningún deseo de negociar con Siria, pues consideraba que el precio de la paz allí, la devolución del Golán, era demasiado alto y no había prisa por hacerlo, pues el frente sirio había estado tranquilo desde hacía muchos años.

Una insurgencia más sangrienta

Sharon conoció la ira de la insurgencia palestina casi al instante. Solo en marzo, el mes en que se convirtió en primer ministro, hubo tres atentados suicidas en Israel, en los que murieron seis israelíes y hubo decenas de heridos. Furioso por estos ataques, el primer ministro culpó púbicamente a Arafat, como terminaría haciendo con frecuencia, y el lenguaje utilizado fue tan agresivo que el nuevo presidente de Estados Unidos, George W. Bush temió que Sharon intentara matar al líder palestino, algo que incendiaría Oriente Próximo. En medio de este mes sangriento, cuando los dos líderes se reunieron en Washington, el presidente quiso asegurarse de que Sharon no recurriría a una medida tan extrema. El siguiente intercambio de palabras entre ambos, que tuvo lugar el 20 de marzo, es en realidad una promesa por

parte del primer ministro:

Bush: ¿De verdad odia a Arafat?

Sharon: ¡Sí!

Bush: ¿Se propone matarlo?

Sharon: ¡No!

Bush: ¡Muy bien![449]

La violencia continuó: el 18 de mayo un nuevo atentado suicida en Netanya, en el norte de Israel, dejó cinco víctimas mortales y más de un centenar de heridos. Criticado con dureza en Israel por no estar haciendo lo suficiente para detener estos ataques, Sharon envió los F-16 de la fuerza aérea a bombardear Naplusa y Ramala; era la primera vez que se utilizaban aviones de combate contra Cisjordania desde la guerra de 1967[450]. No obstante, ni siquiera los bombardeos aéreos consiguieron detener los ataques suicidas, pues para entonces las milicias palestinas habían convertido esa táctica en un recurso efectivo para doblegar a Israel.

Los atentados suicidas eran un método concebido para contrarrestar con la enorme asimetría de poder entre el ejército israelí y los palestinos. Sayeed Siyam, un miembro de Hamás, lo explica del siguiente modo: «En Hamás consideramos que los ataques suicidas… son la carta que los palestinos pueden jugar para hacer frente a la ocupación… Nosotros no tenemos helicópteros Apache… así que usamos nuestros propios métodos»[451]. Los terroristas suicidas eran misiles humanos guiados con precisión y, como tales, infligían importantes bajas, principalmente civiles, en el bando israelí, paralizaban la vida cotidiana y producían un gran impacto en la moral del país. Durante los primeros dos años de la *intifada* de Al Aqsa, los palestinos enviaron a ciento cuarenta y cinco terroristas suicidas a Israel[452]. Y así, mientras el símbolo de la primera *intifada* eran los niños palestinos tirando piedras contra el ejército, el símbolo de la *intifada* de Al Aqsa fue el terrorista suicida.

El 20 de mayo surgió una oportunidad de calmar la situación gracias a la publicación del Informe Mitchell. Tras mediar con éxito en el conflicto de Irlanda del Norte, el exsenador estadounidense George J. Mitchell había presidido la comisión de investigación creada en octubre de 2000 en la cumbre de Sharm el-Sheij (un encuentro que, por lo demás, había resultado un fracaso). La comisión se había creado para investigar las causas de la

intifada de Al Aqsa, proponer formas de acabar con ella y buscar el modo de evitar que se repitieran sucesos similares en el futuro. En su informe, Mitchell propuso una serie de pasos concretos que ambos bandos debían dar, empezando por un cese de las hostilidades (esencial si las partes querían pasar a las siguientes fases) y finalizando con la reanudación de los diálogos de paz.

El primer ministro respondió con rapidez el 22 de mayo mediante la declaración de un alto el fuego unilateral y el compromiso de que a partir de ese momento el ejército solo dispararía en defensa propia. Es probable que Sharon hubiera llegado a la conclusión de que los palestinos continuarían con la insurgencia de todos modos y que eso le permitiría culpar de la violencia a Arafat. De hecho, la respuesta palestina no fue alentadora: el 25 de mayo hubo dos atentados suicidas, uno en la ciudad de Hadera y el otro en un puesto de control en la Franja de Gaza; entre ambos causaron sesenta y cinco heridos. Dos días después treinta israelíes resultaron heridos por una bomba en Jerusalén. No es fácil discernir por qué Arafat no se sumó al alto el fuego. Es posible que sintiera que no controlaba a la mayoría de los milicianos, en particular a los islamistas de Hamás, muchos de los cuales le rechazaban como líder, o quizá porque era consciente de que un alto el fuego no impediría que el ejército continuara usando su mano de hierro en los territorios ocupados en forma de toques de queda, puestos de control, embargos, etc. De hecho, pese a haber acogido oficialmente el Informe Mitchell, Sharon también aconsejó al general Shaul Mofaz, el jefe del Estado Mayor del ejército, «atacar a los palestinos en todas partes… de forma simultánea. Los palestinos deben despertarse cada mañana y descubrir que doce de ellos han muerto»[453]. El nuevo primer ministro convirtió la guerra contra el «terrorismo» palestino, que era como se refería a la insurgencia, en la principal prioridad de las fuerzas armadas: «Esa es su guerra… Es en la victoria sobre los palestinos donde usted se probará», le dijo a Mofaz[454]. ¿De veras creía Sharon, un hombre con no poca experiencia en la guerra como soldado (en todas las guerras de Israel desde 1948 hasta 1973) y como ministro de Defensa (durante la invasión del Líbano en 1982), que por ese camino el ejército podía alcanzar la «victoria» sobre los insurgentes? Probablemente no, y al exigir al ejército que matara a decenas de palestinos le estaba dando luz verde para que actuara de forma salvaje, lo que sin duda sabía que solo serviría para alimentar el círculo vicioso de la violencia.

El 1 de junio, Said al-Hutri, un miliciano de Hamás oriundo de Naplusa, causó una carnicería inmolándose en un club nocturno de Tel Aviv: veintiún

muertos y más de ochenta heridos, la mayoría de ellos adolescentes, el peor atentado suicida que había conocido la ciudad. Para Sharon todo ello era culpa de Arafat, pues aunque los ataques eran llevados a cabo por Hamás y la Yihad Islámica, organizaciones rivales de la Autoridad Palestina sobre las que Arafat tenía escaso control directo, Sharon consideraba que el líder palestino no hacía cuanto podía por impedir los atentados. La animadversión entre ambos era sin duda enorme y se remontaba a la época de la guerra del Líbano, cuando Sharon, el arquitecto de esa confrontación, sitió a Arafat en Beirut y si se abstuvo de matarlo fue solo siguiendo instrucciones claras de Estados Unidos. La noche del atentado en Tel Aviv, el primer ministro convocó una reunión de emergencia del gabinete con el fin de aprobar un plan para «apartar» a Arafat (con lo que quizá se refería a expulsarlo; recuérdese que en marzo Sharon había prometido al presidente George W. Bush que no mataría a Arafat). Sin embargo, temiendo que la expulsión, concediendo que pudiera llevarse a cabo (era sabido que Arafat siempre iba armado y existía la posibilidad de que prefiriera morir luchado a dejarse arrestar por soldados israelíes), resultara contraproducente y terminara convirtiendo a Arafat en un mártir, los ministros decidieron no expulsarlo.

Entre tanto, conmocionados por el baño de sangre que estaba teniendo lugar en Israel y los territorios ocupados, los líderes mundiales instaron a Arafat a corresponder y sumarse a Sharon en la aceptación del alto el fuego exigido por el Informe Mitchell, algo que finalmente hizo el 2 de junio. Pero eso no detuvo la *intifada*. Una de las cosas que más contribuía a inflamar la situación era, en particular, la política de asesinatos de Israel, una herencia del gobierno de Barak, pues presionaba a los milicianos a devolver cada golpe para demostrar su resiliencia. Por tanto, al asesinato de dos destacados líderes de Hamás en Naplusa (los jeques Gamal Mansur y Gamal Salim) el 31 de julio, Hamás respondió, como era de esperarse, con un atentado: el 9 de agosto, en Sbarro, una concurrida pizzería del centro de Jerusalén, un terrorista suicida mató a quince personas y causó heridas a ciento treinta.

Los israelíes golpearon de nuevo el 27 de agosto, mediante un ataque con misiles contra la sede del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) en Ramala; los misiles cumplieron su objetivo y mataron al jefe de esta facción, Abu Ali Mustafa, de sesenta y tres años. Esto suponía una grave escalada del conflicto, pues Mustafa era un líder político, no un miliciano. Jibril Rajoub, un estrecho colaborador de Arafat, recuerda la conmoción que sintió al enterarse del asesinato: «No me podía mover [era como si] estuviera paralizado [y sabía] que el asesinato de Abu Ali Mustafa tendría que provocar

una respuesta demoledora de los palestinos»[455]. De hecho, al matar a un líder político Sharon llevó su táctica contrainsurgente a un nuevo nivel, con lo que efectivamente obligó a los palestinos a elevar de categoría sus ataques y elegir como blanco a un líder político que les permitiera demostrar que estaban en condiciones de prevalecer. Lo consiguieron el 17 de octubre, cuando en el hotel Hyatt de Jerusalén, dos palestinos asesinaron al ministro de Turismo de Israel, Rehavham Ze'evi, uno de los políticos más radicales del país. El asesinato, declararon los palestinos más tarde, era una represalia por el asesinato de su líder Ali Mustafa.

El ojo por ojo continuó durante semanas y meses. Para Sharon la última gota llegó el 12 de diciembre, cuando un ataque suicida en un autobús cerca del asentamiento judío de Emanuel, en Cisjordania, causó diez muertos y treinta heridos. Al enterarse del atentado, el primer ministro tomó el teléfono y ordenó al ejército bombardear el cuartel general de Arafat en Gaza y destruir toda su flota de helicópteros; el mensaje era claro: el nudo estaba cerrándose y el ejército estaba cada vez más cerca. Tras culpar al líder palestino de la continuación de la violencia, Sharon declaró: «el presidente Arafat es irrelevante… no se mantendrán contactos con él»[456].

No obstante, le gustara o no al primer ministro, Arafat continuaba siendo el líder palestino más relevante en los territorios ocupados y, por entonces, él mismo concluyó que debía contener a los milicianos, aunque solo fuera para demostrar, precisamente, que no había perdido autoridad. Por tanto, el 16 de diciembre Arafat pidió «la suspensión completa de todas las operaciones, en especial las operaciones suicidas»; el llamamiento tuvo un efecto tremendo y puso prácticamente término a los ataques contra Israel, incluidos los perpetrados por Hamás y la Yihad Islámica[457]. Para quienes aseguraban que si quería, Arafat podía poner coto a la violencia palestina, lo ocurrido les dio la razón. Parece ser que a pesar de la influencia cada vez mayor de los grupos islamistas, él, el líder palestino más famoso de todos, todavía mantenía alguna autoridad sobre ellos.

Mientras, Israel continuaba dando caza a los milicianos palestinos. Uno de los principales blancos era Raid Karmi, de veintiocho años, que vivía en la ciudad cisjordana de Tulkarem. Según declaraciones del entonces jefe del Estado Mayor, Shaul Mofaz, al autor, Karmi era «un terrorista con las manos manchadas de sangre… teníamos que arrestarlo o matarlo»; y como esto último era más fácil de hacer, se tomó la decisión de eliminarlo[458]. El palestino era escurridizo y ya había sobrevivido a un atentado contra su vida.

El ministro de Defensa, Ben Eliezer, explicó al autor que Karmi «utilizaba disfraces, se movía de un lugar a otro… cambiaba de ubicación». Pero finalmente los israelíes descubrieron un punto débil: solía visitar a su amante, la esposa de un funcionario palestino, casi a diario antes de comer. De regreso a su escondite, Karmi utilizaba siempre la misma ruta a lo largo del muro de un cementerio; conocer esa rutina permitiría al ejército eliminarlo.

Los israelíes, sin embargo, tenían un dilema: desde diciembre de 2001, había un alto el fuego, que pese a ser frágil se mantenía, y un asesinato de tan alto perfil sin duda acabaría con él. No obstante, Sharon tenía cierta afición por las operaciones especiales de este tipo y consiguió aprobarla a pesar de alguna oposición dentro de su propio gabinete. Una vez el ejército tuvo luz verde para eliminar a Karmi, plantó una bomba en el muro del cementerio que formaba parte de su ruta habitual y, el 14 de enero de 2002, cuando el palestino pasó por delante, una potente explosión lo mató en el acto. Abu Hamid, un colega de Karmi, recuerda que después del asesinato hubo una consulta, de la que salió una respuesta: «El denominado alto el fuego está cancelado, cancelado, cancelado… Ustedes [los israelíes] han desatado el infierno sobre sí mismos. Arderán en su fuego»[459].

Las semanas posteriores al asesinato de Karmi fueron sangrientas para ambos bandos: solo en febrero murieron veintiocho israelíes y varias decenas de palestinos, y resulta inevitable preguntarse por qué razón los israelíes consideraron que valía la pena matar a una persona, incluso a una persona tan peligrosa como Karmi, cuando se tenía la certeza de que con ello se estaría eliminando también el alto el fuego. El ejército, por supuesto, reaccionó siguiendo las instrucciones del primer ministro, quien declaró abiertamente que «es necesario golpear a los palestinos y el golpe ha de ser muy doloroso. Tenemos que causarles pérdidas, víctimas»[460].

La situación no tardó en empeorar aún más como consecuencia del ataque que, en represalia por la muerte de Karmi, llevaron a cabo otros milicianos de Tulkarem, su ciudad natal, un atentado que cambiaría de forma radical el curso de la guerra palestino-israelí.

Escudo defensivo

Muhammad Abd al-Basset era un palestino de veinticinco años que había sido

reclutado en Hamás por Muammar Shahrouri bajo la supervisión de Abbas al-Sayyid, el jefe de la organización en Tulkarem. Al acercarse la Pascua judía, Abd al-Basset se reunió con al-Sayyid y Shahrouri en el piso del abuelo de este último para los preparativos finales de su misión suicida. Abd al-Basset era un joven lleno de rabia al que los israelíes habían impedido viajar a Jordania para casarse con su prometida; frustrado con la ocupación, decidió convertirse en un terrorista suicida.

Los dos reclutadores grabaron en vídeo a Abd al-Basset mientras este leía su declaración de despedida ante una bandera de Hamás y sosteniendo un fusil de asalto M-16; la grabación se distribuiría luego para divulgar la misión por todos los territorios palestinos, donde Hamás competía con otras milicias, y demostrar a los seguidores de la organización que esta continuaba luchando contra la ocupación. «Nuestra sangre, Sharon, no es barata —leyó Abd al-Basset— e invadir nuestra patria no es fácil y nadie los protegerá de la metralla de nuestros cuerpos.» Cuando la grabación hubo terminado, al-Sayyid equipó a Abd al-Basset con un cinturón que contenía diez kilos de explosivos (el cinturón había llegado desde Naplusa, donde había sido manufacturado por los ingenieros de Hamás). Luego los dos hombres ayudaron a Abd al-Basset a vestirse. Muammar Shahrouri recuerda:

> Abd al-Basset compró la ropa él mismo: tenía que quedarle bien. Compró un jersey y compró una peluca, una peluca rubia. Era un chico guapo, así que lo más apropiado para él era que lo disfrazáramos de mujer… lo afeitamos, le cortamos el pelo, le pusimos la peluca y lo maquillamos… llevaba un bolso y gafas oscuras… parecía una extranjera[461].

Shahrouri prosigue contando lo que ocurrió cuando los preparativos estuvieron terminados:

> Abd al-Basset seguía sonriendo… Abbas [al-Sayyid] le dijo: «Hoy *inshallah* [si Dios quiere] te convertirás en un *shahid* [mártir] y mañana… estarás en el paraíso»… Abd al-Basset… estaba llamando a Dios… pidiendo perdón… estaba leyendo mucho el Corán, rezando, yo recé con él… y había un aire de libertad… de felicidad en la habitación, porque Abd al-Basset pronto se iría y sabía que no iba solo a morir sino que iba a estar cerca de Dios y que iba a hacerlo de la mejor forma, de la mejor forma posible… Sí, estaba feliz… Sí, había esperado ocho meses para ese momento.

En la calle lo esperaba Fathi Raja Ahmed Khatib, quien lo llevaría a Israel en coche, pues teniendo carné de identidad israelí podía cruzar de Cisjordania a Israel con facilidad. La ayuda prestada por los israelíes árabes a los palestinos de los territorios ocupados para llevar a cabo ataques contra Israel merece un estudio aparte, y aunque quienes cruzaron la línea fueron apenas una minoría, su participación contribuyó en gran medida a enturbiar las relaciones entre su comunidad y la de los israelíes judíos. Cuando Abd al-Basset estuvo preparado para marcharse, recuerda Shahrouri:

> Abbas [al-Sayyid] se despidió de él y le abrazó y le dijo «te echaremos de menos» y yo… no sé exactamente qué hice… me sentía muy emocionado y lo abracé y lo besé y le dije: «Vas al paraíso, yo espero ir algún día».

El conductor y el suicida partieron de Tulkarem hacia las dos de la tarde del 27 de marzo y cruzaron a Israel, donde empezaron a buscar un lugar en el que hubiera bastantes soldados reunidos, pues preferían atacar a los militares antes que a los civiles. «Apenas hablamos —recuerda el conductor, Fathi Khatib—, él solo rezaba pidiéndole a Dios: "Permite que lo consiga".»[462]

Al no encontrar un blanco militar adecuado, terminaron dirigiéndose a la ciudad de Netanya, en la costa del Mediterráneo, donde Abd al-Basset entró en el hotel Park, un lugar que conocía porque había trabajado allí. En el comedor principal, donde los huéspedes estaban reunidos alrededor de la mesa pascual, detonó el cinturón de explosivos. Mató en el acto a veintinueve personas e hirió a otras ciento cincuenta, el atentado más devastador llevado a cabo por un único suicida desde el estallido de la *intifada* de Al Aqsa.

Israel estaba conmocionado. Sharon reunió a los ministros para aprobar la que en su opinión era la represalia apropiada: un ataque sin cuartel contra la Autoridad Palestina en Cisjordania. El primer ministro quería ver una reocupación completa de las ciudades palestinas y soldados sobre el terreno haciéndose cargo de las células terroristas.

Una cuestión objeto de un prolongado debate fue qué debía hacerse con Arafat. Algunos sugirieron expulsarlo, pero otros, en particular el laborista Simon Peres, cuyo partido formaba parte de la coalición de gobierno, se opusieron a ello por considerar que un Arafat fuera de Palestina podía causar más daño a Israel que un Arafat dentro. En el exterior, explicó Peres, Arafat tendría más visibilidad, se presentaría como un perseguido y la televisión estaría todo el tiempo encima de él. «No quiero otro cuento como el de Jesús

sobre nuestras espaldas», dijo.

Otra posibilidad que se discutió fue la de asesinar al líder palestino. Según contó al autor uno de los participantes en esa reunión del gobierno, la idea era «empezar [la operación] lanzado una bomba de una tonelada sobre el cuartel general [de Arafat] en Ramala»[463]. Sin embargo, los estadounidenses habían vetado la medida: el embajador de Estados Unidos en Israel, Dan Kurtzer, entregó una carta al primer ministro en que le dejaba absolutamente claro que Israel no debía tocar a Arafat. Al final, los ministros decidieron definir a Arafat como «enemigo» y ordenaron al ejército acorralarlo en sus oficinas con el fin de aislarlo físicamente.

La suerte estaba echada: la Operación Escudo Defensivo, una invasión a gran escala de Cisjordania, había sido aprobada por el gobierno. Esta medida suponía una ruptura drástica de los Acuerdos de Oslo y daba marcha atrás a años de retiradas graduales y separación al poner bajo control directo del ejército los territorios de Cisjordania que ya habían sido transferidos a Arafat.

Entre tanto, a la espera de un ataque, dirigentes palestinos de toda Cisjordania había empezado a reunirse en la *mukata*, el cuartel general de Arafat en Ramala, donde encontraron al líder palestino «enfundado en su uniforme de campaña caqui… listo… cauteloso… en alerta»[464].

Devastación en Yenín

La invasión de Cisjordania empezó el 29 de marzo, cuando las tropas israelíes rodearon con rapidez el cuartel general de Arafat en Ramala. El asalto fue particularmente devastador: con los tanques cercando el complejo, se derribó el muro perimetral y se impuso un sitio férreo, con los soldados apostados no muy lejos del despacho privado de Arafat.

Al cabo de unos días, el ejército entraba en varias otras ciudades de Cisjordania: en lo alto de su lista de prioridades estaba Yenín, una localidad del norte de la región a la que los israelíes apodaban «la capital de los mártires», pues entre octubre de 2000 y abril de 2002 se habían lanzado desde ella veintiocho ataques suicidas. El campo de refugiados de Yenín, el segundo más grande de Cisjordania, tenía una población de catorce mil personas y era un semillero de milicianos palestinos.

El ejército entró en esta zona el 3 de abril, pero se topó con que los

palestinos estaban bien preparados y había trampas explosivas en muchas partes, de modo que el avance fue lento. Los soldados evitaban los estrechos callejones del campo de refugiados y solo se movían después de que los *bulldozers* acorazados les hubieran allanado el camino a través de las casas de Yenín. Uno de los israelíes que operaban los *bulldozers* recuerda que

> durante tres días lo único que hice fue destruir y destruir toda la zona. Toda casa desde la que se disparaba se derribaba. Y para demolerla, yo demolía algunas más. Les advertían con megáfonos que salieran de la casa antes de que yo llegara, pero no daba oportunidad a nadie. No me esperaba… Embestía la casa a toda potencia para derribarla tan rápido como fuera posible… Los palestinos me importaban un pito. Realmente, flipaba con cada casa que se demolía, porque sabía que morir no significaba nada para ellos, mientras que la pérdida de sus casas sí les importaba mucho[465].

El 15 de abril, la batalla de Yenín había terminado. Cuando finalmente el ejército permitió que los periodistas y los observadores internacionales entraran en la ciudad, lo que encontraron fue una destrucción colosal, en particular en el centro del campo de refugiados, donde se había arrasado una gran área y dejado sin vivienda a cuatro mil palestinos. Por todas partes olía a muerte. Mohamad Abu Hamid, un miliciano palestino, recuerda que «uno podía ver las pilas [de cadáveres]… un brazo aquí… una pierna allí… sobresaliendo de entre los escombros»[466]. Algunos palestinos estaban atrapados bajo los escombros. Abu Hamid recuerda que hubo uno que sobrevivió ocho días bajo ellos. Tenía la mitad del cuerpo quemada y no tenía comida. El *bulldozer* había destruido la casa en la que se encontraba y al derrumbarse el techo había quedado atrapado en un pequeño espacio. Cuenta Abu Hamid que «arrastrándose, encontró una vasija con queso, así que se comió el queso y luego orinó en la vasija y tuvo que beberse su propia orina para sobrevivir»[467].

Las escenas y los relatos que se contaban eran espantosos y tuvieron un impacto fortísimo en los palestinos, en particular entre los de la generación más joven, muchos de los cuales se unieron a los milicianos para luchar contra la ocupación. Hani al-Hassan, un dirigente palestino, fue testigo del efecto de los sucesos de Yenín sobre un joven llamado Zakaria al-Zubaidi, que había visto cómo demolían la casa de su familia y mataban a su hermana pequeña. Recuerda Hani al-Hassan:

> Vino a verme para pedir una compensación por la casa destruida.

> Le dimos dos mil quinientos dólares. Primero compró un Kalashnikov por mil quinientos. Y usó el resto del dinero para reclutar a otra gente. Desde entonces, es el combatiente más fuerte contra los israelíes. En ocasiones me llama y me dice: «Hani, maté a otro perro [un israelí]. Necesito otros noventa y nueve para vengar a mi hermanita». Lo volvieron loco[468].

Escandalizado por las imágenes, el 19 de abril el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución 1405 (2002), en la que resolvía «producir información exacta sobre los acontecimientos ocurridos recientemente en el campo de refugiados de Yenín por medio de un equipo de investigación»[469]. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, nombró al equipo que se encargaría de establecer los hechos, pero Israel se negó a cooperar y puso toda clase de obstáculos, así que la investigación nunca consiguió despegar[470]. Este fue uno de los muchos intentos realizados por los organismos internacionales para investigar los supuestos crímenes de guerra cometidos por el ejército israelí en los territorios ocupados.

De vuelta en Ramala

Entre tanto, en Ramala, el ejército continuaba sitiando la *mukata*, dentro de la cual la situación era cada vez peor. «Era horrible», recuerda Yasir Abed Rabbo, un estrecho colaborador de Arafat al que los israelíes dejaban entrar y salir del cuartel general:

> ¡El olor! Era asesino, asesino. Había quizá unos cinco o seis lavabos para trescientas o cuatrocientas personas allí dentro. Y no siempre funcionaban. Y a menudo no había agua. Y no tenían ropa interior para cambiarse. Entré a la *mukata* fingiendo que llevaba documentos, pero en realidad llevaba ropa interior de mi casa. Eso era lo que la gente pedía[471].

Un diplomático estadounidense al que se permitió entrar para acordar un alto el fuego con Arafat, describió así la situación dentro:

> Miraba por los pasillos y había todas estas personas que parecían estar pasando hambre y que obviamente no habían usado el cuarto de baño. Cuando llegué a la segunda planta vi a algunos miembros del equipo de Arafat, tenían un aspecto horrible… iban sin afeitar, habían

perdido peso, estaban realmente demacrados, y pensé: «Dios»[472].

* * *

Las arremetidas israelíes en 2001 y, en concreto, la Operación Escudo Defensivo en 2002, tuvieron un impacto especialmente devastador en los escolares palestinos, como puede apreciarse en los siguientes hallazgos:

> El pasado año académico fue particularmente traumático debido a la espiral de pobreza que se apoderó de la nación [palestina] y a que la destrucción del medio ambiente y las infraestructuras, la demolición de residencias e instituciones, los seres queridos muertos, heridos, lisiados y arrestados… se convirtieron en la nueva y única forma de vida… El sistema escolar no se salvó de la destrucción. A finales del año escolar 2001-2002… había 216 estudiantes muertos, 2514 heridos y 164 arrestados; 17 docentes y miembros del personal… fueron asesinados y 71, arrestados; durante la invasión israelí, 1289 escuelas estuvieron cerradas al menos tres semanas seguidas entre el 29 de marzo [de 2002] y el fin del año escolar. A un 59% de los niños en edad escolar y a unos tres mil empleados del sector educativo se les impidió llegar a sus escuelas… las evaluaciones programadas se vieron interrumpidas por las operaciones militares… La mayoría de estos niños… pasaron las «vacaciones de verano» encerrados en sus casas, sometidos a toques de queda estrictos… El ataque israelí… ha tenido una influencia profundamente negativa en la capacidad de aprendizaje de esos niños, su sentido de la seguridad, su salud mental, su dignidad y, de hecho, su conciencia. Esos niños han sido violentados en todos los sentidos, y están creciendo dominados por un sentimiento de odio que solo puede predisponerlos a lo que se denomina «tendencia hacia la conducta violenta»… en el caso palestino, la construcción de la violencia empieza y termina con la ocupación militar israelí[473].

El 2 de mayo, en respuesta a las presiones de Estados Unidos, Sharon ordenó dar por concluida la Operación Escudo Defensivo, pese a lo cual el ejército permaneció en la región, con lo que las ciudades, pueblos y aldeas de Cisjordania se transformaron en zonas militares restringidas en las que los residentes a menudo debían soportar toques de queda que podían prolongarse durante días mientras los soldados iban casa por casa haciendo detenciones. Este fue uno de los períodos más traumáticos en la historia de los territorios ocupados de Palestina.

¿Crímenes de guerra en Gaza?

La Operación Escudo Defensivo redujo la insurgencia palestina, pero no consiguió detenerla, algo que se puso de manifiesto de forma dramática el 5 de junio, cuando un coche repleto de explosivos estalló en el norte de Israel en un atentado que dejó dieciséis muertos y cincuenta heridos. Después, el 16 de junio, un grupo de milicianos palestinos tendió una emboscada a un autobús judío cerca del asentamiento de Emanuel, mató a nueve personas e hirió a dieciocho; y al día siguiente dos atentados suicidas en Tel Aviv causaron cinco muertos y cuarenta heridos.

El origen de muchos de estos ataques era Hamás, que tenía mucha fuerza en la Franja de Gaza; contrario al proceso de paz con los israelíes, el movimiento islámico se sentía menos obligado con él y, por consiguiente, tenía una actitud más agresiva hacia la ocupación. Si bien Sharon continuaba considerando a Arafat como el máximo responsable, también ordenó al ejército que se diera caza a otro blanco significativo, Salah Shehadeh, uno de los fundadores de Hamás y jefe del ala militar de la organización en la Franja de Gaza. El 17 de julio se celebró una reunión en el despacho del jefe del Estado Mayor del ejército, Moshe Yaalon, para discutir los planes para asesinar a Shehadeh mediante un ataque aéreo. El representante de la fuerza aérea en este encuentro, Eliezer Shkedi, presentó el plan militar y calculó que se necesitaba por lo menos una bomba de una tonelada para garantizar la eliminación del objetivo, pues la idea era atacar cuando se encontrara dentro de un edificio específico. En una entrevista con el autor, el entonces ministro de Defensa, Ben Eliezer, explicó: «Una bomba de una tonelada proporciona cierta certeza. Puedes estar seguro de que matará a la persona, sin duda… y en este caso [Shehadeh] justificaba el uso de una bomba de ese tipo»[474]. De hecho, una bomba de una tonelada del tipo de que Israel disponía en esa época, la bomba de uso general Mark 84, es tan potente que puede dejar un cráter de quince metros de diámetro y once metros de profundidad y es capaz de penetrar más de tres metros de hormigón. Por esta razón Shkedi señaló que, si llegaba a arrojarse, la bomba causaría un daño colosal en las chabolas cercanas al lugar. «Esos tugurios de lata —predijo— desaparecerán tras este incidente… ¿Qué les ocurrirá a las personas que se encuentren dentro? En mi opinión, existe la posibilidad… de que mueran.»[475] Pese a ello, el jefe del Estado Mayor de las FDI ordenó seguir adelante con la operación y el 22 de julio un F-16 de la fuerza aérea israelí arrojó la bomba Mark 84 en el lugar

previsto: un bloque de pisos de la ciudad de Gaza. Como se había predicho, hubo daños colaterales. En la explosión murieron, además de Shehadeh, catorce personas inocentes, incluidas la hija y la esposa de este («nosotros —dijo Ben Eliezer al autor— sabíamos que su esposa también era una terrorista»)[476]. Sin remordimiento alguno, el jefe de la fuerza aérea, el general Dan Halutz, felicitó a la tripulación del avión que había lanzado la bomba: «Chicos, podéis dormir bien esta noche… Yo lo haré… La ejecución fue perfecta… Perfecta»[477].

Corresponde a los expertos en derecho internacional decidir si esa operación constituye un crimen de guerra, pero es innegable que la decisión de lanzar una bomba de semejante potencia en una zona densamente poblada arroja serias dudas sobre el buen juicio de quienes la tomaron.

Una hoja de ruta

Entre tanto, en el nivel diplomático Sharon y sus consejeros habían logrado convencer a la administración Bush de que la continuación de la violencia era por completo responsabilidad de Yasir Arafat. El hecho de que en esa época la principal arma utilizada por los insurgentes palestinos contra Israel fueran los atentados suicidas (un método contra el que los estadounidenses estaban profundamente sensibilizados desde los ataques del 11-S, en los que habían muerto cerca de tres mil personas) proporcionó al Sharon un poderoso argumento contra el jefe de la Autoridad Palestina.

Los esfuerzos de Israel por poner al gobierno estadounidense en contra de Arafat culminaron con éxito poco después de la Operación Escudo Defensivo, el 24 de junio de 2002, cuando el presidente Bush apareció en público para exponer su visión de una solución de dos estados para el conflicto palestino-israelí, en la que Israel gozaría de seguridad y viviría junto a una Palestina viable y democrática, pero, como quería Sharon, condicionó el futuro de ese proyecto a que los palestinos eligieran nuevos dirigentes. «La paz —declaró Bush— requiere líderes palestinos nuevos y diferentes», y en consecuencia invitó al pueblo palestino a elegir líderes que no estuvieran «en entredicho por el terror». En sus memorias, Bush escribió: «Hacia la primavera de 2002, había llegado a la conclusión de que con Arafat en el poder la paz no sería posible»[478].

Semejante declaración suponía una intervención insólita en los asuntos internos del pueblo palestino, algo que escandalizó a muchos habitantes de los territorios ocupados. En este caso, en palabras de Doug Feith, un funcionario estadounidense que participó en el proceso que condujo a la declaración de Bush, «el presidente cogió al caballo [Arafat], ese viejo rocín, y le pegó un tiro en la cabeza y dijo no queremos a este condenado Arafat ni a la OLP, no queremos a este rocín antidemocrático, violento y terrorista que recibe armas de Irán»[479]. La visión de Bush de una solución de dos estados, sumada a su petición de que el pueblo palestino despachara a Arafat, fue un paso importante hacia la materialización de lo que terminaría conociéndose como la «hoja de ruta», un nuevo camino para poner fin a la ocupación y resolver el conflicto palestino-israelí.

* * *

Es poco conocido el destacado papel que Jordania tuvo en el inicio de este nuevo programa, pero el reino sin duda tenía buenas razones para promoverlo, pues acogía a un millón setecientos mil refugiados palestinos, una población tremendamente susceptible a lo que ocurría en los territorios ocupados[480]. Por tanto, en cuanto el 24 de junio el presidente Bush pronunció el discurso defendiendo la solución de dos estados para el conflicto palestinos-israelí, el rey Abdalá II dedujo que Bush había expuesto una visión, pero que esa visión no serviría de mucho si no iba seguida de pasos prácticos[481]. El monarca, que tenía prevista una visita a Washington, decidió presionar al presidente Bush para que diseñara un plan de acción que convirtiera su visión de un estado palestino en una realidad.

Así, el 1 de agosto de 2002, en la Casa Blanca, el rey dijo al presidente: «Necesitamos una hoja de ruta que nos diga cómo vamos a ir desde donde estamos hoy a la materialización de la visión que usted, señor presidente, ha expuesto»[482]. Y, según recuerda el secretario de Estado Colin Powell, que estaba presente en la reunión, añadió: «una cosa es pronunciar un discurso y tener una visión, pero usted no dijo *cómo* llegar allí… Usted necesita un camino»[483]. El presidente acordó dar los pasos necesarios para hacer realidad su visión y solicitó a sus colaboradores que empezaran a trabajar en un borrador que expusiera las acciones que israelíes y palestinos debían llevar a cabo para materializar su visión de una solución de dos estados y establecer un estado palestino viable que conviviera pacíficamente con Israel.

La hoja de ruta había de presentarse a finales de ese mismo año bajo los auspicios del Cuarteto Diplomático: Rusia, la ONU, la Unión Europea y

Estados Unidos, todos los cuales, al menos en teoría, participarían en pie de igualdad en la empresa. El plan resultante tenía tres fases. La fase I exigía de parte de los palestinos un cese incondicional de la violencia y, al mismo tiempo, exigía a Israel paralizar por completo la construcción de asentamientos y desmantelar los asentamientos avanzados erigidos desde marzo de 2001. Durante esta fase, los palestinos debían emprender también una reforma política integral: nombrar un primer ministro, redactar una constitución y celebrar elecciones democráticas (todo ello con el propósito de apartar a Arafat, de quien el presidente Bush quería que los palestinos se libraran). En la fase II, en diciembre de 2003 se crearía un estado palestino independiente con fronteras provisionales. En la fase III se firmaría, en algún momento del año 2005, un tratado de paz definitivo en el que quedarían resueltas las fronteras, el estatus de Jerusalén, el problema de los refugiados y el de los asentamientos. Luego habría una conferencia y todos los estados árabes firmarían tratados de paz con Israel y, hecho eso, el conflicto árabe-israelí estaría resuelto[484].

Sin embargo, Arafat había llevado las riendas del pueblo palestino durante demasiado tiempo para conseguir que cediera ni que fuera parte de su autoridad a un nuevo primer ministro «empoderado» (como exigía el presidente Bush para la puesta en marcha de la hoja de ruta) sin un gran trabajo previo de persuasión tanto de emisarios internacionales como de su propia gente. Y ello a pesar de que estaba aislado y, en realidad, tenía pocas opciones. Para convencerlo se le prometió finalmente que él sería uno de los que eligiera al primer ministro y que tendría el poder de destituirlo. El 7 de marzo de 2003, Arafat cedió e invitó públicamente a Abu Mazen, un líder moderado y crítico de la *intifada* violenta, a convertirse en el primer palestino en ocupar el cargo de primer ministro. El 30 de abril, unas horas después de la investidura oficial del nuevo primer ministro y su gabinete, el Cuarteto Diplomático hizo pública la hoja de ruta.

Para implementar la hoja de ruta, el presidente Bush envió a Oriente Próximo a un veterano del Servicio Exterior llamado John Wolf. Uno de los objetivos de Wolf era lograr un acuerdo para la transferencia de la responsabilidad en materia de seguridad de Israel a la Autoridad Palestina en la Franja de Gaza y el área de Belén, la última de las cuales se encontraba bajo control israelí desde la Operación Escudo Defensivo. La idea era que este fuera el primer paso de la retirada israelí de las zonas reocupadas durante la *intifada* de Al Aqsa (siempre que los palestinos demostraran que eran capaces de mantener la seguridad y frenar los ataques desde las zonas bajo su

control). Con esto se cumplían dos de los requisitos de la primera fase de la hoja de ruta: retirada de fuerzas por parte de Israel y represión del terrorismo por parte de los palestinos.

El 27 de junio Wolf consiguió que israelíes y palestinos cerraran un acuerdo denominado «Acuerdo de Gaza», que se concretó al día siguiente cuando la Franja de Gaza y Belén pasaron a control palestino. Más aún, el nuevo primer ministro palestino, Abu Mazen, también consiguió convencer a los milicianos de que aceptaran suspender las operaciones militares contra Israel, inicialmente por un período de tres meses. Dadas las circunstancias, estos logros resultaban increíbles y las consecuencias se sintieron casi de inmediato tanto en Israel, donde cesaron los ataques suicidas, como en la Franja de Gaza, donde la vida recobró cierta normalidad. Según John Wolf:

> Las tensiones se redujeron… la calidad de vida en Gaza y las zonas metropolitanas de Israel mejoró de forma notable. El Acuerdo de Gaza permitió a los palestinos moverse libremente, la gente podía ir a la playa. Teníamos un indicador informal… hasta qué hora abrían las tiendas [en los territorios ocupados]: las tiendas que antes a duras penas abrían, ahora permanecían abiertas hasta las diez u once de la noche… De modo que estábamos ante una oportunidad[485].

Por sus esfuerzos en la implementación de la hoja de ruta, se recompensó a Abu Mazen con una invitación a la Casa Blanca, algo que a Arafat se le había negado desde que George W. Bush era presidente.

El muro de Ariel Sharon

Abu Mazen llegó a Washington el 25 de julio con un objetivo en mente: convencer al presidente de que condenara la «valla de seguridad» de Israel, a la que los palestinos se referían como «el muro», una red de bloques de hormigón, vallas con sistemas de vigilancia electrónica, trincheras y torres de vigilancia levantada en territorio cisjordano y todavía en proceso de construcción. La barrera tenía como objetivo impedir la entrada a Israel de terroristas suicidas, y los israelíes no escatimaron esfuerzos para subrayar que se trataba solo de una medida de seguridad. Los palestinos, sin embargo, creían que los israelíes pretendían usar la valla como una frontera política *de facto* entre Israel y Cisjordania, lo que supondría la anexión de territorio

palestino, pues el trazado de la barrera no seguía la llamada Línea Verde, la frontera original que separaba a Israel y Cisjordania antes de la guerra de 1967, sino que penetraba de lleno en esta última.

En el Despacho Oval, Abu Mazen desplegó ante el presidente un gran mapa en el que se mostraba en qué medida la barrera israelí se desviaba de la Línea Verde para adentrarse en Cisjordania. La cuestión iba mucho más allá de una apropiación de tierras, pues la barrera ya causaba enorme sufrimiento a la población cisjordana: separaba a los campesinos de los campos, a los pacientes de los hospitales y a los niños de las escuelas. Bush echó un vistazo al mapa y dijo: «Con un muro así, con un mapa así, nunca podremos tener un estado palestino viable»[486]. En la conferencia de prensa celebrada a continuación en el Jardín de Rosas de la Casa Blanca, el presidente declaró: «Creo que el muro es un problema… es muy difícil crear confianza entre los palestinos y los israelíes con un muro serpenteando a través de Cisjordania»[487].

Cuatro días después, le llegó el turno de visitar la Casa Blanca al primer ministro israelí, Ariel Sharon, y tras la exposición de Abu Mazen la valla de seguridad encabezaba el orden del día del presidente. Sharon, sin embargo, se mantuvo inamovible y argumentó que la valla era necesaria para la seguridad de Israel: los números, sostuvo, hablaban por sí solos, la barrera impedía que los terroristas suicidas entraran en Israel. Si bien apenas unos días antes, durante su conversación con el primer ministro palestino, Bush se había mostrado furioso por la cuestión, ahora optó por no presionar a Sharon y se limitó a decir: «Espero que a largo plazo la valla sea irrelevante»[488]. El secretario de Estado, Colin Powell, explica así la forma de pensar del presidente: «Es difícil discutir que cuando te atacan, tienes que protegerte, y si la forma de protegerte es con una valla, está bien… el contraargumento [de Sharon] fue que una valla que puede ponerse es una valla que puede quitarse, de modo que no se trata de una declaración definitiva sobre el trazado de la línea»[489]. El presidente Bush aceptó este argumento, entre otras razones porque ya tenía una fuerte orientación hacia Israel, una inclinación a ver las cosas como las veía Israel, que después del 11-S aún se acentuó; esta actitud es manifiesta en sus memorias, donde escribe: «Me impresionó la vulnerabilidad de Israel en un vecindario hostil… Salí convencido de que teníamos la responsabilidad de mantener la relación fuerte»[490].

La Corte Internacional de Justicia se mostró menos dispuesta a transigir con los israelíes. En una opinión consultiva de 2004, el tribunal criticó la

construcción del muro que «obstaculiza la libertad de circulación de los habitantes del territorio palestino ocupado… [así como] el derecho al trabajo, la salud, la educación y un nivel de vida adecuado». El tribunal concluyó que «Israel tiene la obligación de detener de inmediato las obras de construcción del muro… [y de] devolver las tierras, huertos, olivares y demás bienes inmuebles de los que haya despojado a cualesquiera personas físicas o jurídicas a los efectos de la construcción del muro»[491].

Regreso al círculo vicioso de la violencia

El 14 de agosto, a pesar del alto el fuego acordado entre Israel y los palestinos (alto el fuego que, por lo demás, estaba funcionando bastante bien), los israelíes asesinaron a Mohamed Seder, el jefe del ala militar de la Yihad Islámica en Hebrón, quien desde hacía tiempo ocupaba un lugar en su lista de más buscados. Según Mike Herzog, el secretario militar del ministro de Defensa: «Sabíamos que Seder estaba planeando un ataque, de modo que enviamos a las fuerzas especiales a detenerlo y en el intercambio de disparos resultó muerto. Era un hombre malo»[492]. Es probable que nunca sepamos si de verdad Mohamed Seder estaba planeando un ataque contra Israel ni si en lugar de ser asesinado, murió, como asegura Herzog, en un «intercambio de disparos» cuando el ejército intentó detenerle. Lo cierto, no obstante, es que al primer ministro palestino se le planteaba un serio problema: ¿cómo impedir que los palestinos tomaran represalias y se volviera al círculo vicioso de los ataques y los contraataques? Aunque el asesinado Seder pertenecía a la Yihad Islámica, fue Hamás la que planeó la venganza.

El 19 de agosto, Majd Zaatri, un pintor de Gaza y miembro de Hamás, recogió a Raed Abdel Hamid, un palestino de veintinueve años, y lo llevó en coche hasta el centro de Jerusalén, donde este había de inmolarse. Zaatri recuerda que el suicida «iba vestido [como un judío ortodoxo] con camisa blanca y pantalones negros, [y yo] le puse un sombrero»[493]. En el coche, mientras iban de camino a Jerusalén, Zaatri le explicó a Raed Abdel Hamid cómo funcionaba el cinturón de explosivos: «Le mostré el interruptor que activaba la explosión. Y le expliqué lo que debía hacer para no fastidiarla… que no fuera a ponerse el cinturón al revés… Le mostré cómo ponérselo para que el interruptor quedara en la parte exterior». El aspirante a mártir estaba de buen humor, recuerda Zaatri: «Estaba contento. Se reía… era un tío que había

terminado la universidad. No era un chico joven. Había estudiado en Amán… Tenía dos hijos y un tercero en camino». Se detuvieron en una parada de autobús en un barrio de judíos religiosos en Jerusalén y el hombre bomba bajó del coche. «Le dije: "Que Dios te acompañe"», recuerda Zaatri. «Adiós. Nos vemos en el paraíso.»

El terrorista suicida activó el dispositivo en un autobús y la explosión resultante fue tremenda: mató a veintitrés personas (incluidos siete niños y bebés) e hirió a más de un centenar. La represalia israelí llegó dos días después, el 21 de agosto, cuando el ejército lanzó un ataque utilizando helicópteros de combate y mató en Gaza a Ismail Abu Shanab, un dirigente de Hamás. Aunque fue Israel el que arruinó el alto el fuego, Estados Unidos no reprochó sus actos; Scott McClellan, un portavoz de la Casa Blanca, declaró que «Israel tiene derecho a defenderse». Hamás y la Yihad Islámica suspendieron el alto el fuego y la *intifada* empezó de nuevo.

Por esa época los servicios de inteligencia israelíes se enteraron de que el fundador y líder espiritual de Hamás, el jeque Ahmed Yasín, asistiría el 6 de septiembre a una reunión en Gaza con los demás dirigentes de la organización. Parecía una oportunidad única para acabar con toda la cúpula de Hamás y causar un daño incalculable a la organización en su conjunto, así que un reactor de la fuerza aérea arrojó una bomba de quinientos kilos sobre el edificio en el que se celebraba la reunión. No obstante, la información de los servicios de inteligencia no era del todo correcta: mientras que los israelíes creía que la reunión tendría lugar en la tercera planta, el encuentro se celebró en realidad en la planta baja (quizá porque el jeque Yasín se movía en silla de ruedas), de modo que aunque la bomba arrasó por completo la tercera planta, el jeque y los demás dirigentes de Hamás salieron ilesos. El hijo del jeque Yasín, que estaba con él en ese momento, recuerda: «Oímos la explosión sobre nuestras cabezas… Ismail Hanieh [uno de los participantes] dijo con su tranquilidad habitual: "Nos han bombardeado, jeque, tenemos que salir de la casa enseguida". Yasín le preguntó: "¿Estás seguro de que ha sido esta casa?". "Sí —dijo Hanieh—, rápido, rápido"»[494]. Hanieh tomó a Yasín por las piernas y su hijo lo tomó por los brazos y se apresuraron a salir de la casa.

Los israelíes, no obstante, continuaron dando caza a los milicianos, lo que siguió alimentando más y más el círculo vicioso de la violencia: el 7 de septiembre, un helicóptero de combate atacó la casa de un miembro de Hamás, Abdul Salem Abu Musa, en el sur de la Franja de Gaza, lo que dejó al menos una docena de heridos. Los palestinos respondieron dos días más tarde

llevando a cabo dos atentados suicidas separados que, en conjunto, dejaron quince personas muertas y varias decenas de heridos en Tel Aviv y Jerusalén. Israel atacó de nuevo el 10 de septiembre lanzando misiles contra la residencia de Mahamoud Zahar, un destacado miembro de Hamás, en la ciudad de Gaza. En el ataque murieron el hijo de Zahar y un guardaespaldas y veinticinco inocentes resultaron heridos; Zahar, en cambio, escapó con apenas heridas leves.

El 11 de septiembre, Sharon, como había hecho antes, acusó a Arafat de ser el culpable de la escalada de violencia y «un obstáculo total para la paz» y animó a su gabinete a tomar la decisión de «apartar este obstáculo de la manera y en el momento que elijamos»[495]. A pesar de la promesa hecha al presidente Bush, no hay duda de que Sharon había empezado a preparar el terreno para el posible asesinato de Arafat.

14

El unilateralismo y sus recompensas, 2004-2007

En medio de la sangrienta guerra entre israelíes y palestinos, poco a poco fue arraigando en Israel una nueva forma de pensar. Se trataba sobre todo de un cambio de estrategia: en lugar de negociar el fin del conflicto con los palestinos, se empezó a pensar en tomar medidas unilaterales con el fin de separarse físicamente de ellos y acabar con la ocupación de zonas específicas. La idea llegó a su punto más álgido durante el período como primer ministro de Ariel Sharon, quien promovió una retirada unilateral de tropas y asentamientos de la Franja de Gaza y, simbólicamente, el desmantelamiento de cuatro asentamientos de Cisjordania. Sin duda, esa fue una medida osada, pues en Israel incluso los gobiernos de izquierda habían sido reacios a evacuar tierras ocupadas y desmantelar asentamientos antes de que se hubiera alcanzado un acuerdo definitivo con los palestinos. El asesinado primer ministro Isaac Rabin dijo en una ocasión que le habría gustado ver a Gaza hundida en el mar, pero incluso él, el diseñador de los Acuerdos de Oslo con los palestinos, no estaba dispuesto a evacuar ninguno de los asentamientos judíos de la Franja antes de que concluyeran las negociaciones.

La idea de una retirada unilateral no fue una ocurrencia de Sharon, sino de Barak, que tras el fracaso de la cumbre de Camp David declaró que no tenía interlocutor para los diálogos de paz y que Israel, aunque fuera unilateralmente, debía crear una situación en la que, como solía decir, «nosotros estamos aquí y ellos allá». Sharon, que derrotó a Barak en las elecciones generales, se sintió atraído por la idea de su predecesor de una retirada unilateral porque no tenía ninguna fe en que los palestinos fueran a negociar un acuerdo. Sin embargo, a diferencia de Barak, para quien era prioritario separarse de los palestinos de Cisjordania, Sharon buscó primero separarse de la Franja de Gaza, una región a la que consideraba un lastre para Israel.

El primer ministro llegó a la conclusión de que, si establecía una nueva agenda que tuviera como núcleo la retirada de Israel de la Franja de Gaza, algo que él se encargaría de presentar como una contribución al proceso de paz, podría obtener nuevos apoyos tanto a nivel internacional como a nivel nacional; entre tanto, los palestinos tendrían que esforzarse por poner un poco de orden en el miserable enclave que Israel dejaría detrás. Más importante todavía: una retirada semejante era una medida tan inesperada (revolucionaria incluso, viniendo de un radical como Sharon) que desbarataría los planes del Cuarteto, la iniciativa diplomática conjunta de Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y la ONU, de poner en marcha la hoja de ruta. Sharon detestaba la hoja de ruta, pues esta le obligaba a transigir en cuestiones particularmente delicadas como la soberanía de Jerusalén Oriental, el control de los asentamientos judíos de Cisjordania y, la mayor amenaza de todas, el derecho de retorno que reclamaban 4,8 millones de refugiados palestinos.

Preparar el terreno

El impulsor del emergente plan para la retirada unilateral de la Franja de Gaza era Dov Weisglass, el principal consejero de Sharon en cuestiones de política y relaciones internacionales. Weisglass expuso la idea ante un pequeño grupo de asesores que solían reunirse los viernes por la mañana o los sábados por la noche en la cocina del rancho Sicomoro, propiedad de la familia Sharon. Es difícil reconstruir con exactitud las conversaciones que tuvieron lugar allí pues nunca han salido a la luz pública transcripciones de las reuniones del grupo y, de hecho, solo unas cuantas de ellas figuraban en la agenda oficial del despacho del primer ministro, y en tal caso bajo el nombre en clave de «Soldado Meira», por Meira Katriel, la persona que se encargaba de coordinar los encuentros. No obstante, lo que sí sabemos es que en septiembre-octubre de 2003, en un momento en que la popularidad del primer ministro estaba descendiendo debido tanto a las acusaciones de corrupción contra él y sus hijos como a lo que parecía una guerra interminable y sangrienta con los palestinos, Sharon decidió seguir adelante con el plan de retirada unilateral. Antes, sin embargo, sondeó a los estadounidenses.

En un encuentro celebrado en Roma el 19 de noviembre de 2003 Sharon comunicó a Elliot Abrams, el funcionario estadounidense responsable de los asuntos palestino-israelíes dentro del Consejo de Seguridad Nacional de la

Casa Blanca, que estaba considerando retirarse de la Franja de Gaza. Aunque sabía muy bien que semejante plan entorpecería cualquier otra solución negociada a la situación de los territorios ocupados que estuviera en marcha, Sharon se desvivió por subrayar que una salida de la Franja como la que proponía no contradecía en ningún sentido la hoja de ruta y aseguró que Israel seguía estando comprometido con el plan del Cuarteto Diplomático. Esa reunión en Roma fue la primera ocasión en que Sharon reveló sus ideas acerca de la retirada unilateral de la Franja de Gaza fuera de su círculo íntimo.

El siguiente paso era preparar a la opinión pública israelí para la retirada unilateral de la Franja de Gaza, así que Sharon pidió a la persona que le escribía los discursos que insertara en ellos la idea de que, si bien Israel continuaba implementando la hoja de ruta, eso no excluía la posibilidad de dar pasos unilaterales para poner fin a la ocupación. Luego, el 18 de diciembre, en una conferencia en Herzliya, en el norte de Israel, el primer ministro presentó abiertamente su «plan de desvinculación»; el nombre original, «plan de separación», se descartó porque la palabra «separación» sugería *apartheid*, y la palabra «retirada» seguía siendo tabú en Israel, de modo que se consideró que la palabra «desvinculación» tendría mejor acogida entre la opinión pública israelí.

«Como todos los ciudadanos de Israel, yo anhelo la paz», anunció Sharon; sin embargo, «si los palestinos no hacen un esfuerzo similar en pos de la solución del conflicto, yo no pienso esperarlos indefinidamente.»[496] Añadió, sin duda pensando en la reacción internacional, que la hoja de ruta era «el mejor camino para alcanzar la paz verdadera», pero que «las organizaciones terroristas se aliaron con Yasir Arafat y sabotearon el proceso con los ataques más brutales que hayamos conocido». A continuación advirtió de que si los palestinos continuaban «ignorando su parte en la implementación de la hoja de ruta», es decir, si no ponían freno a los ataques contra Israel, «Israel, por razones de seguridad, procederá a dar pasos unilaterales para desvincularse de los palestinos… en total coordinación con Estados Unidos».

Sharon pasó entonces a explicar cómo funcionaría su plan: quitaría los veintiún asentamientos judíos de la Franja de Gaza, reubicaría en Israel a los ocho mil seiscientos colonos y replegaría el ejército en el lado israelí de la valla con la Franja de Gaza. No obstante, también hizo hincapié, y he aquí la trampa, en que al mismo tiempo Israel fortalecería su control «sobre esas mismas áreas de la Tierra de Israel [a saber, Cisjordania] que constituirán parte inseparable del estado de Israel en cualquier acuerdo futuro». En otras

palabras, de un plan destinado a trocar la Franja de Gaza (una región a la que ya en 1967 el ministro de Defensa Moshe Dayan había descrito como un «nido de serpientes») por Cisjordania, la cuna de la historia judía.

Mientras la opinión pública israelí, y de hecho la mundial, digería la audaz idea, el primer ministro procedió a diezmar a las milicias de la Franja de Gaza, pues consideraba de especial importancia mostrarse vencedor sobre Hamás y demás organizaciones opuestas a Israel con el fin de evitar que estas pudieran luego presentar la retirada como una victoria. En las calles de la Franja los colaboradores mantenían informados a los israelíes del paradero de los milicianos, a los que el ejército procedió a eliminar uno por uno. El palestino más importante en la lista de asesinatos de Israel era el jeque Yasín, el líder espiritual de Hamás, un anciano tetrapléjico que, como hemos visto, ya había sobrevivido a un atentado anterior contra su vida. Sharon le había apodado el «Perro chillón» debido a que tenía la voz débil y aguda, y lo quería muerto. Pero desde el último atentado, el jeque era más cauteloso en sus movimientos y los israelíes necesitaron mucha paciencia antes de lograr darle caza. «Hubo varias noches en las que le seguimos —recuerda el ministro de Defensa, Shaul Mofaz, en una entrevista con el autor— y yo esperaba… hasta la una o dos [de la mañana] para saber si había alguna oportunidad [de matarle].»[497]

El 21 de marzo de 2004, pese a los helicópteros israelíes que sobrevolaban su casa, el jeque decidió ir a rezar a la mezquita, a donde llegó en compañía de su hijo Abed el Amid Yasín y algunos guardaespaldas. Mientras estaban en la mezquita advirtieron más actividad israelí en el aire, así que Abed el Amid dijo a su padre: «Padre, no debemos salir de aquí, quedémonos en la mezquita, ellos no atacarán la mezquita. Quedémonos aquí y escondámonos»[498]. Sin embargo, el hijo de Yasín recuerda que a las 4.45 «decidimos volver a casa después de la oración del alba porque el jeque estaba cansado… durmió en un colchón en la mezquita después de tomar la medicación. Ya no oíamos a los helicópteros y todos estábamos seguros de que el peligro había pasado». El grupo salió de la mezquita a toda prisa: dos de los guardaespaldas de Yasín empujaban la silla de ruedas al tiempo que se gritaban entre sí «Igri, igri» (corre, corre) y «Allah akbar» (Dios es grande). En la carrera fueron alcanzados por tres misiles: el jeque y su séquito murieron; el hijo sobrevivió.

Veintiséis días después del asesinato de Yasín, su sucesor, Abdel Aziz Rantisi, murió víctima de un ataque con misiles contra el coche en que

viajaba disfrazado de anciano. Después de este asesinato Hamás capituló. La organización envió un mensaje a Sharon, a través del ministro de Inteligencia egipcio, Omar Suleiman, en el que declaraba que si Israel suspendía los asesinatos, Hamás suspendería los ataques suicidas. Sharon aceptó y la tregua se mantuvo; durante un largo período no hubo ataques suicidas contra Israel[499].

La recompensa de Sharon

Aunque el primer ministro no pensaba discutir su plan de desvinculación con los palestinos, estaba convencido de que Estados Unidos debía recompensarle por su disposición a retirarse de los territorios ocupados, algo que desde su punto de vista era un paso en la dirección correcta para hacer realidad el programa presentado el 24 de junio de 2002 por el presidente George W. Bush, que había expuesto su visión de dos estados conviviendo el uno al lado de otro.

Sharon deseaba, en particular, que Washington le diera una garantía escrita en relación a dos cuestiones cruciales: los asentamientos israelíes en Cisjordania y los refugiados palestinos. Su objetivo era que Estados Unidos aceptara oficialmente que la frontera definitiva entre Israel y cualquier futuro estado palestino diferiría de la llamada Línea Verde, la línea que separaba a Israel de Cisjordania hasta la guerra de 1967, y que se trazaría de tal modo que Israel pudiera anexionarse los grandes bloques de asentamientos judíos. Asimismo, quería de Estados Unidos el reconocimiento por escrito de que, en cualquier acuerdo final entre Israel y los palestinos, no se permitiría regresar a los hogares de sus antepasados en Israel a ninguno de los millones de refugiados palestinos, es decir, que el denominado «derecho de retorno» (lo que los israelíes llaman las «*demandas* de retorno» palestinas) no se aplicaría. Sin embargo, que Washington uniera públicamente su suerte a la de Israel, apoyando la anexión de parte de Cisjordania y cerrando la puerta al retorno de la diáspora palestina, a ojos del mundo árabe era una provocación inaceptable. Por tanto, un equipo de diplomáticos estadounidenses viajó a Amán, Jordania, para sondear la cuestión con el más cercano de sus aliados árabes. La enorme mayoría de la población jordana es de origen palestino y, por tanto, el rey quería que se le consultara cualquier programa que pudiera afectarla, pues si el resultado no dejaba contentos a los palestinos, estos podían dirigir su ira

contra él.

El 31 de marzo, los enviados estadounidenses presentaron a Marwan Muasher, el ministro de Asunto Exteriores de Jordania, la idea de Sharon de una retirada unilateral y la recompensa que este esperaba recibir de Estados Unidos. Muasher quedó horrorizado: Jordania, respondió a los visitantes, solo aceptaría «cambios menores a las fronteras de 1967» y, en cuando a abolir el derecho de retorno de los palestinos, dijo, «ningún estado árabe va a aceptar eso»[500]. Además, a Jordania le preocupaba que Sharon solo quisiera desvincularse de la superpoblada Franja de Gaza pero no de Cisjordania. Esto, en particular, era algo que los diplomáticos estadounidenses no habían pasado por alto y, en consecuencia, procedieron a presionar a Sharon para que demostrara (aunque solo fuera simbólicamente) que esa no era su intención. El secretario de Estado Powell recuerda que le dijo al primer ministro: «Tiene que hacer algo también en Cisjordania. Esto tiene que verse como parte de un enfoque completo del problema y no solo [como una retirada de la Franja de Gaza]»[501].

Finalmente, Sharon cedió y prometió que, además de retirarse de la Franja de Gaza, Israel evacuaría también cuatro asentamientos pequeños de Cisjordania. Jordania interpretó esto como un paso en la dirección correcta, pero recelaba aún de la clase de concesiones que Estados Unidos pudiera ofrecer a Sharon, y el rey Abdalá II envió el 8 de abril una carta al presidente Bush:

> Le escribo para compartir con usted algunos de los pensamientos de Jordania… Temo que las concesiones solicitadas por Israel [como recompensa por desvincularse de Gaza] socaven nuestros esfuerzos conjuntos. En particular, espero que no se otorguen concesiones en materia de fronteras que puedan sugerir desviaciones importantes de [la frontera de] 1967. La solución del problema de los refugiados [palestinos] debe también dejar la puerta abierta a una solución de común acuerdo entre ambas partes[502].

A pesar de las inquietudes planteadas por el rey Abdalá II, la administración Bush mantuvo su decisión de apoyar el plan del primer ministro. Sharon tenía previsto visitar Washington el 14 de abril y deseaba tener la certeza de que iba a recibir las garantías escritas que quería, pues sabía que con ellas le resultaría más fácil vender la retirada unilateral a la opinión pública israelí y, por supuesto, que serían también de gran ayuda para Israel en futuras negociaciones con los palestinos. Por tanto, antes de viajar

envió a sus emisarios para que discutieran a fondo con los funcionarios estadounidenses los detalles definitivos de las garantías.

Los negociadores israelíes insistían en que el compromiso de Estados Unidos debía especificar, por escrito, todos y cada uno de los asentamientos cisjordanos ubicados al este de la línea de 1967 que se permitiría conservar a Israel en cualquier acuerdo futuro con los palestinos. Los estadounidenses, sin embargo, se oponían a ello, pues sabían que si aceptaban esa exigencia, enfurecerían al mundo árabe. En lugar de ello, propusieron una obra maestra de la ambigüedad: «A la luz de las nuevas realidades sobre el terreno, incluida la existencia actual de importantes centros de población israelíes, es poco realista esperar… un retorno pleno y total [por parte de Israel] a ella [frontera de 1967]»[503]. Esto podía servir como garantía de que los israelíes conservarían los grandes bloques de asentamientos («las nuevas realidades sobre el terreno»), pero lo hacía en un lenguaje lo suficientemente ambiguo para permitir a los estadounidenses defenderse de las críticas del mundo árabe.

En cuanto a la demanda palestina de un «derecho de retorno» de los refugiados a territorio del estado de Israel propiamente dicho, los negociadores israelíes exigían una garantía de que los refugiados se establecerían en la futura Palestina y «no en Israel». Los estadounidenses no aceptaron la redacción propuesta y sugirieron una fórmula positiva, a saber, que el futuro estado palestino acogería a los refugiados sin mención alguna de Israel. Cuando los negociadores de Sharon insistieron en que las palabras «no en Israel» debían figurar en el texto, los estadounidenses propusieron una nueva fórmula: el futuro estado palestino, «en lugar de Israel», acogería a los refugiados palestinos. Los israelíes quedaron satisfechos: habían conseguido lo que querían, tanto en materia de fronteras como de refugiados, como recompensa por estar dispuestos a abandonar la Franja de Gaza y, simbólicamente, cuatro pequeños asentamientos de Cisjordania.

En la rueda de prensa celebrada después de la cumbre, George W. Bush describió lo que el primer ministro le había prometido que haría, es decir, eliminar todos los asentamientos de la Franja de Gaza y ciertas instalaciones militares y asentamientos de Cisjordania. En cuanto a las contrapartidas, el presidente declaró: «en un intercambio de cartas, hoy, y en una declaración que difundiré más tarde, reafirmo al primer ministro mi compromiso con la seguridad de Israel… las realidades sobre el terreno [una referencia a los grandes bloques de asentamientos de Cisjordania] han cambiado en gran

medida a lo largo de las últimas décadas y cualquier acuerdo final debe tener en cuenta esas realidades». Y en cuanto a los refugiados palestinos, el presidente, como estaba previsto, dijo que serían acogidos por el futuro estado palestino «en lugar de Israel»[504].

Esto fue una victoria extraordinaria de Sharon. El presidente Bush, el líder del país más poderoso del mundo, se había acercado todavía más a la posición de Israel y declarado nulos y sin efecto dos de los principios más preciados del pueblo palestino (la retirada de Israel a las fronteras de 1967 y el derecho de los palestinos de la diáspora a regresar al territorio de la antigua Palestina). No es seguro que el presidente estadounidense fuera realmente consciente de la importancia de lo que estaba respaldando con su declaración, pero el hecho es que, al menos por el momento, se habían reescrito las reglas del proceso de paz.

¿Envenenar a Arafat?

Mientras tanto, Sharon continuaba eliminando a sus enemigos en los territorios ocupados para asegurarse de que cuando Israel evacuara la Franja de Gaza estos no pudieran presentar esa retirada como consecuencia de la presión ejercida por los palestinos. El primer ministro se concentró sobre todo en los milicianos de Hamás y la Yihad Islámica, pero al parecer el presidente de la Autoridad Palestina, Arafat, también estaba en su lista de blancos, y ello a pesar de que en marzo de 2001 Sharon había prometido a Bush que no le haría daño.

El lenguaje que utilizaba Sharon para referirse a Arafat parecía indicar que el líder palestino corría auténtico peligro, y los pocos visitantes que aún recibía en la *mukata*, su cuartel general en Ramala, le advirtieron de que los israelíes probablemente intentarían eliminarle. Alastair Crooke, un exoficial del MI6 británico y más tarde diplomático de la Unión Europea, recuerda su última conversación con Arafat: «¿Sabe? —le dijo Crooke—. Creo que si hay otro ataque a gran escala [por parte de Israel], lo matarán. No hay luces rojas». A lo que, según él mismo cuenta, Arafat replicó: «Alastair, hay luces *verdes*. Esto es más grave que [el sitio que Sharon me puso en 1982 en] Beirut»[505].

En este sentido, fue crucial que, durante su visita a Washington del 14 de

abril de 2004 para recibir las garantías escritas en materia de refugiados y fronteras, Sharon también consiguió liberarse de la promesa hecha al presidente Bush en marzo de 2001 de que no dañaría a Arafat. En sus conversaciones en la Casa Blanca, cuando el mandatario estadounidense le aconsejó que dejara el destino de Arafat en manos de la divina providencia, Sharon se apresuró a replicar que «a veces a providencia necesita que se le eche una mano»[506]. Y todo indica que, a diferencia de lo ocurrido en marzo de 2001, en 2004 Bush no insistió ya en que Sharon le prometiera con claridad que no agrediría a Arafat, lo que en efecto equivalía a darle al primer ministro si no luz verde para llevar a cabo el asesinato, sí al menos luz ámbar. De hecho, que Sharon ya no se sentía comprometido a no matar a Arafat fue algo que quedó confirmado poco después de regresar de Estados Unidos, cuando en una entrevista televisada dijo: «Estoy liberado de ese compromiso… Me liberé de ese compromiso en relación a Arafat»[507].

A lo largo de 2004 la condición física de Arafat se deterioró. Uno de sus colaboradores, Bassam Abu Sharif, relata que el líder palestino «estaba perdiendo peso, la piel se le puso muy pálida, casi transparente, y sus niveles de energía sufrieron un descenso significativo. El aliento tenía un olor extraño y eso no guardaba ninguna relación con la cebolla o el ajo»[508]. También otros reconocieron que su estado de salud se había deteriorado a ojos vista. Uno de sus allegados, Mohamed Rashid, recuerda una visita que le hizo: «Cuando Arafat me vio, sonrió y me hizo señas para que me acercara, pero estaba delicado, estaba débil, me incliné hacia él y lo besé y él me dijo: “Mantente lejos, no quiero contaminarte”»[509].

Ese verano Arafat estaba gravemente enfermo, pese a lo cual continuaba negándose a que lo trasladaran a un hospital, no fuera a ser que después Sharon le impidiera volver a Ramala. Sin embargo, después de que su salud se deteriorara de forma espectacular, no tuvo otra opción que aceptar que le evacuaran. El 29 de octubre un helicóptero jordano transportó a Arafat de Ramala a Amán, donde le esperaba un avión para llevarle a Francia. Nabil Shaath, uno de sus socios en la Autoridad Palestina, le vio justo antes de que embarcara rumbo a Europa:

> Llegué corriendo para despedirlo. Caminamos juntos unos cincuenta metros hacia el avión francés. Yo estaba a su derecha, sosteniéndolo ligeramente, pero él iba caminando y hablando. Me dijo: «Hissam [su médico] dice que voy a estar bien, porque él mismo tuvo síntomas similares a los míos y está perfectamente… Voy a estar

> bien. Y el doctor Chirac [como Arafat llamaba al presidente francés] cuidará de mí. Él me aprecia»[510].

No fue eso lo que ocurrió. Murió el 11 de noviembre, en el hospital militar Percy, en Clamart, cerca de París, a los setenta y cinco años de edad. La causa de la muerte de Arafat sigue envuelta en el misterio y abundan las especulaciones de que fue envenenado por los israelíes.

Aunque no tenemos el arma homicida para demostrar que Israel mató a Arafat, el peso de las pruebas con las que contamos es tal que no puede descartarse esa posibilidad. El hecho de que, ya en marzo de 2001, el presidente Bush sintiera la necesidad de obtener de Sharon la promesa de que no agrediría a Arafat evidencia que los estadounidenses sospechaban que eso era precisamente lo que se proponían hacer los israelíes. En los meses posteriores, Sharon habló abiertamente de la necesidad de «apartar» a Arafat, aunque es justo añadir que nunca explicó qué entendía por «apartar» en ese contexto, es decir, si lo que quería era librarse de él físicamente o solo en el terreno político.

Es posible hallar un indicio claro de que los israelíes tenían intención de matar a Arafat en un documento secreto fechado el 15 de octubre de 2000 (unos pocos meses antes de la llegada de Sharon al poder) y elaborado por el Shabak, el servicio de seguridad general de Israel, en el que se dice:

> Tras los sucesos violentos ocurridos en los territorios surge de nuevo la cuestión de si Arafat es un factor beneficioso para la solución del conflicto histórico entre Israel y la nación palestina o si hacemos frente a un líder [cuyas]… políticas y acciones constituyen una amenaza seria para la seguridad de Israel.

Después de exponer «por qué Arafat es necesario» y, a continuación, «por qué Arafat no es necesario», el documento afirma que «el daño que [Arafat] causa es mayor que los beneficios». Y la conclusión posterior es inequívoca: «Arafat, la persona, constituye una grave amenaza para la seguridad del estado. *Los beneficios de su desaparición superan a los de que continúe existiendo*»[511]. No obstante, ni siquiera este informe secreto de la inteligencia israelí nos proporciona pruebas suficientes del asesinato y probablemente tendremos que esperar a tener más información para saber con certeza qué mató a Arafat.

Una oportunidad perdida

La muerte de Arafat resultaría ser otra enorme oportunidad perdida, pues con un líder palestino nuevo y moderado, el ex primer ministro Abu Mazen, elegido presidente en enero de 2005, Estados Unidos habría podido impulsar con fuerza la renovación del proceso de paz palestino-israelí. Pero, como anota el diplomático estadounidense Aaron David Miller, «en lugar de trabajar con ahinco para empoderar a Abu Mazen e impulsar el proceso político, el gobierno permitió que la situación fuera a la deriva»[512]. Eso quizá se debió a que el presidente Bush era reacio a presionar a Sharon, o a su presentimiento de que lo mejor era no inmiscuirse en el lío palestino-israelí. O quizá fue que, en esa coyuntura, el gobierno estadounidense consideró que en lugar de impulsar un acuerdo completo, lo mejor que podía hacer era ayudar a Sharon a salir de la Franja de Gaza de forma unilateral y de ese modo sentar un importante precedente para la retirada de las fuerzas militares y los colonos israelíes de los territorios palestinos.

Una retirada unilateral, pero no el fin de la ocupación

La medianoche del 14 de agosto de 2005 se impuso un toque de queda en la totalidad de Gaza y, en los sectores judíos, los soldados y policías fueron de casa en casa entregando avisos de desalojo a los ocho mil seiscientos colonos de la Franja, a los que se les pedía que se marcharan si no querían ser trasladados por la fuerza; avisos de desalojo similares se entregaron también a los seiscientos ochenta colonos de los cuatro asentamientos de Cisjordania destinados a ser demolidos. Tres días después empezó la evacuación. La operación se desarrolló en cuatro fases: el traslado físico de los colonos que habían permanecido en sus casas a pesar de los avisos de que debían marcharse; la evacuación de sus pertenencias; la destrucción de las estructuras vacías; y, por último, la retirada de los militares.

A pesar de que se produjeron algunas escenas dramáticas cuando el ejército tuvo que sacar por la fuerza a los colonos que se negaban a abandonar sus casas, la retirada se desarrolló con mayor rapidez de la esperada y el 11 de septiembre, en el cuartel general de la División Gaza, se arrió la bandera por

última vez y el ejército emprendió la retirada, terminando así treinta y ocho años de ocupación militar de la Franja. En total, se demolieron unas dos mil quinientas treinta casas. Por la misma época se terminó la evacuación de los cuatro asentamientos de Cisjordania, donde ya el 23 de agosto todo había terminado y se habían demolido las doscientas setenta viviendas de los colonos.

La retirada unilateral de Sharon tuvo consecuencias heterogéneas para Israel y, de hecho, también para los palestinos. El resultado más inmediato, y poco duradero, fue el aplauso sin parangón de la habitualmente escéptica comunidad internacional, que pareció dispuesta a aceptar el argumento de Sharon de que en última instancia la retirada serviría para fomentar la solución biestatal. El audaz paso del primer ministro sin duda alivió la presión a la que entonces estaba sometido Israel y, como él esperaba, aunque nunca lo reconociera en público, desbarató la hoja de ruta del Cuarteto Diplomático que hasta la evacuación se había situado en el núcleo del proceso de paz y que podría haber obligado a Israel a transigir en cuestiones sumamente delicadas. La mano derecha de Sharon, Dov Weisglass, el cerebro a la sombra del plan de desvinculación, se refirió a la capacidad de hacer a un lado la hoja de ruta como uno de los méritos de la retirada unilateral cuando, en una entrevista franca, dijo que la desvinculación actuaría como «formaldehído» sobre la hoja de ruta. Weisglass se explicó así:

> La relevancia [de la retirada unilateral] es la paralización del proceso político. Y cuando usted paraliza ese proceso, está impidiendo la creación de un estado palestino y se está evitando una discusión sobre los refugiados, las fronteras y Jerusalén [todas ellas cuestiones centrales en la hoja de ruta]. De hecho, todo ese paquete al que se denomina estado palestino, con todo lo que implica, ha quedado fuera de nuestra agenda… y todo eso con autoridad y permiso. Todo con la bendición presidencial [de Estados Unidos]… y le hemos hecho enseñado al mundo… que no hay nadie con quien hablar [en el lado palestino]. Y recibimos un certificado «nadie con quien hablar». Un certificado que dice: 1. No hay nadie con quien hablar… 2. Mientras no haya nadie con quien hablar el *statu quo* geográfico se mantiene intacto. 3. El certificado se revocará solo cuando ocurra esto y esto, cuando Palestina se convierta en Finlandia. 4. Hasta luego y *shalom*[513].

* * *

Sobre el terreno, sin embargo, pronto fue evidente que lo que en un primer momento había parecido el fin de la ocupación no era en muchos sentidos más que una ilusión. En Cisjordania, los colonos habían salido de cuatro asentamientos y se habían demolido sus casas, efectivamente, pero el ejército continuó teniendo el control de la tierra e impidiendo que los palestinos accedieran a ella; se había vaciado, sí, pero no entregado a los palestinos. Entre tanto, en la Franja de Gaza, en lugar del fin de la ocupación, el ejercicio de desvinculación de Sharon resultó ser más una reorganización del modo en que operaban las fuerzas ocupantes porque, si bien a distancia, Israel siguió manteniendo un control eficaz y exclusivo sobre el área evacuada. El aspecto más notable de ello quizá fuera que Israel continuó controlando el espacio aéreo de la Franja, como venía haciendo desde 1967, lo que le permitía al ejército vigilar las acciones de los palestinos sobre el terreno, atacar a los sospechosos desde el aire e interferir las transmisiones de radio y televisión.

El control del espacio aéreo de Gaza por parte de Israel también impedía a los palestinos gestionar un aeropuerto propio, lo que les habría otorgado libertad para entrar y salir de la Franja y comerciar con el extranjero. Vale la pena mencionar aquí que los Acuerdos de Oslo de 1993 daban a Israel control absoluto sobre el espacio aéreo de la Franja de Gaza, pero, a la vez, establecían que los palestinos podían construir un aeropuerto en la región. El aeropuerto de Gaza se construyó e inauguró en 1998 y ofrecía un número limitado de vuelos semanales a distintos países árabes. Sin embargo, el 8 de octubre de 2000, poco después del estallido de la segunda *intifada*, Israel cerró el aeropuerto, bombardeó las pistas y finalmente lo convirtió en una base militar. Una vez que se hubo completado la retirada del ejército y los palestinos recuperaron el control de su aeropuerto, descubrieron no solo que las pistas estaban totalmente destruidas, sino que los soldados israelíes también habían destrozado muchos de los edificios e instalaciones. Después de su retirada unilateral, Israel reconoció oficialmente la importancia del aeropuerto para Gaza, pero en el momento en que escribo, nueve años después de la desvinculación, sigue sin permitir su reapertura.

El control de Israel sobre la Franja de Gaza también se hace notar en el control de las aguas territoriales. En el Acuerdo Oslo II, firmado por Israel y la OLP en septiembre de 1995, Israel aceptó permitir que los barcos pesqueros de la Franja navegaran hasta unas veinte millas náuticas de la costa (unos treinta y siete kilómetros) con excepción de unas cuantas zonas específicas a las que los palestinos tenían prohibida la entrada. En la práctica, sin embargo, Israel negaba los permisos a muchos de los solicitantes y solo

autorizaba pescar hasta unas doce millas náuticas de la costa (unos veintidós kilómetros); en ocasiones, las patrullas israelíes incluso disparaban contra los barcos palestinos que rebasaban esa distancia. Después de la desvinculación de la Franja de Gaza, Israel redujo la zona de pesca todavía más. Como resultado de ello, el sector pesquero de la Franja, del que proviene el sustento de muchísimas familias y constituye una importante fuente de alimento para la población de la región, sufrió un duro golpe.

Asimismo, en los Acuerdos de Oslo Israel convino que permitiría que los palestinos construyeran y gestionaran un puerto marítimo en Gaza, lo que podría haber mejorado de forma notable la economía local. En el verano de 2000 empezaron a construirse las infraestructuras del puerto; no obstante, en octubre de ese mismo año, tras el estallido de la segunda *intifada*, Israel bombardeó la construcción. Como consecuencia de ello, los países donantes dejaron de financiar el proyecto y desde entonces no se ha realizado ningún trabajo en el puerto marítimo. Después de la desvinculación de la Franja en 2005, Israel prometió que permitiría la reanudación de los trabajos de construcción y, para garantizar que los donantes e inversores extranjeros invirtieran en el proyecto, se comprometió a no volver a atacar el puerto. Sin embargo, en el momento en que escribo, los israelíes continúan obstaculizando el proyecto.

Además de tener control total sobre el espacio aéreo y las aguas territoriales de la Franja de Gaza, los israelíes continúan determinando el flujo del comercio que entra y sale de la región, pues, pese a la retirada, mantienen el control de todos los pasos fronterizos; los desplazamientos entre la Franja de Gaza y Cisjordania siguen dependiendo exclusivamente del criterio y el humor cambiante de Israel.

En otras palabras, pese a haber salido de la Franja de Gaza en 2005, los israelíes continúan controlando la región por tierra, mar y aire, además de ser quienes la proveen de agua potable y para riego, comunicaciones, combustible, electricidad y redes de saneamiento, todo lo cual supone un control indirecto. No es de extrañar entonces que la insistencia de Israel en que la ocupación de la Franja de Gaza terminó con la desvinculación y, por tanto, no es ya legalmente responsable de la región, haya sido criticada con severidad por la opinión pública mundial como una interpretación reduccionista del derecho internacional. Vincular la ocupación a la *presencia física*, como hacen los israelíes, supone desdeñar un importante principio del derecho internacional, en el que cualquier forma de *control efectivo* sobre un

área (como el que evidentemente Israel continúa manteniendo sobre la Franja de Gaza) se considera una característica de la ocupación militar. Para decirlo de otro modo: la opinión general, y la del derecho internacional, es que incluso después de la desvinculación de 2005 la Franja de Gaza sigue siendo un territorio ocupado.

No obstante, hubo algo que los israelíes no pudieron seguir haciendo una vez dejaron de estar físicamente presentes en la Franja: mantener vigiladas a las milicias, que, tras la evacuación, tuvieron más libertad que antes para hacerse con el control de la región.

Como hemos visto, antes de la retirada el ejército intentó debilitar a las milicias asesinando a sus líderes; sin embargo, los israelíes subestimaron la extraordinaria resiliencia de las milicias y su capacidad para continuar funcionando incluso tras la muerte de quienes estaban en la cúpula. De hecho, un examen atento muestra que el desempeño de las milicias de Gaza antes, durante y después de la desvinculación israelí fue ejemplar. En junio de 2005 las milicias dispararon desde la Franja diecisiete cohetes hacia Israel, y en julio veintiocho, pero en agosto, el mes de la desvinculación, limitaron sus ataques (solo dispararon seis misiles) con el fin de no incitar una reacción violenta que pudiera hacer cambiar de opinión a los israelíes. En septiembre, justo después de completada la retirada, lanzaron veintinueve cohetes contra Israel y declararon que la salida de las tropas israelíes era fruto de su resistencia, una afirmación a la que muchos palestinos dieron crédito[514].

En ausencia de los israelíes, las milicias de Gaza también consiguieron armarse como nunca antes y lograron atraer hacia sí a buena parte de la población local. De hecho, con Arafat muerto, la Autoridad Palestina no estaba en condiciones de imponer el orden en la Franja de Gaza tras la salida de los israelíes; los sucesores del líder palestino no eran fuertes, en parte por culpa de Israel, y las milicias pronto llenaron el vacío de poder. El deterioro de la situación económica en la Franja de Gaza, donde el número de personas clasificadas como pobres ascendió del 30% en 2000 al 65-70% en 2005, también contribuyó a empujar en masa a los palestinos normales y corrientes a los brazos de Hamás, una organización a la que solía considerarse menos corrupta que Al Fatah.

Dadas estas circunstancias, no debiera sorprender que cuando el presidente George W. Bush, en un intento de hacer realidad su visión de una Palestina democrática, insistió en que los palestinos celebraran elecciones en enero de 2006, Hamás se hiciera con el control del Parlamento, lo que les

permitió formar gobierno en la Franja de Gaza. El 15 de junio de 2007, los pistoleros de la organización derrotaron a la policía, partidaria de Al Fatah, y por primera vez Hamás se hizo con el control total de la Franja.

De esta forma, la retirada unilateral de la Franja de Gaza por parte de Israel inauguró una nueva fase en las relaciones palestino-israelíes caracterizada por el debilitamiento gradual de los líderes palestinos seculares y el fortalecimiento de los elementos más radicales, en especial en la Franja de Gaza, desde donde las milicias continuaron lanzando cohetes y misiles contra Israel. Esto, a su vez, provocó un acalorado debate sobre las ventajas de las retiradas unilaterales entre los israelíes y si, a fin de cuentas, no iba en contra de los intereses del país evacuar los territorios ocupados sin antes dejar las llaves a alguien.

Hacia la quinta década de la ocupación

La crónica de la ocupación por parte de Israel de los tierras adquiridas en 1967 gracias a su asombrosa victoria en la guerra de los Seis Días se resume, hasta el momento, del siguiente modo: en la primera década después de 1967 Israel tuvo dificultades para decidir qué hacer con las vastas extensiones de tierra que de forma inesperada había capturado a Egipto, Jordania y Siria. El país carecía de un plan organizado y no era capaz de resolver qué parte de los territorios ocupados conservar y qué parte devolver, pero su instinto le decía que esperara y, en general, prefirió conservar la tierra y renunciar a vivir en paz con sus vecinos. En ese período, cualquier consideración acerca de la devolución de algunos de los territorios ocupados, principalmente la península del Sinaí a Egipto y los Altos del Golán a Siria, surgió solo como un recurso táctico que le permitiera aferrarse a Cisjordania, la cuna de la historia judía, y la Franja de Gaza, zona que Israel quería mantener por razones estratégicas. No obstante, en ausencia de presiones internacionales serias, incluso esas ideas se debilitaron. Los primeros ministros de este período no prestaron atención a las advertencias de que no había tiempo que perder y de que la oportunidad de alcanzar un acuerdo, en particular con los palestinos, podía perderse durante una generación o más si no se actuaba con prontitud. En retrospectiva, es posible decir sin temor a equivocarse que Israel perdió una oportunidad única de llegar a acuerdos de paz con sus vecinos durante la primera década de la ocupación.

En la segunda década, de 1977 a 1987, Israel decidió por fin qué quería hacer: tras el vuelco electoral que en 1977 llevó al poder al Likud, el partido de la derecha, por primera vez en la historia de Israel, el nuevo primer ministro, Menajem Beguin, emprendió un gran plan para hacer que la ocupación fuera irreversible; un aspecto central de ese plan era la construcción de asentamientos judíos en los territorios ocupados, en particular Cisjordania y la Franja de Gaza. El gobierno encabezado por Beguin, tras la presión internacional desencadenada por el presidente el-Sadat, que en un

gesto muy valiente planteó públicamente a Israel su voluntad de alcanzar un acuerdo, y gracias a una promesa sin precedentes de ayuda económica y militar por parte de Estados Unidos, puso fin a la ocupación del Sinaí. Sin embargo, Beguin estaba decidido a conservar para siempre los territorios palestinos ocupados (Cisjordania y la Franja de Gaza) y, al menos por el momento, los Altos del Golán, que Israel se anexionó de forma oficial. Desdeñando la historia y la realidad, Israel intentó consolidar su control sobre los territorios ocupados empleando métodos colonialistas anacrónicos e ilegítimos, en particular la construcción de asentamientos contraria al derecho internacional.

A lo largo de las siguientes dos décadas de la ocupación, de 1987 a 2007, Israel por fin empezó a poner los pies en tierra, en buena parte debido al estallido en 1987 de la primera *intifada*, que hizo que un número creciente de israelíes se dieran cuenta de que el proyecto de la ocupación estaba condenado al fracaso. En 1991, con la Conferencia de Madrid, se puso en marcha una nueva iniciativa cuya meta era conseguir la paz a cambio de la tierra y poner fin a la ocupación. Sin embargo, ese proceso de paz no fue suficientemente riguroso y a Israel le faltó magnanimidad. Los palestinos, que al reconocer en 1988 el derecho a existir del estado de Israel renunciaron efectivamente a reclamar el 78% de la antigua Palestina, estaban resueltos a impedir que los israelíes se quedaran con el 22% restante y, por tanto, se negaron a transigir aún más durante las negociaciones de paz. Frustrados, los palestinos de los territorios combatieron a los ocupantes, como era su derecho legítimo y, quizá, el curso de acción lógico en vista de que para entonces era una lección de la historia que el estado de Israel solo cede cuando se le presiona.

Durante el proceso de pacificación, los israelíes fueron gradualmente comprendiendo que el precio de la paz sería alto: Siria insistía en una retirada total de los Altos del Golán y los palestinos querían un acuerdo equitativo. Como no estaban dispuestos a pagar este precio, los israelíes, en un proceso que alcanzaría el clímax durante el gobierno de Sharon (2001-2006), suspendieron temporalmente la búsqueda de la paz con Siria y decidieron retirarse unilateralmente de la Franja de Gaza, una espina clavada en el pie para Israel, lo que les permitía aferrarse a Cisjordania y sus recursos al tiempo que evitaban las cuestiones más problemáticas de la ocupación. No obstante, el breve idilio de Israel con el unilateralismo llego a su fin después de que este hubiera conducido al ascenso de Hamás en la Franja de Gaza, desde donde los milicianos continuaron hostigando al país con cohetes.

La competencia y las divisiones crecientes entre Hamás en la Franja de Gaza y el régimen más secular de Cisjordania han beneficiado directamente a Israel, pues el gobierno ha justificado su reticencia a seguir adelante con el proceso de paz argumentando que los palestinos están demasiado divididos y que Hamás no reconoce el derecho a existir del estado de Israel. Mientras que la llamada «primavera árabe» y la desintegración del régimen de Bashar el Asad descartan, al menos por el momento, cualquier posibilidad de diálogo entre Israel y Siria para poner fin a la ocupación del Golán.

¿Dónde nos deja este resumen? ¿Qué nos aguarda en la quinta década de la ocupación israelí, ya bastante adelantada?

Resulta evidente que la opción de la primera década, mantener el *statu quo*, ya no existe, y que la alternativa de la segunda, construir asentamientos en un intento de absorber los territorios ocupados dentro de Israel, nunca fue realista. La estrategia intentada durante la cuarta década, el unilateralismo, ha perdido todo apoyo dentro de Israel, lo que nos devuelve a la opción que se probó a comienzos del decenio de 1990, a saber, el intento de poner fin a la ocupación mediante negociaciones de paz con los palestinos y los árabes. Pero para que las conversaciones de paz se reanuden de forma significativa, la comunidad internacional, y en particular Estados Unidos, tendrá que endurecer su postura ante el estado de Israel y, cuando sea necesario, sobornarlo para que transija, pues si las cuatro décadas anteriores han demostrado algo es que los israelíes no cederán con facilidad los territorios ocupados.

No tengo la menor duda de que la ocupación llegará algún día a su fin, como ocurre con todas las guerras y conflictos. En 1967 a nadie se le hubiera ocurrido pensar que Israel, Egipto y Jordania llegarían a firmar tratados de paz completos; hoy, en cambio, es posible esperar que en algún momento se firmen acuerdos similares entre Israel y los palestinos y entre Israel y Siria y el Líbano. No obstante, dadas la profundidad del resentimiento que existe entre las partes, en particular entre los israelíes y los palestinos, y las actuales revoluciones en Oriente Próximo, que distraen del conflicto con Israel, puede suceder que se necesiten muchas generaciones antes de que una reconciliación auténtica eche raíces. Lo que resulta claro es que el intento de Israel de absorber los territorios ocupados a lo largo de las cuatro últimas décadas ha fracasado.

Creo que el veredicto de la historia interpretará las cuatro décadas de la ocupación descritas en este libro como una mancha negra en la historia de

Israel y, de hecho, en la historia judía. Este fue un período en el que Israel, con la ayuda de la diáspora judía, en particular en Estados Unidos, demostró que incluso las naciones que han sufrido tragedias indescriptibles pueden actuar de forma igualmente cruel cuando tienen el poder. En 1967, el ministro de Defensa de la época, Moshe Dayan, anotó que si tuviera que escoger alguna de las naciones del mundo para vivir bajo la ocupación de sus fuerzas militares, dudaría en elegir Israel. Tenía razón: mirando lo ocurrido en estas cuatro décadas resulta claro que Israel fue, y en este momento continúa siendo, un ocupador cruel y brutal. Pues mientras otros colonialistas, como los británicos en la India, entre otros, aprendieron el valor de ganarse el aprecio de las élites locales construyendo escuelas, universidades y otros servicios públicos para los colonizados, Israel nunca ha pensado que tenga el deber de ayudar, proteger o mejorar la calidad de vida de la población bajo su control, a la que en el mejor de los casos considera un mercado cautivo o una fuente de mano de obra barata a su disposición. Sin embargo, al forzarlos a vivir en la miseria y sin esperanza, Israel ha endurecido a quienes viven sometidos a su poder, haciéndolos más decididos a poner fin a la ocupación, incluso a través de la violencia si es necesario, y vivir una vida de dignidad y libertad.

Bibliografía selecta

Abbas, Mahmoud, *Through Secret Channels*, Garnet, Reading, 1995.

Abu Sharif, Bassam, *Arafat and the Dream of Palestine: An Insider's Account*, Palgrave Macmillan, Londres, 2009.

Abuelaish, Izzeldin, *I Shall Not Hate: A Gaza Doctor's Journey on the Road to Peace and Human Dignity*, Bloomsbury, Londres, 2011. [Hay traducción castellana: *No voy a odiar*, Aguilar, Madrid, 2011.]

Aburish, Said, *Arafat: From Defender to Dictator*, Bloomsbury, Londres, 1998.

Albright, Madeleine, *Madam Secretary: A Memoir*, Macmillan, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *Memorias: la mujer más poderosa de Estados Unidos*, Planeta, Barcelona, 2004.]

Arens, Moshe, *Broken Covenant: American Foreign Policy and the Crisis between the US and Israel*, Simon and Schuster, Nueva York, 1995.

Arieli, Shaul, y Michael Sfard, *Choma u'mechdal* («El muro de la locura»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2008 (en hebreo).

Ashrawi, Hana, *This Side of Peace: A Personal Account*, Simon & Schuster, Nueva York, 1995.

Baker III, James A., *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace 1989-1992*, Putnam's, Nueva York, 1995.

Beilin, Yossi, *Touching Peace: From the Oslo Accord to a Final Agreement*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1999.

—, *The Path to Geneva: the Quest for a Permanent Agreement, 1996-2004*, RDV/Akashic, Nueva York, 2004.

Ben-Ami, Shlomo, *Scars of War, Wounds of Peace: The Arab-Israeli Tragedy*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2005. [Hay traducción

castellana: *Cicatrices de guerra, heridas de paz. La tragedia árabe-israelí*, Ediciones B, Barcelona, 2006.]

Ben-Elissar, Eliahu, *Lo od milhama* («No más guerra»), Maariv, Jerusalén, 1995 (en hebreo).

Boutros-Ghali, Boutros, *Egypt's Road to Jerusalem: A Diplomat's Story of the Struggle for Peace in the Middle East*, Random House, Nueva York, 1997.

Bowen, Jeremy, *Six Days: How the 1967 War Shaped the Middle East*, Simon and Schuster, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *Seis días de guerra: el conflicto de 1967 y la configuración de Oriente Medio*, Paidós, Barcelona, 2006.]

Breger, Marshall, y Ora Ahimeir (eds.), *Jerusalem: A City and Its Future*, Syracuse University Press, Syracuse (Nueva York), 2002.

Bregman, Ahron, *A History of Israel*, Palgrave Macmillan, Londres, 2000.

—, *Elusive Peace: How the Holy Land Defeated America*, Penguin, Londres, 2005.

—, *Israel's Wars: A History since 1947*, Routledge, Londres, 2010.

Bregman, Ahron y Jihan El-Tahri, *The Fifty Years War: Israel and the Arabs*, Penguin Books/BBC Books, Londres, 1998.

Brzezinski, Zbigniew, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Advisor 1977-1981*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1983.

Bush, George W., *Decision Points*, Virgin, Londres, 2010.

Carter, Jimmy, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, Collins, Londres, 1982.

Cheshin, Amir, Bill Hutman, y Avi Melamed, *Separate and Unequal: The Inside Story of Israeli Rule in East Jerusalem*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1999.

Clinton, Bill, *My Life*, Hutchinson, Londres, 2004. [Hay traducción castellana: *Mi vida*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.]

Cobban, Helena, *The Palestinian Liberation Organisation: People, Power, and Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

Corbin, J., *Gaza First: The Secret Norway Channel to Peace between Israel and the PLO*, Bloomsbury, Londres, 1994.

Dan, Uri, *Mivtzah Gomeh* («Operación Junco»), Maariv, Tel Aviv, 1981 (en hebreo).

Dayan, Moshe, *Diary of the Sinai Campaign*, Sphere Books, Londres, 1967.

—, *Avnei Derekh: otobiographia* («Hitos: una autobiografía»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1976 (en hebreo).

—, *Story of My Life*, Sphere Books, Londres, 1976. [Hay traducción castellana: *Historia de mi vida. Autobiografía*, Grijalbo, Barcelona, 1977.]

—, *Breakthrough: A Personal Account of the Egypt-Israel Peace Negotiations*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1981.

Drucker, Raviv, *Harakiri: Ehud Barak be'mivchan ha'tozaha* («Haraquiri: Ehud Barak, el fracaso»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2002 (en hebreo).

Drucker, Raviv, y Ofer Shelah, *Bumerang: kishalon ha'manhigut ba'intifada ha'shniya* («Búmeran: el fracaso de los dirigentes en la segunda *intifada*»), Keter, Tel Aviv, 2005 (en hebreo).

Dumper, Michael, *The Politics of Jerusalem since 1967*, Columbia University Press, Nueva York, 1997.

Eban, Abba, *An Autobiography*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1978.

—, *Personal Witness: Israel through My Eyes*, Putnam's, Nueva York, 1992.

Efrat, Elisha, *Geographya shel kibosh* («Geografía de la ocupación: Judea, Samaria y la Franja de Gaza»), Carmel Press, Jerusalén, 2002 (en hebreo).

Eldar, Akiva, e Idith Zertal, *Adonei ha'aretz: hamitnahalim umedinat yisrael, 1967-2004* («Señores de la tierra: los colonos y el estado de Israel, 1967-2004»), Zmora-Bitan, Kineret, 2004 (en hebreo).

Enderlin, Charles, *The Lost Years: Radical Islam, Intifada, and Wars in the Middle East 2001-2006*, Other Press, Nueva York, 2007.

Fahmy, Ismail, *Negotiating for Peace in the Middle East*, Johns Hopkins University Press, Baltimore (Maryland), 1983.

Farid, Abdel Majid, *Nasser: The Final Years*, Ithaca Press, Reading, 1994.

Finkelstein, G. Norman, *The Rise and Fall of Palestine: A Personal Account of the Intifada Years*, University of Minnesota Press, Minneapolis (Minnesota), 1996.

Finklestone, Joseph, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, Routledge, Londres, 1996.

Fisk, Robert, *The Great War for Civilisation: The Conquest of the Middle East*, Fourth Estate, Londres, 2005. [Hay traducción castellana: *La gran guerra por la civilización: la conquista de Oriente Próximo*, Destino, Barcelona, 2006.]

Freedman, Lawrence, *A Choice of Enemies*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2008.

Gazit, Shlomo. *The Carrot and the Stick: Israel's Policy in Judea and Samaria, 1967-1968*, B'nai B'rith Books, Washington, 1995.

—, *Trapped Fools: Thirty Years of Israeli Policy in the Territories*, Routledge, Londres, 2003.

Golan, Galia, *Israel and Palestine: Peace Plans and Proposals from Oslo to Disengagement*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2007.

Golan, Matti, *The Secret Conversations of Henry Kissinger: Step-by-Step Diplomacy in the Middle East*, Quadrangle/The New York Times, Nueva York, 1976. [Hay traducción castellana: *Las conversaciones secretas de Henry Kissinger*, Sedmay, Madrid, 1977.]

—, *Shimon Peres: A Biography*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1982.

Gorenberg, Gershom, *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*, Henry Holt & Company, Nueva York, 2006.

Grossman, David, *The Yellow Wind*, Jonathan Cape, Londres, 1988. [Hay traducción castellana: *El viento amarillo*, Aguilar, Madrid, 1988.]

Halevy, Efraim, *Man in the Shadows: Inside the Middle East Crisis with the Man Who Led the Mossad*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2006. [Hay traducción castellana: *Trece años que cambiaron el mundo: mi vida en el Mossad*, Ediciones B, Barcelona, 2007.]

Haloutz, Danni, *Begovah ha'einayim* («Con franqueza»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2010 (en hebreo).

Hart, Alan, *Arafat: A Political Biography*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1994. [Hay traducción castellana: *Arafat: biografía política*, Instituto de Estudios Políticos para América Latina, Madrid, 1989.]

Hefez, Nir, y Bloom Gadi, *Ha'roeh: sipur chayav shel Ariel Sharon* («El pastor: la vida de Ariel Sharon»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2005 (en hebreo).

Herzog, Chaim, *The Arab-Israeli Wars: War and Peace in the Middle East*, Vintage Books, Nueva York, 1982.

Hirst, David, *The Gun and the Olive Branch: The Roots of Violence in the Middle East*, Faber & Faber, Londres, 1977.

—, e Irene Beeson, *Sadat*, Faber & Faber, Londres, 1981.

Hroub, K., *Hamas: Political Thought and Practice*, Institute for Palestine Studies, Beirut, 2000.

Hunter, Robert, *The Palestinian Uprising*, University of California Press, Berkeley (California), 1993.

Indyk, Martin, *Innocent Abroad: An Intimate Account of American Peace Diplomacy in the Middle East*, Simon and Schuster, Nueva York, 2009.

Khalidi, Rashid, *The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

Kimmerling, Baruch, y Joel Migdal, *The Palestinian People: A History*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2003.

Kissinger, Henry, *White House Years*, Little Brown, Boston, 1979.

—, *Years of Upheaval, 1973-1977*, Michael Joseph, Londres, 1982.

Kliot, Nurit, y Shemuel Albeck, *Sinai: anatomia shel prida* («Sinaí: anatomía de la evacuación de los asentamientos»), Defence Ministry Press, Tel Aviv, 1996.

Laqueur, Walter, y Barry Rubin (eds.), *The Israel-Arab Reader: A Documentary History of the Middle East Conflict*, Penguin Books, Londres, 20016.

Lochery, Neil, *The Difficult Road to Peace: Netanyahu, Israel and the*

Middle East Peace Process, Ithaca Press, Reading, 1999.

Lunt, James, *Hussein of Jordan*, Fontana/Collins, Londres, 1990.

Makdisi, Saree, *Palestine Inside Out: An Everyday Occupation*, W. W. Norton, Nueva York, 2010.

Makovsky, David, *Making Peace with the PLO: The Rabin Government's Road to the Oslo Accord*, Westview Press, Boulder (Colorado), 1996.

Ma'oz, Moshe, *Palestinian Leadership on the West Bank: The Changing Role of Arab Mayors under Jordan and Israel*, Frank Cass, Londres, 1984.

Markus, Yoel, *Camp David: ha'petach le'shalom* («Camp David: el camino hacia la paz»), Schoken, Tel Aviv, 1979 (en hebreo).

Miller, D. Aaron, *The Much Too Promised Land: America's Elusive Search for Arab-Israeli Peace*, Bantam Books, Nueva York, 2009.

Milton-Edwards, Beverley, *Islamic Politics in Palestine*, I. B. Tauris, Londres, 1996.

Morris, Benny, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1981-1999*, John Murray, Londres, 1999.

Naor, Arye, *Begin ba'shilton: edut ishit* («Beguin en el poder: un testimonio personal»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1993 (en hebreo).

Naveh, Dan, *Sodot memshala* («Secretos de Estado»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1999 (en hebreo).

Neve, Gordon, *Israel's Occupation*, University of California Press, Berkeley (California), 2008.

Newman, David (ed.), *The Impact of Gush Emunim*, Croom Helm, Londres, 1985.

Noor, reina de Jordania, *Leap of Faith: Memoirs of an Unexpected Life*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *Memorias de una vida inesperada*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.]

Nusseibeh, Sari, *Once upon a Country: A Palestinian Life*, Picador, Londres, 2008.

Oren, Michael B., *Six Days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East*, Penguin Books, Londres, 2003. [Hay traducción

castellana: *La guerra de los Seis Días: junio de 1967 y la formación del Oriente Próximo moderno*, Ariel, Barcelona, 2003.]

Ovendale, Ritchie, *The Origins of the Arab-Israeli Wars*, Longman, Londres, 1992.

Pappe, Ilan, *The Ethnic Cleansing of Palestine*, Oneworld Publications, Oxford, 2007. [Hay traducción castellana: *La limpieza étnica de Palestina*, Crítica, Barcelona, 2008.]

Pedatzur, Reuven, *Nitzhon ha'mevukhah* («El triunfo de la vergüenza: Israel y los territorios después de la guerra de los Seis Días»), Bitan/Yad Tabenkin, Tel Aviv, 1996 (en hebreo).

Peres, Simon, *The New Middle East*, Henry Holt, Nueva York, 1993. [Hay traducción castellana: *Oriente Medio, año cero*, Grijalbo, Barcelona, 1994.]

—, *Battling for Peace: Memoirs*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1995. [Hay traducción castellana: *Mi lucha por la paz: memorias*, Prensa Ibérica, Barcelona, 1995.]

Peretz, Don, *Intifada: The Palestinian Uprising*, Westview Press, Boulder (Colorado), 1990.

Quandt, William B., *Peace Process: American Diplomacy and the Arab-Israeli Conflict since 1967*, University of California Press, Berkeley (California), 2001.

Qurie, Ahmed (Abu Ala'a), *From Oslo to Jerusalem: The Palestinian Story of the Secret Negotiations*, I. B. Tauris, Londres, 2008.

Rabin, Yitzhak, *Pinkas sherut* («Las memorias de Rabin»), Sifriat Ma'ariv, Tel Aviv, 1979 (en hebreo).

—, *The Rabin Memoirs*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1979.

Rabinovich, Itamar, *The Brink of Peace: The Israeli-Syrian Negotiations*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1998. [Hay traducción castellana: *La antesala de la paz: las negociaciones sirio-israelíes*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.]

—, *Waging Peace: Israel and the Arabs at the End of the Century*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1999.

Rafael, Gideon, *Destination Peace: Three Decades of Israeli Foreign*

Policy, Stein & Day, Nueva York, 1981.

Raz, Avi, *The Bride and the Dowry: Israel, Jordan and the Palestinians in the Aftermath of the June 1967 War*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2012.

Riad, Mahmoud, *The Struggle for Peace in the Middle East*, Quartet, Londres, 1981.

Ross, Dennis, *The Missing Peace: The Inside Story of the Fight for Middle East Peace*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2004.

Rubinstein, Danny, *Mi lashem elai: gush emunim* («Del lado del Señor: Gush Emunim»), Ha'kibbutz Ha'me'uhad, Tel Aviv, 1982 (en hebreo).

Sadat, Anwar, *In Search of Identity*, Harper & Row, Nueva York, 1977.

Said, Edward, *The Politics of Dispossession: The Struggle for Palestinian Self-Determination, 1969-1994*, Chatto & Windus, Londres, 1994.

—, *Peace and its Discontents: Gaza-Jericho, 1993-1995*, Vintage, Londres, 1995.

Savir, Uri, *The Process: 1,100 Days That Changed the Middle East*, Random House, Nueva York, 1998.

Sayigh, Yezid, *Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement 1949-1993*, Clarendon Press, Oxford, 1997.

Schiff, Ze'ev, y Ya'ari, Ehud, *Intifada: The Palestinian Uprising: Israel's Third Front*, Simon and Schuster, Nueva York, 1990.

Seale, Patrick, *Asad: The Struggle for the Middle East*, University of California Press, Berkeley (California), 1988.

Segev, Tom, *1967: Israel, the War and the Year That Transformed the Middle East*, Abacus, Londres, 2007.

Shamir, Yitzhak, *Summing Up: An Autobiography*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1994.

Sharon, Ariel, *Warrior: The Autobiography of Ariel Sharon*, Macdonald, Londres, 1989.

Sher, Gilead, *The Israeli-Palestinian Peace Negotiations, 1999-2001*, Routledge, Oxford, 2006.

Shlaim, Avi, *Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace*,

Penguin Books, Londres, 2008.

—, *Israel and Palestine. Reappraisals, Revisions, Refutations*, Verso, Londres, 2009.

Shultz, George P., *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Scribner's, Nueva York, 1993.

Smith, Charles D., *Palestine and the Arab-Israeli Conflict: A History with Documents*, Palgrave Macmillan, Londres, 20045.

Snow, Peter, *Hussein: A Biography*, Barrie & Jenkins, Londres, 1972.

Sprinzak, Ehud, *The Ascendance of Israel's Radical Right*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

Tessler, M., *A History of the Israeli-Palestinian Conflict*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis, 1994.

Teveth, Shabtai, *The Cursed Blessing: The Story of Israel's Occupation of the West Bank*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1969.

—, *Moshe Dayan: The Soldier, the Man, the Legend*, Quartet, Londres, 1974. [Hay traducción castellana: *Moshe Dayan: el soldado, el hombre, la leyenda*, Grijalbo, Barcelona, 1975.]

Van Creveld, Martin, *Moshe Dayan*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2004.

Wasserstein, Bernard, *Divided Jerusalem: The Struggle for the Holy City*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2001.

Weizman, Eyal, *Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation*, Verso, Londres, 2007. [Hay traducción (parcial) castellana: *A través de los muros: Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica posmoderna y reinventó la guerra urbana*, Errata Naturae, Madrid, 2012.]

Weizman, Ezer, *The Battle for Peace*, Bantam Books, Londres, 1981.

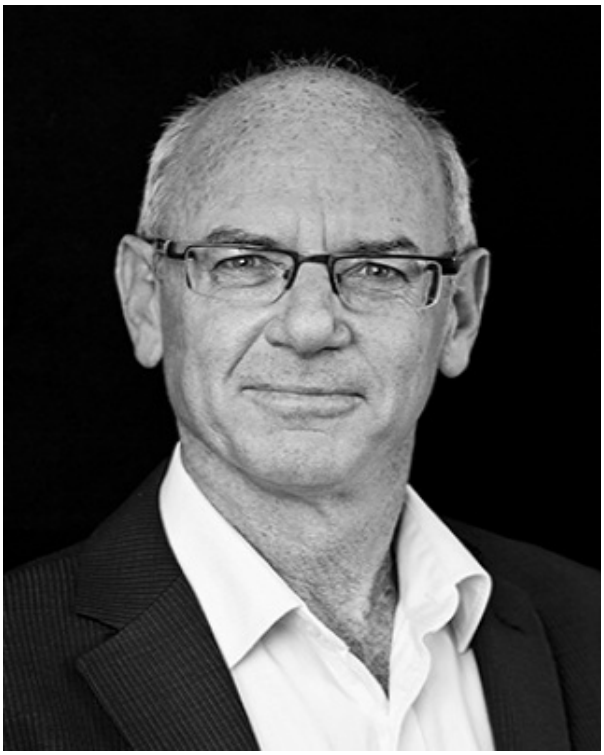
Wingfield, Martin, *Golan Heights: Occupation and Resistance*, ADC Research Institute, Washington, D. C., 2010.

Ya'alon, Moshe, *Derech arukah ketzara* («El camino más largo más corto»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2008 (en hebreo).

Yatom, Danny, *Shutaf sod* («El confidente: del Sayeret Matkal al

Mosad»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2009 (en hebreo).

Zak, Moshe, *Hussein oseh shalom* («El rey Husein hace la paz»), Universidad Bar Ilan, Ramat Gan, 1996 (en hebreo).



Ahron (Ronnie) Bregman (n. en 1957 en Israel) es un cientista político, periodista y escritor israelí-británico, especialista en el conflicto árabe-israelí.

Sirvió en las Fuerzas de Defensa Israelíes, como oficial de artillería participó en la Operación Litani y en 1982 partició en la Guerra del Líbano. Después de la guerra, dejó la armada para estudiar relaciones internacionales y ciencia política en la Universidad Hebrea de Jerusalén. También trabajó como asistente parlamentario en el Knéset. Después de dar una entrevista para el Ha'aretz, en la cual declaró que no serviría en los Territorios Ocupados, dejó Israel y se estableció en Inglaterra. Bregman ha escrito varios libros sobre el Conflicto Árabe-Israelí y sobre los asuntos del Oriente Medio. Bregman vive en Londres con su esposa Dana y sus hijos Daniel, Maya y Adam.

Notas

[1] Eyal Erlich entrevista a Ahron Bregman, *Haaretz* suplemento, 21 de febrero de 1988 (en hebreo). <<

[2] Linda Grant, *Still Here*, Londres, Abacus, 2002. <<

[3] Sobre la guerra de 1967 véase, por ejemplo, Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War: Israel and the Arabs*, Penguin Books/BBC Books, Londres, 1998, parte 2, pp. 60-99; Michael B. Oren, *Six Days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East*, Penguin Books, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *La guerra de los Seis Días: junio de 1967 y la formación del Oriente Próximo moderno*, Ariel, Barcelona, 2003.] <<

[4] «Nombramiento de gobernadores militares para Cisjordania, Gaza y el Sinaí», *Maariv*, 8 de junio de 1967 (en hebreo). <<

[5] Avi Shlaim, *Israel and Palestine: Reappraisals, Revisions, Refutations*, Verso, Londres, 2009, p. 32. <<

[6] E. C. Hodgkin, «Grim Reports of Repression in Israeli-Occupied Lands», *The Times*, 28 de octubre de 1969. <<

[7] Las cifras provienen de Baruch Kimmerling y Joel Migdal, *The Palestinian People: A History*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2003, p. 297. <<

[8] Gordon Neve, *Israel's Occupation*, University of California Press, Berkeley (California), 2008, p. xvii; para el número de bajas israelíes, véase www.mfa.gov.il/MFA/Terrorism <<

[9] James Joll, *Europe since 1870*, Penguin, Londres, 1990, p. viii. [Hay traducción castellana: *Historia de Europa desde 1870*, Alianza, Madrid, 1983.] <<

[10] Sobre la denominada «matriz de control», véase Jeff Halper, «The 94 Percent Solution: A Matrix of Control», *Middle East Report*, n.º 216, otoño de 2000. <<

[11] Shlomo Gazit, *The Carrot and the Stick: Israel's Policy in Judea and Samaria, 1967-1968* (en adelante: *Carrot and the Stick*), B'nai B'rith Books, Washington, 1995, p. 120. <<

[12] Ahron Bregman en conversación con Miriam Eshkol, Londres, 29 de octubre de 1999. <<

[13] Yuval Elizur, «Nuevos horizontes: también para la economía», *Maariv*, 13 de junio de 1967 (en hebreo); sobre las objeciones para la devolución de Jerusalén, véase la carta del enviado del presidente de Estados Unidos, Harry C. McPherson, al presidente Johnson, 11 de junio de 1967, *Foreign Relations of the United States* (FRUS), 1964-1968, vol. 19, documento 263. <<

[14] Philip Ben, «Senador Kennedy en New York: “Los árabes deben reconocer a Israel sin condiciones previas”», *Maariv*, 12 de junio de 1967 (en hebreo). <<

[15] Shaul Ben Haim, «Richard Nixon: “En 4-6 meses los árabes aceptarán conversar con Israel”», *Maariv*, 25 de junio de 1967 (en hebreo). <<

[16] Reglamento relativo a las leyes y costumbres de la guerra terrestre, La Haya, 18 de octubre de 1907; y IV Convenio de Ginebra relativo a la protección debida a las personas civiles en tiempo de guerra, Ginebra, 12 de agosto de 1949, ambos en www.icrc.org <<

[17] Según se cita en Robbie Sabel, *The ICJ Opinion on the Separation Barrier: Designating the Entire West Bank as «Palestinian territory»*, Center for Public Affairs, Jerusalén, 2005 (el subrayado es mío). <<

[18] Al respecto, véase Meir Shamgar, «The Observance of International Law in the Administered Territories», *Israel Yearbook on Human Rights I*, 1971, pp. 262-277; también en Meir Shamgar (ed.), *Military Government in the Territories Administered by Israel, 1967-1980: The Legal Aspects*, vol. I, 1982, pp. 13-59; véase también Yehuda Blum, «The Missing Reversioner: Reflections on the Status of Judea and Samaria», *Israel Law Review*, n.º 3 (1968), pp. 279-301, y Stephen M. Boyd, «The Applicability of International Law to the Occupied Territories», *Israel Yearbook on Human Rights* I, 1971, pp. 258-261. <<

[19] «Settlement in the Administered Territories, Meron memorandum», 14 de septiembre de 1967, en Iain Scobbie y Sarah Hibbin, *The Israel-Palestine conflict in International Law: Territorial Issues*, The US/Middle East Project, 2009, pp. 103-104. Fuente original: Archivos del estado de Israel, 153.8/7921/3A. La opinión jurídica se clasifica como documento 289-291. <<

[20] Resolución de la Asamblea General de la ONU 2252 (ES-V), 4 de julio de 1967; véase también UN 35/122A, 11 de diciembre de 1980, en *Yearbook of the United Nations,* 34 (1980), p. 430. <<

[21] «Separate Opinion in the Matter of Legal Consequences of the Construction of a Wall in the Occupied Palestinian Territory, ICJ Reports» (2004), http://www.icj-cij.org/docket/files/131/1689.pdf <<

[22] Se trata de la resolución 181, 29 de noviembre de 1947. <<

[23] Albion Ross, «Amman Parliament Vote United Arab Palestine and Trans Jordan», *New York Times*, 25 de abril de 1950. Véase también Naseer Aruri (ed.), *Occupation: Israel Over Palestine*, Association of Arab-American University Graduates, Londres, 1984, p. 6. <<

[24] Oficina Central de Estadísticas, Censo General N.º 1, *La Ribera Occidental del Jordán, la Franja de Gaza y el Sinaí septentrional, los Altos del Golán*, Jerusalén, 1968, p. 9 (en hebreo). El número de árabes en Jerusalén creció hasta los setenta mil a finales de junio de 1967, tras la anexión por parte de Israel de veintiocho pueblos de Cisjordania a la ciudad. <<

[25] *Memory of the Cactus: A Story of Three Palestinian Villages*, documental de Al-Haq, organización palestina defensora de los derechos humanos. <<

[26] Las siguientes citas proceden de Amos Kenan: *Israel: A Wasted Victory*, Devir, Tel Aviv, 1970, pp. 18-21 (en hebreo); véase también Tom Segev, *1967: Israel, the War and the Year that Transformed the Middle East* (en adelante: *1967*), Londres, Abacus, 2007, pp. 490-491. <<

[27] Naseer Aruri (ed.), *Occupation*, p. 128. En 1971 se construyó un asentamiento judío, Mevo Horon, sobre las ruinas de Beit Nuba. Las tierras de Imwas y Yalu permanecieron desiertas hasta 1972, cuando, con la ayuda de donaciones de la comunidad judía canadiense, se construyó allí el Parque Canadá. El resto de las tierras se distribuyeron entre los asentamientos israelíes cercanos. <<

[28] Según se cita en Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, p. 41. <<

[29] Uzi Narkis, *Chayal she'l Yerushalaim* («Soldado de Jerusalén»), Tel Aviv, 1991, p. 333 (en hebreo). <<

[30] Según se cita en Tom Segev, *1967*, p. 482. <<

[31] Entrevista con el comandante Eitan Ben-Moshe, *Yerushalaim*, 29 de noviembre de 1999 (en hebreo). <<

[32] Este testimonio se encuentra en http://www.jpost.com/Landed Pages/PrintArticle.aspx?id=64540 <<

[33] Entrevista con Muhammad Abdel-Haq, 26 de septiembre de 1999, en Tom Abowd, «The Moroccan Quarter: A History of the Present», *Jerusalem Quarterly File*, sin fecha, p. 9. <<

[34] Moshe Dayan, *Story of My Life*, Sphere Books, 1976, p. 465. <<

[35] Nadav Shragai, «Scream Out in Tiny Letters», *Haaretz*, 3 de noviembre de 2003 (en hebreo). <<

[36] En Shlomo Gazit, Carrot and the Stick, p. 198. <<

[37] Nadav Shragai, «Scream Out in Tiny Letters». <<

[38] Felner Eitan, *A policy of Discrimination*, Informe de B'Tselem, Centro de Información Israelí para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados, Jerusalén, mayo de 1995, p. 10. <<

[39] Esta cita y las siguientes proceden de Nadav Shragai, «26 de junio de 1967: El gobierno pide que la prensa se abstenga de montar un escándalo acerca de la anexión de Jerusalén Oriental», *Haaretz*, 26 de agosto de 2005 (en hebreo). <<

[40] Anwar al-Khatib al-Tamimi (gobernador del distrito de Jerusalén), «Firsthand Account of the Fall of Arab Jerusalem», en http://www.palestine-studies.org/files/pdf/jps/9704.pdf <<

[41] Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, p. 183. <<

[42] Carta, 10 de julio de 1967; véase Palestinian Academic Society for the Study of International Affairs (PASSIA), documentos 100-101. <<

[43] Ruhi al-Khatib, «Memorandum concerning the measures taken by Israel with respect to the city of Jerusalem», 26 de agosto de 1967, en http://www.palestine-studies.org/files/pdf/jps/9704.pdf <<

[44] Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, p. 240. <<

[45] Moshe Dayan, *Yoman Vietnam* («Diario de Vietnam»), Dvir, Tel Aviv, 1977, p. 138 (en hebreo). <<

[46] Moshe Dayan, Instrucciones para el ejército, 7 de junio de 1967, en Martin Gilbert, *Israel: A History*, Black Swan, Londres, 2008, p. 396. <<

[47] Moshe Dayan, Instrucciones para los jefes militares, 17 de junio de 1967, según se cita en Shabtai Teveth, *The Cursed Blessing: The Story of Israel's Occupation of the West Bank*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1969, p. 110. <<

[48] Shlomo Gazit, *Trapped Fools: Thirty Years of Israeli Policy in the Territories* (en adelante: *Trapped Fools*), Routledge, Londres, 2003, p. 163. <<

[49] Resumen de la reunión de Moshe Dayan con los alcaldes palestinos, 24 de octubre de 1968, en el archivo del autor. <<

[50] En un discurso pronunciado en la cumbre de la Liga Árabe en Argelia, 7-9 de junio de 1988, el rey Husein informó que, desde que Israel capturara Cisjordania en 1967, Jordania había pagado los salarios de dieciocho mil empleados públicos, además de los de otros seis mil trabajadores en la Franja de Gaza. Durante esos años, el Tesoro jordano pagó también las matrículas de los palestinos que estudiaban en las universidades de Jordania. <<

[51] Moshe Dayan, *Story of My Life*, p. 399. <<

[52] En Rosemary Sayigh, *Voices: Palestinian Women Narrate Displacement*, http://almashriq.hiof.no/palestine/300/301/voices/Westbank/hajji_fatima.html <<

[53] *Ibid*. <<

[54] Entrevista publicada en el periódico local de Jerusalén, *Kol Ha'ir*, en noviembre de 1991 (en hebreo). <<

[55] Arie Barun, *Moshe Dayan ve'milchemet sheshet ha'yamim* («Moshe Dayan y la guerra de los Seis Días»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1997, p. 170 (en hebreo). <<

[56] Michael Shashar, *Milchemet ha'yom ha'shvi* («La guerra del Séptimo Día»), Sifriyat Ha'poalim, Tel Aviv, 1997, p. 240 (en hebreo). Shashar sirvió como oficial del Estado Mayor y luego se convirtió en portavoz del gobierno militar de Cisjordania. Esto se dijo el 22 de noviembre de 1967. <<

[57] Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, p. 282. <<

[58] Según se cita en Tom Segev, *1967*, p. 553. <<

[59] Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, pp. 284-285; véase también Michael Shashar, *Milchemet ha'yom ha'shvi*, p. 209. <<

[60] Shabtai Teveth, *The Cursed Blessing*, p. 217. <<

[61] «Sumud» en David Grossman, *The Yellow Wind*, Jonathan Cape, Londres, 1988, pp. 158-159. [Hay traducción castellana: *El viento amarillo*, Aguilar, Madrid, 1988.] <<

[62] *Ibid*, pp. 159-160. <<

[63] En Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, pp. 300-303. <<

[64] Según se cita en Tom Segev, *1967*, p. 553. <<

[65] Nadia Abu-Zahra y Adah Kay, *Unfree in Palestine: Registration, Documentation and Movement Restriction*, Pluto Press, Londres, 2012, p. 78. <<

[66] Baruch Kimmerling, «Jurisdiction in an Immigrant-Settler Society: The Jewish and Democratic State», *Comparative Political Studies*, 35, n.º 10, diciembre de 2002, pp. 1130-1131. <<

[67] David Kretzmer, *The Occupation of Justice: The Supreme Court of Israel and the Occupied Territories*, State University of New York Press, Nueva York, 2002, p. 3. <<

[68] A partir de una entrevista con Ali Abu Shaeen incluida en Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *Israel and the Arabs: An Eyewitness Account of War and Peace in the Middle East*, TV Books, Nueva York, 2000, p. 173. <<

[69] Testimonio ofrecido el 21 de agosto de 1993 a B'Tselem, recogido en el informe *Collaborators in the Occupied Territories: Human Rights Abuses and Violations*, Jerusalén, 1994, p. 17. <<

[70] *Ibid*, 11 de agosto de 1993, recogido en el informe *Collaborators in the Occupied Territories*, pp. 61-62. <<

[71] Fuente: Ronen Bergman, *Ve'Harashut Netunha* («Autoridad otorgada»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2002 (en hebreo), el documento original aparece en la sección de fotografías. Parece ser que los israelíes no tenían información correcta acerca de su edad. <<

[72] «A Doll at the Allenby Bridge» en David Grossman, *The Yellow Wind*, p. 161. <<

[73] Yigal Alón, «Israel: The Case for Defensible Borders», *Foreign Affairs*, octubre de 1976, n.º 55 (1), pp. 44, 41-42. En una versión posterior del plan, Alón propondría una franja incluso más grande, de unos veinte kilómetros, para incluir las laderas orientales de los cerros de Cisjordania. <<

[74] Yigal Alón, «Israel: The Case for Defensible Borders», p. 50. <<

[75] Reuven Pedatzur, «El Plan Alón es inaceptable», *Haaretz*, 20 de julio de 1990 (en hebreo). <<

[76] *New York Times*, 16 de agosto de 1967. <<

[77] Shlomo Gazit, *Carrot and the Stick*, p. 163. <<

[78] *Ibid*, p. 152. Tuqan provenía de una prestigiosa familia de Naplusa y era conocida por su enérgica oposición a la ocupación israelí. <<

[79] Arie Brown, *Moshe Dayan ve'milchemet sheshet ha'yamim* [«Moshe Dayan y la guerra de los Seis Días», p. 11 (en hebreo)]. <<

[80] XX FRUS 1964-1968, documento 320, *Telegram from the Department of State to the Embassy in Israel*, 13 de noviembre de 1968, pp. 633-634 y 637. <<

[81] Según la leyenda, se le dio el nombre de Makpelá («doble» en hebreo) porque era una cueva doble, de dos niveles, o quizá porque a los patriarcas se los enterró en parejas, Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob y Lía; Raquel está enterrada cerca de Belén, donde murió dando a luz, véase Génesis 23; 49:29-32; 50:7-9, 12-14. <<

[82] Dan Perry, «Jewish Settlers, Crux of a Deepening Existential Quandary for Israel», *Associated Press*, 15 de diciembre de 2003. <<

[83] Yehiel Admoni, *La década de la discreción: la política de asentamientos en los territorios de 1967 a 1977*, Tel Aviv, 1992, 58 (en hebreo); véase también Arie Dayan, «Gazit: Kiryat Arba se creó porque Dayan estaba en el hospital», *Koteret Rashit*, 29 de mayo de 1985 (en hebreo). <<

[84] Rami Tal, «Moshe Dayan: Soul Searching», *Yediot Aharonot*, 27 de abril de 1997. <<

[85] «La verdad acerca de los hombres de Kiryat Arba», *Al Ha'mishmar*, 8 de febrero de 1980 (en hebreo); véase también Martin Gilbert, *Israel: A History*, p. 405. <<

[86] Rami Tal, «Moshe Dayan: Soul Searching». <<

[87] *Ibid*. <<

[88] Sobre esta y otras reuniones entre autoridades israelíes y el rey Husein, véase Avi Shlaim, *The Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace*, Penguin Books, Londres, 2008, p. 280 y ss. En esta fascinante biografía del rey Husein, Avi Shlaim se ocupa, de forma muy meticulosa, de las reuniones de los israelíes con el rey en Londres y otros lugares. <<

[89] Reuven Pedatzur, «El Plan Alón es inaceptable». <<

[90] Gershom Gorenberg, *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements 1967-1977*, Henry Holt & Company, Nueva York, 2006, p. 164. <<

[91] Reuven Pedatzur, «El Plan Alón es inaceptable». <<

[92] Reuven Pedatzur, «The Secret Ritual of Hussein's Meetings», *Haaretz*, 6 de julio de 1990. <<

[93] Anwar al-Khatib al-Tamimi, «Firsthand Account of the Fall of Arab Jerusalem», en http://www.palestine-studies.org/files/pdf/jps/9704.pdf <<

[94] Citado en Gordon Neve, *Israel's Occupation*, p. 63. <<

[95] Véase el segundo parágrafo en http://www.monde-diplomatique.fr/cahier/proche-orient/rabat74-en <<

[96] James Lunt, *Hussein of Jordan*, Fontana/Collins, Londres, 1990, p. 253. <<

[97] *Washington Post*, 19 de noviembre de 1974. <<

[98] Ja’bari había sido acalde de Hebrón desde 1947 sin que nadie le disputara el cargo y más tarde desempeñaría algunas funciones ministeriales en Amán. Ja’bari regresó a Hebrón como alcalde por petición del rey Husein y en los años que siguieron a la guerra de 1967, bajo la ocupación israelí, fue un contrapeso perfecto para la influencia creciente de los grupos nacionalistas, como la OLP y otros, que deseaban cortar los vínculos con Jordania. <<

[99] Shlomo Gazit, *Trapped Fools*, p. 181. <<

[100] *New York Times*, 14 de abril de 1976. <<

[101] Yehiel Admoni, *Decade of Discretion*, p. 43. <<

[102] Eshkol el 22 de octubre de 1967, en Yehiel Admoni, *Decade of Discretion*, p. 41. <<

[103] Gershom Gorenberg, *The Accidental Empire*, p. 46; Yehiel Admoni, *Decade of Discretion*, p. 41. <<

[104] Gidi Weitz, «It’s Our Defeat», *Yediot Aharonot*, 3 de junio de 2005, p. 34; Tom Segev, *1967*, p. 643. <<

[105] Según se cita en Gershom Gorenberg, *The Accidental Empire*, p. 142. <<

[106] *Ibid*., p. 152. <<

[107] Citado en Paul Cossali y Clive Robson, *Stateless in Gaza*, Zed Books, Londres, 1986, p. 84. <<

[108] *Haaretz*, 25 de agosto de 1968 (en hebreo). <<

[109] Sara Roy, *The Gaza Strip: The Political Economy of De-Development*, Institute for Palestine Studies, Washington, 2001, p. 139. <<

[110] Janet Abu Lughod, «Demographic Consequences of the Occupation», en Naseer Aruri (ed.), *Occupation*, p. 404. <<

[111] Ariel Sharon, *Warrior: The Autobiography of Ariel Sharon*, Macdonald, Londres, 1989, p. 250; véase también Nathan Shachar, *The Gaza Strip: Its History and Politics from the Pharaohs to the Israeli Invasion of 2009*, Sussex Academic Press, Eastbourne, 2010, p. 80. <<

[112] Diario de David Ben-Gurion, 29 de enero de 1960 (en hebreo). <<

[113] Resulta interesante señalar que, en sus memorias, Sharon parece atribuirse la invención de esta táctica cuando lo cierto es que otros ya habían usado la misma técnica en el pasado. Por ejemplo, el general francés Marcel Bigeard, el oficial al mando del Regimiento Colonial de Paracaidistas en Argelia durante la década de 1950, usó esta práctica ampliamente para sofocar al FLN y adoptó el término culinario *quadrillage* para describir este sistema de vigilancia basada en sectores, a saber, la división de un distrito en sectores o «cuadros» manejables para neutralizar al enemigo. <<

[114] Ariel Sharon, *Warrior*, p. 251. <<

[115] Phil Reeves, «Sharon’s Return Puts Wreckage Street in Fear», *Independent*, 21 de enero de 2001. <<

[116] Izzeldin Abuelaish, *I Shall Not Hate*, Bloomsbury, Londres, 2010, p. 61. [Hay traducción castellana: *No voy a odiar*, Aguilar, Madrid, 2011.] <<

[117] 7217 de Jabaliya, 4836 de Shati y 3802 de Rafah; véase Sara Roy, *The Gaza Strip*, p. 105. <<

[118] Uzi Benziman, *Sharon: An Israeli Caesar*, Robson Books, Londres, 1987, p. 116. <<

[119] David Richardson, «Last of the Aristocrats», *Jerusalem Post*, 17 de mayo de 1985. <<

[120] Anan Safadi y Philip Gillon, «Gaza after Shawa», *Jerusalem Post*, 27 de octubre de 1972. <<

[121] Moshe Dayan, *Story of My Life*, pp. 401-402. <<

[122] *Jerusalem Post*, 24 de abril de 1972. <<

[123] «Gaza Linked to Israel National Power Grid», *Jerusalem Post*, 27 de noviembre de 1969. <<

[124] La riqueza ganadera de la región incluía treinta y siete mil vacas, entre uno y dos millones de ovejas y cabras, mil trescientos caballos, siete mil bestias de carga, dos mil aves de corral y siete mil colmenas. A finales de 1966, los huertos cubrían cuarenta mil dunams (unos cuarenta kilómetros cuadrados; el dunam es la medida de superficie estándar en los países que estuvieron bajo dominio otomano), incluidos 2,7 millones de árboles frutales con una producción anual de veintidós mil toneladas de frutas; véase Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», *Journal of Palestine Studies*, vol. 29, n.º 4, otoño de 2000, p. 6. <<

[125] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 22. <<

[126] *Ibid*, p. 14. <<

[127] *Ibid*, pp. 11, 15 y 18. <<

[128] *Ibid*, p. 17. <<

[129] *Ibid*, p. 13. <<

[130] Según fuentes sirias, la víspera de la guerra de 1967 la población de los Altos del Golán era de ciento treinta y cinco mil habitantes. Otra fuente habla de ciento treinta mil; véase Muhammad Muslih, *The Golan: The Road to Occupation*, Institute for Palestine Studies, Washington, D. C., 1999. <<

[131] Moshe Dayan, «Hopeful Truth of the New Reality», *Life*, 29 de septiembre de 1967. <<

[132] Según se cita en Shay Fogelman, «Los desheredados», *Haaretz*, 30 de julio de 2010 (en hebreo). <<

[133] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 12. <<

[134] *Ibid*, p. 15. <<

[135] *Ibid*, p. 12. <<

[136] Informe del secretario general de la ONU, Resolución de la Asamblea General 2252 (ES-V); y Resolución del Consejo de Seguridad 237-A/6797 y S/8158, 5. <<

[137] Según se cita en Shay Fogelman, «Los desheredados». <<

[138] Ray Murphy y Declan Gannon, «Changing the Landscape: Israel's Gross Violations of International Law in the Occupied Syrian Golan», Al-Marsad: Arab Centre for Human Rights in the Occupied Golan, Washington, D. C., 2008, pp. 27-30. <<

[139] *Ibid*. <<

[140] *Haaretz*, 12 de septiembre de 1967 (en hebreo); véase también «The Disinherited: Syria's 130,000 Golan Heights refugees», en *Israel Occupation Archive*, 30 de julio de 2010, http://www.israeli-occupation.org/2010-07-30/the-disinherited-syrias-130000-golan-height-refugees/ <<

[141] Shay Fogelman, «Los desheredados». <<

[142] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 12. <<

[143] *Ibid*, p. 23. <<

[144] Esta cita y las siguientes proceden de Shay Fogelman, «Los desheredados». <<

[145] Reuven Pedatzur, *Nitzachon ha'mevucha*, p. 110. <<

[146] Sobre los drusos, véase Kais M. Firro, *A History of the Druzes*, E. J. Brill, Leiden, 1992. <<

[147] Ray Murphy y Declan Gannon, «Changing the Landscape», p. 34. <<

[148] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 14. <<

[149] *Ibid*, p. 20. <<

[150] *Ibid*, p. 30. <<

[151] Memorando de conversación, 4 de diciembre de 1968, XX FRUS, 1964-1968, documento 339, pp. 672-673. <<

[152] Yehiel Admoni, *Decade of Discretion*, p. 25. <<

[153] Michelle Stewart, Nancy Tuohy y Jonathan Molony, *From Settlement to the Shelf: The Economic Occupation of the Syrian Golan*, Al-Marsad, Washington, D. C., 2009. <<

[154] «Golan’s Capital Turns into Heap of Stones», *The Times*, 10 de julio de 1974, p. 8. <<

[155] Yehiel Admoni, *Decade of Discretion*, p. 125. <<

[156] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 20. <<

[157] Sobre la expulsión de los beduinos, véase Nahum Barnea, *Davar*, 19 de marzo de 1972 (en hebreo). <<

[158] En 1974-1975, el gobierno intentaría establecer a los beduinos evacuados en pueblos permanentes dándoles tierras en la zona de Dahniah y asignándoles cierta cantidad de agua; trescientas cincuenta familias aceptaron la oferta. <<

[159] Véase la entrevista con el jefe del Estado Mayor egipcio, Saad el-Shazli, El Cairo, 28 de septiembre de 1996, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor. <<

[160] Golda Meir, *My Life: The Autobiography of Golda Meir*, Futura Publications Ltd., Londres, 1976, p. 377. [Hay traducción castellana: *Mi vida: perfil humano y político de una mujer excepcional*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.] <<

[161] Véase el texto del acuerdo en Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Michael Joseph, Londres, 1982, pp. 1250-1251. <<

[162] Matti Golan, *The Secret Conversations of Henry Kissinger: Step-by-Step Diplomacy in the Middle East*, Batnam Books, Nueva York, 1976, p. 260. [Hay traducción castellana: *Las conversaciones secretas de Henry Kissinger*, Sedmay, Madrid, 1977.] <<

[163] «Memorandum of Conversation» (documento clasificado como secreto), 13 de agosto de 1974, La Casa Blanca, Washington, D. C., p. 7, en el archivo del autor. <<

[164] *Ibid*, pp. 3, 7. <<

[165] *Ibid*, p. 12. <<

[166] *Ibid*, p. 13. <<

[167] Carta de setenta y un senadores para el presidente Gerald Ford en relación al replanteamiento, 9 de diciembre de 1974, en el archivo del autor. <<

[168] Carta del presidente de Estados Unidos Gerald Ford al primer ministro Isaac Rabin, 1 de septiembre de 1975, en el archivo del autor; véase también Donald Neff, «It Happened in January», *Washington Report on Middle East Affairs*, enero-febrero de 1997. <<

[169] David Hirst e Irene Beeson, *Sadat*, Londres, Faber & Faber, 1981, p. 193. <<

[170] Carta del presidente de Estados Unidos Gerald Ford al primer ministro Isaac Rabin, 1 de septiembre de 1975. <<

[171] Donald Neff, «It Happened in January». <<

[172] Sobre el programa del Likud, véase Walter Laqueur y Barry Rubin (eds.), *The Israel-Arab Reader: A Documentary History of the Middle East Conflict*, Penguin Books, Londres, 20016, pp. 206-207. <<

[173] Arye Naor, *Begin ba'shilton: edut ishit* («Beguin en el poder: un testimonio personal»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1993, p. 47 (en hebreo). <<

[174] Sobre esta reunión, véase Eliahu Ben-Elissar, *Lo od milhama* («No más guerra»), Maariv, Jerusalén, 1995, pp. 33-36 (en hebreo). <<

[175] Publicado por primera vez en Ahron Bregman, *A History of Israel*, Palgrave/Macmillan, Londres, 2003, como Apéndice I («The Dayan-el-Tohami Protocol, 1977»), pp. 287-290. Las citas siguientes proceden de esa fuente. <<

[176] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser 1977-1981*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1983, p. 107; véase también Uri Dan, *Mivtzha Gomeh* («Operación Junco»), Maariv, Tel Aviv, 1981, p. 25 (en hebreo). <<

[177] Mohamed Heikal, *Secret Channels*, HarperCollins, Londres, 1996, p. 256. <<

[178] Esta cita y las siguientes proceden de la carta de Jimmy Carter a Anwar el-Sadat, 21 de octubre de 1977, Documento desclasificado de acuerdo con la Orden Ejecutiva 12.958, Sección 3.6, Per 4/30/84, NLC-84-1, Biblioteca Jimmy Carter. <<

[179] Eric Silver, «Begin's Secret Interviews», *The Jerusalem Report*, 21 de mayo de 1992. Nicolae Ceausescu gozaba de gran estima en Israel. Cuando la Unión Soviética cortó las relaciones diplomáticas con Israel tras la guerra de 1967 y obligó a las naciones de Europa oriental a seguir su ejemplo, Rumanía continuó manteniendo los lazos con el país. <<

[180] Esta cita y la siguiente proceden de *Al-Ahram*, 10 de noviembre de 1977. <<

[181] Transcripción de la reunión Dayan-el-Tohami, fuente privada, la persona encargada de tomar las notas fue el agente del Mosad Yosef Ben-Porath, en el archivo del autor. <<

[182] *Ibid*. <<

[183] Anwar el-Sadat, *In Search of Identity*, HarperCollins, Nueva York, 1978, p. 309; véase también Ismail Fahmy, *Negotiating for Peace in the Middle East*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1983, p. 277, y William B. Quandt, *Camp David: Peacemaking and Politics*, California University Press, Berkeley, 2001, Apéndice C. <<

[184] Entrevista con Isaac Shamir, Tel Aviv, 21 de enero de 1997, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor; véase también Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 65. <<

[185] Según se cita en Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 54. <<

[186] Kliot Nurit y Shemuel Albeck, *Sinai: anatomia shel prida* («Sinaí: anatomía de la evacuación de un asentamiento»), Defence Ministry Press, Tel Aviv, 1996, pp. 44-45 (en hebreo). <<

[187] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle*, p. 116. <<

[188] Sobre el plan de Beguin, véase *Jerusalem Post*, 29 de diciembre de 1977; véase también Ilan Kfir, *Yediot Aharonot*, 20 de enero de 1980 (en hebreo); y «Prime Minister Menachem Begin: Autonomy Plan for the Occupied Territories, 28 December 1977», en Walter Laqueur y Barry Rubin, *The Israel-Arab Reader*, pp. 400-402. <<

[189] David Hirst e Irene Beeson, *Sadat*, p. 299. <<

[190] *Ibid*, p. 294. <<

[191] Eliahu Ben-Elissar, *Lo od milhama*, p. 15. <<

[192] Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 98. <<

[193] William B. Quandt, *Camp David*, p. 161. <<

[194] Declaración sobre los asentamientos del gobierno de Israel, 12 de febrero de 1978, Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, vols. 4-5, 1977-1979. <<

[195] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle*, p. 246. <<

[196] Cheryl A. Rubenberg, *Israel and the American National Interest: A Critical Examination*, University of Illinois Press, Chicago, 1986, p. 231. <<

[197] Esta cita y la siguiente proceden de la Biblioteca Jimmy Carter, Documento desclasificado de acuerdo con la Orden Ejecutiva 12.958, Sección 3.6. <<

[198] Yoel Markus, *Camp David: ha'petach le'shalom* («Camp David: El camino hacia la paz»), Schocken, Tel Aviv, 1979 (en hebreo), p. 17; y Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 202. <<

[199] Yoel Markus, *Camp David*, p. 99; y Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 212. <<

[200] Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 214. <<

[201] Yoel Markus, *Camp David*, p. 101; y Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 21. <<

[202] Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 219. <<

[203] *Ibid*., p. 220. <<

[204] Jimmy Carter, *Keeping Faith, Memoirs of a President*, Collins, Londres, 1982, pp. 347 y 351. <<

[205] Ezer Weitzman, *The Battle for Peace*, Bantam Books, Londres, pp. 136-137. <<

[206] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle*, p. 261. <<

[207] Uri Dan, *Mivtzha Gomeh*, p. 246. Elyakim Rubinstein, «Moshe Dayan y la visita de el-Sadat», conferencia del 1 de noviembre de 1987 (en hebreo). <<

[208] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle*, p. 270; Jimmy Carter, *Keeping Faith*, p. 396. <<

[209] Carta de Beguin a Carter, 17 de septiembre de 1978, Biblioteca Jimmy Carter. <<

[210] Comunicación por correo electrónico con el profesor Yair Hirschfeld, 19 de mayo de 2010, en el archivo del autor. <<

[211] Según se cita en Tom Segev, *1967*, p. 607. <<

[212] Entrevista con Nasser Laham, http://www.justvision.org/portrait/76134/interview <<

[213] En *PLO Information Bulletin*, vol. 4, n.º 19, 1 de noviembre de 1978. <<

[214] «Sadat Greeted Wildly on Arrival in Al Arish after Israelis Pull Out», *New York Times*, 26 de mayo de 1979. <<

[215] «Nablus Mayor on Hunger Strike», *New York Times*, 16 de noviembre de 1979. <<

[216] Martin Gilbert, *Israel: A History*, p. 501. <<

[217] Esta cita y las siguientes proceden del «Documento nacional druso», marzo de 1981, en el archivo del autor. <<

[218] Ante una oposición tan fuerte los israelíes finalmente dieron marcha atrás y se definió a los pobladores del Golán como «residentes», en lugar de «ciudadanos», del estado de Israel. <<

[219] Moshe Dayan en *Davar*, 17 de abril de 1979 (en hebreo). <<

[220] Entrevista con Haila Hussein Abu Jabar en Brooke Kroeger, «The Golan Heights: The Camp David Fear in the Occupied Golan Heights», 10 de noviembre de 1980, http://brookekroeger.com/the-golan-heights-the-camp-david-fear-in-the-occupied-golan-heights/ <<

[221] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», pp. 30-31. <<

[222] Marvin Wingfield, *The Golan Heights: Occupation and Resistance*, ADC Research Institute, Washington, D. C., 2010, p. 18. <<

[223] Michelle Stewart, Nancy Tuohy y Jonathan Molony, *From Settlement to the Shelf*, pp. 30-31. <<

[224] Sakr Abu Fakhr, «Voices from the Golan», p. 31. <<

[225] *Ibid*., p. 31. <<

[226] *Jerusalem Post*, 2 de septiembre de 1982. <<

[227] «Intifada: Recollections from the Past», *Palestine-Israel History*, 22 de diciembre de 1997, en http://www.arabicnews.com/ansub/Daily/Day/971222/1997122234.html <<

[228] John Kifner, «Kill Us or Get Out! Arabs Taunt as Rocks and Bullets Fly in Gaza», *New York Times*, 16 de diciembre de 1987. <<

[229] Susan Warren, «Palestinians Honour Dead on Martyr Street/Intifada Starts Its Fifth Year», *Houston Chronicle*, 12 de septiembre de 1991. <<

[230] Alan Sipress, «Arafat Visits Cradle of Intifada», *Inquirer*, 3 de julio de 1994. <<

[231] Según se cita en Mark Tessler, *A History of the Israeli-Palestinian Conflict*, Indiana University Press, Bloomington, 1994, p. 685. <<

[232] «Memories of the First Intifada», testimonio de una mujer del campo de refugiados de Jan Yunis en Gaza, 19 de diciembre de 2011, http://lifeonbirzeitcampus.blogspot.be/2011/12/memories-of-first-intifada.html <<

[233] John Kifner, «Kill Us or Get Out». <<

[234] Izzeldin Abuelaish, *I Shall Not Hate*, pp. 20-21. <<

[235] Zeev Schiff y Ehud Yaari, *Intifada: The Palestinian Uprising, Israel's Third Front*, Touchstone, Nueva York, 1990, pp. 17 y 83. <<

[236] Según se cita en Benny Morris, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1981-1989*, John Murray, Londres, 1999, p. 532. <<

[237] «The Other Barta’a», en David Grossman, *The Yellow Wind*, pp. 119-120. <<

[238] Véase el primer comunicado de Hamás en Khaled Hroub, *Hamas: Political Thought and Practice*, Institute for Palestine Studies, Washington, 2000, Documento n.º 1, p. 265. <<

[239] Charles Smith, *Palestine and the Arab-Israeli Conflict: A History with Documents*, Bedford/St. Martin's, Nueva York, 2000, p. 414. <<

[240] Andoni Ghassan, «A Comparative Study of *intifada* 1987 and *Intifada* 2000», en Roane Carey, *et al., The New Intifada: Resisting Israel's Apartheid*, Verso, Londres, 2001, p. 209. <<

[241] En Arie Shalev, *The Intifada: Causes and Effects*, Westview Press, Boulder (Colorado), 1991, p. 13. <<

[242] Yassir abd Rabbo, en Helena Cobban, «The PLO and the Intifada», *Middle East Journal*, vol. 44, n.º 2 (primavera de 1990), p. 229. <<

[243] Melanie Kaye/Kantrowitz, «Women and the Intifada», *Off Our Backs*, vol. 19, n.º 6 (junio de 1989), p. 1. <<

[244] Ehud Barak al autor, Tel Aviv, sin fecha, en el archivo del autor. <<

[245] Daoud Kuttab, «A Portrait of the Stonethrowers», en Laleh Khalili, *Heroes and Martyrs of Palestine: The Politics of National Commemoration*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 195. <<

[246] En Thomas M. Ricks, «In Their Own Voices: Palestinian High School Girls and Their Memories of the Intifadas and Non-Violent Resistance to Israeli Occupation, 1987-2004», *NWSA Journal*, vol. 18, n.º 3 (otoño de 2006), p. 90. <<

[247] «Memories of the First Intifada», testimonio de una mujer del campo de refugiados de Jan Yunis en Gaza, 19 de diciembre de 2011. <<

[248] Yehuda Litani, «How the Protests are Organized», *Jerusalem Post International Edition*, 13 de febrero de 1988. <<

[249] Esta cita y las siguientes proceden de Zachary Lockman (ed.), *Intifada*, South End Press, Boston, 1989, Comunicado n.º 1, pp. 328-329. <<

[250] Mary Elizabeth King, *A Quiet Revolution: The first Palestinian Intifada and Non Violent Resistance*, Nation Books, Nueva York, 2007, p. 257. <<

[251] Khalid Amayreh, en «He Pointed the Finger and Pulled the Strings, But the Protection Ran Out», *Guardian*, 10 de agosto de 2002. <<

[252] Según se cita en Naria Abu-Zahra y Adah Kay, *Unfree in Palestine*, p. 89. <<

[253] Hussein ‘Awwad, testimonio ofrecido a B’Tselem el 11 de agosto de 1993, recogido en el informe *Collaborators in the Occupied Territories*, p. 8. <<

[254] Bernard E. Trainor, «Israel vs. Palestinians: Tactics are Refined», *New York Times*, 30 de marzo de 1989. <<

[255] Daoud Kuttab, «A Profile of the Stonethrowers», p. 198. <<

[256] El testimonio aparece en Saree Makdisi, *Palestine Inside Out: An Everyday Occupation*, W. W. Norton, Nueva York y Londres, 2008, p. 188. <<

[257] «Memories of the First Intifada», testimonio de una mujer del campo de refugiados de Jan Yunis en Gaza, 19 de diciembre de 2011. <<

[258] Thomas M. Ricks, «In Their Own Voices», pp. 91-92. <<

[259] Don Peretz, *Intifada: The Palestinian Uprising*, Westview Press, Boulder, 1990, p. 64. <<

[260] Testimonio en «A Man is Like a Stalk of Wheat», en David Grossman, *The Yellow Wind*, p. 10. <<

[261] Comunicado n.º 24 del MNUI, en Daoud Kuttab, «‘A Profile of the Stonethrowers», p. 200. <<

[262] Las Naciones Unidas definen la tortura como «todo acto por el cual se inflija intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves… con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarla por un acto que haya cometido, o se sospeche que ha cometido, o de intimidar o coaccionar a esa persona o a otras». El artículo 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos dice: «Nadie será sometido a torturas ni penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes». <<

[263] B’Tselem, «Violence against Minors in Police Detention», Jerusalén, 1990; el informe se concentra en menores de edades entre los doce y los dieciocho años. Véase también Norman G. Finkelstein, *The Rise and Fall of Palestine: A Personal Account of the Intifada Years*, University of Minnesota Press, Minneapolis (Minnesota), 1997, p. 48. <<

[264] *Israel's Interrogation of Palestinians from the Occupied Territories: Human Rights Watch/Middle East*, Nueva York, 1994, pp. 21-22. <<

[265] Aysha Odeh, en Buthina Canaan Khoury, *Women in Struggle*, H-Gender-MidEast, septiembre de 2005, http://www.h-net.org/reviews/showrev.php?id=15464 <<

[266] Joel Greenberg, «Lynch Village Shows no Remorse», *Jerusalem Post International*, 4 de septiembre de 1988. <<

[267] Véase Amnon Straschnov, «No destruyan las casas de los terroristas», *Haaretz*, 6 de julio de 2008 (en hebreo). <<

[268] Testimonio en Saree Makdisi, *Palestine Inside Out*, pp. 108-109. <<

[269] «Sumud», en David Grossman, *The Yellow Wind*, pp. 150-151. <<

[270] «The Terrorist’s Father», en David Grossman, *The Yellow Wind*, p. 196. <<

[271] Michal Shmulovich, «24 years later, Israel acknowledges top-secret operation that killed Fatah terror chief», *Times of Israel*, 4 de noviembre de 2012. <<

[272] En Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War: Israel and the Arabs*, Penguin Books/BBC Books, Londres, 1988, pp. 193-195 (edición británica). <<

[273] Esta cita y la siguiente proceden del décimo comunicado del MNUI, 11 de marzo de 1988, en el archivo del autor. <<

[274] Discurso a la nación del rey Husein, Amán, 31 de julio de 1988, en Walter Laqueur y Barry Rubin (eds.), *The Israel-Arab Reader*, pp. 338-341; véase también James Lunt, *Hussein of Jordan*, p. 235. <<

[275] Discurso a la nación del rey Husein. <<

[276] Youssef Ibrahim, «PLO Proclaims Palestine to be an Independent State», *New York Times*, 15 de noviembre de 1988. <<

[277] Declaración de independencia palestina, en Walter Laqueur y Barry Rubin (eds.), *The Israel-Arab Reader*, pp. 354-358. <<

[278] Entrevista con George Shultz, Washington, D. C., 15 de octubre de 1997, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor. <<

[279] Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, Declaración de Yasir Arafat, 14 de diciembre de 1988, vols. 9-10, 1984-1988. <<

[280] General Amram Mitzna al autor, Haifa, 27 de enero de 1997, en el archivo del autor; Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War*, p. 233 (edición estadounidense). <<

[281] «Israel Declines to Study Rabin Tie to Beatings», *New York Times*, 12 de julio de 1990. <<

[282] Comunicado de prensa del gobierno de Israel, 14 de mayo de 1989, en el archivo del autor. <<

[283] *Jerusalem Post International*, 27 de mayo y 24 de junio de 1989. <<

[284] *Maariv*, 26 de junio de 1992 (en hebreo). <<

[285] Joel Brinkley, «Israel Says Army will Get Tougher if Palestinians Reject Offer of Vote», *New York Times*, 16 de mayo de 1989. <<

[286] Sari Nusseibeh, *Once Upon a Country: A Palestinian Life*, Picador, Londres, 2008, pp. 315-316. <<

[287] Lawrence Freedman y Efraim Karsh, *The Gulf Conflict*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1993, p. 101. <<

[288] Gary Stein, «Hussein a Hero to Palestinians on West Bank», SunSentinel.com, 15 de agosto de 1990. <<

[289] Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War*, p. 202 (edición británica). <<

[290] Lawrence Freedman y Efraim Karsh, *The Gulf Conflict*, p. 168. <<

[291] Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War*, p. 217 (edición estadounidense). <<

[292] Reportaje publicado en *Hadashot*, 24 de febrero de 1992 (en hebreo), según aparece en Norman G. Finkelstein, *The Rise and Fall of Palestine*, p. 49. <<

[293] Walter Laqueur y Barry Rubin (eds.), *The Israeli-Arab Reader*, pp. 577-582. <<

[294] Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War*, p. 267 (edición estadounidense). <<

[295] *Ibid*. <<

[296] Entrevista con Yair Hirschfeld, Ramat Yishai, 25 de febrero de 1997, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor. <<

[297] Ahron Bregman, Entrevista con Simon Peres, Tel Aviv, 24 de enero de 1997, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor. <<

[298] «The Closure of the West Bank and Gaza Strip: Human Rights Violations against Residents of the Occupied Territories», B'Tselem, *Information Sheet*, mayo de 1993. <<

[299] *Ibid*. <<

[300] Testimonio ofrecido a B'Tselem el 11 de agosto de 1993, recogido en el informe *Collaborators in the Occupied Territories*, pp. 61-62. <<

[301] Ronen Bergman, «Historias de sofá», *Yediot Aharonot*, 15 de marzo de 2013 (en hebreo). <<

[302] Las dos cartas aparecen en Simon Peres, *Battling for Peace: Memoirs*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1995, pp. 377-378. <<

[303] Ahron Bregman, Entrevista con Warren Christopher, Los Ángeles, 23 de enero de 1998, para *The Fifty Years War*, en el archivo del autor. <<

[304] Ahron Bregman, Entrevista con Simon Peres para *The Fifty Years War.* <<

[305] Yoram Meital, *Peace in Tatters: Israel, Palestine and the Middle East*, Lynne Rienner Publishing, Boulder, 2006, p. 34. <<

[306] Rashid Khalidi, *The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood*, Beacon Press, Boston, 2006, p. 159. <<

[307] Ahron Bregman, Entrevista con Simon Peres para *The Fifty Years War*. <<

[308] Dan Naveh, *Sodot Memshalah* («Secretos de estado»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 1999, p. 27 (en hebreo). <<

[309] Serge Schmemann, «Ten More Die in Mideast Riots as Violence Enters 3rd Day; Mosque is Scene of a Clash», *New York Times*, 28 de septiembre de 1996. <<

[310] «Kotel Tunnel Incident, 1996», en Palestine Facts, http://www.palestinefacts.org/pf_1991to_now_kotel_tunnel_1996.php <<

[311] Ahron Bregman, Entrevista telefónica con Benjamín Netanyahu, sin fecha, en el archivo del autor. <<

[312] Dan Nave, *Sodot Memshalah*, p. 40. <<

[313] Testimonios de los supervivientes de la mezquita de Ibrahim, véase http://resistance.arabblogs.com/massacres/hebron/testimonies/index.htm <<

[314] *Ibid*. <<

[315] Danny Yatom, *Shutaf sod* («El confidente: del Sayeret Matkal al Mosad»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2009, p. 36 (en hebreo). <<

[316] Aaron David Miller, *The Much Too Promised Land: America's Elusive Search for Arab-Israeli Peace*, Bantam Books, Nueva York, 2008, p. 271. <<

[317] Según se cita en Akiva Eldar, «The Har Homa Test», *Haaretz*, 10 de diciembre de 2007 (en hebreo). <<

[318] Carta del rey Husein al primer ministro Netanyahu, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[319] Dan Nave, *Sodot Memshalah*, p. 71. <<

[320] En sus memorias el exdirector del Mosad, Yatom, se refiere a Haim Ha'Keini como «H», véase Danny Yatom, *Shutaf sod*, p. 13. El equipo de asesinos reunido por Ha'Keini para llevar a cabo la Operación Koresh estaba encabezado por un agente apodado «Tomy» y algunos de sus componentes habían participado en el asesinato en Malta, en 1995, del jefe de la Yihad Islámica, Fatchi Shkaki; en el asesinato en 1992 de Ataf Basiso en París; y en el asesinato en Bruselas, en marzo de 1990, del Dr. Gerald Vincent Bull, un ingeniero canadiense que estaba diseñando un supercañón para el gobierno iraquí. <<

[321] Un informe «secreto» sobre la fallida operación, preparado por un comité de tres miembros dirigido por Joseph Ciechanover, concluyó que «ni el jefe del Mosad [Yatom] ni el jefe de la unidad Cesarea [Haim Ha'Keini] visitaron el escenario de la operación antes de que esta se llevara a cabo y no estaban presentes o cerca del lugar en el momento en que se produjo el incidente… ha sido práctica acostumbrada del Mosad que, en operaciones de este tipo, los dos máximos responsables visiten el lugar». El informe también criticó a Ha'Keini por ignorar «a un informante del Shabak que… proporcionó información importante acerca de los movimientos de Mashal… nosotros consideramos que el jefe de la unidad Cesarea cometió un error al no prestar suficiente atención al informante del Shabak». «Informe sobre el incidente Meshal», capítulo 13, p. 244. El informe completo del comité tiene trescientas treinta páginas, de las que solo se han hecho públicas quince. <<

[322] La comisión Ciechanover comenta en su informe que «los efectos del [fracaso de] la operación… sobre las relaciones con Jordania prácticamente no se discutieron… ni dentro de la comunidad de inteligencia ni en las conversaciones con el primer ministro». Véase *ibid*, p. 236, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[323] La comisión Ciechanover dice en su informe secreto que «el jefe del Mosad cometió un error al no entregar al primer ministro de inmediato [es decir, *antes* de la operación] el mensaje del rey». *Ibid*, p. 244. <<

[324] Ronen Bergman, «Exagente del Mosad participó en el fracasado intento de asesinato del dirigente de Hamás y entregó el antídoto que le salvo la vida», *Yediot Aharonot*, 17 de junio de 2005 (en hebreo). <<

[325] En Israel, el director del Mosad, Yatom, fue obligado a renunciar el 25 de febrero de 1998; el jefe de la división Cesarea, Haim Ha'Keini, también renunció, justo cuando estaba a punto de convertirse en subdirector del Mosad. <<

[326] Ahron Bregman, Entrevista con Yossi Beilin, Tel Aviv, 24 de enero de 2005, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. <<

[327] Entrevista con Saeb Erekat, Jericó, 28 de marzo de 2004, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. <<

[328] Yossi Beilin, *Madrich le'yona petzuah* («Manual para una paloma herida»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2001, p. 36 (en hebreo); véase también Ahron Bregman, Entrevista con Yossi Beilin. <<

[329] Para el texto del memorando de Wye River, véase Walter Laqueur y Barry Rubin (eds.), *The Israel-Arab Reader*, p. 529. <<

[330] Los artículos relevantes son: 6-10, 15, 19-23 y 30. También hay partes en los artículos 1-5, 11-14, 16-18, 25-7 y 29. Véase también Carta del presidente Yasir Arafat al presidente Clinton, 13 de enero de 1998, en www.miftah.org <<

[331] Esta cita y las siguientes proceden de Ahron Bregman, *Elusive Peace: How the Holy Land Defeated America*, Penguin Books, Londres, pp. 205 y xxvii. <<

[332] Las citas proceden del documento «Brief to the President», 4 de julio de 1999, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[333] Carta del presidente Bill Clinton al primer ministro Ehud Barak, 20 de julio de 1999, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[334] Información proporcionada por una fuente privada, en el archivo del autor. <<

[335] Esto se basa en información proporcionada por una fuente privada; véase también *Tishreen* (Siria), 3 de octubre de 1999. <<

[336] Sobre esas conversaciones de bajo perfil entre los jefes de Estado Mayor de ambos países, Ehud Barak e Hikmat al-Shihabi, véase Ahron Bregman y Jihan el-Tahri, *The Fifty Years War*, pp. 264-266 (edición británica). <<

[337] Transcripción de la conversación telefónica entre los presidentes Bill Clinton y Hafez el Asad, 24 de agosto de 1999, a las 18.20 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[338] Conversación telefónica entre los presidentes Clinton y el Asad, 2 de septiembre de 1999. <<

[339] Esto se basa en la transcripción de una conversación entre el primer ministro Ehud Barak y el enviado estadounidense Dennis Ross, 14 de septiembre de 1999, fuente privada, en el archivo del autor; ese día Ross informó también sobre el estado de salud de el Asad. <<

[340] Esta cita y la siguiente proceden de la trascripción de la conversación entre el primer ministro Ehud Barak y el presidente Bill Clinton, 15 de diciembre de 1999, a las 10.30 h. <<

[341] Entrevista con Robert Malley para *Elusive Peace*. <<

[342] Esta cita y la siguiente proceden de la transcripción de la conversación entre Albright y Barak, 10 de enero de 2000. <<

[343] Las siguientes citas proceden de la transcripción de una conversación telefónica entre Clinton y Barak, 2 de marzo de 2000, 20.35 (hora de Israel). <<

[344] Las citas proceden de la transcripción de una conversación telefónica entre Clinton y Barak, 7 de marzo de 2000. <<

[345] «The Script», 10 de marzo de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[346] *Ibid*. <<

[347] Transcripción de la conversación telefónica entre Clinton y Barak, 26 de marzo de 2000, 13.30 h. <<

[348] Entrevista con Sandy Berger, 18 de abril de 2005, Washington, D. C., para *Elusive Peace*. <<

[349] De hecho, el 13 de septiembre de 1999, en una reunión con Denis Ross, Barak dijo: «Estoy pensando en unos doscientos o trescientos metros al este de la carretera que corre a lo largo del Kinneret». <<

[350] Entrevista con Bouthania Shaaban para *Elusive Peace*. <<

[351] *Ibid*. <<

[352] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación telefónica entre Clinton y Barak, 26 de marzo 2000, 20.45 h. <<

[353] Nimrod Novik al primer ministro a partir de su reunión con Saeb Erekat, Washington, D. C., 23 de julio de 1999, fuente privada, en el archivo del autor. Erekat era el jefe del equipo negociador palestino, pero también se le consideraba un obstáculo. El 5 de agosto de 1999, el representante de la ONU, Terje Rød-Larsen, en una reunión con el jefe de gabinete de Barak, Danny Yatom, dijo a propósito de Erekat: «Él puede ser extremadamente contraproducente. Tiene total control sobre el flujo de la información… Debéis ser muy cuidadosos con Saeb Erekat… si celebráis las cumbres con Erekat no habrá avance». Y en otra reunión con los israelíes, dijo: «Saeb tiene muchos defectos… Saeb suele mentir a Arafat… y eso hace que [Arafat] se excite y diga toda clase de cosas». Tras estas reuniones los israelíes presionaron a los estadounidenses para que les ayudaran a reemplazar a Erekat, pero no sirvió de nada. <<

[354] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Barak y Arafat, paso fronterizo de Erez, 27 de julio de 1999, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[355] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la reunión presidida por Barak en Tel Aviv, 15 de junio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[356] Informe de Mohamed Bassiouni al primer ministro Ehud Barak, 23 de junio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[357] «Arafat’s positions» (documento clasificado como secreto), 27 de junio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[358] Citado según la transcripción de la reunión entre Albright y Barak, 27 de junio de 2000, en el archivo del autor. <<

[359] Esta cita y las siguientes proceden de un informe secreto del Shabak; fuente privada, en el archivo del autor. <<

[360] Barak en una reunión del gobierno, 9 de julio de 2000; las citas siguientes proceden de la misma fuente. <<

[361] Las citas proceden de la transcripción de una conversación entre el general Malka y Barak, 9 de julio de 2000, fuente privada. <<

[362] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la reunión entre Clinton y Barak, 11 de julio de 2000. <<

[363] Lo siguiente se basa en la reunión entre Clinton y Barak del 11 de julio de 2000, a las 17.35 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[364] *Ibid*. <<

[365] Bill Clinton, *My Life*, Hutchinson, Londres, 2004, p. 912. <<

[366] Carta secreta de la secretaria de Estado Madeleine K. Albright al primer ministro Netanyahu, 24 de noviembre de 1998, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[367] Aaron David Miller, *The Much Too Promised Land*, p. 205. <<

[368] Entrevista con Saeb Erekat para *Elusive Peace*. <<

[369] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de una conversación entre Clinton y Barak, 14 de julio de 2000, fuente privada. <<

[370] Bill Clinton, *My Life*, p. 855. <<

[371] Reunión entre Clinton, Barak y Arafat, 14 de julio de 2000, 23.35 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[372] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de una conversación entre Barak y Dennis Ross, 15 de julio de 2000, 10.25 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[373] Entrevista con Saeb Erekat para *Elusive Peace*. <<

[374] *Ibid*. <<

[375] Transcripción de la conversación entre Barak, Gilead Sher y Shlomo Ben-Ami, 16 de julio de 2000, 13.15 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[376] Carta de Barak al presidente Clinton, 16 de julio de 2000, fuente privada; las citas siguientes proceden todas de ese documento, que se encuentra en el archivo del autor. <<

[377] Martin Indyk, *Innocent Abroad: An Intimate Account of American Peace Diplomacy in the Middle East*, Simon and Schuster, Nueva York, 2009, p. 290. <<

[378] Clinton, Informe para Barak, 16 de julio de 2000, fuente privada; las citas siguientes proceden todas de este documento, que se encuentra en el archivo del autor. <<

[379] Conversación entre Clinton y Barak, 16 de julio de 2000, 22.50 h, fuente privada; las citas siguientes proceden todas de este documento, que se encuentra en el archivo del autor. <<

[380] Conversación entre Clinton y Barak, 17 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor; las citas siguientes proceden de la transcripción de esa conversación. <<

[381] Nota para dejar constancia oficial dictada por Barak al jefe de gabinete Danny Yatom a partir de su conversación con Clinton, 18 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[382] Martin Indyk, *Innocent Abroad*, p. 322. <<

[383] Entrevista con Sandy Berger para *Elusive Peace*. <<

[384] *Ibid*. <<

[385] Carta de Arafat a Clinton, 19 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[386] Carta de Barak a Clinton, 19 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[387] Transcripción de una conversación entre Clinton y Barak, 19 de julio de 2000, 19.18 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[388] *Ibid*. <<

[389] Según se cita en Clayton E. Swisher, *The Truth about Camp David*, Nation Books, Nueva York, 2004, p. 307. <<

[390] Conversación entre Clinton y Barak, 19 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[391] Entrevista con Albright para *Elusive Peace*. <<

[392] Transcripción de una conversación entre Clinton y Barak, 23 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[393] Akram Hanieh, director del periódico *Al Ayyam* y consejero de Arafat, «The Fifth Paper: The Summit According to Jerusalem Time», sin fecha, sin lugar, en el archivo del autor. <<

[394] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de una conversación entre Clinton y Arafat, 24 de julio de 2000, 19.00 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[395] Entrevista con Mohamed Dahlan para *Elusive Peace*. <<

[396] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre el equipo israelí, 25 de julio de 2000, 08.10 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[397] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Clinton y Barak, 25 de julio de 2000, 09.35 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[398] *Ibid*. <<

[399] Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 201. <<

[400] Transcripción de la conversación telefónica entre Jacques Chirac y Barak, 28 de julio de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[401] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Barak, Ross y el equipo de paz estadounidense, 30 de agosto de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[402] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Clinton y Barak, 6 de septiembre de 2000, fuente privada. <<

[403] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la reunión entre Barak y Arafat, Kochav Yair, 25 de septiembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[404] Entrevista con Haj Kamil para *Elusive Peace*, Jerusalén, sin fecha. <<

[405] Ted Gurr, «A Casual Model of Civil Strife», *American Political Review*, vol. 62, n.º 4 (1968), p. 1104. <<

[406] Jeremy Pressman, «The Second Intifada: Background and Causes of the Israeli-Palestinian Conflict», *The Journal of Conflict Studies*, 2003, pp. 136 y 228. <<

[407] Entrevista con Haj Kamil para *Elusive Peace*. <<

[408] Akiva Eldar, «Malentendidos populares», *Haaretz*, 11 de junio de 2004 (en hebreo). <<

[409] Lo siguiente se basa en la transcripción de una conversación entre Tarje Rød-Larsen y Barak, 30 de septiembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[410] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de una conversación entre Albright y Barak, París, 4 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[411] Transcripción de una conversación entre Chirac y Barak, Palacio del Elíseo, París, 4 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[412] Esta cita y la siguiente proceden de Raviv Drucker, *Haraquiri: Ehud Barak, el fracaso*, Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2002, p. 313 (en hebreo). <<

[413] Saree Makdisi, *Palestine Inside Out*, pp. 50 y 53. <<

[414] Entrevista de investigación con Mohaned Irbari, Umm el Fahm, 15 de agosto de 2004, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. <<

[415] *Haaretz*, 12 de marzo de 2002 (en hebreo). <<

[416] Entrevista con Mohaned Irbari, sin fecha, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. <<

[417] Debido a la presión creciente, el gobierno nombró una comisión, la llamada Comisión Or, para investigar los acontecimientos trágicos de octubre de 2000. <<

[418] Esta cita procede de la transcripción de la conversación entre Barak y Mubarak, 12 de octubre de 2000, 15.05 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[419] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación telefónica entre Clinton y Barak, 12 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[420] Carta de Barak a Clinton, 12 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[421] Esta cita procede de la transcripción de la conversación telefónica entre Barak y Mubarak, 12 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[422] Transcripción de la conversación telefónica entre Clinton y Barak, 15 de octubre de 2000, 21.05 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[423] Esta cita y las siguientes proceden del protocolo de una reunión entre Mubarak y Barak, Egipto, 16 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[424] Transcripción de una reunión entre Kofi Annan y Barak, Egipto, 16 de octubre de 2000, 10.15 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[425] Transcripción de una conversación entre el rey Abdalá II de Jordania y Barak, Egipto, 16 de octubre de 2000, 11.05 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[426] En el archivo del autor; véase también Anexo B-1: Acuerdo de Sharm el-Sheij, Carta del representante permanente de Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas fechada el 17 de octubre de 2000 y dirigida al secretario general, en Al Jazeera, *The Palestine Papers*, http://transparency.aljazeera.net/files/42.PDF. <<

[427] Transcripción de una reunión entre Barak y los jefes militares, 21 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[428] Transcripción de una reunión del gobierno, 22 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[429] Las citas siguientes proceden de las transcripciones de dos conversaciones telefónicas entre Clinton y Barak, 22 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[430] Instrucciones de Ehud Barak a los jefes del ejército, 24 de octubre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[431] Arafat en una reunión con Simon Peres, Gaza, 1 de noviembre de 2000, 22.00, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[432] Haled Salam en una reunión con Peres, 1 de noviembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[433] Texto del alto el fuego, 2 de noviembre de 2000, en el archivo del autor. <<

[434] Transcripción de la conversación telefónica entre Chirac y Barak, 2 de noviembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[435] The Palestinian Society for the Protection of Human Rights and the Environment, «Extra-Judicial executions during the *Al Aqsa intifada*», 25 de marzo de 2001. <<

[436] *Ibid*. <<

[437] Informe de Danny Abram, 25 de noviembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[438] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Clinton y Barak, 11 de diciembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[439] George W. Bush fue elegido presidente de Estados Unidos el 7 de noviembre de 2000. Clinton permanecería en el cargo hasta la investidura del nuevo mandatario el 20 de enero de 2001. <<

[440] Esta cita y las siguientes pertenecen a los Parámetros de Clinton según aparecen en Walter Laqueur y Barry Rubin, *The Israel-Arab Reader*, pp. 562-564; también en *Haaretz*, 31 de diciembre de 2000 (en hebreo). <<

[441] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación entre Barak y Mubarak, 26 de diciembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[442] Carta al consejero de Seguridad Nacional Samuel Berger, 28 de diciembre de 2000, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[443] Esta cita y las siguientes proceden de la transcripción de la conversación telefónica entre Clinton y Barak, 1 de enero de 2001, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[444] Transcripción de una conversación telefónica entre Clinton y Barak, 3 de enero de 2001, 17.00 h, fuente privada, en el archivo del autor. <<

[445] Ahmed Qurie, *From Oslo to Jerusalem: The Palestinian Story of the Secret Negotiations*, I. B. Tauris, Londres, 2006, pp. 5-6. <<

[446] Según se cita en Raviv Drucker, *Haraquiri*, p. 390. <<

[447] Arieh O'Sullivan, «IDF Kills Hizbullah Cell Leader in Gaza», *Jerusalem Post*, 14 de febrero de 2001. <<

[448] Fuente privada. Sobre la legalidad de la política de asesinatos de Israel, véase David Kretzmaer, «Targeted Killing of Suspected Terrorists: Extra Judicial Executions or Legitimate Means of Defence?», *European Journal of International Law*, vol. 16, n.º 2 (2005), pp. 171-212. <<

[449] Citado en Charles Enderlin, *The Lost Years: Radical Islam, Intifada, And Wars in the Middle East 2001-2006*, Other Press, Nueva York, 2007, p. 26. <<

[450] Suzanne Goldenberg, «War Jets Attack West Bank after Mall Bomb Carnage», *Guardian*, 19 de mayo de 2001. <<

[451] Robert Pape, *Dying to Win: The Strategic Logic of Suicide Terrorism*, Nueva York, Random House, 2005, pp. 73-75 y 32. [Hay traducción castellana: *Morir para ganar: las estrategias del terrorismo suicida*, Paidós, Barcelona, 2006.] <<

[452] Baruch Kimerling, *Politicide: Ariel Sharon's War against the Palestinians*, Verso, Londres, 2003, p. 137. <<

[453] Ahron Bregman, *Elusive Peace*, p. 156. <<

[454] Según se cita en Amos Harel y Avi Isacharoff, *Hamilhama Ha'shvit* («La séptima guerra»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2004, p. 115 (en hebreo). <<

[455] Entrevistas con Jibril Rajoub para *Elusive Peace*, 25 de mayo de 2004, 4 de junio de 2004 y 13 de octubre de 2004, Jericó y Ramala. <<

[456] James Bennet y Joel Greenberg, «Israel Breaks with Arafat after Palestinian Assault on Bus in West Bank Kills 10», *New York Times*, 13 de diciembre de 2001. <<

[457] Declaración de Arafat en Gaza, Canal Satélite Palestino, 16 de diciembre de 2001, 16.00 h. <<

[458] Ahron Bregman, Entrevistas con Shaul Mofaz, Tel Aviv, 31 de febrero de 2005, y con Binyamin Ben Eliezer, Tel Aviv, 27 de septiembre de 2004, ambas para *Elusive Peace*. <<

[459] Entrevista con Mohamad Abu Hamid, para *Elusive Peace*, sin fecha; véase también http://www.theguardian.com/world/2002/jan/15/israel <<

[460] Ariel Sharon ante la prensa el 5 de marzo de 2002, según se cita en *Reporters Without Borders: Israel/Palestine. The Black Book*, Pluto Press, Londres, 1988, p. 58. <<

[461] Entrevista con Muammar Shahrouri, 31 de enero de 2005, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. Esta entrevista fue realizada en la cárcel israelí donde Shahrouri se encuentra preso por su participación en el atentado en el hotel Park. <<

[462] Entrevista con Fathi Khatib, 31 de enero de 2005, para *Elusive Peace*, en el archivo del autor. La entrevista fue realizada en la prisión de Beerseba, donde Khatib se encuentra preso por su participación en el atentado en el hotel Park. <<

[463] Entrevista con el general Giora Eiland, Ramat Ha'Sharon, 18 de septiembre de 2004, para *Elusive Peace*. <<

[464] Entrevista con Mohammed Rashid, París, 3 de noviembre de 2004, para *Elusive Peace*. <<

[465] Este testimonio aparece en Saree Makdisi, *Palestine Inside Out*, pp. 183-184. <<

[466] Ahron Bregman, *Elusive Peace*, p. 205. <<

[467] Entrevista con Mohamad Abu Hamid, sin fecha, Yenín, para *Elusive Peace*. <<

[468] Entrevista con Hani al-Hassan, 9 de junio de 2004, Ramala, para *Elusive Peace*. <<

[469] Décimo período extraordinario de sesiones de emergencia, tema 5 del programa: «Medidas ilegales israelíes en la Jerusalén Oriental ocupada y el resto del territorio palestino ocupado», informe del secretario general elaborado de conformidad con la resolución ES-10/10 de la Asamblea General. <<

[470] Ahron Bregman, Entrevista con Terje Rød-Larsen, Herzliya, 29 de junio de 2004, para *Elusive Peace*. <<

[471] Entrevista con Yasir Abed Rabbo, 26 de junio de 2004, Ramala, para *Elusive Peace*. <<

[472] Entrevista con Anthony Zinni, 19 de octubre de 2004, Washington, D. C., para *Elusive Peace*. <<

[473] Rita Giacaman, Anita Abdullah, Rula Abu Safieh y Luna Shamieh, «Schooling at Gunpoint; Palestinian Children's Learning Environment in Warlike Conditions», 1 de diciembre de 2002, según se cita en Baruch Kimmerling, *Politicide*, p. 196. <<

[474] Ahron Bregman, *Elusive Peace*, p. 229; Benyamin Ben Eliezer no estuvo presente en esa reunión. <<

[475] Danni Haloutz, *Begovah ha'einayim* («Con franqueza»), Yediot Aharonot, Tel Aviv, 2010, p. 248 (en hebreo). <<

[476] Ahron Bregman, Entrevista con Benyamin Ben Eliezer. <<

[477] Entrevista con el jefe de la fuerza aérea de Israel, Dan Halutz, *Haaretz*, 23 de agosto de 2002 (en hebreo). <<

[478] George W. Bush, *Decision Points*, Broadway, Washington, D. C., 2011, p. 401. <<

[479] Según se cita en Aaron Miller, *The Much too Promised Land*, p. 326. <<

[480] En Jordania existen diez campos oficiales de refugiados palestinos. En esos campos están registrados 307.785 refugiados, el 17% de los 1,7 millones de refugiados registrados con la UNRWA en Jordania. Cuatro de esos campos se crearon en la ribera oriental del río Jordán justo después de la guerra árabe-israelí de 1948; los otros seis se crearon tras la guerra de 1967. Además hay tres barrios, en Amán, Zarka y Madaba, que el gobierno jordano considera campos de refugiados y la UNRWA campos «no oficiales». <<

[481] Entrevista con Marwan Muasher, Amán, 12 de diciembre de 2004, para *Elusive Peace*. <<

[482] Lo siguiente se basa principalmente en las entrevistas con Flynt Leverett, 15 de octubre de 2004, Washington, D. C., y con una fuente anónima, ambas para *Elusive Peace*. <<

[483] Entrevista con Colin Powell, 22 de febrero de 2005, Washington, D. C., para *Elusive Peace*. <<

[484] Para el texto de la hoja de ruta, véase la web del Departamento de Estado de Estados Unidos, 30 de abril de 2003, http://2001-2009.state.gov/r/pa/prs/ps/2003/20062.htm <<

[485] Entrevista con John Wolf, 18 de octubre de 2004, Filadelfia, para *Elusive Peace*. <<

[486] Entrevista con Nabil Shaath, Ramala, 7 de septiembre de 2004, para *Elusive Peace*. <<

[487] Según se cita en Ahron Bregman, *Elusive Peace*, p. 269. <<

[488] Guy Dunmore, «Bush Attacks Israelis for Building of West Bank Wall», *Financial Times*, 26 de julio de 2003; véase también Brian Knowlton, «Sharon Meets with Bush but Says Security Fence will Still Go Up», *International Herald Tribune*, 30 de julio de 2003. <<

[489] Entrevista con Colin Powell para *Elusive Peace*. <<

[490] George W. Bush, *Decision Points*, p. 400. <<

[491] Según se cita en Saree Makdisi, *Palestine Inside Out*, p. 28. <<

[492] Entrevistas con Mike Herzog, 11 de octubre de 2004, y Giora Eiland para *Elusive Peace*. <<

[493] El siguiente relato se basa en la entrevista mantenida con Majd Zaatri en la cárcel de Beerseba, el 1 de febrero de 2005, para *Elusive Peace*. <<

[494] Shlomi Eldar, *Conocer a Hamás*, Keter, Tel Aviv, 2012, p. 39 (en hebreo). <<

[495] Según se cita en Ahron Bregman, *Elusive Peace*, p. 279. <<

[496] Esta cita y las siguientes proceden del discurso de Sharon en Herzliya, 18 de diciembre de 2003, en el archivo del autor. <<

[497] Ahron Bregman, Entrevista con Shaul Mofaz para *Elusive Peace*. <<

[498] Esta cita y las siguientes proceden del testimonio del hijo de Yasín en Shlomi Eldar, *Conocer a Hamás*, p. 53. <<

[499] *Ibid*. <<

[500] Entrevista con Marwan Muasher para *Elusive Peace*. <<

[501] Entrevista con Colin Powell para *Elusive Peace*. <<

[502] Fuente: Marwan Muasher. <<

[503] Véase la carta del presidente George W. Bush a Sharon, 14 de abril de 2004, en el archivo del autor. <<

[504] Transcripción de la rueda de prensa de Bush y Sharon sobre el plan de desvinculación de Gaza, 14 de abril de 2004, en http://2001-2009.state.gov/p/nea/rls/rm/31420.htm <<

[505] Según se cita en Ahron Bregman, *Elusive Peace*, pp. 278-279. <<

[506] Uri Dan, *Ariel Sharon: An Intimate Portrait*, Palgrave, Nueva York, 2006, p. 246. Uri Dan fue amigo íntimo de Sharon. <<

[507] Ariel Sharon en una entrevista televisada, 24 de abril de 2004, según se cita en Charles Enderlin, *The Lost Years*, p. 235. <<

[508] Bassam Abu Sharif, *Arafat and the Dream of Palestine: An Insider's Account*, Palgrave, Nueva York, 2009, p. 249. <<

[509] Entrevista con Mohammed Rashid. <<

[510] Entrevista telefónica con Nabil Shaath, 15 de abril de 2005, Tel Aviv, para *Elusive Peace*. <<

[511] Documento secreto del Shabak, 15 de octubre de 2000. <<

[512] Aaron David Miller, *The Too Much Promised Land*, p. 355. <<

[513] Dov Weisglass, Entrevista, *Haaretz*, 8 de octubre de 2004 (en hebreo). <<

[514] «Rocket threat from the Gaza Strip, 2000-2007», http://www.terrorism-info.org.il/data/pdf/PDF_07_177_2.pdf, consultado el 29 de agosto de 2012. <<